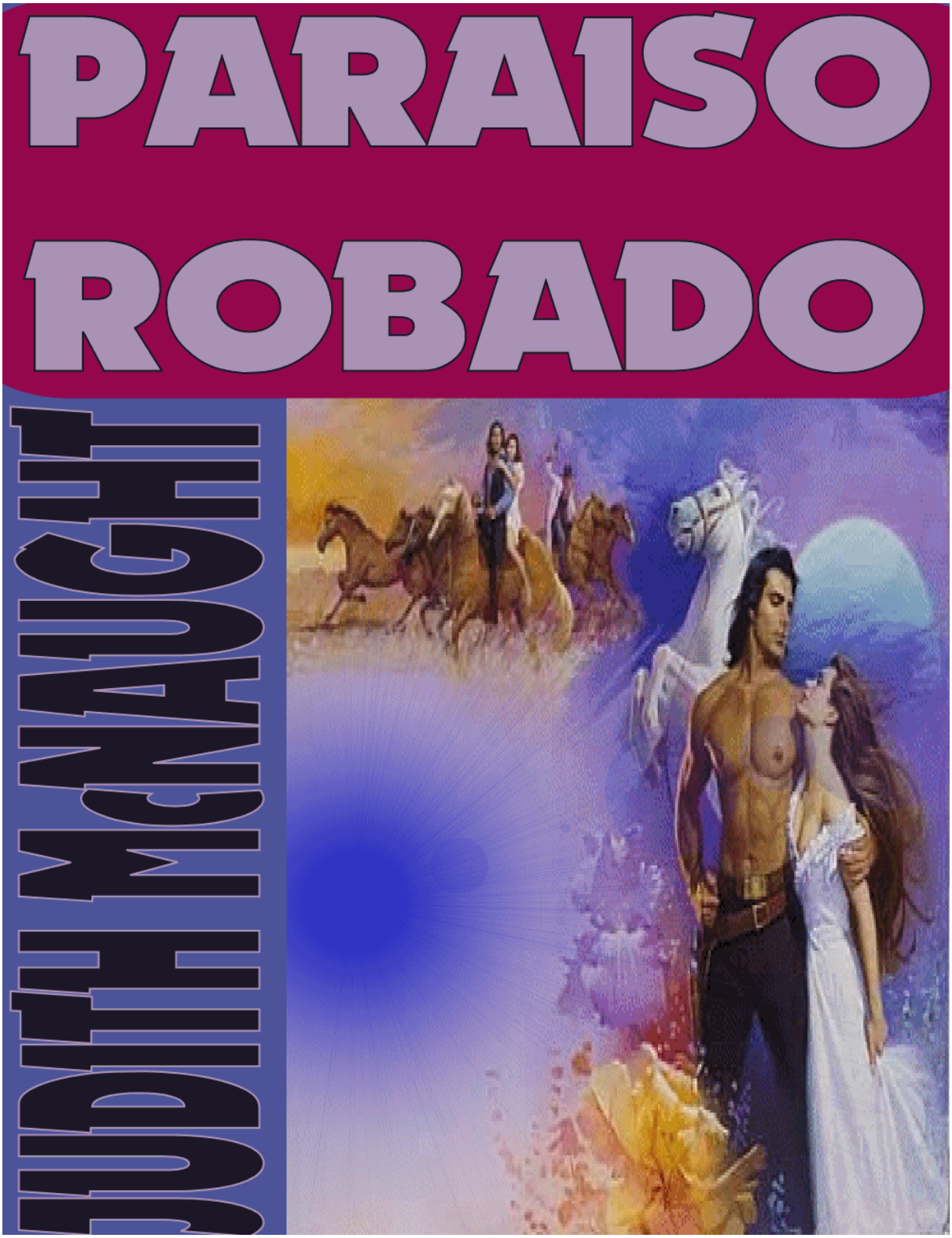
PARAISO ROBADO
JUDITH McNAUGHT



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

Diciembre de 1973

Acostada en su cama con dosel, Meredith cogió una vez más su álbum de recortes, abierto junto a ella. En esta ocasión separó cuidadosamente del mismo una fotografía del *Chicago Tribune.* Al pie de la misma se leía: «Hijos de la alta sociedad de Chicago, disfrazados de duendes, participaron en la fiesta de Navidad que con fines benéficos se celebró en el Memorial Hospital de Oakland». Seguía la lista de los nombres. La fotografía era de buen tamaño y en ella aparecían los «duendes» -cinco chicos y seis chicas, una de las cuales era Meredith- repartiendo regalos a los niños en el pabellón infantil del centro hospitalario. A la izquierda de la foto, de pie y dirigiendo el acto, se veía a un apuesto adolescente de unos dieciocho años, y del que la leyenda decía: «Parker Reynolds III, hijo del señor y la señora Reynolds, de Kenilworth».

Meredith se comparó con toda la objetividad de que fue capaz con las otras chicas vestidas de duende. Se preguntaba cómo se las arreglaban para fingir que tenían buenas piernas y generosas cunas, mientras que ella...

-¿Rolliza? -Pronunció la palabra con una mueca de disgusto en el rostro-. Parezco un gnomo, no un duende.

No era justo que las otras chicas, que tenían catorce años -apenas le llevaban unas semanas-, tuvieran un aspecto tan maravilloso mientras que ella era un gnomo con el pecho plano y un aparato dental. Observó su figura en la foto y una vez más lamentó el acceso de vanidad que la había impulsado a quitarse las gafas, pues sin ellas tenía tendencia a bizquear; y en efecto, en aquella horrible foto bizqueaba. Me convendría usar lentes de contacto, se dijo. Centró la mirada en la figura de Parker. Una sonrisa soñadora se dibujó en su rostro mientras apretaba contra su pecho liso el recorte. Era verdad que no tenía senos. Todavía no. Y al paso que iba, nunca los tendría.

La puerta de su dormitorio se abrió y Meredith se apresuró a ocultar la fotografía. En el umbral estaba la señora Ellis, la robusta ama de llaves de sesenta y cuatro años de edad. Venía a recoger la bandeja de la cena.

-No te has comido el postre -dijo la mujer.

-Estoy gorda, señora Ellis -contestó la muchacha. Para demostrarlo, saltó de la vieja cama y se dirigió al espejo colgado encima del tocador-. Míreme -dijo, señalando con un dedo acusador a su imagen reflejada en el espejo-. ¡No tengo cintura!

-Todavía no eres una mujer. Eso es todo.

-Tampoco tengo caderas. Parezco un palo con piernas. Con este aspecto, ¿cómo voy a tener amigos?

La señora Ellis, que llevaba en la casa menos de un año, puso cara de asombro e inquirió:

-¿Que no tienes amigos? ¿Por qué no?

Meredith necesitaba desesperadamente alguien en quien confiar.

-He fingido que las cosas van bien en la escuela, pero la verdad es que marchan terriblemente mal. Soy... una inadaptada. Siempre lo he sido.

-¡Qué barbaridad! Algo debe ir mal con tus compañeros de colegio...

-No. El problema no es de ellos, sino mío. Pero voy a cambiar. Me pondré a régimen y haré algo con este horrible cabello.

-¡No es horrible! -replicó la señora Ellis, mirando primero la larga cabellera rubia de la muchacha, que le cubría los hombros, y luego sus ojos color turquesa-, Tus ojos son preciosos y tu pelo es muy agradable. Agradable y abundante y...

-Descolorido.

-Rubio.

Meredith se miraba tercamente al espejo, mientras su mente exageraba los defectos reales de su cara y su cuerpo.

-Mido un metro sesenta y cinco. Tuve suerte de dejar de crecer antes de convertirme en un gigante. Pero no soy tan horrible, de eso me di cuenta el sábado.

La señora Ellis frunció el entrecejo, confundida:

-¿Qué ocurrió el sábado para hacerte cambiar de opinión acerca de tu físico?

-Ningún cataclismo -respondió Meredith y pensó: Un cataclismo... Parker me sonrió en la fiesta de Navidad. Me trajo una gaseosa sin que se la pidiese. Me dijo que no me olvidara de reservarle un baile el sábado, en la fiesta de Eppingham.

Hacía setenta y cinco años que la familia de Parker había fundado el gran banco de Chicago, en el

que estaban depositados los fondos de Bancroft & Company. La amistad entre ambas familias, los Bancroft y los Reynolds, había resistido el paso de las generaciones.

-Todo va a cambiar ahora, no solo mi aspecto -aseguró Meredith al tiempo que se apartaba del espejo-. ¡Tendré una amiga! Hay una chica nueva en la escuela, y no sabe que todos me detestan. Es inteligente, como yo, y me llamó anoche para preguntarme algo sobre los deberes. ¡Me llamó!, y estuvimos hablando de muchas cosas.

-Me había dado cuenta de que no traías amigos de la escuela a casa -comentó la señora Ellis, retorciéndose las manos con cierto desaliento-. Pero pensé que era porque vives muy lejos.

-No, no es eso. -Meredith se arrojó sobre la cama y miró fijamente las prácticas zapatillas que llevaba puestas, que parecían pequeñas copias de las que usaba su padre. A pesar de su riqueza, este sentía un hondo respeto por el dinero, por lo que la ropa de la hija era de excelente calidad, pero siempre adquirida cuando la necesitaba y teniendo en cuenta su duración-. No encajo, ¿sabe?

-Cuando yo era una muchacha -dijo la señora Ellis con una mirada de comprensión-, siempre desconfiábamos de los que sacaban buenas notas.

-No se trata de eso -repuso Meredith con una sonrisa forzada-. No tiene nada que ver con mi aspecto ni con mis notas. Es... todo esto. -Hizo un gesto con la mano como para abarcar el enorme y austero dormitorio, incluyendo su desfasado mobiliario. Una habitación que, por lo demás, guardaba un gran parecido con las otras cuarenta y cinco que componían la mansión de los Bancroft-. Todo el mundo cree que soy un bicho raro porque papá insiste en que Fenwick me lleve ala escuela con el coche.

-¿Puedo preguntar qué hay de malo en eso?

-Los otros alumnos van caminando o en el autobús del colegio.

-¿Y bien?

-¡Pues que no se presentan con chófer y RollsRoyce! -Con cierta tristeza añadió-. Sus padres son fontaneros y contables. Uno de ellos es empleado nuestro en los grandes almacenes.

La señora EIIis no podía rebatir la lógica de este razonamiento, pero tampoco estaba dispuesta a admitir su verdad.

-Sin embargo, a esa nueva alumna... ¿no le parece raro que Fenwick te lleve al colegio?

-No -contestó Meredith, sonriendo maliciosamente-. Por la sencilla razón de que cree que Fenwick es mi padre. Le dije que trabaja para unos ricachones, dueños de unos grandes almacenes.

-¡No habrás hecho eso!

-Sí lo hice. ¿Y sabe qué? No me arrepiento. En realidad, debería haber inventado esa historia hace años, desde el primer día que pisé la escuela. Pero no quería mentir.

-¿Acaso ahora ya no te importa mentir? -le preguntó la señora Ellis con una mirada de reprobación.

-No es una mentira. Bueno, digamos que lo es solo a medias -se defendió Meredith con tono implorante-. Me lo explicó papá hace ya mucho tiempo. Mira, Bancroft & Company es una sociedad anónima, y una sociedad anónima tiene por dueños a sus accionistas. De modo que, como presidente, papá es, técnicamente, un empleado de los accionistas de esta firma. ¿Lo comprendes?

-Creo que no -respondió la mujer lisa y llanamente-, ¿De quién son las acciones?

-Nuestras, en su mayoría -contestó, sintiéndose culpable.

Los famosos almacenes Bancroft & Company se encontraban en el centro de Chicago, y al ama de llaves todo ese asunto sobre la propiedad de los mismos le resultaba desconcertante. Por su parte, a menudo Meredith exhibía una misteriosa comprensión del negocio, lo cual no sorprendía a la señora Ellis, teniendo en cuenta que el padre no mostraba interés alguno en su hija excepto cuando le daba lecciones relativas al negocio familiar, actitud que despertaba la ira del ama de llaves. De hecho, esta pensaba que Philip Bancroft era seguramente el responsable de que la joven no fuera popular entre la gente de su edad. El padre la trataba como a un adulto e insistía en que hablara o actuara como tal en todo momento. En las contadas ocasiones en que Meredith invitaba a un chico se comportaba como su anfitriona. El resultado era que ella se sentía cómoda entre los adultos y totalmente perdida entre los de su misma edad.

-En una cosa tiene usted razón -agregó Meredith-. No puedo seguir engañando a mi amiga Lisa Pontini. Verá, creí que si le daba la oportunidad de conocerme, después, cuando le confesara que Fenwick no era mi padre sino solo mi chófer, ya no le importaría. Y todavía no se ha enterado porque no conoce a nadie en la escuela y en cuanto terminan las clases tiene que volver deprisa a su casa. Tiene siete hermanos y debe echar una mano en las tareas del hogar.

La señora Ellis tendió una mano y torpemente le dio a Meredith unos golpecitos de aliento en un brazo. Se esforzó en hallar unas palabras de ánimo.

-Por la mañana las cosas parecen menos negras -aseguró, recurriendo a uno de los habituales tópicos en los que ella misma encontraba gran consuelo. Tomó la bandeja y se encaminó hacia la

puerta. Ya en el umbral, se detuvo y añadió alzando la voz como quien se dispone a impartir una lección magistral-: Y recuerda: a cada perro le llega su hora.

Meredith no supo si reír o llorar.

-Gracias, señora Ellis. Muy alentador. -Observó en silencio cómo la puerta se cerraba tras el ama de llaves, después volvió a coger el álbum de recortes. Cuando devolvió a su lugar la fotografía arrancada, se quedó mirándola durante largo rato. Pasó con suavidad un dedo por la boca sonriente de Parker. La idea de bailar con él la hizo temblar con una mezcla de terror y esperanza. Aquel día era jueves y el baile estaba programado para el sábado. A Meredith le parecían años de espera.

Con un suspiro, ojeó las páginas del enorme álbum, empezando por la última. En las primeras había recortes muy antiguos, ya amarillentos, con los contornos y los colores desdibujados. El álbum había pertenecido a su madre, Caroline, y contenía la única prueba tangible en toda la mansión de la existencia de Caroline Edwards Bancroft. Todo cuanto se relacionara con ella había sido eliminado de la casa, siguiendo órdenes de Philip Bancroft.

Caroline Edwards había sido actriz. En honor a la verdad, y según la crítica, una actriz no muy buena, pero sin duda rutilante. Meredith se detuvo en las fotografías devastadas por el tiempo, pero no se molestó en leer las críticas porque las conocía de memoria. Sabía que Cary Grant había acompañado a su madre durante la ceremonia de los premios de la Academia en 1955; y también que David Niven había declarado que era la mujer más hermosa que hubiera visto en toda su vida. Y que David Selznick quiso contratarla para una de sus películas. Entre los datos que Meredith poseía figuraba otro: su madre había actuado en tres espectáculos musicales de Broadway y en esa ocasión la prensa criticó su interpretación y ponderó sus bien formadas piernas. La prensa rosa insinuó que Caroline había vivido aventuras románticas con casi todos los galanes con los que trabajó. Tenía varios recortes de su madre: envuelta en pieles, en una fiesta celebrada en Roma; luciendo un escotado vestido negro de noche, mientras jugaba a la ruleta en Montecarlo. En una de las fotografías aparecía en la playa de Mónaco cubierta tan solo por un diminuto biquini; en otra esquiaba en Gstaad con un campeón olímpico suizo. A Meredith le resultaba obvio que dondequiera que su madre estuviese siempre se rodeaba de hombres apuestos.

El último recorte guardado por su madre estaba fechado seis meses después de aquel en que aparecía con el esquiador. Vestía un magnífico traje de boda, blanco, y la cámara la tomó riendo y bajando presurosamente los escalones de la catedral, del brazo de Philip Bancroft y bajo una lluvia de arroz. Los cronistas de sociedad se habían superado a sí mismos con las más exageradas descripciones de la boda. La recepción se celebró en el hotel Palmer House y estuvo cerrada a la prensa, pero los reporteros pudieron hacer el listado de todos los famosos presentes, desde los Vanderbilt y los Whitney hasta un magistrado del Tribunal Supremo y cuatro senadores de Estados Unidos.

El matrimonio duró dos años, tiempo suficiente para que Caroline quedara embarazada y diera a luz, tuviera una sórdida aventura con un domador de caballos y luego se largara a Europa con un falso príncipe italiano que había sido huésped del matrimonio. Aparte de eso, Meredith no sabía mucho más, excepto que su madre nunca se había molestado en enviarle una nota o una tarjeta de cumpleaños. El padre de Meredith, celoso guardián de la dignidad y de los antiguos valores, afirmaba que su mujer era una zorra egoísta sin la menor noción de la fidelidad conyugal o de sus responsabilidades maternales. Cuando Meredith tenía un año de edad, Philip pidió el divorcio y la custodia de su hijita. No dejó de desplegar toda la artillería pesada a disposición de los Bancroft -incluyendo influencias sociales y políticas- para asegurarse de ganar el juicio. Pero no tuvo necesidad de recurrir a eso, pues, como él mismo le confesó a Meredith, Caroline ni siquiera se molestó en asistir a la audiencia y mucho menos en oponerse a su marido.

Cuando le otorgaron la custodia de Meredith, Phihp puso enseguida manos a la obra. Tenía que asegurarse de que la hija no seguiría los pasos de la madre. No, Meredith sería otro eslabón en la larga cadena de dignas mujeres Bancroft. Como sus predecesoras, llevaría una vida ejemplar, dedicada a las obras de caridad acordes a su rango social. Mujeres sobre las que nunca había planeado la sombra de la más leve sospecha.

Cuando Meredith alcanzó la edad de ir a la escuela, a su padre se le planteó un problema. Había descubierto con enojo que se estaban relajando las reglas de conducta social, incluso las de su propia clase. Muchos de sus conocidos empezaban a adoptar una actitud más liberal con respecto al comportamiento infantil; en consecuencia, enviaban a sus hijos a escuelas «progresistas», como Bently y Ridgeview. Al visitar esos colegios oyó frases como «clases sin estructura» y conceptos tales como «auto expresión». De inmediato llegó a la conclusión de que el supuesto progresismo de esas escuelas no significaba otra cosa que indisciplina, con el consiguiente hundimiento de los niveles académicos y de conducta. Así pues, rechazó ambos colegios y llevo a Meredith a conocer Saint Stephen, una escuela privada de monjas benedictinas a la que habían asistido su tía y su misma madre.

Visitaron la escuela y a Philip le gustó lo que vio. Veinticuatro niñas vestidas con recatados

uniformes sin mangas de tartán gris y azul y diez niños con camisa blanca y corbata azul se pusieron de pie respetuosamente, como impulsados por un resorte, cuando la monja le enseñó a Philip el aula. Eran alumnos de primer grado. Aquellas treinta y cuatro voces entonaron al unísono un «buenos días, hermana». Además, en Saint Stephen aún enseñaban según los viejos y buenos cánones; no como en Bently, donde Philip había visto a niños pintar con el dedo mientras otros, que elegían aprender, se dedicaban a las matemáticas. Además, aquí Meredith recibiría una estricta educación moral.

Philip era consciente de que el barrio donde se encontraba Saint Stephen se había deteriorado, pero estaba obsesionado por la idea de que su hija fuera educada del mismo modo que lo habían sido durante tres generaciones las dignas y rectas mujeres de la familia Bancroft. Resolvió el problema del barrio expeditivamente: el chófer de la familia llevaría a Meredith a la escuela y la recogería a la salida.

Sin embargo, se le escapó un detalle. Los alumnos de Saint Stephen no eran una colección de jóvenes virtuosos, contrariamente a lo que se observara durante aquel primer día de su visita. Eran chicos corrientes, de extracción social nada brillante. Predominaban los de clase media baja e incluso algunos de familias pobres. Jugaban juntos y juntos iban a la escuela, y como un solo hombre compartían el mismo recelo hacia alguien que procediera de una clase social del todo distinta y mucho más próspera.

Meredith no sabía nada de esto cuando llegó a Saint Stephen. Vestida como las demás, y llevando el almuerzo en una fiambrera nueva, se había sentido presa del nerviosismo propio de la niña de seis años que por primera vez se sienta en un aula repleta de desconocidos, aunque no tuvo verdadero miedo. Después de pasar su corta vida en relativa soledad, con la única compañía de su padre y los sirvientes, se sentía feliz de contar finalmente con amigos de su misma edad.

El primer día todo fue bien, pero al terminar las clases el curso de los acontecimientos cambió repentinamente cuando los alumnos se precipitaron al patio que hacía las veces de aparcamiento. Allí la esperaba Fenwick, de pie junto al Rolls y enfundado en su uniforme negro de chófer. Los chicos de mayor edad se detuvieron a contemplar el espectáculo y, poco después, habían identificado a Meredith. Se trataba de una niña rica y, por lo tanto, «diferente».

Esta circunstancia los mantuvo alejados de ella. Distanciados y cautelosos al principio, al cabo de una semana habían descubierto nuevos detalles acerca de la «niña rica» y el abismo se agrandó. Meredith se expresaba más como un adulto que como un niño, no sabía nada de sus juegos, y cuando a la hora del recreo intentaba unirse a ellos, su torpeza era evidente. Y lo peor de todo: bastaron unos días para que se convirtiera en la niña mimada de las monjas debido a su inteligencia.

Al cabo de un mes Meredith había sido juzgada por todos los alumnos de Saint Stephen, que la consideraban una intrusa, un ser de otro mundo, condenándola al ostracismo. De haber sido lo bastante bonita como para despertar admiración, quizá con el tiempo se habría beneficiado, pero no lo era. A los nueve años un día se presentó en la escuela con gafas; a los doce años fue el aparato de ortodoncia; a los trece, era la chica más alta de la clase.

Todo había cambiado una semana antes, tras años de frustración y desesperanza durante los que creyó que nunca tendría un amigo. Lisa Pontini se había matriculado en octavo grado. Era unos tres centímetros más alta que la propia Meredith y caminaba como una modelo. Pero también resolvía complicados problemas de álgebra con el aire de un académico aburrido. El mismo día de su llegada, a la hora del desayuno, Meredith se sentó en un bajo muro de piedra que circundaba los terrenos de la escuela para almorzar, como de costumbre, mientras leía un libro que sostenía en la falda. Al principio esa costumbre había sido como un estupefaciente contra la sensación de aislamiento. Cuando estaba en quinto, la droga se había convertido en una adicción. Meredith era una lectora ávida.

Se disponía a pasar la página cuando vio un par de gastados pantalones. Ante ella se erguía Lisa Pontini. Con su aspecto vital y su abundante pelo castaño, era el polo opuesto de Meredith, a la que en aquel momento contemplaba con curiosidad. Lisa irradiaba un indefinible aire de atrevida confianza. Semejante vigor y seguridad en su figura era lo que la revista *Seventeen* llamaba tener personalidad. En lugar de vestir el suéter gris de la escuela, con su emblema descuidadamente colocado sobre los hombros, como hacía Meredith, Lisa se había hecho un nudo con las mangas sobre los pechos.

-¡Dios, qué tugurio! -exclamó Lisa, sentándose al lado de Meredith y dirigiendo la mirada hacia los terrenos de la escuela-. En mi vida he visto tantos chicos bajos. Aquí deben de echar algo en el agua para detener el crecimiento. ¿Cuál es tu promedio?

En Saint Stephen las notas se medían por promedios exactos, con sus correspondientes decimales.

-97,8 -contestó Meredith, un tanto confusa por las rápidas observaciones y la sociabilidad de Lisa.

-El mío 98,1.

Meredith reparó en los pequeños orificios de las orejas de Lisa. Los pendientes y la pintura de labios estaban prohibidos en el colegio. Observando a Meredith, Lisa preguntó sin más preámbulos:

-¿Eliges la soledad o eres una especie de marginada?

-Nunca he pensado en eso -mintió Meredith.

-¿Cuánto tiempo tendrás que llevar ese aparato en los dientes?

-Todavía un año más. -Meredith pensó que Lisa no le gustaba nada. Cerró el libro y se levantó, aliviada porque estaba a punto de sonar la campana.

Aquella tarde, según el ritual del último viernes del mes, los estudiantes se alinearon en la iglesia para confesarse con los curas de Saint Stephen. Sintiéndose como de costumbre una desgraciada pecadora, Meredith se arrodilló en el confesionario y enumeró sus maldades al padre Vickers. Entre sus pecados incluía el desagrado que le inspiraba la hermana Mary Lawrence, así como el excesivo tiempo que se pasaba pensando en su aspecto. Cuando hubo terminado, sostuvo la puerta para dejar entrar al siguiente pecador, y luego sé arrodilló en un banco para rezar las oraciones que se le habían impuesto como penitencia.

Como a los estudiantes se les permitía volver a sus casas después de la confesión, Meredith salió al patio a esperar a Fenwick. Minutos después apareció Lisa, poniéndose la chaqueta mientras bajaba por los escalones del templo. Todavía alterada por los comentarios de la chica, Meredith la observó con cautela. Lisa, después de mirar alrededor, se le acercó caminando lentamente.

-¿Podrás creerlo? -prorrumpió Lisa-. Vickers me ha castigado a rezar un rosario entero esta noche. Y todo por ser un poco cariñosa con un chico. ¿Qué penitencia impondrá por besarse a la francesa? Me da rabia pensarlo. -Con una amplia e impúdica sonrisa, sé sentó al lado de Meredith.

Meredith ignoraba que la nacionalidad determinaba la manera de besar, pero por el comentario de Lisa dedujo que, en cualquier caso, a los curas de Saint Stephen no les gustaba esa clase de besos. Trató de mostrarse mundana.

-Por besar así, el padre Vickers te hace limpiar el templo como penitencia.

Lisa esbozó una sonrisa y miró a Meredith con curiosidad.

-¿Tu novio también lleva un aparato en la boca?

Meredith pensó en Parker y meneó la cabeza.

-Eso está bien -dijo Lisa, y volvió a sonreír-. Siempre me he preguntado cómo pueden besarse dos personas que lleven aparatos en la boca sin quedarse enganchados. Mi novio se llama Mario Campano. Es alto, moreno y guapo. ¿Cómo se llama el tuyo? ¿Y qué aspecto tiene?

Meredith dirigió la mirada a la calle, con la esperanza de que Fenwick se hubiera olvidado de que era el último viernes del mes y las clases terminaban antes. Se sentía incómoda hablando de aquello, pero Lisa Pontini la fascinaba. Además, tenía la sensación de que, por algún motivo, deseaba ser su amiga.

-Tiene dieciocho años -respondió con sinceridad-. Se parece a Robert Redford y su nombre es Parker.

-Eso es el apellido.

-No, es el nombre. Se apellida Reynolds.

-Parker Reynolds -musitó Lisa, arrugando la nariz-. Suena a esnob de la alta sociedad. ¿Lo hace bien?

-Hace bien... ¿qué?

-Besar, claro.

-Oh, bueno, pues sí. Es fantástico.

Lisa le dedicó una mirada burlona.

-Nunca te ha besado. Te ruborizas cuando mientes.

Meredith se puso de pie con brusquedad.

-Escúchame -empezó a decir, enojada-, yo no te he pedido que te acerques a mí y...

-Eh, no te enfades. Después de todo besarse no es gran cosa. Me refiero a que la primera vez que Mario me besó fue el momento más incómodo de mi vida.

Ahora que Lisa empezaba a confiar en ella, Meredith sintió que su enojo se esfumaba. Volvió a sentarse.

-¿Fue incómodo porque te besó?

-No. Verás, yo estaba apoyada en la puerta de mi casa cuando sucedió. Accidentalmente mi hombro hizo sonar el timbre, abrió mi padre y me precipité en sus brazos, cayéndome con Mario todavía abrazado a mí. Pasaron siglos antes de que los tres, tumbados en el suelo, nos separáramos.

Meredith estalló en una carcajada, que interrumpió cuando vio al Rolls girar en la esquina.

-Ahí está el coche -dijo, recuperando la compostura.

Lisa miró de reojo y musitó:

-¡Jesús!¿Es un Rolls?

Meredith asintió, incómoda. Recogió los libros y se encogió de hombros.

-Vivo lejos de aquí, y mi padre no quiere que viaje en autobús.

-Ah, tu padre es chófer -dijo Lisa, y se dispuso a acompañar a Meredith hasta el automóvil-. Debe

de ser maravilloso circular por ahí con un coche como ese, fingiendo que se es rico. -Sin esperar respuesta añadió-: Mi padre es fontanero en un astillero. Su sindicato está ahora en huelga, así que nos mudamos aquí, donde los alquileres son más baratos que donde vivíamos. Ya sabes cómo es eso.

Meredith no tenía idea de «cómo era eso». Al menos carecía de experiencia personal sobre el asunto, aunque por las iracundas protestas de su padre conocía el efecto que los sindicatos y las huelgas tenían sobre los propietarios de negocios, como los Bancroft. Aun así, asintió solidariamente cuando Lisa emitió un triste suspiro.

-Debe de ser duro. ¿Quieres que te lleve a casa? -añadió impulsivamente.

-¡Claro! Pero no, espera. ¿Podría ser la semana que viene? Tengo siete hermanos y mi madre tendrá mil tareas para mí. Prefiero quedarme aquí un rato y luego presentarme en casa a la hora de costumbre.

Había transcurrido una semana desde aquel día, y lo que fuera el principio de una amistad incierta había florecido y crecido, alimentado por un intercambio de confidencias y de pícaras confesiones mutuas. Ahora, sentada y mirando la foto de Parker en el álbum y pensando en el baile del sábado a la noche, Meredith decidió que al día siguiente le pediría consejo a Lisa en la escuela. Lisa sabía mucho de peinados y esas cosas, y acaso podría sugerirle algo que la hiciera más atractiva a los ojos de Parker.

Al día siguiente, mientras almorzaban sentadas donde solían hacerlo, Meredith inquirió a su amiga:

-¿Qué opinas? Como la cirugía plástica está descartada, ¿hay algo que pueda hacer para cambiar mi aspecto dc un modo realmente notable? ¿Algo que me haga parecer más bonita y más adulta a los ojos de Parker?

Antes de contestar, Lisa la miró fijamente y dijo:

-Las gafas y el aparato en los dientes no ayudan precisamente a encender pasiones, creo que lo sabes. -Hablaba con tono jocoso-. Quítate las gafas y ponte de pie.

Meredith obedeció y esperó con divertida contrariedad, mientras Lisa caminaba rodeándola lentamente, inspeccionándola.

-Bueno, no hay duda de que te has esforzado por parecer poca cosa -concluyó Lisa-. Tus ojos y tu pelo son preciosos. Si utilizases un poco de maquillaje, te quitaras las gafas y te peinaras de un modo distinto, es probable que el viejo Parker se fijara en ti mañana por la noche.

-¿Lo crees realmente? -preguntó Meredith, con la mirada encendida al recordar a Parker.

-Solo he dicho que es probable -le contestó Lisa con la más cruda sinceridad-. Él es bastante mayor que tú, y eso es un factor en contra. ¿Qué solución le has dado al último problema de matemáticas en el examen de hoy?

Hacía una semana que eran amigas, y Meredith se había acostumbrado a la veleidosa conversación de Lisa, que cambiaba de tema inesperadamente. Daba la impresión de que la muchacha era demasiado despierta, de que poseía una inteligencia tan notable que no le permitía concentrarse en un solo tema. Meredith le dijo su solución.

-La misma que la mía -respondió Lisa-. Con dos cerebros como los nuestros -bromeó-, no hay duda de que esa es la solución correcta. ¿Sabías que en esta mierda de escuela todo el mundo piensa que el Rolls es de tu padre?

-Nunca le dije a nadie que no lo fuera -afirmó Meredith con sinceridad.

Lisa mordisqueó una manzana y asintió con la cabeza.

-¿Y por qué tendrías que mentir? Si son tan tontos que creen que una chica rica asistiría a un colegio como este... En tu lugar me parece que yo haría lo mismo.

Aquella tarde, después de la escuela, Lisa se mostró dispuesta a que el «padre» de Meredith la llevara a casa, cosa que Fenwick, no sin reservas, aceptó hacer. Cuando el Rolls se detuvo frente a la puerta del bungalow de ladrillo marrón en que vivía la familia Pontini, Meredith observó el habitual caos de niños y juguetes en el patio. La madre de Lisa estaba de pie en el porche, luciendo su sempiterno delantal.

-¡Lisa! -llamó con un fuerte acento italiano-. Mario está al teléfono y quiere hablar contigo. Eh, Meredith -añadió saludando con la mano a la muchacha-, quédate a cenar uno de estos días. Pasa la noche aquí y así tu padre no tiene que venir a buscarte tan tarde.

-Gracias, señora Pontini -dijo Meredith, saludándola también con la mano-. Lo haré. -Era lo que Meredith había deseado fervientemente desde siempre: tener una amiga y ser invitada a pasar la noche en su casa. Se sintió pletórica de alegría.

Lisa cerró la portezuela del coche y se acodé en la ventanilla.

-Tu madre ha dicho que te llama Mario -le recordó Meredith.

-Es bueno hacer esperar a un tipo durante un rato. Así se inquieta y se hace preguntas. Bueno, no olvides llamarme el domingo para contarme todo lo ocurrido con Parker mañana por la noche. Me

gustaría poder peinarte para el baile.

-Y a mí me gustaría que lo hicieras -contestó Meredith, aunque sabía que en ese caso su amiga se enteraría de que Fenwick no era su padre. En cuanto pisara la mansión se daría cuenta del engaño. No había día en que Meredith no intentara confesarle la verdad, pero cuando se disponía a hacerlo no se sentía con fuerzas y se echaba atrás. Se decía que cuanto más tiempo mantuviera la mentira, mejor conocería Lisa su verdadera personalidad y, en consecuencia, le importaría menos tener una ricachona como amiga. Con aire pensativo añadió-: Si vienes mañana a mi casa podrás pasar la noche conmigo. Mientras yo estoy en el baile haces los deberes y a la vuelta te lo cuento todo.

-No puedo. Mañana por la noche tengo una cita con Mario -le recordó Lisa innecesariamente.

A Meredith le sorprendía que los padres de Lisa la dejaran salir con chicos a sus catorce años, pero al comentárselo, Lisa se echó a reír. Luego le explicó que Mario no se excedería, pues era consciente de que, en tal caso, debería enfrentarse a su padre y sus tíos.

Apartándose del automóvil, Lisa le dio un último consejo a Meredith.

-Te acuerdas de lo que te he dicho, ¿verdad? Flirtea con Parker y míralo a los ojos. Y péinate con un moño alto, así parecerás más sofisticada.

Durante el viaje a casa, intentó verse flirteando con Parker, cuyo cumpleaños era dentro de dos días, como sabía desde hacía un año, cuando se dio cuenta de que se estaba enamorando de él. La semana anterior se había pasado una hora en el drugstore buscando la tarjeta de felicitación más adecuada, pero las que expresaban lo que ella verdaderamente sentía eran demasiado cursis. Ingenua como era, pensaba que a Parker no le gustaría una tarjeta en que se leyera: «A mi único amor...». De modo que, muy a su pesar, se resignó a elegir una con la inscripción: «Feliz cumpleaños a un amigo especial».

Apoyando la cabeza en el respaldo del asiento, Mercdith cerró los ojos sonriendo soñadoramente mientras se imaginaba con el aspecto de uiia espléndida modelo y diciendo frases inteligentes e ingeniosas. Parker, por supuesto, no se perdía una sola de sus palabras.

2

Desalentada, Meredith se miró otra vez al espejo mientras la señora Ellis, a sus espaldas, asentía en señal de aprobación. Cuando las dos habían salido de compras la semana anterior, el vestido de terciopelo le había parecido a Meredith de un brillo resplandeciente. Esa noche, en cambio, el terciopelo marrón tenía un aspecto apagado; y los zapatos, teñidos a juego, parecían propios de una matrona, con sus tacones bajos y gruesos. Meredith sabía que los gustos de la señora Ellis eran los de una mujer madura; además habían tenido que contar con las instrucciones del padre, quien dejó bien sentado que el vestido debía ser «adecuado a una jovencita de la edad y la educación recibida por Meredith». Habían llevado tres vestidos a casa para el visto bueno de Philip, y aquel fue el único que, según él, no era demasiado «atrevido» o «ligero».

Mirándose al espejo, Meredith solo se sentía satisfecha de su peinado. Solía soltarse la cabellera cubriéndole los hombros, peinada con una raya al costado y luciendo una horquilla junto a la oreja. Sin embargo, las observaciones de Lisa la habían convencido de que necesitaba un estilo nuevo y más sofisticado. Esa noche, había conseguido que la señora Ellis le recogiera el cabello en un moño alto, con gráciles rizos en las orejas. Meredith creía que aquel peinado le quedaba muy bien.

Philip entró en la habitación con un puñado de entradas para la ópera.

-Park Reynolds necesitaba dos entradas para *Rigoletto y* le dije que podía utilizar las nuestras. ¿ Quieres dárselas al joven Parker esta noche cuando...? -Alzó la mirada, observó a su hija y frunció el entrecejo-. ¿Qué le has hecho a tu pelo? -preguntó.

-Decidí cambiar un poco esta noche.

-Meredith, lo prefiero como te lo peinas siempre. -Posó una mirada de intensa desaprobación sobre la señora Ellis-. Cuando le di este empleo -empezó-, creo que especificamos cuáles serían sus funciones. Además de las tareas de mantenimiento de la casa cuando fuera necesario, usted tenía que aconsejar a mi hija en los asuntos femeninos. ¿Acaso ese peinado es su idea de...?

-Padre, yo le pedí a la señora Ellis que me peinara así -intervino Meredith. La señora Ellis había palidecido y estaba temblando.

-En tal caso antes deberías haberle pedido consejo.

-Sí, claro -musitó Meredith. Detestaba decepcionar o enojar a su padre, ya que él la hacía sentirse singularmente responsable del éxito o fracaso del día o la noche si ella lo ponía de mal humor.

-Bueno, no pasa nada -concedió Philip, al ver que Meredith estaba sinceramente arrepentida-. La señora Ellis puede arreglarte el peinado antes de marcharte. Te he traído algo, querida. Un collar. -De un bolsillo de la chaqueta extrajo una caja de terciopelo de color verde oscuro-. Puedes ponértelo esta noche, combinará perfectamente con el vestido. -Meredith esperó mientras su padre abría la caja.

¿Sería un medallón de oro o...?-. Son las perlas de tu abuela Bancroft -anunció Philip, y su hija tuvo que esforzarse para ocultar su desolación mientras él extraía el largo collar de perlas-. Vuélvete para que te lo ponga.

Veinte minutos después, Meredith se hallaba de nuevo frente al espejo y, al mirarse, intentaba persuadirse con valentía de que estaba bonita. Su peinado era el de siempre, pero el añadido de las perlas era la gota que colmaba el vaso. La abuela las había llevado puestas casi todos los días de su vida; murió con ellas colgadas del cuello. Ahora Meredith las sentía como fragmentos de plomo contra sus escasos pechos.

-Perdón, señorita.

La voz del mayordomo, al otro lado de la puerta, la hizo volverse en redondo.

-En el vestíbulo hay una tal señorita Pontini que dice ser condiscípula y amiga de la señorita.

Meredith, atrapada, se hundió en el borde de la cama, intentando febrilmente encontrar un modo de salir del atolladero. Pero no lo había, y lo sabía.

-Hágala pasar, por favor.

Apenas había transcurrido un minuto cuando Lisa entró en el dormitorio. Miraba a todas partes como si de pronto se encontrara en otro planeta.

-Intenté llamarte -se excusó-, pero tu teléfono estuvo ocupado durante una hora, de modo que decidí arriesgarme y venir. -Hizo una pausa y se volvió, escrutándolo todo-. ¿Quién es el dueño de este montón dc piedras?

En cualquier otra ocasión tan irreverente descripción de su casa hubiera hecho reír a Meredith, pero ahora solo pudo contestar con un tenso murmullo:

-Mi padre.

El rostro de Lisa se endureció.

-Lo imaginé cuando el hombre que me abrió la puerta se refirió a ti como «la señorita Meredith» con el mismo tono de voz que el padre Vickers emplea para decir «la santa Virgen María». -Giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta.

-¡Lisa, espera! -imploró Meredith.

-Ya te has divertido a mi costa. De veras que este ha sido un gran día -añadió sarcásticamente, volviéndose-. Primero Mario me saca de paseo con el coche e intenta quitarme la ropa. Y cuando voy a casa de mi «amiga», me encuentro con que se ha estado riendo de mí.

-¡No, eso no es cierto! -exclamó Meredith-. Te hice creer que Fenwick, nuestro chófer, era mi padre solo por miedo a que la verdad se interpusiera entre las dos.

-Oh, claro -replicó Lisa con sarcástica incredulidad-. Pobre niña rica, deseando desesperadamente hacerse amiga de la insignificante chica pobre que soy yo. Apuesto a que tú y tus ricos amigos os habéis reído a carcajadas de mi madre porque te ha rogado que vengas a compartir nuestros espaguetis y...

-¡Cállate! -la interrumpió Meredith.-. ¡No entiendes nada! Me gustan tus padres, quería ser tu amiga. Tú tienes hermanos y hermanas, tías y tíos, y todas las cosas que yo siempre he deseado tener. ¿Crees que porque vivo en esta estúpida casa todo es maravilloso? ¡Mira cómo te ha cambiado! Una sola mirada y ya no quieres saber nada de mí, y así ha sido siempre en la escuela desde el primer día. Y para tu información -concluyó-, te diré que adoro los espaguetis. ¿Adoro las casas como la tuya, donde la gente se ríe y grita...!

Se interrumpió al ver que la ira daba paso al sarcasmo en el rostro de Lisa.

-Te gusta el ruido,¿es eso?

-Supongo que sí -contestó Meredith, sonriendo con desánimo.

-¿Y qué hay de tus amigos ricos?

-En realidad, no tengo ninguno. Quiero decir que conozco a gente de mi edad a la que veo de vez en cuando, pero todos van a los mismos colegios y han sido amigos durante años. Para ellos soy una intrusa. Una rareza.

-¿Por qué te envía tu padre a Saint Stephen?

-Cree que ahí te forman el carácter. Su hermana y mi abuela fueron a ese colegio.

-Tu padre parece un tipo extraño.

-Supongo que lo es. Pero sus intenciones son buenas.

Lisa se encogió de hombros y comentó con tono afable:

-En tal caso, se parece mucho a la mayoría de los padres.

Era una pequeña concesión, una sutil sugerencia de que ambas tenían algo en común. Luego se produjo un silencio. Separadas por un lecho con dosel de estilo Luis XIV y por un enorme abismo social, dos inteligentísimas adolescentes reconocían las múltiples diferencias que las separaban, mirándose con una mezcla de esperanza y cautela.

-Supongo que será mejor que me vaya -dijo Lisa.

Meredith miró con desolación el bolso de nailon que Lisa había traído con su ropa. Era obvio que

venía dispuesta a pasar la noche. Meredith levantó la mano en un gesto mudo de súplica, luego la dejó caer, consciente de que era inútil.

-Yo también tengo que salir pronto -dijo.

-Que lo pases... bien.

-Fenwick puede llevarte a casa cuando me deje en el hotel.

-Tomaré el autobús -empezó a decir Lisa, pero entonces reparó por primera vez en el atuendo de Meredith, y una expresión de horror apareció en su rostro.

-¿Quién elige tus vestidos? ¿Hellen Keller? Supongo que no irás a llevar eso esta noche, ¿verdad?

-Sí. ¿No te gusta?

-¿Quieres saberlo de veras?

-Creo que no.

-Dime. ¿Cómo describirías este vestido?

Meredith se encogió de hombros con expresión apesadumbrada.

-¿La palabra anticuado significa algo para ti?

Lisa tuvo que morderse un labio para contener la risa.

-Si sabías que era feo, ¿por qué te lo compraste? -preguntó arqueando las cejas.

-Le gustó a mi padre.

-Tu padre tiene un gusto asqueroso.

-No deberías hablar así. Asqueroso... -Meredith pronunció la palabra en un susurro, consciente de que, por otra parte, Lisa tenía razón en cuanto al vestido-. Esas palabras te hacen parecer dura y fuerte, pero no lo eres... realmente. Yo no sé vestirme, no sé peinarme, pero sé cómo se debe hablar.

Perpleja, Lisa se quedó mirándola fijamente, y en aquel momento empezó a concretarse un fenómeno: la unión entre dos espíritus dispares quede pronto caen en la cuenta de que ambos tienen mucho que ofrecerse mutuamente. Lisa esbozó una sonrisa, luego ladeó la cabeza y escrutó con aire pensativo el vestido de Meredith.

-Baja un poco los hombros, a ver si así está mejor -dijo de pronto.

Meredith también sonrió y obedeció a Lisa.

-Tu pelo es horrible. Asque... No, terrible -se corrigió de inmediato. Luego miró alrededor y sus ojos se iluminaron al ver un ramo de flores de seda sobre el tocador.

-Una flor en el pelo o en el sujetador podría quedarte bien.

Con el instinto certero de los Bancroft, Meredith presintió que la victoria estaba al alcance de la mano, y que era el momento de actuar,

-¿Te quedarás aquí esta noche? Volveré alrededor de las doce, y podemos quedarnos levantadas hasta la hora que nos dé la gana. Nadie nos molestará.

Lisa vaciló, al cabo de un momento sonrió y dijo:

-Está bien. -Pareció olvidarse del asunto y se concentró de nuevo en el aspecto de su amiga-. ¿Por qué te compras zapatos con tacones tan anchos?

-Así no parezco tan alta.

-¡Ser alta está de moda, idiota! ¿Es necesario que lleves esas perlas?

-Me lo pidió papá.

-Puedes quitártelas en el coche. ¿O no?

-Se sentiría muy mal si llegara a enterarse.

-No seré yo quien se lo diga. Te prestaré mi lápiz de labios -añadió mientras buscaba en su bolso-. ¿Y las gafas? ¿Es absolutamente necesario que las lleves?

-Solo si necesito ver -bromeó Meredith.

Meredith salió tres cuartos de hora más tarde. En cierta ocasión Lisa había presumido de tener talento para decorar cualquier cosa (ya fueran personas o estancias), y ahora Meredith le creía. La flor de seda que llevaba en el pelo, tras una oreja, la hacía sentirse más elegante y menos desaliñada. El suave toque de colorete en las mejillas le daba más vida y la pintura de los labios, aunque Lisa dijera que era de un tono demasiado vivo para ella, le añadía edad y sofisticación. Llena de una confianza desconocida hasta entonces, Meredith se detuvo en el umbral del dormitorio y se volvió para despedirse con un gesto de Lisa y de la señora Ellis. Luego susurró a su amiga, con una sonrisa:

-Si quieres redecorar mi cuarto mientras estoy fuera, puedes hacerlo a tu antojo.

Lisa levantó los dedos pulgares con gesto desenvuelto.

-No hagas esperar a Parker.

3

Diciembre de 1973

El sonido de campanas que Matt Farrell oía en su cabeza se vio superado por el del ritmo acelerado de su corazón. Se hundía en el cuerpo ansioso y exigente de Laura, que quería más y con las caderas lo obligaba a penetrarla. Estaba como loca, cerca del éxtasis... Las campanas empezaron a sonar rítmicamente, pero no con los melodiosos tañidos de las de las torres de la iglesia en el centro de! pueblo, ni los resonantes del cuartel de bomberos al otro lado de la calle.

-Eh, Farrell. ¿Estás ahí dentro? -Campanas.

Sin duda estaba «dentro». De hecho, muy cerca del estallido final, pero las campanas seguían allí.

-Maldito seas, Farrell... ¿Dónde diablos estás? -Entonces el sonido penetró en su mente: fuera, junto a los surtidores de la estación de servicio, alguien tocaba el timbre y gritaba su nombre.

Laura se quedó rígida y emitió un pequeño alarido.

-¡Oh, Dios, ahí fuera hay alguien! -Demasiado tarde. Él no podía detenerse y tampoco quería. No había deseado hacerlo allí, pero ella le insistió, lo convenció, y ahora su cuerpo se mostraba insensible a la amenaza de la intrusión. Se aferré a las nalgas redondeadas de Laura, la tumbó, la embistió con fuerza y alcanzó el orgasmo. Tras un pequeño descanso, se separó del cuerpo de la chica, con suavidad pero también con prisa y se sentó. Ella procedió a bajarse y alisarse la falda y a ajustarse el suéter. Entonces Matt la llevó a ocultarse tras una pila de neumáticos y se situó frente a la puerta, justo en el momento en que esta se abría. Owen Keenan entró, receloso y ceñudo.

-¿Qué diablos pasa aquí, Matt? Casi he echado abajo este lugar con mis gritos.

-Estaba haciendo una pausa -replicó Matt, mesándose el negro pelo, lógicamente despeinado-. ¿Qué quieres?

-Tu padre está borracho, en Maxine. El sheriff va para allá. Si no quieres que pase la noche en la cárcel, será mejor que llegues primero.

Cuando Owen se hubo marchado, Matt recogió del suelo el abrigo de Laura, sobre el que habían hecho el amor, le quitó el polvo y ayudó a la chica a ponérselo. Matt sabía que una amiga la había traído, lo que significaba que él tendría que llevarla de vuelta.

-¿Dónde has dejado tu coche? -le preguntó Matt.

Laura se lo dijo y él asintió.

-Te llevaré allí antes de ir a rescatar a mi padre.

Las luces de Navidad colgaban en las esquinas de la calle principal. Sus colores se desdibujaban a causa de la nevada que estaba cayendo. En el extremo norte del pueblo una guirnalda roja de plástico colgaba sobre un letrero que rezaba: «Bienvenidos a Edmunton, Indiana. Población: 38.124». De un altavoz proporcionado por el club Elks surgían las notas de *Noche de paz,* confundiéndose con las de *Jingle Bells* que emergían de un trineo de plástico colocado en el techo de la ferretería de Horton. Aquella nieve suave y las luces navideñas obraban milagros. En efecto, a la cruda luz del día Edmunton era una pequeña ciudad provinciana encaramada en la pendiente de un valle poco profundo. De sus acererías se elevaban al cielo apiñadas chimeneas, dispersando incesantemente nubes de humo y de vapor en el aire. La oscuridad era un manto negro que cubría el sombrío espectáculo; ocultaba el extremo sur de la ciudad, donde las buenas viviendas daban paso a las chozas, las tabernas y las casas de empeño. Más allá, la tierra de labranza, desnuda en invierno.

Matt estacionó su furgoneta de reparto en un rincón oscuro del aparcamiento situado junto a la tienda de Jackson, donde Laura había dejado su coche. La muchacha se arrimó a él.

-No lo olvides -le susurró, echándole los brazos al cuello-; tienes que recogerme esta noche a las siete, al pie de la cuesta. Terminaremos lo que empezamos hace una hora. Pero Matt, no asomes la cara. Mi padre vio tu furgoneta aquí la última vez y empezó a hacer preguntas.

Matt la miró y de pronto sintió asco. Asco de sí mismo, por la atracción sexual que la chica ejercía sobre él. Laura hermosa, rica, mimada y egoísta. Él era consciente de todo eso.

Se había dejado utilizar por Laura, había consentido en ser para ella un objeto sexual, viéndose arrastrado a encuentros clandestinos, a intentos furtivos, permitiendo que ella lo hiciera esperar al pie de la cuesta y no enfrente de su casa, como sin duda hacían sus amigos socialmente aceptables.

Aparte de la atracción sexual, él y Laura no tenían nada en común. El padre de Laura Frederickson era el ciudadano más rico de Edmunton, y su hija estudiaba primer curso en una costosa universidad del Este. Matt trabajaba en una fábrica de acero durante el día, asistía a las clases nocturnas de la delegación local de la Universidad Estatal de Indiana y los fines de semana se ganaba unos dólares como mecánico.

Matt abrió la portezuela para que Laura saliera y le dio un ultimátum con voz dura e inflexible.

-Esta noche te paso a buscar por la puerta de tu casa o haces otros planes sin contar conmigo.

-Pero ¿qué diré a mi padre cuando vea tu furgoneta frente a la casa?

Insensible a la aterrada mirada de la chica, Matt respondió con voz sardónica:

-Dile que mi limusina está averiada.

Librodot

4

Diciembre de1973

La larga hilera de limusinas se deslizaba con lentitud hacia la puerta principal del hotel Chicago Drake. Al llegar, iban bajando sus jóvenes ocupantes.

Los porteros se movían de uno a otro lado, escoltando desde el automóvil hasta el vestíbulo a todo grupo de recién llegados. Ni en las palabras de los porteros ni en la expresión de sus rostros había el menor signo de condescendencia o regocijo. Esos jóvenes huéspedes, luciendo traje de etiqueta y largos vestidos de fiesta, no eran chicos corrientes que asistían a un baile de gala o a la celebración de una boda. No parecían asombrados en aquel entorno lujoso, ni se mostraban inseguros en cuanto a la manera de comportarse. Eran los hijos de las mejores familias de Chicago, lo cual se reflejaba en su porte y en la confianza y seguridad con que se movían. Si algo delataba su edad, era tal vez el entusiasmo, la efervescencia que les provocaba la velada que tenían ante sí.

Hacia el final de la procesión de automóviles con chófer, Meredith observaba desde el suyo cómo iban saliendo los demás. Estaban allí para asistir a la cena con baile anual de la señorita Eppingham. Esta noche sus alumnos, cuyas edades oscilaban entre los doce y los catorce años, tendrían que demostrar que el curso de comportamiento social que ella había impartido durante seis meses no había caído en saco roto. Eran habilidades que cuando fueran adultos necesitarían para moverse con seguridad en el refinado estrato social al que pertenecían. Por esta razón, esa noche los cincuenta estudiantes pasarían por la fila de recepción, ocuparían su puesto en las mesas de un lujoso banquete compuesto de doce platos, y después protagonizarían el baile.

Meredith observaba por la ventanilla de su automóvil aquellas caras alegres y confiadas que se reunían en el vestíbulo. Era, de todos los invitados e invitadas, la única que llegaba sola, según comprobó al ver que las otras chicas salían de los coches en grupo o acompañadas por una «escolta», que frecuentemente se componía de hermanos o primos mayores, ya graduados en el curso de la señorita Eppingham. Con el corazón desolado, Meredith observaba los preciosos trajes de las otras chicas, sus espléndidos peinados con los rizos entrelazados con cintas de terciopelo o sostenidos por brillantes diademas.

La señorita Eppingham había reservado para esta ocasión el Gran Salón de Baile, al que Meredith accedió desde el vestíbulo de mármol con el estómago y las rodillas temblorosas por los nervios. Sentía una gran aprensión. Se detuvo en el rellano y luego se dirigió directamente al tocador de señoras. Ya dentro, se situó frente al espejo, con la esperanza de tranquilizarse ante su aspecto. En realidad, y teniendo en cuenta los escasos recursos con que había contado Lisa, no estaba tan mal. Lucía una flor de seda prendida en su rubia cabellera, peinada con raya al costado, cayéndole hasta los hombros. Meredith decidió, con más esperanza que convicción, que la flor le daba un misterioso aire mundano.

Abrió el bolso y extrajo el pintalabios color melocotón de Lisa. Se retocó los labios. Satisfecha, se desabrochó el collar de perlas y lo metió en el bolso, haciendo lo propio con las gafas. Mucho mejor, se dijo con la moral alta. Si no bizqueaba y las luces mantenían el salón en la penumbra, existía la posibilidad de que Parker la considerara bonita.

Fuera del salón de baile los congregados se saludaban con la mano y se reunían en grupos. Sin embargo nadie la saludó a ella o la llamó y dijo «espero que nos sentaremos juntos». No era culpa de ellos, Meredith lo sabía. En primer lugar, la mayor parte de los presentes se conocían entre sí, eran amigos desde la más tierna infancia, al igual que sus padres. Todos ellos celebraban juntos sus respectivas fiestas de cumpleaños. La alta sociedad de Chicago constituía un gran círculo cerrado, los adultos se ocupaban de que conservase ese carácter y de que sus vástagos, por supuesto, fueran admitidos. La única voz discordante era la del padre de Meredith. Con actitud algo contradictoria, deseaba que su hija figurase entre la élite, pero al mismo tiempo no quería verla mezclada con la gente de su edad y su clase, pues los consideraba malas compañías a causa de la excesiva permisividad de sus padres.

Meredith pasó sin dificultad por la fila de recepción y se dirigió a las mesas del banquete. Cada asiento estaba indicado en tarjetas grabadas, de modo que, con disimulo, Meredith sacó las gafas del bolso y buscó su nombre. Cuando lo localizó en la tercera mesa, descubrió que la habían puesto con Kimberly Gerrold y Stacey Fitzhug, dos de las jovencitas que habían sido «duendes» con ella en la fiesta de Navidad.

-Hola, Meredith -la saludaron a coro, mirándola con aquella especie de burlona condescendencia que siempre la hacía sentir torpe y tímida. Sin decir más, siguieron hablando con los chicos sentados entre ellas. La tercera muchacha era la hermana menor de Parker, Rosemary, que saludó a Meredith con un vago gesto de indiferencia. Después le susurró algo al oído al muchacho que estaba a su lado y este rió, al tiempo que taladraba a Meredith con la mirada.

Reprimiendo con fuerza la incómoda convicción de que Rosemary estaba hablando de ella, Meredith miró vivamente alrededor, fingiendo estar fascinada con los recargados adornos rojos y blancos de Navidad. La silla a su derecha había quedado vacía a causa de una gripe intempestiva que retuvo en cama al joven que debía ocuparla. Cuando Meredith se enteró de esta desgraciada circunstancia se sintió aún más incómoda, pues sería la única en no tener un compañero de mesa.

Iba transcurriendo la cena, plato tras plato. Meredith escogía instintivamente el cubierto apropiado entre los once, colocados en torno a los platos. En su casa era habitual comer siguiendo este ceremonial, al igual que en las casas de muchos de los otros estudiantes de la señorita Eppingham. Así pues, ni siquiera la indecisión distraía a Meredith del aislamiento que sentía mientras escuchaba a sus compañeros de mesa comentar las últimas películas.

-¿La has visto, Meredith? -le preguntó Steven Mormont, adhiriéndose tardíamente a las reglas de la señorita Eppingham, quien sostenía que nadie en una mesa debía quedar fuera de la conversación.

-No. Me temo que no. -Se salvó de tener que decir más, porque en aquel momento empezó a tocar la orquesta y corrieron las cortinas que los separaban de la pista de baile. Era la indicación de que debían darse por concluidas las conversaciones en las mesas y dirigirse ceremoniosamente al salón.

Parker había prometido presentarse a la hora del baile, y estando allí su hermana, Meredith tenía la seguridad de que el muchacho cumpliría su promesa. Además, el club de estudiantes de su universidad celebraba una fiesta en otro de los salones de baile, de manera que Parker estaba en el hotel. Meredith se puso de pie, se alisó el cabello, apretó la barriga y se dirigió a la pista.

Durante las dos horas siguientes la señorita Eppingham desplegó sus mejores artes de anfitriona, circulando entre sus huéspedes y asegurándose de que todos y cada uno de ellos tuviera con quien hablar y con quien bailar. Una y otra vez, Meredith se dio cuenta de que la señorita le enviaba a un chico remiso con la orden de que la sacara a bailar.

Hacia las once, todos los chicos y las chicas de la señorita Eppingham se habían dividido en grupitos, y la pista de baile estaba casi desierta, debido sin duda a la música de la orquesta, obviamente anticuada, Meredith era una de las cuatro parejas que todavía estaban bailando, y su compañero, Stuart Whitmore, hablaba animadamente de su objetivo en la vida, que era unirse a la firma de abogados que presidía su padre. Como Meredith, era serio e inteligente. Por ello lo prefería a ninguno de los otros chicos de aquella multitud, sobre todo después de sacarla a bailar espontáneamente, sin ser enviado por nadie. Meredith lo escuchaba, pero su mirada no se apartaba de la puerta del salón de baile, hasta que de pronto apareció Parker con tres de sus amigos de la universidad. Parker tenía un aspecto espléndido, con su esmoquin negro, su abundante pelo rubio y su rostro bronceado por el sol. El corazón de Meredith latió con fuerza. Al lado de Parker, los demás chicos, incluidos los que lo acompañaban, parecían seres insignificantes.

Advirtiendo que Meredith se había puesto rígida, Stuart interrumpió su discurso acerca de los requisitos de la facultad de derecho y miró hacia la puerta.

-Oh. Allí está el hermano de Rosemary -dijo.

-Sí, ya lo sé -musitó Meredith, con aire ensoñador.

Stuart advirtió su reacción e hizo una mueca.

-¿Qué tiene Parker Reynolds que les quita el aliento a todas las chicas?-preguntó con ironía-. ¿Por qué lo prefieres? ¿Porque es más alto, porque es mayor y más agradable que yo?

-No debes subestimarte -contestó Meredith, con sinceridad pero algo distraída. Observaba a Parker, que en aquel momento cruzaba el salón en dirección a su hermana para sacarla a bailar-. Eres muy inteligente y agradable.

-Tú también.

-Serás un abogado brillante, como tu padre.

-¿Te gustaría salir conmigo el sábado por la noche?

-¿Qué? -Meredith suspiró y miró a Stuart-. Bueno... -añadió apresuradamente-, es muy amable de tu parte, pero mi padre no me permite salir con chicos. No me lo permitirá hasta dentro de dos años, cuando cumpla los dieciséis.

-Gracias por desairarme con tanta amabilidad.

-¡No te he desairado! -replicó Meredith, pero se olvidó de todo al ver que uno de los amigos de Rosemary Reynolds se la había arrebatado a su hermano y este se volvía y se encaminaba a la puerta-. Perdóname, Stuart -dijo Meredith con cierta desesperación-, pero tengo que darle algo a Parker. -Sin percatarse de que estaba atrayendo las miradas de gran parte de la concurrencia, corrió por la pista desierta y alcanzó a Parker justo cuando estaba a punto de salir con sus amigos. Estos le dedicaron una mirada curiosa, como si fuera un insecto entrometido, pero la sonrisa de Parker era auténtica y cálida.

-Hola, Meredith. ¿Te estás divirtiendo?

Meredith asintió con la esperanza de que Parker recordara que le había prometido un baile. Luego sintió que el alma se le caía a los pies al darse cuenta de que el muchacho solo esperaba que ella le dijera qué la traía allí. Se ruborizó al advertir que estaba mirando a Parker como quien adora a un dios

en silencio.

-Tengo... tengo algo que darte -farfulló con voz temblorosa, mientras buscaba en su bolso-. Bueno... mi padre quiere que te dé esto. -Sacó el sobre con las entradas de la ópera y la tarjeta de cumpleaños, pero con tan mala suerte que el collar de perlas se escurrió del bolso y cayó al suelo. Se agachó de inmediato para recogerlo, al mismo tiempo que también lo hacía Parker y sus frentes chocaron con fuerza. Meredith se disculpó y, al incorporarse, el pintalabios de Lisa también cayó al suelo. Jonathan Sommers, uno de los amigos de Parker, se inclinó para recogerlo.

-Oye, ¿por qué no vacías tu bolso y así lo recogemos todo de una sola vez? -bromeó Jonathan. Su aliento olía a alcohol.

Meredith advirtió horrorizada las risas disimuladas de los alumnos de la señorita Eppingham. Prácticamente le tiró el sobre a Parker, y metió a toda prisa en el bolso las perlas y el pintalabios. Luego se volvió, conteniendo las lágrimas y con el propósito de emprender una ignominiosa retirada. Entonces Parker se acordó finalmente del baile que le había prometido.

-¿Qué hay del baile que me prometiste? -preguntó con amabilidad.

Meredith se volvió con la mirada encendida.

-Oh, lo había... olvidado. ¿Quieres? ¿Deseas bailar?

-Es la mejor oferta que me han hecho en toda la noche -aseguró el muchacho con galantería. En aquel momento la orquesta atacaba los compases de *Bewitched, Botbered, and Bewildered.* Meredith se dejó llevar por Parker y sintió que su sueño se hacía realidad. Bajo la punta de sus dedos sentía la suave textura del negro esmoquin de Parker y la sólida firmeza de su espalda. El joven usaba una colonia maravillosa. ¡Y qué bien bailaba! Meredith se sentía tan perdidamente abrumada que expresó su pensamiento en voz alta:

-Eres un bailarín maravilloso.

-Gracias.

-Y estás muy guapo con este esmoquin.

Parker esbozó una suave sonrisa, y Meredith echó la cabeza atrás.

-También tú estás muy bonita -susurró el muchacho.

Meredith sintió el rubor de sus mejillas y fijó la mirada en el hombro de Parker. Por desgracia, con todo lo ocurrido con el bolso, el alfiler que sujetaba la flor de seda se había aflojado y esta se corrió hacia abajo, colgando tontamente de su tallo de alambre engarzado en el pelo. Meredith no se dio cuenta de lo ocurrido. Su mente estaba ocupada en la tarea de encontrar algo sofisticado e ingenioso que decir. Por fin, inclinando atrás la cabeza, lanzó una pregunta con el más vivo interés.

-¿Cómo estás pasando las vacaciones de Navidad?

-Muy bien -contestó Parker, bajando la mirada hasta el hombro de Meredith y su flor caída-. ¿Y tú?

-También muy bien -respondió con torpeza. Parker la soltó en cuanto terminó la música. Se despidió con una sonrisa. Consciente de que no debía quedarse allí mirándolo alejarse, Meredith se volvió con rapidez y entonces se vio reflejada en un espejo. La flor de seda pendía estúpidamente del pelo, y se la arrancó con la esperanza de que hubiera permanecido en su sitio mientras bailaban.

En la cola del guardarropa contempló detenidamente la flor que ahora llevaba en la mano. ¿Y si le había estado colgando y balanceándose en el pelo durante el baile con Parker? Miró a la chica que estaba a su lado, y esta, como si le hubiera leído el pensamiento, asintió con la cabeza.

-Sí. La flor te colgaba mientras bailabas con él.

-Me lo temía.

La muchacha le sonrió con simpatía, y de pronto Meredith se acordó de su nombre. Brooke Morrison. Meredith siempre la había considerado agradable

-¿A qué colegio vas a ir el año que viene? -inquirió Brooke.

-Bensonhurst, en Vermont -contestó Meredith.

-¿Bensonhurst? -repitió Brooke, arrugando la nariz. Eso está en mitad de ninguna parte, con un reglamento propio de una cárcel. Mi abuela fue a Bensonhurst.

-También la mía -replicó Meredith con un triste suspiro, deseando que su padre no mostrara tanta insistencia en enviarla allí.

Lisa y la señora Ellis estaban sentadas en el dormitorio de Meredith cuando esta abrió la puerta.

-¿Y bien? -preguntó Lisa dando un salto-. ¿Cómo te fue?

-Maravillosamente -le contestó Meredith, e hizo una mueca-. Si exceptuamos que se me cayó el contenido del bolso cuando le di a Parker la tarjeta de cumpleaños. O que sin darme cuenta le dije lo guapo que estaba y lo buen bailarín que era. -Se dejó caer en la silla que Lisa acababa de dejar libre y en ese momento advirtió que la habían cambiado de lugar. En realidad, todo el dormitorio estaba dispuesto de un modo distinto.

-Bueno, ¿qué te parece? -preguntó Lisa con una sonrisa descarada, mientras Meredith miraba lentamente alrededor y en su rostro aparecía una expresión de sorpresa y felicidad. Además de cambiar los muebles de lugar, Lisa había prendido flores de seda de las columnas de la cama. No satisfecha con eso, había hecho acopio de plantas de otras partes de la casa. Con todo ello, el austero dormitorio de Meredith tenía ahora un aire femenino de jardín.

-¡Lisa, eres asombrosa!

-Claro -contestó su amiga-. La señora Ellis me ayudó -añadió sonriendo con ironía.

-Yo me limité a traer las plantas -objetó el ama de llaves-. El resto lo hizo Lisa. Espero que tu padre no tenga nada que objetar -concluyó la mujer, al tiempo que se levantaba para salir. Por el tono de su voz, era obvio que no las tenía todas consigo.

Cuando hubo salido, Lisa dijo:

-De alguna manera tenía la esperanza de que tu padre se asomara y viera lo que yo estaba haciendo. Le tenía preparado un gran discursito. ¿Quieres oírlo?

Meredith le devolvió la sonrisa y asintió.

Adoptando asombrosamente los modales más finos y con una dicción impecable, Lisa comenzó su discurso:

-Buenas noches, señor Bancroft. Soy amiga de Meredith y me llamo Lisa Pontini. Quiero ser diseñadora de interiores, y por eso he estado practicando aquí. Espero que no tenga nada que objetar. ¿Verdad, señor?

Lo hizo tan bien que Meredith acabó por reír. Luego comentó:

-No sabía que quisieras ser diseñadora de interiores.

Lisa la miró burlonamente.

-Suerte tendré si termino la escuela secundaria. Ir a la universidad a estudiar diseño... ¡Qué utopía! Somos pobres. -Se interrumpió un momento y añadió con asombro-: La señora Ellis me dijo que tu padre es el Bancroft de Bancroft & Company. ¿Está de viaje o algo así?

-No, tiene una comida con los del comité ejecutivo -contestó Meredith. Luego, dando por sentado que Lisa se quedaría tan fascinada ante el funcionamiento interno de la compañía como lo estaba ella, continuó-: La orden del día es realmente excitante. Dos de los directores opinan que Bancroft debería extenderse a otras ciudades. El interventor asegura que fiscalmente seria una decisión irresponsable, pero todos los ejecutivos insisten en que el aumento de ventas que produciría la expansión compensaría con creces el desembolso fiscal extra y, en consecuencia, los beneficios de la empresa aumentarían.

-Para mí, todo eso suena a chino -dijo Lisa, más pendiente de un mueble que había en un rincón del dormitorio. Lo desplazó un poco hacia delante y el efecto fue sorprendente.

-¿A qué escuela secundaria vas a ir? -preguntó Meredith a su amiga, admirándola y pensando que era muy injusto que Lisa no pudiera ir a la universidad y potenciar al máximo su talento.

-Kemmerling -contestó Lisa.

Meredith pestañeó. Para ir a Saint Stephen pasaba por delante de Kemmerling. ¡Qué diferencia! Saint Stephen era un edificio viejo pero bien mantenido e inmaculadamente limpio. Kemmerling, en cambio, era una enorme escuela pública, fea, con estudiantes de aspecto duro y desarrapado. Su padre repetía siempre que una buena formación solo se obtenía en un buen colegio. Largo rato después de que Lisa se quedara dormida, Meredith permanecía despierta y maquinando. La idea que le bullía en la cabeza requeriría una estrategia más cuidadosa que ninguna otra que hubiera planeado, salvo la de sus citas imaginarias con Parker.

5

A la mañana siguiente, temprano, Fenwick llevó a Lisa de regreso a su casa, mientras Meredith bajaba a desayunar con su padre. Lo encontró leyendo el diario. En otras circunstancias Meredith habría sentido curiosidad por el resultado de la reunión de la noche anterior, pero ese día su mente estaba ocupada por un asunto más apremiante. Sa1udó a su padre, se sentó y de inmediato puso en práctica su plan, sin importarle que él estuviera aún inmerso en el artículo que leía.

-¿No has dicho siempre que una buena formación es vital? -empezó Meredith. El padre asintió, aunque sin prestarle atención-. ¿Y no has dicho también que hay escuelas públicas sin suficientes profesores y equipos?

-Sí -contestó Philip, todavía ausente.

-¿Y no me dijiste que la compañía de la familia Bancroft ha estado patrocinando Bensonhurst durante décadas?

-Humm... -murmuró él al tiempo que pasaba la hoja.

-Bueno -concluyó Meredith, tratando de ocultar su creciente excitación-, en Saint Stephen hay una

estudiante... Una chica estupenda, de una familia muy devota. Muy inteligente, con mucho talento. Le gustaría ser diseñadora de interiores, pero tendrá que ir a Kemmerling, porque sus padres no se pueden permitir el lujo de enviarla a una escuela mejor. ¿No es triste?

--Humm -volvió a mascullar Philip, que frunció el entrecejo ante un artículo sobre Richard Daley, Los demócratas no eran santos de su devoción.

-¿No crees que es trágico que se pierda tanto talento, tanta inteligencia y ambición?

Finalmente su padre levantó la mirada del periódico y contempló a su hija con repentino interés. A los cuarenta y dos años Philip era un hombre atractivo y elegante, de porte brusco, penetrantes ojos azules y pelo castaño que empezaba a encanecer en las sienes.

-¿Qué estás sugiriendo, Meredith?

-Una beca. Si Bensonhurst no ofrece ninguna, podrías pedirles que utilicen parte del dinero de la donación.

-Y también podría especificar a quién debe serle otorgada la beca, ¿no es así? Apuesto a que la quieres para esa chica de la que me has estado hablando. -Hablaba con un tono pausado para que Meredith entendiera que su propuesta era inmoral, pero la hija sabía demasiado bien que su padre creía en el uso del poder y de las influencias siempre y cuando fuese en beneficio de sus propósitos. En realidad, para eso servía el poder, según él mismo le había dicho muchas veces,

Ella asintió despacio, con una sonrisa.

-Sí.

-Ya veo.

-Nunca encontrarías a nadie que lo mereciera más que ella -insistió Meredith, y súbitamente añadió-: Si no hacemos nada por Lisa, es probable que la pobre algún día termine viviendo de la beneficencia. -La beneficencia era un asunto que despertaba la indignación de Philip. Meredith deseaba desesperadamente seguir hablando de Lisa. Deseaba decirle a su padre lo mucho que le importaba su amistad, pero un sexto sentido le indicó que no lo hiciera. Philip siempre había sido un celoso protector de su hija, hasta el punto de que ningún niño o niña de su edad le parecía bastante bueno como compañero de Meredith. Era más verosímil hacerle creer que Lisa merecía una beca por sí misma que por ser la amiga de su hija.

-Me recuerdas a tu abuela Bancroft -dijo Philip al cabo de un momento-. Con frecuencia se tomaba un interés personal por cualquier persona merecedora de algo pero poco favorecida por la fortuna.

Meredith se sintió culpable, pues su interés por Lisa, por tenerla a su lado en Bensonhurst, tenía tanto de egoísta como de noble. Sin embargo, las palabras de su padre la hicieron olvidar este análisis de sus sentimientos.

-Llama a mi secretaria mañana. Dale toda la información que tengas acerca de esta muchacha y dile que recuerde que llame a Bensonhurst.

Durante las tres semanas siguientes, Meredith vivió una agonía, a la espera de las noticias de su padre. Temía decirle a Lisa lo que tramaba, por si el asunto fracasaba y su amiga sufría una cruel decepción; pero, por otra parte, no podía creer que Bensonhurst rechazara la petición de su padre. En la actualidad, las muchachas americanas eran enviadas a colegios de Suiza o Francia, y no a Vermont, y menos aún a Bensonhurst, con las corrientes de aire de sus dormitorios de piedra, su rígida reputación y sus normas. Por supuesto, como en el pasado, el colegio no carecía de plazas libres, y era difícil que se arriesgaran a ofender a su padre.

Un día de la cuarta semana de espera llego una carta de Bensonhurst, Meredith merodeó ansiosamente en torno de la silla de su padre, mientras este abría el sobre y leía el contenido.

-Aquí dice -desveló por fin Philip- que le otorga a la señorita Pontini la única beca de la escuela, basándose en sus magníficas notas y en la recomendación de la familia Bancroft.

Meredith dio un respingo de alegría que mereció la desaprobación de su padre con una mirada de reproche. Philip prosiguió.

-La beca cubre la matrícula, la comida y el alojamiento. Ella tendrá que pagarse el viaje a Vermont y los gastos personales.

Meredith se mordió un labio. No había pensado en el costo del viaje a Vermont ni en los gastos personales, pero enseguida se dijo que casi con certeza se le ocurriría una solución a este nuevo problema. Quizá lograría convencer a su padre de que hicieran el viaje juntos en automóvil, en cuyo caso Lisa podría acompañarlos.

Al día siguiente Meredith llevó al colegio los folletos de Bensonhurst y la carta en que se anunciaba la concesión de la beca. El día se le hizo interminable, pero por fin se vio sentada a la mesa de los Pontini. La madre de Lisa no paraba de entrar y salir de la cocina, ofreciéndole pastelitos italianos tan ligeros como el aire y *cannoli* casero.

-Estás demasiado flaca, igual que Lisa -dijo la señora Pontini, y obedientemente Meredith mordisqueó un dulce, al tiempo que abría su bolsa de la escuela y sacaba los folletos de Bensonhurst,

que desparramó sobre la mesa.

Resultaba un poco torpe en su papel de filántropa. Se excitó hablando de Bensonhurst y Vermont, del placer de viajar... Después declaró que a Lisa se le había concedido una beca en Bensonhurst. Se produjo un silencio total, mientras la señora Pontini y Lisa asimilaban las últimas palabras de Meredith. De pronto, Lisa se puso de pie.

-¿Qué soy yo? -exclamó furiosa-. ¿Tu última obra de caridad? ¿Quién diablos crees que eres?

Salió corriendo por la puerta trasera y Meredith la siguió.

-Lisa, solo quería ayudar.

-¿Ayudar? -le espetó Lisa, enfrentándose a su amiga-. ¿Qué te hace pensar que me gustaría ir a un colegio con un puñado de ricos, esnobs como tú, que me considerarían un caso de caridad? Puedo imaginarlo... una escuela llena de zorras mimadas, que se quejan de tener que arreglárselas con los mil dólares mensuales para gastos que sus padres les mandan...

-Nadie sabría que estás becada, a menos que tú misma lo dijeras... -empezó Meredith, pero enseguida se detuvo, a su vez herida e irritada-. No sabía que me considerabas una «rica esnob» o una «zorra mimada».

-Lo que hay que oír. Ni siquiera puedes pronunciar la palabra zorra sin atragantarte. Eres tan asquerosamente remilgada, tan superior...

-Lisa, tú eres la esnob, no yo -interrumpió Meredith con voz serena y cansina-. Todo lo ves a través del dinero. Y no tienes que preocuparte de no encajar en Bensonhurst. Soy yo, no tú, la que parece no encajar en ninguna parte. -Pronunció aquellas palabras con tal dignidad que su padre se habría sentido enormemente complacido. Después se volvió y se marchó.

Fenwick la esperaba frente a la casa de los Pontini, y Meredith se hundió en el asiento trasero del coche. Se dijo que había algo raro en ella y que así lo entendía la gente, pues no encajaba ni con los de su propia clase social ni con los demás. No se le ocurrió pensar que el problema quizá fuera de ellos, no suyo; que en realidad su finura, su sensibilidad, provocaba el rechazo o la burla de todos. Lisa sí pensó en ello, mientras observaba cómo el Rolls se ponía en marcha. Odiaba a Meredith Bancroft por poder jugar a la adolescente hada madrina, y se despreciaba a sí misma por la fealdad y la injusticia de sus sentimientos.

Al día siguiente Meredith se hallaba sentada en su lugar habitual, arrebujada en su abrigo, comiendo una manzana y leyendo un libro. Por el rabillo del ojo vio que se le acercaba Lisa, por lo que trató de concentrarse más en la lectura.

-Meredith -dijo Lisa-. Siento lo de ayer.

-Está bien -musitó Meredith sin levantar la mirada del libro-. Olvídalo.

-No es fácil olvidar que me comporté de un modo tan horrible con la persona más dulce y amable que he conocido en toda mi vida.

Meredith la miró, luego volvió a clavar la vista en el libro.

-Ahora ya no importa -repuso con tono afable, pero dando a entender que todo había terminado.

Lejos de rendirse, Lisa se sentó al lado de Meredith y agregó con terquedad:

-Ayer me comporté como una bruja por un montón de razones estúpidas y egoístas. Sentí compasión de mí misma porque me estabas ofreciendo esa magnífica oportunidad de ir a un colegio especial, de sentirme un ser especial, y sabía que nunca podría aceptarla. Quiero decir que mi madre necesita ayuda en casa, pues somos muchos hermanos. Y aunque no fuera así, necesitaría dinero para el viaje a Vermont y los gastos de estancia.

Meredith no había contemplado el hecho de que la madre de Lisa no quería o no podía prescindir de ella; era terrible que la señora Pontini, por haber engendrado ocho hijos, quisiera retener a uno de ellos a su lado, convirtiendo a su hija mayor en madre a tiempo parcial.

-No pensé que tus padres no te dejarían ir -admitió mirando a Lisa a la cara por primera vez-. Yo creía que los padres siempre quieren lo mejor para sus hijos, darles la mejor educación posible.

-Tienes razón a medias -convino Lisa, y Meredith advirtió que su amiga parecía tener algo nuevo que decir-. Mi madre así lo quiere. Cuando te marchaste, tuvo una gran discusión con mi padre. Según él, una chica no necesita ir a buenos colegios para luego casarse y tener niños. Entonces mi madre lo amenazó con una gran cuchara y después se precipitaron los acontecimientos. Mamá llamó a mi abuela, mi abuela a mis tíos y tías, y todos vinieron a casa y muy pronto estaban recolectando dinero para mí. Se trata de un préstamo. Supongo que si estudio mucho en Bensonhurst, después habrá alguna universidad que me proporcione una beca. Y cuando termine mis estudios encontraré un gran empleo y les devolveré a todos el dinero prestado.

Sus ojos brillaban cuando, impulsivamente, tomó una mano de Meredith y la estrechó con fuerza.

-¿Cómo se siente una cuando se sabe responsable de haber cambiado la vida de otra persona? -preguntó con dulzura-. Mis sueños se han hecho realidad para mí, y también para mi madre y mis tías...

De pronto Meredith sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

-Una se siente... muy bien,

-¿Crees que podremos compartir una habitación?

Meredith asintió y su rostro se iluminó de alegría.

Cerca de ellas, un grupo de chicas comían juntas. Vieron asombradas un espectáculo insólito: Lisa Pontini, la nueva alumna, y Meredith Bancroft, la más rara de la escuela, se habían levantado de pronto y estaban llorando y riendo al mismo tiempo, abrazadas y saltando sin parar.

6

Junio de 1978

La habitación que Meredith había compartido con Lisa durante cuatro años estaba atestada de cajas de embalaje y maletas a medio llenar. De la puerta del armario colgaban los gorros azules y los vestidos que habían llevado la noche anterior para la ceremonia de entrega de diplomas, así como las borlas de oro, muestra de que ambas habían obtenido el título de bachiller con nota máxima. Lisa estaba guardando suéteres en una caja dentro del armario. Más allá de la puerta de la habitación abierta, el corredor bullía y se oían voces masculinas, cosa nada habitual en Bensonhurst. Eran los padres, hermanos y novios de alumnas que, como Meredith y Lisa, habían concluido sus estudios allí. Cargaban con las maletas y las cajas, llevándolas abajo. El padre de Meredith había pasado la noche en un motel de la localidad y tardaría una hora en llegar, pero su hija había perdido la noción del tiempo. Abrumada por la nostalgia, hojeaba un grueso montón de fotografías que había sacado del escritorio. A menudo sonreía, pues cada una de ellas estaba asociada un recuerdo generalmente grato.

En efecto, los años pasados en Vermont habían sido maravillosos tanto para Meredith como para Lisa. Si al principio esta temió ser marginada, ocurrió todo lo contrario: pronto se convirtió en el personaje que marcaba la pauta. Las otras estudiantes la consideraban un ser audaz, único. Durante el primer curso, fue Lisa la que organizó y condujo una triunfal incursión contra los chicos de Litchfield Prep, en represalia por su intento de llevarse las faldas de las alumnas de Bensonhurst. Durante el segundo curso Lisa diseñé un escenario para la representación teatral que todos los años celebraba Bensonhurst, cosechando un éxito tan espectacular que la fotografía del escenario apareció en varios periódicos de diversas ciudades. Durante el tercer curso fue Lisa la escogida por Bill Fletcher para el baile de primavera. Además de ser el capitán del equipo de fútbol de su colegio, Bill era muy apuesto e inteligente. El día anterior al baile, había marcado dos goles sobre el césped y un tercero en un motel cercano, donde Lisa le entregó su virginidad. Después de este trascendental suceso, Lisa regresó a la habitación que compartía con Meredith y alegremente dio la noticia a las cuatro muchachas que se habían reunido allí. Desplomándose sobre su cama, sonrió maliciosamente y anunció lo ocurrido.

-Ya no soy virgen. En lo sucesivo tenéis entera libertad para pedirme consejos e información.

Las otras chicas interpretaron la noticia como otra prueba de la intrépida independencia y sofisticación de Lisa, pues rieron y aplaudieron. Todas excepto Meredith, que se mostró preocupada y un tanto escandalizada. Aquella noche, estando ya a solas, las dos amigas riñeron por primera vez en serio desde que estaban en Bensonhurst.

-¡No puedo creer que hayas hecho eso! -estalló Meredith-. ¿Y si quedas embarazada? ¿Y si las otras chicas corren la voz? ¿Y si se enteran tus padres?

-No eres mi guardián y no respondes de mí, así que deja de hablar como mi madre -replicó Lisa, también enojada-. Si quieres esperar a Parker Reynolds o a otro mítico caballero medieval que te ponga la alfombra para llevarte a la cama, hazlo, pero no esperes lo mismo de las demás. No esperes que todas seamos como tu. Yo no me tragué toda aquella basura de la pureza que predicaban las monjas de Saint Stephen. -Arrojando la chaqueta en el armario, Lisa prosiguió su discurso vehemente-. Si fuiste lo bastante estúpida para creerlo, sé virgen para siempre, pero no esperes que también lo sea yo. Y no soy tan descuidada como para quedar embarazada. Bill usó un preservativo. Además, las otras no van a decir nada porque ellas tampoco son vírgenes. La única virgencita traumatizada eres tú.

-¡Basta! -vociferó Meredith con voz pétrea y la mirada fija en el escritorio. Aunque parecía mantener la calma, se vio asaltada por sentimientos dc culpa y vergüenza, ya que ella era la responsable de que Lisa hubiera ido allí. Por otro lado, Meredith sabía que era moralmente anticuada y que no tenía ningún derecho a imponerle a otra lo que le habían impuesto a ella-. No fue mi intención juzgarte, Lisa. Estaba preocupada por ti, eso es todo.

Tras un momento de tenso silencio, Lisa volvió el rostro hacia Meredith y se disculpó.

-Mer, lo siento.

-Olvídalo -musitó Meredith-. Tienes razón.

-No, no la tengo -admitió Lisa, lanzándole una mirada implorante y desesperada-. Lo que ocurre es que no soy como tú y no puedo serlo. No es que no lo haya intentado dc vez en cuando...

Aquellas palabras provocaron una risa triste en Meredith.

-¿Por qué querrías ser como yo?

-Porque -respondió Lisa con una sonrisa forzada, para luego imitar a Humphrey Bogart- tienes clase, nena. Auténtica clase.

Su primer enfrentamiento real terminó con una tregua, declarada aquella misma noche en la heladería de Paulson ante sendos batidos de leche.

Meredith lo recordó mientras repasaba las fotografías, hasta que asomó la cabeza de Lynn McLauglin.

-Nick Tierney llamó esta mañana al teléfono público del corredor. Dijo que el de esta habitación ya está desconectado y me encargó que os comunicara que pronto llegará.

-¿A quién de las dos llamó? -preguntó Lisa, y Lynn respondió que a Meredith.

Lisa se situó frente a Meredith y fingió estar enojada.

-¡Lo sabia! Anoche no apartó los ojos de ti y eso que yo hice de todo para atraer su atención. Nunca debí enseñarte a maquillarte y a comprarte tú misma la ropa.

-Ya empezamos -replicó Meredith con una sonrisa-. Resultará que mi escasa popularidad entre unos pocos muchachos te la debo solo a ti.

Nick Tierney cursaba sus estudios en Yale, y la noche anterior se había presentado obedientemente en Bensonhurst para asistir a la graduación de su hermana. Todas las chicas habían quedado deslumbradas ante el apuesto Nick, que al ver a Meredith el deslumbrado fue él y no lo ocultó.

-Escasa popularidad con unos pocos muchachos -repitió Lisa, que aun peinada con desenfado tenía un aspecto espléndido-. Si hubieras salido con la mitad de los chicos que te han invitado en los dos últimos años, habrías batido mi marca. Y no es necesario que te recuerde lo mucho que a mí me gusta salir...

En aquel momento la hermana de Nick Tierney llamó discretamente a la puerta abierta.

-Meredith -dijo, sonriendo con aire de impotencia-. Abajo está Nick con un par de amigos que llegaron esta mañana de New Haven. Nick declara estar decidido a ayudarte a hacer las maletas, a pedir tu mano o a hacerte el amor, lo que tú prefieras.

-Envíanos aquí a ese enfermo de amor y a sus amigos -dijo Lisa, sonriendo. Cuando Trish Tierney se hubo marchado, Lisa y Meredith se miraron con complicidad. Opuestas en todo, completamente de acuerdo en todo...

Durante los cuatro años pasados en Bensonhurst, ambas habían experimentado grandes cambios, que eran mucho más evidentes en Meredith. Lisa siempre había sido llamativa. No tuvo que vencer obstáculos tales como la grasa juvenil o las gafas. Meredith, en cambio, dos años antes se desprendió de la maldición de las gafas, empezó a utilizar lentes de contacto que se pagó ella misma ahorrando de su mensualidad. Ahora Meredith deslumbraba con la belleza de sus ojos. La naturaleza y el tiempo se habían encargado de hacer el resto, acentuando los delicados rasgos de la muchacha, espesando su pelo rubio y perfeccionando su silueta donde la estética lo exigía.

Lisa, con su flamante pelo rizado y su encantadora actitud, a los dieciocho años era mundana y llamativa, mientras que Meredith tenía un temperamento sereno acorde con su belleza. La vivacidad de Lisa atraía a los hombres; la sonriente reserva de Meredith los retaba. Siempre que las dos salían juntas los hombres se volvían a mirarlas, lo cual entusiasmaba a Lisa. Le excitaban las citas, todo nuevo idilio era un placer. En cambio, Meredith recibió su popularidad entre los hombres con curiosidad más bien fría. Le gustaba estar con jóvenes que la llevaban a esquiar, a bailar o a fiestas, pero pasada la novedad del éxito, salir con alguien por el que solo sentía amistad era agradable, pero ni mucho menos tan excitante como había imaginado. Sentía lo mismo con respecto a los besos. Lisa lo atribuía al hecho de que Meredith había idealizado equivocadamente a Parker, con el que seguía comparando a todo muchacho a quien conocía. Sin duda estaba en lo cierto, pero la falta de entusiasmo de Meredith se debía también a otro hecho: el haberse criado en una casa de adultos, y, aun peor, dominada por un hombre de negocios dinámico y enérgico. Y aunque los chicos de Litchfield Prep eran agradables y se podía pasar un buen rato con ellos, Meredith se sentía invariablemente mucho más adulta.

Desde la niñez, sabía que deseaba un título universitario y ocupar algún día el lugar que le correspondía en Bancroft & Company. Los alumnos de Litchfield, e incluso sus hermanos mayores en edad universitaria, no parecían tener otro interés y objetivo que el sexo, el deporte y la bebida. La idea de entregar su virginidad a cualquier joven cuyo mayor deseo consistía en añadir un nombre a la lista de chicas de Bensonhurst desvirgadas por el alumnado de Litchfield -una lista que, se decía, estaba colgada en Grown Hall, en Litchfield-, le resultaba no solo disparatada, sino también sórdida y humillante.

Cuando intimara con alguien, tendría que ser una persona a la que admirara y en quien confiara. Meredith anhelaba un romance impregnado de ternura y comprensión. Siempre que pensaba en una

relación sexual, esta no era más que un componente, el principal quizá, de un vasto escenario: paseos por la playa, charlas, manos entrelazadas, largas noches frente a una hoguera contemplando las llamas y conversando. Después de haber intentado durante años inútilmente la comunicación con su padre, Meredith estaba decidida a que su futuro amante fuera una persona con la que poder hablar y compartir sus pensamientos. Y siempre que imaginaba a este amante, aparecía Parker.

Durante los años en Bensonhurst se las había arreglado para ver a Parker con cierta frecuencia, cuando iba a pasar las vacaciones a su casa. Su empeño por encontrarse con el hombre de sus sueños no era difícil porque ambas familias pertenecían al club de campo de Glenmoor. Era tradicional en Glenmoor que los socios acudieran cuando había fiestas importantes, como bailes y acontecimientos deportivos. Hasta hacía unos meses, en que cumplió los dieciocho años, a Meredith se le había prohibido el acceso a las reuniones para adultos organizadas por el club, pero aun así había conseguido aprovechar otras oportunidades que Glenmoor ofrecía. Todos los veranos invitaba a Parker a ser su pareja en los encuentros de tenis de los estudiantes de tercer y cuarto curso. Él siempre aceptaba graciosamente la invitación, aunque los partidos acabaran en clamorosas derrotas, debido a los nervios que le provocaba a Meredith jugar con él. Meredith había utilizado también otros trucos, como convencer a su padre de que ofreciera cenas todos los veranos, una de las cuales incluía invariablemente como invitada a la familia de Parker. Puesto que la familia del joven era propietaria del banco en que estaban depositados los fondos de Bancroft & Company, y como Parker trabajaba ya en el propio banco, estaba prácticamente obligado a asistir a las cenas por razones de negocios y para ser el compañero de mesa de Meredith.

Meredith se las había ingeniado para detenerse bajo el muérdago colgado en el vestíbulo cuando Parker y su familia hacían su visita de Navidad a casa de los Bancroft. Y siempre acompañaba a su padre cuando había que devolver la visita a los Reynolds.

Fruto de todo ello, durante su primer año en Bensonhurst Parker le dio a Meredith el primer beso de su vida. Ese recuerdo la nutrió hasta la siguiente Navidad, soñaba con lo que él habría sentido, y con su perfume y su manera de sonreír antes de besarla.

Siempre que Parker cenaba en casa de los Bancroft, Meredith se extasiaba oyéndole hablar de los negocios del banco, pero le gustaban aún más los paseos posteriores, cuando los adultos se quedaban conversando y bebiendo coñac. Durante el paseo del último verano Meredith descubrió horrorizada que Parker siempre había sabido lo que ella sentía por él. El joven inició la conversación preguntándole cómo lo había pasado esquiando en Vermont durante el invierno anterior, y Meredith le conté una divertida historia relacionada con el capitán del equipo de esquí de Litchfield. Este tuvo que deslizarse a toda velocidad a la caza de un esquí de Meredith. Cuando Parker dejó de reír, susurró con una sonrisa solemne:

-Cada vez estás más hermosa. Supongo que siempre he sabido que tarde o temprano alguien iba a suplantarme en tu corazón, pero nunca supuse que el usurpador sería un tipo que recuperó tu esquí. En realidad -añadió bromeando-, me estaba acostumbrando a ser tu héroe romántico favorito.

El orgullo y el sentido común impidieron que Meredith replicara que estaba equivocado, que nadie lo había suplantado, fingiendo incluso que él nunca había tenido un lugar en su corazón. Además, como Parker no parecía afectado por su imaginario abandono, Meredith hizo lo único que podía hacer: salvar la amistad y al mismo tiempo tratar sus sentimientos como si también ella los considerase una divertida historia del pasado juvenil.

-¿Conocías mis sentimientos? -le preguntó a Parker, y consiguió sonreír.

-Sí -admitió él, devolviéndole la sonrisa-. Solía preguntarme si tu padre se daría cuenta y saldría a buscarme con una pistola. Te protege mucho.

-Ya lo he notado -contestó Meredith medio en broma, pensando que el asunto era muy serio.

Parker se echó a reír y luego volvió sobre el tema anterior.

-Aunque tu corazón pertenezca a un esquiador, espero que eso no impida que continúen nuestros paseos, nuestras cenas y nuestros partidos de tenis. Siempre he disfrutado con estas cosas, lo digo en serio.

Terminaron hablando de los planes universitarios de Meredith y de su intención de seguir los pasos de sus antecesores, hasta llegar a la presidencia de la empresa Bancroft & Company algún día aún muy lejano. Solo Parker parecía comprender lo que ella sentía al respecto. Y además, creía con sinceridad que Meredith conseguiría su objetivo si de veras se esforzaba.

Ahora, sentada en el dormitorio de Bensonhurst, pensando en que lo vería de nuevo después de todo un año, Meredith se preparaba para la posibilidad de que Parker nunca pasara de ser un amigo. Era una perspectiva desalentadora, pero al menos estaba segura de su amistad, y eso ya significaba mucho.

Detrás de Meredith, Lisa sacó del armario la última carga de ropa, que arrojó sobre la cama al lado de una maleta abierta.

-Estás pensando en Parker -dijo sonriendo-. Siempre que lo haces pones esa expresión soñadora...

-Se interrumpió ante la llegada de Nick Tierney, que se había detenido en el umbral, seguido por sus dos amigos.

-Les he dicho a estos -anunció Nick, ladeando la cabeza hacia sus amigos, interponiéndose entre ellos y las chicas, pues con su cuerpo ocupaba casi toda la puerta- que están a punto de ver más belleza en esta habitación de la que hayan visto en todo el estado de Connecticut, pero como yo llegué primero, les llevo ventaja y elijo a Meredith. -Haciendo un guiño a Lisa se echó a un lado-. Caballeros -dijo abarcando la habitación con un gesto de la mano-, permitidme que os presente a mi segunda opción. -Los otros dos entraron con aspecto aburrido y engreído, como si pertenecieran a la Ivy League, el conjunto de las universidades prestigiosas más antiguas del país. Sin embargo, al ver a Lisa, quedaron petrificados.

El rubio musculoso que iba delante fue el primero en recuperar la compostura.

-Tú debes de ser Meredith -le dijo a Lisa, con una expresión irónica que daba a entender que Nick se había quedado con la mejor parte-. Yo soy Craig Huxford y este es Chase Vauthier. -Señaló a un joven moreno de unos veinte años, que contemplaba a Lisa como el hombre que finalmente ha encontrado la perfección.

Lisa se cruzó de brazos y observó a ambos jóvenes con expresión divertida.

-No soy Meredith.

Los muchachos volvieron la cabeza al unísono hacia el lado opuesto de la habitación, donde Meredith estaba de pie.

-Dios... -susurró Craig Huxford, atónito.

-Dios... -repitió Chase Vauthier. Ambos miraban alternativamente a una muchacha y a la otra.

Meredith se mordió el labio para no estallar en carcajadas ante una reacción tan absurda. Lisa arqueó las cejas y habló con voz firme.

-Bueno, chicos, cuando hayáis terminado vuestras oraciones os ofreceremos una gaseosa de agradecimiento por vuestra ayuda. Estas cajas tienen que quedar listas para que se las lleven los de la mudanza.

Avanzaron sonriendo. Pero en ese momento entró en la habitación Philip Bancroft, media hora antes de lo previsto. Al ver allí a los tres muchachos enrojeció de ira.

-¿Qué diablos pasa aquí?

Los cinco jóvenes se quedaron perplejos, hasta que Meredith intervino tratando de suavizar la situación. Presentó rápidamente a los chicos, pero Philip la ignoró y señaló la puerta con un gesto de la cabeza.

-¡Fuera! -En cuanto los muchachos salieron se volvió hacia su hija-. Creí que según las reglas del colegio el acceso a este edificio le está prohibido a todo hombre que no sea padre de una alumna.

Mentía. En cierta ocasión, dos años antes, se había presentado inopinadamente en Bensonhurst y, cuando llegó a los dormitorios, un domingo a las cuatro de la tarde, vio que en la sala de estar anexa al vestíbulo se hallaban sentados algunos muchachos. Hasta entonces la dirección había permitido la presencia de varones en aquella sala, aunque solo durante los fines de semana. Después de aquel día se les prohibió el acceso de modo terminante. Philip fue, más que el instigador, el autor material del cambio de reglas. Había entrado como una fiera en la oficina de la jefa de administración y la acusó de cometer una grave negligencia y de fomentar la delincuencia juvenil... Le dijo de todo, y no solo amenazó con retirar la donación de la familia Bancroft, sino también con escribir a todos los padres de Bensonhurst para informarles de lo sucedido.

Meredith trató de reprimir su ira y su humillación por lo que su padre había hecho a tres chicos que no merecían semejante trato.

-En primer lugar -dijo- el año escolar terminó ayer, de modo que en este momento las reglas no valen. Segundo, estos chicos no hacían más que ayudarnos a apilar las cajas para su envío...

-Tenía la impresión -la interrumpió Philip- de que era yo quien iba a encargarme de hacerlo está mañana. Creo que por eso me he levantado de la cama a... -La voz de la administradora interrumpió la perorata.

-Disculpe, señor Bancroft. Tiene una llamada telefónica urgente.

Cuando su padre salió, Meredith se hundió en la cama y Lisa golpeó el escritorio con una botella de gaseosa.

-¡No logro entender a ese hombre! ¡Es imposible! -exclamó furiosa-. No te deja salir con nadie que él no haya conocido desde siempre, y a todos los demás los echa a patadas. Te regaló un automóvil cuando cumpliste dieciséis años, pero no te permite conducirlo. Maldita sea, tengo cuatro hermanos italianos y todos juntos no me protegen tan insoportable y excesivamente como tu padre te protege a ti. -Sin darse cuenta de que estaba atizando el fuego de la furiosa frustración de Meredith, se sentó al lado de esta y prosiguió-: Mer, tienes que hacer algo o de lo contrario este verano te resultará peor que el pasado. Yo estaré lejos la mitad del verano, así que ni siquiera me tendrás a mí como apoyo.

En efecto, la dirección de Bensonhurst valoraba hasta tal punto no solo las notas de Lisa, sino también su talento artístico, que se le había concedido una beca de seis semanas para estudiar en cualquier ciudad europea de su elección, en concordancia con sus planes de futuro. Lisa se decidió por Roma y se había matriculado en un cursillo intensivo de interiorismo.

Meredith se apoyó contra la pared.

-No me preocupa tanto el verano como lo que pueda pasar en septiembre.

Lisa estaba al corriente de la disputa entablada entre padre e hija con respecto a la universidad que esta última había elegido, la Universidad del Noroeste. De hecho, Lisa había aceptado la beca completa que le ofrecía esa misma universidad, rechazando otras, para estar a! lado de Meredith. Pero el padre de su amiga insistía en que esta se matriculara en el Maryville College, poco más que una escuela privada de educación social para señoritas de la élite, situada en un lujoso barrio residencial de Chicago. Meredith consintió en hacer la solicitud en ambos centros, y en los dos fue aceptada. Ahora, ella y su padre mantenían sus respectivas posiciones.

-¿Crees de veras que podrás convencerlo de que no te mande a Maryville?

-¡No voy a ir a ese sitio!

-Ambas sabemos que es el quien va a pagarte la matrícula.

Meredith exhaló un hondo suspiro.

-Cederá. Sé que me protege hasta extremos absurdos, pero quiere lo mejor para mí, de veras, y en la Noroeste tienen un gran profesorado en administración de empresas. En cambio, un título de Maryville no vale el papel en que está escrito.

Lisa pasó de la ira al desconcierto al pensar en Philip Bancroft, un hombre a quien conocía pero al que era incapaz de comprender.

-Ya sé que quiere lo mejor para ti y admito que no es como la mayoría de los padres que envían aquí a sus hijos. Por lo menos, a él le importas. Te llama todas las semanas y ha venido siempre que hubo un acontecimiento escolar. -A Lisa la escandalizaba el hecho de que, en su mayor parte, los padres del alumnado de Bensonhurst parecían vivir completamente ajenos a sus hijas. Los regalos lujosos que llegaban por correo eran el sustituto de las visitas, de las llamadas telefónicas y las cartas-. Tal vez sería una buena idea que yo le hablara personalmente para intentar convencerle de que te deje ir a la Noroeste.

Meredith le dirigió una mirada irónica e inquirió*:*

-¿Qué crees que conseguirías con eso?

Inclinándose, Lisa dio un frustrado tirón a su media izquierda y volvió a anudarse el zapato.

-Lo mismo que la última vez que me encaré con él para defenderte... Empezó a pensar que ejerzo sobre ti una influencia perniciosa. -Para impedir que tal cosa ocurriera, salvo en la ocasión del enfrentamiento, Lisa había tratado a Philip Bancroft como a un querido y respetado benefactor que le había conseguido una plaza gratis en Bensonhurst. Cuando él estaba presente, Lisa era la personificación de la deferencia cortés y del decoro femenino, aspectos tan opuestos a su carácter franco y llano y que le dificultaban terriblemente interpretar el papel, pero que en general a Meredith le divertía.

Al principio, Philip parecía considerar a Lisa como a una especie de niña expósita, a la que había patrocinado y que le estaba sorprendiendo por lo bien que se defendía en Bensonhurst. Sin embargo, con el paso del tiempo dio a entender, con su modo tan brusco y reservado, que estaba orgulloso de ella e incluso que le tenía cierto afecto. Los padres de Lisa no podían permitirse el lujo de viajar a Bensonhurst para asistir a acontecimientos escolares, de modo que Philip los sustituía, llevando a Lisa y a Meredith a comer juntas y mostrando interés por sus actividades académicas. Durante el primer curso, Philip incluso había ordenado a su secretaria que llamara a los Pontini para preguntarle a la madre de Lisa si quería que él le llevara personalmente algo a su hija en ocasión de la «semana de *los* padres». La señora Pontini aceptó el ofrecimiento y concertó una entrevista en el aeropuerto. Allí le entregó una caja de panadería llena de *cannoli y* otras pastas italianas, además de una bolsa de papel marrón con grandes bocadillos de salchichón. Philip se irritó ante la perspectiva de viajar en avión como un maldito vagabundo en la línea de autobuses Greyhound, con el almuerzo en la mano. Así se lo contó a Meredith. Aun así, le entregó los paquetes a Lisa, y siguió actuando de padre sustituto.

La noche anterior, con motivo de la ceremonia de graduación, le había regalado a Meredith un topacio rosado con una gruesa cadena de oro, adquirido en Tiffany. A Lisa le hizo un regalo mucho menos caro, pero también magnífico: un brazalete de oro con las iniciales de la muchacha y la fecha artísticamente grabadas entre los arabescos de su superficie*,* comprado también en Tiffany.

Al principio, Lisa dudaba sobre cómo comportarse con Philip, porque aunque siempre obraba con cortesía, él se mantenía distante y reservado, igual que con su hija Meredith. Más tarde, después de sopesar sus acciones y de descartar su actitud, que juzgó ser una máscara, Lisa le dijo a Meredith que en realidad su padre era como un osito de peluche con buen corazón. Alguien que ladraba y no mordía. Fue aquella conclusión totalmente errónea la que indujo a Lisa a interceder por Meredith

durante el verano posterior al segundo curso de bachillerato. En esa ocasión Lisa le comentó a Philip, con mucha cortesía y la más dulce de sus sonrisas, que debería darle más libertad a su hija durante el verano. La reacción de Philip a lo que él llamó «ingratitud» e «intromisión» fue iracunda, y si la muchacha no se hubiera apresurado a disculparse, su amistad con Meredith y la beca de Bensonhurst habrían podido irse al garete; la beca, en beneficio de alguien «con más méritos», en palabras de Philip. El enfrentamiento dejó perpleja a Lisa, y no solo por la reacción de su benefactor, sino porque, según dedujo por lo que él mismo le dijo, Philip no se había limitado a sugerirle a Bensonhurst la concesión de una beca a la señorita Lisa Pontini, sino que había dispuesto que se la dieran a cargo de los fondos de la donación de la familia Bancroft. Este descubrimiento hizo que Lisa se sintiera una ingrata, aunque la airada reacción de Philip la dejó en un estado de iracunda frustración.

En aquel momento, Lisa sentía la misma rabia impotente y el mismo desconcierto ante las rígidas restricciones que Philip imponía a Meredith.

-¿Crees en serio -le preguntó a su amiga- que la razón de que se comporte como tu perro guardián se debe a que tu madre le fue infiel?

-No le fue infiel una única vez, sino que se acostaba con todo el mundo, desde domadores de caballos hasta camioneros. Convirtió a mi padre intencionadamente en el hazmerreír del mundo, manteniendo al descubierto relaciones ilícitas con tipos sórdidos. Cuando el año pasado le pregunté a Parker qué sabían de ella sus padres, me contó toda la historia. Al parecer, no había nadie que no estuviera al corriente de las hazañas de mi madre.

-Sí, ya lo sé, me lo contaste. Pero lo que no entiendo -prosiguió Lisa con acritud- es la razón de que tu padre actúe como si la carencia de moral fuera un fallo genético que has heredado de tu madre.

-Actúa de ese modo -respondió Meredith- porque efectivamente cree que hay algo de verdad en eso de mi herencia genética.

Las dos alzaron la cabeza, con aire culpable, cuando Philip Bancroft entró en la habitación. Bastó ver su cara ensombrecida para que Meredith se olvidara de sus problemas.

-¿Qué sucede?

-Tu abuelo ha muerto esta mañana -contestó él con voz brusca y aturdida-. Un infarto. Voy al motel a buscar mis cosas y tomaremos el vuelo que sale dentro de una hora. -Se volvió hacia Lisa-. Te dejo a cargo del coche. Tú lo llevarás a casa.

-Naturalmente, señor Bancroft -se apresuró a decir Lisa-. Y siento mucho lo de su padre.

Cuando se hubo marchado, Lisa observó a Meredith, que mantenía la mirada fija en el umbral.

-¿Mer? ¿Estás bien?

-Supongo que sí -contestó Meredith con voz extraña.

-¿Tu abuelo es el que se casó con su secretaria hace años?

Meredith asintió con la cabeza.

-Mi abuelo y mi padre no se llevaban muy bien. Al abuelo no lo he visto desde que cumplí once años. Pero llamaba para hablar con mi padre sobre asuntos de Bancroft. Y también me llamaba a mí. Era... era... Me gustaba. -Miró a Lisa con ojos tristes-. Aparte de mi padre, era mi único pariente cercano. Por lo demás, me quedan media docena de primos a los que ni siquiera conozco.

7

En el vestíbulo de la casa de Philip Bancroft, Jonathan Sommers vacilaba incómodo, buscando entre la multitud que, como él, se había congregado para dar el pésame en el día del funeral de Cyril Bancroft. Sommers detuvo a uno de los mozos que pasaba con una bandeja de bebidas, y cogió dos copas destinadas a otros huéspedes. Mezcló el vodka con tónica y dejó el vaso vacío en una gran maceta con un helecho; después bebió un sorbo de whisky del otro vaso, pero de inmediato arrugó la nariz, porque no era Chivas Regal. El vodka, más la ginebra que había bebido fuera, en e1 coche, le hizo sentirse más capaz de soportar las formalidades del funeral. A su lado, una mujer entrada en años que se apoyaba en un bastón lo miraba con curiosidad. Come los buenos modales requerían que él le hablase, el joven trató de hallar una frase cordial apropiada para la ocasión.

-No me gustan los funerales -dijo por fin-. ¿Y a usted?

-A mí me encantan -respondió ella con tono afable-. A mi edad, un funeral es un triunfo, porque no soy la protagonista.

Jon reprimió una carcajada, aunque solo fuese porque habría sido una grave falta de etiqueta. Le habían enseñado a observar las formas. Excusándose, dejé el vaso en una mesita y fue en busca de un whisky mejor. A sus espaldas la anciana tomó el vaso y delicadamente bebió un sorbo.

-Whisky barato -musitó con disgusto, dejando el vaso sobre la mesita.

Minutos más tarde, Jon vio a Parker Reynolds, de pie en una habitación contigua a la sala de estar. Le acompañaban dos muchachas y otro hombre. Sommers se detuvo en el mueble bar para proveerse

de otra bebida, luego se unió a su amigo.

-Gran fiesta, ¿eh? -preguntó con una sonrisa sarcástica.

-Creí que te disgustaban los funerales y que nunca ibas a ellos -comentó Parker cuando cesó el coro de saludos.

-Los odio -confirmó Sommers-. No he venido aquí para dar el pésame por la muerte de Cyril Bancroft, sino para proteger mi herencia. -Bebió un sorbo, como si quisiera disipar la rabia contenida en sus siguientes palabras-. Mi padre me amenaza con desheredarme de nuevo, con la diferencia de que, en mi opinión, esta vez el viejo bastardo habla en serio.

Leigh Ackerman, una muchacha de pelo castaño y bonita figura, lo miró entre divertida e incrédula.

-¿Tu padre va a desheredarte por no asistir a funerales?

-No, querida. Mi padre me desheredará si no siento cabeza y hago algo útil con mi vida. En este caso, significa que tengo que asistir a los funerales de viejos amigos de la familia, como este, y participar en la más reciente empresa familiar. De lo contrario, adiós a los adorables caudales de la herencia.

-Suena fuerte -dijo Parker, pero su sonrisa no tenía nada de solidario-. ¿Cuál es ese nuevo negocio al que quiere asociarte tu padre?

-Pozos de petróleo. Más pozos de petróleo. Esta vez el viejo ha llegado a un acuerdo con el gobierno venezolano para la exploración petrolífera.

Shelly Filmore se miró en un espejito de marco dorado por encima del hombro de Jon y se llevó un dedo a la comisura de los labios para reparar un pequeño borrón de carmín.

-No me digas que quiere enviarte a Sudamérica.

-No tanto -replicó Jonathan con amargo sarcasmo-. Mi padre me ha convertido en un glorificado entrevistador de aspirantes. Yo recluto a los equipos que han de desplazarse a Venezuela. Es decir, reclutaba... ¿No sabéis lo que hizo el viejo cretino?

Los amigos estaban tan acostumbrados a las quejas de Jon contra su padre como lo estaban a sus borracheras, pero de todos modos lo dejaron hablar para enterarse del último acontecimiento.

-¿Qué hizo? -le preguntó Doug Chalfont.

-Me vigiló. Me examinó, mejor dicho. Cuando ya había elegido a los primeros quince hombres, sanos y experimentados, se presenta el viejo e insiste en verlos él en persona, es decir, que quiso juzgar mi capacidad para elegir. Rechazó a la mitad de mis escogidos, y el único candidato que realmente le causó una gran impresión fue un tipo llamado Farrell, que trabaja en una fábrica de acero y a quien yo iba a descartar. Lo más cerca que Farrell ha estado de un pozo de petróleo fue hace dos años, en un campo de maíz de Indiana, donde trabajé en unos pozos muy pequeños. Nunca ha visto un gran pozo como los que vamos a perforar en Venezuela. Y por si esto fuera poco, a Farrell le importan un comino los malditos pozos de petróleo. Su único interés es la recompensa de ciento cincuenta mil dólares que se le pagará si se queda dos años al pie del cañón en Venezuela. Se lo dijo a mi padre en la cara.

-¿Y por qué lo aceptó tu viejo?

-Le gustó el estilo de Farrell -contestó Jonathan con voz burlona, y luego apuré su vaso de un trago-. Le gustaron las ideas de Farrell con respecto a lo que iba a hacer con el dinero de la recompensa. Mierda, temí que el viejo cambiara de idea y fuera a darle a Farrell mi puesto en lugar de enviarlo a Sudamérica. Pero no. El mes que viene tengo que traer a Farrell a Chicago para «familiarizarlo con nuestro modo de operar y presentarle gente».

-Jon -dijo Leigh con calma-, O te estás emborrachando o tu voz está subiendo de volumen.

-Lo siento -se excusó Sommers-, pero durante dos días enteros tuve que soportar a mi padre entonando las excelencias de este tipo. Os aseguro que Farrell es un arrogante y ambicioso hijo de puta. No tiene clase, no tiene dinero, no tiene nada.

-Suena divino -bromeó Leigh.

Como los otros permanecían en silencio, Jon se puso a la defensiva.

-Si creéis que exagero, lo traeré al club para el baile del Cuatro de Julio. Veréis con vuestros propios ojos la clase de hombre que mi padre desearía que fuera su hijo.

-No seas idiota -le espetó Shelly-. A tu padre quizá le guste ese hombre como empleado, pero te castrará si te presentas en Glenmoor con alguien así.

-Ya lo sé -convino Jon con una sonrisa forzada-. Pero valdrá la pena.

-No nos mortifiques con él si lo traes aquí -le advirtió ella después de intercambiar una mirada con Leigh-. No vamos a pasar la noche tratando de entretener a un obrero solo porque tú quieras molestar a tu padre.

-No habrá ningún problema. Dejaré que Farrell se las arregle solo, que haga el ridículo delante de mi padre, que estará observando cómo se debate en un mar de dudas ante el dilema de qué tenedor usar. Después de todo, fue el viejo quien me pidió que «lo presentara» y lo «cuidara» durante su

estancia en Chicago.

Parker sonrió ante la expresión feroz de Sommers.

-Debe de haber un modo más sencillo de resolver tu problema.

-Lo hay -respondió Jon-. Puedo buscarme una mujer rica que corra con los gastos de mi estilo de vida, y entonces le diré a mi padre que se vaya a la mierda. -Miró a un lado e hizo señas a una bonita camarera que estaba repartiendo las bebidas de una bandeja. La chica se acercó, presurosa, y Jon le sonrió.

-No solo eres bonita -le dijo al tiempo que depositaba su vaso vacío en la bandeja y tomaba otro lleno-. Eres un salvavidas.

La muchacha sonrió con nerviosismo y se ruborizó. Todos, incluido Jon, advirtieron que no era insensible a su musculoso cuerpo ni a sus agradables rasgos. Inclinándose hacia ella Sommers le susurró:

-¿No estarás trabajando aquí para gastarnos una broma y resulte que tu padre sea dueño de un banco obtenga un asiento en la bolsa?

-¿Qué? Quiero decir, no -farfulló ella, encantadoramente nerviosa.

Jon sonrió maliciosamente.

-¿Ningún asiento en la bolsa? ¿Y qué hay de algunas fábricas o pozos de petróleo?

-Es... fontanero -respondió ella.

Jon dejó de sonreír y respiró hondo.

-Entonces el matrimonio está descartado. La candidata que obtenga mi mano deberá poseer ciertos requisitos sociales y económicos. Sin embargo, podríamos tener una aventura. ¿Por qué no me esperas en mi coche dentro de media hora? Es el Ferrari rojo aparcado frente a la puerta principal.

La chica se alejó con expresión a la vez ofendida e intrigada.

-Estás hecho un cretino -dijo Shelly.

Doug Chalfont le dio un codazo de complicidad a Jon y ahogó una risita.

-Te apuesto cincuenta dólares a que cuando salgas la chica te estará esperando en el coche.

Jon volvió la cabeza y se disponía a contestar cuando una rubia espléndida, que lucía un ajustado vestido negro, de cuello alto y mangas cortas, atrajo su atención. La muchacha bajaba por la escalera que conducía a la sala de estar. Se quedé mirándola boquiabierto, mientras ella se detenía para intercambiar unas palabras con una anciana pareja. Un grupo de gente le impidió verla y él se inclinó para seguir contemplándola.

-¿A quién miras? -le preguntó Doug, siguiendo su mirada.

-No sé quién es, pero me gustaría averiguarlo.

-¿Dónde está? -inquirió Shelly, y de pronto todos miraron hacia el mismo punto.

-¡Allí! -exclamó Jon, señalando con el brazo en el momento en que se dispersaba el grupo y se veía de nuevo a la joven rubia.

Parker la reconoció y sonrió.

-Hace años que todos la conocen, aunque últimamente no la hayan visto.

Cuatro rostros perplejos se volvieron hacia él. Su sonrisa se hizo más amplia.

-Esa señorita, amigos míos, es Meredith Bancroft.

-¡Estás loco! -exclamó Jon. Clavó la mirada en la joven, pero no vio en ella nada que le recordara a la desmañada y sencilla adolescente que había sido Meredith. Tras la pubertad, habían desaparecido las gafas, el aparato dental y la diadema que le sujetaba el pelo lacio. Ahora, aquella cabellera dorada estaba recogida en un mono sencillo, con mechones sobre las orejas, enmarcando un rostro sublime. La joven levantó la mirada, vio a alguien a la derecha del grupo de Jon y saludó cortésmente con la cabeza. Sommers pudo entonces vislumbrar sus ojos. Desde la distancia que lo separaba de ella, vio aquellos enormes ojos verdes, y de pronto los recordó, mirándole, hacía ya de eso una eternidad.

Extrañamente exhausta, Meredith permanecía de pie, con discreción, escuchando a la gente que le hablaba, devolviendo sonrisas, pero incapaz de asimilar el hecho de que su abuelo hubiera muerto y que por eso se congregaba allí tanta gente. Aunque no se sentía muy apenada, dado el poco trato con su abuelo, notaba una fuerte opresión en el pecho.

Había visto a Parker en el entierro y sabía que podía hallarse en algún lugar de la casa, pero puesto que aquella era una ocasión triste, sería un error y una falta de respeto lanzarse a su búsqueda con la esperanza de hacer realidad el romántico idilio que tanto deseaba. Además, se estaba cansando de tomar siempre la iniciativa. Le tocaba el turno a Parker. De pronto, como si al pensar en él hubiera convocado su presencia, Meredith oyó una voz masculina dolorosamente familiar susurrándole al oído.

-Aquí hay un tipo que me ha amenazado con matarme si no te llevo para que pueda saludarte.

Con la sonrisa en los labios, Meredith se volvió y apoyó las manos en las palmas tendidas de Parker. Se le aflojaron las rodillas cuando el joven la atrajo hacia sí y le dio un beso en la mejilla.

-Estás muy hermosa -musitó-. Y pareces cansada. ¿Daremos uno de nuestros paseos cuando

termine esto?

-Está bien -concedió ella, sorprendida y aliviada ante la firmeza de la voz de Parker.

Meredith se vio en el ridículo trance de ser presentada a cuatro personas que ya conocía; cuatro personas que casi la habían ignorado años atrás, cuando las viera por última vez, y que ahora parecían gratificantemente deseosas de entablar amistad con ella y de incluirla en las actividades del grupo. Shelly la invitó a una fiesta que se celebraría días después, y Leigh insistió en que se les uniera en Glenmoor con ocasión del baile del Cuatro de Julio.

Deliberadamente, Parker le presentó a Jon en último lugar.

-No puedo creer que seas tú -dijo Sommers con la lengua ya un poco pastosa por el alcohol-. Señorita Bancroft -masculló con su más provocadora sonrisa-, le estaba diciendo a mis amigos que necesito con urgencia una esposa rica y guapa. ¿Te casarías conmigo la semana que viene?

El padre de Meredith le había hablado de los frecuentes altercados de Jonathan con su familia. Meredith dio por sentado que la urgencia del joven quizá se debiera a una de estas peleas. Pero todo en Jon le pareció extraño.

-El fin de semana sería una buena fecha -respondió, esbozando una amplia sonrisa-. Mi padre me desheredará por casarme antes de obtener mi título universitario, eso por descontado. Pero viviremos con tus padres.

-¡Por Dios, no! -exclamó Sommers, y todos se echaron a reír, incluido él mismo.

Tocando el codo de Meredith, Parker acudió en su ayuda.

-Meredith necesita un poco de aire fresco. Vamos a dar un paseo.

Ya en el exterior, caminaron por el césped y por el camino de entrada.

-¿Cómo lo resistes? -le preguntó él.

-Estoy bien, de veras. Solo un poco cansada. -En el silencio que siguió, Meredith trató de encontrar algo ingenioso que decir, pero terminó optando por la sencillez. Habló con sincero interés-: Este último año deben de haberte ocurrido muchas cosas.

Parker asintió, y sus siguientes palabras deshicieron el castillo de naipes de Meredith.

-Serás de los primeros en felicitarme. Voy a casarme con Sarah Ross. En la fiesta del sábado haremos público nuestro compromiso oficial.

Meredith se sentía mareada. ¡Sarah Ross! La conocía y no le gustaba. Aunque extremadamente bonita y vivaracha, a Meredith siempre le había parecido vacía y vanidosa.

-Espero que seas muy feliz -dijo la muchacha, ocultando su decepción y sus dudas.

-Yo también lo espero.

Estuvieron paseando durante media hora. Primero hablaron de los planes de futuro de Parker, luego de los de Meredith. Esta pensaba, con un punzante sentimiento de pérdida, que era maravilloso conversar con Parker, siempre tan comprensivo y alentador. El joven se mostró completamente de acuerdo con que ella quisiera estudiar en la Universidad del Noroeste.

Se dirigían a la puerta principal de la casa cuando frente a ellos se detuvo una limusina, de la que salió una llamativa mujer de pelo castaño, flanqueada por dos jóvenes de algo más de veinte años.

-Vaya, parece que la afligida viuda se ha decidido a hacer su aparición -comentó Parker con atípico sarcasmo, mirando a Charlotte Bancroft. Esta llevaba relucientes pendientes de diamantes, y a pesar del sencillo traje gris que vestía, resultaba atractiva.

-¿Has observado que no derramó una sola lágrima en el entierro? Esa mujer tiene algo que me recuerda a Lucrecia Borgia.

De alguna forma, Meredith estaba de acuerdo con la comparación.

-No está aquí para aceptar condolencias. Quiere que se lea el testamento tan pronto como se marchen los invitados, para poder regresar esta misma noche a Palm Beach.

-Hablando de marcharse -dijo Parker, echando un vistazo a su reloj-. Tengo una cita dentro de una hora. -Se inclinó y besó fraternalmente a Meredith en la mejilla-. Despídeme de tu padre.

Meredith lo observó alejarse, llevándose consigo todos los románticos sueños de su adolescencia. La brisa estival ondulaba su cabello, y sus pasos eran largos y firmes. Parker abrió la portezuela del coche, se quitó la chaqueta negra de su traje de luto y la depositó en un asiento. Después alzó la mirada y se despidió con la mano.

Luchando contra la sensación de pérdida, Meredith se obligó a adelantarse para saludar a Charlotte. Durante la ceremonia fúnebre, Charlotte no les había dirigido una sola palabra a ella ni a su padre. Se mantuvo de pie, flanqueada por sus hijos, la mirada en blanco.

-¿Cómo te sientes? -le preguntó Meredith con cortesía.

-Impaciente por volver a casa -le respondió la mujer con frialdad-. ¿Cuándo hablamos de negocios?

-Aún hay mucha gente en la casa -señaló Meredith, despreciando la actitud de Charlotte-. Tendrás que preguntar a mi padre lo de la lectura del testamento.

Charlotte volvió sobre sus pasos y se dirigió a Meredith con rostro glacial.

-No he hablado con tu padre desde aquel día en Palm Beach. La próxima vez que lo haga será cuando yo tenga todos los ases en la mano y él venga a mí implorando. Hasta ese día tendrás que actuar de mensajero, Meredith.

A continuación, entró en la casa seguida de sus hijos, que parecían su guardia de honor.

Meredith la miró hasta que se perdió de vista tras la puerta. Sintió un escalofrío ante tanto odio. Conservaba en el recuerdo aquel día en Palm Beach al que Charlotte se refería. Hacía ya siete años. Ella y su padre volaron a Florida por invitación del abuelo, que había trasladado allí su residencia después de su primer infarto. Cuando Philip y Meredith llegaron, descubrieron que no habían sido invitados a pasar las vacaciones de Pascua, sino más bien a asistir a una boda: la de Cyril Bancroft con Charlotte, su secretaria de los últimos veinte años. Ella tenía treinta y ocho: Cyril, treinta más. Charlotte aportó al matrimonio dos hijos adolescentes, apenas unos años mayores que Meredith.

Meredith nunca supo por qué su padre y Charlotte se odiaban mutuamente, pero por lo poco que oyó de la terrible discusión entre su padre y su abuelo aquel día en Palm Beach, la animosidad entre Philip y Charlotte era anterior, de cuando Cyril aún vivía en Chicago. Philip, alzando la voz para asegurarse de que la secretaria del abuelo lo oyera, llamó a Charlotte zorra ambiciosa. El abuelo tampoco se libró de sus insultos: le dijo que era un idiota, un viejo estúpido inducido a un matrimonio por interés del que no solo sacaría tajada la mujer, sino también sus hijos.

Aquella fue la última vez que Meredith vio a su abuelo. Desde Palm Beach, Cyril siguió controlando sus inversiones, pero dejó enteramente en manos de su hijo la firma Bancroft & Company. En realidad, se había desentendido del negocio cuando trasladó su residencia a Florida. Los grandes almacenes apenas constituían una cuarta parte de la fortuna de los Bancroft, pero por la naturaleza del negocio acaparaban toda la capacidad de trabajo de Philip. Y a diferencia de las restantes y enormes posesiones de la familia, Bancroft era algo más que un gran paquete de acciones con buenos dividendos. Bancroft era el fundamento de la riqueza de la familia, y una fuente de orgullo para todos ellos.

Meredith y su padre tomaron asiento en la biblioteca de la casa, junto a Charlotte y sus hijos. El abogado del difunto Bancroft inició la lectura.

-«Esta es la última voluntad y testamento de Cyril Bancroft...»

Los primeros legados, constituidos por grandes sumas, estaban destinados a diversas instituciones de caridad. En cuanto a los sirvientes del difunto, heredaron quince mil dólares cada uno.

Como el abogado insistió en contar con la presencia de Meredith, esta dio por sentado que su abuelo le habría legado algo, aunque poco. A pesar de todo, casi dio un salto cuando Wilson Riley pronunció su nombre.

-«A mi nieta, Meredith Bancroft, le dejo la suma de cuatro millones de dólares.»

Meredith no podía creer lo que estaba oyendo. ¡Una suma tan enorme! Tuvo que esforzarse para concentrar su atención en las siguientes palabras de Riley.

-«Aunque la distancia y otras circunstancias me han impedido conocer bien a Meredith, la última vez que la vi me resulté evidente que es una muchacha inteligente y cálida, que utilizará su dinero con sabiduría. Para asegurarme de que así lo hace, estipulo que este dinero, con sus correspondientes dividendos, intereses, etc., permanezca en fideicomiso hasta que Meredith alcance los treinta años de edad. Nombro a mi hijo, Phihp Edward Bancroft, fideicomisario. Él será el guardián único de la suma arriba citada.»

Haciendo una pausa para aclararse la garganta, Riley poso la mirada en Philip *y* en Charlotte, luego en los hijos de esta, Jason y Joel. Después prosiguió con la lectura del testamento.

-«Por amor a la equidad, en la medida de lo posible, he dividido el resto de mis bienes en partes iguales. Los receptores de las partes son mis restantes herederos. A mi hijo, Philip Edward Bancroft, le lego todas mis acciones e intereses en Bancroft & Company, los grandes almacenes que constituyen aproximadamente una cuarta parte de mi fortuna.»

Meredith no entendía lo que había oído. «Por amor a la equidad», el abuelo le había legado a su único hijo, ¿qué? ¿Una cuarta parte de su fortuna? Si el abuelo había querido legar equitativamente sus bienes, debería haberlos dividido entre su mujer y su hijo por igual. Pero al parecer no lo hizo así, y Charlotte se llevaba las tres cuartas partes. Absorta en esta idea, oyó, como desde la lejanía, la voz del abogado.

-«A mi esposa Charlotte y a mis legalmente adoptados hijos Jason y Joel lego por partes iguales el resto de mis bienes. Estipulo, además, que Charlotte Bancroft actúe como fideicomisaria de las herencias de Jason y Joel, hasta qué estos cumplan la edad de treinta años.»

Las palabras «legalmente adoptados» traspasaron el corazón de Meredith, pues se percató de que en el rostro de su padre se reflejaba el sentimiento de haber sido traicionado. Philip volvió la cabeza con lentitud *y* clavé la mirada en Charlotte, pero ella lo observaba impávida. Una sonrisa maliciosa *y*

triunfante iluminó su cara.

-Zorra intrigante -masculló Philip entre dientes-. Dijiste que conseguirías que los adoptara y así ha sido.

-Te lo advertí hace años. Y ahora te advierto que aún no se ha firmado la paz. -Gozando con la ira de Philip, su sonrisa se amplió-. Piénsalo, Philip. Pasa las noches despierto preguntándote cuál será mi próximo golpe y qué te quitaré. Mantente despierto, torturándote y preocupándote, como me mantuviste despierta hace dieciocho años.

Philip apretó con fuerza las mandíbulas y los músculos de su cara se pusieron de relieve. Estaba haciendo un gran esfuerzo para no dar la respuesta que aquella mujer merecía. Meredith apartó la mirada de ambos y la dirigió hacia los hijos de Charlotte. El rostro de Jasón era la pura réplica del de su madre, triunfal y malicioso. Joel, en cambio, tenía la mirada fija en sus zapatos, el entrecejo fruncido. «Joel es blando -había dicho Philip hacía años-. Charlotte y Jason son como codiciosas barracudas, pero al menos uno sabe qué esperar de ellos. Pero ese Joel me pone la carne de gallina. Hay en él algo muy extraño.»

Como intuyendo que Meredith lo estaba mirando, Joel levanté la cabeza. La expresión de su cara era cuidadosamente neutra. Meredith no halló en él nada extraño o amenazador. De hecho, la última vez que lo vio con ocasión de la boda, Joel se había esforzado en ser amable con ella. Meredith recordaba que sintió lástima de él, porque su madre mostraba una evidente preferencia por Jason, que a su vez, dos años mayor que su hermano, no ocultaba el desprecio que este le inspiraba.

De pronto, Meredith notó que le resultaba imposible respirar por más tiempo la atmósfera de aquella estancia.

-Si me lo permite -añadió al abogado, que en ese momento extendía unos papeles sobre la mesa-, esperaré fuera hasta que usted termine.

-Tendrá que firmar estos papeles, señorita Bancroft.

-Los firmaré antes de que usted se vaya, cuando mi padre los haya leído.

En lugar de retirarse a su habitación, Meredith salió de la casa. Oscurecía. Bajó por la escalera de entrada y la brisa del anochecer le refrescó el rostro. A su espalda se abrió la puerta, y al volverse, pensando que sería el abogado que requería su presencia para la firma, vio a Joel, que se había detenido y parecía tan asombrado como ella por aquel duelo. Joel vaciló como quien desea quedarse y no está seguro de ser bien recibido.

A Meredith le habían repetido mil veces que debía ser amable con sus huéspedes, así que intentó sonreír.

-Se está bien aquí fuera, ¿verdad?

Joel asintió con la cabeza, aceptando la tácita invitación de Meredith. Bajó los escalones que los separaban. A los veintitrés años, el joven era unos centímetros más bajo que su hermano mayor *y* menos atractivo. Se detuvo frente a Meredith sin saber qué decir.

-Has cambiado -musitó finalmente.

-Supongo que sí. Solo tenía once años la última vez que nos vimos.

-Después de lo ocurrido aquí esta noche, desearás no habernos conocido nunca.

Todavía aturdida por el testamento de su abuelo e incapaz de asimilar por el momento lo que ello significaba para el futuro, Meredith se encogió de hombros.

-Tal vez después sienta lo que dices, pero en este momento estoy simplemente aturdida.

-Quiero que sepas -dijo Joel, vacilante-, que no hice nada para robarle a tu padre el cariño ni el dinero de tu abuelo.

Meredith se sentía incapaz de odiarlo y también de perdonarle el injusto robo de la herencia paterna. Suspiró y miró al cielo. Luego preguntó:

-¿Qué quiso decir tu madre al afirmar que mi padre aún tenía deudas pendientes con ella?

-Todo lo que sé es que se han odiado desde que yo recuerdo. No tengo la más remota idea de cómo empezó todo, pero estoy seguro de que mi madre no se detendrá hasta haberse vengado.

-¡Dios, qué lío!

-Señora -replicó Joel con voz firme-, esto acaba de empezar.

Meredith sintió un escalofrío al oír esta profecía. Miró fijamente a Joel, que se limitó a arquear las cejas y no dio más explicaciones.

8

Meredith sacó un vestido del armario, lo extendió sobre la cama y se quitó la bata de baño. Era el vestido que había escogido para el baile del Cuatro de Julio.

El verano, que se inició con un entierro, había degenerado en una batalla, que duraba ya cinco semanas, en torno a la universidad donde estudiaría Meredith. En realidad, a esas alturas, ya no podía

hablarse de batallas, sino de guerra total. En el pasado, Meredith siempre había cedido a los deseos de su padre para complacerlo. Si él se mostraba innecesariamente rígido, ella se decía que esa conducta nacía del cariño y el miedo que sentía por ella. Si se comportaba con brusquedad, era debido a la fatiga que le causaban sus múltiples responsabilidades. Meredith siempre había encontrado excusas para disculpar a su progenitor. Pero ahora era distinto. No estaba dispuesta a renunciar a sus sueños solo para tranquilizar a un padre que se aferraba a una actitud absurda. Meredith había descubierto tardíamente que los planes de Philip chocaban con los suyos. Sin embargo, se trataba de su vida, no de la vida de su padre.

Desde su adolescencia, ella había dado por sentado que algún día tendría la oportunidad de seguir los pasos de sus antecesores y ocupar el lugar que le correspondía en Bancroft & Company. Todos los hombres de las sucesivas generaciones de la familia Bancroft habían llegado con orgullo y paso a paso, jerarquía a jerarquía, a la cumbre de la empresa. Primero, director de departamento, y de ahí, peldaño a peldaño, hasta la vicepresidencia, para alcanzar finalmente la presidencia y el puesto de jefe del ejecutivo. Después aún quedaba un destino: dejar los demás cargos a sus hijos y convertirse en presidente del directorio. En casi un siglo de existencia de Bancroft ni una sola vez un miembro de la familia había dejado de seguir este curso; y nunca un Bancroft fue ridiculizado por la prensa o por los empleados de los grandes almacenes debido a su incompetencia o por no merecer los cargos que eventualmente ostentaba. Meredith creía, o mejor aún, sabía que, si se le daba la oportunidad, llevaría a cabo su tarea con éxito. Todo lo que deseaba o esperaba era esa oportunidad, y la única razón de que su padre no quisiera dársela era que ella no era el hijo que había deseado.

Sintiéndose frustrada y a punto de echarse a llorar, se enfundó el vestido. Mientras se dirigía al tocador, iba luchando con el cierre de la espalda. Se observó frente al espejo con absoluta falta de interés. Era un vestido de noche, sin tirantes, que había comprado semanas antes para la ocasión. Estaba abierto por los lados y se cruzaba en los pechos, en un multicolor arcoiris de gasa de seda pastel pálido, estrechándose en la cintura para luego caer graciosamente hasta las rodillas. Meredith se cepilló el pelo, pero se limitó a recogérselo en un moño, dejando unos mechones sueltos para suavizar el efecto. El pendiente de topacio rosado hubiera sido el complemento perfecto para aquel vestido, pero esa noche su padre asistiría tanmbién a Glenmoor y Meredith no quería darle el placer de verla con el topacio. En su lugar, se puso unos pendientes de oro con piedras rosadas incrustadas y brillantes. Llevaba el cuello y los hombros al descubierto. El peinado le daba un aspecto más sofisticado y el bronceado que había adquirido contrastaba maravillosamente con el vestido, aunque de no haber sido así, a Meredith no le habría importado ni se habría vestido de otro modo. Su aspecto le era indiferente, y de hecho iba al baile solo porque no soportaba la idea de quedarse en casa zolviéndose loca con sus pensamientos y su frustración. Además, había prometido su presencia a Shelly Filmore y al resto de los amigos de Jonathan.

Sentada ante el tocador, se puso unas medias rosas de seda, que había comprado a juego con el vestido. Al levantar la cabeza, su mirada tropezó con un ejemplar enmarcado del *Business Week* que colgaba de la pared. En la portada de la revista aparecía una fotografía del majestuoso edificio que albergaba los grandes almacenes Bancroft en el centro de la ciudad. Situados ante la puerta principal, aparecían unos porteros con uniforme. El edificio, de catorce pisos, era un hito en la historia arquitectónica de Chicago, y los porteros constituían un símbolo histórico del permanente acento que los almacenes ponían en la calidad y en el servicio.

En las páginas interiores de la revista había un largo y entusiasta artículo sobre la empresa. Entre otras cosas, aseguraba que un producto que llevara la etiqueta Bancroft era símbolo de categoría, y que la ornamentada letra B de la bolsa de compras era el emblema del cliente que sabía elegir. El artículo se ocupaba también de alabar la notable capacidad de los herederos del fundador en lo concerniente a la dirección del negocio. Al parecer, el fundador de la dinastía, James D. Bancroft, había transmitido sus genes a sus sucesores, pues todos ellos demostraron el mismo talento -y amor- para la venta al por menor.

El articulista había entrevistado al abuelo de Meredith y le preguntó si eso era cierto. Cyril rió y luego afirmó que, en efecto, tal cosa era posible. Añadió, sin embargo, que James Bancroft había iniciado una tradición que pasaba de padres a hijos y que consistía en preparar y entrenar al heredero desde que este dejaba la guardería y comía con sus padres. En la mesa se le hablaba al niño de todo lo que ocurría en los almacenes. Para el pequeño, esos retazos diarios de información constituían el equivalente a los cuentos para dormir. Todo ello generaba excitación y curiosidad, mientras los conocimientos le eran sutilmente inculcados... y asimilados. Pasado un tiempo, al ya adolescente se le presentaban problemas sencillos y se le pedía que los resolviera. El chico casi nunca acertaba, pero tampoco se pretendía que lo hiciera. El objetivo era enseñar, estimular, alentar.

Al final del artículo, hablando de sus sucesores, Cyril decía (y a Meredith se le hizo un nudo en la garganta al recordarlo) que su hijo ya se había hecho cargo de la presidencia, y añadía: «Tiene una hija, y tengo toda la fe del mundo en que cuando Meredith tome las riendas de Bancroft lo hará

admirablemente bien. ¡Cómo desearía vivir para verlo!". Meredith sabía que si su padre se salía con la suya, ella nunca llegaría a la presidencia de Bancroft. Aunque Philip siempre le había hablado del negocio, aunque la había aleccionado con el mismo énfasis con que él mismo había crecido, se oponía inflexiblemente a que trabajara allí. Meredith lo descubrió poco después de la muerte del abuelo, una noche, mientras cenaba con su padre. En el pasado, ella había mencionado muchas veces su intención de seguir los pasos de la familia y ocupar su puesto en Bancroft, pero Philip había hecho oídos sordos o no le había creído. Aquella noche, sí la tomó en serio. Con brutal franqueza, le dijo que no esperaba que le sucediera nunca en el cargo, porque él no lo deseaba. Ese era un privilegio reservado a un futuro nieto. Luego puso a Meredith al corriente -con gran frialdad- de otra tradición familiar a la que él iba a ser fiel: las mujeres Bancroft no trabajaban en los grandes almacenes ni en ninguna otra parte. Su deber consistía en ser madres y esposas ejemplares, y en dedicar las cualidades que poseyeran a empeños cívicos y caritativos.

Meredith no estaba dispuesta a aceptar el papel que su padre pretendía asignarle. No podía; ya era demasiado tarde. Mucho antes de enamorarse de Parker -o de creer que se había enamorado- los almacenes habían sido el objeto de su amor. A los seis años de edad, llamaba por su nombre a todos los porteros y guardias de seguridad de Bancroft. A los doce conocía los nombres los vicepresidentes y sabía qué funciones desempeaba cada uno de ellos. A los trece le había pedido a su padre que la llevara consigo a Nueva York, donde había pasado una tarde en Bloomingdale. La acompañaron a hacer un recorrido por el lugar, mientras Philip asistía a una reunión en el auditorio. Cuando regresaron a Chicago, más o menos ella tenía una opinión formada de por qué Bancroft era superior a Bloomie.

Ahora, a los dieciocho años, poseía un conocimiento general de aspectos tales como los problemas de los sueldos de los empleados, los márgenes de beneficios, las técnicas de mercado y las tendencias de los productos. Estas cosas la fascinaban, y quería estudiarlas en la universidad. No iba a malgastar los cuatro siguientes años de su vida estudiando lenguas románicas y el arte del Renacimiento.

Cuando se lo dijo a su padre, este asestó tal puñetazo a la mesa que los platos saltaron por el aire.

-Irás a Maryville, como lo hicieron tus dos abuelas. Y seguirás viviendo en casa. ¡En casa! -le espetó-. ¿Está claro? Asunto zanjado. -Se levantó de la silla y se marchó.

De niña, Meredith siempre lo había complacido. Con sus notas, con sus modales, con su comportamiento. En realidad, había sido una hija modélica. Pero ahora por fin se daba cuenta de que el precio a pagar por satisfacer a su padre y mantener la paz familiar era demasiado alto. Exigía que su individualidad quedara subyugada; exigía la renuncia a todos sus sueños. Y exigía también el sacrificio de su vida social.

En estos momentos, el mayor problema de Meredith no era la absurda actitud de su padre en relación con sus citas o a qué fiestas asistía, a pesar de que le estaba amargando el verano y era causa de grandes fricciones. Ahora que había cumplido dieciocho años, su padre la vigilaba aún más, como era de esperar. Si tenía una cita, Philip daba su aprobación después de someter a un detenido interrogatorio al pretendiente, al que trataba con insultante desprecio, con la obvia intención de intimidarlo para que nunca lo intentara de nuevo. El horario que imponía a su hija era ridículo: a medianoche debía estar de vuelta en casa. Si Meredith quería quedarse en casa de su amiga Lisa, Philip inventaba un pretexto para telefonear y asegurarse de que estaba allí. Si al anochecer quería salir a dar un paseo en coche, su padre exigía conocer el itinerario y, a su regreso, preguntaba toda clase de detalles. Después de tantos años en colegios privados donde imperaban las reglas más estrictas, Meredith deseaba descubrir lo que era gozar de una libertad completa. Se lo había ganado, lo merecía. La idea de vivir en casa cuatro años más, bajo la mirada cada vez más implacable de su padre, le resultaba insoportable y le parecía del todo innecesario.

Hasta entonces nunca se había rebelado abiertamente, pues ello no hacía más que encender la ira paterna. Philip odiaba que se le opusieran, fuera quien fuese, y cuando se exasperaba, permanecía fríamente furioso durante semanas. Pero no era solo el miedo a su ira lo que había inducido a Meredith a no protestar. En realidad, suspiraba por obtener la aprobación del padre. Por otra parte, comprendía lo humillado que se había sentido este por la conducta de su esposa y el escándalo social que provocó. Cuando Parker le habló del asunto, dijo que suponía que la actitud de Philip, aquel excesivo manto protector que desplegaba sobre su hija, tal vez se debiese al miedo de perderla, pues era todo lo que tenía; y en parte también podía ser motivado por el temor a que ella, sin darse cuenta, hiciera algo que diera nuevo pábulo a las habladurías creadas por el comportamiento de su madre. Aunque esta última posibilidad no le había gustado lo mas mínimo, Meredith la aceptó. Y así se había pasado cinco semanas del verano intentando razonar con su padre. Tras fracasar en ello, la muchacha recurrió a las discusiones. Pero el día anterior las hostilidades habían alcanzado un punto álgido, y entre padre e hija se entabló la primera discusión furiosa. La Universidad del Noroeste había enviado la cuenta de la matrícula, y Meredith se la había presentado a Philip. Le habló a su padre con voz pausada y serena.

Librodot

-No voy a ir a Maryville. Iré a la Noroeste, donde obtendré un título que sirva para algo.

Philip apartó la factura y miró a su hija de tal modo que esta sintió que le temblaba el estómago.

-¿De veras? -se mofó Philip-. ¿Y cómo piensas pagar la matrícula? Ya te he dicho que yo no lo haré, y no puedes tocar un céntimo de tu herencia hasta que cumplas treinta años. Ya es demasiado tarde para solicitar una beca, y en cuanto a un préstamo bancario para estudios, dada tu posición social, nunca te lo otorgarían. Vivirás en casa e iras a Maryville. ¿Lo entiendes, Meredith?

Todo el resentimiento acumulado durante años de terrible represión afloró y Meredith perdió los nervios.

-¿Eres un ser totalmente irracional! -exclamó--. ¿Por qué no puedes comprender...?

Philip se puso de pie lenta y deliberadamente, observando a su hija con brutal desprecio.

-Lo comprendo muy bien -aseguró con voz gélida-. Comprendo que en esa universidad hay cosas que quieres hacer y gente con la que quieres hacerlas. Cosas que sabes muy bien que merecerían mi reprobación. Por eso quieres ir a una universidad grande y vivir en el campus. ¿Qué es lo que más te atrae, Meredith? ¿No será la oportunidad de alojarte en dormitorios mixtos, con los pasillos llenos de muchachos que se arrastrarán hasta tu cama? ¿O acaso...?

-¡Estás enfermo!

-¡Y tú eres como tu madre! Has tenido todo lo que se pueda desear, y no quieres más que la oportunidad de meterte en la cama con cualquiera que te lo pida!

-¡Maldito seas! -Meredith se asombró ante la fuerza de su incontenible ira-. Nunca te perdonaré esto. ¡Nunca! -Se volvió y salió.

Tras ella, la voz de su padre sonó como un trueno.

-¿Adónde diablos vas?

-Afuera. Y otra cosa: no llegaré a casa a medianoche. Estoy harta de horarios.

-¡Vuelve!-le ordenó Philip.

Meredith no le hizo caso y abandonó la casa. Cuando se vio sentada en el Porsche blanco que su padre le había regalado para su cumpleaños, su ira incluso aumentó. Su padre estaba loco. ¡Era un enfermo! Meredith pasó la velada con Lisa y deliberadamente no volvió a casa hasta casi las tres de la madrugada. Encontró a Philip esperándola, deambulando como un león enjaulado. Al verla, desató su ira y la increpó, pero esta vez Meredith no se dejó intimidar por los insultos. Resistió el sucio ataque verbal, más aun, cada insulto surtía en ella un efecto contrario al que su padre se proponía. Reforzaba su decisión de desafiarlo y mantenerse en sus trece.

Protegido de intrusos y turistas por una alta cerca de hierro y un guardia en la puerta principal, el club de campo Glenmoor se extendía a lo largo de varias hectáreas de majestuoso césped, salpicado de arbustos en flor y de macizos de flores. El largo y tortuoso acceso al club estaba flanqueado por lámparas de gas, la sombra de poderosos arces y robles que llegaban hasta la puerta del edificio. Allí la carretera describía una curva en dirección a la autopista.

El edificio del club era una estructura irregular de tres plantas, de ladrillo blanco, con grandes pilares que se erguían a lo largo de la fachada. Estaba rodeado por dos campos de golf de tamaño reglamentario, y al otro lado por hileras de pistas de tenis. En la parte trasera del edificio las enormes puertas se abrían a amplias terrazas llenas de mesas con sombrillas y árboles en grandes macetas. Una escalera embaldosada descendía de la terraza inferior hasta las dos piscinas olímpicas que había más abajo. Esa noche estaba prohibido bañarse, pero las hamacas estaban dispuestas con los gruesos almohadones de siempre, de un amarillo brillante, para los miembros que desearan ver los fuegos artificiales acostados o aquellos que quisieran descansar entre baile y baile, cuando saliera la orquesta después de los fuegos.

Caía la noche cuando Meredith llegó al club. Los empleados ayudaban a salir de sus coches a los recién llegados. Meredith se dirigió al aparcamiento situado a un lado del edificio y encontró un hueco entre el reluciente Rolls del adinerado fundador de una fábrica textil y un Chevrolet sedán muy viejo, propiedad de un financiero mucho más rico que el del Rolls. Por lo general, sin saber por qué, la llegada de la noche solía animar a Meredith, pero esta vez, al salir del coche, se sentía deprimida y preocupada. Aparte de sus vestidos, no tenía nada que vender para reunir el dinero necesario para pagarse los gastos universitarios. El Porsche esta a nombre de su padre, que por lo demás tendría el control de su herencia durante otros doce años. ¿De qué dinero disponía ella? Exactamente setecientos dólares en su cuenta bancaria. Estrujándose los sesos para encontrar el modo de pagar la matrícula, se encamino lentamente al club.

En noches especiales como aquella los vigilantes del club hacían las veces de empleados del aparcamiento. Uno de ellos se adelantó corriendo para abrirle la puerta a Meredith.

-Buenas noches, señorita Meredith -dijo el joven, sonriendo maliciosamente. Era un muchacho apuesto y musculoso, estudiante de medicina de la Universidad de Illinois. Meredith lo sabía porque él

Librodot

mismo se lo había dicho la semana anterior, mientras ella intentaba tomar sol.

-Hola, Chris -saludó Meredith con aire ausente.

Además de ser el día de la Independencia, el Cuatro de Julio era también el aniversario de la fundación del Glenmoor. Por lo tanto, el club estaba animadísimo. Los socios habían acudido en masa, circulaban por los pasillos e iban de habitación en habitación con sus cócteles en la mano, charlando y riendo. Vestían esmóquines y trajes de noche, atuendos obligados para una ocasión tan especial. El interior del club era mucho menos imponente y elegante que algunos de los nuevos clubes de campo erigidos en los alrededores de Chicago. Las alfombras orientales que cubrían los encerados pisos de madera estaban perdiendo lustre, y el robusto mobiliario antiguo de las diversas habitaciones creaba una atmósfera de pomposa complacencia más que de encanto.

En este sentido, Glenmoor era como la mayor parte de los primeros clubes de campo del país. Antiguos y muy exclusivos, su prestigio y poder de atracción no se basaban en el mobiliario ni en las instalaciones, sino en la posición social de sus socios. La riqueza por sí sola no bastaba para acceder a la codiciada condición de socio de Glenmoor. El dinero debía ir acompañado de una gran importancia social. En las raras ocasiones en que el solicitante reunía ambos requisitos, aún tenía que superar la prueba de fuego de la aprobación por unanimidad de su solicitud por parte de los catorce miembros que formaban el comité de admisión. Pasado este duro trámite, la asamblea general de socios se reunía para hacer las observaciones finales. En los últimos años se habían estrellado contra requisitos tan rígidos varios nuevos y exitosos empresarios, un sinnúmero de médicos, incontables diputados, algunos jugadores de equipos famosos como los White Sox y los Bears, y un miembro del Tribunal Supremo del estado de Illinois.

A Meredith, sin embargo, no le impresionaba el elitismo del club ni el de sus socios. Para ella, estos eran simplemente rostros familiares, algunos bien conocidos, otros muy poco o nada. Andando por el pasillo, iba saludando y sonriendo instintivamente a los conocidos, mientras pasaba por las distintas habitaciones en busca de las personas con las que se había citado. Uno de los comedores había sido acondicionado para esa noche como casino; en los otros dos habían desplegado un generoso bufet. Los tres estaban atestados. En la parte baja una orquesta se preparaba para tocar en la sala de banquetes del club, y a juzgar por el vocerío proveniente de abajo cuando Meredith pasó junto a la escalera, también debía de hallarse congregada una buena multitud. Echó un vistazo en la sala de juego. Su padre era un empedernido jugador de cartas, como la mayoría de los que estaban en aquella habitación; pero Philip no estaba allí, ni tampoco el grupo de Jon. Tras inspeccionar todas las habitaciones de la planta salvo el salón principal del club, se dirigió hacia allí.

A pesar de su tamaño, la decoración del recinto estaba pensada para crear una atmósfera de intimidad y comodidad. Sofás confortables y butacones se agrupaban en torno a pequeñas mesas de té, y en las paredes los candelabros de bronce estaban siempre a media luz, arrojando un cálido resplandor sobre el liso revestimiento de roble. Por lo general, los pesados cortinajes de terciopelo estaban corridos tras los ventanales de la parte trasera del salón, aunque esa noche los habían abierto para que los huéspedes pudieran salir y pasear por la terraza anexa, donde una banda tocaba música de ambiente. A la izquierda, una barra de bar se extendía de un extremo a otro de la pared, y los camareros iban diligentemente de los clientes a la pared con estanterías repletas de botellas de toda clase de licores, bajo focos de luz mortecina.

Por supuesto, el salón estaba también atestado, y Meredith estuvo apunto de volver a la planta baja, pero vio a Shelly Filmore y a Leigh Ackerman, quienes le habían telefoneado para recordarle su compromiso de asistir a la fiesta. Se hallaban de pie en un extremo del bar, con algunos de los amigos de Jonathan y una pareja mayor a la que Meredith finalmente identificó. Se trataba del señor Russell Sornmers y su esposa, tíos de Jonathan. Meredith se obligó a sonreír y se dirigió hacia ellos. De pronto se quedé rígida: justo a la izquierda de la pareja, Philip formaba parte de otro grupo.

-Meredith -dijo la señora Sommers después de los saludos-, me encanta tu vestido. Por todos los santos, ¿dónde lo has comprado?

Meredith tuvo que mirarse para recordar lo que llevaba puesto.

-En Bancroft -contestó.

-¿Seguro? -bromeó Leigh Ackerman.

Los Sommers se separaron para hablar con otros amigos. Meredith no dejaba de observar a su padre, con la esperanza de que se mantuviera alejado de ella. Se quedó inmóvil durante un rato, nerviosa por la presencia de su padre, cuando de pronto cayó en la cuenta de que le estaba arruinando la velada. Eso la enfureció y la espoleó. Le demostraría que no iba a conseguir su propósito, más aun, que no se daba por vencida. Se volvió y le pidió a un camarero un cóctel de champán, después le dirigió una sonrisa deslumbrante a Doug Chalfont, fingiendo que estaba fascinada oyéndole hablar.

Fuera, la penumbra dio paso a la noche oscura. En el club el tono de las conversaciones aumentaba en proporción directa a la cantidad de alcohol ingerido. Meredith iba por el segundo cóctel y se preguntaba si debería buscar un trabajo, dando a su padre una prueba más de que su intención de

obtener un título universitario era muy firme. Miró al espejo de la barra y notó que la mirada de su padre estaba fija en ella. Tenía los ojos entrecerrados, con expresión de frío desagrado. Ociosamente, Meredith se preguntó qué sería lo que en aquel momento merecía la repulsa de su padre. Quizá su vestido sin tirantes, o más probablemente la atención que Doug Chalfont le dispensaba. Lo que sin duda no molestaba a Philip era la copa de champán. Meredith no solo había sido educada para tablar como un adulto en cuanto aprendió a formular una frase, sino también a comportarse como tal. A los doce años su padre le permitía quedarse a la mesa cuando había huéspedes. A los dieciséis, Meredith aprendió a oficiar de anfitriona, y bebía vino con los invitados, aunque, eso sí, con moderación.

A su lado, Shelly Filmore anunció que era hora de ir al comedor, pues de lo contrario corrían el riesgo de perder la mesa reservada. Meredith trató de olvidar sus preocupaciones, recordando un poco tarde que se había propuesto pasarlo bien aquella noche.

-Jonathan dijo que se nos uniría en la mesa antes del comienzo de la cena. ¿Alguien lo ha visto? -Volviendo la cabeza a ambos lados en busca de Sommers, de pronto exclamó-: ¡Dios mío! ¿Quién es ese? ¡Qué hombre tan guapo! -Habló con un tono de voz más alto de lo que hubiera querido, suscitando así una oleada de interés, no solo por parte de los componentes del grupo de Jonathan, sino de otros invitados cercanos. Varios de ellos se volvieron siguiendo la mirada de Shelly.

-¿A quién te refieres? -preguntó Leigh Ackerman. Meredith estaba frente a la puerta, y al levantar la cabeza vio enseguida el objeto del entusiasmo de Shelly. De pie en el umbral, con la mano derecha oculta en el bolsillo del pantalón, había un hombre muy alto, de cabello casi tan negro como el esmoquin que lucía. Tenía las piernas largas y los hombros anchos. De ojos claros, las facciones de su rostro bronceado por el sol parecían ser obra de un artista que hubiera buscado la fuerza bruta, la virilidad, pero no la belleza masculina. Su firme mentón, la nariz recta y la mandíbula enérgica, eran expresión de una voluntad férrea. No, aquel hombre plantado en el umbral de la puerta, que parecía mirar distraídamente a la elegante concurrencia, no podía ser descrito como «apuesto» o «espléndido», pensó Meredith. Quizá orgulloso, arrogante, duro... Además, a Meredith nunca le habían atraído los hombres morenos de aspecto abiertamente masculino.

-¡Mirad qué hombros! -musitó Shelly, embelesada-. ¡Qué cara! -Volviéndose hacia Chalfont añadió-: Douglas, eso es auténtico *sex-appeal.*

Doug miró al recién llegado y se encogió de hombros, sonriente.

-A mí no me produce ningún efecto. -Dirigiéndose a otro joven del grupo, al que Meredith había conocido aquella misma noche, le preguntó-: ¿Y a ti, Rick? ¿Te produce alguna impresión?

-No lo sabré hasta que le vea las piernas -bromeó Rick-. Soy adicto a las piernas, razón por la que Meredith sí me impresiona.

En aquel momento apareció Jonathan en el umbral de la puerta, caminando con cierta torpeza. Rodeó con un brazo los hombros del joven desconocido y miró alrededor. Meredith advirtió que Sommers, que estaba bastante borracho, esbozó una sonrisa triunfal. De inmediato Leigh y Shelly estallaron en una sonora carcajada que confundió a Meredith.

-¡Oh, no! -exclamó Leigh, mirando a Shelly y a Meredith con cómica expresión de desencanto-. Por favor, no me digas que ese espléndido ejemplar es el obrero empleado por Jonathan para los pozos de petróleo.

La carcajada de Doug ahogó la mayor parte de las palabras de Leigh. Meredith se inclinó hacia esta e inquirió:

-Perdona, ¿qué has dicho?

Leigh respondió con rapidez, pues Jonathan y el desconocido se acercaban hacia ellas.

-Ese hombre es en realidad un obrero de una función de Indiana. El padre de Jon lo ha obligado a dar un empleo en los pozos de petróleo que la familia posee en Venezuela.

Desconcertada por las risas del grupo de Jonathan, como por la explicación dc Leigh, Meredith quiso saber más.

-¿Por qué lo trae aquí?

-¡Es una broma, Meredith! Jon está furioso con su padre por haberlo obligado a contratar a este hombre y luego habérselo puesto como ejemplo. En represalia, Jon trae aquí al joven modelo y lo ridiculiza ante los ojos de su padre. ¿Y sabes lo más divertido? La tía de Jon nos ha contado que los padres de este no vienen porque a último momento han decidido pasar el fin de semana en su casa de verano...

Jonathan los saludó en voz tan alta y turbia que incluso sus tíos y el padre de Meredith, que estaban en grupos separados, volvieron la cabeza.

-¡Hola a todos! -vociferó, agitando un brazo casi en semicírculo-. ¡Hola, tía Harriet, hola, tío Russell! -Esperó hasta haber captado la atención de todo el mundo-. Quisiera presentarles a mi camarada Matt Terrell... quiero decir, F-Farrell -barboteó, hipando-. Tía Harriet, tío Russell, saludad a Matt. ¡Es el más reciente ejemplo de mi padre! Ejemplo de cómo debería ser yo cuando crezca.

-¿Cómo está usted? -le preguntó cortésmente a Matt la tía de Jonathan. La mujer había apartado la

mirada de su sobrino ebrio y trataba de esforzarse para mostrarse educada con él. ¿De dónde es usted, señor Farrell?

-De Indiana. -Su voz sonó tranquila y confiada.

-¿Indianápolis? -inquirió la mujer, frunciendo el entrecejo-. No recuerdo conocer a ningún Farrell de Indianápolis.

-No soy de allí. Además, estoy seguro de que usted no conoce a mi familia.

-¿De dónde es usted exactamente? -intervino el padre de Meredith, siempre dispuesto a interrogar e intimidar a cualquier hombre que estuviera cerca de su hija.

Matt Farrell se volvió y Meredith descubrió con admiración que el joven sostenía impávido la fulminante mirada de Philip Bancroft.

-Edmunton. Al sur de Gary.

-¿A qué se dedica? -le preguntó Philip con rudeza.

-Soy obrero en una fundición -se limitó a responder. Su actitud y sus palabras eran tan frías como las del padre de Meredith.

Se produjo un silencio de asombro. Varias parejas de mediana edad, que esperaban a los tíos de Jonathan, intercambiaron miradas incómodas y se apartaron sin disimulo. La señora Sommers también decidió retirarse.

-Que pase usted una buena velada, señor Farrell -dijo con voz rígida, y asiéndose del brazo de su marido se dirigió rápidamente al comedor.

De pronto, todo el mundo se puso en movimiento.

-Bien-dijo Leigh Ackerman con viveza, mirando a los de su grupo menos a Matt Farrell, que se había apartado un poco-. ¡Vamos a comer! -Tomó el brazo de Jon y le hizo volverse hacia la puerta del comedor-. Reservé una mesa para nueve -añadió mordazmente.

Meredith contó los presentes. Rabia nueve personas en el grupo... si se exceptuaba a Matt Farrell. Asqueada, permaneció inmóvil un momento. Su padre la vio cerca de Farrell y abandonó a sus amigos, que se dirigían hacia el comedor. Tocó el codo de Meredith con mano.

-¡Líbrate de él! -ordenó con voz lo bastante alta para que Farrell lo oyera. Luego prosiguió su camino. Meredith lo observó alejarse mientras la asaltaba una ola de furiosa y desafiante rebelión. Después miró a Matt Farrell, sin saber qué hacer. El joven se había situado frente a los ventanales y observaba a la gente de la terraza con la distante indiferencia de quien se sabe un intruso indeseado y, por lo tanto, intenta fingir que lo prefiere así.

Aunque no hubiera confesado ser un obrero de Indiana, Meredith no habría tardado en darse cuenta de que no pertenecía al ambiente de Glenmoor. Por una parte, su esmoquin era demasiado estrecho para sus anchos hombros, lo que indicaba que no había sido hecho a medida. Debía de ser alquilado. Tampoco hablaba con la seguridad innata de un miembro de la alta sociedad, de alguien que espera ser bienvenido y admirado dondequiera que vaya. Además, sus modales exhibían una indefinible falta de refinamiento, una tosquedad y aspereza que a Meredith le atraían y repelían al mismo tiempo.

Por ello Meredith quedó atónita al comprender de repente que aquel hombre le recordaba... a sí misma. Lo miró, completamente solo, como si no le importara su ostracismo, y se vio a sí misma en Saint Stephen, pasando los recreos con un libro en la falda, intentando fingir que no le importaba que la dejaran sola.

-Señor Farrell -preguntó con toda la naturalidad de que fue capaz-, ¿quiere beber algo?

Se volvió sorprendido, vaciló un momento y luego asintió.

-Whisky con agua.

Meredith hizo una seña a un camarero y este acudió enseguida.

-Jimmy, el señor Farrell desea un whisky con agua.

Al volverse hacia Farrell descubrió que la estaba estudiando. Le recorrió el cuerpo con la mirada, frunciendo ligeramente el entrecejo. Sin duda se preguntaba por qué ella se había molestado en ser amable con él.

-¿ Quién es el hombre que le dijo que se librara de mí? -preguntó Farrell con brusquedad.

Meredith lamentó alarmarlo confesándole la verdad.

-Mi padre.

-Tiene usted mi más sentido y sincero pésame.

Meredith se echó a reír. Nadie se había atrevido nunca a criticar a su padre, ni siquiera indirectamente. Además, tuvo el presentimiento de que Matt Farrell era un rebelde, lo mismo que ella había decidido ser. Eso lo convertía en un espíritu gemelo, por lo que en lugar de apiadarse de él o sentirse rechazada, lo veía como a un bravo mestizo injustamente lanzado a un grupo de orgullosos perros de pura raza. Decidió rescatarlo.

-¿Le gustaría bailar? -le preguntó, sonriéndole como si se tratara de un viejo amigo.

Él la miró con expresión divertida.

-¿Qué le hace suponer, princesa, que un obrero de Edmunton, Indiana, sabe bailar?

-¿Sabe?

-Supongo que puedo arreglármelas.

Bailaron en la terraza al ritmo lento de la banda, y Meredith tuvo ocasión de comprobar enseguida que Farrell había sido demasiado modesto porque bailaba bien, aunque estaba algo tenso y su estilo era conservador.

-¿Cómo lo hago?

-Hasta ahora, todo lo que puedo decir es que su ritmo es bueno y se mueve bien -respondió Meredith sin advertir que sus palabras podían ser malinterpretadas-. Al fin y al cabo, es todo lo que importa. -Sonrió, mirándolo a los ojos, para que él no viera el menor asomo de crítica en sus siguientes palabras-. Todo lo que necesita es un poco de practica.

-¿Cuánta práctica me recomienda?

-No mucha. Una noche bastaría para aprender algunos pasos nuevos.

-No sabía que hubiera «nuevos» pasos.

-Los hay -replicó Meredith-. Pero primero debe aprender a relajarse.

-¿Primero? -repitió Farrell-. Siempre he creído que uno se relaja después.

Meredith cayó en la cuenta del doble sentido de la conversación. Miró a Farrell con franqueza e inquirió:

-¿Estamos hablando del baile, señor Farrell?

Farrell captó la acritud de sus palabras. Observó un momento a Meredith, con interés renovado. Estaba revisando la opinión que se había formado de ella. Los ojos de Farrell no eran azules, como ella creyó al principio, sino de un llamativo gris metálico. En cuanto a su pelo, era castaño oscuro, no negro. Cuando habló, no solo sus palabras sino también el tono de su voz pedían perdón.

-Ahora sí -contestó. Algo tardíamente, explicó a Meredith la rigidez que ella había advertido en sus movimientos-: Hace unas semanas me rompí un ligamento de la pierna derecha.

-Lo siento -dijo Meredith, excusándose por haberle hecho bailar-. ¿Le duele?

Una maravillosa sonrisa iluminó el rostro de Matt Farrell.

-Solo cuando bailo.

Meredith se rió de la broma y empezó a sentir que sus problemas personales quedaban en un segundo plano. Volvieron a bailar, sin hablar de nada que no fueran trivialidades, como la mala música de la banda o el buen clima. De vuelta en el salón, Jimmy les trajo bebidas.

Asaltada por un sentimiento de acritud y desprecio hacia Jonathan, Meredith dijo:

-Jimmy, cargue estas bebidas a la cuenta de Jonathan Sommers. -Al mirar a Matt, vio la sorpresa reflejada en su rostro.

-¿No es usted socia del club?

-Sí --admitió Meredith con una sonrisa triste-. Se trata de una mezquina venganza personal.

-¿A cuenta de qué?

-Bueno... -Se percató de que si le contaba la verdad a Farrell, este se sentiría avergonzado. Meredith se encogió de hombros y dijo-: No me entusiasma Jonathan Sommers, eso es todo.

Farrell la miró con extrañeza y luego bebió un sorbo.

-Debe de estar hambrienta. La dejaré para que se una a sus amigos.

Era un gesto de cortesía por el que ella quedaba absuelta de su fuga, pero lo cierto es que no deseaba fugarse, y no solo porque la compañía de Jon y su grupo no fuera lo más excitante del mundo. Farrell le interesaba. Además, si lo dejaba solo, nadie se le acercaría. En realidad, la gente que aún permanecía en el salón los miraba con disimulo.

-La verdad es que la comida del club no es nada del otro mundo.

Farrell echó un vistazo a los ocupantes del salón, luego dejó el vaso sobre una mesa de un modo que indicaba su intención de marcharse.

-Tampoco esta gente.

-No le evitan por vileza o arrogancia -le aseguró Meredith-. No realmente.

-Entonces, ¿por qué lo hacen? -preguntó con expresión dubitativa.

Meredith vio a varias parejas de mediana edad, amigos de su padre. Todos ellos buenas personas.

-Verá, por una parte los avergüenza el comportamiento de Jonathan. También por lo que saben de usted, es decir, dónde vive y cómo se gana la vida. Me refiero a que sencillamente creen que no tienen nada en común con usted.

Farrell debió de pensar que ella se estaba mostrando superior porque sonrió y dijo:

-Tengo que marcharme.

De pronto, la idea de que Farrell se fuera humillado y guardara un recuerdo totalmente negativo de aquella noche entristeció a Meredith. De hecho, era innecesario que eso ocurriera. ¡E impensable!

-No puede marcharse todavía -declaró, sonriendo con determinación

Farrell la miró fijamente.

Librodot

-¿Por qué no?

-Porque... llevar un vaso en la mano ayuda a hacerlo -replicó ella con una cierta malicia.

-A hacer ¿qué?

-Mezclarse. Vamos a mezclarnos.

-¡De ninguna manera! -Matt le tomó la muñeca para desasirse, pero era demasiado tarde. Meredith estaba decidida a que aquella multitud se tragase la presencia de Matt.

-Por favor, complázcame -murmuró ella, lanzándole una mirada implorante.

Farrell esbozó una sonrisa de reacia rendición.

-Tiene usted los ojos más asombrosos...

-En realidad soy corta de vista -bromeó ella, también sonriendo-. Me han visto tropezar con las paredes. ¿Por qué no me ofrece el brazo y me guía para que no vaya dando tumbos?

Farrell no era insensible al humor y a la sonrisa de la muchacha.

-Y también es muy resuelta -añadió Matt. Soltó una risita ahogada y, a regañadientes, le ofreció el brazo.

Se toparon con una pareja de ancianos conocidos de Meredith.

-Hola, señor y señora Foster -saludó con alegría, mientras los ancianos pasaban a su lado sin verla.

La pareja se detuvo.

-Oh, ¿que tal, Meredith? -dijo, la señora Foster. Luego tanto ella como su marido sonrieron a Matt, sin duda esperando recibir información acerca de este.

-Me gustaría presentarles a un amigo de mi padre -anuncié Meredith, reprimiendo la risa cuando vio el rostro incrédulo de Matt-. Matt Farrell, de Indiana. Está en el negocio del acero.

-Es un placer -dijo el señor Foster, estrechando la mano que Farrell le tendía-. Sé que ni Meredith ni su padre juegan al golf, pero espero que le hayan informado de que aquí en Glenmoor tenemos dos campos reglamentarios. ¿Estará entre nosotros el tiempo suficiente para jugar unos partidos?

-No estoy seguro de que vaya a quedarme el tiempo suficiente para terminar este cóctel -contestó Matt, pensando que lo echarían en cuanto el padre de Meredith descubriera que esta lo estaba presentando como amigo suyo.

El señor Foster inclinó la cabeza, desorientado.

-El negocio siempre parece interponerse en el camino del placer. Por lo menos esta noche verá usted los fuegos artificiales. Es el mejor espectáculo de la ciudad.

-Usted sí que los verá -profetizó Matt, lanzando una mirada elocuente a Meredith, que a su vez parecía la pura encarnación de la inocencia.

El señor Foster se enfrascó de nuevo en su tema de conversación favorito, el golf, mientras Meredith trataba a duras penas de mantener una expresión seria.

-¿Cuál es su handicap? -inquirió Foster.

-El handicap de Matt soy yo -intervino Meredith-. Por lo menos esta noche. -Y miró a Farrell provocativamente.

-¿Qué? -El señor Foster pestañeó.

Matt no contestó y Meredith tampoco hubiera podido hacerlo, pues él tenía la mirada clavada en sus labios, y cuando la levantó para contemplar sus ojos, descubrió en ellos una expresión diferente.

-Vámonos, querida -dijo el señor Foster al observar la distraída expresión de ambos jóvenes-. Estos muchachos no quieren pasar la noche oyendo hablar de golf -Meredith recuperó demasiado tarde la compostura y se dijo con severidad que había bebido demasiado champán. Le tocó el codo a Matt.

-Venga conmigo -dijo, empezando a bajar los escalones que conducían al salón de los banquetes, donde tocaba la orquesta.

Durante casi una hora, lo condujo de un grupo a otro, ambos regocijados mientras ella contaba con gran aplomo medias verdades escandalosas acerca de quién era Matt y cómo se ganaba la vida. Él no intervenía en la farsa, pero observaba divertido el ingenio de Meredith.

-¿Lo ve? -inquirió la joven cuando por fin dejaron atrás el ruido y la música y salieron a pasear por el parque-. Lo que cuenta no es lo que se dice, sino lo que no se dice.

-Una interesante teoría -bromeó él-. ¿Tiene otras?

Meredith meneó la cabeza, asaltada por una idea que la había perseguido durante toda la noche.

-Su manera de hablar no se parece en nada a la del obrero de una fundición.

-¿Cuántos conoce?

-Solo uno.

Matt preguntó con voz queda:

-¿Viene aquí a menudo?

Habían pasado la primera parte de la noche jugando a una especie de farsa estúpida, pero Meredith presintió que él ya estaba harto. De hecho, ella también lo estaba, lo que confirió un matiz distinto al clima creado entre ambos. Paseando entre lechos de rosas y arbustos en flor, Matt empezó a

hacerle preguntas. Meredith le dijo que había estudiado en un internado y que se había graduado. Cuando Matt se interesó por sus planes futuros, ella se dio cuenta de que la tomaba por una licenciada universitaria. Meredith prefirió ocultar la verdad, pues de lo contrario Matt habría descubierto que tenía dieciocho años y no veintidós. Su reacción habría sido imprevisible. Así pues, se apresuró a preguntar:

-Y usted, ¿qué va a hacer?

Matt le contó que en el plazo de seis semanas viajaría a Venezuela y le explicó los detalles de su nuevo trabajo. Después la conversación se hizo muy fluida y hablaron de varios temas, hasta que finalmente se detuvieron en el césped, bajo un olmo centenario. Meredith escuchaba a Earrell como poseída, ignorando el contacto de la corteza del árbol contra su espalda desnuda. Había descubierto que Matt tenía veintiséis años, y que además de ser ingenioso y de expresarse con mucha elocuencia, sabía escuchar con tanta atención que parecía que en el mundo entero solo importaban las palabras de su interlocutora. Le resultaba muy desconcertante y a la vez halagador. Creaba una falsa atmósfera de intimidad y soledad. Acababa de reírse de una de las ocurrencias de Matt cuando un insecto pasó volando junto a su cara y zumbó cerca de su oreja. Meredith dio un brinco, haciendo muecas y tratando de localizar al insecto.

-¿Lo tengo en el pelo? -le preguntó a Matt, angustiada, inclinando la cabeza para que lo comprobara.

Al hacerlo, él le colocó las manos en los hombros.

-No -la tranquilizó-. Solo era un pequeño escarabajo.

-Los escarabajos son asquerosos, y este tenía el tamaño de un colibrí. -Matt se echó a reír y ella esbozó sonrisa de deliberada satisfacción. No te reirás dentro de seis semanas, cuando no puedas salir de tu habitación sin pisar serpientes -bromeó Meredith, tuteándolo.

-¿Eso crees? -murmuró él, mirando fijamente la boca de la muchacha. Luego sus manos se deslizaron por su cuello hasta enmarcarle tiernamente el rostro.

-¿Qué haces? -susurró Meredith cuando él empezó a rozarle el labio inferior con el dedo pulgar.

-Trato de decidir si quiero disfrutar de los fuegos artificiales.

-No empiezan hasta dentro de media hora -replicó ella, temblorosa. Sabía que Matt iba a besarla.

-Presiento -musitó el joven inclinando la cabeza lentamente- que van a empezar ahora mismo.

Y así fue. Matt besó los labios de Meredith, y esta sintió que se estremecía. Al principio fue un beso suave; la boca de Matt rozó la de Meredith, explorando delicadamente los contornos de sus labios. No era la primera vez que la besaban, pero siempre habían sido besos inexpertos y ávidos. Nadie la había besado con la dulzura de Matthew Farrell. Deslizó una mano por la espalda de Meredith, atrayéndola hacia sí, y con la otra le cogió la nuca. Su boca se abrió despacio sobre la de Meredith. Perdida en el beso, ella metió las manos por debajo de la chaqueta del esmoquin hasta alcanzar sus anchos hombros. Después rodeó el cuello de Matt con los brazos.

Ella le abrazó y se apretó contra él. La lengua de Matt recorrió ardientemente los labios que se le ofrecían, exigiendo que se separaran. Cuando lo hicieron, volvió a besarla apasionadamente. Le acarició un pecho con la mano, después la deslizó hasta el trasero de Meredith, que notó la firme excitación del joven. Por momento se quedó un poco rígida, pero luego, sin razón explicable, de pronto Meredith hundió los dedos en el pelo de Matt y también le besó.

Parecía haber pasado una eternidad cuando por fin Matt retiró la boca. El corazón de Meredith latía con fuerza, y abrazada a él, apoyó la frente en el pecho de Matt, tratando de ordenar aquel cúmulo de sensaciones. En su embotada mente empezó a tomar cuerpo idea de que Matt pensaría que su conducta era extraña, porque en realidad no había sido más que un simple beso. Se obligó a levantar la cara. Estaba segura de que se encontraría con una mirada de divertido asombro, pero se equivocó. Sus fuertes facciones no reflejaban la. menor expresión de burla, sino que todo en él parecía arder de pasión. Los brazos de Matt se cerraban en torno a ella, remisos a dejarla marchar. Meredith se sintió orgullosa al advertir que Matt compartía sus emociones. Sin pensar lo que hacía, miró fijamente sus labios. En su firmeza había una fuerte sensualidad, aunque sus besos habían sido exquisitamente suaves. Deseosa de sentir de nuevo el contacto de aquellos labios, Meredith le rogó con la mirada que volviera a besarla.

Matt lo comprendió y, con una especie de gemido, respondió roncamente con un «sí», estrechándola aún más y adueñándose de sus labios con un beso arrebatador. Meredith, con la respiración entrecortada, creyó enloquecer de placer.

Poco después se oyeron risas y Meredith se separó torpemente de Matt, volviéndose en redondo, alarmada. Docenas de parejas salían del club para ver los fuegos artificiales... y, a la cabeza de todos, venía Philip. Aun desde la distancia, Meredith advirtió que estaba furioso. Avanzaba a grandes pasos...

-Oh, Dios mío -susurró la muchacha. Matt, tienes que marcharte. Vamos, vete. ¡Ahora!

-No.

-¡Por favor! -suplicó ella, casi llorando-. No me pasará nada. Esperará a que estemos solos para decirme algo. Pero no sé lo que te hará a ti. -Al cabo de un momento, Meredith ya sabía la respuesta.

-¡Se acercan dos hombres para echarle de aquí, Farrell! -anunció Philip con voz sibilante, el rostro congestionado por la ira. Se volvió hacia Meredith y le asió un brazo-. ₁Tú vienes conmigo!

Dos de los camareros del club acudían ya por el camino de acceso. Philip tiró del brazo de Meredith, que rogó a Matt por encima del hombro:

-Por favor, vete. No hagas una escena.

Su padre volvió a tirar de ella y Meredith supo que no tenía elección: o caminaba o la arrastraba. Entonces vio con alivio que los camareros aminoraban el paso y finalmente se detenían. Al parecer, Matt había alcanzado el camino de la carretera. Philip llegó a la misma conclusión, pues cuando los camareros lo miraron con expresión interrogante, les dio instrucciones.

-Dejad que ese bastardo se largue, pero avisad a la puerta principal para que vigilen y no le permitan volver a entrar.

Cuando los vio alejarse, se volvió hacia Meredith. Tenía el rostro lívido.

-Tu madre fue la comidilla de este club, y no voy a permitir que repitas la historia, ¿me oyes? -Le soltó el brazo violentamente, como si le asqueara tocar a su hija. No obstante habló con voz queda, porque un Bancroft, por grande que fuese la provocación, nunca ventilaba en público los problemas familiares. Vete a casa y quédate allí. Tardarás veinte minutos en llegar y yo veinticinco en llamarte. ¡Que Dios te proteja si no estás!

Giró sobre sus talones y se dirigió al edificio. Meredith lo vio alejarse, sintiéndose humillada. Luego entró en el club y recuperó su bolso. Camino del aparcamiento vio a varias parejas que se besaban bajo los árboles.

Condujo con los ojos llenos de lágrimas, y solo un poco después de haber pasado junto a una solitaria figura se dio cuenta de que era Matt, que caminaba con la chaqueta del esmoquin colgada del hombro. Meredith detuvo el coche y lo esperó. Se sentía tan culpable por la humillación que le había causado que no se atrevía a mirarlo a los ojos.

Matt metió la cabeza por la ventanilla e inquirió:

-¿Estás bien?

-Sí, sí. -Sacó fuerzas de flaqueza y lo miró-. Mi padre es un Bancroft, y los Bancroft nunca discuten en público.

Él advirtió que Meredith tenía los ojos llorosos. Rozó con la punta de sus dedos la suave mejilla de la muchacha.

-Tampoco lloran delante de la gente. ¿No es así?

-Así es -admitió Meredith, tratando de asimilar la maravillosa indiferencia que a Matt le inspiraba Philip Bancroft-. Me voy... a casa. ¿Puedo dejarte en alguna parte?

La mirada de Matt se desplazó del rostro de Meredith a la mano que aferraba nerviosamente el volante.

-Sí, pero solo si me dejas conducir este cacharro. -Lo dijo como quien desea conducir un coche lujoso, pero sus siguientes palabras deshicieron el equívoco-. ¿Por qué no te llevo yo a casa y desde allí llamo un taxi? -A Matt le preocupaba que, en su estado, Meredith sufriera un accidente.

-Está bien -concedió la joven, dispuesta a salvar del naufragio el poco orgullo que le quedaba. Salió del coche y, rodeándolo, se sentó al lado de Matt, que se había puesto al volante.

Matt arrancó el vehículo, que poco después abandonaba el camino de entrada al club y se internaba en la carretera principal. Ambos guardaban silencio, sintiendo la brisa que penetraba por la ventanilla abierta. A lo lejos estallaron los fuegos artificiales, que terminaron una espectacular cascada de rojo, blanco y azul. Medith observó el resplandor de las chispas que iluminaban el cielo y poco a poco iban muriendo al precipitarse hacia abajo. Recordando su comportamiento, se dirigió Matt.

-Quiero pedirte perdón por lo que sucedió esta noche... Me refiero a lo de mi padre.

Matt la miró de reojo y comentó:

-Es él quien debería disculparse. Hirió mi orgullo ordenar a esos dos mozos debiluchos que me echaran. Lo menos que pudo haber hecho para salvar mi ego es enviar a cuatro.

Meredith lo miró, sorprendida de que no se sintiera intimidado por la ira de Philip Bancroft; luego la joven sonrió, pensando que era maravilloso encontrarse con alguien a quien su padre no atemorizara. Lanzando una mirada desenvuelta a los poderosos hombros de Matt, dijo:

-Si realmente hubiese querido echarte de allí contra tu voluntad, habría tenido que recurrir al menos a seis mozos.

-Mi ego y yo te agradecemos estas palabras -contestó él con una sonrisa perezosa. Meredith, que unos minutos antes habría jurado que nunca volvería a sonreír, soltó una sonora carcajada-. Tienes una risa maravillosa -susurró él.

-Gracias -le contestó Meredith, complacida más allá de lo razonable por el cumplido.

A la pálida luz del panel de instrumentos, la joven estudió el perfil sombreado de Matt Farrell.

Observó como el viento ondulaba su cabello, y se preguntó qué tendría él para lograr que unas sencillas y serenas palabras casi parecieran una caricia física. Recordó lo que dijo Shelly Filmore y admitió que tal vez esa fuera la respuesta: «auténtico *sex-appeal*». Horas antes, cuando lo vio por primera vez, a Meredith no le había parecido un hombre especialmente atractivo. Ahora sí lo creía. De hecho, estaba segura de que las mujeres perdían la cabeza por él. Y sin duda ellas eran también la razón de que Matt supiera besar tan bien. Poseía *sex-appeal...* y mucha experiencia besando.

-Tuerce por aquí -dijo ella. El viaje había durado quince minutos.

Se encontraban frente a un par de grandes puertas de hierro forjado. Meredith apretó un botón del panel del coche y ambas puertas se abrieron de par en par.

9

-Esta es mi casa -dijo Meredith, cuando el automóvil se detuvo ante la entrada.

Matt contempló la imponente estructura de piedra con sus emplomadas ventanas de cristal, mientras Meredith abría la puerta principal.

-Parece un museo.

-Por lo menos no has dicho un mausoleo -bromeó ella.

-Pero lo pensé.

Meredith aún sonreía cuando llegaron a la biblioteca envuelta en penumbra, situada en la parte trasera del edificio. Encendió una luz, y cuando vio que Matt se dirigía directamente al teléfono del escritorio, se sintió afligida. Quería que se quedara, quería hablarle, quería hacer cualquier cosa para contrarrestar la desesperación que la abrumaría una vez más cuando se encontrara sola.

-No tienes por qué marcharte tan pronto. Mi padre se quedará jugando a las cartas hasta que el club cierre, a las dos de la madrugada.

Matt se volvió hacia ella, advirtiendo el tono de desesperación de su voz.

-Meredith, por lo que a mí respecta tu padre me tiene sin cuidado, pero tú debes vivir con él. Si viene y me encuentra aquí...

-No vendrá -le aseguró Meredith-. Ni la muerte interrumpiría su partida de cartas. Es un jugador obsesivo.

-También está malditamente obsesionado contigo -comentó Matt, y Meredith contuvo la respiración al verlo vacilar con el auricular en la mano. Finalmente Matt lo colgó. Quizá esta sería la última velada agradable de que Meredith gozaría durante meses, y estaba decidida a aprovecharla.

-¿Quieres un coñac? Me temo que no puedo ofrecerte nada que comer, porque los sirvientes están ya en la cama.

-Coñac está bien.

Meredith se dirigió al mueble bar y sacó la licorera del coñac. Tras ella, sonó la voz de Matt.

-¿No me digas que los sirvientes cierran con llave la nevera cuando se van a dormir?

Ella se detuvo con una copa de coñac en la mano.

-Algo así.

Matt no se dejó engañar. Ella lo supo en cuanto le llevó la copa al sofá y vio la expresión divertida de sus ojos.

-No sabes cocinar. ¿Acierto, princesa?

-Estoy segura de que podría -bromeó ella-, si alguien me indicara dónde está la cocina y me enseñara el horno y la nevera.

Matt apretó los labios. Luego se inclinó hacia delante y dejó la copa sobre la mesa. Ella sabía exactamente lo que se proponía hacer, incluso antes de que le asiera las muñecas y la atrajera hacia si con firmeza.

-Sé que cocinas bien -dijo, levantándole La barbilla.

-¿Qué te hace estar tan seguro?

-El hecho -susurró Matt- de que aún no hace una hora me prendiste fuego.

Su boca estaba casi pegada a la de la joven cuando el fuerte sonido del teléfono los interrumpió. Meredith se separó de los brazos de Matt y atendió la llamada.

Era su padre.

-Me alegro de que hayas tenido el buen sentido de hacer lo que te ordené -dijo con voz gélida-. Y quiero que sepas, Meredith, que estaba a punto de permitir que te matricularas en la Noroeste, pero después de lo ocurrido, olvídalo. Tu conducta de esta noche es una prueba irrefutable de que no se puede confiar en ti. -Colgó sin esperar la respuesta de su hija.

Con mano temblorosa, Meredith colgó el auricular. El temblor se extendió al resto de su cuerpo, provocado por un creciente sentimiento de ira y futilidad. Tuvo que colocar las manos sobre el

escritorio para mantenerse relativamente firme.

Matt se le acercó por detrás y le puso las manos sobre los hombros.

-¿Meredith? -preguntó con sincera preocupación-. ¿Quién era? ¿Ocurre algo malo?

-Era mi padre -masculló-. Quería cerciorarse de que estoy en casa, tal como me ordenó.

Matt se quedó un momento en silencio, luego habló con voz suave.

-¿Qué le has hecho para que desconfíe tanto de ti?

La velada acusación de Matt le llegó al corazón, destruyendo el escaso control de sí misma que aún le quedaba.

-¿Que qué he hecho? -repitió histéricamente-. ¿Que qué he hecho?

-Debes de haberle dado alguna razón para hacerle ¿nsar que tiene que vigilarte hasta ese punto.

El enorme resentimiento que se agitaba en el interior de Meredith afloró en una explosión de furia. Tenía los ojos llenos de lágrimas y su rostro reflejaba cierta determinación. De pronto se lanzó sobre Matt y empezó a acariciarle el pecho.

-Mi madre era muy promiscua. No podía vivir sin un macho. Mi padre me vigila porque sabe que soy igual que ella.

Cuando la joven le echó los brazos al cuello, él preguntó, entrecerrando los ojos:

-¿Qué diablos estás haciendo?

-Ya sabes lo que hago -susurró Meredith, y sin darle tiempo a responder se apretó contra él y le dio un beso interminable.

Él la deseaba. Meredith lo supo en el momento en que la rodeó con sus brazos, atrayéndola aún más hacia sí. Notó su excitación. Sí, la deseaba. La estaba besando apasionadamente, y Meredith hacía lo posible para que no parara, para que no cambiara de opinión, y para que ella misma tampoco lo hiciera. Tiró de la camisa de Matt, desabrochándola con manos temblorosas. Acarició su pecho musculoso, bronceado y poblado de vello negro. En un momento dado Meredith cerró los ojos, alcanzó la cremallera de su vestido con la mano y empezó a bajarla. Lo deseaba, y se dijo con rabia que se lo había ganado.

-¿Meredith?

La voz pausada de Matt la devolvió a la realidad por un momento. Levantó el rostro, pero no tuvo el valor suficiente para mirarlo a la cara.

-Estoy halagadísimo, pero debo confesar que nunca he visto a una mujer arrancarse la ropa en un acceso de pasión. Y menos después de un solo beso.

Derrotada antes de haber iniciado el combate, Meredith apoyó la frente contra el pecho de Matt. Él le puso una mano sobre el hombro, luego la deslizó hasta la nuca y la dejó allí, acariciándola con el dedo pulgar. Posó la otra mano en la cintura, ejerciendo una suave presión para indicar su deseo de tener a Meredith muy cerca. Al cabo de un momento, sus dedos se deslizaron por la espalda desnuda y, al llegar a la cremallera, terminó de abrir el vestido.

Tragando con fuerza, ella levantó los brazos para cubrirse. Vaciló.

-No lo hago muy bien...

Matt recorrió el cuerpo de la joven con la mirada, y finalmente se detuvo en los pechos.

-¿No? -repuso con voz ronca, e inclinó la cabeza.

Meredith deseaba gozar del amor. Volvió a besar a Matt. Acariciando los armoniosos músculos de su espalda, lo besó poseída por una necesidad ciega. Saboreó el contacto de su lengua cuando esta se introdujo en su boca. Él jadeó y apretó con más fuerza el cuerpo de Meredith, que perdió enteramente el control y se entregó a las sensaciones. Sintió una corriente de aire frío recorriendo su cuerpo desnudo. Matt liberó su cabello, que se derramó como una cascada sobre sus hombros. La habitación pareció tambalearse cuando él la tumbó sobre el sofá y se colocó a su lado, también desnudo.

Pero todo cesó de pronto, excepto las caricias de las manos de Matt sobre su cuerpo. Ella emergió levemente de su éxtasis y vio que Matt, apoyado en un antebrazo, la observaba bajo la suave luz de la lámpara del escritorio.

-¿Qué haces? -susurró Meredith.

-Mirarte. -En efecto, Matt observaba detenidamente su cuerpo. Avergonzada, Meredith quiso impedirlo e incliné la cabeza para besarle el pecho. Entonces el joven hundió sus dedos en el pelo de la nuca y, ejerciendo una suave presión, le hizo levantar el rostro. Y cuando ella lo miró a los ojos, Matt la besó como nunca la habían besado. De inmediato Meredith sintió una oleada de pasión. Él siguió besándola hasta que la joven emitió un leve gemido. De pronto, su boca se posó en un pecho, luego en el otro, mientras los dedos exploraban el cuerpo de Meredith. Esta arqueó la espalda de placer. Matt se situó sobre ella, las caderas moviéndose sin pausa, mientras sus labios, rudos y tiernos a la vez, le besaban el cuello y luego de nuevo la boca. Sin dejar de besarse, Matt le separó las piernas, pero de pronto se detuvo.

Le tomó la cara entre las manos y musitó:

-¡Mírame!

Sin saber cómo, ella consiguió salir de su ensueño sensual. Abrió los ojos con esfuerzo y observó los de Matt. Y en ese momento él la penetró con tal fuerza que de la garganta de la muchacha surgió un alarido apagado, mientras su cuerpo se torcía como un arco. De inmediato Matt advirtió que le había arrancado la virginidad y su reacción fue más violenta que la de ella. Se detuvo, cerrando los ojos con fuerza. Permaneció en el interior de Meredith, pero sus hombros y sus brazos estaban tensos, inmóviles.

-¿Por qué? -exigió en un rudo susurro.

Ella no entendió bien la pregunta y se limitó a responder:

-Porque no lo había hecho antes.

Cuando Matt abrió los ojos, ella no halló en su mirada decepción ni enojo, sino ternura y arrepentimiento.

-¿Por qué no me lo dijiste? Habría podido hacerlo más fácil para ti.

Meredith le puso una mano en la mejilla y le sonrió suave y tranquilizadoramente.

-Lo hiciste fácil. A la perfección.

Aquellas palabras surtieron en él un efecto inusitado. Gimiendo, besó la boca de Meredith y con infinita suavidad empezó a embestirla, cada vez más rápidamente, hasta que la joven pareció enloquecer de placer. Le hundió las uñas en la espalda, en las caderas, aferrándose a él desesperadamente, y por fin la pasión que la abrasaba estalló en largos espasmos de placer. Matt la abrazó, la besó con fuerza sin dejar de moverse. Aquel profundo y hambriento beso, aquel caudal de pasión derramado en el interior de su cuerpo, hicieron que Meredith se aferrara más a él y gimiera, gozando de tan exquisita sensación.

Con el corazón latiéndole con fuerza, ladeó el cuerpo, arrastrándolo. Permanecían abrazados.

-¿Tienes idea de lo excitante y receptiva que eres? -le preguntó Matt con voz ronca y teblorosa, rozando la mejilla de Meredith con los labios.

Ella no contestó, porque la realidad de lo que había hecho empezaba a infiltraese en su conciencia, quería rechazarla. Ahora no. Todavía no. Nada debía estropear aquel momento. Cerró los ojos y escuchó las dulces palabras que Matt seguía susurrándole, mientras con un dedo le rozaba la mejilla.

Y entonces él hizo una pregunta que exigía respuesta.

-¿Por qué? -inquirió con voz suave-. ¿Por qué ahora? ¿Por qué conmigo?

Meredith se puso tensa ante aquella pregunta. Suspiró con un sentimiento de pérdida y, tendiendo los brazos, tomó la colcha de lana que había en un extremo del sofá y se envolvió en ella. Había conocido la intimidad física del sexo, pero nadie le había advertido del extraño e incómodo sentimiento que sobrevenía después. Se sentía emocionalmente desnuda, al descubierto, indefensa, torpe.

-Creo que será mejor que nos vistamos -dijo con nerviosismo-. Después responderé a tus preguntas. Enseguida vuelvo.

En su habitación Meredith se puso una bata azul y blanca y se la sujetó con un cinturón. Bajó por las escaleras, todavía descalza. En el pasillo miró el reloj. Su padre no tardaría más de una hora en volver.

Encontró a Matt hablando por teléfono en el estudio, completamente vestido a excepción de la corbata, que se había metido en un bolsillo.

-¿Qué dirección es esta? -le preguntó a Meredith. Ella se la dio y Matt informó a la agencia de taxis-. Les he dicho que vengan dentro de media hora. -Se dirigió a la mesa de té y cogió la copa de coñac.

-¿Puedo servirte alguna otra cosa? -preguntó Meredith, puesto que era lo propio de una buena anfitriona cuando la velada se acercaba a su fin. ¿O era el recibimiento propio de una camarera?, pensó con nerviosismo.

-Me gustaría que contestaras mi pregunta -dijo él. Quiero saber qué te decidió a hacer lo que has hecho esta noche.

Meredith creyó advertir cierta tensión en su voz, aunque su rostro no reflejaba emoción alguna. La joven suspiró, apartó la mirada y la fijó tímidamente en las incrustaciones de la madera del escritorio.

-Durante años mi padre me ha tratado como a una ninfómana y nunca he hecho nada para merecerlo. Cuando esta noche insististe en que tenía que haber una razón para que él me «vigilara», en mi interior se encendió una luz. Creo que llegué a la conclusión de que si de todos modos iban a tratarme como a una ramera, no estaría mal saber lo que es acostarse con un hombre. Al mismo tiempo tenía la loca idea de castigarte a ti... y a él. Quería demostraros que estabais equivocados.

Un ominoso silencio siguió a estas palabras. Por fin, Matt lo interrumpió bruscamente.

-Podrías haberme sacado de mi error con solo de decir que tu padre es un cretino tiránico y receloso. Te habría creído.

Meredith sabía que él estaba en lo cierto. Le dirigió una mirada inquieta, preguntándose si la frustración y la ira la habían inducido a acostarse con él o si en realidad le habían servido de excusa

para hacer lo que deseaba desde el momento en que conoció a Matt y cayó víctima de su magnetismo sexual. *Lo había utilizado.* Sí, de un modo extraño había utilizado a una persona por la que sentía gran simpatía para castigar a su padre.

Se produjo otro silencio, más prolongado, durante el cual Matt parecía considerar sus palabras y lo que no había dicho. Fueran cuales fuesen las conclusiones a que llegó, no debieron de gustarle mucho, pues de pronto dejó el vaso en la mesa y miró su reloj. Luego dijo:

-No es necesario que me acompañes.

-Te enseñaré el camino.

Frases amables entre dos extraños que una hora antes se habían entregado a la pasión. Meredith se puso de pie pensando en ello. En aquel momento, Matt reparó primero en sus pies descalzos, después en el rostro y en la cabellera suelta. Vestida con una simple bata, Meredith no era la misma joven del club, con su vestido sin tirantes y su esmerado peinado. Antes de que él hablara, Meredith supo lo que le preguntaría.

-¿Cuántos años tienes?

-No tantos... como crees.

-¿Cuántos? -insistió él.

-Dieciocho.

Meredith esperaba una reacción más o menos temible, pero él se quedó mirándola durante un largo instante y después hizo algo que a ella le pareció absurdo. Se volvió, se inclinó sobre el escritorio y anotó algo en un pedazo de papel.

-Es mi número de teléfono en Edmunton -dijo con calma, tendiéndole la nota a Meredith-. Permaneceré allí otras seis semanas. Después Sommers sabrá el modo de ponerse en contacto conmigo.

Cuando Matt se fue, Meredith se quedó pensativa. Aquel número de teléfono... Si al dárselo trataba de sugerirle que lo llamara alguna vez, era una acción arrome, grosera y completamente odiosa. Y por supuesto, humillante.

Durante casi toda la semana siguiente Meredith se sobresaltaba cada vez que sonaba el teléfono, temerosa que fuera Matt. El recuerdo de lo que habían hecho le causaba una enorme vergüenza, y quería olvidarlo y olvidar aquel hombre.

Pero pasó otra semana y se dio cuenta de que en realidad no quería olvidar a Matt. Tras librarse del sentimiento de culpa y el miedo a ser descubierta, se descuidó pensando constantemente en Matt y reviviendo aquellos momentos que días antes quería olvidar. Por la noche, tendida en la cama con la cara apretada contra almohada, sentía el sabor de los labios de Matt en las mejillas y en el cuello, y recordaba cada palabra que él le había susurrado con un ligero temblor en la voz. Pensó también en otras cosas, como el placer que le había producido pasear con él por el parque de Glenmoor y la manera en que se había reído con las anécdotas que ella contaba. Meredith se preguntaba si también Matt pensaría en ella; y si lo hacía, por qué no llamaba.

Tras otra semana sin que Matt diera señales de vida, Meredith concluyó que ella debía de ser «prescindible» y que sin duda no le parecía lo bastante «excitante» ni «receptiva». Trató de recordar todo lo que ella le había dicho. ¿Pudo haberlo ofendido inconscientemente? Por ejemplo, cuando le contó la razón por la que se había acostado con él, ¿no lo habría herido en su orgullo? Resultaba difícil de creer. Matthew Farrell no dudaba su virilidad y del atractivo que ejercía sobre las mujeres. Le había seguido el juego solo minutos después de haberla conocido, en cuanto empezaron a bailar. Así pues, lo más probable era que no hubiese llamado debido a su edad. Meredith era demasiado joven para que Matt se molestara por ella.

A la semana siguiente Meredith decidió olvidarlo. Llevaba un retraso en su menstruación de dos semanas y la joven deseaba de todo corazón no haber conocido nunca a ese hombre. Con el paso de los días, Meredith no podía pensar en otra cosa que no fuera la posibilidad de un embarazo. Una posibilidad aterradora. Lisa estaba en Europa y no tenía a nadie a quien recurrir en busca de apoyo. Esperó y rezó, prometiendo fervientemente a Dios que si no estaba embarazada no volvería a hacer el amor hasta después de casarse.

Pero o bien Dios no escuchaba sus oraciones o era inmune al soborno. De hecho, la única persona que parecía advertir que Meredith se debatía en silenciosa agonía era su padre.

-¿Qué te pasa, Meredith? -le preguntaba una y otra vez.

-No me pasa nada.

Hasta hacía poco el mayor problema de su vida era a qué universidad ir. Ahora eso carecía de importancia y ella estaba demasiado preocupada para discutir con su padre sobre lo ocurrido con Matt en Glenmoor, demasiado ausente para seguir pugnando con él, dominada por aquella terrible ansiedad.

Habían transcurrido seis semanas y ya llevaba dos faltas en su período. Meredith se sentía aterrorizada. Trataba de infundirse ánimos pensando que no se sentía mal por las mañanas ni en ningún otro momento del día, pero de todos modos concertó una cita con el médico.

Acababa de hacerlo cuando su padre llamó a la puerta de la habitación. Entró esgrimiendo un gran sobre que le entregó a su hija. En el remitente se leía «Universidad del Noroeste».

-Tú ganas -dijo Philip sin más retórica-. No do soportar verte así por más tiempo. Quieres ir a esa universidad, pues ve. Pero los fines de semana vendrás a pasarlos aquí, y eso no es negociable.

Meredith abrió el sobre, en el que le notificaban que había sido aceptada para el semestre de otoño. La joven hizo un esfuerzo por sonreír.

Meredith no acudió a su propio médico, porque era un un viejo amigo de su padre. Había concertado la cita muy lejos de su casa y su ambiente, en la zona sur de Chicago, para tener la seguridad de no encontrar alguna cara conocida. En una sórdida clínica de planificación familiar el atareado médico que la atendió confirmó los peores temores de la joven: estaba embarazada.

Meredith escuchó el diagnóstico con mortal tranquilidad, pero durante el viaje de regreso a casa empezó sentirse aturdida, y ya en su habitación se vio poseída por el pánico. No podía afrontar la idea del aborto, ni estaba dispuesta a entregar a su hijo en adopción. Tampoco se sentía capaz de decirle a su padre que iba a convertirse en madre soltera y, en consecuencia, en el nuevo escándalo de la familia Bancroft. Solo le quedaba una alternativa. Llamó al número que Matt le había dado. Al no obtener repuesta, telefoneó a Jonathan Sommers y, con el pretexto de que Matt había olvidado un objeto personal, le pidió la dirección. Sommers se la dio y le comentó que Farell aún no había salido hacia Venezuela.

Philip no se encontraba ese día en la ciudad, circunstancia que Meredith aprovechó. Metió lo imprescindible en una pequeña maleta, dejó una nota informando de que estaba con unos amigos y subió al coche para dirigirse a Indiana.

En su desesperado estado mental, Edmunton le pareció una ciudad sombría: un cúmulo de chimeneas, fábricas y acererías. La dirección de Matt la llevó a una distante zona rural que le produjo la misma triste impresión que la ciudad. Después de media hora de viajar por una carretera rural y luego por otra, Meredith tuvo que renunciar a encontrar la calle de Matt, y se detuvo para preguntar en una ruinosa estación de servicio.

Un mecánico obeso, de mediana edad, se quedó mirando primero el Porsche de Meredith y después a ella, de un modo que hizo que la joven se estremeciera. Le indicó la dirección que buscaba y entonces el hombre se volvió y gritó:

-Eh, Matt. ¿No es esta tu calle?

Meredith abrió los ojos desorbitadamente cuando el hombre que estaba reparando un camión viejo sacó la cabeza de debajo del capó. Era Matt. Tenía las manos llenas de grasa, vestía unos vaqueros viejos y raídos y poseía el aspecto del mecánico de un pueblo remoto y semiabandonado. Meredith quedó tan asombrada y estaba tan asustada de su embarazo, que fue incapaz de ocultar sus sentimientos mientras se dirigía hacia él. Matt se dio cuenta y dejó de sonreír. Sus facciones se endurecieron y cuando habló, sus palabras carecían de toda emoción.

-Meredith -dijo con un breve gesto de asentimiento-. ¿Qué te trae por aquí?

No la miró, sino que se concentró en limpiarse las manos con un trapo que se sacó del bolsillo trasero del pantalón. Meredith tuvo la opresiva sensación de que él sabía la causa de su presencia allí, lo que explicaba la repentina frialdad de su acogida. Deseó morir, con la misma convicción que deseó no haber acudido a aquel lugar. Sin duda cualquier ayuda que Matt le prestara sería forzada.

-En realidad... nada -mintió Meredith, acompañando sus palabras de una sonrisa vacía. Volvió al coche y tenía ya una mano en la palanca de cambios cuando añadió-: Salí a pasear y sin darme cuenta me metí por esta zona. Supongo que será mejor que me vaya y...

Matt levantó la mirada y ella se interrumpió. Aquella mirada parecía conocer todos los secretos de su corazón.

Matt abrió la portezuela del Porsche.

-Yo conduciré -dijo, y Meredith obedeció de inmediato. Bajó del coche para cederle el asiento del conductor y, rodeando el vehículo, se sentó a su lado. Por su parte, Matt se dirigió al tipo rollizo que permanecía junto al Porsche, observando la escena con la repulsiva fascinación de una persona más educada-. Volveré dentro de una hora.

-Diablos, Matt, ya son las tres y media -le recordó el hombre, y al sonreír dejó al descubierto una dentadura mellada-. Tómate el resto del día. Una mujer con tanta clase como esa merece pasar más de una hora contigo.

Meredith se sintió totalmente humillada y, por si fuera poco, Matt pareció furioso al arrancar el coche y ir a toda velocidad por la tortuosa carretera rural, levantando una nube de polvo.

-¿Te importaría ir más despacio? -rogó Meredith con voz temblorosa. Para su sorpresa y alivio, Matt obedeció. Tratando de romper el hielo, ella tomó la iniciativa-. Creí que trabajabas en una fundición -fue lo primero que se le ocurrió decir.

-Y así es. Pero los fines de semana me saco unos dólares como mecánico.

-¡Oh! -musitó ella, incómoda. Poco después tomaron una curva y Matt dirigió el coche al claro de un pequeño bosque. Había una vieja mesa para picnic. Al lado de una destartalada parrilla de ladrillo se veía una angosta tabla de madera caída, con la inscripción «Terreno de esparcimiento para automovilistas. Cortesía del club de Leones de Edmunton».

Matt apagó el motor y, en el silencio que siguió, Meredith miró hacia delante, sintiendo en los oídos los frenéticos latidos de su corazón. Intentaba adaptarse al hecho de que aquel extraño que estaba a su lado era la misma persona con la que había reído y hecho el amor apenas seis semanas antes. El dilema que la había llevado hasta allí pendía sobre su cabeza como una espada de Damocles, y se sentía presa de la indecisión. Trataba de reprimir el llanto. Él hizo un movimiento y Meredith dio un respingo, mirándolo fijamente. Matt bajó del coche, se acercó a la portezuela de Meredith y la abrió para que ella saliera. La muchacha miró alrededor con falso interés.

-Bonito paisaje -dijo con voz tensa-. Pero de veras, tengo que volver a casa. Se me ha hecho tarde.

Matt se apoyó en la mesa para picnic y arqueó las cejas, como quien espera algo más. Meredith pensó que deseaba una explicación verosímil de su visita. De todos modos, el incómodo silencio de Matt y su mirada fija amenazaban con destruir el precario control que ella se esforzaba en mantener. Los pensamientos que durante aquel día la habían torturado la mortificaban de forma más descarnada que nunca. Estaba embarazada y a punto de convertirse en madre soltera; su padre enloquecería de ira y dolor. ¡Estaba embarazada! Y el responsable de su angustia se hallaba sentado frente a ella. La observaba retorcerse como si no importara, con la indiferencia del científico que ve con el microscopio los frenéticos movimientos de un insecto. Súbitamente furiosa, Meredith se volvió contra su verdugo e inquirió:

-¿Estás enojado por algo, o con tu silencio pretendes demostrar tu perversidad?

-En realidad -contestó él con voz serena-, estoy esperando que tú empieces.

-Ya. -El acceso de ira de Meredith dio paso a un sentimiento de tristeza e incertidumbre. Observó a Matt, que seguía aparentemente tranquilo. Contra lo que había pensado momentos antes, decidió pedirle consejo. ¡Necesitaba hablar con alguien! Cruzó los brazos sobre el pecho, como protegiéndose de la reacción de Matt, y echó la cabeza hacia atrás, tragando con fuerza.

-En realidad, he venido por un motivo concreto.

-Lo supuse.

Ella lo miró tratando de adivinar si también habría dado por descontadas otras cosas, pero la expresión de Matt seguía siendo impasible. Meredith elevó de nuevo mirada y los ojos se le llenaron de lágrimas.

-Estoy aquí porque... -Se interrumpió, incapaz pronunciar la deshonrosa palabra.

-Porque estás embarazada -concluyó él con voz queda.

-¿Cómo lo has adivinado? -preguntó Meredith amargamente.

-Solo dos cosas podían haberte traído aquí. Esa noticia era una de ellas.

Ahogándose en su dolor, Meredith le hizo la pregunta lógica.

-¿Cuál es la otra?

-¿Mis aptitudes de bailarín?

Bromeaba, y para Meredith fue tan inesperado que pudo evitar echarse a llorar. Se cubrió la cara y sollozó amargamente. De pronto notó que las manos de Matt se posaban sobre sus hombros, y consintió en que la atrajera hacia sí en un fuerte abrazo.

-¿Cómo puedes bromear en una situación como esta? -masculló finalmente Meredith, la cabeza sobre el pecho de Matt, sintiéndose algo reconfortada con su abrazo. El joven le puso un pañuelo en la mano y, temblorosa, ella trató desesperadamente de recuperar el control-. ¡Adelante, dilo! -le espetó a Matt, secándose los ojos con el pañuelo-. Fui una estúpida al permitir que ocurriera algo así.

-Eso no voy a discutírtelo.

-Gracias -repuso Meredith con tono sarcástico. Se sonó la nariz-. Ahora me siento mucho mejor. -Pensó que Matt mostraba una calma admirable, mientras que ella no hacía más que empeorar las cosas.

-¿Estás segura de que estás embarazada?

Meredith hizo un gesto de asentimiento.

-Esta mañana fui a una clínica y me dijeron que de seis semanas. Y por si lo preguntas, también puedo asegurarte que el niño es tuyo.

-No lo dudo -respondió él sardónicamente. Los llorosos ojos verdes de Meredith lo miraron ofendidos. Era un malentendido, y Matt meneó la cabeza y añadió para aclarar el asunto-: No es la cortesía lo que me impidió preguntarte, sino un conocimiento elemental de la biología. No tengo ninguna duda de que soy el padre.

Ella esperaba recriminaciones, palabras de disgusto y enojo. El hecho de que Matt hubiera reaccionado con tanta calma, con una lógica tan fría, le resultaba increíblemente tranquilizador y a la

vez desconcertante. Clavó la mirada en el botón de la camisa azul de Matt, y le oyó lanzar con voz serena la terrible pregunta que ella se había planteado desde el principio.

-¿Qué deseas hacer?

-¡Matarme! -contestó ella con desesperación.

-¿Y como segunda alternativa?

Ella negó con la cabeza al detectar en su voz un atisbo de ironía. Arqueó las cejas, lo miró y se asombró una vez más de la fuerza indomable reflejada en aquel rostro enérgico, consolándose al percibir una sorprendente comprensión en su mirada. Meredith dio un paso atrás, pensativa, y sintió una punzada de decepción cuando él bajó enseguida los brazos. Pero aun así, le había contagiado su tranquila aceptación de los hechos y se sentía más dueña de sí misma, de sus propias ideas.

-Todas mis opciones son horribles. Los de la clínica me aconsejaron que abortara... -Esperó un instante, pensando que Matt apoyaría la propuesta sin más preámbulos. Sin embargo, advirtió que él apretaba los dientes forma casi imperceptible. Meredith ya no sabía qué pensar. Desvió la mirada y añadió con voz trémula-: No creo que pueda enfrentarme al aborto, y desde luego, no sola. Y si pudiera, después mi conciencia no me dejaría vivir. -Tragó saliva e intentó dar mayor firmeza su voz-. Podría tener el niño y entregarlo en adopción, pero ¡Dios mío, eso no resolvería nada! Para mí no. De todos modos tendría que contarle a mi padre que soy una madre soltera, y eso le rompería el corazón. Nunca me perdonaría, lo sé. Además.., no dejo de pensar en lo que sentiría mi hijo, preguntándose por que me deshice de él. Sé que pasaría el resto de mi vida mirando a los niños, preguntándome cuál de ellos es el mío y si él vaga por la vida buscando a su madre en el rostro de todas las mujeres. -Se secó otra lágrima-. No seré capaz de vivir con la duda y la culpa. -Miró el rostro inescrutable de Matt-. ¿No vas a decir nada? -imploró.

-Solo cuando oiga algo con lo que no esté de acuerdo -declaró él con tono autoritario-. Entonces te interrumpiré.

Desalentada por su voz pero consolada por sus palabras, Meredith exclamó:

-¡Dios mío! -Frotó nerviosamente las manos contra su pantalón castaño y prosiguió-: Mi padre se divorció de mi madre porque ella se acostaba con todos. Si ahora le digo que estoy embarazada, me echará a la calle. No tengo dinero, aunque heredaré algo al cumplir los treinta años. Hasta entonces, puedo intentar salir adelante con mi hijo...

-Nuestro hijo -la interrumpió Matt con firmeza.

Meredith asintió temblorosamente, aliviada por la matización de Matt.

-La última posibilidad es... Bueno, no te va a gustar. A mí tampoco me gusta. Es obscena... -Se le quebró la voz a causa de la angustia y la humillación; después hizo acopio de coraje y agregó-: Matt, si estuvieras dispuesto a ayudarme a convencer a mi padre de que nos enamoramos y hemos decidido casarnos... Al cabo de unas semanas le diríamos que estoy embarazada. Naturalmente, cuando nazca el niño, nos divorciaremos. ¿Estarías de acuerdo con una solución así?

-Con grandes reservas -respondió él, tras una larga pausa.

Humillada por la vacilación de Matt y su insultante conformidad, Meredith apartó la mirada.

-Gracias por tu galantería -ironizó-. Estoy dispuesta a poner por escrito que no te pediré nada para el niño y que te prometo el divorcio. Tengo un lápiz en la cartera. -Se dirigió al coche con la idea de escribir el documento allí mismo.

Al pasar por delante de Matt, este la agarró del brazo, obligándola a detenerse.

-¿Cómo diablos quieres que reaccione? -preguntó con acritud-. ¿ No crees que es muy poco romántico por tu parte decir que encuentras «obscena» la idea de casarnos? ¿Y de empezar a hablar de divorcio en cuanto mencionas el matrimonio?

-¿Poco romántico? -repitió Meredith mirando sus facciones duras, sin saber si echarse a reír ante su falta de tacto o abandonarse a la ira. Pero entonces resonaron en su mente las palabras de Matt y se sintió como una niña irreflexiva-. Lo siento -se disculpó mirando fijamente aquellos enigmáticos ojos grises-. Lo siento de veras. No quise decir que sea obsceno que te cases conmigo. Me refería al hecho de casarnos porque estoy embarazada. Se supone que el matrimonio es... para personas que se quieren.

Aliviada, observó que la expresión de Matt se dulcificaba.

-Si llegamos al juzgado antes de las cinco -dijo Matt, incorporándose con decisión-, sacaremos la licencia hoy mismo y nos casaremos el sábado.

La obtención de una licencia matrimonial le resultó a Meredith un acto asombrosamente sencillo y carente de sentindo. De pie al lado de Matt, facilitó la documentación necesaria para demostrar su edad y su identidad. Matt estampó su firma y ella hizo lo mismo debajo. Después salieron del viejo edificio, que se hallaba en el centro de la ciudad, y tras ellos un conserje se apresuró a cerrar las puertas. Un compromiso matrimonial. Así de sencillo, carente de toda emoción.

-Llegamos en el último minuto -comentó Meredith con una alegre y frágil sonrisa, pero sintiendo

un nudo en el estómago-. ¿Adónde vamos ahora? -preguntó ya dentro del coche, dejándolo conducir a él sin poner objeción alguna.

-Voy a llevarte a casa.

-¿A casa? -repitió ella, al advertir que Matt no parecía más feliz que ella por lo que habían hecho-. puedo ir a casa hasta después de casada.

-No me refería a tu fortaleza de Chicago -bromeó él, sentándose al volante-. Me refería a mi casa.

Cansada y perpleja, la descripción que Matt hizo de casa la hizo sonreír un poco, porque empezaba a comprender que a Matthew Farrell no lo intimidaba nada ni nadie. En ese momento Matt puso un brazo en el respaldo del asiento de Meredith y la sonrisa de la joven desapareció en cuanto él empezó a hablar.

-Accedí a sacar la licencia, pero antes de dar el paso final tenemos que llegar a un acuerdo sobre ciertas cosas.

-¿Qué cosas?

-Todavía no lo sé. Hablaremos cuando lleguemos. Casi una hora después, Matt dobló por una carretera comarcal flanqueada de prolijos maizales, y muy pronto enfiló un camino lleno de baches. El automóvil traqueteó al cruzar un puentecito de tablones que abrazaba un arroyo; luego tomó una curva, y Meredith vislumbró por primera vez el lugar que Matt llamaba su casa. En marcado contraste con los trabajados campos que se divisaban en la distancia, la pintoresca casa rural, de madera, parecía desierta. Sin duda necesitaba una buena mano de pintura. En el jardín la maleza le estaba ganando la batalla al pasto; y en el granero, que se hallaba a la izquierda de la casa, una puerta colgaba precariamente de un solo gozne. A pesar de todo, se notaba que en el pasado alguien había querido y cuidado ese lugar. Las rosas florecían en un enrejado, al lado del porche, y un viejo columpio de madera pendía de la rama de un roble gigantesco que se erguía en el patio.

Durante el camino, Matt le contó a Meredith que su madre había muerto siete años antes tras una larga lucha contra el cáncer, y que ahora vivía con su padre y con su hermana de dieciséis años. Abrumada por los nervios ante la idea de conocer a la familia de Matt, Meredith ladeó la cabeza hacia la derecha y miró a un campesino que trabajaba el campo con un tractor.

-¿Es tu padre?

Matt se inclinó para abrirle la puerta, luego siguió la mirada de ella y respondió:

-Es un campesino. Vendimos hace años casi toda la tierra que poseíamos y la que nos quedó se la arrendarnos a él. Después de la muerte de mi madre, mi padre perdió todo interés por la tierra, que tampoco era mucha.

Al subir los peldaños que conducían al porche, Matt observó que Meredith estaba muy tensa. Le puso una mano en el brazo.

-¿Ocurre algo malo?

-Estoy muerta de miedo. Tu familia...

-No hay nada que temer. Mi hermana creerá que eres excitante y sofisticada porque vienes de la gran ciudad. -Después de una pausa vacilante, añadió-: Mi padre bebe, Meredith. Empezó cuando supo que la enfermedad de mi madre era incurable. Ahora tiene un empleo fijo y nunca abusa. Te lo digo para que lo comprendas y, si fuera necesario, pases por alto algunos detalles. Hace un par de meses que no se emborracha, pero cosa puede cambiar en cualquier momento. -Matt no pedía excusas, solo exponía un hecho; y lo hacía con voz tranquila e imparcial.

-Lo comprendo -mintió Meredith, que nunca había conocido a ningún alcohólico.

No tuvo que seguir preocupándose, porque en ese momento se abrió la puerta de tela metálica y de ella salió presurosamente una muchacha esbelta, con el mismo pelo negro de Matt e idénticos ojos grises. La joven clavó la mirada en el Porsche de Meredith.

-¡Eh, Matt, es un Porsche! -Llevaba el pelo casi corto como el de su hermano, lo que destacaba aún sus bonitas facciones. Se volvió hacia Meredith y la miró con reverente asombro-. ¿ Es tuyo?

Meredith asintió, sorprendida por la inmediata simpatía que le inspiró aquella adolescente que tanto se parecía a Matt, aunque su carácter era el polo opuesto: todo lo que el tenía de reservado lo tenía ella de extrovertida.

-Debes de ser muy rica -prosiguió la muchacha ingenuamente-. Me refiero a que Laura Frederickson es muy rica, pero nunca ha tenido un Porsche.

Meredith se quedó perpleja al oír la referencia al dinero. También sintió curiosidad. ¿Quién sería Laura Frederickson? Matt parecía muy enojado por las palabras de su hermana.

-¡Basta, Julie! -le advirtió.

-Oh, lo siento -se disculpó ella, sonriéndole, y se volvió hacia Meredith-. Hola! Soy la increíblemente maleducada hermana de Matt. Me llamo Julie. ¿Vas a pasar? -Abrió la puerta-. Papá subió hace un ratito -le dijo a Matt-. Esta semana tiene el turno de las once, así que cenaremos a las siete y media. ¿Te parece bien?

-Sí, claro -respondió Matt, y colocando una mano en la espalda de Meredith, la invitó a entrar. La

joven miró alrededor mientras el corazón le latía con fuerza, esperando la inevitable llegada del padre. El interior de la casa era parecido a su aspecto exterior, con evidentes muestras de decadencia por todas partes, eclipsando el encanto de un estilo antiguo. Los suelos de madera estaban deteriorados; las alfombras, gastadas. Frente a una chimenea de ladrillo con estanterías empotradas en la pared, había un par de sillones verdes junto a un sofá tapizado con una tela estampada con dibujos, que tiempo atrás habían parecido hojas de otoño. Detrás del salón se hallaba el comedor, con muebles de arce, y más allá una puerta abierta dejaba entrever la cocina. A la derecha, una escalera conducía desde el comedor al primer piso.

Meredith vio que por la escalera bajaba un hombre muy alto y delgado, de pelo ya grisáceo y rostro ajado. En una mano llevaba un diario plegado; en la otra, un vaso que contenía un líquido de color ámbar oscuro. Por desgracia, Meredith no vio al hombre hasta el último momento, y la inquietud que la abrumaba mientras paseaba la vista por la casa aún se reflejaba en su rostro cuando clavó la mirada en el vaso que sostenía el padre de Matt.

-¿Qué pasa aquí? -preguntó el hombre al entrar en el salón. Primero miró a Meredith y a Matt y finalmente a Julie, que deambulaba en torno de la chimenea, admirando con disimulo los pantalones de Meredith, sus sandalias italianas y su camisa de safari ocre.

En respuesta a su padre, Matt hizo las presentaciones de rigor.

-Meredith y yo nos conocimos durante mi estancia en Chicago el mes pasado -informó Matt-. Nos casaremos el sábado.

-¡Qué...! -exclamó el padre.

-¡Fantástico! -gritó Julie, atrayendo la atención todos-. Siempre he querido tener una hermana mayor, pero nunca imaginé que se presentara con su propio Porsche.

-Su propio ¿qué? -inquirió Patrick Farrell a su incontenible hija.

-Porsche -repitió Julie extáticamente, y dirigiéndose a la ventana corrió la cortina para que su padre viera de qué estaba hablando. El coche de Meredith centelleaba bajo el sol, blanco, elegante y lujoso, tan fuera de lugar como la propia Meredith. Así debió de pensarlo Patrick, porque cuando su mirada se apartó del vehículo para clavarse en Meredith, frunció de tal modo su poblado entrecejo que las arrugas entre sus desvaídos ojos azules se convirtieron en profundos surcos.

-¿Chicago? -masculló-. Solo estuviste unos pocos días en Chicago.

-¡Amor a primera vista! -declaró Julie, rompiendo el tenso silencio-. ¡Qué romántico!

Patrick Farrell había reparado en la inquietud de Meredith cuando esta miraba la casa momentos antes, y la atribuyó al desdén que le inspiraba no solo la vivienda, sino también él mismo. Sin embargo, en el rostro de la joven no se reflejaba más que el miedo que le inspiraba su propio e incierto futuro.

Patrick Farrell miró a Meredith a los ojos.

-Amor a primera vista -dijo, parafraseando a su hija y estudiando a Meredith con evidente desconfianza-. ¿Eso es lo que pasó?

-Claro -intervino Matt, dispuesto a cambiar de tema. Sin esperar respuesta, rescató a Meredith preguntándole si deseaba descansar antes de la cena. Ella se habría aferrado a un clavo ardiente para escapar de aquella situación. Jamás había sufrido una humillación mayor, salvo cuando le confesó a Matt que estaba embarazada. Así pues, asintió y Julie sugirió que fuera a su propia habitación. Matt salió y sacó del coche el equipaje de Meredith.

Ya en el dormitorio, la joven se desplomó en el lecho de cuatro columnas de Julie. Matt dejó la maleta en una silla.

-Lo peor ya ha pasado -susurró.

Sin mirarlo, Meredith meneó la cabeza y se retorció las manos.

-No lo creo. Esto es solo el principio. -Eligió el menor de los problemas que vislumbraba en su horizonte-: Tu padre me ha odiado en cuanto me vio.

-Eso no hubiese sucedido si no hubieras mirado el vaso de té que llevaba en la mano como si fuera una serpiente enroscada -ironizó Matt.

Tumbada en la cama, Meredith dirigió la mirada al techo y tragó saliva, avergonzada y desconcertada.

-¿Eso hice? -preguntó con voz ronca, cerrando los ojos como para desterrar la imagen.

Matt se quedó mirando aquella desolada beldad echada sobre la cama como una flor marchita. La recordó seis semanas atrás, en el club de campo, riendo maliciosamente y haciendo todo lo posible para distraerlo. Notó los cambios producidos en la joven, y un sentimiento extraño y desconocido le atravesó el corazón. Pensó en lo absurdo de la situación actual de ambos: dos perfectos desconocidos que, no obstante, se conocían íntimamente.

En comparación con cualquier otra mujer con la que hubiese tenido relaciones sexuales, Meredith era de una inocencia evidente. Y sin embargo, estaba embarazada de su hijo.

Además, los separaba un inmenso abismo social. Un abismo que salvarían por medio del

matrimonio para luego ampliarlo con el divorcio.

No tenían nada en común, excepto una asombrosa noche de amor. Amor dulce y cálido, cuando la seductora muchacha se había convertido en sus brazos en una virgen asustada y después en un lacerante placer. Una inolvidable noche de amor que lo había perseguido desde entonces, una noche en la que fue víctima de la seducción de Meredith, para luego convertirse en persistente seductor, desesperado como nunca en su vida por crear un clima que nunca olvidarían.

Y sin duda lo había conseguido. Fruto de todo ello, se había convertido en padre.

Una esposa y un hijo no formaban parte de la vida que Matt se había trazado. Por otra parte siempre había sabido, desde que forjara sus planes hacía diez años, que tarde o temprano ocurriría algo y él tendría que adaptarse a las nuevas circunstancias. La responsabilidad hacia Meredith y el niño llegaba en un momento muy inoportuno, pero él estaba acostumbrado a cargar con grandes responsabilidades. No, aquella carga no le molestaba tanto como otras cosas, la más importante de las cuales era la ausencia de esperanza y alegría en el rostro de Meredith Bancroft. La posibilidad de que a causa de lo ocurrido seis semanas antes nunca más se iluminara aquel rostro fascinante era algo que a Matt le dolía más de lo que habría creído posible. Con este sentimiento, se inclinó hacia ella y, tomándola por los hombros, le susurró unas palabras que más que una broma, sonaron como una orden.

-¡Levanta ese ánimo, bella durmiente!

Meredith abrió los ojos y vio la sonrisa de Matt. Se sentía miserablemente confusa.

-No puedo -musitó con voz ronca-. Vamos a cometer una locura. Casándonos, solo empeoraremos las cosas, para nosotros y para el niño.

-¿Por qué dices eso?

-¿Por qué? -replicó ella, enrojeciendo de humillación-. ¿Cómo puedes preguntarme por qué? ¡Dios mío, desde aquella noche no has querido saber nada de mí! Ni siquiera me has telefoneado. ¿Cómo puedes...?

-Pensaba llamarte -interrumpió Matt. Meredith abrid desorbitadamente los ojos al oír las increíbles palabras-. Al volver de Venezuela dentro de un par de años -prosiguió él. De no haberse sentido tan mal, Meredith se habría echado a reír, pero lo que oyó a continuación la llenó de asombro-. Si hubiera tenido la más remota esperanza de que deseabas verme, te habría llamado mucho antes.

Dividida entre la incredulidad y una dolorosa esperanza, Meredith cerró los ojos, tratando inútilmente de afrontar su situación emocional. Era excesivo en todos los sentidos: demasiada desesperación, demasiado alivio, demasiada esperanza y demasiado gozo.

-¡Levanta ese ánimo! -insistió Matt, súbitamente feliz al comprender que ella sí deseaba verlo de nuevo. Después de aquella noche, Matt había dado por sentado, entre otras cosas, que a la dura luz del día Meredith vería las cosas más claras y se impondría la realidad. Él no tenía dinero ni pertenecía a la alta sociedad. Obstáculos ambos insalvables. Pero al parecer, estaba equivocado.

Meredith respiró hondo, con cierta dificultad, y hasta que la oyó hablar Matt no se dio cuenta de que intentaba valerosamente seguir su consejo: animarse. Con sonrisa trémula, la muchacha murmuró, sombría:

-¿Vas a ser un marido protestón?

-Supongo que mi papel es el opuesto.

-¿De veras?

-Bueno, son las esposas las que protestan.

-¿Qué hacen los maridos?

Matt le lanzó una fingida mirada de superioridad y respondió:

-Los maridos mandan.

En contraste con sus palabras, la sonrisa y la voz de Meredith fueron de una dulzura angelical:

-¿Qué quieres apostar?

Matt desvió la mirada de los labios de la muchacha y la clavó en sus ojos, brillantes como joyas. Hipnotizado, contestó con toda honestidad:

-Nada.

Y entonces ocurrió algo inesperado para Matt. En lugar de alegrarse, Meredith se echó a llorar. De inmediato él se sintió culpable, pero Meredith le echó los brazos al cuello y lo atrajo hacia sí, refugiándose en su brazo e invitándolo a que se tendiera a su lado en la cama. Temblorosa y entre sollozos, cuando por fin habló sus palabras eran casi ininteligibles.

-Dime. La prometida de un granjero, ¿tiene que preparar conservas de frutas y verduras?

Matt reprimió la risa y le acarició la exuberante cabellera.

-No.

-Mejor, porque no sé cómo hacerlo.

-No soy granjero -la tranquilizó Matt-. Ya lo sabes.

La verdadera causa de la tristeza de Meredith se tradujo en un profundo suspiro. Luego añadió:

-Debía empezar mis estudios universitarios el mes que viene. Tengo que ir a la universidad. Mi intención es llegar un día a la presidencia, Matt.

Atónito, Matt bajó la barbilla para observar su rostro.

-Es una meta ambiciosa -comentó--. Presidenta de Estados Unidos...

Al oírlo, la imprevisible Meredith estalló en una sonora carcajada.

-¡De Estados Unidos no, sino de unos grandes almacenes! -Tras aclarar el error, levantó sus hermosos ojos hacia él. Las lágrimas que ahora los inundaban eran de risa, no de desesperación.

-¡Gracias a Dios! -bromeó Matt, tan empeñado en complacerla que no prestó atención a las implicaciones de sus palabras-. Espero convertirme en un hombre razonablemente rico dentro de unos años, pero incluso entonces comprarte la presidencia de Estados Unidos puede estar más allá de mis medios.

-Gracias -murmuró ella.

-¿Por qué?

-Por haberme hecho reír. Desde niña que no me reía tanto. Ahora parece que no puedo parar.

-Espero que no te hayas reído de mi alusión a mi futura riqueza.

A pesar de la cómica situación, Meredith presintió que Matt hablaba en serio. Sofocó la risa. Advirtió una vez más la fuerte voluntad que irradiaba el muchacho, reflejada en su mentón y en sus inteligentes ojos grises. La vida no había sido muy generosa con él, no le había proporcionado las ventajas de que gozaban los jóvenes de la privilegiada posición social a la que ella pertenecía. Sin embargo, Matt Farrell poseía una rara especie de fortaleza combinada con una voluntad indomable de éxito. Meredith intuía algo más en relación con el hombre que la había dejado embarazada. A pesar de su actitud arbitraria y su leve cinismo, en el fondo de su corazón habitaban la sensibilidad y la dulzura, como demostraba su reacción ante los hechos. Era ella quien seis semanas atrás lo había seducido, y su embarazo y su propuesta de matrimonio suponían un desastre para ambos. A pesar de todo, Matt no le había reprochado su estupidez ni su descuido, y contrariamente a lo que esperaba, tampoco la había mandado al diablo cuando ella le pidió que se casaran.

Matt se dio cuenta de que ella lo observaba y creyó adivinar los pensamientos de Meredith. Debía de estar pensando que le resultaba imposible aceptarlo. La noche de su encuentro él parecía un hombre de éxito, pero ahora ella conocía su procedencia, lo había visto engrasar un camión, moverse en su medio... Matt recordaba con amargura la mirada traumatizada e incluso asqueada que Meredith le lanzó al verlo emerger de debajo del capó del camión. Ahora, contemplando aquel hermoso rostro, esperaba que riera burlándose de su pretensión... No, se dijo, no reiría, era demasiado bien educada para eso. Pronunciaría algunas palabras condescendientes y él comprendería enseguida, porque aquellos expresivos ojos la delatarían.

Meredith rompió el silencio. Sonriente, susurró con voz pensativa:

-Estás planeando prenderle fuego al mundo, ¿no?

-Con una antorcha -confirmó Matt.

Perplejo, Matt vio que Meredith Bancroft alzaba una mano y le acariciaba tímidamente la mejilla. Luego sonrió y sus ojos también brillaron de alegría. Suavemente, pero con absoluta convicción, musitó:

-Estoy segura de que lo conseguirás, Matt.

El joven abrió la boca para decir algo, pero no pronunció palabra alguna. El contacto de los dedos de Meredith, la proximidad de su cuerpo, la mirada de sus ojos y su actitud decidida, lo turbaron. Seis semanas atrás se había sentido irresistiblemente atraído por ella. De pronto esa atracción latente estalló con tal fuerza que lo obligó a inclinarse y a besar la boca de Meredith. Devoró su dulzura, asombrado de su urgencia y su actitud, aunque instintivamente sabía que, al menos en parte, ella sentía lo mismo que él. Y cuando Meredith le devolvió el beso, un sentimiento de triunfo se apoderó de él. Ajeno al sentido común, Matt se colocó sobre ella, loco de deseo, y casi gimió cuando momentos después Meredith lo devolvió a la realidad, apartando la boca e interponiendo las manos entre ambos cuerpos.

-Tu familia... -jadeó la joven-. Están abajo.

Matt se obligó a retirar la mano que apoyaba en e1 pecho desnudo de la chica. Su familia. Se había olvidado completamente de ella. Abajo su padre habría llegado a una conclusión acertada con respecto a un matrimonio tan repentino, pero sin duda también a conclusiones erróneas con respecto a Meredith. Tenía que bajar y aclarar las cosas, antes de que su padre se reafirmara en la idea de que la muchacha era una fulana rica, puesto que su hijo estaba encerrado en la habitación con ella en ese mismo momento. Matt se asombró de haberlo olvidado, pero lo cierto es que con Meredith no podía evitar perder el control. En realidad, deseaba poseerla en aquel mismo instante. Nunca le había sucedido nada parecido.

Inclinando la cabeza hacia atrás, suspiró, se incorporó y saltó de la cama, rechazando la tentación. Con un hombro apoyado en la cabecera de la cama, observó que ella también se incorporaba y se

quedaba sentada. Meredith lo miró con inquietud, mientras se alisaba la ropa y se cubría el pecho que él había estado besando y acariciando momentos antes.

-Quizá parezca impulsivo -dijo él-, pero estoy empezando a pensar que un matrimonio solo nominal entre nosotros es una idea muy poco práctica. Es obvio que nos une una fuerte atracción sexual... y que hemos engendrado un bebé. Tal vez deberíamos considerar la posibilidad de vivir como un verdadero matrimonio. Quién sabe. -Encogió sus anchos hombros y sonrió-. Podría gustarnos.

Meredith pensó que no se habría sentido más sorprendida si en aquel momento Matt hubiera echado a volar por la habitación. Pero después advirtió que él se había limitado a lanzar la idea como una posibilidad, sin hacer ninguna sugerencia concreta. Debatiéndose entre el resentimiento por la indiferencia de su tono y un extraño placer y agradecimiento por el hecho de que se le hubiera ocurrido la idea y la hubiera expresado, no supo que decir.

-No hay prisa -prosiguió él con una sonrisa picara, incorporándose... Tenemos unos días para pensar. Cuando salió, Meredith se quedó mirando la puerta cerrada, incrédula y agotada, presa de una turbación que le producía la personalidad de aquel hombre. Matt llegaba a conclusiones, daba órdenes, cambiaba de actitud, todo a una velocidad vertiginosa. Matthew Farrell era un individuo complejo, de múltiples facetas, y Meredith nunca sabía quién era realmente. La noche en que se conocieron, Meredith había detectado en él una gran frialdad y, al mismo tiempo, Matt rió de sus bromas, habló de sí mismo, la besó y le hizo el amor con pasión y también con exquisita ternura. Aun así, ella intuía que la dulzura con que la trataba no se correspondía necesariamente con su forma de ser, por lo que sería arriesgado subestimarlo. Asimismo, pensaba que cualquier cosa que Matt Farrell decidiera hacer de su vida, algún día se convertiría en una fuerza a tener en cuenta. Meredith se durmió pensando que, de hecho, Matt era ya una fuerza a tener en cuenta.

Cuando Meredith bajó a cenar, notó que la conversación que Matt había mantenido con su padre surtió efecto, pues Patrick Farrell parecía aceptar sin más objeciones que ambos jóvenes hubieran decidido casarse. No obstante, fue la charla incesante de Julie lo que impidió que la cena se convirtiera en un tormento para Meredith. Matt permaneció pensativo y en silencio la mayor parte del tiempo, aunque aun así su presencia dominaba la estancia e incluso la conversación. Donde él estaba, se hallaba el centro, independientemente de su actitud.

Patrick Farrell, normalmente el cabeza de familia, había abdicado en favor de su hijo. Era un hombre delgado, en cuyo rostro se leían las huellas indelebles de la tragedia y del alcohol. Cuando se planteaba una cuestión familiar, por trivial que fuese, Patrick la dejaba en manos de su hijo. Meredith sintió al mismo tiempo lástima y miedo por ese hombre; además, notaba que ella tampoco le caía muy bien.

Julie, que parecía haber aceptado su función de ama de casa y cocinera de ambos hombres, era como un cohete del Cuatro de Julio; no se le ocurría una idea que no se materializara de inmediato en un torrente de palabras entusiastas. Sentía devoción por su hermano Matt, y no le importaba evidenciarlo. Se precipitaba a la cocina para traerle café, le pedía consejo y estaba siempre pendiente de sus palabras como si fueran las del mismo Dios. Meredith, que se esforzaba por evadirse de sus propios problemas, se preguntó cómo Julie mantenía vivos su entusiasmo y su optimismo, como una muchacha aparentemente tan inteligente como ella podía renunciar por voluntad propia a una carrera para quedarse en el pueblo cuidando de su padre. Meredith daba por sentado que este era el destino de Julie. Inmersa en sus pensamientos, tardó unos segundos en darse cuenta de que la hermana de Matt Farrell le estaba hablando.

-En Chicago hay unos almacenes que se llaman Bancroft -decía Julie-. A veces veo los anuncios en *Seventeen,* pero sobre todo en *Vogue.* Tienen cosas maravillosas. Una vez Matt fue a Chicago y me trajo de allí una bufanda de seda. ¿Compras en Bancroft?

Sonriendo, Meredith hizo un gesto de asentimiento y sintió cierto orgullo ante la sola mención de los almacenes, pero no fue más explícita. No había tenido tiempo de hablarle a Matt de su relación con Bancroft, y en cuanto a Patrick, que tan negativamente había reaccionado al ver el Porsche, mejor obviarlo. Por desgracia, Julie siguió insistiendo.

-¿Esos Bancroft son parientes tuyos? Me refiero a los dueños de los almacenes.

-Sí.

-¿ Parientes cercanos?

-Muy cercanos -confesó Meredith, divertida por la excitación que percibió en los grandes ojos grises de la muchacha.

-¿Hasta qué punto? -apremió Julie, dejando el tenedor sobre la mesa y clavando la mirada en Meredith. Matt, que se disponía a llevarse la taza de café a los labios, interrumpió el movimiento y

también miró a Meredith. Frunciendo el entrecejo, Patrick Farrell la observó reclinándose en su silla.

Con un suave suspiro de derrota, Meredith reveló:

-Mi bisabuelo fue el fundador.

-¡Es increíble! ¿Sabes qué hacía mi bisabuelo?

-No, ¿qué? -preguntó Meredith, que ante el entusiasmo de Julie olvidó observar la reacción de Matt.

-Emigró de Irlanda y fundó un rancho de caballos -respondió Julie, levantándose de la mesa para recoger los platos.

Meredith sonrió y también se levantó para ayudarla. Luego dijo:

-¡El mío fue un ladrón de caballos! -Tras ellas, ambos hombres se dirigieron al salón llevando sendas tazas de café en la mano.

-¿De veras fue un ladrón de caballos? -preguntó Julie mientras llenaba la pila de agua y jabón-. ¿Estás segura?

-Muy segura -afirmó Meredith, evitando volverse para ver como se alejaba Matt-. Lo colgaron por eso.

Al cabo de un rato, Julie comentó:

-Papá hará un turno doble durante los próximos días. Yo pasaré esta noche en casa de una amiga, estudiando.

Sintiéndose interesada por los estudios de Julie, Meredith no se dio cuenta de que acababa de informarle de que pasaría la noche sola con Matt.

-¿Estudiando? ¿Es que no tienes vacaciones de verano?

-Voy a la escuela de verano. De ese modo habré concluido el bachillerato en diciembre. Exactamente dos días antes de cumplir diecisiete años.

-Eres muy joven para graduarte.

-Matt obtuvo el título a los dieciséis.

-¡Vaya! -exclamó Meredith, poniendo en duda la calidad del sistema educativo rural que permitía a todo el mundo obtener el título a edad tan temprana-. ¿Qué piensas hacer después de terminar el bachillerato?

-Iré a la universidad y me especializaré en ciencias, aunque todavía no he decidido en cuál. Probablemente biología.

-¿De veras?

Julie asintió y siguió hablando, llena de orgullo.

-Tengo una beca completa. Matt ha esperado hasta ahora para marcharse porque quería asegurarse de que yo sabría defenderme sola. Pero valió la pena, porque así él pudo obtener su máster en administración de empresas mientras yo crecía. Además, tenía que quedarse en Edmunton de todos modos trabajando, para pagar las facturas médicas de mamá.

Meredith se volvió y miró sorprendida a Julie.

-¿Qué dices que obtuvo?

-Su máster en administración de empresas. Ya sabes, un título de especialización después de la carrera universitaria -le explicó Julie-. Verás, Matt hizo una carrera con especialización doble: economía y finanzas. En nuestra familia abunda la masa encefálica. -Se interrumpió al ver la cara de asombro de Meredith y, tras un instante de vacilación, añadió-: No sabes casi nada de Matt, ¿verdad?

Solo sé cómo besa y hace el amor, pensó Meredith, avergonzada.

-No mucho -admitió con un hilo de voz.

-Bueno, no te preocupes. Casi todos creen que no es fácil conocer a Matt y vosotros solo hace un par de días que os conocéis. -A Meredith estas palabras le parecieron tan sórdidas que volvió el rostro, incapaz de mirar a Julie-. Meredith -continuó Julie, mirándola-, no hay nada de lo que tengas que avergonzarte... quiero decir que... no tiene importancia que estés embarazada.

-¿Te lo ha contado Matt? -masculló Meredith-. ¿O lo has adivinado tú sola?

-Matt se lo dijo en secreto a mi padre, pero yo tenía el oído pegado a la pared. No me sorprendió, porque lo suponía.

-Estupendo -repuso Meredith, avergonzada.

-A mÍ me gustó saberlo -convino Julie sin captar La humillada ironía en la voz de Meredith-. Me refiero a que empezaba a creer que yo era la única virgen de más de dieciséis años.

Meredith cerró los ojos, un poco mareada. Eran demasiados sobresaltos y demasiado intensos; además, detestaba que Matt se lo hubiera contado todo a su padre.

-¡Menuda sesión de chismes debéis de haber tenido! -dijo con amargura.

-¡Te equivocas! Matt le contó a papá la clase de persona que eres. -Meredith se sintió mucho mejor, y al notarlo Julie agregó con tono algo distinto-: De las doscientas muchachas de la escuela secundaria, treinta y ocho están embarazadas. En realidad -le confió a Meredith con cierto desánimo-,

yo nunca he tenido que preocuparme por ese problema. Casi todos los chicos temen darme un simple beso.

-¿Por qué? -preguntó.

-Por Matt -contestó Julie-. En Edmunton todos saben que soy hermana de Matt Farrell. Y saben muy bien lo que mi hermano les haría si quisieran propasarse conmigo. En lo que se refiere a preservar la «virtud» de una mujer -añadió con un suspiro de burla-, tener a Matt al lado es lo mismo que llevar un cinturón de castidad.

-De algún modo -comentó Meredith, incapaz de contenerse- mi experiencia personal me dice que eso no es exactamente cierto.

Las dos se echaron a reír.

Poco después se unieron a los hombres en el salón. Meredith se disponía a pasar un par de horas ante el televisor, pero Julie tomó una vez más las riendas.

-¿Qué vamos a hacer? -preguntó mirando con expectación a Matt y a Meredith-. ¿Jugamos a algo? ¿Cartas? No, esperad. Juguemos a algo realmente tonto. -Se dirigió a la biblioteca y con un dedo recorrió varios juegos-. ¡Monopoly! -exclamó.

-No cuentes conmigo -repuso Patrick-. Prefiero ver la película.

Matt no deseaba jugar a nada, y estuvo a punto de proponerle a Meredith un paseo por el parque. Pero de pronto se dio cuenta de que la joven necesitaba una tregua. Una conversación entre ambos sería, como siempre, intensa, y Meredith debía de estar saturada de emociones. Además, parecía llevarse bien con Julie y sentirse muy a gusto con ella. Así pues, asintió, fingiendo que la idea del juego le gustaba. Sin embargo, al mirar a Meredith advirtió que no sentía más entusiasmo que él por la partida. Aun así, ella sonrió y también asintió.

Dos horas más tarde, Matt tuvo que admitir que el juego había sido un éxito total, hasta el punto de que él mismo se había divertido. Con Julie como instigadora, la partida pronto se convirtió en una especie de farsa, en que las dos muchachas lo intentaron todo para ganar y, al no conseguirlo, recurrieron a las trampas. Dos veces Matt sorprendió a Julie quitándole el dinero que les había ganado, y ahora era Meredith la que esgrimía más ultrajantes razones para no pagarle las deudas.

-Esta vez no hay excusa que valga -le advirtió a Meredith cuando su ficha cayó en un terreno del que él era propietario-. Eso son mil cuatrocientos.

-No te debo nada -replicó ella con una sonrisa de satisfacción. Con un dedo, señaló los pequeños hoteles de plástico que Matt había colocado en sus terrenos y tumbó uno-. Ese hotel invade mis propiedades. Has construido sobre terrenos míos, y por lo tanto tú eres el deudor.

-Ya invadiré yo tus propiedades -amenazó él sonriendo-, si no me pagas.

Riendo, Meredith se volvió hacia Julie. Luego dijo:

-Solo tengo mil dólares. ¿Me prestas algo?

-Claro que sí -aceptó Julie, que también lo había perdido todo. Alargó el brazo, cogió varios billetes de quinientos dólares del montón de Matt y se los entregó a Meredith. Poco después, esta se declaraba derrotada. Julie fue a buscar sus libros y Meredith retiró el juego y lo dejó en su sitio. Tras ella, Patrick Farrell se levantó su asiento.

-Es hora de irme -le dijo a Matt-. ¿Has dejado camión en el garaje? -Matt hizo un gesto de asentimiento y añadió que por la mañana iría a la ciudad a buscarlo. Entonces Patrick se volvió hacia Meredith. Durante la ruidosa partida, ella había sentido la mirada fija del padre de Matt. Ahora él le sonrió, con tristeza e incertidumbre, y dijo-: Buenas noches, Meredith.

Matt también se puso de pie y le preguntó a Meredith si le gustaría dar un paseo.

-Buena idea -contestó ella.

Fuera, el aire de la noche era reconfortante y la luna dibujaba un ancho camino en el patio. Habían salido del porche cuando los alcanzó Julie, con un suéter cubriéndole los hombros y llevando libros de texto en las manos.

-Os veré por la mañana. Joelle pasará ahora a buscarme por el camino. Me voy a estudiar a su casa.

Matt se volvió, ceñudo.

-¿A las diez de la noche?

Julie se detuvo, se agarró de la barandilla del porche y en su hermoso rostro apareció una sonrisa de exasperación.

-¡Matt! -exclamó, y elevó la mirada al cielo ante la actitud obtusa de su hermano.

Matt lo comprendió.

-Saluda a Joelle de mi parte. -Julie se marchó corriendo hacia las luces parpadeantes de un coche que acababa de llegar y se había detenido al final del camino de grava. Entonces Matt le preguntó a Meredith algo que lo tenía sumido en el mayor desconcierto.

-¿Cómo sabes tanto sobre invasión de terrenos ajenos, violaciones de zona y cosas semejantes?

Meredith contempló la preciosa luna llena que pendía del cielo como un gran disco plateado.

-Mi padre siempre me ha hablado de negocios. Tuvimos varios problemas de esa índole cuando construimos una sucursal de los almacenes en una zona residencial. Por ejemplo, un constructor pavimentó una zona de aparcamiento sobre el que teníamos derechos.

Puesto que Matt había preguntado primero, ella se decidió a plantear una cuestión que había estado consumiéndola durante horas. No obstante, antes se detuvo, arrancó la hoja de una rama y se obligó a que su voz no sonara con tono acusador.

-Julie me dijo que tienes un máster en administración de empresas. ¿Porqué me dejaste creer que eres un obrero común a punto de viajar a Venezuela para probar fortuna con los pozos de petróleo?

--¿Y qué te hace pensar que un fundidor es un hombre común y un economista un hombre especial?

Meredith captó la ligera censura en las palabras de Matt y se sintió turbada. Apoyó la espalda en un árbol y miró al joven.

-¿Te parezco una esnob?

-¿Lo eres? -replicó él, metiendo las manos en los bolsillos y observando detenidamente a Meredith.

-Yo... -Vaciló, también miró a Matt y sintió la extraña tentación de decir lo que a él le gustaría oír. No obstante, finalmente admitió-: Probablemente sí lo soy.

No captó el tono sombrío de su propia voz, pero Matt sí. Una sonrisa encantadora surcó el rostro del joven, y a Meredith se le aceleró el pulso.

-Lo dudo -repuso Matt, y sus palabras causaron en Meredith un placer irracional.

-¿Por qué?

-Porque a los esnobs no les preocupa parecerlo o no. Sin embargo, y respondiendo a tu pregunta, si no te mencioné nada de mi título se debió, en parte, a que para mí no significa nada mientras no tenga una utilidad práctica. En estos momentos no tengo más que un puñado de ideas y planes que podrían no cuajar.

Julie había dicho que era difícil conocer a fondo a Matt. A Meredith ya no le resultaba difícil creerlo, aunque en ocasiones como esa se sentía en total armonía con hasta el punto de que casi podía leerle el pensamiento.

-De acuerdo, ya sé por qué no me has dicho que posees un título universitario Creo que además querías averiguar si el hecho de que fueses un obrero me importaba o no. Me pusiste aprueba. ¿Me equivoco? -inquirió con voz serena.

-Supongo que no -respondió Matt, sonriendo-. Por otra parte, es posible que esté condenado a ser un obrero durante el resto de mi vida.

-Y ahora te has pasado de las fundiciones a los pozos de petróleo -bromeó ella- porque querías un trabajo de más prestigio. ¿No es así?

Matt tuvo que esforzarse para contener su deseo de estrecharla entre sus brazos y besarla. Meredith era joven, consentida, y él estaba a punto de emprender viaje a un país extranjero donde las necesidades más elementales serían lujos. Aquel loco deseo de llevársela consigo no era más que eso, una locura. Por otra parte, Meredith era tan valerosa como dulce. Y llevaba a su hijo en las entrañas. ¡Su hijo! El hijo de ambos. Quizá la idea no fuera tan descabellada. Dirigió la mirada al cielo, tratando de librarse de aquel pensamiento y entonces sugirió algo que le ayudaría a tomar una decisión.

-Meredith -dijo-, casi todas las parejas se toman unos meses para conocerse antes de llegar al matrimonio. Nosotros tenemos un par de días antes de casarnos y menos de una semana antes de separarnos, porque yo me marcho a Venezuela. ¿Crees que podríamos condensar varios meses en unos pocos días?

-Supongo que sí -contestó ella, desconcertada por la intensidad de la voz de Matt.

-Está bien -dijo Matt, sorprendido ante la inesperada respuesta-. ¿Qué quieres saber de mí?

Reprimiendo la risa, Meredith lo miró con perplejidad. Se preguntó si Matt se referiría a cuestiones de tipo genético puesto que era el padre del niño que ella llevaba en el vientre. Con tono vacilante respondió a su pregunta con otra.

-¿Sugieres que debería interrogarte acerca de cuestiones tales como si ha habido enfermos mentales en tu familia o si estás fichado por la policía?

Ahora fue Matt el que tuvo que reprimir un acceso de risa y hablar con fingida seriedad.

-La respuesta a ambas preguntas es que no. ¿Y en tu caso?

Ella meneó la cabeza con solemnidad.

-No estoy fichada por la policía. No hay historial enfermedades mentales en mi familia.

Matt reparó en la hilaridad reflejada en los ojos de Meredith y de nuevo sintió el fuerte impulso de abrazarla.

-Es tu turno -continuó Meredith con voz alegre-. ¿Qué quieres saber?

-Una cosa -dijo Matt con franqueza, y apoyó un brazo en el árbol, por encima de la cabeza de la joven-. ¿Eres tan dulce como pareces?

-Tal vez no.

El joven se irguió sonriente, pues estaba casi seguro que ella se equivocaba.

Caminemos, antes de que olvide lo que en teoría hemos venido a hacer. En nombre de la más completa honradez -añadió de pronto-, acabo de recordar que estoy fichado por la policía. -Meredith se detuvo y Matt la miró de frente-. Me llevaron dos veces a la comisaría cuando tenía diecinueve años.

-¿A qué te dedicabas entonces?

-Peleas. Armar camorra sería una respuesta más exacta. Antes de la muerte de mi madre me convencí de que si ella estuviera atendida por los mejores médicos y los mejores hospitales, no moriría. Mi padre y yo le conseguimos todo lo mejor. Cuando el seguro dejo de pagar, vendimos el equipo de la explotación agrícola y todo lo que teníamos para pagar las facturas médicas. Pero ella murió a pesar de todo. -Matt trataba de que voz sonara neutra-. Mi padre se dio a la bebida y yo a la calle en busca de algo a que entregarme. Durante meses me metí en líos, y como no podía ponerle las manos encima a ese Dios en quien mi madre confiaba tanto, me contenté con cualquier mortal que no me volviera la espalda. En Edmunton no es difícil pelear -añadió con una sonrisa irónica, y en aquel momento se dio cuenta de que le estaba confiando a una joven de dieciocho años cosas que no le había contado a nadie, ni siquiera a sí mismo. Y la muchacha lo miraba con una callada comprensión que contradecía rotundamente su edad-. La policía intervino en dos de las peleas -concluyó Matt- y nos llevaron a todos a la comisaría. Poca cosa. Excepto en Edmunton, estos episodios no figuran en los archivos policiales.

Conmovida por la confianza que Matt había depositado en ella, Meredith comentó con dulzura:

-Debes de haberla querido mucho. -Consciente de que pisaba terreno resbaladizo, agregó-: No conocí a mi madre. Después del divorcio se fue a Italia. Supongo que tuve suerte, porque de esa manera no lamenté su ausencia durante mi adolescencia.

Matt se dio cuenta de la intención de estas palabras, y no se burló de los esfuerzos de Meredith.

-Muy amable -dijo con voz queda, y para sacudirse la tristeza, añadió con ironía-: Tengo un asombroso buen gusto para las mujeres.

Meredith rió. Después se estremeció cuando la mano de Matt, deslizándose por su espalda, se posó en su cintura y la atrajo hacia él mientras caminaban. Apenas habían dado unos pasos cuando ella preguntó espontáneamente:

-¿Has estado casado alguna vez? Quiero decir antes.

-No. ¿Y tú? -preguntó él a su vez, bromeando.

-Sabes muy bien que yo no había... no había... -Se interrumpió, incomodada por el tema.

-Sí, lo sé. Lo que no entiendo es que alguien con tu cara y tu figura pueda llegar a los dieciocho años sin haber perdido la virginidad, sin habérsela entregado a algún ricachón de escuela universitaria.

-No me gustan esa clase de chicos -replicó Meredith, y miró a Matt, perpleja-. La verdad es que hasta ahora no me había dado cuenta.

Matt se sintió halagado, porque con toda seguridad ella no iba a casarse con uno de esos. Esperó a que Meredith siguiera hablando y al ver que no lo hacía inquirió:

-¿Eso es todo? ¿No tienes más que decir?

-No es todo. La verdad es que hasta los dieciséis años apenas salía de casa, y los chicos me evitaban. Cuando empecé a salir estaba tan furiosa con ellos por haberme ignorado durante años que en general me merecían una opinión muy pobre.

Matt contempló aquel hermoso rostro, la boca tentadora, los ojos radiantes. Sonrió.

-¿Te gustaba de veras quedarte en casa?

-Digámoslo así -contestó Meredith, y agregó-: Si tenemos una hija, será mejor que de joven se parezca a ti.

La risa de Matt rompió el tranquilo silencio de la noche. La abrazó y, todavía riendo, hundió la cabeza en el pelo de la joven, sorprendido de sus sentimientos de ternura porque ella había sido una adolescente hogareña; conmovido porque se lo había confesado y aliviado porque... No quiso indagar la cuestión. Todo lo que importaba era que también ella reía y le rodeaba la cintura con los brazos.

Sonriendo, Matt le susurró al oído:

-Tengo un gusto exquisito para las mujeres.

-Hace un par de años no habrías pensado así-repuso ella.

-Soy un hombre con mucha visión -le aseguró Matt-. Lo habría adivinado ya entonces.

Una hora después estaban sentados en los peldaños del porche, frente a frente, con la espalda apoyada en las barandas opuestas. Matt se situó en el escalón superior para estirar las piernas. Por su parte, Meredith permaneció con los brazos cruzados sobre las rodillas, cerca del pecho. Ya no se esforzaban por conocerse ante la inminencia del matrimonio. En aquel momento eran una pareja más, gozando del fresco de una noche de verano y de la mutua compañía.

Echando la cabeza atrás y con los ojos medio cerrados, Meredith prestó atención al canto de un

grillo.

-¿En qué estás pensando? -le preguntó Matt con suavidad.

-En que pronto será otoño -respondió Meredith, mirándolo-. El otoño es mi estación favorita. La primavera está sobrevalorada, porque en realidad es húmeda y los árboles conservan todavía la desnudez del invierno, que me parece interminable. El verano está bien, pero es monótono. El otoño es distinto. ¿Hay algún perfume en el mundo comparable al de las hojas quemadas? -preguntó Meredith con una sonrisa cautivadora. Matt pensó que ella misma olía muchísimo mejor que las hojas quemadas, pero la dejó seguir-. El otoño es excitante. Las cosas cambian, es como la oscuridad...

-¿La oscuridad?

-Sí, el atardecer, cuando aparecen las sombras. Para mí es el momento mejor del día, porque es cambiante. De niña me gustaba sentarme en el camino de entrada de nuestra casa y observar el paso de los coches con los faros encendidos. Los viajeros tenían algo que hacer, un lugar adonde ir. Empezaba la noche... -Hizo una pausa y añadió avergonzada-: Debo de parecerte una tonta.

-Me parece que estás terriblemente sola.

-Pues no era exactamente eso. Soñaba de día. Sé que la impresión que te dio mi padre en Glenmoor fue terrible, pero no es el ogro que imaginas. Me quiere y ha dedicado su vida a protegerme y darme lo mejor. -De pronto, se esfumó el maravilloso humor de Meredith, dando paso a la cruda realidad que amenazaba con aplastarla-. En pago por todo ello, voy a volver a casa embarazada.

-Prometimos no hablar de eso esta noche -le recordó Matt.

Meredith asintió y trató de sonreír, pero era evidente que no podía controlar sus pensamientos con la facilidad con que él controlaba los suyos. De pronto, la joven imaginó a su hijo, de pie, solo, acercarse a una puerta cualquiera de Chicago, mirando el paso de los automóviles. Sin hermanos ni hermanas ni padre. Sin familia. Únicamente ella. Meredith no estaba segura de ser bastante para su hijo.

-Si el otoño es tu estación favorita, ¿qué es lo que menos te gusta? -le preguntó Matt en un intento de distraer su atención.

Se quedó pensativa un momento.

-Los montones de árboles de Navidad el día después. Hay algo muy triste en esos herniosos árboles que nadie se llevó. Son como huérfanos rechazados por el mundo. -Se detuvo, consciente de lo que estaba diciendo, y desvió la mirada.

-Ya es medianoche -observó Matt levantándose pensando que Meredith se hallaba en un estado de ánimo irredimible-. ¿Por qué no nos vamos a la cama?

Parecía dar por sentado que iban a acostarse juntos, lo cual sobresaltó a Meredith. Estaba embarazada y Matt iba a casarse con ella porque era su deber. La situación era tan sórdida que Meredith se sintió humillada como una mujerzuela.

En silencio, apagaron las luces del salón y subieron primer piso. La habitación de Matt se encontraba a la izquierda de la escalera, en el rellano; la de Julie, al final del pasillo. Entre ambas habitaciones había un cuarto baño. Al llegar a la puerta del dormitorio de Matt, Meredith tomó la iniciativa.

-Buenas noches, Matt -dijo con voz temblorosa. Pasó junto a él y le miró. Como Matt siguió inmóvil en el umbral de la puerta, Meredith se sintió aliviada y al mismo tiempo llena de pesar. Al parecer, se dijo al entrar en la habitación de Julie, las mujeres embarazadas no resultan atractivas ni siquiera para el hombre que semanas antes se había vuelto loco con una en la cama.

Apenas había cruzado el umbral de la puerta cuando la voz de Matt la detuvo.

-¿Meredith?

Ella se volvió y lo vio todavía de pie en el umbral de su habitación, apoyado en el marco de la puerta y los brazos cruzados sobre el pecho.

-¿Sabes cuál es la cosa que menos me gusta?

Aquella voz, de pronto implacable, dio a entender a Meredith que la pregunta no era retórica. Negó con la cabeza, esperando con recelo que Matt se definiera. Este no la mantuvo mucho tiempo en la duda.

-Dormir solo cuando en el fondo del pasillo hay alguien que sé muy bien que debería dormir conmigo.

Matt hubiese querido que sus palabras sonaran más como una invitación que como una enérgica observación, y su falta de tacto lo sorprendió. En el rostro de Meredith se reflejaron distintas emociones: vergüenza, incertidumbre, duda, malestar; la joven sostenía una lucha interior. Por fin, vacilante, esbozó una sonrisa y dijo con firmeza:

-Buenas noches.

Matt la vio meterse en la habitación de Julie y cerrar la puerta. Se quedó allí durante largo rato, consciente de que si la seguía e intentaba persuadirla con ternura, era muy probable que lograra convencerla. Pero por alguna razón, la idea no le gustó. De ninguna manera haría algo así. Entró en su

habitación. Sin embargo, dejó la puerta abierta, pensando que ella deseaba estar con él, y que, por lo tanto, volvería cuando ya estuviera preparada para meterse en cama.

Vestido solo con el pantalón de un pijama que tuvo e buscar en los cajones, se apoyó en el alféizar de la ventana y contempló el patio bañado por la luna. Oyó a Meredith salir del lavabo, después de la ducha, y se quedó muy quieto, tenso, escuchando. Pero los pasos sonaron más y más amortiguados, y de pronto se cerró una puerta. Meredith había tomado una decisión que lo sorprendió, enojándolo y decepcionándolo a la vez. Aquellos sentimientos no guardaban relación con el deseo no correspondido, sino con algo más general y profundo. Había deseado que ella diera muestras de estar preparada para una relación sexual, pero desde luego no estaba dispuesto a hacer nada por persuadirla. Tenía que ser decisión de Meredith, tomada libremente, sin aleccionamientos ni coacciones. Y la decisión que ella había tomado era dormir sola. Si la joven había albergado dudas acerca de lo que él quería que hiciera, Matt las había despejado al decirle que deberían acostarse juntos.

Frustrado, se apartó de la ventana, suspiró y afrontó el hecho de que quizá esperaba demasiado de una muchacha de dieciocho años. El caso es que era muy difíci1 recordar constantemente la edad de Meredith.

Apartó la sábana y se metió en la cama, mirando el techo con las manos cruzadas tras la nuca. Aquella misma noche, Meredith le había hablado de Lisa Pontini y cómo se hicieron amigas. Matt dedujo que la futura madre de su hijo no solo se encontraba como en casa en clubes de campo y en las mansiones, sino también en lugares tan humildes como la vivienda de los Pontini. Meredith era una chica normal y corriente, aunque también había en ella una inequívoca distinción, una elegancia heredada que a él le resultaba tan atractiva como su rostro fascinante y sus ojos irresistibles.

Finalmente, rendido de cansancio, cerró los ojos.

Por desgracia, ninguna de esas cualidades la impulsarían a viajar con él a Venezuela. No contribuirían en nada a que la idea de tal aventura le resultara más atractiva. A menos que, naturalmente, Meredith sintiera algo por él. Pero no era así, de lo contrario, en ese momento estaría allí, a su lado. La perspectiva de persuadir a una muchacha mimada y remisa -a una joven de dieciocho años-, de inducirla a acompañarlo teniendo en cuenta que ella carecía del coraje o de la convicción para acercársele desde el otro extremo del pasillo, no solo era repugnante, sino también inútil.

Meredith permanecía al lado de la cama de Julie, con la cabeza inclinada, dividida por ansias y recelos que no parecía ser capaz de dominar o predecir. Su embarazo aún no se apreciaba, pero le estaba causando estragos en el corazón. Una hora antes no había querido acostarse con Matt, pero ahora sí lo deseaba. El sentido común le decía que su futuro ya era aterradoramente incierto, y que rendirse a la creciente atracción que sentía por Matt no haría más que complicar la de por sí difícil situación. A sus veintiséis años, Matt era mucho mayor que ella y más experimentado en todas las dimensiones de la vida, de una vida que a ella le era completamente ajena. Seis semanas atrás, cuando lo conoció vestido de etiqueta y en un entorno familiar para ella, Matt le había parecido como los otros hombres con los que tenía amistad. Pero aquí, vestido con vaqueros y camisa, exhibía cierta tosquedad que a ella le resultaba a la vez atractiva y alarmante. Matt quería compartir la cama con ella. En lo que se refería a mujeres y sexo, estaba tan seguro de sí mismo que pudo decirle sin tapujos lo que esperaba de ella, casi exigírselo, sin pedirlo ni intentar persuadirla. Sin duda en Edmunton debía detener fama de pardillo y no era de extrañar; pero la noche en que lo conoció, Matt la hizo vibrar de pasión a pesar de que ella estaba muerta de miedo. Él sabía cómo y dónde tocarla; sabía cómo moverse y enloquecerla de deseo, y eso no lo había aprendido en los libros. Con toda seguridad, había hecho el amor cientos de veces con cientos de mujeres.

Pero aun así, Meredith se rebelaba contra la idea que el único interés que Matt sentía por ella fuera sexual. Era cierto que no volvió a llamarla después de aquella noche, pero también lo era que ella estaba tan trastornada que ni siquiera pudo pensar en la idea de que deseaba verlo de nuevo. Matt le había dicho que su intención era llamarla a su regreso de Venezuela, lo cual había sonado ridículo. Pero ahora, en el silencio de la noche, después de haberlo oído hablar de sus planes de futuro, intuía que Matt quería ser alguien cuando volviera a verla.

Pensó en todo lo que él le contó acerca de la muerte su madre; sin duda, aquel muchacho que tanto había sufrido y se había enfurecido por la desaparición de un ser querido, no podía haberse convertido en un hombre vacío o irresponsable cuyo único interés con respecto a mujeres fuera... Meredith se horrorizó ante la palabra. No, Matt no era un irresponsable. Ni una sola vez, desde que ella se presentó allí, había intentado eludir su responsabilidad. Además, basándose en cosas que Matt había dicho y en algunos comentarios de Julie, sabía que durante años él había soportado sobre sus hombros la mayor parte de la carga que suponía sacar adelante a la familia.

Si aquella noche él solo pensó en el sexo, ¿por que no había intentado convencerla de que compartieran la cama, si eso era lo que quería? Recordó la tierna mirada de los ojos de Matt cuando le preguntó si era tan dulce como él creía.

¿Porqué no intentó Matt llevársela a la cama?

De pronto, Meredith encontró la respuesta, provocándole un intenso alivio pero también un miedo extraño. Matt quería algo más que su cuerpo esa noche, no solo hacer el amor. Sin saber cómo, Meredith estaba segura de ello.

O quizá se sentía abrumada por las emociones, su estado natural en los últimos días.

Se incorporó, temblando de incertidumbre y llevándose inconscientemente una mano al vientre aún no abultado.

Se sentía asustada, confundida y locamente atraída por un hombre al que ni conocía ni parecía capaz de comprender. Empujó en silencio la puerta del cuarto de Julie; solo oía los latidos de su propio corazón desbocado. Matt había dejado la puerta abierta, lo vio al salir de la ducha. Si ya estaba dormido, volvería a su cama. El destino sería quien decidiera.

Estaba dormido. Meredith se dio cuenta desde el umbral, pues la luz de la luna se filtraba por las finas cortinas de la ventana, iluminando su rostro. El pulso de Meredith se normalizó. La joven no se retiró enseguida. La fuerza de sus sentimientos la había conducido hasta allí... Era asombroso. Por fin, consciente de que estaba de pie en el umbral del dormitorio de Matt, contemplándolo mientras dormía, se volvió para encaminarse a su habitación.

Matt no sabía qué lo había despertado o cuánto tiempo llevaría Meredith en el umbral de la puerta, pero cuando abrió los ojos vio que la joven se marchaba. Trató de detenerla con las primeras palabras aturdidas que le vinieron a la mente:

-¡No Meredith!

Ella se volvió al oír su voz, con un movimiento tan brusco que su cabellera se soltó y le cubrió un hombro. Preguntándose lo que él había querido decir, trató inútilmente de verle el rostro, por lo que se acercó con decisión a la cama.

Matt la vio acercarse y advirtió que solo llevaba puesto un corto camisón de seda, que apenas le cubría la parte superior de los muslos. Le hizo sitio en la cama y apartó las sábanas. Ella vaciló y por fin se limitó a sentarse en el borde, pero lo bastante cerca como para que caderas de ambos se tocasen. Cuando sus miradas se encontraron, en los ojos de Meredith solo se leía el mayor de los desconciertos. Fue ella la primera en romper silencio.

-No sé por qué, pero esta vez estoy más asustada que la primera-susurró con voz trémula.

Matt sonrió. Sus dedos rozaron la mejilla de Meredith y luego la nuca.

-Yo también.

Se produjo un largo silencio, ambos permanecieron móviles, salvo por la lenta caricia de los dedos de Matt la nuca de ella. Los dos presentían que estaban a punto de embarcar con rumbo a lo desconocido, aunque en caso de Matt la idea emergía con total claridad. Había deseado a Meredith desde el primer momento, y ahora ella estaba sentada en su cama en mitad de la noche.

-Creo que debo decirte -susurró Matt al tiempo que la atraía hacia sí- que el riesgo que vamos a correr podría ser mucho mayor que el de hace seis semanas. -Meredith clavó la mirada en aquellos ojos ardientes y creyó comprender el significado de sus palabras. Matt parecía advertirle: «Podrías enamorarte de mí»-. Decídete -prosiguió el joven en un susurro ronco.

Meredith vaciló, pero luego su mirada se posé en los ojos de Matt y después en su boca. Creyó que se le detenía el corazón y, poniéndose rígida, se apartó.

-Yo*...* -musitó, moviendo la cabeza y levantándose, pero no pudo seguir. Emitiendo un gemido ahogado, se abalanzó sobre Matt y le besó. Él la abrazó con fuerza y luego la tumbó de espaldas, situándose encima ella sin dejar de besarla.

Al igual que la primera vez seis semanas atrás, se desató la magia, pero en esta ocasión mucho más ardiente, y con mucho mayor sentido.

Cuando todo hubo terminado, Meredith se volvió de lado, el cuerpo flácido y empapado, saciado. Sentía el roce de las piernas y los muslos de Matt contra los suyos. Tenía sueño, mientras notaba el contacto de una mano de Matt acariciándole dulcemente un brazo para posarse finalmente en un pecho, en un gesto de ternura y posesión. El último pensamiento de Meredith antes de caer dormida fue que él deseaba hacer sentir su presencia, que pedía un derecho que ella no le había dado. Era muy propio de Matt actuar así. Meredith se durmió con una sonrisa en los labios.

-¿Has dormido bien? -preguntó Julie a la mañana siguiente. Estaba junto al banco de la cocina, untando con mantequilla las tostadas.

-Muy bien -le contestó Meredith, tratando de disimular que había pasado buena parte de la noche haciendo el amor con el hermano de la muchacha-. ¿Puedo ayudarte a preparar el desayuno?

-Oh, no. Papá hace turnos dobles esta semana. Desde las tres de la tarde hasta las siete de la mañana. Cuando llega a casa, solo quiere comer enseguida y acostarse a dormir. Ya tengo su desayuno preparado. Matt no toma nada, excepto café. ¿Quieres llevárselo tú? Suelo hacerlo yo, justo

Librodot

antes de que suene el despertador, lo que ocurre a las... -Miró el reloj de la cocina, un objeto de plástico con forma de tetera-. Dentro de diez minutos.

Feliz ante la idea de hacer algo tan doméstico como despertar a Matt llevándole el café, Meredith asintió, llenó un gran tazón y miró con gesto indeciso la azucarera.

-Lo toma sin leche y sin azúcar -informó Julie, sonriendo ante la vacilación de Meredith-. Por cierto, por la mañana es un oso gruñón, de modo que no esperes una conversación alegre.

-¿De veras? -Meredith tomó nota de ello.

-Bueno, no es que se porte mal. Sencillamente no habla.

Julie tenía razón, pero solo en parte. Cuando Meredith entró a la habitación después de haber llamado a la puerta, Matt se volvió en la cama, abrió los ojos y pareció sumido en el mayor desconcierto. Como único saludo, esbozó una sonrisita de agradecimiento, mientras se incorporaba en la cama. La joven permaneció allí, indecisa, viéndolo tomar el café con avidez, como si en ello le fuera la vida. Cuando Meredith se encaminó por a la puerta, sintiendo que su presencia era innecesaria Matt tendió el brazo y la agarró de la muñeca, obligándola a sentarse en el borde de la cama.

-¿Por qué soy el único que está exhausto esta mañana? -preguntó el joven con la voz todavía un poco ronca por el sueño.

-Soy muy madrugadora -respondió Meredith-. Tal vez por la tarde me caiga de cansancio.

Matt observó la indumentaria de la muchacha. Llevaba una camisa a cuadros de Julie, que se había anudado a la altura de la cintura, y pantalones cortos blancos, también de Julie.

-Pareces una modelo -dijo.

Era el primer piropo que le decía a excepción de las dulces palabras que le susurrara en la cama. Más que el hecho en sí, Meredith trató de recordarlo por la ternura con que había sido dicho.

Patrick llegó del trabajo, comió y se fue a la cama. Julie se marchó a las ocho y media, tras despedirse alegremente y anunciar que después de las clases iría a casa de su amiga y pasaría allí de nuevo la noche. A las nueve y media Meredith decidió llamar a su casa. Contestaría el mayordomo y ella le daría un mensaje para Philip. Sin embargo, fue Albert quien atendió la llamada y le dio un mensaje del padre. Tenía que regresar de inmediato, y más le valía que explicara su desaparición de modo convincente. Meredith le dijo a Albert que le comunicara a su padre que tenía un motivo maravilloso para no estar en casa, y que regresaría el domingo.

Después el tiempo pareció detenerse. Con cuidado para no despertar a Patrick, entró en el salón en busca de algo para leer. La biblioteca ofrecía varias alternativas, pero Meredith estaba demasiado inquieta para concentrarse en una novela. En la estantería superior, entre ejemplares de revistas y periódicos, encontró un viejo folleto sobre las diversas maneras de hacer ganchillo. Lo leyó con creciente interés, mientras en su mente aparecían imaginativas formas de patucos de bebé.

Como no tenía nada mejor que hacer, decidió intentar lo del ganchillo. Así pues, sacó el coche y se dirigió a la ciudad para comprar el material necesario. En la tienda de Jackson Sack compró una revista de hacer ganchillo, media docena de madejas de lana y una gruesa aguja de madera que, según el vendedor, era la más apropiada para los principiantes. Se disponía ya a entrar en el coche, que había estacionado frente a Tru Value Hardware, cuando se le ocurrió que quizá ella podría encargarse de la cena de aquel día. Dejó en el coche lo que acababa de comprar, volvió a cruzar la calle y entró en el supermercado. Estuvo deambulando por los pasillos durante largos minutos, asaltada por las dudas (muy justificadas) con respecto a sus habilidades de cocinera. En el mostrador de la carne removió muchos paquetes, mordiéndose el labio. La noche anterior Julie había preparado un estupendo pastel de carne picada; lo que ella hiciera no podía ser más que algo sencillo. Paseó la mirada por los paquetes de bistecs, de costillas de cerdo, de hígado de ternera; por fin su vista tropezó con salchichas y tuvo una inspiración. Con suerte, la cena de esa noche sería una nostálgica aventura en lugar una catástrofe culinaria. Sonriente, compró las salchichas y una gran bolsa de malvaviscos.

De vuelta en casa, Meredith se sentó con la aguja de ganchillo y la revista, que incluía instrucciones ilustrativas. Puso manos a la obra con diligencia. Como la aguja y la lana eran muy gruesas, le salían puntos de más de centímetro de grosor.

La mañana daba paso a la tarde cuando resurgieron preocupaciones latentes en Meredith. Se dedicó con furia al ganchillo, intentando olvidarlas. No quería pensar en pediatras, en dolores de parto, en si Matt exigiría derechos de visita, en la guardería, en lo que Matt quiso decir al referirse a un matrimonio verdadero...

A las dos de la tarde el embarazo, que hasta entonces no había dado señales de vida, se manifestó con una tensa sensación de sueño y cansancio. Meredith dejó la aguja y se enroscó casi con gratitud en el sofá, al tiempo que dirigía una mirada al reloj. Tenía tiempo de dormir un rato y luego esconder el ganchillo y prepararse para la llegada de Matt... La idea de que volviera a ella después de una dura jornada de trabajo la llenaba de deleite. De pronto recordó cómo Matt le había hecho el amor y a los pocos instantes tuvo que pensar en otra cosa, pues sintió que su cuerpo se inflamaba de deseo. Se dio cuenta de que corría el serio peligro de enamorarse del padre de su bebé. ¿Serio peligro? Sonrió.

¿Acaso podía haber algo más maravilloso? Siempre, claro está, que su amor fuera correspondido. Y Meredith sospechaba que así era.

El sonido de grava aplastada bajo las ruedas de un automóvil penetró por la ventana abierta, despertando Meredith, que miró la hora ansiosamente. Eran las cuatro y media. Se incorporó y se mesó el pelo. Estaba a punto de recoger la lana y la aguja para esconderlo todo cuando se abrió la puerta y apareció Matt. El corazón de Meredith latió de alegría.

-Hola -lo saludó con tono afable, y al hacerlo imaginó muchos días como este, en los que Matt regresaba por la tarde después del trabajo. Se preguntó si habría pensado en ella, y se reprochó por una pregunta tan tonta, Era ella quien había tenido tiempo de pensar, pues Matt se había pasado el día trabajando-. ¿ Cómo te ha ido?

Meredith estaba de pie junto al sofá y Matt se quedó mirándola. Por su mente desfilaron escenas como aquella durante años, en que él regresaba a su princesa de cabellera dorada, que le sonreía de tal modo que lo hacia sentirse todopoderoso: mataría él solo el dragón, curaría el resfriado común y hallaría la solución política al problema de la paz universal.

-Me ha ido bien -contestó Matt, sonriendo-.¿Qué has hecho tú?

Meredith había pasado la mitad del día preocupándose y la otra mitad pensando y soñando con él. Puesto que no podía decírselo, respondió: -Decidí hacer ganchillo. -Exhibió una madeja para demostrar que no mentía.

-Muy doméstico -bromeó Matt, y recorrió con su mirada la alargada obra de Meredith, que llegaba hasta debajo de la mesita de té. Asombrado, abrió los ojos desorbitadamente e inquirió-: ¿Qué te propones hacer?

-Adivínalo -dijo ella, con la esperanza de que a él se le ocurriera algo.

Matt se inclinó, cogió un extremo de la lana y retrocedió hasta que lo hubo extendido unos cuatro metros, hasta un rincón de la habitación.

-¿Una alfombra? -especuló gravemente.

Meredith se esforzó por no reír y parecer ofendida.

-Claro que no.

Con discreción, Matt se acercó a ella y su rostro adquirió una expresión adusta.

-Dame una pista -dijo con tono afable.

-No tendrías que necesitar ninguna pista, porque lo que estoy haciendo salta a la vista. -Volvió a reprimir la risa y luego anunció-: Añadiré unos puntos de lana a lo que ya he hecho, para que sea más ancho. Después lo almidonaré e invadiré tu terreno, como en el monopoly.

Matt se echó a reír y la rodeó con sus brazos.

-He comprado algo para cenar -musitó Meredith, retirando la cabeza sin desprenderse de sus brazos. Matt tenía la intención de llevarla a cenar a un restaurante. Sonrió, sorprendido.

-Creí que habías dicho que no sabías cocinar.

-Lo entenderás cuando veas qué he comprado -afirmó Meredith, conduciendo a Matt a la cocina.

Meredith sacó las salchichas y el pan.

-¡Qué lista! -exclamó él sin dejar de sonreír-. imaginaste el modo de hacerme cocinar.

-Créeme -replicó ella con cómica seriedad-, es más seguro de ese modo.

Hacía apenas diez minutos que estaba en casa, y era segunda vez que él sentía como si su vida se iluminara con una oleada de luz y alegría.

Meredith sacó una manta y la comida, y él preparó fuego. Pasaron la tarde fuera, devorando con alegría perritos calientes demasiado asados. Hablaron de diversos temas, desde la cuestión de Sudamérica hasta la insólita carencia de síntomas de embarazo en Meredith, pasando por el grado apropiado de cocción de las salchichas. Terminaron de comer cuando moría el crepúsculo. Meredith recogió los platos y entró en la cocina para lavarlos. Durante su ausencia, Matt juntó un montón de hojas y las arrojó al fuego.

Cuando Meredith volvió a salir, percibió el olor acre de las hojas quemadas: era el aroma del otoño, su estación preferida, según comentó a Mart. Este estaba sentado en la manta, impertérrito, como si no fuera nada extraño que agosto oliera a octubre, como si la quema de hojas fuera una ocupación estival. La joven se sentó frente a él, sobre la manta, con los ojos brillantes.

-Gracias, Matt -dijo con sencillez.

-De nada -replicó él, y su voz sonó ronca incluso a sus propios oídos. Le tendió una mano y tuvo que reprimir su deseo cuando ella, en lugar de sentarse a su lado, lo hizo entre sus piernas y apoyó la cabeza en su pecho. El deseo dio paso a una sensación de deleite cuando la joven susurró, emocionada:

-Ha sido la mejor tarde de mi vida, Matt.

Él le rodeó la cintura con un brazo y sus dedos acariciaron con gesto protector aquel vientre liso en el que empezaba a gestarse el hijo de ambos. Intentó no parecer tan conmovido como realmente estaba. Con la otra mano le acarició el pelo y, despejando la nuca, la besó con cariño.

-¿Y qué me dices de anoche?

Ella ladeó la cabeza para que Matt pudiera besarla en la boca y añadió:

-Ha sido la segunda mejor noche de mi vida.

Matt sonrió con los labios apretados contra la piel de Meredith y le pellizcó una oreja. Todo su cuerpo estaba encendido de pasión, una pasión que recorría sus venas como un fuego incontenible. Posó sus labios en los de ella y Meredith se mostró receptiva. Al principio le besó tiernamente, pero luego tomó la iniciativa. Matt perdió el control. Su mano se deslizó por debajo de la camisa de Meredith y apresó un pecho palpitante. Ella gimió de placer. Con mucha suavidad la tumbó sobre la manta, la cubrió en parte con su cuerpo, le levantó la cabeza y volvió besarla. Se sentía en total armonía con ella. Por un momento Matt se quedé inmóvil, perplejo ante la intensidad de su propio deseo. Quizá por ello no advirtió que la fugaz vacilación de Meredith se debía más bien a la inexperiencia y la incertidumbre, pues no estaba segura de sí misma y de cómo devolver sus caricias. Por otro lado, Matt pensó que no le importaba, pues nada podía frenar la pasión que sentía por ella. Le quitó la ropa con lentitud, temblándole las manos, y la estuvo besando hasta que ella se retorció mientras acariciaba con frenesí su ardiente piel. Las caricias y los gemidos de Meredith enloquecían aún más a Matt, que profería cálidas palabras de placer. Ella hizo lo propio hasta que de pronto soltó un alarido y su cuerpo se arqueó al alcanzar el orgasmo.

Después Matt la abrazó bajo la manta y observó el cielo tachonado de estrellas, aspirando la nostálgica fragancia de un otoño temprano. En el pasado, el sexo había sido para él un simple intercambio de placer. Con Meredith, era un acto de arrebatadora belleza, exquisita y torturante, mágica belleza. Por primera vez en su vida Matt se sentía plenamente satisfecho y en paz consigo mismo y con el mundo. Su futuro se presentaba más complicado que nunca, y sin embargo nunca se había sentido más seguro de que conseguiría moldearlo a gusto de ambos, el suyo y el de Meredith. Es decir, si ella le daba la oportunidad... y el tiempo.

Necesitaba más tiempo para robustecer lo que todavía era un vínculo frágil que, por otra parte, se hacía más fuerte con cada hora que pasaban juntos. Si la convencía de que lo acompañara a Venezuela, entonces si tendría tiempo para fortalecer los lazos y el matrimonio perduraría. Al día siguiente llamaría a Jonathan Sommers y trataría de averiguar las condiciones de vida en su zona de trabajo, sobre todo en cuanto a la vivienda y los cuidados médicos. Para él no tenía importancia, pero Meredith y el niño eran otra historia.

Si pudiera llevársela... Ese era el problema. No podía renunciar al trabajo de Venezuela. Por una parte, había firmado un contrato; por otra, necesitaba los ciento cincuenta mil dólares que iba a ganar para capitalizar su próxima inversión. Como los cimientos de un rascacielos, aquella suma era la base de su gran plan de futuro. Por supuesto, no era tanto como hubiera de deseado, pero bastaría.

Acostado junto a Meredith, pensó en olvidarse de Venezuela y quedarse con ella, pero era imposible. La joven estaba acostumbrada a todo lo mejor. Tenía derecho a ello y él no deseaba quitárselo. Y la única esperaza de que él se lo proporcionara algún día pasaba por viajar a Venezuela.

La idea de dejarla y luego perderla ante la posibildad de que ella se cansara de esperar o dejara de tener fe en su éxito, en otras circunstancias lo habría vuelto loco. Pero tenía a su favor una carta: Meredith llevaba en su seno al hijo de ambos. El niño le daría una fuerte razón para confiar en el padre y esperarlo.

El mismo embarazo que para Meredith había supuesto una calamidad, a Matt le parecía un regalo inesperado del destino. Al dejarla en Chicago se marchó pensando en que pasarían al menos dos años antes de su regreso, cuando podrían celebrarlo a lo grande... siempre que entretanto no se la hubiera llevado otro. Meredith era una joven hermosa y cautivadora, lo que significaba que mientras él estuviera ausente cientos de jóvenes pretenderían su mano. Y tal vez uno de ellos la consiguiera. Matt había sido muy consciente de ello durante aquella primera noche de amor.

Pero el destino había intervenido en su favor y le entregaba el mundo. El hecho de que la suerte nunca se hubiera aliado con la familia Farrell era algo que no iba a hundir a Matt en la desesperanza. En ese momento estaba dispuesto a creer en Dios, en el destino y en la bondad universal, gracias a Meredith y el niño.

Lo único que le costaba era creer que aquella joven y sofisticada heredera que había conocido en un club de campo, aquella rubia fascinante que bebía cócteles de champán y se desenvolvía con tanta elegancia, estaba ahora tendida a su lado, dormida en sus brazos, y con un hijo suyo, de Matt Farrell, en el refugio de su vientre.

Sí; allí estaba su hijo.

Matt paseó los dedos por el abdomen de Meredith y sonrió, pensando que ella no tenía idea de los sentimientos que a él le inspiraba el embarazo y el futuro hijo de ambos. Meredith tampoco sabía cómo se sentía hacia ella por no haberse desembarazado del hijo ni del padre. Cuando la joven se presentó en Edmunton, entre alternativas que con gran repugnancia le había enumerado a Matt, figuraba el abortoo. Él había sentido náuseas ante la sola mención de la palabra.

Quería hablarle a Meredith del niño, decirle lo que sentía con respecto a todo el asunto, pero por una parte se veía como un egoísta por ser tan feliz a causa de algo que a ella la hacía tan desgraciada; y por la otra, Meredith vivía en el temor del enfrentamiento con su padre, cualquier mención a su estado le traía el recuerdo de lo que la esperaba...

El enfrentamiento con su padre... La sonrisa de Matt se desvaneció. Se dijo que era un hijo de puta que, embargo, había engendrado una hija asombrosa. Al menos en este sentido Matt le estaba inmensamente agradecido, hasta el punto de que estaba dispuesto acompañar a Meredith a Chicago y hacer todo lo posible para lograr que el encuentro entre padre e hija fuera más fácil. De algún modo, pensó Matt, debía recordar en todo momento que Meredith era la única descendiente de Philip Bancroft, y que por razones que la muchacha sabría, ese cretino arrogante contaba con el amor de su hija.

10

-¿Dónde está Meredith? -preguntó Matt a su hermana al día siguiente, al volver del trabajo.

Julie estaba sentada a la mesa del comedor, haciendo los deberes. Levantó la cabeza.

-Ha salido a dar un paseo a caballo. Pensaba volver antes que tú, pero llegas dos horas antes de lo habitual -dijo y añadió con una sonrisa maliciosa-: Me pregunto qué hay aquí para atraerla.

-Mocosa -le espetó su hermano, dirigiéndose a la puerta trasera. Al pasar junto a Julie le revolvió el pelo.

Meredith le había comentado a Matt que le gustaba mucho la equitación. Aquella misma mañana Matt llamó al vecino, Dale, que enseguida accedió a que Meredith montara uno de sus caballos.

Ya en el exterior, Matt atravesó el patio y la antigua huerta de su madre, ahora invadida por la maleza. Miró a lo lejos, buscando a Meredith. A medio camino de lac erca la vio y se sintió asustado. El caballo castaño ni siquiera iba al trote y Meredith estaba muy inclinada sobre el cuello del animal, avanzando hacia la cerca. Al aproximarse, Matt se dio cuenta de que la joven tenia intención de dar la vuelta y dirigirse hacia el granero. Matt se encaminó hacia allí y al acercarse se tranquilizó. Meredith Bancroft cabalgaba como la aristócrata que era: ligera, segura y elegante en la montura, con absoluto control del caballo.

-¡Hola! -exclamó a verlo. Tenía el rostro arrebolado y brillante de sudor. Detuvo el caballo en el patio del granero, junto a un fardo de paja podrido-. Tengo que calmarlo -comentó, mientras Matt tomaba las riendas, pero por desgracia, el joven pisó accidentalmente los dientes de un viejo rastrillo en el preciso momento en que Meredith desmontaba. El mango del rastrillo se irguió con fuerza y golpeó el morro del caballo que, asustado, relinchó y se alzó en las patas traseras. Matt soltó las riendas e intentó inútilmente agarrar a Meredith, que cayó sobre el fardo de paja, atenuando el impacto.

-¡Maldita sea! -exclamó Matt, agachándose y asiendo a Meredith por los hombros-. ¿Estás herida?

-¿Que si estoy herida? -repitió con una cómica mirada de aturdimiento mientras se ponía de pie-. Mi orgullo está peor que herido, está acabado...

Matt la miró con preocupación.

-¿Y el niño?

Meredith se estaba sacudiendo la paja y el polvo de pantalones, unos vaqueros de Julie, y al oír a Matt estuvo a punto de echarse a reír.

-Matt -le informó con aire de superioridad y llevándose las manos al trasero, donde había recibido el golpe-, *aquí no* está el niño.

Aliviado, Matt fingió estar perplejo e inquirió:

-Ah. ¿No está ahí?

Durante unos minutos, Meredith permaneció sentada, observando cómo Matt tranquilizaba al caballo. De pronto se acordó de algo y comentó:

-Hoy he terminado tu suéter.

El joven desvió la atención del caballo y clavó en ella una mirada dubitativa.

-No me digas que has convertido aquella especie de cuerda en un suéter. ¿Un suéter para mí?

-Oh, Matt -musitó Meredith, tratando de no reír-. Lo que viste solo eran pruebas. El suéter lo he hecho hoy. En realidad es un chaleco. ¿Quieres verlo? Matt aceptó, pero parecía tan incómodo que ella tuvo que morderse un labio para no reír. Cuando momentos más tarde salió de la casa, llevaba consigo un voluminoso chaleco beige, con la aguja clavada en él, y una madeja de lana del mismo color.

Matt salía del granero y se encontraron al lado del fardo de paja.

-Aquí está -dijo Meredith con aire triunfal, exhibiendo la prenda-. ¿Qué te parece?

Matt contempló las manos de Meredith sin disimular sus temores, luego alzó por un instante la mirada y observó su rostro inocente. Estaba asombrado. No esperaba algo así de Meredith, que se sintió un poco incómoda.

-Es admirable -admitió Matt-. ¿Crees que me quedará bien?

Meredith estaba segura de ello. En realidad había tomado las medidas de otros suéteres de Matt, para asegurarse de que le iría bien. Cuando volvió a casa desde la tienda, no se olvidó de quitar hasta la última etiqueta.

-Creo que sí.

-Voy a probármelo.

-¿Aquí mismo? -preguntó ella, y cuando Matt asintió con la cabeza, la joven desprendió la aguja, sintiéndose algo culpable.

Con sumo cuidado, Matt se puso el suéter sobre su camisa rayada, lo alisó y arregló el cuello.

-¿Qué aspecto tengo? -preguntó, llevándose una mano a las caderas y separando un poco las piernas.

Tenía un aspecto espléndido, los hombros anchos, las estrechas caderas, la belleza un tanto dura de sus facciones.

-Me gusta mucho, sobre todo porque lo has hecho para mí.

-Matt -susurró ella, incómoda y dispuesta a confesar.

-¿Sí...?

-En cuanto al suéter...

-No, querida -le interrumpió Matt-. No te excuses por no haberme podido tejer otros. Ya lo harás mañana.

Meredith se sintió complacida al oírle pronunciar la palabra «querida». De pronto vio la mirada divertida de sus ojos brillantes. Con fingido gesto amenazador, recogió un palo del suelo y se encaminó a Meredith, que retrocedió riéndose a carcajadas.

-¡No te atrevas! -exclamó mientras corría entre fardos de paja hacia el granero. Tropezó con la pared del edificio y se tambaleó hacia delante, pero él la agarró de la muñeca y, atrayéndola hacia sí, la abrazó con fuerza.

Con las mejillas encendidas y los ojos chispeantes de risa, ella clavó la mirada en el rostro de Matt.

-Ahora que me has alcanzado -bromeó-, ¿qué vas a hacer conmigo?

-He ahí la cuestión -respondió el joven con voz ronca, e inclinó la cabeza y le dio un beso lento y sensual. Meredith olvidó que podían verlos desde la casa y que estaban a plena luz del día. Le puso una mano en la nuca, se apretó más contra él y respondió a sus caricias. Cuando por fin Matt levantó la cabeza, ambos respiraban agitadamente, Meredith sintiendo la firme excitación de él.

Matt respiró hondo y se dijo que era el momento apropiado para sugerirle que lo acompañara a Venezuela. Dudó sobre cómo abordar la cuestión, y puesto que temía que Meredith no quisiera acompañarlo decidió recurrir a una forma de coacción.

-Creo que ha llegado la hora de que hablemos -dijo, incorporándose y mirándola fijamente-. Cuando acepté casarme contigo, declaré que tal vez pondría algunas condiciones previas. No estaba seguro de cuáles serían, pero ahora ya lo sé.

-¿Y bien?

-Quiero que te reúnas conmigo en Venezuela- anunció esperando la respuesta, anhelante.

Perpleja, Meredith se sintió feliz y al mismo tiempo un tanto exasperada por el tono dictatorial de Matt.

-Quisiera saber algo -dijo ella-. ¿Me estás diciendo que no te casarás conmigo si no acepto esa condición?

-Preferiría que fueras tú quien contestara primero -replicó Matt.

Meredith tardó unos segundos en comprender que Matt, después de presionarla con la amenaza implícita de no casarse, intentaba descubrir si ella daría su conformidad sin necesidad de recurrir a coacción alguna. Pensando que se trataba de un modo innecesario y arbitrario de conseguir su objetivo, Meredith fingió meditar el asunto. Luego inquirió:

-¿Tú quieres que viaje contigo a Venezuela?

Matt asintió.

-Hoy he hablado con Sommers. Me ha informado de que la vivienda y los servicios médicos son aceptables. Sin embargo, para mayor seguridad quiero verlo con mis propios ojos. Si de veras son aceptables, quiero que te reúnas allí conmigo.

-No creo que la oferta sea muy justa -repuso Meredith con inusitada seriedad.

El joven se puso un tanto rígido.

-Por el momento, es la mejor que puedo hacerte -dijo.

-No lo estás haciendo muy bien -le contestó Meredith, dirigiéndose a la casa para ocultar su sonrisa-. Yo consigo un marido, un hijo, una casa propia, más la excitación de ir a Sudamérica. En cambio, tú recibes una esposa que probablemente cocerá tus camisas, almidonará tu comida, colocará mal tus...

Meredith dio un grito de sorpresa cuando Matt apoyó una mano en su espalda y, al volverse,

chocó con el cuerpo del joven. Matt no reía. La miraba con expresión indescifrable, atrayéndola hacia sí.

Desde la ventana de la cocina, Julie vio cómo Matt besaba a Meredith. Al apartarse la joven, él permaneció en su sitio, con las manos en las caderas, mirándola y sonriendo.

-Papá -dijo Julie, sonriendo de asombro y alegría-, Matt se está enamorando.

-Que Dios lo ayude si es así.

Sorprendida, Julie se volvió y preguntó:

-¿No te gusta Meredith?

-Recuerdo cómo miraba esta casa la primera vez que entró en ella. Por encima del hombro. A la casa y a sus habitantes.

Julie bajó la mirada y meneó la cabeza.

-Ese día estaba asustada.

-Quien debería estar asustado es Matt. Si no llega tan lejos como pretende, esa chica acabará dejándolo por algún ricachón y él se quedará sin nada, incluso sin derecho de visitar a su hijo, mi nieto.

-No lo creo.

-No tiene una posibilidad entre un millón de ser feliz con ella -sentenció Patrick con voz fría-. ¿Sabes qué supone para un hombre estar casado con una mujer que ama y a la que quiere darle todo lo mejor, o al menos mejorar lo que ella tenía antes del matrimonio, y poder hacerlo? ¿Sabes cómo se siente uno al mirarse espejo por las mañanas y ver la cara de alguien que está fallando, que es un fracasado?

-Estás pensando en mamá -repuso Julie, clavando la mirada en el rostro macilento de su padre-. Mama nunca pensó que eras un fracasado. A Matt y a mí nos dijo cientos de veces que la habías hecho muy feliz.

-Hubiera preferido no hacerla tan feliz y tenerla aún a mi lado -replicó Patrick con amargura, y se volvió dispuesto a salir. A Julie no se le pasó por alto la falsedad de su razonamiento, como tampoco sus indicios de depresión. El doble turno de aquella semana estaba minando a su padre. Julie lo sabía, al igual que sabía que pronto, quizá al día siguiente, se emborracharía hasta quedar inconsciente.

-Mamá vivió cinco años más de lo que le habían pronosticado los médicos -le recordó Julie a su padre-. Y si Matt quiere que Meredith se quede a su lado, encontrará el modo. Es como mamá. Es un luchador.

Patrick Farrell se volvió hacia su hija con una triste sonrisa en los labios.

-¿Tratas de recordarme que no debo caer en la tentación?

-No -le contestó Julie-. Es mi modo de rogarte que dejes de echarte la culpa por no haber podido hacer más. Mamá luchó con valentía, y también tú y Matt. Y hasta este verano no habéis acabado de pagar las facturas de los médicos. ¿No crees sinceramente que ha llegado el momento de olvidar?

Patrick Parrell se adelantó y alzó la barbilla de su hija, obligándola a mirarlo.

-Hay personas que sienten amor en sus corazones, Julie. Y a algunos nos llega hasta lo más profundo del alma. Somos los que no podemos olvidar. -Apartó la mano de Julie, miró por la ventana y se le ensombreció el rostro-. Por Matt, espero de todo corazón que él no sea uno de esos. Tiene grandes planes de futuro, lo que implica sacrificios, grandes sacrificios. Y no creo que esa chica haya hecho un solo sacrificio en toda su vida. No tendrá el valor para permanecer al lado de mi hijo y lo dejará plantado tan pronto como las cosas se pongan mal.

Erguida en el umbral, Meredith se había quedado inmóvil al oír las palabras de Patrick Farrell, cuando él se volvió, se encontraron frente a frente, y el hombre no pudo más que sentirse un tanto avergonzado. Sin embargo, se mantuvo firme.

-Lo siento, Meredith. Pero no he dicho más que lo que pienso.

Patrick advirtió el enojo de Meredith, que no obstante lo miró sin pestañear. Cuando habló, lo hizo con serena dignidad.

-Espero, señor Farrell, que cuando llegue el día usted admita su error con la misma rapidez con que ahora se ha apresurado a condenarme.

Sin añadir más, se dirigió a la escalera. En silencio y asombrado, Patrick la siguió con la mirada.

-Le has dado un susto de muerte, papá -dijo Julie-. Entiendo a qué te refieres cuando afirmas que Meredith no es valiente -agregó para tranquilizar a su padre.

Patrick le hizo un guiño, pero cuando se disponía a salir de la casa se detuvo y dirigió la mirada hacia la escalera. En aquel momento Meredith bajaba, con un suéter en la mano. La joven vaciló en lo alto y pareció querer volver sobre sus pasos.

Sin albergar muchas esperanzas de que así fuese, Patrick Farrell la detuvo diciendo:

-Meredith, si algún día me demuestras que estoy equivocado, me harás un hombre muy feliz.

Le estaba ofreciendo una tregua, y así lo entendió ella, que asintió con la cabeza.

-Llevas a mi nieto en tu vientre -añadió el señor Farrell-. Me gustaría verlo crecer al lado de sus padres. De dos padres que estén todavía casados cuando él termine sus estudios universitarios.

-También a mí me gustaría, señor Farrell.

Las palabras de Meredith casi arrancaron una sonrisa al entristecido padre de Matt y Julie.

11

Meredith observaba cómo los rayos de sol se reflejaban contra el anillo de oro que Matt le había puesto en el dedo durante la sencilla ceremonia matrimonial llevada a cabo por un juez de la localidad, y de la que Julie y Patrick Farrell fueron únicos testigos. Comparada con las lujosas bodas religiosas a las que Meredith solía asistir, la suya había sido no solo breve, sino también parecida a una transacción comercial. En cambio, la luna de miel que celebraron en la cama de Matt fue todo menos una transacción. Con la casa para ellos solos, su marido la había mantenido despierta hasta el alba, haciéndole repetidamente el amor. Meredith sospechaba que Matt se había superado a sí mismo para hacerla olvidar que no podía ofrecerle una luna de miel convencional.

Pensaba en ello mientras frotaba ociosamente el anillo contra la tela del vestido que Julie le había prestado. En la cama Matt no parecía necesitar que ella le devolviese todas sus caricias. A veces, cuando él le estaba haciendo el amor, ella suspiraba por corresponder al placer que recibía, pero no se decidía a tomar la iniciativa y esperaba a que su marido le demostrara que deseaba que lo hiciera. A. Meredith le molestaba la idea de recibir más de lo que daba. Sin embargo, cuando Matt la poseía, se olvidaba de este detalle. En realidad, se olvidaba del mundo entero.

Esa mañana, todavía medio dormida, él dejó la bandeja del desayuno sobre la mesita de noche y se sentó a su lado. Meredith sabía que durante el resto de su vida recordaría el juvenil encanto de la sonrisa de Matt al inclinarse sobre ella y murmurarle al oído:

-Despierta, bella durmiente, y dale un beso a este sapo.

Al mirarlo, no vio rasgos de niño en aquella mandíbula cuadrada y firme. Sin embargo, en otras ocasiones, cuando reía o cuando dormía con el pelo negro ensortijado, los rasgos de su rostro, más que duros, eran tiernos. ¡Y sus pestañas! La mañana anterior, se había fijado en ellas mientras Matt dormía. Meredith sintió el absurdo impulso de arroparlo, porque parecía un niño dormido.

Matt la sorprendió en pleno examen y bromeó:

-¿He olvidado afeitarme esta mañana?

Meredith se echó a reír al comprobar lo lejos que estaba su marido de sus verdaderos pensamientos.

-En realidad, estaba pensando que tienes unos párpados por los que cualquier chica suspiraría.

-Ten cuidado -le advirtió Matt con fingido tono amenazador-. A un chico de la escuela primaria le di una buena tunda por decirme que tenía pestañas de mujer.

Meredith volvió a reír. No obstante, a medida que se acercaban a su casa, es decir, a medida que se aproximaba el enfrentamiento con su padre, empezó a desaparecer el estado de ánimo alegre que ambos habían intentado mantener. Matt tenía que viajar a Venezuela dentro dos días, por lo que pronto dejarían de estar juntos. Y aunque el joven había aceptado no hablarle a Philip del embarazo, personalmente se oponía a ese silencio.

A ella tampoco le gustaba la idea de ocultar el asunto. Se sentía aún más culpable por el hecho de ser una novia embarazada. Quería aprender a cocinar mientras esperaba que Matt la llamase para que se reuniera con él en Venezuela. En los últimos días la idea de ser una verdadera esposa, con un marido y una vivienda propia, la había entusiasmado, a pesar de la desalentadora descripción que Matt le hizo de lo que probablemente sería la casa.

-Hemos llegado -anunció Meredith poco después, y se internaron en el camino de entrada-. Hogar, dulce hogar.

-Si tu padre te quiere tanto como tú crees -comentó Matt para infundirle ánimos mientras la ayudaba salir del coche-, una vez que haya asimilado el trauma intentará arreglar el asunto de la mejor manera posible. -Meredith se dijo que ojalá su marido estuviera en lo cierto, porque de lo contrario tendría que vivir con los Farrell mientras esperaba la llamada de Matt. Y lo cierto es que tal perspectiva no le gustaba, debido a la hostilidad de Patrick.

-Vamos allá -dijo la joven, exhalando un hondo suspiro mientras subían por la escalinata de la puerta principal. Puesto que había llamado aquella mañana y le había comunicado a Albert que llegaría a primera hora de la tarde, daba por sentado que su padre estaría esperándola. No se equivocó. Apenas se abrió la puerta, Philip salió del salón con aspecto de no haber dormido en toda una semana.

-¿Dónde diablos has estado? -vociferó, dispuesto a agarrarla por los hombros. Sin advertir la presencia de Matt, que se quedó unos pasos atrás, prosiguió con voz iracunda-: ¿Estás intentando

volverme loco, Meredith?

-Cálmate un momento y te lo explicaré todo -rogó Meredith, y señaló a Matt con la mano.

Entonces Philip vio al hombre que acompañaba a su hija.

-¡Hijo de puta! -exclamó.

-No es lo que tú piensas -sollozó Meredith-. Estamos casados.

-Estáis ¿qué?

-Casados -repitió Matt con voz serena y firme.

Philip no tardó más de tres segundos en deducir la única razón por la que su hija había podido casarse precipitadamente con un desconocido: estaba embarazada.

-¡Oh Dios!

La mirada abatida de sus ojos y la ira impregnada de angustia de su voz hirieron más a Meredith que cualquier cosa que él pudiera decir. Sin embargo, de pronto la joven advirtió que eso no era más que el principio. La rabia se impuso en el rostro de Philip Bancroft. Ni angustia ni pena, solo furor. Giró sobre sus talones al tiempo que les ordenaba que entraran con él en el estudio. Cuando lo hicieron, cerró dando tal portazo que temblaron las paredes.

Ignorando a Meredith, empezó a deambular por la habitación como un león enjaulado, lanzándole de vez en cuando una mirada de intenso odio a Matt. Tras un largo y angustioso momento, empezó a hablar, acusando al joven de asalto, violación y otras atrocidades. Como Matt lo escuchaba en silencio, la cólera de Bancroft crecía.

Matt y Meredith estaban sentados juntos, en el sofá que hicieron el amor. Temblorosa y avergonzada, ella se sentía tan tensa y tan exhausta, que tardó en darse cuenta de que a su padre no le indignaba tanto el hecho de que ella estuviese embarazada cuanto que el responsable de ello fuera un individuo «ambicioso, un degenerado de clase baja», que pretendía ingresar con un matrimonio de esa índole en el círculo de los elegidos.

Cuando Philip enmudeció por fin, se dejó caer pesadamente en la silla de su escritorio. Se produjo un silencio ominoso. Philip tenía la mirada clavada en Matt, y con el cortapapeles daba golpecitos contra la mesa.

Meredith, con la garganta ardiente por las lágrimas que no había derramado, comprendió que Matt se había equivocado. Philip no se adaptaría a la situación ni la aceptaría. Sin duda se comportaría con ella como años atrás había hecho con su mujer. La desterraría de su vida. A pesar de todos los desacuerdos existentes entre ambos, a Meredith la destrozaba esta idea. Matt era todavía un extraño, y en adelante su propio padre iba a convertirse en otro extraño. Era inútil intentar la defensa de Matt, pues cuando ella trataba de hablar, su padre hacía oídos sordos o se ponía aún más furioso, Meredith se puso de pie y, con toda la dignidad de que fue capaz, se dirigió a Philip.

-Mi intención era quedarme aquí hasta el día de mi viaje a Venezuela. Obviamente eso es imposible. Me voy arriba a recoger algunas cosas.

Se volvió hacia Matt para sugerirle que la esperara en el coche, pero su padre dijo con voz muy tensa:

-Meredith, esta es tu casa y de aquí no sales. Además, Farrell y yo debemos hablar a solas.

A Meredith no le gustó la idea, pero Matt le hizo un gesto de que se retirara.

Cuando la puerta se cerró tras ella, el joven se dispuso a recibir otra andanada que no se produjo. Philip Bancroft parecía haber ganado la lucha contra su sistema nervioso. Sentado, apoyándose en la mesa del escritorio con los dedos rígidos y la mirada fría, se mantuvo en silencio observando a Matt. Este se dio cuenta de que el padre de Meredith buscaba las palabras más eficaces para dejarlo fuera de combate. Sin embargo, no pudo imaginar que Philip vulneraría su punto más sensible, en realidad, su único punto sensible en lo que a Meredith se refería: el sentimiento de culpa. Además, Bancroft habló con una elocuencia inesperada que desconcentró a Matt.

-Felicidades, Farrell -empezó Philip con voz amarga y acústica-. Ha dejado usted embarazada a una inocente de dieciocho años, a una muchacha que tenía toda la vida por delante. ¡Y qué vida! La universidad, viajes, lo mejor de todo. ¿Sabe usted por qué existen clubes como Glenmoor? -En vista de que Matt persistía en su silencio, Philip continuó-: Existen para proteger a nuestras familias, a nuestras hijas, de basuras como usted. -Bancroft pareció intuir que había dado en el blanco, por lo que siguió hablando-: Meredith tiene dieciocho años y usted le ha robado la juventud al dejarla embarazada y casarse con ella. Ahora quiere arrastrarla, hacerla rodar cuesta abajo como usted. Pretende llevársela a Venezuela y que viva la vida de un obrero. Yo he estado allí y conozco a Bradley Sommers. Conozco con total exactitud los sondeos que tiene previstos, cómo y dónde. Tendrá usted que abrir caminos en la selva para ir desde lo que allí se entiende por civilización hasta el campo petrolífero. Un temporal de lluvia y adiós a los caminos. Los suministros se hacen por helicóptero; y no hay teléfono, ni aire acondicionado. Y a ese húmedo agujero del infierno se quiere llevar a mi hija.

Cuando aceptó la oferta, Matt era consciente de que no iban a darle, aparte del sueldo, una gratificación final ciento cincuenta mil dólares solo por su simpatía. Tendría que sufrir muchas

privaciones. Sin embargo, estaba razonablemente seguro de que podría arreglar las cosas de modo que Meredith no lo pasara demasiado ma. Ahora, a pesar del desprecio que le inspiraba Philip Bancroft, sabía que aquel hombre tenía derecho a ciertas explicaciones con respecto al futuro bienestar de su propia hija. Por primera vez desde su llegada, el joven Farrell abrió la boca:

-Hay un pueblo muy grande a noventa kilómetros de distancia -empezó a decir con voz firme y decidida.

-¡Mentira! Noventa kilómetros son ocho horas en jeep siempre que el último camino abierto no haya sido invadido por la jungla. ¿En un pueblo así se propone enterrar a mi hija durante un año y medio? ¿cuándo la visitará? Usted estará haciendo turnos de doce horas, según tengo entendido.

-También hay cabañas en el campo -añadió Matt, aunque sospechaba, y así se lo hizo saber a Meredith que no reunirían el mínimo nivel de habitabilidad, a pesar de lo que aseguraba Sommers. Asimismo, Matt sabía que Bancroft estaba en lo cierto en cuanto al lugar y sus inconvenientes, cifraba su esperanza en que a Meredith le gustara Venezuela, que viviera aquel período de su vida con espíritu de aventura.

-¡Maravillosa vida la que usted le ofrece a Meredith! -ironizó lPhilip-. Una choza en el campo petrolífero o un cuchitril en una aldea olvidada de Dios en mitad de ninguna parte. -Bruscamente, cambió el ángulo de su siguiente puñalada-: Usted tiene agallas, Farrell. Lo admito. Tomó todo lo que yo podía darle sin vacilar. Me pregunto si tiene conciencia. Le ha vendido sus sueños a mi hija a cambio de su vida entera. Bueno, ¡ella también tenía sueños, cretino! Quería ir a la universidad. Desde su infancia ha estado enamorada del mismo hombre, el hijo de un banquero, alguien que le habría dado el mundo entero. Él no sabe que yo lo sé, pero es así. ¿Y usted?

Matt apretó los dientes y guardó silencio.

-Dígame una cosa. ¿De dónde ha sacado mi hija la ropa que lleva puesta? -Sin esperar respuesta, Bancroft prosiguió con voz burlona-: Ha pasado con usted unos días, tan solo unos días, y ya no parece la misma. Parece haber sido vestida por K. Matt. Ahora bien -continuó, y su voz adquirió el tono del hombre de negocios-, eso nos conduce a la siguiente cuestión, vital para usted, supongo: el dinero. Le aseguro que no verá un solo centavo del dinero de Meredith. ¿Queda bien claro? -dijo, inclinándose sobre la mesa-. Ya le ha robado su juventud y sus sueños, pero sus dólares no se los robará. Tengo el control de su fortuna durante los doce próximos años. Si para entonces quiere la mala suerte que Meredith esté todavía a su lado, antes que entregarle su herencia la invertiré hasta el último centavo en cosas que ella no podrá vender ni comerciar antes de que pasen otros veinticinco años.

Como Matt persistía en un frío silencio, Philip continuó:

-Si cree que sentiré lástima de verla vivir como va a vivir a su lado, y por lo tanto, que mandaré dinero también para usted, no me conoce lo más mínimo. Usted se cree duro, Farrell, pero aún no tiene idea de lo que es ser duro. Con tal de librar a Meredith de sus garras no me detendré ante nada, y si eso significa permitir que ande vestida con harapos, descalza y embarazada, que así sea. ¿He hablado claro? -dijo, perdiendo un poco el control ante la impasibilidad de Matt.

-Perfectamente -respondió el joven-. Ahora déjeme que le recuerde algo. -Su expresión dura desmentía el golpe que Bancroft le había propinado al remover su sentimiento de culpa-. Aquí hay un niño de por medio. Meredith está embarazada, de modo que todo lo que usted ha dicho ya no tiene ninguna importancia.

-¡Tenía que ir a la universidad! -replicó Philip-. Todo el mundo lo sabe. La enviaré lejos y tendrá ese niño. Y aún estamos a tiempo de considerar otra alternativa...

Los ojos de Matt se encendieron de furia.

-¡Nada va a ocurrirle al niño! -advirtió en voz baja pero amenazadora.

-Está bien. Si usted quiere al niño, quédeselo.

Durante la turbulenta semana anterior, ni Meredith ni Matt habían pensado en esa alternativa. Había sido innecesario, por otra parte, dado el desarrollo de los acontecimientos entre ambos. Con mucha más convicción de la que sentía en estos momentos. Matt dijo:

-Eso no viene al caso. Meredith quiere estar conmigo.

-¡Por supuesto que quiere! -masculló Philip-. Para ella, el sexo es una novedad. -Lanzándole a Matt mirada despectiva, añadió-: No lo es para usted, ¿verdad? -como dos hombres empeñados en un duelo ambos aguzaban la mente. Sin embargo, Philip tenía el arma más cortante, y el joven estaba a la defensiva-. Cuando usted se marche, cuando el sexo deje de ser parte de su atractivo, Meredith pensará con más lucidez -declaró Philip con firmeza-. Querrá llevar a cabo
sus sueños, no los suyos. Querrá ir a la universidad, salir sus amigos. Por eso -añadió a modo de conclusión.-, le pido una concesión por la que estoy dispuesto a pagarle generosamente. Si Meredith es como su madre, el embarazo no se notará hasta los seis meses. Así que tendrá tiempo de reconsiderar. Y para que lo tenga, le ruego que mantenga en secreto este repugnante matrimonio y el hecho de que mi hija esté embarazada. Y le ruego que la convenza a ella en el mismo sentido.

Para no permitir que Philip creyera que había conseguido su aprobación, Matt aclaró:

-Meredith ya ha decidido esperar hasta unírseme en Venezuela. -El placer reflejado en el rostro de Philip al oír su respuesta hizo que Matt apretara los dientes.

-Bien. Si nadie se entera del matrimonio todo será más claro y más limpio a la hora del divorcio. Farrell, le hago la siguiente oferta: a cambio de dejar libre a mi hija, contribuiré con una cantidad importante a ese estúpido proyecto que según ella tiene usted para cuando regrese de Venezuela.

Guardando un tenso silencio, Matt observó cómo Philip Bancroft sacaba un talonario, impulsado por un sentimiento de venganza. El joven dejó que llenara un cheque, con la intención de rechazarlo después. Sería una pequeña revancha por la amargura que aquel hombre le estaba haciendo tragar.

Cuando hubo terminado, Philip Bancroft arrojó el bolígrafo sobre la mesa y luego se puso en pie y empezó a recorrer el despacho de un extremo a otro. Matt se levantó lentamente.

-Cinco minutos después de que abandone esta habitación, ordenaré a mi banco que no le pague el cheque -advirtió Bancroft-. Tan pronto como usted convenza a Meredith de que renuncia a esta parodia de matrimonio y le entregue a usted el niño, daré instrucciones al banco para que cobre. Esta cantidad, ciento cincuenta mil dólares, es la recompensa que recibe por no destruir la vida de una muchacha de dieciocho años. -Tomó el cheque, se lo tendió a Matt y con tono imperativo exclamó-: ¡Cójalo!

Matt ignoró el gesto y las palabras.

-¡Coja este cheque porque es el último centavo de mi fortuna que va a tocar jamás!

-¡No me interesa su maldito dinero!

-Se lo advierto, Farrell -masculló Philip con el rostro de nuevo encendido por la ira-: coja el cheque.

Matt le contestó con calma glacial.

-Métaselo en...

Bancroft le lanzó un puñetazo con inusitado vigor, pero Matt lo esquivó, aferró el brazo del hombre y se retorció hasta sujetarlo a su espalda. Luego Matt farfulló:

-Escúcheme con mucho cuidado, Bancroft. Dentro de unos años tendré el dinero suficiente para comprarlo y vencerlo, pero si se mete usted con mi matrimonio lo enterraré. ¿Me ha entendido?

-¡Hijo de puta, suélteme el brazo!

Matt le dio un empujón y se dirigió a la puerta.

Bancroft recuperó la compostura casi al instante.

-Los domingos comemos a las tres. Preferiría que no molestase a Meredith contándole lo ocurrido aquí dentro. Como bien dijo usted mismo, está embarazada.

Con la mano en el pomo de la puerta, Matt se volvió y asintió. Pero Bancroft no había terminado. Sorprendentemente, daba la impresión de que se rendía a la evidencia y aceptaba el matrimonio.

-No quiero perder a mi hija, Farrell -dijo con pétrea-. Es obvio que usted y yo nunca nos caeremos bien. Pero por Meredith deberíamos intentar disimularlo.

Matt miró detenidamente el rostro furioso y frustrado de Philip, pero no vio asomo de hipocresía. Además, lo que sugería el padre de Meredith era algo lógico y sensato, lo mejor tanto para él como para su hija. Pasado un largo momento, Matt hizo un breve gesto de asentimiento, aceptando la oferta sin vacilación.

-Podemos intentarlo.

Philip Bancroft le siguió con la mirada, y cuando la puerta se cerró tras Matt, rompió el cheque con una sonrisa vengativa.

-Farrell -dijo burlonamente-, has cometido dos grandes errores. El primero, no aceptar el cheque; el segundo, subestimar a tu adversario.

Acostada al lado de Matt, Meredith clavó la mirada en el dosel de su cama, alarmada por el cambio que notaba en él desde su conversación con Philip. Al preguntarle qué había ocurrido en el despacho de su padre, Matt había respondido de una forma no muy explícita.

-Intentó convencerme de que desapareciera de tu vida.

Como ambos hombres se habían tratado educadamente desde su conversación en privado, Meredith dio por sentado que habían acordado una tregua. Bromeando, le preguntó a su marido.

-¿Te convenció?

Matt le contestó que no y ella le creyó, pero esa noche le había hecho el amor con una sombría determinación que no iba con su carácter. Como si quisiera imprimir su huella en el cuerpo de su mujer, como si estuviera despidiéndose de ella.

Meredith le miró de reojo. Estaba despierto, apretada la mandíbula, inmerso en sus pensamientos. ¿Enojado, triste, o solo preocupado?, se preguntó Meredith. No podía saberlo. Hacía seis días que se conocían, y ahora se daba cuenta de que eso constituía una muralla enorme porque no llegaba a comprender el estado de ánimo de su marido.

Librodot

-¿Qué piensas? -preguntó él bruscamente.

Asombrada por su repentina disposición a hablar, Meredith se apresuró a responder:

-Estaba pensando en que hace solo seis días que nos conocemos.

La hermosa boca de Matt se torció en una sonrisa burlona, como si hubiera estado esperando esa respuesta.

-Excelente razón para renunciar a la idea de seguir adelante con nuestro matrimonio. ¿Me equivoco?

La intranquilidad de Meredith se convirtió en pánico al oír estas palabras. De pronto comprendió la razón de su temor: estaba locamente enamorada de Matt, y se sentía un ser muy vulnerable.

Con aparente indiferencia se puso boca abajo en la cama, apoyando la cabeza sobre los brazos doblados. Decidió averiguar a qué se refería Matt. Evitó escrupulosamente la mirada de su marido, pareció entretenerse trazando un círculo imaginario en la almohada y, reuniendo todo su valor, empezó a hablar.

-¿Me estabas pidiendo mi opinión o sencillamente expresando la tuya?

-Te estaba preguntando si era eso lo que pensabas.

Meredith se sintió inmensamente aliviada al oír estas palabras.

-Estaba pensando que como hace tan poco tiempo que nos conocemos me resulta difícil entenderte esta noche. -Al no obtener respuesta, Meredith miré a Matt y notó que él seguía triste y preocupado-. Es tu turno -añadió la joven, sonriendo, decidida pero nerviosa-. ¿En qué has estado pensando?

Esta noche, el silencio de Matt la había inquietado. Cuando empezó a hablar, sus palabras le resultaron decepcionantes.

-Estaba pensando que la razón de nuestro matrimonio fue tu deseo de legitimar al niño y de no revelar a tu padre que estabas embarazada. Pues bien, el niño ya es legítimo y tu padre sabe que estás embarazada. En lugar de tratar de que este matrimonio funcione, existe otra solución que tú y yo no hemos considerado hasta ahora: yo podría hacerme cargo del niño.

Meredith había adoptado la firme decisión de comportarse con madurez, pero aquellas palabras la desequilibraron por completo, llegando a una conclusión que a ella le parecía obvia.

-Eso te libraría del fardo de una esposa no deseada, ¿verdad?

-No lo dije por eso.

-¿No? -ironizó Meredith.

-No. -Matt se acercó más a ella, le tomó un brazo y empezó a acariciarlo.

-¡No intentes hacerme el amor otra vez! -profirió Meredith, separándose-. Soy muy joven, pero tengo derecho a saber qué ocurre y a no ser utilizada toda la noche como un... cuerpo sin cerebro. ¡Si quieres romper este matrimonio, dilo!

-¡Maldita sea! Yo no quiero romper nada -se excusó Matt, también enojado-. Meredith, no soporto este sentimiento de culpa. Culpa, no cobardía. Te dejé embarazada, viniste a mí asustada, y me casé contigo. Como dijo con toda elocuencia tu padre, te he «robado la juventud». -Pronunció estas palabras con amargo desprecio de sí mismo-. Te he robado la juventud y tus sueños y te he vendido los míos.

Loca de alegría al comprobar que no era el arrepentimiento sino un sentimiento de culpa lo que estaba afectando a Matt, Meredith exhaló un profundo suspiro y se dispuso a hablar, pero su marido estaba empeñado en demostrar que realmente era culpable de haberle arrebatado la juventud e incluso sus esperanzas de futuro.

-Afirmaste que no querías estar en Edmunton mientras esperas mi llamada -continuó el joven-. ¿Se te ha ocurrido pensar que la casa de mi padre es mucho mejor que el lugar en que vivirás en Venezuela? ¿O acaso te engañas como un niño al pensar que vas a vivir en Venezuela como lo haces aquí? Y no solo eso. ¿Qué clase de vida crees que tendrás a nuestro regreso? Si piensas así, te espera la desilusión más grande de tu vida. Incluso si las cosas salen como las tengo proyectadas pasarán años antes de que pueda mantenerte como estás acostumbrada. Diablos, es muy posible que nunca da permitirme una casa como esta...

-¿Una casa como esta? -le interrumpió Meredith mirando horrorizada a su marido, y con el rostro contra la almohada, su cuerpo tembló de risa.

La voz de Matt, llena de tensión, reflejaba desconcierto.

-¡Esto no tiene ninguna gracia!

-Claro que la tiene -objetó ella, incapaz de contener la risa-. ¡Esta casa es horrible! Nunca me ha gustado. No tiene nada de acogedora. -Como él no dijo nada, Meredith trató de serenarse y, apartándose el pelo de la cara, miró de soslayo el rostro inescrutable de su marido-. ¿Quieres saber algo más? -bromeó, pensando en el supuesto robo de su juventud.

Decidido a hacerla comprender los sacrificios que tendría que afrontar por su culpa, Matt reprimió el impulso de acariciarle el pelo, pero no pudo evitar sonreír cuando le preguntó con ternura:

-¿Qué?

Los hombros de Meredith se agitaron en una nueva oleada de regocijo.

-Mi juventud... ¡Tampoco me gustaba mi juventud! Si esperaba que sus palabras complacieran a Matt, no se equivocó. Él la besó en la boca, dejándola sin aliento y sin capacidad para pensar. Todavía se estaba recuperando cuando Matt dijo:

-Meredith, tienes que prometer una cosa. Si durante mi ausencia cambias de idea en algo que se refiera a nosotros, prométeme que no te librarás del niño. Nada de abortos. Yo me las arreglaré para criarlo.

-No voy a cambiar...

-¡Prométeme que no te librarás del niño! -insistió.

Consciente de que discutir no tenía sentido, Meredith hizo un gesto de asentimiento y se quedó mirando los ojos grises de su marido.

-Lo prometo -musitó con una dulce sonrisa.

Como recompensa, Meredith obtuvo otra hora de amor, pero esta vez era el amor del hombre que conocía.

En el camino de entrada, Meredith se despidió de Matt con un fuerte beso por tercera vez aquella mañana. El día no había empezado muy bien. Durante el desayuno, Philip preguntó si alguna otra persona estaba enterada del matrimonio, lo que le recordó a Meredith que había llamado a Jonathan Sommers la semana anterior, cuando en la casa de Edmunton nadie respondía al teléfono. Para salvar la dignidad se inventó la excusa de que había encontrado una tarjeta de crédito de Matt en su coche, después de haberla llevado a la ciudad desde Glenmoor. Jonathan le había dicho que Matt todavía estaba en Edmunton. Como apuntó su padre, la idea de anunciar el casamiento dos días después de la llamada a Sommers era ridícula. Sugirió que Meredith viajara a Venezuela e hiciera creer al mundo que se habían casado allí. Meredith sabia que la sugerencia era justa, pero era incapaz de mentir y estaba furiosa por haber creado inconscientemente la necesidad de urdir más mentiras.

Ahora el alejamiento de Matt pendía sobre su cabeza como un negro nubarrón.

-Te llamaré desde el aeropuerto -le prometió Matt-. Cuando llegue a Venezuela y descubra las condiciones que reúne, te llamaré desde allí, pero no por teléfono. Tendremos comunicaciones por radio con una estación central. La conexión no será muy buena, y además no podré utilizarla salvo en caso de emergencia. Por esta ocasión los convenceré de que llamarte para decirte que he llegado sin problemas es una emergencia. Pero será la primera y última vez que me lo permitan.

-Escríbeme -rogó ella, intentando sonreír.

-Lo haré. El servicio de correos será probablemente un desastre, así que no te sorprendas si pasan días y días sin recibir una sola carta y luego te traen un montón de golpe.

Meredith se quedó largo rato viéndolo alejarse, luego se encaminó lentamente a la casa, pensando, para consolarse, que con un poco de suerte dentro de unas semanas estarían juntos.

Philip se hallaba de pie en el vestíbulo. Recibió a su hija con una mirada de lástima.

-Farrell es la clase de hombre que necesita nuevas mujeres, nuevos lugares, nuevos retos. Siempre es así. Te romperá el corazón si confías en él.

-No es cierto -repuso Meredith, sin permitir que palabras de su padre la afectaran-. Te equivocas y día lo sabrás.

Matt cumplió su promesa y la llamó desde el aeropuerto. Meredith pasó los dos días siguientes ocupándose en lo que pudo, mientras esperaba la llamada desde Venezuela. Esta llegó el tercer día, pero ella había acudido a la consulta del ginecólogo, asustada y temiendo que sus síntomas fueran de aborto.

-Durante los tres primeros meses las pérdidas no son infrecuentes -le informó el doctor Arledge después de haberla examinado-. Pueden no significar nada. Sin embargo, es cierto que la mayoría de los abortos se producen durante este período del embarazo. -Lo dijo como esperando una reacción de alivio. El médico y Philip eran viejos amigos, y la joven dio por sentado que Arledge no dudaba de que el precipitado matrimonio se debía al embarazo-. En este momento -añadió el doctor- no existe razón alguna para suponer que corres peligro de perderlo.

Meredith le pidió consejo en cuanto a su viaje a Venezuela. El médico frunció levemente el entrecejo y dijo:

-No puedo aconsejártelo a menos que tengas la certeza absoluta de que los servicios médicos son buenos.

Meredith se había pasado casi un mes alimentando la esperanza de que, si estaba embarazada, tendría un aborto espontáneo. En cambio, ahora se sintió aliviada cuando supo que no iba a perder el

niño de Matt... El niño de ambos.

Durante el camino de vuelta no dejó de sonreír.

-Ha llamado Farrell -le comunicó su padre con el mismo desdén que utilizaba siempre que hablaba de Matt-. Dijo que volverá a llamar esta noche.

Meredith estaba sentada junto al teléfono cuando este sonó. De inmediato se dio cuenta de que Matt no había exagerado al hablar de las deficiencias de las comunicaciones.

-La idea que Sommers tiene de una vivienda apropiada es una mala broma -oyó con dificultad que le decía Matt-. No hay manera de que puedas quedarte aquí, por el momento. No hay más que barracas. La buena noticia es que una de las pocas cabañas disponibles queda vacía dentro de unos meses.

-Está bien -le respondió Meredith, intentando hablar con tono alegre, porque no quería revelar a su marido el motivo de su visita al ginecólogo.

-No pareces muy decepcionada.

-¡Estoy decepcionada! -exclamó Meredith con firmeza-. Pero el médico dice que casi todos los abortos se producen durante los tres primeros meses, de modo que quizá será mejor que me quede aquí hasta entonces.

-¿Existe algún motivo que te haga pensar que estás en peligro de sufrir un aborto? -preguntó Matt cuando cesaron por un momento las interferencias.

Meredith le aseguró que estaba bien. Cuando Matt dijo que solo podría llamarla en esa primera ocasión, ella se sintió defraudada, pero la conversación debido a las interferencias y las voces que rodeaban a Matt era tan difícil, que así no valía la pena hablar. Las cartas serían un buen sustituto, decidió Meredith.

Hacía ya dos semanas que Matt se había marchado cuando Lisa regresó de Europa. Meredith le conté su historia, asegurándole que no se arrepentía de lo sucedo. Lisa se mostró escandalizada y regocijada al miso tiempo.

-No puedo creerlo -repetía una y otra vez sin apartar la mirada de Meredith, que estaba sentada en la cama-. Aquí hay algo que no encaja -bromeó-. Yo el diablo con faldas y tú la Mary Poppins de Bensonhurst, aparte de la persona más precavida del mundo. Si una de nosotras tenía que enamorarse a primera vista, quedar embarazada y casarse a toda prisa, esa era yo.

Meredith sonrió ante la contagiosa alegría de su amiga.

-Bueno ya es hora de que sea la primera en algo.

Lisa recobró en parte la compostura.

-¿Es un hombre maravilloso, Mer? Me refiero a que si no es maravilloso, absolutamente maravilloso, entonces no es bastante bueno para ti.

Hablar de Matt y de sus sentimientos hacia él era una experiencia nueva para Meredith. Nueva y sobre todo complicada, en especial porque era consciente de que resultaba muy extraño afirmar que estaba enamorada tras seis días de convivencia con un hombre. Así pues, Meredith prefirió eludir aquel aspecto.

-Es un hombre bastante especial -dijo con voz queda, y sonrió al pensar en su marido. De pronto sintió la necesidad de hablar de él-. Lisa, ¿has conocido alguna vez a alguien y sabido casi de inmediato que es un ser único, alguien cuyo equivalente no encontrarás nunca en tu vida?

-Verás, eso es lo que siento por todos los muchachos la primera vez que salgo con ellos. ¡Estoy bromeando! -Se echó a reír cuando Meredith le arrojó una almohada.

-Matt es un ser especial, lo digo en serio. Una persona brillante, literalmente hablando. Es muy fuerte y, a veces, un poco dictatorial, pero hay algo más en su interior, algo fino y delicado y...

-¿Disponemos tal vez de una fotografía de ese dechado? -interrumpió Lisa, tan fascinada por la expresión estática de Meredith como por sus palabras.

Meredith se apresuró a complacer a Lisa.

-La encontré en un álbum familiar que me enseñó su hermana. Julie me dijo que podía quedármela. Fue tomada hace un año, y aunque solo es una instantánea, y no muy buena, me recuerda algo más que el rostro de Matt. También refleja un poco su personalidad. -Le dio la foto a Lisa. En ella Matt aparecía con los ojos entrecerrados por el sol, tenía las manos metidas en los bolsillos traseros de los vaqueros y sonreía a Julie, que estaba tomando la fotografía.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó Lisa, abriendo los ojos desorbitadamente-. Que me hablen de magnetismo animal. Que me hablen de carisma masculino, de *sex appeal...*

Meredith rió y le quitó la foto.

-¡Eh, eh! Que estás babeando a expensas de mi marido.

Lisa la miró fijamente y comento:

-Siempre te gustaron los tipos rubios y fuertes.

-En realidad, cuando lo vi por primera vez no me pareció especialmente atractivo. Pero desde entonces mi gusto ha mejorado. Es obvio.

Librodot

-Mer. ¿Crees que estás enamorada de él? -inquirió Lisa con seriedad.

-Adoro estar a su lado.

-¿No es lo mismo?

Meredith se echó a reír. Luego respondió:

-Sí, pero suena menos estúpido que decir que una está enamorada de alguien a quien solo ha conocido durante unos días.

Satisfecha, Lisa se puso de pie.

-Salgamos a celebrarlo. Tú invitas.

-De acuerdo, yo pago la cena -dijo Meredith, dispuesta a vestirse.

El servicio de correos con Venezuela era mucho peor de que Matt había pronosticado. Durante los dos meses siguientes, Meredith le escribió tres o cuatro cartas semanales, pero solo recibió cinco de él. Un hecho al que Philip se refería con más seriedad que satisfacción. Meredith le hacía notar invariablemente que las cartas de Matt eran mucho más extensas que las que ella escribía, diez o doce páginas. Además, Matt trabajaba doce horas diarias en una tarea muy dura. No se podía esperar que escribiera tanto como ella. No obstante, no mencionó que las dos últimas cartas de su marido eran mucho más impersonales que las tres primeras. En estas, Matt le hablaba de sus sentimientos y sus planes; en las dos siguientes, del campo petrolífero y el paisaje venezolano. Sin embargo, tanto en unas como en otras, trazaba un retrato vívido. Meredith se dijo que si se refería a aspectos menos personales no había que atribuirlo a una pérdida de interés, sino a que pretendía avivar el de ella por el lugar al que iría a vivir durante un tiempo.

Intentando mantenerse ocupada para que los días pasaran más deprisa, Meredith leía libros para embarazadas y sobre educación infantil, y compraba cosas para el bebé. No dejaba de soñar y planear. El embarazo, que al principio no había parecido real, ahora hacía notar su presencia. Sentía náuseas, fatiga y unas intensas jaquecas que la obligaban a acostarse en su habitación a oscuras. Pero todo lo resistía con buen humor y con la absoluta certeza de que aquella era una experiencia muy especial. Con el paso de los días, adquirió el hábito de hablarle a su bebé, como si al colocar la mano sobre su vientre aquel proyecto de criatura pudiera oírla. «Espero que lo estés pasando bien ahí dentro -bromeó un día, tendida sobre la cama tras una violenta jaqueca-. Si, porque a mí me estás poniendo enferma, jovencita.» Otras veces decía «jovencito». En realidad a Meredith le traía sin cuidado el sexo del bebé. Hacia finales de octubre, la cintura de Meredith, embarazada de cuatro meses, se había redondeado. Por otra parte, los constantes comentarios de Philip comenzaban a no parecerle tan absurdos. Su padre aseguraba que era obvio que Farrell quería romper el matrimonio.

-Por suerte, solo Lisa sabe que estás casada -declaró Philip unos días antes de la víspera de Halloween-. No olvides, Meredith, que todavía tienes alternativas -añadió con inusitada suavidad-. Cuando empiece a notarse tu estado, les diremos a todos que te has ido a la universidad para el semestre de otoño. -¡Deja de hablar así, maldita sea! -le espetó Meredith, levantándose para encaminarse a su habitación.

Había decidido escribir con menor frecuencia a Matt para darle una lección. Además, estaba harta de sentirse como la estúpida amante muerta de amor, que se pasaba los días escribiendo mientras él ni siquiera se molestaba en enviarle una tarjeta postal.

Lisa llegó al atardecer. Enseguida se dio cuenta de que Meredith estaba nerviosa y adivinó el motivo.

-No ha habido carta de Matt, ¿verdad? Además, supongo que tu padre sigue en sus trece...

-Sí. Hace dos semanas que llegó la quinta y última carta.

-Salgamos -propuso Lisa-. Bien maquilladas y vestidas. Eso siempre te ha hecho sentir mejor. Vayamos a algún lugar agradable.

-¿Por qué no a cenar a Glenmoor? -sugirió Meredith, que hacía tiempo que albergaba un plan-. Tal veamos a Jonathan Sommers. Suele estar allí. Tú le preguntas todo lo que se te ocurra acerca de los pozos de petróleo, y quizá en el transcurso de la charla surja el nombre de Matt.

-Está bien -aceptó Lisa, pero Meredith sabía que la opinión de su amiga acerca de Matt había ido degradándose a causa de la reprobable conducta del joven.

Jonathan estaba en el salón con un grupo de amigos, charlando y bebiendo. Cuando llegaron las dos jóvenes produjo una conmoción. Por supuesto, no les resultó nada difícil que las invitaran a unirse al grupo. Durante una hora, Meredith permaneció sentada casi en el mismo lugar donde cuatro meses antes había estado con Matt cerca del bar. Lisa le sonsacaba a Sommers todo lo que este sabía sobre la perforación de pozos petrolíferos, y fingía tan bien que él creyó que la muchacha había decidido estudiar geología y especializarse en la exploración de pozos de petróleo. La representación de Lisa era digna del premio de la Academia de las Artes. En cuanto a Meredith, aprendió mucho sobre pozos de petróleo y nada sobre Matt.

Librodot

Dos semanas más tarde, el médico de Meredith ya no sonreía ni se mostraba confiado cuando habló con ella. Tenía muchas pérdidas. La joven volvió a casa con instrucciones de hacer reposo. Necesitaba más que nunca la presencia de Matt. Al llegar, llamó a Julie para hablar con alguien cercano a su marido. No era la primera vez que lo hacía, sino la tercera. Por ella supo que Matt escribía semanalmente a la familia.

Aquella noche, en la cama, Meredith no podía conciliar el sueño. Solo pensaba en el bienestar de su bebé y en el deseo de tener a Matt a su lado. Hacía un mes que no sabía nada de él. En su última carta escribía que estaba muy ocupado y que por las noches se sentía exhausto. Aunque era comprensible, Meredith no entendió cómo Matt tenía tiempo para escribir a su familia y no a ella.

Se llevó una mano protectora al vientre y pensó: tu padre recibirá una carta muy severa por lo que está haciendo.

Poco después, dio por sentado que había tenido éxito, porque Matt condujo durante ocho horas para acceder a un teléfono. Ella se sintió feliz al oírlo, pero pronto advirtió que la voz de Matt sonaba un poco fría y cortante.

-La cabaña todavía no está disponible -dijo- Pero he encontrado otro lugar en una pequeña aldea. Sin embargo, solo podré visitarte los fines de semana.

Meredith no podía viajar, ya que el médico tenía que visitarla todas las semanas y apenas podía hacer otra cosa que caminar un poco. No obstante, no quería asustar a Matt diciéndole que, según el doctor, corróa un gran riesgo de perder al niño. Pero por otra parte estaba tan enojada con él y temerosa por el niño, que decidió informarlo de todos modos.

-No puedo ir -anunció-. El médico quiere que me quede en casa y que no me mueva mucho.

-Qué extraño -le replicó Matt-. Sommers estuvo aquí la semana pasada y me dijo que tú y Lisa habías estado en Glenmoor deslumbrando a todos los hombres.

-Eso fue antes de que el ginecólogo me ordenara que no saliera.

-Ya entiendo.

-¿Qué esperas de mí? -inquirió Meredith con sarcasmo-. ¿Que me pase el día sentada esperando tus esporádicas cartas?

-Podrías intentarlo -respondió Matt-. Por cierto, no es que seas una gran escritora.

Meredith interpretó que su marido se refería a su estilo literario y no al número de cartas. Eso la enfurció tanto que estuvo a punto de colgar.

-¿Debo suponer que no tienes nada más que decir?

-No mucho.

Cuando colgaron, Matt se apoyo contra la pared y cerró los ojos, intentando olvidar aquella llamada y su larga agonía. Solo habían pasado tres meses y Meredith no quería reunirse con él. Hacía semanas que no le escribía, y estaba reanudando su vida social anterior. Además, le mentía al asegurar que estaba haciendo reposo. Recordó que su mujer era una chiquilla de dieciocho años y este pensamiento le produjo amargura. ¿Por qué no iba ella a desear una vida social? «Mierda», susurró Matt ante la futilidad de sus intentos. Pero superó el desaliento y se dijo que dentro de unos meses el campo ya estaría en pleno funcionamiento y bajo control. Entonces insistiría en obtener cuatro días de permiso para ir a Chicago y ver a su esposa. Meredith lo amaba, deseaba estar con él, estar casada con él. No importaba que apenas le escribiera, no importaba lo que hiciera, ella lo amaba. Viajaría a Chicago y, cuando se vieran, la convencería de que se marchara con él a Venezuela.

Meredith colgó él auricular y se arrojó sobre la ama. Lloró hasta la extenuación. Pensó que cuando Matt se refirió a la casa que había encontrado lo hizo con indiferencia. No parecía importarle mucho si ella viajaba o no.

Meredith le escribió una carta muy larga para excusarse por su «mal estilo». Se disculpó por haberse enojado, y dejando al margen su orgullo, le dijo lo mucho que necesitaba sus cartas. Finalmente le explicó con detalle todo lo que le había dicho el médico.

-Bajó y le dejó la carta a Albert para que la echara al correo. Ella se había cansado de salir a esperar al cartero, en vista de que nunca le llegaba carta alguna de Matt. Albert, que era a la vez mayordomo, chófer y encargado de las reparaciones, atendió el requerimiento de Meredith. La señora Ellis se había tomado tres meses de vacaciones, las primeras desde hacía años, y Albert con reservas, la sustituía en lo posible.

-¿Echará usted esta carta al correo, Albert?

-Si, claro.

Cuando ella se marchó, Albert se dirigió al despacho del señor Bancroft, abrió un antiguo escritorio y arrojó la carta, reuniéndose con otras muchas, la mitad de las cuales estaban selladas en Venezuela.

Meredith se dirigía a su dormitorio cuando empezó la hemorragia.

Pasó dos días en el ala Bancroft del hospital de Cedar Hills. Aquella sección llevaba el nombre de la familia en agradecimiento a sus grandes donaciones.

Librodot

Meredith no hacía más que implorar al cielo que no se repitiera la hemorragia y que Matt volviera a su lado, que milagrosamente decidiera regresar. Quería a su bebé, quería a su marido y tenía el terrible presentimiento de que iba a perderlos a ambos.

Cuando el doctor Arledge le dio el alta, lo hizo bajo la condición de que permaneciera en cama durante el resto del embarazo. Tan pronto como regresó a casa Meredith escribió a Matt para informarle de lo ocurrido, mencionando sutilmente, la posibilidad de que su propia vida corría peligro. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa con tal que él no la olvidara.

El reposo absoluto pareció conjugar el peligro del aborto, pero, sin nada que hacer salvo leer, ver televisión o preocuparse, Meredith tuvo mucho tiempo para reflexionar sobre una dolorosa realidad: Matt había encontrado en ella a una buena compañera de cama, y ahora que estaba lejos se había convertido en un ser prescindible. Finalmente empezó a pensar en el mejor modo de criar a su hijo sin la presencia del padre.

Este último problema se resolvió por sí solo. A finales del quinto mes de embarazo, en mitad de la noche Meredith sufrió una hemorragia. Esta vez todos los milagros de la ciencia médica sirvieron de poco. Meredith abortó una niña, a la que llamó Elizabeth en memoria la madre de Matt. Ella misma escapé por poco de la muerte, contra la que estuvo luchando durante tres días críticos.

Pasado el peligro, permaneció otra semana en el hospital, con el cuerpo atestado de tubos. Escuchaba ansiosamente, por si oía los pasos largos y ágiles de Matt en el pasillo. Su padre había intentado llamarlo, pero al no establecer contacto directo, le había enviado un telegrama.

Matt no acudió. Matt no llamó.

Sin embargo, durante la segunda semana en el hospital, recibió un telegrama de Matt con siete palabras brutales: «El divorcio es una idea excelente. Divórciate».

Desolada, Meredith se negó a creer que las hubiera escrito Matt, sobre todo teniendo en cuenta que todavía estaba tan enferma.

«Lisa -le había dicho a su amiga, llorando desconsoladamente- tiene que odiarme para haber enviado un telegrama así. Pero yo no he hecho nada para que me odie. Él no envió ese telegrama. ¡No lo hizo! ¡No ha podido hacerlo!»

A petición de Meredith, Lisa llevó a cabo otra representación en la oficina de la Western Union, con el fin de averiguar quién había enviado el telegrama. La compañía cedió y Lisa descubrió que Matthew Farrell había enviado el mensaje desde Venezuela, cargando el importe a su tarjeta de crédito.

Un frío día de diciembre, Meredith abandonó el hospital flanqueada por Lisa y Philip. Miró el claro cielo azul y le pareció ajeno a ella. El mundo entero le pareció ajeno.

Siguiendo la voluntad de su padre, se matriculó en la Universidad del Noroeste para el semestre de otoño. Compartía una habitación con Lisa. Accedió a todo porque ellos así lo querían, pero con el tiempo recordó lo que la universidad había significado para ella. Recordó también otras cosas: cómo sonreír y cómo reír. El ginecólogo le había advertido que, de quedarse de nuevo embarazada, el bebé y ella misma correrían un riesgo aún mayor que en el pasado. La posibilidad de no tener hijos le resultaba dolorosa, pero de algún modo también consiguió superar ese problema.

La vida le había propinado golpes crueles, pero logró sobrevivir, hallando en su interior una fuerza de la que no había sido consciente hasta entonces.

Su padre contrató a un abogado que tramitó el divorcio. No supo nada de Matt, pero llegó un momento en que era capaz de pensar en él sin dolor ni animosidad. Era obvio que él se había casado con ella porque estaba embarazada y porque era ambicioso. Cuando descubrió que Philip tenía la llave de la fortuna, se echó atrás. Con el tiempo, Meredith le perdonó incluso eso. Ella también había tenido sus razones egoístas para casarse. Embarazada, no se había sentido con fuerzas para afrontar sola la situación. Y aunque creyó amarlo, Matt nunca la había engañado diciéndole que la amaba. Ambos se habían casado por motivos equivocados y la alianza estuvo condenada al fracaso desde el principio.

Durante su tercer año universitario vio a Jonathan Sommers en Glenmoor. Sommers le contó que a su padre le había interesado tanto una idea de Matt que formó una sociedad limitada con él, aportando una parte del capital.

Aquella empresa rindió dividendos. De hecho, durante los once años siguientes muchas de las empresas de Matt rindieron beneficios. En revistas y periódicos Aparecían con frecuencia artículos sobre él. Meredith los ignoraba, pues estaba demasiado ocupada en su propia carrera y, además, ya no le importaba lo que él hiciera. Sin embargo, a la prensa sí le interesaban las andanzas de Matt, que con el tiempo se convirtió en una obsesión para los medios de comunicación. Recogían sus clamorosos éxitos financieros y sus no menos conocidas conocidas conquistas amorosas, entre las que se contaban varias estrellas de la pantalla. Para el hombre de la calle, Matt representaba el sueño americano de un joven pobre que alcanzaba el triunfo. Para Meredith, no era más que un extraño con el que alguna vez tuvo relaciones íntimas. Como jamás usó su nombre, y como solo su padre y Lisa sabían que habían estado casados, las aventuras amorosas del nuevo astro de la escena social norteamericana nunca

Librodot

afectaron la reputación de Meredith.

12

Noviembre de 1989

El viento se llevaba las gorras de los cámaras que iban a parar a la arena de la playa, unos metros más abajo. Barbara Walters y Matthew Farrell paseaban ante el acantilado mientras la cámara los seguía con su gran ojo negro, enmarcándolos: a la izquierda de la pareja, el turbulento océano Pacífico; a la derecha, y también como trasfondo, el palaciego Carmel, la propiedad de Matt en California.

La bruma ondulante, un manto gris que iba avanzando desde el mar empujada por el viento, hacía estragos en el peinado de Barbara Walters y arrojaba arena a la lente de la cámara. La periodista se detuvo en el lugar acordado de antemano, se volvió de espaldas al mar y empezó a formular una nueva pregunta a Farrell. También giró la lente de la cámara, que solo captaba como trasfondo de la pareja una cortina de bruma gris. El viento rizaba los cabellos de Barbara, que trataba de apartárselos del rostro.

-¡Corten! -gritó irritada, intentando despegarse unos mechones de los labios. Se volvió hacia la mujer encargada del maquillaje.

-Tracy, ¿tienes algo para sujetarme el pelo con este viento?

-¿Algo así como pegamento Elmer? -bromeo Tracy, y se dirigió a la furgoneta aparcada bajo los cipreses, en un extenso prado de la hacienda de Farrell. Walters siguió a su compañera de trabajo.

-¡Odio la niebla! -masculló el cámara, contemplando con evidente irritación la espesa cortina gris que envolvía la costa de la bahía de Half Moon, elegida por él como marco de la entrevista-. ¡Odio la niebla! -maldijo elevando su rostro al cielo-. ¡Odio el jodido viento!

Como respuesta a sus imprecaciones, un puñado de arena se alzó del suelo como un torbellino y, fue a estrellarse contra el pecho y la cara del operador.

El auxiliar lanzó una risita ahogada.

-Es obvio que tampoco Dios te quiere mucho -comentó, mientras el airado cámara se sacudía la arena del rostro-. ¿Tal vez una taza de café? -le ofreció, tendiéndole una taza humeante.

-¡También odio el café! -murmuró el hombre, pero no rechazó el ofrecimiento.

El auxiliar de cámara señaló con un gesto la alta figura que se erguía a poca distancia de ellos, con la vista en el ancho mar.

-¿Por qué no le pides a Farrell que pare los vientos y despeje la bruma? Por lo que he oído decir, Dios es solo un mediador suyo.

-En mi opinión -intervino Alice Champion, que se unió a ellos-, os diré que Matthew Farrell es Dios. -Ambos hombres dirigieron una irónica mirada a la secretaria de rodaje, pero no contestaron. Alice intuyó que, a pesar de ellos, sus compañeros estaban impresionados por el gran hombre de negocios y conquistador.

-Bebiendo un sorbo de café, Alice contempló a Farrell; a aquel solitario y algo enigmático dirigente de un imperio financiero llamado Intercorp, creado con su propio sudor y audacia. Salido de las fundiciones de Indiana, aquel alto y cortés monarca se había librado de características que podrían haberlo identificado con sus modestos orígenes. No había en él nada que delatara su baja extracción social.

Ahora, de pie en el acantilado, esperando la reanudación de la entrevista, Alice advirtió que aquel hombre era la viva encarnación del éxito, de la confianza en uno mismo y de la virilidad, pero también del poder, sobre todo del poder, puro y duro. De piel bronceada, tenía un aspecto plácido, iba impecablemente vestido, pero había algo en él que ni sus trajes hechos a medida ni su cortés sonrisa podían ocultar. De su figura se desprendía una sensación de peligro e inflexibilidad, algo que impulsaba a cualquiera a intentar caerle bien antes de enojarle. «No te cruces en mi camino», he ahí el mensaje que irradiaba aquel hombre.

-¿Señor Farrell? -dijo Barbara Walters, que salía la furgoneta sujetándose el pelo con las manos-. Con este tiempo es imposible hacer ha entrevista aquí fuera, tendremos que hacerla en su casa. Será cuestión de media hora. ¿Podemos utilizar su cuarto de estar?

-Claro -respondió Matt, y tras su fugaz sonrisa ocultó el enojo que le producía el aplazamiento. No le gustaban los periodistas ni los medios de comunicación. Si había accedido a la entrevista con Barbara Walters solo fue por razones pragmáticas. Últimamente se había hablado y escrito mucho sobre su vida privada y sus hazañas amorosas, y había llegado el momento de que el mundo viera al presidente de Intercorp en su papel de financiero y empresario. Por Intercorp, Matt haría cualquier sacrificio. Nueve años atrás, a su regreso de Venezuela, invirtió el dinero obtenido más el aportado por Sommers en la compra de una pequeña fábrica de accesorios para la industria del automóvil que

Librodot

se hallaba al borde de la quiebra. Un año más tarde, la vendió por el doble de lo que había pagado por ella. Con los beneficios y el dinero que le prestaron bancos e inversores privados, fundó Intercorp, y durante los años siguientes se dedicó a la compra de empresas al borde de la quiebra (por falta de capital), que luego reflotaba y vendía con grandes beneficios.

Más tarde, en lugar de vender las empresas, inició un cuidado programa de adquisiciones. El resultado fue que en un período de diez años Intercorp se convirtió en el imperio financiero con que había soñado durante sus tristes tiempos de operario de una fundición en Edmunton y de una explotación petrolífera después. En la actualidad Intercorp era un gran conglomerado con sede en Los Ángeles y negocios tan diversos como laboratorios de investigación farmacéutica y fábricas textiles.

Hasta hacía poco, para Matt había sido fundamental la adquisición de compañías seleccionadas y que estaban ya en venta. Pero unos meses atrás había negociado la compra de una empresa de electrónica gigantesca, con sede en Chicago. La compañía se había dirigido a ellos, preguntando si Intercorp estaría dispuesto a absorberla.

A Matt le gustó la idea, pero tras muchos meses de gastos y negociaciones, los directivos de Haskell Electronics se habían echado atrás repentinamente, rechazando los acuerdos iniciales. Furioso por la pérdida de tiempo y dinero que eso significaba para Intercorp, decidió adquirir la empresa con o sin el consentimiento de sus accionistas. El resultado fue una feroz -y muy comentada- batalla, de la que los propietarios dirigentes de Haskell salieron mal parados. Así pues, Intercorp incorporó a sus activos una muy rentable empresa de electrónica. Pero si Matt salió victorioso, también se ganó la reputación de tiburón de las finanzas, lo no le molestaba especialmente (no más que su fama de seductor creada por la prensa). La publicidad adversa y la pérdida de su intimidad personal eran el precio del éxito, y lo aceptaba con la misma indiferencia que sentía hacia la servil hipocresía social y la traición de sus rivales en el mundo de los negocios. Con el éxito surgían por igual los calumniadores y los enemigos, y el trato con unos y otros había hecho de Matt un hombre extremadamente cínico y cauteloso. Era otro precio a pagar.

Nada de eso le molestaba tanto como el hecho de que ya le aburrían sus éxitos. El gozo que sentía al principio, cuando se enfrentaba a una difícil transacción, se había desvanecido, tal vez porque el triunfo se había convertido en rutina. Ya no tenía retos ante sí; o no los tenido hasta que decidió adquirir el control de Haskell Electronics. Ahora, por primera vez desde hacía años, había sentido parte de la excitación inicial. Haskell suponía un gran reto, pues la enorme empresa debía ser reestructurada desde su misma base. Demasiados administradores, instalaciones anticuadas, estrategias de mercado superadas. Todo eso tendría que modificarse antes de que la empresa empezara a rendir a plena capacidad y Matt estaba ansioso por viajar a Chicago y poner manos a la obra de inmediato. En el pasado, cuando se hacía con una compañía, enviaba por delante su avanzadilla, seis hombres a los que la revista *Business Week* había apodado el «equipo de la Opa», que evaluaba y efectuaba recomendaciones. Hacía dos semanas que el equipo se encontraba en Chicago, trabajando en el edificio de seis plantas de Haskell y esperando a que Matt se les uniera. Como este tenía previsto viajar a menudo a Chicago, durante el próximo año más o menos, compró un apartamento en la ciudad. Todo estaba listo y él no deseaba más que emprender el viaje.

Había regresado de Grecia la noche anterior, después de cuatro frustrantes semanas -en lugar de las dos previstas- negociando la adquisición de una flota de cargueros. Ahora no lo detenía nada más que aquella condenada entrevista. Maldiciendo en silencio la tardanza, se dirigió a la casa. En la enorme extensión de césped de la finca lo esperaba su helicóptero, que debía llevarlo al aeropuerto. Allí, el Lear que había comprado estaba preparado para volar a Chicago.

El piloto del helicóptero le devolvió a Matt el saludo que este le hizo con la mano, y a continuación levantó un pulgar para indicar que el aparato estaba listo para el despegue. A lo lejos, vio con preocupación las nubes amenazadoras que se acercaban con rapidez. Matt sabía que su piloto deseaba tanto como él levantar vuelo.

Cruzó la terraza embaldosada y entró en la casa por las puertas correderas que conducían a su estudio privado. Iba a descolgar el auricular para llamar a su oficina de Los Ángeles cuando se abrió la puerta del estudio.

-Eh, Matt. -Joe O'Hara asomó la cabeza. Su voz ronca e inculta, su aspecto descuidado, suponían un fuerte contraste con el esplendor de aquella estancia de suelo de mármol, con su tupida alfombra de color crema y el escritorio cubierto de cristal. Oficialmente, O'Hara era el chófer de Matt; extraoficialmente, su guardaespaldas. Para el último cometido resultaba más apropiado que el primero, pues al volante era una amenaza pública; conducía como si estuviera disputando el Grand Prix.

-¿Cuándo salimos? -quiso saber O'Hara.

-Tan pronto como me haya librado de los perodistas.

-Bueno. He telefoneado y la limusina nos estará esperando en la pista de Midway. Pero no he venido a hablarle de eso -prosiguió O'Hara. Se encaminó a la ventana y corrió las cortinas. Su rostro

Librodot

curtido se dulcificó al mirar fijamente algo en el exterior. Le hizo un gesto a Matt de que se acercara y luego señaló con el dedo el camino que serpenteaba entre los cipreses frente de la mansión-. ¡Mira qué bombón hay ahí! ¡Qué elegancia! -musitó maliciosamente.

Matt se acercó a la ventana sin esperar ver una hermosa mujer, sino lo que vio realmente, un automóvil. Desde la muerte de su esposa, el único amor de O'Hara eran los coches.

-Es de uno de los cámaras del equipo de Barbara Walters.

Se refería a un Cadillac rojo, modelo de 1959, descapotable, admirablemente conservado.

-¡Mira qué faros! -agregó O'Hara, con el mismo tono y la actitud lasciva con que un adolescente ve la fotografía de una bella mujer desnuda-. ¡Y esas curvas! Elegante, Matt, muy elegante. Dan ganas de acariciarlo. -Le dio un codazo al hombre silencioso que tenía al lado-. ¿Has visto una cosa más bonita?

La llegada de la secretaria de rodaje le ahorró a Matt la respuesta. Alice anunció cortésmente que en el cuarto de estar la escena estaba ya dispuesta.

Llevaban ya casi una hora de entrevista cuando de repente se abrió la puerta y apareció una joven, que se adelantó esbozando una amplia sonrisa.

-Matt, querido, has vuelto...

Todas las cabezas se volvieron al unísono y la grabación quedó momentáneamente olvidada. La recién llegada era Meryl Saunders, la gran estrella de la pantalla. Vestía un salto de cama rojo, tan transparente que habría ruborizado a cualquier comprador de ropa interior de Frederick, en Hollywood.

El equipo de la cadena ABC había enmudecido no solo ante su cuerpo, sino también ante el rostro de Meryl, que había iluminado innumerables pantallas de cine y televisión a lo largo y ancho del mundo. Meryl declaraba abiertamente sus creencias mormonas. Esta sinceridad, y el aspecto adolescente de su cara, la habían convertido en la preferida de América. A los chicos les gustaba por ser tan bonita y parecer tan joven; a los padres, porque ofrecía a sus hijos una imagen saludable; a los productores, porque era una gran actriz, y película en que ella interviniera tenía garantizado el éxito y, por lo tanto, unos beneficios millonarios. Por más que Meryl tuviera veintitrés años y un fuerte apetito sexual, durante el instante de asombrado silencio que recibió su llegada, Matt se sintió como si hubiera sido sorprendido seduciendo a un mosquetero, un mosquetero mormón.

Como el valiente soldadito que era en escena, Meryl sonrió a todos los presentes, se excusó ante Matt por haberlo interrumpido y, volviéndose, salió de la habitación con la modesta dignidad de una estudiante interna de un colegio de monjas, aunque sabía que su escandaloso salto de cama dejaba bien visibles los encantos de su cuerpo.

Toda una exhibición de sus dotes de actriz.

El rostro de Barbara Walters reflejaba confusión. Era obvio que no sabía qué hacer. Matt se preparó para una andanada de preguntas sobre Meryl, molesto por el hecho de que su imagen pública, tan cuidadosamente construida, fuese a quedar destrozada. Pero la periodista se limitó a preguntarle si Meryl Saunders era una huésped habitual. Matt contestó que, en efecto a la actriz le gustaba quedarse allí cuando la casa estaba vacía, lo que ocurría con frecuencia. Para su sorpresa, Walters aceptó la evasiva respuesta y volvió sobre el tema del que habían estado hablando antes de la llegada de Meryl. Rechinándose ligeramente en la silla, preguntó:

-¿Qué opina del creciente número de compras hostiles de empresas que se está produciendo en el país?

-Según mi parecer, es una tendencia que proseguirá hasta que el gobierno establezca normas para controlarlas -contestó Matt.

-¿Intercorp planea devorar otras compañías?

Una pregunta clave, pero no inesperada. Matt la sorteó hábilmente.

-Intercorp siempre tiene interés en absorber buenas empresas, en beneficio de ambas partes.

-¿Incluso cuando la compañía no desea ser adquirida?

-Es un riesgo que todos corremos, Intercorp incluido -respondió Matt con una cortés sonrisa.

-Pero haría falta un gigante de la talla de Intercorp o aun mayor para absorber a la propia Intercorp. ¿Hay alguien inmune a una fusión forzada con su empresa? Quiero decir, incluso amigos y... Hablando con franqueza, ¿es posible que nuestra propia cadena pueda convertirse en su próxima presa?

-El objeto de un intento de compra se llama «blanco» -matizó Matt secamente-. No se llama «presa». Sin embargo -bromeó-, si eso la tranquiliza, puedo asegurarle que en este momento Intercorp no tiene puesta la mirada en ABC.

Barbara Walters rió y luego le dedicó su mejor sonrisa profesional.

-¿Le importaría que habláramos un poco acerca de su vida personal? Solo unas preguntas.

-¿Acaso podría impedírselo? -dijo Matt, ocultando su irritación tras una cortés sonrisa.

Barbara Walters también sonrió. Meneó la cabeza y fue directa al grano.

-Al parecer durante los últimos años usted ha vivido tórridas aventuras con varias estrellas de la pantalla, con una princesa y, más recientemente, con una joven griega, heredera de una gran flota mercante. Su nombre es María Calvaris. Todos estos amores, difundidos ampliamente por los medios de comunicación, ¿han sido realidad o simplemente un invento de periodistas chismosos?

-Sí -contestó Matt con deliberada ambigüedad.

Barbara Walters se echó a reír ante la astucia del entrevistado. Por fin, recobró la compostura e inquirió:

-¿Y qué me dice de su matrimonio? ¿Podríamos hablar de él?

A Matt esta pregunta lo tomó tan desprevenido que, por un momento, se quedó sin habla.

-¿Mi qué? -masculló.

No podía creerlo. No quería creerlo. Nadie había descubierto su breve y mal concebido matrimonio con Meredith Bancroft. Hacía once años de eso. Hacía once años...

-Usted nunca se ha casado -añadió la periodista-, y me preguntaba si tiene intenciones de hacerlo algún día...

Matt se relajó al oír aquellas palabras.

-No descarto el matrimonio -declaró concisamente.

13

Noviembre de 1989

En Chicago una multitud deambulaba por la avenida Michigan. Caminaban lentamente, debido en parte a la suavidad de aquel día de noviembre, pero también a gran cantidad de compradores arremolinados ante escaparates de los grandes almacenes Bancroft & Company, espectacularmente adornados para las fiestas navideñas.

Desde su inauguración en 1891, Bancroft había pasado de un pintoresco edificio de dos plantas, con marquesinas abovedadas de color amarillo en las ventanas, a una estructura de catorce pisos de mármol y cristal que ocupaba toda una manzana. Un detalle había permanecido inalterable desde el principio: los dos porteros uniformados hacían guardia a ambos hados de la entrada principal. Este pequeño toque de lujosa elegancia constituía el símbolo visible de la insistencia de Bancroft en ofrecer dignidad y gracia a sus clientes.

Los dos ancianos porteros, en tan fiera competencia que apenas se habían hablado durante los treinta años que llevaban trabajando juntos, observaron la llegada de un BMW negro. Ambos hombres estaban deseando que el chófer detuviera el vehículo en su respectiva zona.

El coche pareció detenerse en la curva, ante Leon, que contuvo el aliento; pero cuando el BMW se deslizó hasta el otro extremo de la puerta, el viejo portero lanzó un suspiro de irritación. Su adversario le ganaba la partida.. «Viejo miserable», se dijo Leon, pensando en Ernest.

-Buenos días, señorita Bancroft -saludó Ernest solícito, abriendo la portezuela del coche con una reverencia. Veinticinco años atrás había abierto la del coche del padre de Meredith, había visto a la joven por primera vez y le había dicho exactamente las mismas palabras y con la misma reverencia.

-Buenos días, Ernest -le contestó Meredith con una sonrisa. Al salir del vehículo, tendió las llaves al portero-. ¿Quiere rogarle a Carl que me aparque coche? Hoy tenía que cargar muchas cosas y no habría podido llevarlas en brazos desde el aparcamiento. -Esta clase de servicio era otro detalle con que Bancroft obsequiaba a su clientela.

-Por supuesto, señorita Bancroft.

-Transmítale mis saludos a Amelia -añadió la joven, refiriéndose a la esposa del portero. Meredith conocía bien a muchos de los antiguos empleados de casa, que eran ya como de la familia para ella. En cuanto a los almacenes (el establecimiento principal de una cadena de la que formaban parte otras siete tiendas repartidas en varias ciudades del país), para Meredith era como si estuviera en la mansión en que había crecido o en su propio apartamento.

De pie en la acera, Meredith contempló el gentío agolpado frente a los escaparates. En su rostro apareció una sonrisa y su corazón se inundó de calor. Era un sentimiento que surgía cada vez que miraba la elegante fachada de Bancroft; un sentimiento de orgullo, de entusiasmo y furiosa protección. Sin embargo, hoy su felicidad era mucho mayor, ilimitada, pues la noche anterior Parker la había

Librodot

tomado entre sus brazos y le había dicho con tierna solemnidad que la amaba y quería casarse con ella. Después le deslizó en el dedo el anillo de compromiso.

-Este año los escaparates están mejor que nunca -comentó a Ernest, admirando entre la multitud los asombrosos resultados del talento y la destreza de Lisa. Gracias a su trabajo en Bancroft, Lisa Pontini era ya conocida y aclamada en su profesión. Estaba previsto que dentro de un año se jubilara el jefe del departamento de diseño, la joven ocupara su puesto.

Ansiosa por encontrar a Lisa y contarle la noticia de su compromiso, Meredith abrió la portezuela trasera del coche, sacó dos maletas y varios montones de carpetas llenas de documentos. Luego se dirigió al interior del edificio. En cuanto cruzó la puerta, un guardia de seguridad acudió en su auxilio.

-¿Puedo ayudarla, señorita Bancroft?

Meredith se dispuso a rechazar el ofrecimiento, pero lo cierto es que ya le dolían los brazos. Además sentía el vivo deseo de pasear un poco por los almacenes antes de ir a ver a Lisa y gozar de lo que al parecer iba a convertirse en un día cuyo volumen de ventas marcaría un nuevo hito, ante la multitud de compradores que se agolpaba en los pasillos y frente los mostradores.

-Gracias, Dan, se lo agradeceré -aceptó por fin, mientras se desprendía de su carga.

Al dirigirse hacia los ascensores, se alisó instintivamente la bufanda de seda que cruzaba las solapas de su abrigo blanco, se metió las manos en los bolsillos y pasó por la sección de cosméticos. Sufrió los empujones de la numerosa clientela, que se encaminaba hacia el centro de la nave en busca de los ascensores. Sin embargo, el gentío y la algarabía le complacieron.

Inclinó la cabeza y miró los árboles blancos de Navidad, de una altura de diez metros. Estaban decorados con brillantes luces rojas, grandes lazos de terciopelo y enormes adornos de cristal del mismo color. Alegres guirnaldas decoradas con trineos y campanas pendían de los pilares espejados que sostenían las naves, y el sistema de megafonía desgranaba alegremente las notas de *Deck the Halles.* Una mujer, de pie ante una cristalera de carteras, vio a Meredith y propinó un codazo a su acompañante. Luego musitó:

-¿No es esa Meredith Bancroft?

La otra mujer miró a su vez hacia donde le indicaba y confirmó:

-Sí que lo es Y el periodista que dijo que se parecía a Grace Kelly de joven estaba en lo cierto.

Meredith las oyó, aunque apenas escuchó. En los últimos años se había acostumbrado a ser foco de atención de la gente y de los medios de comunicación. La revista *Women's Wear Daily* la había definido como «la personificación de la elegancia serena» y *Cosmopolitan* como «totalmente *chic*». En cuanto al *Wall Street Journal* se refería a ella como a «la princesa reinante de Bancroft». Por el contrario, los miembros del consejo de administración solían llamarla «el dolor de muelas».

Esta última opinión era la única que le importaba a Meredith. Lo que revistas y periódicos dijeran de ella le era indiferente, a menos que tuviera relación con los grandes almacenes. Sin embargo, lo que pensaran los miembros del directorio era harina de otro costal, ya que podían cerrarle el paso y cortar las alas de su sueño: la continua expansión de Bancroft por otras ciudades. En cuanto al presidente, su padre, no la trataba con mayor entusiasmo o afecto que los directores.

Pero aquel día, ni siquiera la batalla con su padre y el resto del equipo directivo podían ensombrecer su dicha. Se tan feliz que le resultó difícil contenerse y no ponerse a tararear el villancico que sonaba por los altavoces. En lugar de eso, hizo una travesura que de niña le encantaba. Se acercó a una de las columnas de espejos y, mirándose, fingió remeterse detrás de la oreja un mechón de pelo, después sonrió e hizo una mueca al agente de seguridad que sabía estaba dentro, en el hueco, al acecho de rateros.

Se volvió y se encaminó hacia las escaleras mecánicas. Lisa había tenido la idea de decorar cada planta con un color distinto y de armonizar los matices en función del género a la venta. En opinión de Meredith era una idea muy efectiva, como comprobó al llegar a la segunda planta, donde estaba la sección de peletería y de los modelos exclusivos. Allí todos los árboles de Navidad estaban ornamentados con un malva suave y relucientes lazos de oro. Frente a las escaleras mecánicas, sentado ante una reproducción de su casa, estaba un Papá Noel vestido en blanco y oro. Tenía un maniquí sobre la rodilla: una hermosa mujer envuelta en un magnífico camisón francés, que con un dedo apuntaba a un abrigo de armiño forrado a malva, cuyo precio era de veinticinco mil dólares.

Meredith sonrió al admirar la atmósfera de lujo desbordante, una provocación para los compradores que se aventuraran en aquella sección. A juzgar por el gran número de hombres que estaban mirando las pieles y de las mujeres que se estaban probando los vestidos de grandes diseñadores, el señuelo era acertado. En aquella sección, todo diseñador que trabajara para la empresa tenía su propio salón para despliegue de sus colecciones. Meredith recorrió el pasillo principal saludando aquí y allá con una inclinación de la cabeza a empleados conocidos. En el salón de Geoffrey Beene dos rollizas mujeres, luciendo abrigos de armiño, admiraban un ceñido vestido adornado con abalorios azules. La etiqueta del precio marcaba siete mil dólares.

-Con ese vestido parecerás una bolsa de patatas, Margaret -advertía una a la otra.

Librodot

Haciendo caso omiso, la mujer se volvió hacia la vendedora y preguntó:

-Supongo que no tendrá la talla veinte de este vestido, ¿verdad?

En el salón contiguo una señora apremiaba a su hija, una adolescente de unos dieciocho años, para que se probara un traje de terciopelo de Valentino, mientras una vendedora permanecía discretamente atenta unos pasos más allá, esperando ser útil.

-Si te gusta -protestaba la chica, dejándose caer en el sofá-, póntelo tú. No voy a ir a tu estúpida fiesta. Ya te dije que quería pasar la Navidad en Suiza.

-Ya lo sé, querida -le replicó la madre con expresión culpable y arrepentida-, pero pensamos que esta vez sería agradable que pasáramos juntos las fiestas. -La malhumorada adolescente no parecía dispuesta a dar su brazo a torcer.

Meredith miró su reloj y advirtió que ya era la una y se dirigió a los ascensores, ansiosa por encontrar a Lisa y darle la buena noticia. Se había pasado la mañana en la oficina del arquitecto revisando los planos del edificio de Houston. Y le esperaba una tarde muy ocupada.

El cuarto de diseño era, en realidad, un enorme almacén situado en el sótano. El lugar estaba atestado de mesas de dibujo, maniquíes desmembrados, gigantescas piezas de tela y los accesorios de todo tipo utilizados en los escaparates de exhibición durante la última década.

Meredith se abrió paso en aquel caos que le resultaba tan familiar. Como parte de su primer aprendizaje había trabajado en todos los departamentos de los almacenes.

-Lisa -llamó, y una docena de ayudantes de su amiga levantaron la cabeza-. ¿Lisa?

-¡Aquí! -respondió una voz amortiguada. Una de las mesas fue desplazada y de debajo emergió la cabeza de Lisa-. ¿Qué pasa ahora? -preguntó irritada, clavando la mirada en las piernas de Meredith-. ¿Cómo se puede trabajar con tantas interrupciones?

-Eso digo yo -convino Meredith al tiempo que se sentaba sobre la mesa y sonreía ante el sorprendido rostro de su amiga-. Nunca he sabido cómo encuentras aquí las cosas, y menos todavía cómo eres capaz de crearlas.

-¡Hola! -saludó Lisa, arrastrándose por debajo de la mesa-. He estado intentando instalar unos alambres aquí abajo para tener la lista para la representación de la cena de Navidad que llevaremos a cabo en la sección de muebles. ¿Cómo te fue anoche con Parker?

-Oh, bien. Más o menos como de costumbre. -mintió Meredith, y con la mano izquierda empezó a juguetear con la solapa de su abrigo, moviéndola ostensiblemente. Llevaba puesto el anillo de compromiso, un zafiro. El día anterior, le había dicho a Lisa que tenía el presentimiento de que Parker iba a declararse.

Lisa puso los brazos en jarras.

-¿Cómo de costumbre...? Por dios, Mer, se divorció hace dos años y has estado saliendo con él desde hace nueve meses. Pasas con sus hijas tanto tiempo como con él. Eres hermosa e inteligente, los hombres se enamoran de ti en cuanto te ven, pero Parker ha estado frecuentándote durante mucho tiempo y muy de cerca. Me parece que pierdes el tiempo con ese hombre. Si el muy idiota quisiera casarse contigo, hace tiempo que lo habría dicho.

-Me lo ha dicho -confirmó Meredith con una sonrisa triunfal, pero Lisa había iniciado su crítica habitual y tardó un poco en reaccionar.

-De todos modos, no es tu tipo. Lo que tú necesitas es un hombre que te saque de esa corteza conservadora en que vives encerrada. Alguien que te obligue a hacer cosas impulsivas, locuras, como votar a un demócrata una vez o ir a la Ópera los viernes en lugar de los sábados. Parker se parece demasiado a ti, es demasiado metódico, demasiado estable, demasiado prudente, demasiado...¿Bromeas? ¿Se te ha declarado?

Meredith asintió, y la mirada de Lisa reparó por fin en el zafiro negro engastado en su anticuada montura.

-¿Tu anillo de compromiso? -preguntó cogiéndole la mano, y al examinar el anillo dejó de sonreír y frunció el entrecejo-. ¿Qué es esto?

-Es un zafiro -le contestó Meredith, impasible ante la falta de entusiasmo de su amiga. En primer lugar, siempre le había gustado la franqueza de Lisa, pero además, ni siquiera ella, que amaba a Parker, podía convencerse de que el anillo era deslumbrantemente hermoso. Se trataba de una bonita reliquia familiar. La complacía, eso era todo.

-Supuse que era un zafiro, pero ¿qué son esas piedras más pequeñas? No brillan como los buenos diamantes.

-Tienen un corte antiguo, sin muchas facetas. El anillo también es antiguo. Perteneció a la bisabuela de Parker.

No podía permitirse uno nuevo, ¿eh? -bromeó Lisa, y agregó-: ¿Sabes, Meredith? Hasta que te conocí creía que los ricos compraban cosas magníficas sin mirar el precio.

-Eso hacen los nuevos ricos -puntualizó Meredith-- El dinero viejo es dinero *tranquilo.*

-Bueno, pues, entonces el dinero viejo podría aprender algo del nuevo. Vosotros, guardáis las

cosas hasta que se estropean. Si me comprometo alguna vez y el tipo intenta regalarme el viejo anillo de su bisabuela, lo mando al diablo. ¿Y de qué está hecho el engarce? No es que reluzca mucho -concluyó con voz escandalizada.

-Es platino -le replicó Meredith, sofocando la risa.

-Lo sabía. Supongo que ese material no se gasta y por eso alguien lo encargó de platino, hace un par de siglos.

-Así es -confirmó Meredith, y por fin se echó a reír.

-De veras, Mer -añadió Lisa, riendo con su amiga-, si no fuera porque te sientes obligada a ser un anuncio viviente de Bancroft, todavía vestirías las prendas de la universidad.

-Solo si fueran muy resistentes.

Sin fingir más, Lisa abrazó a su amiga.

-No te llega a la suela de los zapatos. Nadie te llega a la suela de los zapatos.

-Es perfecto para mí -aseguró Meredith-. Mañana por la noche se celebra el baile a beneficio de la ópera. Te daré dos entradas, una para ti y otra para Phil. -Meredith se refería al fotógrafo comercial con quien salía Lisa-. Después habrá una fiesta en que anunciaremos nuestro compromiso.

-Phil está en Nueva York, pero yo iré igualmente. Después de todo, si Parker va a formar parte de nuestra familia, tengo que aprender a quererlo. -Con una sonrisa incontenible, añadió-: Aunque sonría a las viudas...

-Lisa -dijo Meredith con tono más serio-, a Parker no le gustan tus bromas sobre banqueros y tú lo sabes. Ahora que estamos comprometidos, ¿me harás el favor de dejar de incordiarlo?

-Lo intentaré -prometió Lisa-. No más peleas ni chistes de banqueros.

-¿También dejarás de llamarlo señor Drysdale?

-Dejaré de ver las reposiciones de *Beverly Hillbillies* -aseguró Lisa.

-Gracias -le contestó Meredith, y se puso de pie. Lisa se apartó de pronto, muy preocupada por las arrugas de una gran pieza de terciopelo rojo.

-¿Pasa algo?

-¿Que si pasa algo? -replicó Lisa volviendo el rostro, en el que lucía una sonrisa demasiado amplia-. ¿Qué iba a pasar? Mi mejor amiga se ha comprometido con el hombre de sus sueños. ¿Qué vas a ponerte mañana por la noche? -preguntó súbitamente para cambiar de tema.

-Todavía no lo sé. Mañana pasaré por la segunda planta y elegiré algo impactante. Aprovecharé para mirar también los vestidos de novia. Parker quiere un casamiento importante, sin que le falte un solo detalle. Por el hecho de que ya pasó por una boda formal a lo grande, no quiere dejarme a mí sin ella.

-¿Sabe lo de tu otro...? Me refiero a lo de tu otro matrimonio.

-Lo sabe -contestó Meredith con voz más bien sombría-. Se mostró muy amable y comprensivo... -Se interrumpió cuando por el sistema de megafonía sonaron insistentemente unas campanadas. Los clientes estaban acostumbrados y no hacían caso, pero los jefes de departamento sabían que se trataba de un código y se detenían a escuchar por si se trataba del suyo, en cuyo caso se apresuraban a responder. Meredith oyó dos campanadas cortas seguida de otra tras una breve pausa.

-Es mi código -dijo suspirando y poniéndose de pie-. Tengo que ir enseguida. Dentro de una hora hay una reunión de directivos y todavía tengo que leer unas notas.

-¡No les facilites nada! -dijo Lisa, mientras se agachaba para meterse de nuevo debajo de la mesa. A Meredith le recordó a una niña pelirroja y desgreñada que jugaba en una tienda improvisada en el comedor familiar. Meredith se dirigió al teléfono colgado de la pared, cerca de la puerta, y llamó a la operadora de los almacenes.

-Meredith Bancroft -dijo-. Acaba de tocar mi código.

-Sí, señorita Bancroft -confirmó la operadora-. El señor Braden, del departamento de seguridad, pregunta si puede usted acudir a la oficina con urgencia. Se trata de algo importante.

14

Las oficinas de seguridad estaban situadas en la planta sexta, discretamente escondidas tras una falsa pared. Como vicepresidenta de operaciones, el departamento de seguridad estaba bajo la jurisdicción de Meredith.

Rodeada de trenes eléctricos y victorianas casas de muñecas, abriéndose paso entre el gentío, Meredith avanzó pensando en quién habían atrapado esta vez. Si requerían su presencia, debía de tratarse de alguien importante, pues por un simple ratero no la llamarían. Tal vez se tratara de un empleado. Desde los ejecutivos hasta los vendedores eran sometidos a la más estricta vigilancia. Aunque los rateros cometían el ochenta por ciento delos hurtos, los mayores perjuicios económicos los causaba el otro veinte por ciento. A diferencia de aquellos, que solo podían robar lo que lograban

esconder, los empleados tenían muchas oportunidades y métodos para saquear diariamente las tiendas. El mes anterior, el departamento de seguridad había atrapado a un vendedor que había estado extendiendo créditos falsos a amigos, por inexistentes devoluciones de mercancía. Y dos meses atrás un comprador de joyería fue despedido por aceptar sobornos, hasta una suma de diez mil dólares, para adquirir artículos de inferior calidad, cosa que hizo en connivencia con tres proveedores. Meredith siempre creyó que había algo muy sórdido y enfermizo en un empleado ladrón o estafador de la empresa en que prestaba sus servicios. A ella le resultaba difícil no sentirse traicionada. Tensa, se detuvo ante una puerta sobre la que se leía: «Mark Braden, Director de Seguridad y Prevención de Pérdidas». Entró en la sala de espera anexa a la oficina de Mark.

Dos mujeres se hallaban sentadas en sendas sillas de vinilo y aluminio, pegadas a la pared. Una era joven, de poco más de veinte años; la otra, una anciana de más de setenta. Ambas estaban vigiladas por un guardia de seguridad uniformado. La joven se acurrucaba en la silla, con los brazos cruzados sobre el pecho y rastros de lágrimas en sus mejillas. Parecía pobre y asustada, una ruina humana. En agudo contraste, la anciana era el vivo retrato de la alegría y la elegancia: una muñeca antigua de porcelana, vestida con un traje Chanel rojo y negro. Se sentaba muy erguida, con el bolso de mano pegado a las rodillas.

--Buenos días, querida -gorjeó con voz aguda al ver a Meredith-. ¿Cómo te encuentras hoy?

-Muy bien, señora Fiorenza -contestó Meredith, ahogando su sentimiento de frustración al reconocer a la dama. El marido de Agnes Fiorenza no solo era un respetado pilar de la comunidad, padre de un senador del estado, sino también miembro del equipo directivo de Bancroft. Esto último hacía que la situación fuera muy delicada, razón por la cual Meredith había sido convocada por el jefe de seguridad-. ¿Cómo está usted? -le preguntó Meredith espontáneamente.

-Muy desdichada. Hace media hora que me tienen aquí, aunque le he dicho al señor Braden que se me está haciendo tarde. Dentro de media hora tengo que asistir a un almuerzo en honor del senador Fiorenza, que se sentirá contrariado sino me ve. Después tengo que hablar ante la Junior League. ¿Crees que podrías instar al señor Braden?

-Veré qué puedo hacer -le contestó Meredith, pero en su rostro no se reflejaba más que la indiferencia cuando abrió la puerta de Mark. Lo encontró bebiendo café, inclinado sobre su escritorio y hablando con el agente que había sorprendido a la joven ladronzuela.

Mark Braden eran un hombre atractivo, de cuarenta y cinco años, pelo rojizo y ojos castaños. Había sido especialista de seguridad en las fuerzas aéreas, y ahora, en Bancroft, se tomaba el trabajo tan a pecho como en su antiguo empleo. Meredith lo respetaba y confiaba en él, además de resultarle simpático.

-He visto a Agnes Fiorenza en la sala de espera. Quiere que te diga que por tu culpa va a llegar tarde a un almuerzo muy importante -comentó con tono irónico.

Braden levantó una mano con gesto de desesperanzado disgusto; luego la dejó caer y repuso:

-Mis instrucciones son que te las arregles tú con ese viejo murciélago.

-¿Qué ha robado esta vez?

-Un cinturón Lieber, un bolso Givenchy y esto. -Le mostró a Meredith unos grandes pendientes de cristal azul. Habrían quedado ridículos colgando de las orejas de la diminuta y anciana mujer.

-¿Cuánto crédito le queda? -preguntó Meredith, refiriéndose a la cuenta que el resignado marido de la dama mantenía abierta en los grandes almacenes para cubrir los hurtos de su mujer.

-Cuatrocientos dólares. No cubren lo robado.

-Hablaré con ella, pero primero me gustaría que me ofrecieras una taza de café. -Meredith estaba harta de pasar por alto la actitud de la anciana, mientras que otros, como la joven sentada a su lado, sentía sobre sus hombros todo el peso de la ley-. Le diré a los porteros que no dejen entrar a la señora Fiorenza -decidió Meredith conciente de que podría despertar las iras del marido de la mujer-. ¿Qué se llevaba la joven?

-Un traje de esquí de niño, mitones y un par de suéteres. Lo niega -añadió encogiéndose de hombros un gesto fatalista, al tiempo que le tendía a Meredith la taza de café-. La hemos grabado en vídeo. El valor total es de doscientos dólares.

Meredith asintió y bebió un sorbo de café. Le habría gustado de todo corazón que la pobre mujer hubiera confesado. Negando el hurto, obligaba a Bancroft a probarlo y a llevarla a los tribunales. De lo contrario, la empresa corría el riesgo de enfrentarse a una querella por detención injusta.

-¿Tiene antecedentes penales?

-Según mi contacto en el departamento de policía, no.

-¿La dejarías ir sin cargos si firma una confesión?

-¿Para qué?

-Llevarla ante el juez es caro, y además no está fichada. Por otra parte, me parece muy desagradable que una vez más, la señora Fiorenza salga de esta con una simple reprimenda por robar

artículos de lujo que muy bien puede pagar, mientras que una pobre mujer es denunciada por hurtar ropa para su hijo.

-Te propongo un trato. Tú destierras a Fiorenza y yo dejo ir a la otra con tal que confiese su hurto. ¿De acuerdo?

-De acuerdo -aceptó Meredith enfáticamente.

-Que entre la anciana -ordenó Mark al agente de seguridad.

La señora hizo su entrada envuelta en una nube de perfume Joy, sonriendo pero con una ligera expresión de turbación.

-Dios mío, cuánto me ha hecho esperar, señor Braden.

-Señora Fiorenza -dijo Meredith, tomando las riendas del asunto-, ya son muchas las veces que nos pone usted en un compromiso a causa de su insistencia de llevarse cosas sin pagar por ellas.

-Oh, Meredith, se que puedo resultar fastidiosa, pero eso no justifica tu tono de censura.

-¡Señora Fiorenza! -exclamó Meredith irritada, al ver que la mujer le hablaba como si se estuviera dirigiendo a un niño mal educado-. Hay gente que se pasa años en la cárcel por robar cosas de menor valor que esas. -Señaló el cinturón, el bolso y los pendientes-. Ahí era hay una joven que ha robado ropa de abrigo para un niño, y corre el peligro de terminar en la cárcel. En cambio usted... usted roba tonterías que no necesita...

-Por el amor de Dios, Meredith -interrumpió la señora Fiorenza, asombrada-, No irás a pensar que tomé esos pendientes para mi uso personal. No soy tan egoísta, lo sabes muy bien. También hago obras de caridad.

Confusa, Meredith vaciló.

-¿Insinúa que dona las cosas que hurta? ¿Cosas como estos pendientes?

-¡Qué graciosa! -replicó la anciana alzando su cara de muñeca china con expresión escandalizada-. ¿Qué caridad sería esa? Estos pendientes son horribles. Los cogí para dárselos a mi doncella. Tiene un gusto detestable y la harán feliz. Aunque en mi opinión deberías decirle a quien los compró para Bancroft que artículos así no favorecen en nada la imagen del negocio. Están bien para Goldblatt, pero...

-Señora Fiorenza -le interrumpió Meredith sin hacer caso de las absurdas palabras de la señora-, el mes pasado le advertí que si volvíamos a sorprenderla llevándose algo no tendría más remedio que prohibirle entrada.

-No hablas en serio.

-Muy en serio.

-¿Vas a prohibirme la entrada?

-Sí.

-¡Es un ultraje!

-Lo siento.

-Mí marido lo sabrá -declaró la anciana, con voz más bien tímida y patética.

-Se enterará si usted se lo dice -puntualizó Meredith, intuyendo que la dama sentía más miedo que ira.

La señora Fiorenza irguió la cabeza y habló, pero su tono desmentía el desdén de sus palabras:

-No tengo el menor deseo de volver a hacer compras aquí. En lo sucesivo, lo haré en I. Magnin. Allí no se les ocurriría, ni remotamente, tener en el mostrador unos pendientes tan horrorosos como estos.

Cogió el bolso que momentos antes había dejado sobre el escritorio, se arregló el suave y blanco pelo con las manos y salió con aire altivo. Apoyada contra la pared, Meredith miró a los dos empleados de seguridad y bebió un sorbo de café. Se sentía triste e incómoda como si hubiera abofeteado a una anciana. Después de todo, el marido de la señora Fiorenza desembolsaba el valor de los robos de su mujer. En consecuencia, Bancroft no perdía dinero... excepto cuando la ladrona escapaba impune.

Al cabo de unos segundos Meredith se dirigió a Mark.

-¿No te parece que tenía un aspecto... patético? A mí me dio esa impresión.

-A mí no.

-Es por su propio bien, supongo -prosiguió Meredith al tiempo que escrutaba la extraña mirada del jefe de seguridad-. Tal vez al castigarla en lugar de hacer la vista gorda le hayamos dado una lección. ¿De acuerdo?

Braden sonrió con lentitud, como si estuviera divirtiéndose. Luego, sin responder a Meredith, tomó el teléfono y apretó cuatro botones.

-Dan -dijo a uno de los agentes de seguridad de la planta principal-, la señora Fiorenza va a salir.

Detenla e insiste en que te entregue el cinturón Lieber que lleva en el bolso. Exacto -prosiguió sonriendo ante la sorprendida expresión de Meredith-, el mismo cinturón por cuyo robo la has detenido antes. Se lo acaba de llevar de mi escritorio.

Cuando colgó, Meredith se había sacudido su asombrada pesadumbre. Miró su reloj y pensó en la reunión de directivos.

-Te veré más tarde en la reunión. ¿Tienes listo tu informe?

-Sí. Mi departamento marcha bien. Hemos reducido las pérdidas aproximadamente en un ocho por ciento en relación con el año pasado.

-Eso es maravilloso -comentó Meredith con sinceridad.

Ahora más que nunca, Meredith deseaba que su división resplandeciera. El cardiólogo de su padre insistía en que este debería retirarse de Bancroft o, en el peor de los casos, tomarse seis meses de vacaciones. Philip se había decidido por la última opción y, el día anterior, se había entrevistado con el directorio para discutir quién lo sustituiría en la presidencia mientras él estaba ausente. Más allá de eso, Meredith solo sabía que aspiraba ardientemente a ser ella la presidenta en funciones. Al menos cuatro de los otros vicepresidentes votarían a su favor. Había trabajado muy duro, más que nadie, y aunque no durante tanto tiempo como dos de los vicepresidentes, lo había hecho con una diligencia feroz y con un éxito que nadie podía negarle. Además, la presidencia de la compañía la había ostentado siempre un Bancroft y, de no ser ella una mujer, sin duda habría sustituido inmediatamente a su padre, con el beneplácito de todos. Su abuelo era más joven que ella cuando se hizo cargo de la presidencia, pero no había tenido que luchar contra el prejuicio paterno según el cual las mujeres estaban descartadas, ni tampoco contra un consejo de administración todopoderoso. El poder del consejo era, en parte, producto de la política de la propia Meredith que, con arduos esfuerzos, consiguió su objetivo de expansión. Se había necesitado mucho capital para instalar sucursales en otras ciudades, y tanto dinero solo se obtuvo cotizando en bolsa. Hubo que vender acciones del paquete de Bancroft, y ahora cualquiera podía tener una participación, equivalente a un voto. Como resultado, los integrantes de la junta eran elegidos por los accionistas -a los que tenían que rendir cuentas de su gestión-, en lugar de ser títeres escogidos y controlados por Philip Bancroft. Lo peor para Meredith era que todos los miembros de la junta poseían grandes paquetes de acciones, lo que les otorgaba mayor poder de voto. No obstante, había un aspecto positivo, y era que muchos de ellos habían figurado entre los doce miembros del antiguo consejo; eran viejos amigos o conocidos del mundo de los negocios del padre y del abuelo de Meredith. Estos tendían a obrar todavía según las indicaciones de Philip Bancroft.

Meredith necesitaba la presidencia interina para demostrarle a su padre y al directorio que, cuando él se jubilara, ella podía sustituirlo con toda solvencia.

Si su padre la recomendaba como presidenta interina, sin duda los miembros de la junta la aceptarían. Sin embargo, Philip no se había mostrado entusiasmado ante la idea de que Meredith lo sustituyera. En realidad no había dicho nada en un sentido ni en otro, lo que a su hija le resultaba indignante. De la reunión de Philip con la junta no había trascendido nada, ni siquiera la fecha del nombramiento de un presidente interino.

Meredith dejó la taza de café sobre la mesa de Mark y observó el pequeño traje de invierno hurtado por la joven que estaba sentada en la sala de espera. La prenda le recordó que nunca podría ser madre y sintió la punzada de tristeza que este pensamiento solía provocarle. No obstante, hacía tiempo que había aprendido a ocultar sus emociones en el trabajo. Sonrió con normalidad y, dirigiéndose a la puerta, dijo:

-Hablaré con la mujer ahí fuera. ¿Cómo se llama?

Mark le dio el nombre y Meredith salió de la oficina.

-Soy Meredith Bancroft, señora Jordan.

La ladrona, una joven madre de tez pálida, se puso de pie.

-He visto su fotografía en los diarios -musitó Sandra Jordan-. Sé quién es usted. ¿Y qué?

-Bueno, si usted sigue negando haber cometido estos robos, la empresa no tendrá más alternativas que acusarla judicialmente.

Tan hostil era la actitud de la señora Jordan, que si Meredith no hubiera sabido lo que se había llevado y no hubiera advertido el brillo de las lágrimas en sus ojos, habría renunciado a ayudarla.

-Escúcheme con atención, señora Jordan, porque quiero ayudarla. Si no sigue mi consejo tendrá que cargar con las consecuencias. Supongamos que usted se empeña en negar el robo y que la dejamos ir sin denunciarla y sin demostrar su culpabilidad. En tal caso, usted podría acusarnos de detención y retención ilegal. La empresa no puede arriesgarse a ser objeto de una querella judicial de esta índole, por lo que si usted insiste en su actitud, nos obligará a pasar por todo el proceso jurídico, puesto que la

hemos detenido. ¿Me he explicado bien? Hay un vídeo en que se la ve hurtando prendas de niño. Fue filmado por una de las cámaras de seguridad. Se lo mostraremos al tribunal, no solo para probar que usted es culpable, sino sobre todo para probar que nosotros somos inocentes del delito de acusarla sin razón. ¿Comprende?

Meredith hizo una pausa y miró fijamente el rostro rígido de la joven, incapaz de adivinar si esta se daba cuenta de que le estaba tendiendo un cable.

-¿Debo creer que ustedes sueltan a los ladrones de tiendas con tal que admitan su culpabilidad? -inquirió entre incrédula y desdeñosa.

-¿Es usted una ladrona, señora Jordan? -le replicó Meredith-. ¿Una vulgar ladrona? -Antes de que la mujer contestara, añadió-: Las ladronas de su edad suelen llevarse vestidos para ellas, o joyas y perfumes. Usted ha robado ropa de niño. Prefiero pensar que es una madre desesperada, que actúa por la necesidad de que su niño no pase frío.

La joven, más acostumbrada a enfrentarse con un mundo cruel que con uno amable, se derrumbó ante Meredith. Las lágrimas le rodaban por las mejillas.

-He visto en la tele que nunca se debe admitir nada sin la presencia de un abogado.

-¿Tiene abogado?

-No.

-Si no admite el robo necesitará uno.

Sandra Jordan tragó saliva y dijo:

-Antes de confesar, ¿firmaría usted un escrito... un papel legal, renunciando a acusarme ante la policía?

Aquella propuesta era nueva para Meredith. Sin consultar con los abogados de la empresa no podía estar segura de que tan inusual procedimiento no acarreara luego complicaciones jurídicas como por ejemplo un soborno o algo parecido. Así pues, meneó la cabeza.

-Complica usted las cosas innecesariamente, señora Jordan.

La joven madre se estremeció entre el miedo y la duda. Exhaló un hondo y tembloroso suspiro y luego preguntó a Meredith:

-Si confieso haber robado esas prendas, ¿me da usted al menos su palabra de que luego no me echará a la policía encima?

-¿Aceptaría mi palabra? -inquirió Meredith a su vez.

La señora Jordan contempló un instante el rostro de Meredith.

-¿Debería hacerlo? -preguntó por fin, con voz temblorosa a causa del miedo.

Meredith asintió con una expresión dulce en el rostro.

-Sí -respondió.

Tras vacilar de nuevo un instante, volvió a suspirar y finalmente susurró, asintiendo con la cabeza.

-Sí. Yo... robé esas cosas.

Mark Braden había salido del despacho y Meredith le miró de reojo.

-La señora Jordan admite los hechos.

-Está bien -dijo Mark con tono inexpresivo. Llevaba en la mano un impreso, que le tendió a la triste mujer junto con un bolígrafo.

--Usted no mencionó -dijo Sandra, mirando a Meredith- que tendría que firmar una confesión.

-Cuando la haya firmado, podrá marcharse -le aclaró Meredith con voz amable, y la mujer volvió a mirarla fijamente. Luego, con mano temblorosa, firmó y le devolvió el papel impreso a Mark Braden.

-Puede marcharse, señora Jordan -dijo Braden. La joven se agarró al respaldo de la silla, apunto de sufrir un desmayo de alivio. Clavó la mirada en Meredith.

-Gracias, señorita Bancroft.

-De nada.

Meredith caminaba ya por el pasillo y estaba a punto de llegar a la sección de juguetería cuando la alcanzó Sandra Jordan.

-¿Señorita Bancroft? -Meredith se volvió y la joven siguió hablando-. La he visto... en las noticias de la tele varias veces, aunque en sitios lujosos, vestida con pieles y trajes a medida. Bueno, quiero decirle que en persona es aún más bonita.

-Gracias -le contestó Meredith, sonriendo con cierta timidez.

-Y... quiero que sepa que nunca hasta hoy había robado nada. -Sus ojos parecían suplicar a Meredith que la creyera-. Mire -dijo sacando una billetera de la cartera y mostrándole una fotografía. Era el rostro de un bebé de enormes ojos azules y una encantadora sonrisa desdentada-. Es mi hija Jenny -anunció Sandra con voz sombría y tierna-. Enfermó gravemente la semana pasada. Según el

médico, necesita más calor, pero no puedo pagar la electricidad. Pensé que si tenía prendas de abrigo... -Se le llenaron los ojos de lágrimas-. Cuando quedé embarazada el padre me abandonó, pero no importa porque Jenny y yo estamos juntas y es todo lo que necesitamos. Pero si perdiera a Jenny... no podría resistirlo. -Abrió la boca como para añadir algo, pero luego echó a correr por el pasillo entre cientos de osos de peluche. Meredith la siguió con la mirada, pero en su mente solo había sitio para el bebe de la fotografía, con su moño rosa en el pelo y su sonrisa de querubín.

Poco después, un agente de seguridad detenía a Sandra Jordan cuando esta alcanzaba la puerta del establecimiento.

-Señora Jordan, espere un momento al señor Braden -le ordenó el agente

Sandra se echó a temblar al comprender que le habían tendido una trampa al firmar la confesión. Sin duda sería detenida por la policía. Vio venir a Braden, que llevaba una gran bolsa transparente de Bancroft en la mano. Sandra clavó la mirada en el trajecito de invierno, en los suéteres, en todo cuanto había robado. Por si fuera poco, habían añadido un osito de peluche, algo que ella no intentó llevarse.

-¡Me han mentido! -exclamó con voz estrangulada cuando Mark Braden le tendió la bolsa.

-Estas cosas son para usted, señora Jordan -le informó el jefe de seguridad, con una sonrisa impersonal y con el tono de quien está lanzando un discurso y cumpliendo órdenes. Inmersa en una bruma de gratitud e incredulidad, Sandra cogió la bolsa y se la llevó protectoramente al pecho-. Feliz Navidad de parte de Bancroft -añadió Mark con voz queda. Pero Sandra sabía que aquellos regalos no procedían de él ni de la empresa. Elevó la mirada al techo y, con los ojos llenos de lágrimas, trató de encontrar a la hermosa joven que había contemplado la foto de Jenny con sonrisa tan cariñosa. Creyó verla, a Meredith Bancroft, de pie, con su abrigo blanco, allá arriba, sonriéndole. Creyó verla, pero no estaba segura porque la emoción la cegaba.

-Dígale -susurró con voz ahogada a Braden- que Jenny y yo le damos las gracias.

15

Las oficinas de los ejecutivos estaban situadas en la planta catorce, a ambos lados de un amplio pasillo alfombrado, que se abría en abanico en varias direcciones en el espacio circular de la zona de recepción.

En las paredes de la recepción colgaban las fotografías de todos los presidentes de Bancroft Los marcos, dorados, lucían bellos adornos. Confortables sillones y sofás ofrecían al visitante un cómodo descanso durante su espera. A la izquierda del escritorio de la recepcionista se hallaba el despacho y la sala de reuniones privadas, que tradicionalmente ocupaba el presidente de Bancroft. A la derecha estaban las oficinas de los ejecutivos, y los despachos de las secretarias estaban separadas por tabiques de madera de caoba tallada, que eran funcionales y ornamentales a la vez.

Meredith salió del ascensor e instintivamente dirigió la mirada hacia la fotografía de James Bancroft, el fundador de Bancroft & Company, su bisabuelo. «Buenas tardes, bisabuelo», se dijo la joven, como solía hacer desde su niñez. Sabía que era una tontería, pero el hombre de la fotografía, con su abundante barba y pelo rubio y el cuello almidonado tenía algo que le inspiraba afecto. Eran los ojos. A pesar de la pose de extremada dignidad, aquellos vivos ojos azules despedían al mismo tiempo una mirada audaz y traviesa.

Sin duda había sido un hombre audaz. En 1891 James Bancroft decidió romper con una tradición: en lo sucesivo cobraría los mismos precios a todos los clientes. Hasta entonces, los compradores locales pagaban menos que los forasteros, tanto si acudían a Bancroft como a otro almacén.

James Bancroft colocó un discreto letrero en el escaparate de su establecimiento, a la vista de los transeúntes: «Un precio para todo el mundo». Poco después, James Cash Pinney, otro atrevido comerciante de Wyoming, adoptó la misma medida y al cabo de una década pasó por ser el introductor de la misma. Sin embargo, Meredith sabía, puesto que lo había leído en un viejo diario, que fue Bancroft y no Pinney quien unificó primero los precios para una clientela heterogénea.

A los retratos de sus otros antepasados Meredith apenas les dedicaba una mirada de soslayo, y aquel día ninguna. Su atención estaba puesta en la reunión del día.

Cuando Meredith entró en la sala de conferencias, advirtió que reinaba un extraño silencio. La atmósfera era tensa. Como la propia joven, todos albergaban la esperanza de que Philip Bancroft ofreciera en la sesión de hoy una clave con respecto a su sustituto temporal. Meredith se sentó en una silla, a un extremo de la larga mesa, y saludó con la cabeza a los nueve hombres y una mujer que, como ella, ostentaban el rango de vicepresidentes y constituían el cuadro ejecutivo de Bancroft. En la empresa la jerarquía era eficiente y estaba formada de una manera muy simple. Además del interventor, responsable de la división financiera, y del asesor jurídico en jefe, que dirigía el departamento jurídico, había otros cinco vicepresidentes que al mismo tiempo eran gerentes de las

Librodot

distintas secciones. Todos ellos se encargaban de las compras no solo de la central de Bancroft, en Chicago, sino también de las sucursales. Por separado, cada uno de ellos era responsable de un determinado grupo de artículos. Contaban con gerentes propios, que les rendían cuentas, y estos a su vez tenían comerciales y oficinistas subordinados. Pero en última instancia, eran los vicepresidentes quienes cargaban con la responsabilidad de los éxitos o los fracasos de sus respectivos departamentos.

La posición de Meredith como vicepresidente de operaciones era especial. Sobre ella recaía la responsabilidad del resto de las caras de Bancroft. Desde seguridad y personal hasta expansión y planificación, todo giraba en su órbita. Pero ella había encontrado su sitio en esta última área, donde la huella de la joven era ya visible en la comunidad de comerciantes. En efecto, aparte de los cinco nuevos grandes almacenes inaugurados bajo su mandato, había terrenos para otros cinco edificios, y de hecho en dos de ellos ya estaban construyendo.

La otra mujer sentada a la mesa de conferencias estaba a cargo de la comercialización creativa. Su misión consistía fundamentalmente en predecir los nuevos rumbos la moda y, en consecuencia, hacer recomendaciones a los cinco vicepresidentes encargados de las compras generales. Theresa Bishop era el nombre de la mujer que en la actualidad ostentaba este cargo. Sentada frente a Meredith, hablaba en voz baja con el interventor.

-Buenos días.

La voz de Philip Bancroft sonó fuerte y viva. Con paso enérgico se dirigió a la cabecera de la mesa y ocupó su sitio. Sus siguientes palabras pusieron en tensión a todos los presentes.

-Si se preguntan ustedes si he tomado ya una decisión en cuanto al presidente interino, la respuesta es no. Cuando lo haga, serán debidamente informados. Propongo que aparquemos este asunto y vayamos al grano, esto es, la situación del negocio. -Se volvió hacia Ted Rothman, el vicepresidente encargado de la compra de cosméticos, ropa íntima, zapatos y abrigos-. Ted, según informes de anoche, en todas nuestras sucursales las ventas de abrigos han bajado un once por ciento con respecto a la misma semana del año pasado. ¿Qué explicación tienes?

-Mi explicación -le contestó Rothman con una sonrisa- es que el invierno se ha demorado *y* los clientes están aplazando las compras de prendas de abrigo. Una cosa así es de esperar. -Se levantó y se dirigió a una de las pantallas de ordenador empotradas en un armario de la pared y empezó a manipular el teclado. Hacía tiempo que el sistema informático de los grandes almacenes había sido puesto al día, a un alto costo, por Meredith. De este modo, siempre estaban disponibles las cifras de cualquier departamento, así como las cifras de la semana, del mes o del año anterior, con lo cual se establecían comparaciones de inmediato-. Las ventas de abrigos de Boston, donde las temperaturas bajaron este fin de semana... -hizo una pausa, observando la pantalla- han subido un diez por ciento en relación con la semana pasada.

-¡No me interesa la semana pasada! Quiero saber por qué las ventas de abrigos son inferiores a las del año pasado.

Meredith había hablado por teléfono con un contacto en la revista *Women's Wear Daily.* Miró a su padre, que se estaba exaltando.

-Según WWD -intervino-, las ventas de abrigos han descendido en todas las cadenas, no solo en la nuestra. En la edición de la semana que viene saldrá un artículo sobre ello.

-No quiero excusas, sino explicaciones -replicó su padre mordazmente. Meredith se estremeció. Desde el día en que le había obligado a admitir su valor como ejecutivo de Bancroft, Philip se había esforzado por demostrarle, a ella y a todos los demás, que no por ser su hija iba a recibir un trato preferencial. Más bien todo lo contrario.

-La explicación -dijo Meredith con voz serena- está en las chaquetas. Las ventas de chaquetas de invierno han subido un doce por ciento en toda la nación. Compensan el descenso de la venta de abrigos.

Philip se limitó a asentir con la cabeza. Luego se volvió hacia Rothman y lo interpeló con voz cortante.

-¿Qué vamos a hacer con los abrigos sobrantes?

-Hemos reducido nuestras compras, Philip -le informó Rothman, manteniendo la calma-. No esperamos tener excedentes. -Al ver que no añadía que Theresa Bishop le había recomendado comprar más chaquetas y menos abrigos, Gordon Mitchell, el vicepresidente a cargo de la adquisición de vestidos, accesorios y ropa infantil, no perdió la oportunidad de denunciar la omisión de este dato.

-Si mal no recuerdo -intervino-, compramos chaquetas en lugar de abrigos porque Theresa nos informó de que la tendencia de las mujeres a llevar faldas más cortas induciría a comprar chaquetas y no abrigos. -Meredith sabía que si Mitchell había hablado en favor de Theresa no era porque quisiera ensalzarla, sino porque no podía consentir que Rothman se anotara el punto. Mitchell nunca perdía una oportunidad de ridiculizar a los otros vicepresidentes de compras. Era un hombre mezquino y malicioso, que a Meredith le había inspirado repulsión desde el primer momento, a pesar de ser atractivo.

Librodot

-Estoy seguro de que todos somos conscientes de la clarividencia de Theresa en lo que respecta a las tendencias de la moda -comentó Philip maliciosamente. No le gustaba que las mujeres fueran vicepresidentes y todo el mundo lo sabía. Theresa suspiró pero no miró a Meredith en busca de complicidad y simpatía, pues en ese caso ambas darían indicios de mutua dependencia y, por lo tanto, de debilidad. Sabían que no podían permitirse el lujo de parecer vulnerables ante los ojos de su formidable presidente.

Philip ojeó sus notas y luego se encaró de nuevo con Ted Rothman.

-¿Qué hay del nuevo perfume que se dispone a introducir esa estrella del rock?

-Carisma -se apresuró a aclarar Rothman, que conocía también el de la rockera-. Se llama Cerril Alderly. Además de estrella del rock es un símbolo sexual que...

-Sé quién es -lo interrumpió Philip-. ¿Seremos nosotros quienes obtengamos la primicia?

-Todavía no lo sabemos -repuso Rothman, incómodo. Los perfumes eran uno de los productos que más beneficios generaban. Tener la exclusividad de introducir una nueva esencia en una gran ciudad era todo un golpe, que implicaba publicidad gratis por parte del fabricante y de la estrella que acudía a los grandes almacenes a efectuar la promoción. Como consecuencia, un gran flujo de compradoras se arremolinaban ante los mostradores para probar el último producto y adquirirlo.

-¿Qué quieres decir con eso de que aún no lo sabemos? Afirmaste que estaba virtualmente arreglado.

-Aderly está poniendo trabas -admitió Rothman, cada vez más nervioso-. Según tengo entendido, quiere echar por la borda su imagen de estrella del rock y adquirir la de buena actriz, pero...

Philip dejó caer el bolígrafo sobre la mesa. En su rostro se dibujaba una expresión de disgusto.

-¡Por Dios! Me importan un bledo los proyectos personales de esa señora. Lo único que quiero saber es si será Bancroft quien presente el perfume, y si no es así, por qué no.

-Philip, estoy intentando explicártelo -dijo Rothman con tono afable-. Aderly quería presentar su nuevo perfume en un establecimiento con clase, que apoyara su nueva imagen.

-¿Y qué otro tiene más clase que Bancroft? -replicó Philip, frunciendo el entrecejo. Sin esperar respuesta, prosiguió-: ¿Sabes si está manteniendo contactos con algún otro establecimiento?

-Sí. Con Marshal Field.

-Un sinvergüenza. Field no está ni remotamente a nuestra altura. No pueden hacer por Aderly lo que haríamos nosotros.

-En este momento, el problema parece ser precisamente nuestra «clase». -Ted Rothman alzó la mano con gesto conciliador cuando vio que el rostro de Philip enrojecía de ira-. Escucha. Cuando empezamos a negociar con Aderly, ella deseaba dar una imagen de clase, pero ahora su agente y sus consejeros le aconsejan que es un error enterrar su imagen de gran rockera y de símbolo sexual, que tantos adeptos conquistó entre los adolescentes. Por eso han entablado negociaciones con Field. Sería una especie de compromiso, un término medio entre ambas imágenes.

-Quiero la exclusiva, Ted -declaró Philip lisa y llanamente-. Lo digo en serio. Ofréceles un porcentaje mayor de los beneficios, si es necesario. O diles que contribuiremos a sus gastos de publicidad en Chicago. No ofrezcas más de lo estrictamente indispensable.

-Haré todo lo que pueda.

-¿No es eso lo que has estado haciendo desde el principio? -lo desafió Philip y, sin esperar respuesta, se dirigió al vicepresidente sentado al lado de Rothman y luego a todos los demás, uno por uno. Todos fueron sometidos al mismo interrogatorio. Las ventas eran excelentes y sus hombres, personas muy capaces, cosa que Philip sabia de sobra. Sin embargo, su talante había empeorado en proporción directa a su estado de ánimo.

Gordon Mitchell fue el último en sufrir las lacerantes críticas de su presidente.

-Los vestidos Dominic Avanti son infernales. Parecen restos de serie del año pasado y no se venden.

-Una de las razones de su escasa salida -prorrumpió Mitchell con tono amargo y acusador, clavando la mirada en el jefe de Lisa- es que su gente hizo lo que pudo para que los artículos Avanti parecieran ridículos. ¿Qué idea fue esa de poner a los maniquíes sombreros y guantes con lentejuelas?

El jefe de Lisa, Neil Nordstrom, miró con aire desafiante al furioso vicepresidente. Era una mirada plácida e irónica.

-Por lo menos -declaró- Lisa Pontini y su equipo se las arreglaron para que pareciera interesante algo que no lo es.

-¡Basta, caballeros! -intervino Philip, un tanto cansado-. ¿Sam? -Sam Green se sentaba a su izquierda y era el principal asesor jurídico de la firma-. ¿Qué hay de la querella que entabló contra nosotros aquella mujer...? La que dijo haber tropezado en la sección de muebles y haberse dañado la espalda.

-Un fraude -repuso Sam-. Nuestra aseguradora ha descubierto que esta es la quinta querella que entabla contra comerciantes, y siempre por la misma razón. No vamos a llegar a ningún acuerdo con

ella, y si nos lleva ante el juez, sin duda perderá.

Philip asintió y su fría mirada se posó en Meredith.

-¿Qué hay de los contratos de bienes inmuebles en Houston? ¿Estás empeñada en comprar?

-Sam y yo estamos perfilando los últimos detalles. El vendedor consiente en dividir su propiedad y nosotros estamos dispuestos a redactar un contrato.

Philip le respondió con un leve gesto de asentimiento. Haciendo girar su sillón, se encaró con el interventor, sentado a su derecha.

-Y tú, Allen. ¿De qué tienes que informarnos?

El interventor tenía la mirada fija en su arrugado bloc de notas amarillo. Como encargado principal de las finanzas de la Bancroft Corporation, Allen Stanley estaba al mando de todas las cuestiones económicas, incluyendo el departamento de crédito de la firma. En opinión de Meredith, el hecho de que Stanley estuviera medio calvo y aparentara diez años más de los cincuenta y cinco que tenía, se debía, con toda probabilidad, a sus veinte años de tensas refriegas dialécticas con su presidente, Philip Bancroft. Los interventores y sus equipos no generaban ingresos, como tampoco las divisiones jurídicas y de personal. En lo que a Philip concernía, estas tres divisiones debían ser toleradas como un mal necesario, pero las consideraba poco más que parasitarias. Además, a Philip lo enfurecía que los jefes de estas divisiones siempre estuvieran explicándole por que no podían hacer esto o lo otro, en lugar de explicarle cómo hacerlo y aportar soluciones. A Allen Stanley le faltaban cinco años para retirarse, y a veces Meredith se preguntaba si ese hombre viviría para verse jubilado.

Cuando Allen habló, lo hizo con voz cuidadosamente precisa, pero también, y todos lo advirtieron, un tanto vacilante.

-El mes pasado tuvimos un número sin precedentes de peticiones de tarjetas de crédito. Casi ocho mil.

-¿Cuántas has aprobado?

-Alrededor del sesenta y cinco por ciento.

-¿Cómo diablos justificas el rechazo de tres mil peticiones sobre un número de ocho mil? -replicó Philip furioso, subrayando cada palabra con un golpe de su Waterman sobre la mesa-. ¡Estamos intentando aumentar el número de clientes con tarjetas de crédito y tú los rechazas con la misma rapidez con que ellos acuden a nosotros! No será necesario que te diga que esas tarjetas de crédito nos reportan intereses suculentos. Y todo ello sin contar las compras que tres mil clientes potenciales no harán en Bancroft porque no se les ha concedido una tarjeta de crédito. -Como si de pronto se acordara de su débil corazón, hizo un esfuerzo para calmarse que no pasó inadvertido a Meredith.

-Las peticiones rechazadas eran de gente que no merece crédito, Philip -le contestó Allen con voz firme y razonable-. Tramposos que no pagan sus compras ni el interés de sus tarjetas. Puedes pensar que perdemos dinero al rechazar esas solicitudes, pero en mi opinión le hemos ahorrado a Bancroft una fortuna en impagos. He establecido requisitos básicos, sin los cuales no se da una tarjeta, y esas tres mil personas no cumplían tales requisitos.

-Porque son demasiado estrictos -intervino Gordon Mitchell.

-¿Qué te hace pensar eso? -le preguntó Philip, siempre dispuesto a encontrar en falta al interventor.

-Lo digo -replicó Mitchell con maliciosa satisfacción- porque mi sobrina me ha contado que Bancroft acaba de rechazar su petición de una tarjeta.

-Entonces es que no merece crédito -replicó el interventor.

-¿De veras? -inquirió a su vez Mitchell, arrastrando las palabras-. ¿Será por eso que Field y Macy le han renovado sus tarjetas? Según mi sobrina, que es estudiante universitaria de tercer año, en la negativa decías que no tenía un historial de crédito adecuado. Supongo que eso significa que no pudiste encontrar dato alguno sobre ella, ni positivo ni negativo.

El interventor asintió, con su pálido rostro crispado.

-Es obvio que si eso es lo que decía nuestra carta, es lo que en efecto sucedió.

-¿Y qué me dices de Field y Macy? -exigió Philip, inclinándose hacia delante-. Por lo visto tienen más acceso a la información que tú y tu gente.

-Te equivocas. Todos obtenemos la información de la misma fuente, la misma oficina de crédito. Es evidente que las exigencias de esas tiendas no son tan estrictas como las mías.

-¡No son tuyas, maldita sea! Esta firma no es tuya...

Meredith intercedió, consciente de que el interventor defendería sus actos y los de su equipo con toda vehemencia, pero no se atrevería a atacar a Philip recordándole sus propias deficiencias, incluyendo esta. Movida por el generoso deseo de sacar a Stanley del atolladero, y evitar una prolongada batalla dialéctica que tendrían que sufrir pasivamente todos, interrumpió la diatriba de su padre.

-La última vez que hablamos de este asunto -le dijo a Philip con voz cortés pero firme- afirmabas que los hechos demuestran que los estudiantes universitarios a menudo son malos pagadores. Tú

Librodot

mismo ordenaste a Allen que les negara la tarjeta de crédito salvo en raras excepciones.

Se produjo un grave silencio en la sala de reuniones, el silencio temeroso y expectante que surgía siempre que Meredith se oponía a su padre. Pero hoy la tensión era más evidente que nunca, porque todos esperaban un signo de indulgencia por parte de Philip para con su hija... en el caso de que ella fuera la elegida para sucederle en la presidencia interina. En realidad, Philip Bancroft no era más exigente que sus colegas de Saks o Macy o cualquier otro gran comerciante al por menor. Meredith lo sabía. Lo que la molestaba no eran sus exigencias, sino sus maneras bruscas y su estilo autocrático. Los ejecutivos reunidos alrededor de aquella mesa eran personas que habían elegido esa profesión sabiendo de antemano que exigía un trabajo frenético. La jornada de sesenta horas semanales no era la excepción, sino la norma, si uno quería llegar hasta la cima. Meredith, como el resto, lo sabía, como también sabía que en su caso concreto aún sería peor. Tendría que librar una batalla más dura y larga que los demás, si quería alcanzar una presidencia que le habría sido otorgada con menos esfuerzo de no haber nacido mujer.

Había decidido intervenir en el debate sabiendo que, si por una parte podía ganarse el respeto de su padre, por la otra sufriría su desproporcionado resentimiento. Philip le dedicó una mirada desdeñosa.

-¿Qué sugerirías tú, Meredith? -le preguntó, sin desmentir ni confirmar que, en efecto, era él quien se había mostrado contrario a la concesión de tarjetas a los estudiantes.

-Lo mismo que sugerí la última vez. A los estudiantes universitarios sin antecedentes negativos deberíamos otorgarles la tarjeta pero con un crédito máximo de, pongamos, quinientos dólares. Al final del año, si la gente de Allen está satisfecha con los pagos, podría ampliarse ese crédito.

Philip la miró un momento, luego prosiguió con el orden del día, como si no hubiera oído las palabras de su hija. Una hora después, cerró su carpeta de piel de ciervo con las notas de la reunión y se dirigió a los presentes.

-Hoy tengo una desmesurada agenda de reuniones. Caballeros... y señoras -añadió con voz condescendiente que a Meredith siempre le despertaba deseos de darle un puntapié-, no podemos detenernos a pasar revista a los mejores vendedores de la semana. Se aplaza la reunión. -Luego, con tono indiferente, se dirigió a Allen Stanley-. Concédeles tarjetas a los estudiantes que no tengan malos antecedentes. Por ahora les pondremos un techo de quinientos dólares.

Eso fue todo. No felicitó a Meredith por la idea, no le dijo una sola palabra de reconocimiento. Se comportó como lo hacía casi siempre que su hija demostraba tener buen criterio: terminaba aceptando sus sugerencias, pero con reservas y sin una palabra de alabanza. No obstante, todo el mundo sabía que las sugerencias de Meredith eran muy valiosas. Incluso Philip Bancroft.

Meredith reunió sus notas y salió de la sala de reuniones al lado de Gordon Mitchell que, aparte de ella misma, era el candidato a la presidencia interina con más posibilidades. Ambos lo sabían. Gordon tenía treinta y siete años y más experiencia que Meredith en el comercio minorista, lo que le confería una ligera ventaja; pero en cambio, hacía solo tres años que trabajaba en Bancroft, contra los siete de ella. Y, aún más importante, Meredith había encabezado la expansión de Bancroft por el país. Para conseguirlo tuvo que discutir con padre y luego convencer a los banqueros de la empresa, remisos a otorgar préstamos de tanta envergadura. Ella misma había elegido la ubicación de cada nueva sucursal y había tenido un papel básico durante el período de construcción primero y de abastecimiento después, incluyendo la infinidad de detalles que una empresa así conllevaba. Por todo ello, y por su amplia experiencia previa de trabajo en las distintas divisiones de Bancroft, era un candidato mucho más versátil que Mitchell. Su visión global de la empresa era más amplia.

Meredith lanzó una mirada de soslayo a su competidor y se dio cuenta de que este estaba observándola con expresión calculadora.

-Philip me ha dicho que cuando se vaya hará un crucero, siguiendo las indicaciones de su médico -empezó a decir Gordon mientras avanzaban por el alfombrado pasillo, flanqueado por las mesas de las secretarias de los vicepresidentes..... ¿Dónde piensa...? -Se interrumpió al ver que su secretaria se ponía de pie y, elevando un poco la voz, le informaba de una llamada.

-El señor Bender está en la línea privada. Según su secretaria se trata de algo urgente.

-Le dije que no atendiera el teléfono de mi línea privada, señorita Debbie -le replicó Gordon con acritud. Se excusó ante Meredith y entró en su despacho, cerrando la puerta tras de sí.

Fuera, Debbie Novotny se mordió un labio y observó como se alejaba Meredith Bancroft. Siempre que llamaba la «secretaria del señor Bender», Gordon se ponía tenso, se excitaba visiblemente; y por supuesto, siempre cerraba la puerta para que no se oyera la conversación telefónica. Hacía ya casi un año que venía prometiéndole matrimonio a Debbie tan pronto como se divorciara de su mujer. Pero ahora Debbie vivía en el temor de que «la secretaria del señor Bender» fuera, en realidad, otra amante de Gordon. Después de todo, el jefe le había hecho otras promesas hasta hoy incumplidas, tales como promocionarla al rango de vendedora y concederle un aumento de sueldo. ¿No le estaría haciendo perder el tiempo con su promesa de matrimonio? Con el corazón en un puño, Debbie descolgó cau-

Librodot

telosamente el auricular. La voz de Gordon se oía en un susurro: un susurro de alarma.

-Te dije que no me llamaras a la oficina.

-Cálmate, seré breve -le replicó Bender-, Todavía tengo un cargamento de mierda de esas blusas de seda que me compraste, así como una montaña de bisutería. Te daré el doble de comisión si me quitas de encima esta basura.

Era una voz de hombre. Debbie se sintió tan aliviada que ya iba a colgar cuando de pronto se dio cuenta de que lo que estaba oyendo sonaba a soborno.

-No puedo -replicó Gordon-. He visto tu última remesa de blusas y de joyería, y es realmente material muy mediocre. Hasta ahora nuestro arreglo había funcionado porque enviabas artículos de cierta calidad. Pero este último... Si alguien lo ve, querrá saber quién lo ha comprado y por qué. Cuando investiguen, mis jefes de ventas me señalarán con el dedo diciendo que yo les ordené adquirir esas cosas de tu almacén.

-Si eso te preocupa -replicó Hender-, échalos a los dos y así no podrán señalarte.

-Tendré que hacerlo, pero eso no cambiará nada. Escucha, Bender -añadió Gordon con fría resolución-, nuestra relación ha sido beneficiosa para ambos, pero ahora ha concluido. Es demasiado arriesgada. Así es. Además, creo que van a ofrecerme la presidencia interina, y en tal caso, ya no estaré directamente involucrado en las compras.

La voz de Bender subió de volumen y se tomó amenazadora.

-Escúchame bien, cretino, porque solo voy a decírtelo una vez. Tú y yo hemos hecho un buen negocio con esto y tus ambiciones personales son algo aparte, algo que me tiene sin cuidado. El año pasado te pagué cien mil...

-Te repito que hemos terminado.

-No hasta que yo lo diga, y pasará mucho tiempo antes de que lo haga. Crúzate en mi camino y haré una llamada al viejo Bancroft...

-Para decirle ¿qué? -se mofó Gordon-. ¿Que he rechazado tu soborno porque no quiero adquirir la basura que me ofreces?

-No. Para comunicarle que soy un honrado hombre de negocios y que me has expoliado, comisión tras comisión, a cambio de permitir que tu gente compre mi buena mercancía. Eso no es soborno, sino extorsión. -Hizo una pausa para dejar que Gordon asimilara sus palabras y luego prosiguió-: También tendrás que preocuparte de lo que opine la comisión de impuestos. Si reciben una llamada anónima y te hacen una inspección, apuesto a que se enterarán de que no has declarado los cien mil. Querido amigo, la evasión de impuestos es un fraude. Sí, extorsión y fraude...

A pesar de que su creciente pánico le nublaba los sentidos, Gordon no dejó de percibir un sonido metálico como el de un archivo al cerrarse.

-Espera un minuto -le dijo a Bender-. Tengo que sacar algo de mi portafolios. -En lugar de eso, se dirigió a la puerta y la abrió discretamente. Vio a su secretaria con el auricular pegado a la oreja, y cubriendo el micrófono con la mano. En su teléfono solo había una línea abierta. Gordon cerró con el mismo cuidado la puerta del despacho. Estaba muy pálido y furioso.

-Tendremos que terminar la discusión esta noche. Llámame a mi casa -le dijo a Bender.

-Te advierto...

-Está bien. Llámame. Algo se nos ocurrirá.

Un tanto aplacado, Bender se mostró conciliador.

-Así está mejor. Soy un tío razonable. Como tendrás que rechazar el cargo, te aumentaré la comisión.

Gordon colgó y apretó el botón del intercomunicador.

-Debbie, entra, por favor. -Soltó el botón y profirió-: Estúpida puta entrometida.

Debbie abrió la puerta. Sentía un nudo en el estómago y sus ilusiones con respecto a Gordon estaban destrozadas. Además, sabía que sería incapaz de disimular. La culpa se reflejaría en su rostro...

-Cierta la puerta con llave. -Pronunció estas palabras con fingida sensualidad y mientras se acercaba al sofá-. Ven aquí -añadió.

Confundida por el contraste de su voz y la frialdad de su mirada, Debbie se acercó con cautela. Sofocó un grito de sorpresa cuando Gordon tiró de ella, tomándola en sus brazos.

-Sé qué has estado escuchando -musitó el jefe, reprimiendo el impulso de estrangularla-. Lo hago por nosotros dos. Cuando después del divorcio mi mujer mi mujer termine conmigo, quedaré sin un centavo. Necesitaré dinero... para darte lo que mereces. Lo comprendes, ¿verdad, mi amor?

Debbie miró aquel rostro apuesto, vio la súplica en sus ojos y lo entendió. Creyó en él. Gordon le bajó el cierre del vestido, desnudándola. Ella le abrazó, ofreciéndole su cuerpo, su amor, su silencio.

Meredith se disponía a hablar por teléfono cuando su secretaria entró en el despacho.

-Estaba sacando fotocopias -explicó Phyllis Tilsher, una joven de veintisiete años, inteligente e intuitiva, sensata en todo excepto en una cosa: la irresistible atracción que sentía por los hombres más irresponsables y menos dignos de confianza. Era una debilidad que había discutido entre risas con Meredith durante los años en que habían trabajado juntas-. Te ha llamado Jerry Keaton, de personal. -Con su eficacia habitual, empezó a informar a Meredith de todas las llamadas recibidas en su ausencia-. Dice Jerry que existe la posibilidad de que uno de los empleados presente querella por discriminación.

-¿Ha hablado con nuestra asesoría jurídica?

-Sí, pero quiere hablar también contigo.

-Tengo que volver al despacho del arquitecto para echar un último vistazo a los planos de la futura sucursal de Houston -señaló Meredith-. Dile a Jerry que no podré verlo hasta el lunes por la mañana.

-Está bien. También ha llamado el señor Savage... -Se interrumpió cuando Sam Green llamó discretamente a la puerta.

-Perdón -se excusó Sam, dirigiéndose a ambas mujeres-. Meredith, ¿puedes concederme unos minutos?

Ella asintió.

-¿Qué ocurre?

-Acabo de hablar por teléfono con Ivan Thorp -declaró Sam, acercándose a la mesa de Meredith-. Podría surgir un obstáculo en Houston.

Meredith se había pasado más de un mes en Houston en busca de una buena ubicación, no solo para un nuevo edificio de Bancroft, sino para todo un centro comercial. Por fin había localizado unos terrenos situados muy cerca de The Gallería. Un sitio ideal. Durante meses habían negociado con los propietarios, Thorp Development.

-¿Qué clase de obstáculo?

-Cuando le dije que estábamos dispuestos a formalizar un contrato me salió con que tal vez tenga un comprador para todas sus propiedades, incluidos esos terrenos.

Thorp Development era un holding de Houston, propietario de varios edificios de oficinas, centros comerciales y tierras. No era ningún secreto que los hermanos Thorp querían venderlo todo. La noticia la había dado el *Wall Street Journal.*

-¿De veras crees que tienen un comprador? ¿O quieren arrancarnos una oferta más alta?

-Probablemente sea esto último, pero quería que supieras que quizá tenemos competencia no prevista.

-Lo arreglaremos, Sam. Quiero que nuestra nueva sucursal se construya allí. Será la joya de la corona. No me importaban tanto las sucursales anteriores. La ubicación es perfecta. Houston se está recuperando de una crisis económica, pero los precios de la construcción todavía son asequibles. Cuando abramos las puertas, su economía estará en pleno auge.

Meredith miró la hora y se puso de pie. Eran las tres de un viernes por la tarde, lo que significaba que el tráfico estaría empezando a empeorar.

-Tengo que correr -se excusó con una sonrisa cortés-. A ver si tu amigo de Houston consigue averiguar si es verdad lo del presunto comprador de Thorp.

-Le he llamado. Está trabajando en ello.

16

La limusina de Matt se abría paso entre el denso tráfico de un viernes por la tarde en el centro de Chicago. Desde el asiento trasero, Matt levantó la mirada del informe que estaba leyendo cuando Joe O'Hara sorteó atrevidamente un taxi, se saltó un semáforo en rojo, hizo sonar el claxon con insistencia y obligó a un grupo de intrépidos peatones a apartarse a toda prisa del camino. A menos de tres metros del aparcamiento subterráneo de Haskell Electronics, Joe frenó en seco y enfiló el camino de entrada después de un brusco trayecto.

-Lo siento, Matt -dijo sonriendo. Por el retrovisor vio que el jefe frunció el entrecejo.

-Uno de estos días -le replicó Matt, exasperado- quiero que me expliques por qué te empeñas en convertir a los peatones en adornos del capó. -Su voz quedó ahogada cuando el morro de la limusina se inclinó hacia abajo y las ruedas chirriaron. Descendían por la laberíntica rampa, hasta el estacionamiento reservado a los ejecutivos de la compañía. La rampa era más bien estrecha y la limusina casi rozaba la pared. A Joe O'Hara le importaba un bledo qué clase de automóvil llevaba entre manos, siempre conducía como un adolescente ajeno al peligro, como si llevara una rubia sobre las rodillas y un paquete de seis cervezas en el asiento. Si los reflejos de O'Hara no siguieran siendo los de un joven, hacía tiempo que habría perdido su carnet de conducir y probablemente hasta su propia vida.

Librodot

Joe O'Hara era tan leal como atrevido. Gracias a ambas cosas, diez años atrás le había salvado la vida a Matt en Sudamérica, arriesgando la propia. El camión conducido por Matt se quedó sin frenos, precipitándose por un terraplén e incendiándose. Joe sacó a Matt de entre los hierros y las llamas y, como recompensa, recibió una caja de whisky y la gratitud eterna de aquel joven que ahora era el propietario de un gran imperio económico.

Bajo la chaqueta, colgando del hombro, Joe llevaba una automática, la misma que había comprado años atrás, cuando con Matt tuvo que pasar con el coche ante los piquetes de huelga de los camioneros de una compañía de transportes que Intercorp acababa de adquirir. Matt pensaba que la pistola era innecesaria. Aunque Joe no medía más de un metro setenta, tenía una masa corporal de cien kilos de músculo sólido como la roca, un rostro belicoso nada agraciado y un ceño francamente amenazador. El empleo de guardaespaldas le venía mejor que el de chófer, pues tenía aspecto de boxeador y conducía como un maníaco.

-Hemos llegado -informó Joe, arreglándoselas para detenerse sin brusquedad ante el ascensor privado de los grandes ejecutivos-. Hogar, dulce hogar.

-Solo por un año -puntualizó Matt mientras cerraba el maletín.

Cuando Matthew Farrell adquiría una compañía, solía permanecer durante un par de meses en la sede, tiempo suficiente para consultar con sus propios hombres la valoración presentada por los dirigentes de la empresa en cuestión. Pero hasta ahora solo habían comprado firmas fundamentalmente sanas, que no obstante se encontraban en el atolladero por estar descapitalizadas. Matt se limitaba a introducir cambios menores, con el fin de adaptar las operaciones de la empresa al esquema de Intercorp. Con Haskell el problema era muy distinto. Habría que desterrar los antiguos métodos y procedimientos, redefinir los beneficios, ajustar salarios, alterar lealtades. Habría que levantar una gran planta industrial en la suburbana Southville, donde Matt ya había adquirido las tierras. Entre la flota mercante que acababa de comprar y Haskell, tenía ante sí un período de actividad frenética, de largas jornadas que le ocuparían el día y a menudo parte de la noche. Pero eso era lo que había hecho durante años. Al principio, impulsado por el ansia desesperada de triunfo, para probarse y demostrar que podía hacerlo; y ahora, cuando su éxito había superado sus más ambiciosos sueños, seguía trabajando con igual énfasis, pero ya no por amor al trabajo o al éxito, sino por inercia. Y porque tampoco veía alternativa más placentera. Cuando se divertía, lo hacía con la misma intensidad que cuando trabajaba, aunque ni una cosa ni la otra daban demasiado sentido a su existencia.

Sin embargo, el reto de Haskell parecía haber despertado en él cierta excitación, porque el desafío era grande. Al introducir la llave en el ascensor directo pensaba que tal vez en ese punto se hubiera equivocado. Había creado un conglomerado enorme comprando firmas bien administradas, apetecibles, que necesitaban el apoyo financiero de Intercorp. Tal vez debería haber adquirido unas cuantas que necesitaran algo más de dinero y unos simples retoques. Su equipo de compra se había pasado dos semanas en Haskell, evaluando. Se encontraban arriba reunidos, esperándolo, y él se sentía deseoso de empezar.

En la planta dieciséis la recepcionista contestó el teléfono y escuchó la información que le daba el guardia uniformado de la planta baja, que también actuaba como recepcionista. Cuando colgó, Valerie se dirigió a la mesa de una secretaria.

-Dice Peter Duncan que una limusina plateada acaba de entrar en el aparcamiento -le susurró a su compañera-. Cree que es Farrell.

-El plateado debe de ser su color favorito -ironizó Joanna, dirigiendo la mirada hacia la placa de plata, de unos dos metros cuadrados, con la insignia de Intercorp, que colgaba de la pared de detrás de su mesa.

Dos semanas después del triunfo definitivo de la compra hostil por parte de Intercorp, había llegado una legión de carpinteros a cuyo frente iba un hombre que se identificó como director de diseño de interiores del conglomerado. Cuando al cabo de otras dos semanas se marchó, toda la zona de recepción de la planta cien, así como la sala de reuniones y el futuro despacho de Matt Farrell habían sido completamente redecorados. Donde antes había alfombras orientales raídas por el tiempo y muebles de madera oscura con las suaves huellas de su edad, ahora se veían alfombras plateadas que cubrían hasta el último milímetro del suelo y modernos sofás de piel, con pequeñas mesas de café enfrente y a los lados. Aquellos cambios obedecían a un rasgo muy conocido de Matt Farrell: cada nueva adquisición de Intercorp sufría de inmediato una metamorfosis física, para presentar el mismo aspecto que el resto de las empresas de la sociedad.

Valerie, Joanna y otra secretaria de esta planta estaban ya familiarizadas no solo con la fama y las rarezas de Matt Farrell, sino también con su falta de tacto. A los pocos días de la compra de Haskell, el presidente de la firma, Vern Haskell, había sido obligado a retirarse prematuramente. Igual destino corrieron dos de los vicepresidentes, uno de ellos hijo del propio Vern, el otro su yerno. Un vicepresidente que rehusó retirarse fue despedido. Los despachos de estos hombres -situados en esa planta, pero al otro lado del edificio- estaban ahora ocupados por tres verdugos de Farrell. Otros tantos

ocupaban despachos en otras zonas del edificio. Según la *vox populi* espiaban a todos, hacían preguntas curiosas y componían listas, sin duda de las futuras víctimas.

Por si fuera poco, los despidos no se limitaban a los altos cargos. La secretaria del mismísimo señor Haskell tuvo que elegir entre marcharse o trabajar para un ejecutivo de rango menor. El señor Farrell insistió en traer a su propia secretaria de California, lo que había provocado una ola de resentimiento entre las secretarias de los ejecutivos que aún se mantenían en sus cargos. Sin embargo, eso no fue nada comparado con lo que tuvieron que afrontar: la presencia de la secretaria de California. Eleanor Stern era una mujer de pelo blanco, erguida y extremadamente flaca; una tirana entrometida que las observaba a todas como un halcón, y que todavía utilizaba términos como «impertinencia» y «propiedad». Llegaba a la oficina antes que nadie y era la última en marcharse. Cuando la puerta de su despacho estaba abierta, podía oír la más callada risa femenina o cualquier susurro. Entonces se situaba en el umbral como un furioso sargento, hasta que se extinguía todo sonido que no tuviera nada que ver con el trabajo. Por esa razón, Valerie contuvo el impulso de llamar a varias de las secretarias para decirles que había llegado Farrell y pudieran ausentarse de sus puestos con cualquier pretexto para echarle un vistazo al ogro.

Las revistas y los periódicos sensacionalistas lo presentaban como a un hombre atractivo, apuesto y sofisticado, que salía con estrellas de cine y con señoritas de la realeza europea. En cuanto al *Wall Street Journal* aseguraba que era «un genio de las finanzas con un toque de Midas». El señor Vern Haskell, en cambio, tuvo palabras menos amables para Matt el día en que abandonó su despacho de presidente: «Es un cretino arrogante e inhumano con los instintos de un tiburón y la moral de un lobo merodeador». Valerie y Joanna, mientras esperaban que apareciera para verlo, tenían el ánimo predispuesto en su contra. Pensaban que lo despreciarían en cuanto lo vieran. Y así fue.

El suave tintineo de la campana del ascensor sonó en la zona de recepción como un martillazo contra un gong. Salió Matthew Farrell, el aire pareció extinguirse ante la ahogada energía de su presencia. Atlético y muy bronceado, caminaba hacia las empleadas, leyendo un informe y llevando un maletín en la mano y un abrigo beige de cachemir colgado del antebrazo. Valerie se puso de pie, vacilante.

-Buenas tardes, señor Farrell.

Por respuesta a su cortesía, recibió la mirada penetrante de unos fríos ojos grises y una breve inclinación de la cabeza. Pasó por su lado como el viento: poderoso, inquietante y del todo indiferente a meros mortales como Valerie y Joanna.

Matt había estado allí ya una vez, para asistir a una reunión a última hora de la tarde. Se encaminó con paso firme, como quien pisa terreno conocido, a los despachos que habían pertenecido a Haskell y a su secretaria. Hasta que cerró tras de sí la puerta del despacho de esta última no levantó la mirada del informe, y cuando lo hizo, fue para mirar un momento a su propia secretaria, la señorita Stern, que había trabajado con él desde el principio. Llevaban juntos nueve años. No se saludaron ni se detuvieron a hablar de cosas intrascendentes. Nunca lo hacían.

-¿Cómo va todo?

-Bastante bien -respondió Eleanor Stern.

-¿Está lista la agenda de la reunión? -inquirió Matt, encaminandose hacia la puerta doble de palisandro de su propio despacho.

-Naturalmente -contestó ella, con la misma firmeza de su jefe. Desde el primer día, ambos habían formado una pareja de trabajo ideal. Eleanor se presentó en la oficina de Matt junto con otras veinte candidatas al cargo de secretaria. Casi todas ellas eran jóvenes y bonitas, y todas habían sido enviadas por una oficina de empleo. Aquel mismo día, Matt había visto una fotografía de Meredith en *Town and Country.* Alguien había abandonado u olvidado el ejemplar de la revista en la cafetería en que desayunaba el incipiente financiero. Meredith estaba acostada en la arena de una playa de Jamaica con un joven universitario jugador de polo. En el artículo se decía que la muchacha estaba de vacaciones con amigos de la universidad. Aquella fotografía colmó a Matt de amargura y le insufló una decisión aún más fuerte de triunfar. Y en este estado de ánimo empezó a entrevistar a las candidatas. La mayoría le parecieron estúpidas, algunas incluso coquetearon. Era lo último que buscaba. Quería, necesitaba alguien inteligente y de confianza, alguien que pudiera seguir el ritmo que a él le inspiraba su recién renovado impulso de llegar a la cumbre. Había arrojado a la papelera el currículo de la última candidata, cuando al levantar la mirada vio a Eleanor Stern, que con paso firme se dirigía hacia él. La mujer llevaba unos zapatos de tacón bajo, un sencillo vestido negro y el pelo gris recogido. Le entregó a Matt su currículo con cierta brusquedad, y esperó impertérrita a que él lo leyera. El documento decía que Eleanor Stern tenía cincuenta años y era soltera; que escribía a máquina a ciento veinte pulsaciones por minuto y que era también taquígrafa, con ciento sesenta palabras de velocidad. Matt se disponía a hacerle algunas preguntas adicionales, pero la mujer se le anticipó. Con voz fría y como a la defensiva, dijo:

-Sé que soy mucho mayor que las otras candidatas y, por supuesto, incomparablemente menos

atractiva. Sin embargo, como nunca he sido una mujer hermosa, he tenido que potenciar al máximo mis otras cualidades.

Sorprendido, Matt le preguntó:

-¿Cuáles son esas cualidades?

-Mi mente, mis habilidades. Además de mecanógrafa y taquígrafa, soy experta contable y entiendo de leyes. Además, puedo hacer algo que la mayoría de los jóvenes ya no saben hacer.

-¿Y qué es...?

-¡Escribir sin faltas de ortografía!

Esta observación, impregnada de un sentimiento de superioridad y de desdén hacia todo lo que no fuera perfecto, sedujo a Matt. Había en la mujer cierto orgullo distante que el joven admiró de inmediato. Además, presintió que ella poseía la misma rígida determinación que él sentía. Basándose en la creencia instintiva de que había encontrado a la persona idónea para el cargo, Matt le previno:

-La jornada es larga y el salario bajo, por ahora. Estoy empezando. Si subo, usted subirá conmigo. Su salario aumentará en proporción a su rendimiento.

-De acuerdo.

-Yo tengo que viajar mucho. Pasado un tiempo, tal vez habrá ocasiones en que deberá acompañarme.

Para asombro de Matt, los pálidos ojos de la mujer se estrecharon.

-Quizá debería usted ser más concreto en lo que respecta a mis obligaciones, señor Farrell. Seguro que las mujeres lo encuentran atractivo, sin embargo...

Sorprendido de que la mujer creyera que él exigía algo más que su trabajo y enojado por su crítica e indiferencia con respecto a su atractivo personal, Matt le contestó con un tono aún más frío que el de ella:

-Sus obligaciones serán puramente laborales. No estoy interesado en una aventura ni en coqueteos; no quiero regalos de cumpleaños, ni alabanzas, ni su opinión sobre materias personales que solo a mí me interesan. Lo que de usted necesito es su tiempo y sus habilidades.

La inusual dureza de su tono se debía, más que a la actitud de la señorita Stern, al recuerdo de la fotografía de Meredith. Pero a Eleanor no pareció importarle. En realidad, fue como si le gustaran las condiciones.

-Me parece del todo aceptable -declaró.

-¿Cuándo podrá empezar?

-Ahora.

Nunca lamentó esta decisión. En el transcurso de una semana se había dado cuenta de que Eleanor Stern era capaz de afrontar interminables jornadas a un ritmo frenético, sin jamás parecer cansada. Y cuanto mayor era la responsabilidad que él delegaba sobre ella, más airosamente cumplía. No obstante, nunca cerraron el abismo que se había abierto entre ambos a causa de aquel malentendido inicial. Al principio estaban demasiado enfrascados en sus respectivos trabajos para pensar en ello. Después ya no parecía importar. Se hallaban inmersos en una rutina que a los dos les gustaba. Matt se había encumbrado y la señorita Stern trabajó junto a él hombro con hombro, día y noche, sin emitir jamás la menor queja. De hecho, aquella mujer se convirtió en un bagaje poco menos que imprescindible para la actividad empresarial y financiera de Matt, que, fiel a su palabra, le pagaba generosamente. Su secretaria tenía un salario anual de sesenta y cinco mil dólares, es decir, más alto que el de muchos ejecutivos de rango medio de Intercorp.

Ahora lo siguió a la oficina, y esperó mientras él dejaba el maletín sobre la mesa de palisandro recién adquirida. Por lo general, Matt le entregaba por lo menos un microcasete lleno de instrucciones y dictados para su trascripción.

-No he dictado nada -informó Matt al tiempo que abría el maletín y sacaba un puñado de carpetas con documentos para la señorita Stern-. Tampoco he tenido tiempo de estudiar el contrato de Simpson en el avión. El Lear tenía un problema mecánico y he llegado hasta aquí en un avión comercial. El bebé del asiento de delante sufría del oído, al parecer. No dejó de berrear durante todo el viaje.

Puesto que Matt había iniciado una conversación, la señorita Stern se sintió obligada a seguirla.

-Alguien tendría que haber ayudado.

-El hombre que iba a mi lado se ofreció, pensando que podía calmar a la criatura, pero la madre no se mostró más receptiva a esta solución que a la que yo le había ofrecido.

-¿Qué le propuso usted?

-Un trago de vodka. Y luego otro de coñac. -Cerró el maletín-. ¿ Qué tal los oficinistas por aquí?

-Algunos de ellos son concienzudos. Sin embargo, Joanna Simmons, ante la que usted pasó en su camino hacia aquí, no vale mucho. Se dice que era algo más que una secretaria del señor Morrisey, cosa que me inclino a creer. Puesto que sus habilidades son nulas, es obvio que justificaría el sueldo con otra clase de destrezas.

Matt apenas advirtió el gesto de desaprobación de la señorita Stern. Señaló con la cabeza la sala

de reuniones contigua al despacho.

-¿Hay alguien ahí dentro?

-Por supuesto.

-¿Todos tienen copia de la orden del día?

-Por supuesto.

-Espero una llamada de Bruselas dentro de una hora -dijo Matt, encaminándose a la sala de reuniones-. Me la pasa, pero retenga cualquier otra.

El centro de la sala estaba ocupado por una gran mesa baja de mármol y cristal. Flanqueándola, había dos grandes sofás de ante en los que en aquel momento se hallaban sentados seis de los más brillantes vicepresidentes de Intercorp. Todos se pusieron en pie cuando entró Matt y le estrecharon la mano. Los vicepresidentes estudiaban el rostro de su jefe, intentando adivinar si el viaje a Grecia había sido un éxito.

-Es bueno tenerte de vuelta, Matt -dijo Tom Anderson, el último a quien el jefe dio la mano-. Bueno, no nos tengas en suspenso. ¿Cómo te fue en Atenas?

-Fue muy agradable -respondió Matt mientras se situaban ante la mesa-. Ahora Intercorp es dueña de una flota de petroleros.

Un ambiente triunfal recorrió la sala de reuniones. Todos hablaban y empezaban a discutir planes de utilización de la más reciente «rama de la familia» Intercorp.

Reclinándose en el sillón, Matt observó a sus seis poderosos ejecutivos, hombres dinámicos y dedicados, los mejores en sus respectivos campos. Cinco de ellos procedían de universidades de gran prestigio, Harvard, Yale, Princeton, Berkeley y MIT, y poseían títulos que iban desde banca internacional hasta marketing. Cinco de ellos vestían trajes de ochocientos dólares hechos a medida, típicos de los hombres de negocios. Llevaban camisas de algodón egipcio discretamente monogramadas y corbatas de seda elegida con sumo cuidado. En contraste con ellos, el sexto hombre era una figura discordante. Tom Anderson llevaba puesta una chaqueta verde y marrón a cuadros, pantalones verdes y corbata de cachemir. La pasión de Anderson por los colores vivos era objeto de regocijo entre los otros miembros del equipo, siempre impecablemente ataviados, pero rara vez se metían con él. Para empezar, era arriesgado aguijonear a un individuo de un metro ochenta y siete de estatura y ciento veinte kilos de peso.

Anderson tenía un título equivalente al de bachillerato y no había pasado por la universidad. Estaba agresivamente orgulloso de ello. «Mi escuela ha sido la vida», solía decir. Lo que no mencionaba era que poseía un misterioso talento que ningún centro de enseñanza podía impartir: un prodigioso instinto, un olfato que le hacía detectar todos los matices de la naturaleza humana. Le bastaban unos minutos de charla con un hombre para saber qué lo motivaba: la vanidad, la codicia, la ambición o algo diferente.

Superficialmente, Tom era un hombre llano, un oso enorme al que le gustaba trabajar en mangas de camisa. Por debajo de esa apariencia tosca, brillaban sus cualidades. Era el mejor negociador, y poseía una facilidad extrema para llegar al núcleo de los problemas. Estos rasgos no tenían precio, sobre todo a la hora de enfrentarse a los sindicatos en defensa de Intercorp.

No obstante, la cualidad que Matt más valoraba en Tom era su indestructible lealtad. En realidad, era el único hombre en aquella sala cuyo talento no estaba en venta al mejor postor. Había trabajado para la primera firma adquirida por Matt. Cuando este la vendió, trataron de llevarse a Tom, ofreciéndole una excelente posición y un mejor salario del que Farrell podía pagarle entonces. Pero prefirió quedarse.

Matt pagaba a los otros miembros del equipo lo suficiente para que no se sintieran tentados por una empresa rival. A Anderson le pagaba más porque estaba dedicado de lleno a él y a Intercorp. Matt nunca se lamentaba de lo que le costaban aquellos hombres, porque formaban un equipo insuperable. Sin embargo, él personalmente canalizaba las energías de cada uno de ellos en la dirección adecuada. Suya era la estrategia general de crecimiento de Intercorp y era él quien la cambiaba cuando lo creía conveniente.

-Caballeros -dijo, interrumpiendo la discusión acerca de los petroleros-. Hablaremos de los barcos en otra ocasión. Ahora trataremos los problemas de Haskell.

Los métodos de Matt, después de una adquisición, eran únicos y muy eficaces. Más que derrochar meses clasificando los problemas de la nueva compañía, más que encontrar las causas y las soluciones y despedir a los ejecutivos cuyo rendimiento no estaba a la altura exigida en Intercorp, Matt hacía algo muy distinto. Enviaba al grupo de hombres que en aquel momento se hallaban en la sala de reuniones para que empezaran a trabajar junto a los vicepresidentes de la firma adquirida. Cada uno de sus seis hombres era un experto en una determinada área y en cuestión de semanas se familiarizaba del todo, evaluaba la competencia del vicepresidente a cargo y localizaba los puntos flacos y fuertes de la sección.

-Elliot -dijo Matt, dirigiéndose a Elliot Jamison-. Empecemos por ti. En conjunto, ¿cómo es la di-

visión de marketing de Haskell?

-Ni buena ni mala. Demasiados directores en la central y en las sucursales. Muy pocos vendedores de campo. Los clientes fijos son objeto de grandes atenciones, pero los representantes carecen de tiempo para aumentar la clientela. Si tenemos en cuenta la alta calidad de los productos Haskell, el número de clientes debería ser en la actualidad tres o cuatro veces mayor. Hoy por hoy yo sugeriría que, como prueba, añadiéramos cincuenta comerciales al equipo de ventas. Cuando la planta de Southville esté operando, sugiero que se sumen otros cincuenta.

Matt hizo una anotación en su bloc y dirigió de nuevo la mirada a Jamison.

-¿Qué más?

-Paul Cranshaw, el vicepresidente de marketing, debe ser despedido, Matt. Ha estado en la casa veinticinco años, y su idea del marketing es anticuada y estúpida. Además, es un hombre inflexible y rígido, al que no hay manera de hacer cambiar.

-¿Qué edad tiene?

-Según su ficha, cincuenta y seis.

-¿Aceptará la jubilación anticipada si se la ofrecemos?

-Quizá. Lo que puedo asegurarte es que no se irá si no se le obliga. Es un arrogante hijo de puta, abiertamente hostil a Intercorp.

Tom Anderson, que parecía estar admirando su corbata, alzó la cabeza y comentó:

-Eso no tiene nada de sorprendente. Es primo lejano del viejo Haskell.

Elliot le lanzó una mirada de sorpresa.

-¿De veras? -Muy a su pesar, se sentía fascinado por la habilidad de Tom para obtener información sin ni siquiera parecer que lo intentaba-. Ese dato no figura en su ficha personal. ¿De dónde lo has sacado?

-Mantuve una deliciosa conversación con una muchacha de la sección de archivos. Es la empleada más antigua de la empresa y, en parte por eso, es un diario viviente.

-No es extraño entonces que Cranshaw se haya mostrado tan agresivo. Tendrá que despedirse del cargo y de la firma. Entre otras cosas, constituye un problema moral. Matt, todo esto no son más que generalidades. La semana que viene hablaremos tú y yo de los detalles específicos.

Matt se volvió hacia John Lambert, el experto en información financiera.

Obedeciendo la señal del jefe, Lambert consultó su cuaderno de notas y empezó a hablar.

-Los beneficios son buenos, cosa que ya sabíamos; pero todavía hay mucho margen de maniobra en la reducción de los costos. Además, en lo referente a cobros, operan muy mal. La mitad de la clientela atrasa el pago medio año, debido al hecho de que Haskell no ha llevado a cabo una política de cobros más agresiva.

-¿Tendremos que sustituir al interventor?

Lambert vaciló.

-Difícil decisión. El interventor afirma que fue Haskell quien insistía en que no se apremiara al cliente. Según nuestro hombre, él ha estado intentado durante años poner en práctica una política más rígida, pero el viejo Haskell no quería ni oír hablar de eso. Aparte de los cobros, el equipo de la división es disciplinado, con la moral muy alta. Y él personalmente sabe delegar funciones. Tiene el número suficiente de supervisores, que hacen bien su trabajo. El departamento no está sobrecargado de personal.

-¿Cómo reaccionó ante tu invasión de su zona? ¿Pareció dispuesto a adaptarse al cambio?

-Es un seguidor, no un líder; pero un seguidor concienzudo. Dile qué hay que hacer y lo hará bien. Por otra parte, si pides innovaciones y procedimientos contables más agresivos, no es probable que sepa planearlos por sí mismo.

-Enderézalo y ponlo en el buen camino -ordenó Matt, tras un momento de vacilación-. Cuando nombremos un presidente, le encargaremos que lo vigile. El departamento de finanzas es muy grande y parece estar en buena forma. Si la moral es alta, me gustaría dejarlo tal como está.

-Estoy de acuerdo. Dentro de un mes estaré en situación de presentarte un nuevo presupuesto y una nueva estructura de precios.

-Muy bien. -Matt centró su atención en un hombre rubio y de baja estatura, especialista en política de personal.

-David, ¿qué me dices del departamento de recursos humanos?

-No es malo. En realidad es bastante bueno. El porcentaje de empleados de grupos minoritarios es un poco bajo, pero no lo bastante como para que la prensa nos dedique titulares o el gobierno no nos pase pedidos. Recursos humanos ha hecho un buen trabajo en lo que se refiere a la contratación de personal, a los ascensos y cosas así. Lloyd Waldrup, el vicepresidente de la división, es un hombre agudo y posee buenas credenciales para el cargo.

-Es un reaccionario aunque lo disimule -intervino Tom Anderson, inclinándose para servirse una taza de café del servicio de plata que había sobre la mesa.

-Es una acusación ridícula -objetó David Talbot, irritado-. Lloyd Waldrup me dio el fichero donde figura el número de mujeres y de empleados de los distintos grupos étnicos que prestan su servicio en todos los departamentos y en las distintas categorías. El número de personas de estos grupos que ostentan el cargo de director es justo.

-No creo en ese informe.

-Dios, ¿qué te pasa, Tom? -replicó David, volviéndose en la silla y encarándose indignado con Anderson, cuyas facciones no se alteraron en lo más mínimo-. Cada vez que adquirimos una compañía te metes con los encargados de recursos humanos. ¿Por qué razón los desdeñas casi siempre?

-Supongo que porque casi siempre son chupatintas hambrientos de poder.

-¿Incluido Waldrup?

-Especialmente Waldrup.

-¿Y cuál, entre tus aclamados instintos, te induce a pensar así de este hombre?

-Ponderó mi indumentaria durante dos días seguidos. No me fío de quienes alaban mi ropa, sobre todo si ellos mismos llevan puesto un clásico traje gris.

Risitas ahogadas rompieron la tensión surgida en la sala. El mismo David pareció relajarse.

-Aparte de esa intuición, ¿hay algún otro motivo que te lleve a creer que Waldrup miente con respecto a sus prácticas de contratación y ascenso?

-Sí, lo hay -respondió Tom, cuidando de que la manga de su chaqueta a cuadros no tocara el café cuando alargó la mano para coger la azucarera-. Hace ya un par de semanas que me paseo por su edificio mientras tú te ocupabas de tu trabajo en recursos humanos. Lo cierto es que no he podido evitar reparar en un pequeño detalle. -Hizo una pausa para remover el café, lo que enojó a todos excepto a Matt, que seguía mirándolo con tranquilo interés. Por fin, Tom se reclinó en el asiento, cogió la taza y cruzó las piernas.

-¡Tom! -exclamó David, malhumorado-. ¿Responderás de una vez para que podamos seguir con la reunión? ¿Qué notaste mientras rondabas por el edificio?

Imperturbable, Tom arqueó sus pobladas cejas y respondió:

-Vi hombres sentados en despachos privados.

-¿Y qué?

-No vi mujeres, excepto en contabilidad, donde siempre las ha habido. Y solo dos de esas mujeres con despacho propio tenían secretarias. Eso hace que me pregunte si tu amigo Waldrup está improvisando algunos títulos altisonantes para que las señoras se sientan felices... y para que él mismo dé una buena imagen en sus ficheros de empleo. Si esas mujeres tienen en realidad cargos directivos, ¿dónde están sus secretarias? ¿Dónde están sus oficinas?

-Lo comprobaré -aseguró David, y exhaló un suspiro de irritación-. Tarde o temprano lo habría descubierto, pero es mejor saberlo ahora. -Se volvió hacia Matt y prosiguió-: Algún día tendremos que situar la política de salarios y vacaciones de Haskell en línea con la de Intercorp. Haskell daba a sus empleados tres semanas de vacaciones después de tres años en la empresa, y cuatro semanas a los ocho años. Esta política le está costando a la empresa una fortuna en tiempo perdido y la constante necesidad de contratar empleados suplentes.

-¿Cómo se comparan los salarios?

-Son inferiores a los nuestros. La filosofía de Haskell es dar más tiempo libre y menos dinero. Me reuniré contigo cuando tenga más detalles. Haré números y escribiré mis recomendaciones.

Durante otras dos horas, Matt escuchó los informes del resto del equipo y debatió soluciones. Cuando terminaron de hablar de Haskell, Matt les puso al corriente de los acontecimientos de otras divisiones de InterCorp que podrían ser objeto de su preocupación inmediata o futura. Desde una amenaza de huelga en una factoría textil en Georgia hasta el diseño y la capacidad de la nueva instalación de Haskell en el amplio terreno que acababan de adquirir en Southville.

Durante toda la reunión, un hombre, Peter Vanderbilt, había permanecido en silencio y atento como un brillante y algo sorprendido graduado que conociera los elementos básicos, pero que estuviera aprendiendo las sutilezas de boca de un grupo de expertos. A sus veintiocho años, Peter era una antigua «promesa» de Harvard, con el coeficiente mental de un genio. Se especializaba en el examen de firmas, presumibles adquisiciones de Intercorp, analizando su potencial de beneficios para después hacerle a Matt las recomendaciones oportunas. Haskell Electronics había sido una de las elecciones de Peter, e iba a convertirse en su tercer triunfo consecutivo. Matt lo había enviado a Chicago con el equipo para que adquiriera experiencia de primera mano de lo que ocurría después de la compra. El jefe quería que aquel joven talento observara lo que no podía ser visto en los datos financieros sobre los que se apoyaba cuando hacía sus recomendaciones a favor o en contra de una nueva adquisición; como por ejemplo, interventores blandos a la hora de realizar los cobros o directores de recursos humanos reaccionarios.

Matt lo había traído para que observara y fuera observado. A pesar del indiscutible éxito de Peter hasta el momento, Matt sabía que el joven aún necesitaba ser guiado. Además, según las

circunstancias, era engreído e hipersensible, insolente o tímido. Eso debía cambiar. Peter Vanderbilt poseía un enorme talento en bruto. Había que canalizarlo.

-¿Peter? -dijo Matt-. ¿Algo en tu jurisdicción que tengamos que saber?

-Tengo varias firmas que serían buenas adquisiciones -informó Peter-. No de la envergadura de Haskell, pero rentables. Una de ellas fabrica *software* en Silicon Valley.

-No quiero compañías de *software* -le interrumpió Matt.

-Pero JHL es...

-No quiero compañías de *software,* Peter -repuso Matt con firmeza-. Son un maldito riesgo en estos momentos. -Advirtió que Peter enrojecía. Al recordar que su misión era encauzar el gran talento del joven y no aplastar su entusiasmo, Matt refrenó su impaciencia-. No lo tomes como un juicio de tu capacidad, Peter. Nunca te había dicho lo que siento con respecto a los fabricantes de *software.* ¿Qué más quieres recomendar?

-Usted mencionó que deseaba ampliar nuestra división comercial de bienes inmobiliarios -dijo Peter con tono vacilante-. Hay una compañía en Atlanta, otra aquí en Chicago y una tercera en Houston. Las tres buscan comprador. Las dos primeras poseen edificios para oficinas de tamaño medio o grande. La tercera, es decir, la de Houston, posee sobre todo tierras. Se trata de una firma familiar, y los dos propietarios, los hermanos Thorp, que la administran, están en malas relaciones desde la muerte del padre, hace unos años. -Todavía acobardado por el inmediato rechazo de su primera recomendación, Peter se apresuró a poner sobre el tapete los inconvenientes que presentaba esta última recomendación-. Houston ha estado sumido en una prolongada crisis y supongo que no hay razones para dar por sentado que la reciente recuperación será duradera. Por otra parte, como los hermanos Thorp no parecen ponerse de acuerdo en nada, es probable que las negociaciones nos causen más problemas de lo que el asunto merece...

-Veamos. ¿Me estás diciendo que debemos comprar o que no debemos comprar? -le preguntó Matt, sonriendo para tratar de paliar su brusquedad anterior-. Tú limítate a elegir tus opciones, basándote en tu mejor juicio, y el resto déjamelo a mí. Se trata de mi trabajo, y si además del tuyo quieres hacer también el mío, me sentiré inútil.

Varios miembros del equipo volvieron a reír. Peter se puso de pie y le entregó a Matt una carpeta con la etiqueta «Adquisiciones recomendadas. Compañías de bienes inmuebles comerciales». En ella estaban los datos sobre las tres firmas que el joven había recomendado más otra docena de empresas de menor interés. Más relajado, Peter volvió a sentarse.

Matt abrió la carpeta. Los dossieres eran voluminosos y los análisis de Peter -lo comprobó con solo echar un vistazo-, de una extrema complejidad. Para no retener innecesariamente a sus hombres, Matt se dirigió a ellos.

-Caballeros -anunció-, Peter ha sido tan minucioso como de costumbre y su documentación me llevará largo tiempo de examen. Creo que por el momento hemos cubierto los puntos más urgentes. La semana que viene me reuniré individualmente con cada uno de ustedes. -Se volvió hacia Peter-. Vamos a mi despacho, y echaremos un vistazo a tus documentos.

Acababa de sentarse cuando por el intercomunicador la señorita Stern le anunció la llamada de Bruselas. Con el auricular apoyado en el hombro, Matt esperaba oír la voz al otro lado del Atlántico mientras leía el primer informe de la carpeta de Peter.

-¡Matt! -gritó Josef Hendrik para hacerse oír por encima de las interferencias-. La conexión es mala, pero mis buenas noticias no pueden esperar. Aquí mi gente está de acuerdo con la idea de sociedad limitada que te propuse el mes pasado. No se oponen a ninguna de tus estipulaciones.

-¡Magnífico, Josef! -exclamó Matt, pero su voz sonó un tanto apagada por el sueño que le provocaba el desajuste horario del viaje en avión, y también porque se dio cuenta de que era más tarde de lo que creía. Más allá de los ventanales de su oficina, las luces pestañeaban en los rascacielos mientras el firmamento se envolvía en tinieblas. Abajo, en la avenida Michigan, sonaban los cláxones. Era el cotidiano embotellamiento de la hora punta, cuando todo el mundo volvía a casa. Matt encendió la lámpara de su escritorio y Peter, respondiendo a una mirada, se levantó y encendió también las del techo.

-Es tarde -dijo Matt-. Y todavía tengo que hacer varias llamadas. Me llevaré a casa tu carpeta y la estudiaré durante el fin de semana. Ya hablaremos el lunes por la mañana, a las diez.

17

La sauna y la ducha lo hicieron sentirse como nuevo. Se envolvió una toalla a la cintura y tendió la mano hacia el reloj de pulsera que había dejado sobre la barra de mármol negro que rodeaba el cuarto de baño de forma circular. Sonó el teléfono.

-¿Estás desnudo? -le preguntó Alicia Avery con voz sensual e insinuante.

Librodot

-¿A qué número llama? -respondió Matt, fingidamente confuso.

-Al tuyo, querido. ¿Estás desnudo?

-Casi -dijo él-. Se me hace tarde.

-Me alegro muchísimo de que finalmente estés en Chicago. ¿Cuándo llegaste?

-Ayer.

-¡Ahora te tengo en mis garras! -Se oyó su risa seductora, contagiosa-. No imaginas los pensamientos eróticos que he tenido para esta noche, cuando regresemos del baile a beneficio de la ópera. Te he echado de menos -añadió, tan franca y directa como de costumbre.

-Nos veremos dentro de una hora -le prometió Matt-. Es decir, si me permites vestirme.

-Está bien. En realidad, es papá quien ha llamado. Temía que te olvidaras de lo de esta noche. Desea verte casi tanto como yo... aunque por razones distintas, claro.

-Claro -bromeó Matt.

-Por cierto, será mejor que te diga que mi padre piensa proponerte como socio del club de campo de Glenmoor. El baile es el lugar perfecto para presentarte a algunos de los otros socios y ganarte su voto. Claro está que todo eso es innecesario -aclaró Alicia-. Será pan comido para ti. -Y antes de pasarle el auricular a su padre, se le ocurrió otra idea-: Ah, la prensa acudirá en masa esta noche, así que prepárate para ser zarandeado. ¡Qué humillación, señor Farrell! -bromeó-, saber que mi acompañante va a causar más sensación que yo...

La mención del club de campo de Glenmoor, donde hacía ya tanto tiempo había conocido a Meredith, causó tal impacto a Matt que apenas oyó el resto de la perorata de Alicia. Ya era socio de dos clubes de campo, ambos de élite, tanto como Glenmoor. Pero, por supuesto, raramente frecuentaba esos lugares. Si se asociaba a un club de Chicago, y no sentía el menor deseo de hacerlo, no sería Glenmoor.

-Dile a tu padre que le agradezco su intención, pero que no se moleste. -Iba a añadir algo cuando sonó la voz del propio Stanton Avery.

-Matt -dijo con su voz franca y cordial-. No habrás olvidado la fiesta de esta noche a beneficio de la ópera.

-No la he olvidado, Stanton.

-Oh, bien. Pensé que podríamos pasar a buscarte a las nueve, parar en el Yatch Club a tomar unas copas y luego ir al hotel. De este modo no tendremos que soportar *La Traviata* antes de que empiece en serio la fiesta. ¿O acaso te gusta *La Traviata?*

-Odio la ópera -bromeó Matt, y Stanton respondió con una risita de complicidad. En los últimos años Matt había asistido a docenas de óperas y conciertos, porque en su posición, y siempre pensando en los negocios, el patrocinio y la asistencia a los actos culturales eran una necesidad. Ahora que conocía, contra su voluntad, las sinfonías y las óperas más importantes, su gusto musical no había experimentado cambio alguno. Le aburrían soberanamente y, sobre todo, le parecían demasiado largas-. A las nueve es buena hora -aceptó.

A pesar de que la ópera le aburría y de que la idea de ser acorralado por la prensa no le resultaba agradable, Matt deseaba asistir a la velada, como descubrió al empezar a afeitarse. Había conocido a Stanton Avery hacía cuatro años, en California, y siempre que iba a Chicago -o Stanton a Los Ángeles-, ambos hacían lo posible por verse. A diferencia de otros miembros pedantes de la alta sociedad, conocidos de Matt, Stanton era un hombre de negocios luchador y honesto, con los pies en el suelo. Por estas cualidades, a Matt le resultaba simpático. De poder elegir un suegro, Stanton Avery sería sin duda el ideal. Por su parte, Alicia se parecía mucho a su padre; era sofisticada y refinada, pero cuando quería alcanzar algo iba directo al grano. Ambos, padre e hija, habían querido que esa noche Matt los acompañase al baile a beneficio de la ópera, y se negaban a aceptar una negativa. Matt no solo había terminado por aceptar, sino que además había contribuido con cinco mil dólares a la obra patrocinadora.

Cuando dos meses antes Alicia se había reunido con él en California y su padre insinuó que ella y Matt deberían casarse, él sintió el impulso de aceptar, pero le duró poco. Le gustaba Alicia, en la cama y fuera de ella, y también le gustaba su estilo. Pero Matt arrastraba la triste experiencia de una unión desastrosa, el matrimonio con una rica y mimada hija de la alta sociedad de Chicago, y no quería repetir el episodio. Había huido de la posibilidad de un nuevo casamiento, porque nunca volvió a sentir lo mismo que por Meredith (aquella pasión incontenible, la necesidad enfermiza de verla, de tocarla, de oír su risa; aquel sentimiento avasallador que lo convertía en un esclavo y que nunca se saciaba). Ninguna otra mujer lo había mirado y lo había hecho sentirse poderoso y humilde a la vez, ninguna le había inspirado el furioso deseo de ser más y mejor de lo que era. Casarse con alguien que no despertara en él los mismos sentimientos era contentarse con el segundo premio, con un sucedáneo. Y desde luego, en ninguna dimensión de la vida él era un hombre que se contentara con menos. Sin embargo, tampoco tenía deseos de pasar de nuevo por aquellas turbulentas y mortificantes emociones. Habían sido tan dolorosas como placenteras, y tras la ruptura del matrimonio, el recuerdo de la esposa

Librodot

traicionera lo había perseguido dolorosamente durante años, convirtiendo su vida en un verdadero infierno.

La verdad era que si Alicia hubiera calado tan hondo en su corazón como Meredith, Matt habría escapado lo antes posible. No estaba dispuesto a permitir que nada ni nadie lo convirtiera una vez más en un ser vulnerable. Nunca. Sabía que ahora que estaba en Chicago Alicia lo presionaría. Si lo hacía, no tendría más remedio que aclararle que el matrimonio no entraba en sus planes, o tendría que poner fin a aquellas deliciosas relaciones.

Matt salió del cuarto de baño con la chaqueta del esmoquin puesta. Se encogió de hombros. Aún faltaban quince minutos para la llegada de Alicia y su padre, así que se encaminó al otro extremo del apartamento y subió a la plataforma donde estaba el bar junto a varios sofás. Era un espacio ideal para improvisar reuniones. Había elegido ese edificio y ese apartamento porque las paredes exteriores eran una sucesión de ventanales de vidrio curvado, que ofrecían una vista impresionante de Lake Shore Drive y del perfil de la ciudad. Se quedó mirando por un momento el paisaje, luego se volvió con la intención de servirse un coñac. Al hacerlo, rozó con la chaqueta un diario cuidadosamente doblado que la mujer de la limpieza había dejado sobre una mesita. El diario cayó al suelo, desparramándose.

Matt vio a Meredith.

La fotografía de la que había sido su esposa lo contemplaba desde la última página de la primera sección. Como siempre, lucía una sonrisa perfecta, un pelo perfecto, una mirada perfecta. Típico de Meredith, pensó Matt al tiempo que recogía el periódico y miraba con rabia el rostro antes adorado. Meredith había sido una adolescente preciosa, pero el fotógrafo se desvivía, consiguiendo su propósito, para que la hermosa criatura se pareciera a Grace Kelly de joven.

La mirada de Matt pasó de la fotografía al texto del artículo. Se sorprendió. Según la periodista, Sally Mansfield, Meredith se había comprometido en matrimonio con el «amor de su niñez», Parker Reynolds III; y Bancroft & Company celebraría la boda -en febrero- con unas grandes rebajas en Chicago y en todas las sucursales del país.

Matt arrojó el periódico y se dirigió al ventanal. En sus labios apareció una sonrisa irónica. Había estado casado con aquella pequeña zorra, pérfida y traidora, y ni siquiera se había enterado de que ella tenía un viejo amor, un amor de juventud. Tuvo que admitir que él y su mujer no habían llegado a conocerse. No obstante, lo que ahora sabía de ella, le resultaba despreciable.

Al pensar en eso Matt se dio cuenta de que sus ideas no estaban de acuerdo con sus sentimientos. Era evidente que reaccionaba así por costumbre, puesto que en realidad ya no despreciaba a Meredith. No sentía por ella más que un frío disgusto. Lo ocurrido entre ambos era historia, una historia tan lejana que el tiempo había erosionado toda emoción intensa, incluso el sentimiento de desprecio. En el vacío no había nada... nada, excepto desagrado y lástima. Meredith había sido demasiado pusilánime para ser perversa; pusilánime y completamente dominada por su padre. A los seis meses de embarazo abortó y después le envió un telegrama para informarle de lo que había hecho, dándole la noticia del divorcio. Y a pesar de todo, él estaba tan locamente enamorado que tomó un avión para verla y persuadirla de que no pidiera el divorcio. Cuando llegó al hospital, en el vestíbulo del ala Bancroft lo detuvieron sin dejarlo pasar, obedeciendo órdenes de Meredith. Pensando que quizá fuera cosa de Philip, había vuelto al hospital el día siguiente, pero entonces se topó con un policía que le pasó por la cara un mandato judicial en que se decía que le quedaba prohibido aproximarse a Meredith.

Durante años, Matt había intentado ahuyentar aquellos recuerdos y la angustia que había sentido por el niño. Lo sepultó todo en lo más profundo de su conciencia, porque le producía una angustia y un dolor indecibles.

Ahora, al mirar las parpadeantes luces de los faros allá abajo, en Lake Shore Drive, se dio cuenta de que ya no necesitaba recurrir a ninguna argucia para no sufrir. Meredith había dejado de existir para él.

Cuando tomó la decisión de pasar el año en Chicago, lo hizo con plena conciencia de que coincidiría con Meredith, pero no permitió que esta idea lo desviara de su trayectoria y perturbara sus planes. Ahora era consciente de que ni siquiera necesitaba molestarse pensando en ella, porque ya no le importaba. Ambos eran adultos, y el pasado, pasado estaba. Meredith sería de todo menos una persona descortés. Cuando se encontraran, se saludarían con los buenos modales propios de personas adultas.

Matt subió al Mercedes de Stanton y le tendió la mano a su amigo. Luego miró a Alicia, enfundada en un abrigo negro que le llegaba hasta los tobillos. El color de la prenda hacía juego con el de la brillante cabellera de la joven. Ella le tendió una mano y lo miró a los ojos, sonriente. Una mirada y una sonrisa directas, seductoras, atractivas.

-¡Cuánto tiempo! -exclamó Alicia con voz suave y sensual.

-Demasiado -replicó Matt sin mentir.

-Cinco meses -le recordó ella-. ¿Vas a darme un apretón de manos o vas a besarme como corresponde?

Matt lanzó una mirada entre desvalida y divertida al padre de la joven: una declaración de intenciones. Stanton respondió con una paternal e indulgente sonrisa. Entonces Matt tiró de la mano de Alicia y la ayudó a sentársele en su regazo.

-¿Cómo me corresponde besarte? -le preguntó.

Ella sonrió y dijo:

-Te lo mostraré.

Solo Alicia habría besado así a un hombre en presencia de su propio padre. Stanton sonrió y apartó la mirada, mientras su hija besaba a Matt de un modo sensual, con el propósito de excitarlo. Y lo consiguió. Ambos lo sabían.

-Creo que me has echado de menos -dijo ella.

-Y yo creo -comentó Matt- que uno de nosotros debería tener el buen gusto de ruborizarse.

-Eso es muy provinciano, querido -bromeó la joven sonriendo, al tiempo que, de mala gana, apartaba las manos de los hombros de su amigo-. Muy de clase media.

-Hubo un tiempo -le recordó Matt mordazmente- en que para mí pertenecer a la clase media habría significado una mejora.

-Estás orgulloso de eso, ¿no es cierto? -inquirió Alicia.

-Supongo que sí.

Ella se sentó al lado de Matt y cruzó las largas piernas. Se le abrió el abrigo y dejó al descubierto un largo corte en su estrecho vestido, que casi le llegaba hasta el muslo.

-¿Qué piensas? -le preguntó a Matt.

-Más tarde te dirá lo que piensa -intervino Stanton, impaciente por hablar con su amigo-. Matt, ¿qué sabes de esos rumores que dicen que Edmund Mining va a fusionarse con Ryerson Consolidated? Pero antes de que contestes, dime cómo está tu padre. ¿Todavía insiste en quedarse a vivir en el campo?

-Mi padre está bien -respondió Matt. Era cierto. Patrick Farrell no se había emborrachado una sola vez en los últimos once años-. Por fin logré convencerle de que debía vender la casa y venir a vivir a la ciudad. Pasará unas semanas conmigo y luego irá a visitar a mi hermana. A finales de este mes sacaré algunas cosas de la casa. A mi padre le falta valor para hacerlo personalmente.

El gran salón de baile del hotel, con sus imponentes columnas de mármol, los relucientes candelabros de metal y el magnífico techo abovedado, era siempre espléndido, pero en opinión de Meredith nunca tanto como esta noche.

Esa noche, el lujo habitual se veía aumentado por las sedas deslumbrantes y los terciopelos. Todos los patrocinadores de la ópera estaban presentes y hacían una pausa en sus alegres conversaciones para posar para la prensa o pasear por el enorme salón, saludando a los amigos. Meredith estaba con Parker, casi en el centro del salón. Él le había pasado un brazo por la cintura y ambos aceptaban los buenos deseos de amigos y conocidos que se habían enterado de su compromiso por la prensa. Meredith volvió la mirada hacia Parker, sonriente.

-¿Qué te resulta tan divertido? -le preguntó él, con una sonrisa tierna.

-La canción que está tocando la orquesta -respondió ella-. Es la misma que bailamos cuando yo tenía trece años. -Como Parker parecía desconcertado, la joven añadió-: En la fiesta de la señorita Eppingham, en el hotel Drake.

Parker lo recordó y sonrió con nostalgia.

-¡Ah! La obligatoria noche de fastidio con la señorita Eppingham.

-Fue peor que eso -puntualizó Meredith-. Dejé caer mi bolso, nuestras cabezas chocaron y no hice más que pisarte durante todo nuestro baile.

-Se te cayó el bolso y nuestras cabezas chocaron -la corrigió él con la gentil sensibilidad que ella tanto amaba-, pero no me pisaste durante el baile. Estuviste adorable. De hecho, aquella fue la primera vez que me di cuenta de lo hermosos que son tus ojos. Me mirabas con la más extraña e intensa de las miradas...

Meredith se echó a reír. Luego comentó:

-Quizá estuviera pensando en la mejor manera de declararme.

Parker sonrió y la apretó con más fuerza.

-¿De veras?

-Ya lo creo. -De pronto, la sonrisa desapareció del rostro de Meredith. Una periodista de las columnas de chismes sociales andaba al acecho-. Parker -musitó la joven presurosamente, voy al tocador de señoras y regresaré dentro de unos minutos. Se nos acerca Sally Mansfield y no quiero hablar con ella hasta el lunes, cuando sepa quién le dijo en Bancroft ese disparate de las rebajas el día

Librodot

de nuestra boda.

-De acuerdo.

-El que se lo haya dicho tendrá que retractarse públicamente -afirmó Meredith con seriedad, despidiéndose a regañadientes de su novio-. Entre otros motivos porque no habrá tales rebajas. Fíjate si ves llegar a Lisa. -Se dirigió a la escalinata que conducía al entresuelo-. Hace rato que debería haber llegado.

-Hemos calculado bien el tiempo, Matt -observó Stanton mientras Matt ayudaba a Alicia a quitarse el abrigo de pieles. Luego se lo entregó a la empleada de guardarropía en la entrada del salón. Oyó las palabras de su amigo, pero lo cierto es que solo estaba pendiente del atrevido escote del vestido de la joven.

-¡Menudo vestido! -exclamó con expresión divertida.

Ella le sostuvo la mirada, inclinó la cabeza y esbozó una sonrisa de complicidad.

-Eres el único hombre -murmuró- capaz de convertir esa frase en una irresistible invitación a meterse en la cama durante una semana entera.

Matt soltó una risita ahogada mientras se encaminaban al centro de la estancia. A cierta distancia vio a dos fotógrafos en acción y a un equipo de televisión merodeando entre la multitud. Se preparó para el acoso inevitable de la prensa.

-¿Era eso? -le preguntó Alicia en cuanto su padre se detuvo a hablar con unos amigos.

-¿El qué? -inquirió Matt, al tiempo que cogía dos copas de champán de la bandeja de un camarero que pasaba por allí.

-Una invitación a una semana de glorioso sexo como la que pasamos hace dos meses.

-Alicia -susurró Matt con tono de suave reprimenda, saludando al mismo tiempo con la cabeza a dos conocidos-. ¡Pórtate bien! -Habría seguido caminando, pero ella se quedó inmóvil, observándolo cada vez con mayor intensidad.

-¿Por qué nunca te has casado?

-Lo discutiremos en otra ocasión.

-Lo intenté las dos últimas veces que estuvimos juntos, pero siempre te escapas por la tangente.

Enojado por su obstinación, por el propio asunto y por la inoportunidad del momento en que lo sacaba a relucir, Matt colocó una mano en un brazo de Alicia y la condujo a un lado.

-Supongo -dijo- que intentas discutirlo aquí y ahora.

-Sí -admitió ella, mirándolo fijamente y alzando la orgullosa barbilla.

-¿En qué estás pensando?

-En casarme.

Matt se detuvo y ella vio una frialdad repentina en su mirada. Sin embargo, las palabras que pronunció fueron aún más cortantes que la expresión de su rostro:

-¿Con quién?

Sintiéndose insultada y furiosa por su propia torpeza al querer forzar la situación, Alicia lo miró durante un largo instante. Matt no suavizó la expresión. Por fin, ella dijo:

-Supongo que lo tengo merecido -dijo.

-No -repuso Matt, enojado consigo mismo por su falta de tacto-. No te lo merecías.

Alicia lo miró, confusa y cautelosa. Luego sonrió y comentó:

-Al menos sabemos dónde estamos... por ahora.

Obtuvo por respuesta una sonrisa breve y fría, sin duda muy poco alentadora. Alicia suspiró y le puso una mano en el brazo.

-Eres-le dijo sin tapujos, al tiempo que él echaba a andar- el hombre más duro y difícil que he conocido en mi vida. -Trató de rebajar la tensión dirigiéndole una mirada seductora.

Lisa llegaba en aquel momento al salón. Se detuvo en la entrada el tiempo necesario para dejar el abrigo y observar a la multitud, buscando a Parker o a Meredith. Al ver a Parker, cerca de la orquesta, se dirigió hacia allí. Rozó a Alicia Avery, que caminaba muy despacio junto a un hombre muy alto, de pelo negro y anchos hombros, cuyo perfil le resultó a Lisa vagamente familiar. Ella siguió andando hacia la orquesta, advirtiendo que los hombres se volvían a mirarla. De hecho, también las mujeres la miraban, porque Lisa llevaba un modelo de lo más original. Vestía ondulantes pantalones de calle, de satén rojo, y una chaqueta de terciopelo negro. En la cabeza, envolviendo también la frente, lucía una cinta negra. Sin duda era una indumentaria incongruente, del todo inapropiada para aquel lugar y aquella ocasión, pero que de algún modo en Lisa parecía muy bien.

Sin embargo, Parker no lo creyó así.

-Hola -lo saludó ella, situándose a su lado mientras el banquero se servía una copa de champán.

Parker alzó la mirada y al ver a Lisa vestida de aquel modo hizo una mueca de desaprobación. Ante aquella muda crítica, la muchacha se indignó.

-¡Oh, no! -exclamó con voz afectada, mirando a Parker con fingida alarma-. No me digas que han vuelto a subir las acciones.

Enojado, Parker observó el escote de la chaqueta de Lisa y luego su rostro provocativo.

-¿Por qué no te vistes como las demás? -le preguntó con acritud.

-No lo sé-se limitó a responder y, con una amplia sonrisa, añadió-: Probablemente por la misma clase de perversidad que te hace a ti exprimir a las viudas y los huérfanos. ¿Dónde está Meredith?

-En el tocador.

Tras este intercambio de palabras, habitual en ellos desde hacía años -aun yendo en contra de la amable personalidad de ambos-, evitaron mirarse y centraron su atención en la multitud. Entonces se produjo una conmoción y los dos dirigieron la mirada hacia la derecha. Los chicos de la prensa y la televisión de pronto se pusieron en marcha a la vista de una buena presa. Lisa estiró el cuello y alcanzó a ver a la «víctima» de los periodistas. Era el acompañante de Alicia Avery. Lo apuntaban las cámaras de la televisión, estallaban los flashes y una nube de reporteros le cerraban el paso, blandiendo micrófonos.

-¿Quién es? -preguntó Lisa, mirando a Parker.

-No lo veo... -empezó a decir Parker, observando el tumulto sin demasiado interés. Pero finalmente distinguió el rostro de Matt-. Es Farrell -masculló con voz tensa.

El nombre y el rostro bronceado de Matt fueron datos suficientes para revelar a Lisa que aquel hombre era el desleal y despiadado ex marido de su amiga Meredith. La muchacha sintió que una oleada de hostilidad se apoderaba de ella. Recordó el sufrimiento de Meredith y tuvo el impulso de abrirse paso a codazos, detenerse ante aquel tipo e insultarlo delante de todo el mundo. Sin embargo, sabía que a Meredith no le gustaría. Odiaba las escenas. Además, solo Lisa y Parker sabían lo de ella y Matt. Ambos pensaron en Meredith simultáneamente. El rostro de Parker, siempre apacible y civilizado, se descompuso al mirar a Farrell y pensar en su novia.

-¿Sabía Meredith que Farrell vendría? -le preguntó Lisa. Sin responder, Parker la tomó del brazo y le rogó:

-Encuéntrala y adviértele que Farrell está aquí.

Lisa se lanzó hacia la escalinata. Entretanto, el nombre de Matthew Farrell corría ya de boca en boca. El gran financiero se había librado de la prensa, excepto de Sally Mansfield, de pie a sus espaldas, y conversaba con Stanton Avery cerca del pie de la escalera. Lisa lo vio y se apresuró para llegar a tiempo. Avanzaba entre el gentío, mirando a Farrell y tratando de localizar a Meredith al mismo tiempo. Y de pronto apareció. Lisa se detuvo, horrorizada. Demasiado tarde.

Como todo era inútil, Lisa contempló a su amiga, que ya bajaba por la escalera. Por lo menos, pensó Lisa, Meredith era todo un espectáculo. Estaba más hermosa que nunca. Sí, ahora que el cretino de su ex marido iba a verla por primera vez desde hacía once años.

Desafiando la moda provocativa del momento, Meredith llevaba un vestido sin tirantes, largo hasta los pies. Era de satén blanco, salpicado de brillantes lentejuelas y diminutos cristales. En el cuello lucía un collar de rubíes y diamantes, que quizá le había regalado Parker, cosa que Lisa dudaba, o bien era un préstamo de la sección de joyería de Bancroft, lo que a Lisa le pareció más verosímil.

A mitad de la escalera, Meredith se detuvo para hablar con una pareja de ancianos. Lisa contuvo el aliento. Parker, que la había seguido, se hallaba a su lado, y sus miradas iban de Farrell y Sally Mansfield a Meredith. La inquietud se reflejaba en sus ojos.

Sin dejar de prestar atención a Stanton, Matt miró alrededor buscando a Alicia, que se había ido al tocador. Alguien lo llamó por su nombre. Al volverse Matt Farrell se quedó perplejo. La copa de champán que sostenía no llegó a rozar sus labios. La mujer de la escalera había sido una muchacha y su esposa la última vez que la vio. De inmediato comprendió por qué la prensa la comparaba con Grace Kelly de joven. Con el pelo recogido en un elegante moño sobre la nuca; entrelazado con pequeñas rosas blancas, Meredith Bancroft era la viva imagen de la distinción, de la serenidad. Una imagen que quitaba el aliento. Con el paso de los años había perfeccionado su figura, y su rostro, delicado y hermoso, había adquirido un esplendor que hipnotizaba.

Impresionado, Matt se repuso enseguida. Se llevó la copa a los labios y asintió a lo que Stanton le estaba diciendo. Sin embargo, no pudo dejar de mirar a su ex mujer, aunque ahora lo hacía con el interés imparcial de un experto que examina una obra de arte cuyos defectos ya conoce.

Pero no podía engañarse. Era incapaz de inmunizarse por entero contra aquella figura que charlaba con una pareja de ancianos en mitad de la escalera. Matt recordó que Meredith siempre se encontraba a gusto entre personas mucho mayores que ella. Pensó en la noche en que lo había tomado bajo su protección en Glenmoor, y su corazón se ablandó aún más. Buscó en ella señales de la personalidad del ejecutivo, pero lo que vio fue una sonrisa arrebatadora, unos ojos brillantes de color turquesa y un aura inesperada de... Buscó la palabra en su mente y solo encontró: inmaculada. Tal vez fuera el blanco virginal de su vestido, o el hecho de que las otras mujeres llevaban ropa provocativa, mientras que ella, mostrando solo los hombros, resultaba todavía más incitante que las demás. Provocativa, regia, inalcanzable.

Matt trató de serenarse. Cuando lo logró, se desvanecieron los últimos vestigios de amargura. Más

Librodot

que belleza, veía en Meredith una dulzura que había olvidado, y que debió de ser aplastada por un gran terror para que ella accediese al aborto. Pensó que Meredith era demasiado joven cuando se vio obligada a casarse con él, con un extraño. Sin duda aquella muchacha se vio viviendo en una pequeña y sucia ciudad como Edmunton, casada con un borracho -como lo era el padre de Matt- e intentando criar a su hijo. Philip se habría encargado de convencerla de que eso era lo que iba a ocurrir. Aquel hombre no se habría detenido ante nada para romper la unión de su hija con un don nadie, incluyendo el aborto. Matt se dio cuenta de ello poco después del divorcio. A diferencia de su padre, Meredith nunca había sido una esnob; bien criada y educada, eso sí, pero nunca una esnob capaz de actuar así con él y con el hijo de ambos. Su juventud, el temor y la terrible presión paterna habían sido los causantes de todo. Matt lo comprendió de pronto. Después de once años, había tenido que verla para descubrir la verdad de lo ocurrido entonces, de lo que Meredith fue... y de lo que todavía era.

-Hermosa, ¿verdad? -inquirió Stanton, dándole un codazo.

-Muy hermosa.

-Ven, te la presentaré. A ella y a su novio. Tengo que hablar con él de todos modos. Además, te conviene conocer a Parker, controla uno de los mayores bancos de Chicago.

Matt vaciló y finalmente asintió. Meredith y él tendrían que coincidir muchas veces en reuniones sociales como aquella. Cuanto antes superaran el primer enfrentamiento, mejor. Por lo menos esta vez, cuando le presentaran a Meredith, él no tendría que sentirse como un leproso.

Buscando a Parker entre la multitud, Meredith acabó de bajar las escaleras y luego se detuvo al oír la voz alegre y cordial de Stanton Avery, justo a su lado.

-Quiero presentarte a alguien.

Meredith sonreía y extendía la mano cuando su mirada se topó con el rostro de Matthew Farrell. Meredith sintió un acceso de vértigo. Oyó, como si procediera de un túnel, la voz lejana de Stanton Avery.

-Mi amigo Matt Farrell...

Vio al hombre que la había dejado sola en el hospital cuando ella perdió el bebé, el mismo que le había enviado un telegrama para pedirle que obtuviera el divorcio. Ahora esbozaba la misma sonrisa íntima, inolvidable, encantadora y... despreciable que ella recordaba, mientras le tendía la mano. De pronto algo estalló en el corazón de Meredith. No le estrechó la mano. Miró a Matt con acritud y, volviéndose hacia Stanton Avery, le habló con la frialdad de un ser superior a quien se ha ofendido.

-Debería seleccionar mejor sus amistades, señor Avery. Ahora, discúlpeme. -Les volvió la espalda y se alejó de ellos.

Sally Mansfield se quedó sin habla, fascinada, mientras que Stanton Avery no salía de su asombro. Por su parte, Matthew Farrell apenas podía contener la ira.

Eran las tres de la madrugada cuando se marchó el último invitado de Meredith y Parker. En el apartamento de ella solo quedaron los dos y Philip.

-No deberías estar levantado tan tarde -le dijo Meredith a su padre, dejándose caer en un sillón.

Incluso horas después de su encuentro con Matt Farrell, seguía temblorosa. Sin embargo, su ira se había vuelto contra sí misma. También la perseguía la furiosa mirada de Matt, cuando ella lo dejó en ridículo ante el mundo.

-Sabes muy bien por qué no me he marchado todavía -musitó Philip, sirviéndose un jerez. No se había enterado del encuentro de Meredith hasta hacía una hora, cuando Parker le dio la noticia escuetamente, porque todavía había invitados en la casa. Ahora, Philip quería conocer los detalles.

-No bebas eso. Los médicos te lo han prohibido.

-Al diablo con los médicos. Quiero saber qué te dijo Farrell. Según Parker, lo cortaste en seco.

-No tuvo ocasión de hablarme -aclaró Meredith, y le contó lo ocurrido. Cuando terminó, observó con frustración cómo Philip apuraba el vaso de jerez. Era una figura patética: un hombre avejentado, de cabello canoso y rostro cansado, embutido en su esmoquin hecho a medida. Había dominado a su hija, la había manipulado durante gran parte de su vida, hasta que ella encontró el valor y la fortaleza necesarios para oponerse a aquel carácter irascible. Y a pesar de todo, ella lo quería y se preocupaba por su estado. Era toda la familia que tenía y le resultaba penoso verlo agotado por la enfermedad y el cansancio. En cuanto arreglara el asunto de su ausencia, haría un prolongado crucero. El médico le había hecho prometer que durante sus vacaciones no pensaría en Bancroft, ni en la política mundial, ni en nada. Serían seis semanas en el mar, sin televisión, sin periódicos, sin nada que no fuera completamente frívolo y relajante.

Meredith dejó de mirar a su padre y comentó a Parker:

-Habría preferido que no le hubieras dicho nada de lo ocurrido esta noche. No era necesario.

Parker se reclinó en el sillón exhalando un suspiro y, a regañadientes, le contó a Meredith algo que ella ignoraba.

-Meredith, Sally Mansfield vio la escena y es muy probable que oyera tus palabras. Tendremos suerte si mañana no es la noticia del día en su sección del periódico. Lo sabrá todo el mundo.

-Espero que lo publique -intervino Philip.

-Yo preferiría que no lo hiciera -repuso Parker, sosteniendo la furiosa mirada de su futuro yerno con la calma que le caracterizaba-. No quiero que la gente se pregunte el motivo de la actitud de Meredith.

Echando la cabeza atrás, Meredith suspiró y cerró los ojos.

-De haber tenido tiempo para pensar no habría actuado como lo hice. Le habría hecho notar a ese hombre mi desagrado de una manera menos notoria.

-Algunos de nuestros amigos ya estaban haciendo preguntas esta noche -agregó Parker-. Tenemos que pensar algo, una explicación...

-Por favor -lo interrumpió Meredith con voz cansada-. Ahora no. No puedo más y quiero irme a la cama.

-Tienes razón -asintió Parker y, poniéndose en pie, Philip no tuvo más remedio que marcharse con él.

18

Era casi mediodía cuando Meredith acabó de ducharse. Se puso un jersey y unos pantalones de lana y se recogió el cabello en una coleta.

Ya en el salón, volvió a echar un vistazo al *Tribune* del domingo, y de nuevo le flaqueó el ánimo. Lo primero que mencionaba Sally Mansfield en su sección era el desplante de la noche anterior en el baile a beneficio de la ópera.

Mujeres de todo el mundo caen a los pies de Matthew Farrell, se rinden a su legendario encanto. Pero nuestra Meredith Bancroft es inmune a la atracción de este hombre. Ayer por la noche, en el baile a beneficio de la ópera, le hizo lo que en los viejos tiempos habríamos llamado un desplante. Nuestra adorable Meredith, tan amable con todo el mundo, como es bien sabido, se negó a estrechar la mano de Farrell. Una se pregunta por que...

Demasiado tensa para ponerse a trabajar y demasiado cansada para salir, Meredith se detuvo en el centro del salón, indecisa. Contempló aquellas mesas y aquellos sillones -piezas de anticuario-, pero le resultaron tan extraños como la tormenta que se agitaba en su alma. La alfombra persa bajo sus pies estaba estampada con dibujos rosa y verde pálido, sobre un fondo crema. Todo en el apartamento era como ella lo deseaba, desde las cortinas hasta el ornamentado escritorio francés que había comprado en una subasta en Nueva York. Aquel apartamento, con su vista de la ciudad, había sido su único lujo, aparde del BMW que había adquirido cinco años atrás. Hoy, la habitación le parecía tan desordenada y extraña como sus propios pensamientos.

Abandonando la idea de trabajar un rato, se dirigió a la cocina y se sirvió una taza de café. No quería pensar en lo sucedido la noche anterior hasta sentirse más tranquila. El cielo estaba encapotado, como ella. El café recién hecho, caliente, contribuía a disipar las nubes de su espíritu. Cuando Meredith se sintió ya en plena posesión de sus facultades, apenas pudo soportar la furiosa vergüenza que le producía su comportamiento de la noche anterior. A diferencia de su padre y del propio Parker, no lamentaba lo sucedido por temor a las repercusiones de Sally Mansfield. La idea que le martilleaba la mente era que había perdido el control. Más aun, había perdido el juicio. Años atrás se había impuesto la obligación de no censurar más a Matt Farrell, y no por él, sino por ella misma; porque el dolor y la rabia que había sentido al ser víctima de la traición de aquel hombre fueron mayores de lo que era capaz de soportar. Un año después del aborto, se propuso pensar de nuevo en ello, pero esta vez con total imparcialidad. Luchó por alcanzar la objetividad y, cuando lo logró, se aferró a ella hasta que se convirtió en parte de su ser. O eso había creído.

La objetividad, más un psicólogo al que visitó durante sus tiempos de estudiante universitaria, le habían ayudado a comprender que lo ocurrido entre ella y Matt era inevitable. Las circunstancias los obligaron a casarse, pero excepto el niño que habían engendrado, no tenían una sola razón para seguir casados. Nada los unía y nada los uniría nunca. No tenían nada en común.

Matt se había mostrado insensible al ignorar su ruego de que fuese a verla cuando sufrió el aborto, y más insensible todavía al pedirle el divorcio. Pero bajo su encanto superficial, él siempre había sido un ser invulnerable y nada dispuesto a comprometerse. Había cumplido con su deber casándose con ella, aunque tal vez movido por la codicia, al menos en parte. Pronto se dio cuenta de que Meredith no poseía dinero propio. Y cuando perdió al niño, no le quedó razón alguna para seguir casado. No compartían un sistema de valores, y de haber seguido juntos, él la habría destruido. Meredith lo

Librodot

comprendió con el paso del tiempo; o al menos creyó que era así. Sin embargo, la noche anterior, por un instante horrible y turbulento, perdió la objetividad y la compostura. No debería haber ocurrido, de hecho no habría ocurrido de haber sabido unos minutos antes que iba a coincidir con él. O si Matt no hubiera esbozado aquella sonrisa cálida, íntima, familiar. Su sonrisa...

Meredith le había dicho a Stanton lo que realmente sentía; lo que la perturbaba eran los sentimientos incontrolables, que la habían obligado a comportarse de aquel modo. Además, temía que volviera a ocurrir. De inmediato se dijo que no podía permitirlo. Aparte de su resentimiento por el hecho de que Matt estuviera más atractivo que nunca y su encanto hubiera aumentado más de lo que merecía cualquier hombre con tal falta de escrúpulos, trató de convencerse de que ella no sentía nada. Era obvio que lo de la noche anterior había sido la última y débil erupción de un volcán apagado.

Tras pensar en ello, Meredith se sintió mucho mejor. Se sirvió otra taza de café, se la llevó al estudio y se sentó ante su escritorio. Su hermoso apartamento le resultaba de nuevo familiar, y volvía a estar ordenado y en calma. Como su mente. Miró el teléfono y por un momento tuvo el absurdo impulso de llamar a Matt y hacer lo que le dictaba la buena educación: pedirle disculpas por la escena. Pero se encogió de hombros y empezó a sacar del maletín los documentos relativos a Houston. A Matthew Farrell no le había importado en absoluto lo que ella pensara o hiciera cuando estuvieron casados. ¿Acaso iba a importarle ahora lo sucedido la noche anterior? Claro que no, y menos teniendo en cuenta su egoísmo y su insensibilidad.

19

El lunes, a las diez en punto de la mañana, Peter Vanderbilt se presentó ante la señorita Stern, secretaria de Matt Farrell, a quien el recién llegado apodaba la Esfinge. Esperó, pero la mujer no se dio por enterada de su presencia hasta haber concluido un trabajo mecanográfico. Por fin le lanzó una mirada pétrea y comentó:

-El señor Farrell tiene una reunión. Lo recibirá dentro de quince minutos.

-¿Cree usted que debo esperar?

-Solo si no tiene nada que hacer durante los próximos quince minutos -replicó con frialdad.

Despachado como un escolar recalcitrante, Peter se encaminó hacia el ascensor. Prefería marcharse antes que demostrarle que, en efecto, no tenía nada que hacer durante los siguientes quince minutos.

A las diez y cuarto la señorita Stern introdujo a Peter en el sanctasanctórum de Farrell, del que en aquel momento salían tres vicepresidentes de Haskell.

Peter se disponía a hablar cuando sonó el teléfono de la mesa de Matt.

-Siéntate, Peter -dijo el jefe-. Será cosa de un minuto. -Con el auricular pegado a la oreja, Farrell abrió la carpeta de documentos que Peter le había entregado la semana anterior. Eran informes sobre adquisiciones potenciales de inmuebles, propiedad de grandes empresas del sector. Algunas de las elecciones de Peter eran del agrado de Matt, que por otra parte estaba impresionado por el extraordinario trabajo de investigación y un tanto asombrado ante algunas de las recomendaciones. Cuando colgó el auricular, se acomodó en el sillón y observó a Peter atentamente.

-¿Qué te atrae en particular de la compañía de Atlanta?

-Varias cosas -respondió Peter, algo sorprendido por la brusca interpelación del jefe-. Sus propiedades son, en su mayor parte, nuevos edificios comerciales, de tamaño medio, con un alto porcentaje de ocupación. Casi todos los inquilinos son empresas bien establecidas, con contratos de alquiler a largo plazo. Por otra parte, todos los edificios están muy bien cuidados y administrados. Lo vi yo mismo cuando viajé a Atlanta.

-¿Y la compañía de Chicago?

-Posee edificios residenciales de alquileres altos en zonas lujosas. Los beneficios de la empresa son importantes.

Matt miró al joven fijamente.

-Por lo que veo en tus informes -dijo-, muchos de tus edificios tienen más de treinta años. Dentro de siete u ocho años el costo de las reparaciones y renovaciones se comerá esos beneficios.

-En mi predicción de beneficios ya está incluido ese factor -aclaró Peter-. Además, la tierra sobre la que se asientan siempre valdrá una fortuna.

Satisfecho, Matt asintió y abrió otro expediente. La recomendación que este contenía había llevado a Matt a preguntarse si el joven genio solo era un presunto genio. La inteligencia y el sentido común de Vanderbilt quizá estaban sobrevalorados. Frunciendo el entrecejo, Matt le lanzó la pregunta:

-¿Qué es lo que te hizo considerar esta compañía de Houston?

-Si Houston sigue recuperándose económicamente, el precio de los inmuebles...

-Eso ya lo sé -atajó Matt con impaciencia-. Lo que quiero saber es por qué me recomiendas la compra de Thorp Development. Cualquier lector del *Wall Street Journal* sabe que esa compañía hace ya dos años que esta en venta, y también sabe la razón de que no encuentre comprador. Piden una cifra ridículamente alta, y aparte de eso la administración es muy mala.

Peter se sintió como si la silla en que se hallaba sentado fuera la silla eléctrica. No obstante, sacando fuerzas de flaqueza, continuó defendiendo con insistencia su elección.

-Tiene razón, pero si me escucha es posible que cambie de opinión. -Matt hizo un breve gesto de asentimiento y Peter prosiguió-: Thorp Development es propiedad de dos hermanos que heredaron la empresa a la muerte de su padre, hace diez años. Durante esta década se han embarcado en una serie de inversiones ruinosas, y para ello han ido hipotecando la mayoría de las propiedades adquiridas por el padre durante el transcurso de toda su vida. Como resultado, están endeudados hasta las orejas con el Continental City Trust de Houston. Los hermanos no se soportan y son incapaces de entenderse en una sola cosa. Desde hace dos años, uno de ellos pretende vender en bloque todas las propiedades, mientras que el otro es partidario de dividirlas y venderlas una a una. En estos momentos, sin embargo, esta última opción es la única viable, porque Continental Trust se dispone a hipotecar.

-¿Cómo sabes todo eso? -se interesó Matt.

-En octubre estuve en Houston, visitando a mi hermana. Decidí echarle un vistazo a Thorp y examinar algunas de sus propiedades. Me enteré del nombre del banquero de la empresa, Charles Collins. Me lo dijo Max Thorp. A mi vuelta, llamé a Collins, que se me mostró desesperadamente dispuesto a *ayudar* a Thorp a encontrar un comprador. En el transcurso de la conversación tuve la sospecha de que la razón de tanto interés era recuperar los préstamos que su banco había hecho a los Thorp. Collins me llamó el martes pasado para comunicarme que Thorp tenía muchas ganas de llegar a un acuerdo con nosotros y que nos vendería muy barato. Eso me llevó a pensarlo y a hacer una oferta. Si actuamos con rapidez, creo que podremos conseguir algunas de las propiedades de la empresa por el valor de la hipoteca y no por el valor real, ya que Collins está a punto de hipotecar y los Thorp lo saben.

-¿Qué te hace pensar que Collins dará ese paso?

Peter sonrió.

-Llamé a un banquero de Dallas, amigo mío, y le pregunté si conocía a Collins. Me dijo que sí y llamó a Collins con el evidente deseo de lamentarse por la situación de la banca en Texas. Entonces Collins le contó que los auditores lo estaban presionando para que hipotecara varias entidades con créditos impagados. Thorp es una de ellas. -Peter hizo una pausa para celebrar silenciosamente su triunfo, esperando recibir algún elogio de su inexpresivo jefe. Como no fue así, añadió-: ¿Le interesa conocer algunas de las propiedades de Thorp? Un par de ellas son terrenos de primerísima clase que podrían ser vendidos por una fortuna.

-Te escucho -dijo Matt, a pesar de que estaba mucho más interesado en la adquisición de edificios que de terrenos.

-La mejor propiedad de Thorp es un terreno de seis hectáreas situado a dos manzanas de The Galleria, un centro comercial enorme y lujoso que cuenta con sus propios hoteles. Cerca se hallan Saks Fith Avenue y numerosas boutiques muy caras de artículos de diseño. Neiman-Marcus está en el complejo de The Galleria. La autopista está a un paso. El terreno de Thorp se encuentra ubicado entre ambos centros comerciales y es el lugar perfecto para otras grandes tiendas, de calidad selecta, y un bonito paseo.

-He visto la zona. Estuve allí por asuntos de negocios.

-Entonces admitirá que por veinte millones el terreno de Thorp es una ganga. Podríamos urbanizarlo nosotros mismos o esperar a que vuelva a valer los cuarenta millones en que estaba tasado hace cinco años, antes de la crisis de Houston. Pronto alcanzará ese precio, si es que la economía de la ciudad continúa su marcha ascendente.

Matt tomaba notas en la carpeta de Thorp y esperaba a que Peter concluyese para decirle que prefería invertir en edificios comerciales cuando el joven añadió:

-Si está interesado tenemos que actuar con rapidez, porque Thorp y Collins me dijeron que esperan una oferta de un momento a otro. Creí que era un farol, pero me dieron nombres. Es obvio que Bancroft & Company, de Chicago, también quiere comprar. No es de extrañar. No hay otra ubicación como esa en todo Houston. Diablos, podríamos ofrecer de inmediato veinte millones y vendérselo luego a Bancroft por veinticinco o treinta, que es lo que vale en estos momentos.

-La voz de Peter se quebró porque Matt había levantado vivamente la cabeza y lo miraba con una expresión extraña en el rostro.

-¿Qué has dicho? -preguntó con sumo interés.

-He dicho que Bancroft & Company quiere comprar ese terreno -contestó Peter con cautela ante la mirada fría y calculadora del jefe. Creyendo que Farell deseaba más información, añadió con voz presurosa-: Bancroft es como Bloomindale o Neitnan-Marcus. Ya sabe, tiendas antiguas, dignas, con

una clientela en la que predomina la clase media alta. Están inmersos en un proceso de expansión...

-Estoy familiarizado con Bancroft -le interrumpió Matt con voz tensa. Clavó de nuevo la mirada en el expediente de Thorp y estudió con renovado interés la valoración de la parcela de Houston. Al repasar las cifras se dio cuenta de que realmente aquel terreno era una ganga con un gran potencial de beneficio. Sin embargo, ya no estaba pensando en el dinero, sino en la humillación de que había sido objeto el sábado durante el baile a beneficio de la ópera. Sintió que la ira se apoderaba de él.

-Compra ese terreno -dijo con voz queda.

-¿No quiere que le informe de las otras propiedades?

-Ahora no estoy interesado en nada salvo en el terreno que quiere Bancroft. Dile a los de la asesoría jurídica que extiendan una oferta, supeditada al acuerdo entre nuestro tasador y el de Thorp. Llévala mañana a Houston y allí tú mismo se la presentas a Thorp.

-¿Una oferta? -masculló Peter-. ¿Por cuánto?

-Ofrece quince millones y dales veinticuatro horas de plazo para pensarlo. De lo contrario, diles que no hay trato. Te responderán con una contraoferta de veinticinco millones. Ofrece veinte y comunícales que la propiedad tiene que estar en nuestras manos en un plazo máximo de tres semanas o anulamos la oferta.

-Realmente, no creo...

-Otra condición. Si Thorp acepta, la transacción será estrictamente confidencial. Nadie sabrá nada de la adquisición hasta que esté consumada. A nuestros abogados les comunicas que incluyan todo esto en el contrato, aparte de las condiciones habituales.

De pronto, Peter se sintió inquieto. En el pasado, cuando Farrell había invertido en una compañía o la había comprado, no lo había hecho basándose únicamente en su consejo. Por supuesto que no. Matt siempre realizaba un detenido estudio propio y tornaba precauciones. Pero en esta ocasión, si la cosa salía mal, la responsabilidad recaería por entero en el recomendador.

-Señor Farrell, no creo...

-Peter -le interrumpió Matt con voz suave pero decidida-. Compra ese maldito terreno.

Asintiendo con la cabeza, Peter se puso en pie. Su inquietud crecía por momentos.

-Llama a Art Simpson, de nuestro departamento jurídico de California. Comunícale nuestras intenciones y hazle saber que quiero tener aquí los contratos mañana mismo. Cuando lleguen, tráemelos de inmediato y discutiremos los pasos siguientes.

Cuando Peter se marchó, Matt hizo girar su sillón de cara a la ventana. Era obvio que Meredith aún lo consideraba un ser de un estrato inferior, digno de desprecio. Bien, tenía derecho a pensar como quisiera. Y también a declarar sus opiniones a la prensa de Chicago, que era lo que había hecho. Pero el ejercicio de tales derechos le costaría diez millones de dólares, el precio adicional que tendría que pagar a Intercorp por el terreno que se disponía a adquirir en Houston.

20

-El señor Farrell me dijo que le trajera estos contratos tan pronto como llegaran -informó Peter a la señorita Stern con premura la tarde del día siguiente.

-En ese caso -le replicó la secretaria, arqueando sus poco pobladas cejas-, le sugiero que lo haga.

Otra batalla perdida contra la señorita Stern. Irritado, Peter giró sobre sus talones y llamó suavemente a la puerta del despacho de Matt. Sin esperar respuesta, la abrió.

Exasperado por el acuciante deseo de persuadir a Matt de que no se precipitara con respecto al terreno de Houston, no advirtió la presencia de Tom Anderson, que estaba de espaldas en un extremo del espacioso despacho, estudiando un cuadro que acababan de colgar en la pared.

-Señor Farrell -empezó Peter-, tengo que decirle que me siento muy incómodo a causa del negocio de Thorp.

-¿Tienes los contratos?

-Sí. -A regañadientes, le tendió la carpeta-. Pero ¿escuchará al menos lo que tengo que decir?

Farrell le indicó con un gesto uno de los sillones que estaban dispuestos en semicírculo frente a su mesa.

-Siéntate mientras echo un vistazo a los documentos. Luego podrás hacer las observaciones que quieras.

Nervioso y en silencio, Peter observó cómo su jefe repasaba los extensos y complicados papeles que comprometían a Intercorp a un desembolso de millones de dólares. En su rostro no se reflejaba la menor emoción. De pronto, Peter se preguntó si aquel hombre sería presa alguna vez de debilidades tan humanas como la duda, el miedo o el arrepentimiento, o de cualquier otro sentimiento.

Hacía un año que Peter trabajaba para Intercorp, tiempo más que suficiente para observar a Matt Farrell en acción. Cuando este decidía lanzarse de lleno a una empresa, en cuestión de un par de

semanas desenmarañaba una madeja con la que su equipo al completo pugnaba sin éxito. Si Matt estaba motivado, era un ciclón devastador que arrasaba todo cuanto se le ponía por delante, personas, empresas, lo que fuera. Las emociones, si es que las tenía, pasaban inadvertidas.

Los otros miembros del «equipo de reorganización» ocultaban mejor que Peter los sentimientos que les inspiraba el jefe -admiración, incertidumbre-, pero el joven presentía que eran idénticos a los suyos.

Las especulaciones del joven Vanderbilt cesaron después de que Matt introdujera dos cambios en los contratos, los firmara y luego se los tendiera a Peter.

-Con estas enmiendas todo está bien -comentó-. ¿Qué problema tienes con este asunto?

-Hay un par de ellos -señaló Peter, incorporándose en el sillón e intentando recuperar su actitud firme-. En primer lugar, tengo la impresión de que usted sigue adelante con este negocio porque le induje a creer que podemos ganar dinero rápido revendiéndole la parcela a Bancroft & Company. Ayer pensaba que era cosa hecha, pero he estado investigando desde entonces las cuentas de la operación. También he llamado a algunos amigos de Wall Street. Finalmente, hablé con alguien que conoce personalmente a Philip y a Meredith Bancroft...

-¿Y bien? -preguntó Farrell, impasible.

-Verá, no estoy seguro de que Bancroft pueda permitirse el lujo que supone ese desembolso por el terreno de Houston. Basándome en mis datos, creo que se están metiendo en un buen lío.

-¿Qué clase de lío?

-Es largo de explicar, y en realidad no son más que especulaciones basadas en unos datos que no son completos y... en una especie de intuición muy personal.

En lugar de reprenderle por no ir directamente al grano, como Peter esperaba, Farrell le alentó:

-Adelante.

Esta palabra de aliento acabó con la incertidumbre y el nerviosismo de Peter, que de pronto pareció convertirse de nuevo en el joven cerebro inversor del que habían hablado las revistas de economía cuando aún era estudiante en Harvard.

-Está bien, le daré una visión global. Hasta hace unos años, Bancroft poseía un par de grandes establecimientos en la zona metropolitana de Chicago. Por lo demás, la firma estaba estancada. Sus técnicas de marketing eran anticuadas, el equipo de administración se apoyaba demasiado en el prestigio de su nombre. Así que, como los dinosaurios, iban camino de la extinción. Philip Bancroft, que aún es el presidente, llevaba el negocio con los mismos métodos heredados de su padre. Como una familia dinástica que no se deja afectar por las tendencias económicas del momento. Pero entonces hizo su aparición en escena Meredith Bancroft, la hija de Philip. En lugar de estudiar en alguna escuela privada de educación social para señoritas de la élite y dedicarse a salir en las páginas de sociedad, decide ocupar su sitio en la jerarquía de la firma Bancroft. Va a la universidad, estudia comercio, obtiene el título con la nota final de *summa cum laude* y luego cursa un máster. Al padre estas hazañas académicas de su hija no lo entusiasman, y trata de impedir que haga carrera en Bancroft. Para eso, la pone de empleada en la sección de ropa interior. -Peter hizo una pausa, luego añadió-: Le doy todos estos datos para que sepa quién dirige de veras los grandes almacenes.

-Sigue -le instó Farrell con aparente indiferencia, y cogió un informe que tenía delante y empezó a leerlo.

-Durante los años siguientes -agregó Peter-, Meredith va escalando posiciones y adquiere un conocimiento pleno de los entresijos del negocio. Se familiariza con todos los departamentos. Cuando es ascendida al departamento comercial, empieza a presionar para que Bancroft comercialice sus propias marcas. Fue un paso muy rentable que debería haberse dado mucho antes. Entonces el padre la envía a la sección de muebles, que había estado perdiendo dinero. Pero Meredith no se hunde, sino que se saca de la manga una nueva idea. Se trata de una sección que es, en realidad, un «museo de antigüedades», que obtiene prestadas de los museos. La noticia aparece en los periódicos y la gente acude, ávida por contemplar estos objetos. Como es natural, una vez dentro dirigen también su atención a los muebles que se venden en el establecimiento y muchos se convierten en clientes. En lugar de comprar en las tiendas de los alrededores donde viven, lo hacen en Bancroft. Entonces papá la convierte en directora de relaciones públicas, un puesto sin la menor importancia, salvo el de obtener la aprobación de alguna donación para obras de caridad. La fiesta navideña anual que se celebra en el auditorio era otra de sus escasas obligaciones. Pero la señorita Bancroft siempre tiene ideas. Inventa acontecimientos especiales con tal que acuda la gente. No se conforma con organizar desfiles de modelos. Utiliza las relaciones familiares para atraer la orquesta sinfónica, la ópera, el museo de arte, etc. Por ejemplo, el Museo de Arte de Chicago trasladó una de sus exposiciones a Bancroft; y durante la temporada navideña, el ballet actuó en el auditorio, representando *Cascanueces.* Por supuesto, todas estas iniciativas tuvieron una amplia repercusión. Periódicos, revistas y emisoras de radio hablaron de ellas. Bancroft adquirió así una imagen de distinción entre la ciudadanía de Chicago. Más justo sería decir que la imagen de calidad y prestigio de los grandes almacenes quedó

Librodot

muy reforzada. Aumentó espectacularmente la clientela.

»Después el padre volvió a trasladar a Meredith, en este caso al departamento de moda de alta costura. El triunfo fue espectacular, y se debió, en parte, al aspecto personal de la joven, aunque también a sus dotes. He visto recortes de periódicos de la Meredith de esa época, y puedo asegurar que esa mujer tiene mucha clase y es bellísima. Así lo pensaron sin duda algunos diseñadores europeos, cuando ella viajó a Europa para convencerlos de que Bancroft era el lugar más adecuado para sus creaciones. Uno de ellos, que hasta el momento solo había trabajado para Bergford Goodman, hizo un trato con ella. A cambio de que Bancroft exhibiera sus modelos con exclusividad, ella misma tendría que ponerse sus vestidos. Meredith debió de aceptar y el diseñador diseñó para ella una colección entera. Con esta ropa se dejó ver en muchas reuniones de la alta sociedad y su fotografía apareció repetidamente en la prensa. Los medios de comunicación y el público enloquecieron. Las mujeres acudían en tropel a la sección de alta costura de Bancroft, así como a otras secciones de artículos de diseño. Las ganancias de los diseñadores europeos aumentaron espectacularmente, y también, claro está, las de Bancroft. Entonces otros grandes diseñadores se subieron al mismo tren, retirando sus colecciones de otros establecimientos para dárselas a Bancroft.

Farrell levantó la mirada del informe que parecía estar leyendo. Sus ojos delataban impaciencia cuando interpeló a Peter.

-¿Qué tiene que ver todo eso?

-Estoy llegando al fondo de la cuestión. La señorita Bancroft, al igual que sus antepasados, es una comerciante nata. Sin embargo, donde su talento brilla especialmente es en el área de expansión y planificación anticipada. Y en eso está trabajando ahora. De algún modo consiguió convencer a su padre y al consejo de administración de la empresa de que se embarcasen en un vasto programa de expansión que llevaría los grandes almacenes a otras ciudades diseminadas por el país. Sin embargo, para financiar una empresa de tal envergadura necesitaban reunir cientos de millones de dólares. Lo hicieron del modo habitual, es decir, primero obtuvieron de su banco todo el préstamo que este quiso o pudo darles. Después la compañía salió al mercado bursátil, vendiendo acciones en el mercado de valores de Nueva York.

-¿Y eso hace que las cosas sean distintas en algún modo? -quiso saber Farrell.

-No lo serían si no existieran dos factores, señor Farrell. El primero es que Bancroft ha extendido sus tentáculos con tal rapidez que están empeñados hasta el cuello. La mayor parte de los beneficios de los últimos años han sido destinados a la construcción de nuevas tiendas. En consecuencia, no disponen de mucho capital contante y sonante para capear cualquier temporal económico que pudiera amenazarlos. A decir verdad, no veo como van a pagar el terreno de Houston, si es que finalmente lo compran. En segundo lugar, últimamente se han producido una serie de compras hostiles entre grandes almacenes. Una cadena que devora a otra. Si alguien quisiera ahora tragarse a Bancroft, no tengo idea de qué pasaría. Mejor dicho, creo que Bancroft no estaría en condiciones de luchar e impedir una compra hostil. Están maduros. Y además -añadió Peter con voz profunda, para resaltar la importancia de lo que iba a decir-, creo que alguien ya se ha dado cuenta de eso.

Farrell no pareció preocupado al oír la noticia. De hecho, Peter observó una expresión extraña en el rostro de su jefe, sin saber si era exactamente de satisfacción o de regocijo.

-¿En serio?

Peter hizo un gesto de asentimiento, desconcertado ante la extraña reacción de Matt, pues en su opinión eran noticias alarmantes.

-Yo diría que alguien ha empezado a adquirir en secreto todas las acciones de Bancroft que salen a la venta. Y ese alguien está comprando paquetes pequeños con el fin de no levantar la perdiz. No desea alertar a Bancroft, ni a Wall Street ni a la Comisión Controladora de Acciones y Valores. Todavía no. -Señaló los tres monitores de ordenador que había tras el escritorio de Matt-. ¿Puedo? -preguntó.

Farrell asintió y Peter se acercó a los monitores. Dos de ellos reflejaban datos de las divisiones de información de Intercorp, en los que sin duda había estado trabajando Farrell antes de la llegada del joven Vanderbilt. La tercera pantalla estaba en blanco y Peter tecleó los códigos y las preguntas que él había utilizado en su propio despacho. De inmediato apareció el índice Dow Jones. Peter lo borró y en su lugar hizo aparecer los siguientes titulares:

Historial Comercial:
Bancroft & Company, código B & C,
NYSE.

-Mire esto -dijo Peter, apuntando a las columnas de datos que había en pantalla-. Hasta hace seis meses las acciones de Bancroft permanecían estables, con pequeños altibajos sobre la cotización de los dos últimos años, es decir, diez dólares. Hasta entonces, el número de acciones que cambiaban de

manos era de unas cien mil semanales. Pero ahora, fíjese. -Desplazó el dedo hasta la cifra inferior de la columna de la izquierda-. En los últimos seis meses las acciones han venido experimentando un alza hasta situarse en los doce dólares. Y más o menos cada mes, el número de acciones en circulación ha batido su propia marca. -Puso la pantalla en blanco y se volvió hacia Farrell, frunciendo el entrecejo-. Es solo un presentimiento, pero creo que alguien, una entidad, podría estar intentando hacerse con el control de la compañía.

Matt se puso de pie, poniendo fin súbitamente a la reunión.

-También puede ser que los inversores piensen que B & C es una buena inversión a largo plazo. Seguiremos adelante con la adquisición del terreno de Houston.

Comprendiendo que su jefe daba por terminada la reunión, Peter no tuvo más remedio que coger el contrato ya firmado y obedecer a Matt.

-Señor Farrell -dijo con voz vacilante-, me he estado preguntando por qué me envía a Houston. Precisamente a mí. Esta clase de negociaciones no es mi campo...

-No te resultará difícil sellar el trato -aseguró Matt con una sonrisa indecisa y tranquilizadora-. Ampliará tu experiencia. Recuerdo que una de las razones que diste para unirte a Intercorp fue el deseo de adquirir una experiencia global de los negocios.

-Sí, señor. Fue una de las razones. -Se sentía orgulloso al ver la confianza que el jefe depositaba en él, pero cuando se disponía a salir, las últimas palabras de Matt derribaron el castillo.

-No hagas una chapuza, Peter.

-No la haré -afirmó el joven, pero la seria advertencia de su jefe hizo que se estremeciera.

Tom Anderson había permanecido durante todo el tiempo de pie, junto a los ventanales. Ahora se acercó a Matt, ahogando una risita. Se sentó en el sillón que había ocupado Peter Vanderbilt.

-Matt, le has dado un susto de muerte a ese chico.

-Ese chico -le contestó Matt, imperturbable- le ha dado a Intercorp varios millones de dólares. Está resultando una excelente inversión.

-¿También lo es el terreno de Houston?

-Creo que sí.

-Bien -le replicó Tom, y extendió las piernas-. Porque me disgustaría pensar que vas a invertir una fortuna solo como represalia contra una dama de la alta sociedad que te insultó en presencia de una periodista.

-¿Qué podría hacerte llegar a una conclusión semejante? -le espetó Matt, pero en sus ojos había un brillo sardónico.

-No lo sé. El domingo leí en la prensa que una chica llamada Bancroft te ridiculizó la noche anterior, durante el baile a beneficio de la ópera. Y esta noche firmas un contrato de compra de un terreno que ella quiere adquirir. Dime una cosa: ¿cuánto va a costarle esa parcela a Intercorp?

-Veinte millones, tal vez.

-¿Y cuánto le costará a la señorita Bancroft comprárnosla a nosotros?

-Mucho más.

-Matt -dijo Tom, hablando parsimoniosamente y con indiferencia-, ¿te acuerdas de aquella noche, hace ocho años, en que se consumó mi divorcio de Marilyn?

A Matt le sorprendió la pregunta, pero desde luego se acordaba muy bien de aquella noche. Meses después de que Tom se incorporara a Intercorp, su mujer anunció de repente que se estaba acostando con otro hombre y que quería divorciarse. Demasiado orgulloso para rogar y demasiado deshecho para presentar batalla, Tom se marchó de casa, llevándose sus cosas. Sin embargo, siempre había creído que ella cambiaría de idea. Hasta el día fatídico. Tom Anderson no se presentó al trabajo. A las seis de la tarde Matt supo por qué. Su amigo lo llamó desde la comisaría, donde estaba arrestado por embriaguez y desorden público.

-No recuerdo los detalles de esa noche -admitió Matt-. Lo que sí recuerdo es que nos emborrachamos juntos.

-Yo ya estaba borracho -dijo Tom con cierta ironía-. Entonces tú me sacaste de la cárcel y después bebimos juntos. -Observó con detenimiento a Matt y prosiguió-: Creo recordar vagamente que aquella noche te solidarizaste con mi dolor haciéndome partícipe del tuyo. Desollaste viva a cierta dama llamada Meredith, que años atrás te dejó tirado o algo así. Claro que tú no la llamaste dama, sino zorra mimada. En un momento dado, antes de que yo perdiera el conocimiento, ambos convinimos en que toda mujer cuyo nombre empiece con «m» no es buena para nadie.

-No hay duda de que tu memoria es mejor que la mía -comentó Matt evasivamente, pero Tom advirtió que su amigo apretaba los dientes ante la mención del nombre de la chica. Bastó este detalle para que Tom Anderson llegara a la conclusión correcta.

-Entonces -dijo con una sonrisa irónica-, ahora que ha quedado claro que la Meredith de aquella noche es en realidad Meredith Bancroft, ¿podrías contarme qué ocurrió entre vosotros para que todavía os odiéis?

-No -repuso Matt-. No puedo contártelo.

Se incorporó y se encaminó a la mesa sobre la que había desplegados los planos para la planta de Southville.

-Ultimemos los detalles de Southville -propuso.

21

El tráfico estaba bloqueado en varias calles a partir de Bancroft. Multitud de compradores, enfundados en sus abrigos, cruzaban presurosamente, haciendo caso omiso del semáforo en rojo. Inclinaban la cabeza para evitar el viento frío que, procedente del lago Michigan, silbaba y formaba torbellinos en las calles del centro de Chicago. Los conductores se desgañitaban, hacían sonar los cláxones y maldecían a los peatones que los obligaban a detenerse cuando la luz estaba en verde. En su BMW negro, Meredith observaba a los clientes que, tras arremolinarse frente a los escaparates, entraban en Bancroft. Sin embargo, la mente de Meredith no estaba realmente allí.

Veinte minutos después había una reunión del directorio de Bancroft para discutir la compra de los terrenos de Houston. El proyecto estaba aprobado, pero solo provisionalmente. Esa mañana tendrían que dar el sí -o el no- definitivo.

Cuatro mujeres se hallaban reunidas en torno a la mesa de la secretaria de Meredith cuando esta salió del ascensor en la planta catorce. Se detuvo junto a la mesa de Phyllis y miró por encima del hombro de las jóvenes empleadas, esperando ver otro ejemplar de *Playboy* parecido al del mes anterior.

-¿Qué ocurre? -preguntó-. ¿Otro desnudo masculino a doble página?

-No, no es eso -respondió Phyllis, mientras las otras secretarias se apresuraban a alejarse. La joven siguió a Meredith al interior de la oficina. Con expresión divertida, explicó-: Pam pidió otra predicción astrológica para el mes que viene. La profecía asegura que encontrará el verdadero amor, junto con fortuna y fama.

Meredith arqueó las cejas, sonriendo.

-Creí que eso es lo que había anticipado el último horóscopo.

-Sí. Le he dicho a Pam que por quince dólares yo le haré el siguiente.

Las dos mujeres se miraron sonriendo, luego se dispusieron a trabajar.

-Dentro de cinco minutos tienes la reunión de directivos -le recordó Phyllis.

Meredith asintió y cogió la carpeta con sus notas

-¿Está la maqueta en la sala?

-Sí. Y también el proyector con las diapositivas.

-Eres una joya -dijo Meredith con sinceridad. Se dirigió a la puerta y antes de abrir se volvió y añadió-: Llama a Sam Green y dile que esté disponible para encontrarse conmigo tan pronto como termine la reunión. Comunícale que me gustaría repasar con él el contrato preliminar de compra que ha redactado para el terreno de Houston. Quiero que a finales de semana esté en manos de Thorp Development. Con un poco de suerte -añadió Meredith-, esta tarde tendré la aprobación de los directivos en relación con este proyecto.

Phyllis tomó el teléfono del escritorio de Meredith, dispuesta a llamar al jefe de la asesoría jurídica. Con la otra mano le hizo a Meredith el signo de la victoria.

-¡Suerte! -exclamó.

La sala de consejo se conservaba casi en el mismo estado que hacía medio siglo. Solo que ahora, en la época del cromo y el cristal, aquel enorme salón rezumaba un nostálgico *grandeur,* con sus alfombras orientales, las intrincadas molduras de las paredes de oscuros paneles y los paisajes ingleses que pendían en marcos barrocos. En el centro de la gran sala había una mesa enorme de caoba labrada. Tenía unos diez metros de longitud y alrededor, separadas por espacios exactos, había veinte sillas tapizadas en terciopelo escarlata; en el centro de la mesa, un bol antiguo de plata labrada lleno de rosas rojas y blancas. A su lado, había un juego de té y café, con delicadas tazas de porcelana de Sèvres de bordes dorados y pequeñas rosas y enredaderas pintadas a mano.

Aquel salón, con sus muebles imponentes, poseía la atmósfera de una sala real. Meredith sospechaba que, en efecto, era la impresión que había intentado dar su abuelo cuando encargó la decoración y el mobiliario de la sala, hacía ya cincuenta años. Había momentos en que ella no sabía decir si el lugar era impresionante o feo, pero en cualquier caso cada vez que entraba allí tenía la impresión de que se internaba en la historia. Esta mañana, sin embargo, sus pensamientos estaban centrados únicamente en hacer historia. Y así sería, si la dejaban, inaugurando una nueva tienda en Houston.

-Buenos días, señores... -dijo sonriendo a los doce hombres que, vestidos con trajes clásicos, se sentaban en torno de la mesa. Los doce hombres que ostentaban el poder de aprobar o rechazar la

propuesta de levantar la nueva planta en la ciudad de Houston.

Con la excepción de Parker, cuya sonrisa era cálida, y del anciano Cyrus Fortell, con su sonrisa lasciva, había una ostensible reticencia en el «buenos días» que, al unísono, contestaron cortésmente los miembros del directorio. Meredith sabía que, en parte, las reticencias de aquellos hombres se debían a la conciencia que tenían de su poder y su responsabilidad. Pero había algo más. Meredith los había forzado repetidamente a invertir los beneficios de Bancroft en sus planes de expansión, en lugar de pagar grandes dividendos a los accionistas, entre los que se contaban ellos mismos. Y, sobretodo, se mostraban cautos y siempre alerta porque ella constituía un enigma y no sabían bien cómo tratarla. Meredith era una ejecutiva vicepresidente y no pertenecía al directorio. En este sentido ellos ocupaban una posición superior. Pero por otra parte ella era una Bancroft, descendiente directa del fundador de la compañía, por lo que tenía el derecho, siquiera moral, a ser tratada con cierto respeto. Sin embargo, su propio padre, a la vez un Bancroft y miembro del directorio, la trataba con fría tolerancia y nada más. No era ningún secreto que Philip nunca había querido que su hija trabajara en Bancroft; como tampoco lo era que Meredith hubiese sobresalido en todos los cargos que había desempeñado y que su contribución a la firma hubiese sido importante. Como resultado de todo ello los miembros del directorio, triunfadores llenos de confianza en sí mismos, estaban en una situación que los convertía en víctimas de una insólita y violenta incertidumbre. Además, como Meredith era la causa más o menos directa de todo, solían reaccionar ante ella con una actitud negativa nunca provocada.

Consciente de ello, Meredith no permitía que aquellos rostros desalentadores socavaran la confianza que tenía en sí misma. Se situó en un extremo de la mesa, al lado del proyector, y esperó a que su padre le diera permiso para empezar.

-Puesto que Meredith ya está aquí -dijo Philip, insinuando que su hija había llegado tarde y los había hecho esperar-, creo que es hora de que empecemos.

Meredith se armó de paciencia para soportar la interminable lectura del acta de la última reunión, aunque su atención estaba centrada en la maqueta del edificio de Houston que Phyllis había colocado allí temprano, transportándola en un carrito. El arquitecto había diseñado un magnífico complejo, no solo el edificio de los grandes almacenes. En el centro había espacio para otras tiendas en su patio cerrado. Al mirar la maqueta, Meredith sentía crecer su confianza y afirmarse su propósito. Houston era el lugar perfecto. La proximidad de The Galleria aseguraría el éxito desde el día de su inauguración.

Cuando el acta fue leída y aceptada sin enmiendas, Nolan Wilder, presidente del directorio, declaró formalmente que Meredith quería presentar las últimas y definitivas cifras, así como los planes del edificio de Houston para su aprobación.

Doce cabezas masculinas, perfectamente peinadas, se volvieron hacia ella, que se había puesto de pie al lado del proyector de diapositivas.

-Señores -empezó-, supongo que han tenido ocasión de examinar la maqueta de nuestro arquitecto. Diez de los miembros asintieron con la cabeza, su padre volvió la mirada hacia la maqueta y Parker observó a su novia con calma y le sonrió con admiración y cierto desconcierto. La sonrisa que siempre aparecía cuando la veía actuar en su trabajo. Era como si Parker no pudiera imaginar cómo o por qué ella insistía en hacerlo, pero como si al mismo tiempo se sintiera orgulloso de lo bien que lo hacía.

La posición de Parker -el banquero de Bancroft- le otorgaba un asiento entre los directivos, pero Meredith sabía que no siempre podía contar con su apoyo. Parker tenía sus propias ideas y Meredith lo había entendido así desde el principio, respetando tal postura.

-En reuniones pasadas hemos discutido ya casi todas estas cifras -señaló Meredith, alcanzando el interruptor para apagar las luces de la sala-. Así pues, pasaremos estas diapositivas lo más rápido posible. -Oprimió un botón del control remoto del proyector y apareció en pantalla la primera diapositiva, en la que se leían los costos proyectados para Houston-. Según nuestro acuerdo de principios de año, los grandes almacenes de Houston ocuparán una extensión de cien mil metros cuadrados. Hemos presupuestado treinta y dos millones de dólares, que cubrirán la construcción del edificio, accesorios, estacionamiento, alumbrado, todo. El terreno que deseamos comprar a Thorp Development costará entre veinte y veintitrés millones de dólares, las negociaciones todavía están en marcha. A estas sumas habrá que añadir otros veinte millones para existencias...

-Eso hace un máximo de setenta y cinco millones -interrumpió uno de los consejeros-, pero usted nos pide que aprobemos un desembolso de setenta y siete.

-Los otros dos millones están destinados a cubrir gastos de la inauguración. Ya sabe, publicidad, una fiesta...

Apretó el botón y apareció la siguiente diapositiva, en la que se leían cifras mucho más altas.

-Esta diapositiva -informó Meredith- muestra el presupuesto del complejo en su totalidad. En mi opinión no deberíamos ir por partes construyendo ahora solo el edificio de nuestro establecimiento y dejando para más adelante el desarrollo del complejo entero. Eso supondría un desembolso inicial

Librodot

añadido de cincuenta y dos millones, pero ese dinero lo recuperaremos alquilando espacios en el complejo para otros comerciantes.

-Recuperarlo, sí -objetó Philip con voz irritada-, pero no de inmediato. Prosigue -ordenó.

Meredith siguió hablando con voz serena y razonable.

-Algunos de ustedes creen que deberíamos limitarnos a construir ahora los grandes almacenes y aplazar el desarrollo del complejo en su totalidad. Desde mi punto de vista, existen tres poderosas razones para hacerlo todo a la vez.

-¿Cuáles son esas razones? -preguntó otro consejero al tiempo que se servía un vaso de agua con hielo.

-En primer lugar, tenemos que pagar todo el terreno, lo utilicemos ahora o no. Si seguimos adelante y construimos el complejo, nos ahorraremos varios millones de dólares en costos de construcción, porque, como ustedes saben, resulta más barato el precio por metro cuadrado si se urbaniza todo que si se hace por partes. En segundo lugar, los costos de la construcción se incrementarán en Houston a medida que la economía de la ciudad siga su ciclo actual de expansión. Finalmente, si tenemos otros inquilinos bien escogidos en el complejo, atraerán más clientes para nosotros. ¿Alguna otra pregunta? -inquirió y, como nadie intervino, Meredith continuó proyectando diapositivas. Como pueden ver por estos gráficos, nuestro equipo de investigación en la zona ha hecho una concienzuda evaluación del lugar. El equipo le ha puesto la nota más alta. La demografía del área principal de comercio es perfecta, no hay barreras geográficas y...

Su explicación se vio interrumpida por Cyrus Fortell, un anciano díscolo de ochenta años de edad, que había pertenecido al directorio de Bancroft durante medio siglo. Sus ideas estaban tan anticuadas como el chaleco de brocado que vestía y el bastón de mango de marfil que siempre llevaba consigo.

-¡Señorita, ese lenguaje es incomprensible! -exclamó con voz aguda y airada-. «Demografía», «área principal de comercio», «barreras geográficas... ». Lo que yo quiero saber es qué significa todo eso.

Cyrus le inspiraba a Meredith una mezcla de exasperación y afecto. Lo conocía desde que era niña. Los otros consejeros pensaban que Cyrus empezaba a chochear y querían jubilarlo.

-Significa, Cyrus, que un equipo de especialistas en el estudio de las mejores zonas de ubicación del comercio al por menor ha viajado a Houston para examinar el lugar. Según el informe de este equipo, la demografía...

-¿Demo qué? -se mofó el anciano-. Cuando yo inauguraba almacenes a lo largo y ancho del país esa palabra ni siquiera existía. ¿Qué significa?

-En el sentido en que yo la utilizo significa las características de la población humana que habita en la zona circundante de nuestros grandes almacenes. La edad media, los ingresos medios...

-En los viejos tiempos todo eso me importaba un bledo -insistió irritado irritadamente Cyrus, al tiempo que paseaba la mirada por los rostros impacientes sentados a la mesa-. Me importaba un bledo -se empecinó-. Cuando quería abrir una casa, enviaba a gente que construía el edificio y lo llenaba de mercancías y ya estábamos en marcha.

-Hoy es un poco diferente, Cyrus -intervino Ben Houghton. Escucha a Meredith y luego podrás votar sí o no a sus propuestas.

-No puedo votar si no entiendo de qué se trata, si no sé lo que estoy votando -repuso, y elevó el nivel de audición de su aparato para la sordera. Miró a Meredith-. Sigue, querida. Ahora comprendo que enviaste a unos expertos a Houston, quienes descubrieron que en la zona de nuestros almacenes vive gente con la edad necesaria para ir a pie o en coche a Bancroft y que tiene dinero suficiente en el bolsillo para compartir una parte con nosotros. ¿Es eso lo que has querido decir?

Meredith lanzó una risita ahogada y lo mismo hicieron varios consejeros.

-Eso es lo que quise decir -admitió la joven.

-Entonces, ¿por qué no lo has dicho así? Me desconciertan los jóvenes cuando complican cualquier tontería inventando palabras resonantes que solo logran confundirnos. Ahora, dime: ¿qué son las «barreras geográficas»?

-Bien -empezó Meredith-, una barrera geográfica es cualquier cosa que prevenga a un cliente potencial y le haga desistir de comprar en nuestros establecimientos. Por ejemplo, si ese cliente tiene que atravesar con su coche una zona industrial o un vecindario con un alto índice de criminalidad. Eso serían barreras geográficas.

-¿No existe nada de eso en nuestro futuro terreno de Houston?

-No, no existe.

-Entonces, voto a favor -dijo Cyrus, y Meredith reprimió la risa.

-Meredith -intervino Philip, interrumpiendo las palabras del anciano-. ¿Alguna otra cosa que añadir antes de que el directorio se disponga a votar?

Meredith observó por un momento los rostros inescrutables de los directivos y luego negó con la cabeza y dijo:

-Habiendo discutido con gran profundidad en anteriores reuniones los detalles del nuevo proyecto, no tengo nada que añadir. Sí que quisiera reiterar, no obstante, mi convicción de que solo expandiéndonos podremos competir con éxito con las restantes cadenas de grandes almacenes. -Todavía un poco insegura de que el directorio otorgara el voto a su proyecto, Meredith hizo un esfuerzo final para obtener su apoyo-. Estoy segura -añadió- de que no tengo que recordar a los miembros del consejo que todas y cada una de nuestras nuevas grandes superficies están obteniendo beneficios iguales o superiores a los cálculos iniciales. Yo creo que gran parte de este éxito se debe al cuidado con que elegimos las respectivas ubicaciones de tales establecimientos.

-El cuidado con que *tú* elegiste esas ubicaciones -corrigió su padre. Parecía tan frío y severo que tuvo que pasar un momento para que Meredith se diera cuenta de que el autor de sus días le había hecho un cumplido. No era la primera vez que ocurría, aunque los homenajes verbales de Philip siempre eran pronunciados como quien cumple un deber de mala gana. Sin embargo, el cumplido de hoy, en presencia del directorio, podía tener otro significado. Tal vez su padre no solo iba a apoyar el proyecto de Houston, sino también a someter al consejo la candidatura de su hija como presidente en funciones durante su ausencia.

-Gracias -le contestó Meredith, y luego tomó asiento.

Philip se volvió hacia Parker.

-Supongo que tu banco sigue dispuesto a hacer el préstamo de financiación del proyecto de Houston, si lo aprueba el directorio.

-Sí, Philip. Pero en las condiciones que expuse aquí en la última reunión.

Meredith hacía semanas que conocía esas condiciones, pero aun así sintió pánico ante la mera mención de las mismas. El banco de Parker -o mejor dicho, su propio consejo de administración- había examinado las enormes cantidades prestadas a Bancroft en los últimos años y cundió el nerviosismo. Eran cifras astronómicas. Los préstamos para Phoenix, y ahora los destinados a Houston, deberían ser otorgados tras modificar los contratos anteriores. Lo que el banco exigía era, en concreto, que Meredith y su padre avalaran personalmente los créditos, además de depositar una garantía subsidiaria personal, que incluiría sus respectivos paquetes de acciones en Bancroft. Meredith se estaba jugando su propio dinero, lo que no dejaba de asustarla. Aparte de su paquete de acciones y su sueldo, no poseía más que la herencia de su abuelo, que era lo que tendría que aportar como garantía subsidiaria.

Philip empezó a hablar y su hija advirtió, ya que era obvio, que todavía estaba furioso ante las exigencias del banco de Parker, que consideraba excesivas.

-Tú sabes cómo me enojan esas condiciones especiales, Parker. Considerando el hecho de que Reynolds Mercantile ha sido el único banco de Bancroft durante más de ochenta años, esta repentina exigencia de garantías personales y subsidiarias no solo está fuera de lugar, sino que también es insultante.

-Comprendo lo que sientes -le contestó Parker con calma-. Incluso estoy de acuerdo contigo, y lo sabes. Esta mañana he vuelto a reunirme con mi directorio y he intentando convencerlos de que renunciaran a esas insólitas condiciones o al menos que las suavizaran. Ha sido inútil. Sin embargo -prosiguió, abarcando con la mirada a todos los miembros de la mesa, a fin de que se dieran por aludidos-, la insistencia de mi consejo de administración en no conceder los préstamos en otros términos no significa desconfianza ni es el reflejo de una actitud negativa hacia Bancroft, al que seguimos considerando un gran cliente.

-A mí me suena a desconfianza -declaró el anciano Cyrus-. Tengo la impresión de que Reynolds Mercantile considera que aquí en Bancroft somos unos tránsfugas.

-Nada de eso. El hecho es que el último año ha cambiado el clima económico de las cadenas de grandes tiendas. Es menos saludable que antes. Dos cadenas se han presentado en convocatoria para evitar que las cierren los acreedores mientras intentan reorganizarse. Ese es uno de los factores que pesó en nuestra decisión, pero tanto o más importante es que desde la gran depresión nunca se han producido tantas quiebras bancarias. Por eso los bancos son mucho más cautos cuando se trata de prestar grandes sumas a un solo cliente. Además, tenemos que dar plena satisfacción a las auditorías, que en estos momentos someten nuestros préstamos a un escrutinio más severo que nunca. Los requisitos para la obtención de un crédito se han endurecido.

-A mí me parece que deberíamos recurrir a otro banco -sugirió Cyrus, y miró vivamente los rostros de los otros consejeros en busca de signos de aprobación-. Eso es lo que yo haría. Dile a Parker que se vaya al diablo y que ya encontraremos el dinero en alguna otra parte.

-Podríamos buscar otra fuente de financiación -intervino Meredith, tratando de separar sus sentimientos personales y pensar con la objetividad que imponen los negocios-. Sin embargo, el banco de Parker nos ofrece unos intereses que no encontraríamos en ningún otro lado. Naturalmente él...

-No hay nada de natural en ello -la interrumpió Cyrus, lanzándole una mirada poco menos que lasciva. Después se volvió hacia Parker y agregó-: Si tuviera que casarme con esta estupenda joven, lo

Librodot

natural sería que le diera todo lo que deseara. En cambio, tú prefieres maniatarla, inmovilizando sus bienes.

-Cyrus -dijo Meredith con firmeza al tiempo que se preguntaba cómo un hombre tan anciano podía comportarse como un adolescente-, el negocio es el negocio.

-Las mujeres no deberían andar metidas en negocios, a menos que sean feas y no tengan a un hombre que cuide de ellas. En mi época una hermosa joven como tú estaría en su casa haciendo cosas naturales, como criar niños y...

-Esta no es tu época, Cyrus -intervino Parker-. Continúa, Meredith. ¿Qué ibas a decir?

-Iba a decir -añadió Meredith, incómoda a causa de las miradas maliciosas que se intercambiaban los directores- que las condiciones especiales de tu banco no son preocupantes, puesto que Bancroft & Company efectuará los pagos en los plazos acordados.

-Eso es muy cierto -convino Philip, resignado e impaciente a la vez-. A menos que alguien tenga algo que añadir, opino que cerremos las conversaciones sobre Houston y votemos al final de esta reunión.

Meredith recogió sus papeles, agradeció formalmente al directorio su atención al proyecto de Houston y abandonó la sala de conferencias.

-¿Y bien? -preguntó Phyllis, siguiendo a Meredith hasta su despacho-. ¿Cómo ha ido? ¿Habrá una sucursal de Bancroft en Houston?

-Están votando en estos momentos -contestó Meredith, ojeando el correo de la mañana que Phyllis le había dejado sobre la mesa.

-Rezo para que voten a favor.

Conmovida por la dedicación de que ella y la empresa eran objeto por parte de su secretaria, Meredith esbozó una sonrisa tranquilizadora.

-Lo harán -predijo Meredith. Su padre aprobaba el proyecto, aunque con reservas, así que por ese lado Meredith no tenía nada que temer-. La incógnita es si la junta dará su conformidad a la construcción inmediata de todo el proyecto o no. ¿Llamarás a Sam Green para que se presente aquí con los contratos de Thorp?

Cuando minutos más tarde colgó el teléfono, Sam Green estaba de pie en el umbral de la puerta. Era un hombre de baja estatura y cabello áspero. Sin embargo, irradiaba autoridad y saber, lo que todos veían, y en especial sus oponentes. Un caso jurídico en manos de Sam Green era una garantía de éxito. Tras sus gafas de montura metálica, sus ojos azules despedían un brillo de inteligencia. En aquel momento la mirada inquisitiva de Sam estaba clavada, expectante, en el rostro de Meredith.

-Phyllis me ha dicho que estás preparada para llevar a cabo lo del contrato de Houston -comentó entrando en el despacho-. ¿Significa eso que contamos con la aprobación del directorio?

-Doy por sentado que la tendremos dentro de unos minutos. ¿Qué oferta inicial crees que deberíamos hacer a Thorp Development?

-Piden treinta millones -repuso Sam con aire pensativo y sentándose en uno de los sillones frente al escritorio de Meredith-. ¿Qué te parece una oferta de dieciocho para quedarnos, digamos, en veinte? El terreno está hipotecado y los hermanos necesitan efectivo con urgencia. Podrían conformarse con veinte millones.

-¿De veras lo crees?

-Probablemente no -contestó él, y lanzó una risita ahogada.

-Si es necesario, llegaremos a veinticinco. El terreno vale un máximo de treinta, pero, hasta ahora no han podido venderlo por ese precio... -Sonó el teléfono y Meredith atendió la llamada sin terminar la frase. Oyó la voz de su padre, seca y firme.

-Seguiremos adelante con el proyecto de Houston, Meredith, pero aplazaremos la construcción de todo el complejo hasta que los grandes almacenes de Houston rindan beneficios.

-Creo que es un error -le contestó Meredith, ocultando su decepción tras un tono de voz firme.

-Fue decisión de la junta.

-Podrías haberlos convencido -replicó ella con audacia.

-Está bien, entonces fue mi decisión.

-Y es un error.

-Cuando tú dirijas esta empresa tomarás las decisiones...

El corazón de Meredith dio un brinco ante estas palabras.

-Cuando... ¿qué? ¿Cuándo dirija la empresa?

-Hasta entonces seré yo quien tome las decisiones -respondió Philip, eludiendo una respuesta directa-. Ahora me voy a casa, porque no me siento bien. De hecho, habría aplazado esta reunión si tú no te hubieras mostrado tan inflexible.

Meredith pensó que no sería extraño que utilizara la enfermedad como pretexto. Suspiró y dijo:

-Cuídate. Te veré el jueves a la hora de cenar.

Colgó el auricular y por un momento se lamentó de su relativo fracaso. De inmediato hizo lo que

había aprendido a hacer después de su desdichado matrimonio: afrontar la realidad y hallar en ella un objetivo que alcanzar. Sonrió a Sam Green e informó con tono triunfal:

-Contamos con la aprobación del directorio para el proyecto de Houston.

-¿Todo el complejo o solo los grandes almacenes?

-Solo los grandes almacenes.

-Creo que es un error.

Era obvio que Sam había oído la conversación con Philip, pero Meredith no hizo comentarios. Para ella era una cuestión de principios reservarse para sí misma, siempre que le fuera posible, la opinión que le merecía la política de su padre. Dejando al margen el asunto, preguntó:

-¿Cuándo podrás tener listo un contrato para llevárselo a Thorp Development?

-Mañana por la noche, pero si quieres que yo negocie personalmente con los hermanos, tendrás que esperar dos semanas, porque antes no puedo viajar a Houston. Todavía estamos preparando el juicio contra Juguetes Wilson.

-Preferiría que fueras tú quien llevara las negociaciones en Houston -confirmó Meredith, consciente de que nadie sería capaz de lograr mejores condiciones que él. Por supuesto, habría deseado que Sam estuviera disponible más pronto-. Supongo que dentro de dos semanas está bien. Para entonces, Reynolds Mercantile puede haberse ya comprometido por escrito, y de este modo los contratos no estarán supeditados a su financiación.

-Ese terreno ha estado en venta durante años -comentó Sam con una sonrisa-. Aún estará disponible dentro de un par de semanas. Además, cuanto más tiempo esperemos, más acorralados estarán los Thorp y más dispuestos a aceptar nuestra ruinosa oferta. -Como Meredith todavía parecía preocupada, Sam añadió-: Intentaré que mi gente se apresure con el asunto Wilson. Viajaré a Houston en cuanto lo tengamos arreglado.

Poco después de las seis de la tarde Meredith levantó la vista de los contratos que había estado leyendo y vio a Phyllis que se dirigía hacia ella con el abrigo puesto y el diario vespertino en la mano.

-Siento lo de Houston. Me refiero a que no hayan aprobado la construcción de todo el complejo.

Meredith se reclinó en el asiento y sonrió con cansancio.

-Gracias, Phyllis.

-¿Por sentirlo?

-No -respondió Meredith, cogiendo el diario-. Por preocuparte. Bueno, una cosa va por la otra. Supongo que en conjunto ha sido un buen día.

Phyllis señaló el diario que Meredith se disponía a ojear.

-Espero que eso no te haga cambiar de idea

Desconcertada, Meredith abrió el periódico y en la segunda página vio una gran fotografía de Matthew Farrell junto a una chica, aspirante a estrella de la pantalla, que había viajado a Chicago en el avión privado del financiero para asistir con él a la fiesta de un amigo la noche anterior. En la mente de Meredith se agolparon recuerdos de recortes de prensa mientras echaba un vistazo al entusiasta artículo sobre el más reciente empresario de Chicago y soltero de oro. Sin embargo, cuando Meredith alzó la mirada, su rostro no revelaba emoción alguna.

-¿Por qué tendría que alterarme esto?

-Echa una ojeada a la sección de economía -aconsejó la secretaria.

Meredith estuvo a punto de decirle que se estaba tomando demasiadas libertades, pero se contuvo. Aquella joven había sido su primera y única secretaria, al igual que ella había sido su primer jefe. En los seis años que llevaban juntas habían trabajado codo con codo cientos de noches y docenas de fines de semana.

En la primera página de la sección de economía había otra fotografía de Matt, acompañada de otro artículo laudatorio, en este caso referido a su actividad en Intercorp y también a su propósito de instalar una fabulosa planta industrial en Southville. No faltaba una nota más íntima: Matthew Farrell había adquirido un ático en las Berkeley Towers. Era un lujoso apartamento que Matt mismo había hecho amueblar.

Junto a la fotografía de Matt, un poco más abajo, aparecía otra de Meredith, acompañada de un texto en que se recogían sus proyectos de expansión para Bancroft, siempre en la línea del comercio al por menor.

-Le han dado preferencia -comentó Phyllis, apoyando la cintura en el borde de la mesa de Meredith sin dejar de mirar el diario-. No hace ni dos semanas que está en Chicago y la prensa local no para de hablar de él.

-En la prensa también abundan las noticias sobre ladrones y violadores -le recordó Meredith. Detestaba tanta alabanza del liderazgo de Matt, y estaba furiosa consigo misma porque, por alguna extraña razón, al ver su fotografía había sentido un temblor en las manos. Sin duda aquella reacción se debía al hecho de que Matt estuviera en Chicago y no a miles de kilómetros de distancia, que era donde debería estar.

-¿De veras es tan atractivo como parece en las fotos?

-¿Atractivo? -susurró Meredith con estudiada indiferencia, al tiempo que se ponía en pie y se dirigía al armario para recoger su abrigo-. A mí no me lo parece.

-Es un pelmazo, ¿verdad? -inquirió Phyllis con una irreprimible sonrisa.

Meredith también sonrió y se dispuso a cerrar con llave el escritorio.

-¿Ni más ni menos?

-Leí la sección de Sally Mansfield -contestó Phyllis-. Cuando me enteré de que le habías parado los pies delante de todo el mundo, pensé que ese tipo tenía que ser un auténtico pelmazo. Meredith, te he visto tratar con hombres que te resultaban intolerables, y siempre lo hiciste cortésmente, con una sonrisa.

-En realidad, Sally Mansfield malinterpretó lo ocurrido. Apenas conozco a ese tipo. -Cambió deliberadamente de tema-. ¿Todavía tienes el coche en el taller? Puedo llevarte a casa.

-No, Meredith, muchas gracias -repuso la joven-. Voy a cenar a casa de mi hermana, que vive en dirección opuesta a la tuya.

-Te llevaría de todos modos, pero se ha hecho tarde y hoy es miércoles...

-Y los miércoles Parker y tú coméis en tu apartamento.

-Así es.

-Es una suerte para ti que te guste la rutina, Meredith. A mí me volvería loca pensar que el hombre de mi vida siempre repite lo mismo en los mismos días y horas. Y así una semana y otra, año tras año...

Meredith se echó a reír. Luego dijo:

-Para, por favor. Estás consiguiendo que me deprima. Además, me gusta la rutina, el orden, la dependencia.

-En cambio, a mí no. Me gusta la espontaneidad.

-Por eso tus citas rara vez aparecen la noche indicada y no digamos ya a la hora indicada -bromeó Meredith.

-Es cierto.

22

Meredith hubiera deseado olvidarse de Matt Farrell, pero Parker llegó a su casa con el diario en la mano.

-¿Has visto el artículo sobre Farrell? -le preguntó su novio después de darle un beso.

-Sí. ¿Quieres beber algo?

-Por favor.

-¿Qué te apetece? -inquirió Meredith, encaminándose al viejo armario que había convertido en mueble bar.

-Lo de siempre.

Meredith se disponía a coger un vaso cuando se detuvo. Se acordó de las palabras de Lisa y de las que acababa de pronunciar Phyllis. Ambas se referían más o menos a lo mismo: «Necesitas a alguien que te haga sentir algo distinto, obrar de un modo distinto, como votar a un demócrata...». «A mí me volvería loca pensar que el hombre de mi vida siempre repite las mismas cosas en los mismos días y horas...»

-¿Estás seguro de que no te gustaría tomar algo distinto a lo de siempre? -dijo Meredith con voz vacilante, mirando a Parker por encima del hombro-: Un gin-tonic, por ejemplo.

-No seas tonta. Siempre bebo whisky con agua, cariño. Y tú vino blanco. Es lo que se llama una costumbre.

-Parker -masculló Meredith-, Phyllis me ha comentado algo, y Lisa dijo lo mismo hace una semana... Algo que me obliga a preguntarme si estaremos... -Se le quebró la voz, y entonces decidió tomar un gin-tonic en lugar de vino.

-Te obliga a preguntarte ¿qué? -inquirió Parker, advirtiendo el desánimo de su novia y situándose detrás de ella.

-Me pregunto si habremos caído en la rutina.

Parker le rodeó la cintura con los brazos.

-Me gusta la rutina -musitó, y le dio un beso en la sien-. Me gusta la repetición, lo profetizable. Y a ti también.

-Ya sé que a mí también. Pero me pregunto si con el paso de los años tanta rutina acabará aburriéndonos y aburrirá a los demás. ¿No crees que un poco de excitación también puede ser agradable?

-No mucho -replicó él. La hizo volverse y añadió con amable firmeza-: Meredith, si estás enojada

conmigo por haber pedido esas condiciones especiales para el préstamo de Houston, entonces dímelo. Si estás decepcionada, dímelo. Pero no te escapes por la tangente con razones que no tienen nada que ver.

-No estoy haciendo eso -aseguró Meredith con sinceridad-. De hecho, he sacado de la caja fuerte los certificados de mis acciones para entregártelos. Ahí están, en aquel sobre grande que ves sobre el escritorio. -Por el momento Parker ignoró el sobre y clavó la mirada en ella. Meredith prosiguió-: Admito que me asusta entregar todo lo que poseo, pero te creo cuando dices que la junta de tu banco no ha querido conceder el préstamo en condiciones más favorables.

-¿Estás segura? -le preguntó Parker con seria y preocupada expresión.

-Del todo -afirmó Meredith con una sonrisa. Le dio la espalda para prepararle la bebida-. ¿Por qué no echas un vistazo a los certificados y te aseguras de que están en orden? Mientras, veré qué nos ha preparado la señora Ellis y pondré la mesa. -La señora Ellis ya no trabajaba para el padre de Meredith, pero los miércoles limpiaba el apartamento de la joven, hacía las compras de la semana y dejaba preparada la comida de ese día.

Parker se encaminó al escritorio mientras Meredith extendía un mantel de hilo sobre la mesa del comedor.

-¿Están aquí dentro? -le preguntó Parker, levantando un sobre de papel manila.

Meredith miró el sobre por encima del hombro.

-No. Ahí están mi pasaporte, mi partida de nacimiento y algunos otros papeles. Los certificados de las acciones están en un sobre más grande.

Parker cogió otro sobre, leyó el remite y frunció el entrecejo, confuso.

-¿Es este?

-No -le respondió Meredith-. Ahí están los documentos de mi divorcio.

-Este sobre no ha sido abierto. ¿Es que nunca has leído el contenido?

Ella se encogió de hombros al tiempo que cogía servilletas de tela de la mesita auxiliar.

-Desde que los firmé no he vuelto a mirarlos. Pero recuerdo el contenido. Dicen que a cambio de una recompensa de diez mil dólares Matthew Farrell me concede el divorcio y renuncia a todo derecho sobre mi persona y mis propiedades.

-Seguro que la redacción no se parece mucho a lo que acabas de decir -comentó Parker, sonriendo y girando el sobre-. ¿Te importa si le echo una ojeada?

-No, pero no sé por qué quieres hacerlo.

Parker sonrió irónicamente.

-Curiosidad profesional. Soy abogado, ¿recuerdas? Además del aburrido y enojoso banquero que tu amiga Lisa cree que soy. No deja de incordiarme a toda hora, como habrás visto.

No era la primera vez que Parker hacía una observación que delataba que las bromas de Lisa le resultaban pesadas. Meredith trató de recordarlo. Le diría a su amiga, esta vez en serio, que dejase de meterse con Parker. Si al fin y al cabo este tenía motivos para estar orgulloso, era innecesario y torpe herirlo en su orgullo. Meredith decidió no recordarle en aquel momento que se había especializado en leyes fiscales, no en civiles.

-Mira lo que quieras -replicó ella, e inclinándose lo besó en la mejilla-. Me gustaría que no tuvieras que viajar a Suiza. Te echaré de menos.

-Son dos semanas. Podrías acompañarme.

Tenía que dar una conferencia ante la Reunión Mundial de la Banca y a Meredith le habría gustado asistir, pero no era posible.

-Sabes que me encantaría, pero esta época es...

-La época de más trabajo del año -concluyó él, sin resentimiento-. Lo sé.

La señora Ellis había dejado en la nevera una fuente maravillosamente presentada de pollo marinado y ensalada de corazones de palmito. Como de costumbre, Meredith no tenía nada que hacer excepto abrir la botella de vino blanco y llevar la comida a la mesa. De todos modos sus habilidades culinarias no llegaban más lejos. Había intentado aprender a cocinar en más de una ocasión, pero sin éxito. Y como era una actividad que no le divertía, se contentaba con trabajar largas jornadas y dejar las tareas domésticas en manos de la señora Ellis. Si la comida no podía ir a parar a la mesa directamente desde el horno o el microondas, Meredith no sentía el menor deseo de molestarse por ella.

-La comida está servida -dijo acercándose a Parker.

Por un momento, su prometido pareció no haberla oído. Luego, frunciendo el entrecejo, levantó la mirada de los documentos que estaba leyendo.

-¿Ocurre algo?

-No estoy seguro -respondió Parker, como si hubiera descubierto un error-. ¿Quién se encargó de tu divorcio?

Despreocupadamente, Meredith se sentó en un brazo del sillón que ocupaba Parker. Miró con

fastidio los papeles, que llevaban el encabezamiento: «Sentencia de divorcio». En la segunda línea se leía: «Meredith Alexandra Bancroft contra Matthew Allan Farrell».

-Mi padre se encargó de todo. ¿Por qué lo preguntas?

-Porque desde el punto de vista jurídico estos documentos son muy irregulares.

-¿En qué sentido? -preguntó Meredith, advirtiendo que el abogado había escrito mal el segundo nombre de Matt, que era Allen, no Allan.

-En cualquier sentido -sentenció Parker, mientras repasaba una y otra vez las páginas, presa de verdadera agitación.

También nerviosa, y como no quería pensar en Matt ni en el divorcio, Meredith trató de tranquilizar a Parker (y a sí misma) diciéndole que lo que le preocupaba no tenía la menor importancia, aunque en realidad no tenía la menor idea de lo que inquietaba a su novio.

-Estoy segura de que todo se hizo legal y correctamente. Mi padre se encargó del asunto y ya sabes lo minucioso que es para estas cosas.

-Puede que él lo sea, pero su abogado, ese tal Stanislaus Spyzhalski, no estaba nada preocupado por los detalles. Mira -dijo señalando la carta adjunta dirigida a Philip-. En esta carta afirma que le ha enviado el expediente y que el tribunal ha decretado el secreto del juicio, según los deseos de tu padre.

-¿Qué hay de malo en eso?

-Lo que hay de malo es que en «todo el expediente» no aparece noticia alguna de que a Farrell le fuera presentada una petición de divorcio, ni de que jamás se presentara ante el juez o declinara su derecho a aparecer. Y eso solo es una parte de lo que me inquieta.

Realmente alarmada, Meredith se opuso firmemente a seguir hablando del tema.

-A estas alturas, ¿qué más da? Estamos divorciados y eso es lo único que importa.

En lugar de responder, Parker se remitió a la primera página de la sentencia y empezó a leerla con lentitud. A medida que lo hacía, fruncía más el entrecejo. Por su parte, cuando ya fue incapaz de soportar la tensión, Meredith se puso de pie.

-¿Qué te angustia tanto? -preguntó con voz serena.

-Todo este documento -replicó Parker con involuntaria sequedad-. Las sentencias de divorcio son redactadas por un abogado y firmadas por su juez. Pero esta sentencia está escrita de un modo insólito, que no tiene nada que ver con las que he visto hasta ahora. Un abogado razonablemente bueno no escribiría así. ¡Fíjate en esta redacción! -señaló con el dedo el último párrafo de la página y leyó en voz alta-: «A cambio de diez mil dólares y otra consideración valiosa, pagados a Matthew A. Farrell, Matthew Farrell renuncia a todo derecho sobre las propiedades o posesiones presentes y futuras de Meredith Bancroft Farrell. Además, este tribunal concede, adjunto, una sentencia de divorcio a Meredith Bancroft Farrell».

Incluso ahora, el recuerdo de lo que había sentido once años atrás, cuando supo que Matt había aceptado dinero de su padre, hizo estremecer a Meredith. Cuando se casaron, aquel maldito embustero e hipócrita le había jurado que nunca tocaría un céntimo de su dinero.

-¡No puedo creerlo! ¡Qué texto! -La voz airada y furiosa de Parker la sacó de sus reflexiones-. Parece un contrato de venta de un inmueble. «A cambio de diez mil dólares y otra consideración valiosa» -repitió-. ¿Quién diablos es este individuo? -le preguntó a Meredith-. ¡Mira la dirección! ¿Por qué contrató tu padre a un abogado con el despacho en South Side, es decir, prácticamente en los suburbios?

-Para que guardara el secreto -contestó Meredith, satisfecha de tener alguna respuesta-. Mi padre me dijo que había contratado los servicios de un don nadie del South Side a propósito. Un abogado que no sabría quién era yo ni quién era mi padre. Estaba muy alterado por todo el asunto, ya te lo dije. Pero ¿qué haces?

-Voy a llamar a tu padre -respondió Parker. Luego sonrió sobriamente para tranquilizar a Meredith-. No te preocupes. En primer lugar, no estoy seguro de que haya motivos de alarma. -Fiel a su palabra, Parker inició la conversación con Philip con algunas trivialidades, para finalmente mencionar que había estado repasando los papeles del divorcio de Meredith. Bromeando por haber escogido a un abogado en los barrios bajos, le preguntó quién le había recomendado al señor Stanislaus Spyzhalski. Rió al oír la respuesta de Philip, pero cuando colgó el auricular no había el menor atisbo de alegría en su rostro.

-¿Qué te ha dicho?

-Sacó el nombre de las páginas amarillas.

-¿Y qué? -replicó Meredith, intentando desesperadamente no dejarse arrastrar por el pánico. Se sentía como arrojada a una tierra oscura y peligrosa, amenazada por algo vago, no identificable-. ¿A quién llamas ahora? -preguntó al ver que Parker, después de consultar su agenda de direcciones, se disponía a hacer una nueva llamada.

-A Howard Turnbill.

Dividida entre la angustia y la ira que le causaba la inexplicable reserva de Parker, Meredith le

Librodot

preguntó:

-¿Por qué a él?

-Estudiamos juntos en Princeton -se limitó a responder Parker.

-Parker, si quieres que me enfade estás a punto de conseguirlo -le advirtió Meredith mientras él marcaba otro número-. ¿Por qué llamas a tu compañero de universidad?

Inexplicablemente, Parker sonrió y dijo:

-Adoro ese tono de voz cuando te enfadas. Me recuerda a mi maestra del jardín de infancia. Estaba enamorado de ella. -Antes de que Meredith lo estrangulara, como parecía dispuesta a hacer, Parker se apresuró a añadir-: Llamo a Howard porque es el presidente del Colegio de Abogados de Illinois. Y... -Se interrumpió cuando oyó una voz al otro lado de la línea-. Howard, soy Parker Reynolds -empezó a decir, y luego hizo una pausa, esperando que su interlocutor terminara de hablar-. Es cierto, te debo la revancha del partido de squash. Llámame mañana a la oficina y fijaremos la fecha. -Se rió de la respuesta de Howard y luego continuó-: ¿Tienes a mano una lista de los miembros del Colegio de Abogados de Illinois? No estoy en casa en este momento y tengo curiosidad por saber si cierto individuo es miembro del colegio. ¿Puedes informarme? -Al parecer Howard contestó afirmativamente, pues Parker añadió-: Está bien. El nombre es Stanislaus Spyzhalski. S-p-y-z-h-a-l-s-k-i. Espero.

Cubriendo el auricular con la mano, Parker volvió a sonreír a Meredith para tranquilizarla.

-Es probable que mi preocupación no tenga fundamento. Por el hecho de que el tipo sea poco profesional no hay que suponer que no es abogado.

Pero al cabo de un momento, la sonrisa desapareció del rostro de Parker.

-¿Qué no está en la lista? ¿Seguro? -Parker dudó un instante y después volvió a hablar-. ¿Podrías conseguir la lista de los que figuran en el Colegio de Abogados de Estados Unidos? Tal vez encuentres allí el nombre. -Escuchó atentamente a Howard y añadió con jovialidad forzada-: No, no es una emergencia. Puedo esperar hasta mañana. Llámame a la oficina y de paso fijaremos la fecha para ese partido. Gracias, Howard. Saluda a Helen de mi parte.

Pensativo, Parker colgó.

-No comprendo qué te preocupa -dijo Meredith.

-Creo que me vendría bien otro trago -comentó él, y se encaminó al bar para servirse otra copa.

-Parker -insistió Meredith con voz firme-, ya que el asunto me concierne, me parece que tengo derecho a saber en qué estás pensando.

-Verás, recuerdo varios casos de individuos que se hicieron pasar por abogados, generalmente en barrios pobres, y que aceptaron dinero de clientes crédulos. Uno de estos casos es el de un tipo que en realidad era abogado, pero que se embolsaba los costos exigidos por el tribunal y luego les *concedía* a sus clientes un falso divorcio. Era muy sencillo: él mismo firmaba los documentos.

-¿Cómo podía hacer eso?

-Son los abogados quienes redactan las peticiones de divorcio. Los jueces se limitan a firmarlas. Este individuo las firmaba por el juez.

-¿Impunemente? Parece increíble.

-No tanto, si se piensa que solo firmaba asuntos incontestados, divorcios incluidos.

Inconscientemente, Meredith bebió de un trago la mitad de su copa. De inmediato pareció más animada.

-Pero seguro que en casos así, cuando las dos partes actuaron de buena fe, los tribunales darían por buenas las sentencias de divorcio aunque estas nunca hayan ido a parar a los archivos legales.

-¡Nunca!

-No me gusta el tono de esta conversación -repuso Meredith, que se sentía un poco mareada a causa del alcohol-. ¿Qué hizo el tribunal con los que estaban convencidos de haberse divorciado?

-Bueno, si habían vuelto a casarse, el tribunal los absolvía del delito de bigamia.

-Ya.

-Pero eso no es todo. En esos casos el segundo matrimonio se declara nulo y el primero debe ser disuelto por medio de los cauces apropiados.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó Meredith, derrumbándose en una silla. No podía creerlo. Era incapaz de aceptar las implicaciones de aquella historia. En el fondo de su corazón sabía que su divorcio era legal, que era perfectamente válido. Y lo sabía por la sencilla razón de que la alternativa le resultaba impensable.

Parker tardó en darse cuenta de hasta qué punto estaba alterada. Cuando lo advirtió, tendió una mano y le tocó el pelo con dulzura.

-Aunque ese hombre no pertenezca al colegio, aunque nunca haya asistido a la facultad de derecho, tu divorcio aun podría considerarse legítimo... si le presentó a un juez esa absurda petición de divorcio y de algún modo consiguió que él la firmara. -Meredith le lanzó una mirada implorante. Parker trató de tranquilizarla-: Mañana enviaré a alguien al juzgado para que intente averiguar si el

divorcio fue presentado y archivado. Si fue así, no hay de qué preocuparse.

23

-¿Has pasado una mala noche? -le preguntó Phyllis a la mañana siguiente, cuando Meredith entró en la oficina con aire ausente y se limitó a saludarla inclinando la cabeza.

-No ha sido la mejor de mi vida. ¿Qué tengo en la agenda para esta mañana?

-A las diez una reunión aquí mismo con el departamento de publicidad. Se trata de discutir la inauguración de los grandes almacenes de Nueva Orleans. Además, Jerry Keaton, de personal, quiere verte para hablar de ciertos aumentos de sueldo que necesitan tu aprobación. Le dije que a las once. ¿Te parece bien?

-Sí.

-A las once y media Ellen Perkvale, del departamento jurídico, estará aquí para hablarte de un juicio que han iniciado contra nosotros. Se trata de una señora que dice haberse roto un diente en la sala Clarendon.

Meredith elevó los ojos al cielo con expresión de hastío.

-¿Nos denuncia por haberse roto un diente mientras comía en nuestro comedor?

-No exactamente. Nos denuncia porque se lo rompió con un fragmento de cáscara de nuez que había en su trucha amandine.

-¡Cielos! -exclamó Meredith. Mientras abría su escritorio, pensaba en la posibilidad de tener que llegar a un acuerdo-. Eso cambia las cosas.

-Cierto. ¿Está bien la reunión a las once y media?

-Sí, claro -contestó Meredith, y en aquel momento sonó el teléfono de su escritorio.

-Yo contestaré -dijo Phyllis.

Empezaba un nuevo día de frenético trabajo en los grandes almacenes, un trabajo que a Meredith a veces le resultaba agotador, pero siempre estimulante. En ocasiones gozaba de una pausa, como sucedió ese día. Miró ansiosa el teléfono, pues esperaba que Parker la llamara para comunicarle que no había problema en el asunto del divorcio.

Eran casi las cinco cuando Phyllis le anunció la llamada de Parker. Sobrecogida por una repentina tensión, Meredith contestó.

-¿Qué has sacado en claro?

-Todavía nada concluyente -repuso Parker, con voz extrañamente tensa-. Ese individuo no pertenece al colegio americano de abogacía. Espero una llamada de alguien, desde el juzgado del condado de Cook. Me llamará tan pronto como consiga la información que le he pedido. Dentro de unas horas sabré qué terreno pisamos. ¿Estarás en tu casa esta noche?

-No -musitó ella-. En casa de mi padre. Una pequeña fiesta de cumpleaños para el senador Davies. Llámame allí.

-Lo haré.

-¿En cuanto sepas algo?

-Te lo prometo.

-La fiesta terminará temprano porque el senador sale hacia Washington en un vuelo de medianoche. Llámame a casa si ya no estoy en la de mi padre.

-Te encontraré, no te preocupes.

24

A medida que transcurría la velada, sus esfuerzos por calmarse se hacían cada vez más difíciles. Medio convencida de que no habría de qué preocuparse, pero incapaz de poner freno a su creciente nerviosismo, Meredith se las arregló de todos modos para actuar con razonable soltura entre los invitados de su padre. Hacía ya más de una hora que habían terminado de comer y Parker todavía no había llamado.

Alguien encendió la televisión y varios hombres escuchaban las noticias.

-¡Qué reunión tan agradable! -exclamó la esposa del senador, dirigiéndose a Meredith. Siguió hablando, pero ella no la escuchaba, atenta a la voz del locutor.

«Otro ciudadano de Chicago ha sido hoy noticia. Se trata de Matthew Farrell, que esta tarde fue entrevistado para la televisión por Barbara Walters. Entre otras cosas, Farrell aludió a la reciente ola de compras hostiles de empresas. He aquí un extracto de la entrevista...»

Los huéspedes, que habían leído el artículo de Sally Mansfield, dieron por sentado que a Meredith le interesaría escuchar las palabras de Farrell. Después de mirarla con curiosidad, fijaron la vista en la pantalla donde aparecía Matt.

«-¿Qué opinión le merece el creciente número de compras hostiles que se están produciendo en el país?

»-Creo que es una tendencia que proseguirá hasta que el gobierno establezca normas para controlarlas -replicó Matt.

»-¿Hay alguien inmune a una fusión forzada con su empresa? Quiero decir, incluso amigos y... hablando con franqueza: ¿es posible que nuestra propia cadena pueda convertirse en su próxima presa?

»-El objeto de un intento de compra se llama blanco -puntualizó Matt con frialdad-. No se llama presa. Sin embargo, si eso la tranquiliza, puedo asegurarle que en este momento Intercorp no tiene puesta la mirada en ABC.»

Todos los presentes se echaron a reír ante la respuesta de Matt. Meredith no permitió que se alteraran sus facciones.

«-¿Podríamos hablar ahora un poco acerca de su vida personal? Al parecer, durante los últimos años usted ha vivido tórridas aventuras con varias estrellas de la pantalla, con una princesa y, más recientemente, con una joven griega, heredera de una gran flota mercante. Su nombre es Maria Calvaris. Todos estos amoríos, difundidos ampliamente por los medios de comunicación, ¿han sido realidad o simplemente un invento de periodistas chismosos?

»-Sí.»

Meredith volvió a oír las risas de admiración de los huéspedes de su padre, sin duda fascinados por la sangre fría de Matt. Los ojos de la joven reflejaron el resentimiento que le producía comprobar la facilidad con que su ex marido se ganaba la simpatía de todo el mundo.

«-Usted nunca se ha casado y me preguntaba si tiene intenciones de hacerlo algún día...

»-No descarto el matrimonio.»

Su fugaz sonrisa ponía de relieve la impertinencia de la pregunta y Meredith apretó los dientes al recordar que aquella sonrisa un día había acelerado los latidos de su corazón.

De repente Matt desapareció de la pantalla, que volvió a ocupar el locutor local. Pero el alivio que experimentó Meredith se disipó por culpa del senador, que se volvió hacia ella con amistosa curiosidad.

-Supongo que todos los que estamos aquí hemos leído la columna de Sally Mansfield, Meredith. ¿Te molestaría explicarnos por qué no te cae bien Farrell?

Meredith se las arregló para imitar la sonrisa indiferente de Matt.

-Sí.

Todos rieron, pero ella advirtió que sus rostros estaban iluminados por la curiosidad. Escapó del trance fingiendo interés en arreglar los almohadones del sofá, mientras el senador se dirigía a Philip.

-Stanton Avery ha solicitado el ingreso de Matt Farrell en el club de campo.

Maldiciendo a Matt por haber venido a Chicago, Meredith lanzó una mirada de advertencia a su padre, cuyo mal genio se había impuesto a su buen juicio.

-Estoy seguro de que todos nosotros tenemos bastante influencia para impedir la entrada de Farrell en Glenmoor, aun en el caso de que el resto de los socios se muestre favorable a su ingreso.

El juez Northrup le oyó e interrumpió su conversación con otro invitado.

-¿Eso es lo que quieres que hagamos, Philip? ¿Impedir su admisión?

-Exactamente.

-Si estás convencido de que es un indeseable, a mí eso me basta -declaró el juez, y miró a todos los demás.

Lenta pero enfáticamente, los amigos de Philip fueron asintiendo con la cabeza. Meredith se dijo que las posibilidades de Matt quedaban reducidas a cero.

-Farrell ha comprado un enorme terreno urbanizable en Southville -comentó el juez a Philip-. Quiere recalificarla para construir allí un gran complejo industrial de tecnología avanzada.

-¿De veras? -inquirió Philip, y Meredith supo que, si podía, su padre impediría también aquel proyecto-. ¿A quién conocemos en la comisión de calificación de terrenos en Southville?

-A varios. A Paulson, a...

-¡Por el amor de Dios! -interrumpió Meredith, con una sonrisa forzada y dirigiendo una mirada de súplica a su padre-. No hay necesidad de desplegar la artillería pesada porque a mí no me gusta Matt Farrell.

-Estoy seguro de que tu padre y tú tenéis excelentes razones para sentir lo que sentís hacia ese hombre.

-Tienes toda la...

-¡De ningún modo! -exclamó Meredith, tratando de poner fin a la venganza que se estaba

fraguando. Con una falsa sonrisa, se dirigió a todos-: La verdad es que Matt Farrell intentó conquistarme hace años, cuando yo tenía dieciocho. Mi padre nunca se lo ha perdonado.

-¡Ahora sé dónde conocí a Farrell! -intervino la señora Foster, mirando a su marido. Luego se volvió hacia Meredith y añadió-: ¡Ocurrió años atrás en Glenmoor! Recuerdo haber pensado en lo extraordinariamente atractivo que era ese joven... Y Meredith, tú fuiste quien nos lo presentó.

Quizá fue obra del destino o una casualidad, pero el senador le ahorró a Meredith la respuesta.

-Bien, lamento interrumpir mi fiesta de cumpleaños, pero tengo que tomar un avión hacia Washington...

Media hora más tarde se marchaban los últimos invitados y Meredith los estaba despidiendo junto a su padre cuando vio aparecer un automóvil en el camino de entrada.

-¿Quién diablos puede ser? -preguntó Philip, frunciendo el entrecejo cuando los faros los alumbraron a ambos.

Meredith se fijó en el vehículo cuando este cruzaba bajo una de las luces del camino de entrada. Era un Mercedes azul pálido.

-¡Es Parker!

-¿A las once de la noche?

Meredith tuvo un mal presentimiento, que se incrementó cuando a la luz del porche distinguió el rostro tenso y sombrío de su novio.

-Creí que la fiesta habría terminado ya. Tengo que hablar con vosotros -anunció Parker.

-Parker -empezó a decir Meredith-, no olvides que mi padre ha estado enfermo...

-No voy a inquietarlo sin necesidad -prometió el banquero, casi empujándolos hacia el interior de la casa-. Pero debe estar al corriente de los hechos para que podamos enfrentarnos a ellos del modo apropiado.

-¡Deja de hablar como si yo no estuviera presente! -le espetó Philip cuando entraban en la biblioteca-. ¿De qué hablas? ¿Qué diablos está ocurriendo?

Parker se detuvo para cerrar la puerta. Luego se dirigió a los dos:

-Creo que deberíais sentaros.

-¡Maldita sea Parker, nada me altera más que me mantengan en vilo...!

-Muy bien. Philip, anoche tuve ocasión de leer la sentencia de divorcio de Meredith, y vi que contiene varias irregularidades. ¿Te acuerdas de que hace unos ocho años apareció la noticia sobre un abogado de Chicago que aceptaba honorarios de clientes y luego se los embolsaba sin ni siquiera llenar los documentos del caso?

-Sí. ¿Y qué?

-Y hace unos cinco años se produjeron otras historias en torno a un supuesto abogado del South Side, de nombre Joseph Grandola, convicto de más de cincuenta casos de suplantación del cargo. Este hombre se hacía pasar por abogado, se embolsaba los honorarios y sus casos nunca llegaban al tribunal de justicia. -Parker esperó a que se produjera algún comentario, pero Philip se puso rígido y guardó silencio. En vista de ello, Parker prosiguió-: Grandola estudió un año de derecho antes de que la universidad lo expulsara. Unos años después abrió un bufete en un barrio pobre, en el que casi todos sus clientes eran gente poco menos que analfabeta. Durante más de diez años salió adelante con su basura porque solo aceptaba casos en los que el juicio era innecesario y que, además, raramente requerían la presencia de un abogado del bando contrario. Divorcios incontestados, testamentos a redactar y asuntos de ese estilo.

Meredith se hundió en el sofá, sintiendo que se le formaba un nudo en el estómago. Aceptaba la evidencia de lo que Parker iba a decirle a Philip, aunque su corazón negaba la veracidad de la historia. La voz de Parker sonó como desde la lejanía:

-Adquirió algunos conocimientos durante su breve paso por la facultad de derecho y conocía lo suficiente la jerga jurídica como para hacerla parecer propia de un alegato judicial. Cuando se le presentaba un cliente pidiéndole un divorcio, primero se aseguraba que la otra parte estaba completamente de acuerdo... o de que se había esfumado. Después le cobraba al incauto todo lo que podía y redactaba la petición. Consciente de que nunca podría hacerse pasar por abogado el tiempo suficiente para que un juez firmara la solicitud, la firmaba él mismo.

-¿Insinúas que ese abogado cuyos servicios contraté hace once años no era abogado? -masculló Philip con voz apenas reconocible.

-Me temo que sí.

-¡No lo creo! -estalló Philip, como si con su ira pudiera ahuyentar la realidad del hecho.

-No hay necesidad de que te arriesgues a sufrir otro infarto, porque eso en nada cambiará las cosas -replicó Parker con tono razonable. Meredith se sintió un poco aliviada al observar que su padre trataba de dominar sus emociones.

-Sigue -dijo al cabo de un momento.

-Hoy, después de comprobar que Spyzhalski no es miembro del colegio, envié a un detective a los

juzgados. Es un hombre muy discreto que trabaja para nosotros en cuestiones bancarias -dijo para tranquilizar a Philip, quien se había aferrado al respaldo de una silla-. Pasó todo el día y parte de la noche verificando una y otra vez la presunta existencia del acta de divorcio de Meredith. No está en los archivos.

-¡Mataré al bastardo!

-Si te refieres a Spyzhalski, primero tendrás que averiguar dónde se encuentra. Desapareció. Si te refieres a Farrell -siguió Parker con tono de resignación-, sugiero vehementemente que reconsideres tu actitud.

-¡Una mierda! Meredith puede resolver este asunto yéndose a Reno o a cualquier otra parte, y obteniendo allí un divorcio rápido y discreto.

-Lo he pensado pero no sirve. -Parker levantó la mano para silenciar la airada reacción de Philip-. Escúchame, porque esta noche he tenido tiempo para pensar detenidamente en el asunto. Aunque Meredith actuara como tú sugieres, eso no resolvería el problema jurídico de los derechos de propiedad. Este último aspecto del divorcio tendría que pasar necesariamente por los tribunales de Illinois.

-Meredith no tiene por qué informar a Farrell de que hay tal problema.

-Ética y moralmente sería reprobable, pero no basta, ya que también sería impracticable. -Parker exhaló un suspiro de frustración y procedió a dar explicaciones-: El Colegio de Abogados de Estados Unidos ha recibido ya dos denuncias contra ese impostor y el asunto está en manos de las autoridades. Si Meredith actuara como tú sugieres y el falso abogado fuera arrestado y confesara... ¿Lo comprendes? Las autoridades le notificarían a Farrell que su divorcio no es legal, aunque es probable que este se enterase antes por la prensa. ¿Tienes idea de la clase de querella que podría entablar contra vosotros? Farrell dejó en tus manos, de buena fe, la responsabilidad de llevar a cabo el divorcio. Tú pecaste de negligencia. Además, durante todos estos años ha corrido el riesgo de bigamia por tu culpa y...

-Parece que lo tienes todo muy claro -lo interrumpió Philip-. ¿Qué sugieres que hagamos?

-Lo que sea necesario con tal de adormecer a la fiera y conseguir que acepte un divorcio rápido y sin complicaciones -replicó Parker con calma inflexible. Luego se volvió hacia Meredith-: Me temo que serás tú quien tenga que hacer el trabajito.

Durante la discusión, Meredith se había mantenido al margen. Las palabras de Parker parecieron sacarla de su estupor.

-¿Por qué hay que calmar a ese hombre?

-Porque las implicaciones económicas son enormes. Te guste o no, Farrell es tu marido legal. Un matrimonio de once años de duración. Eres una joven millonaria, Meredith, y Farrell, como tu esposo legal, podría querer apoderarse de tu fortuna...

-¡Deja de llamarlo mi marido!

-Lo es -insistió Parker, pero esta vez con tono suave-. Farrell podría negarse a colaborar en el asunto del divorcio. También podría llevarte a los tribunales por negligencia...

-¡Dios mío! -exclamó Meredith, poniéndose de pie y echando a andar nerviosamente por la habitación-. ¡No puedo creer lo que está ocurriendo! Seguro que estamos exagerando. -Se esforzó por pensar con lógica y plantear el problema como si fuera uno de tantos de los que surgían en su trabajo-. Si lo que he leído es verdad, Matt es mucho más rico que nosotros -dijo por fin.

-Así es -convino Parker, sonriendo para demostrar que aprobaba su capacidad para pensar con calma-. En cuyo caso, tendría mucho más que perder que tú, si se llega a una lucha por los derechos de propiedad.

-Entonces no hay de qué preocuparse -concluyó Meredith-. Matt querrá liquidar este asunto tanto o más que nosotros, y se alegrará al saber que no quiero nada de él. En realidad, tenemos la sartén por el mango...

-No exactamente -negó Parker-. Como acabo de explicar, tú y tu padre asumisteis la responsabilidad de obtener el divorcio, y como no lo hicisteis, probablemente los abogados de Farrell convencerían a los tribunales de que la culpa es vuestra. En tal caso, el juez podría incluso concederle una indemnización. Por otra parte, a ti te sería muy difícil obtener un solo dólar de él, pues deberías haberte divorciado en aquel momento. Supongo que sus abogados persuadirían al tribunal de que lo hiciste a propósito, con premeditación, para así poder sacarle dinero después.

-Arderá en el infierno antes de sacarnos otro centavo -intervino Philip-. Ya le pagué diez mil dólares a ese bastardo para que desapareciera de nuestras vidas y renunciara al dinero de Meredith y al mío.

-¿Cómo se lo pagaste?

-Yo... -Philip palideció-. Hice lo que ese Spyzhalski me indicó que hiciera, nada fuera de lo corriente. Extendí un cheque conjunto, para Farrell y para él.

-Spyzhalski es un timador -dijo Parker con tono irónico-. ¿Crees honestamente que tendría el

menor escrúpulo para falsificar el cheque de Farrell y quedarse con el dinero?

-Debería haber matado a Farrell el día que Meredith lo trajo aquí.

-¡Cállate! -suplicó Meredith-. Vas a sufrir otro infarto. Sencillamente nuestro abogado se pondrá en contacto con el abogado de Matt...

-Lo dudo -la interrumpió Parker-. Si quieres que este hombre coopere y que el asunto no trascienda, lo que en mi opinión es nuestro primer objetivo, entonces será mejor que arregles la situación con Farrell.

-¿Qué situación? -preguntó Meredith, exaltada.

-Sugiero que tu primer paso sea disculparte personalmente por tu observación que apareció en la columna de Sally Mansfield...

Meredith recordó el incidente del baile a beneficio de la ópera y se sentó en el sillón que había frente a la chimenea, mirando fijamente las llamas.

-No puedo creerlo -murmuró.

-Estoy empezando a dudar de ti, Parker. ¿Que clase de hombre eres para sugerir que Meredith le pida disculpas a ese cretino? ¡Yo me las veré con él! -vociferó Philip.

-Soy un hombre pragmático y civilizado, eso es lo que soy -replicó Parker, dirigiéndose a Meredith y poniéndole una mano sobre un hombro-. Y tú eres un hombre volátil, razón por la cual no hay persona menos indicada en el mundo que tú para tratar con Farrell. Además, confío en Meredith. Escucha, ella me ha contado su historia con Farrell. Él se casó con tu hija porque estaba embarazada. Lo que hizo cuando Meredith perdió al niño fue cruel, pero también práctico y quizá más benévolo que arrastrar un matrimonio condenado desde el principio...

-¡Benévolo! -escupió Philip-. Él tenía veintitrés años y era un cazador de dotes que sedujo a una heredera de dieciocho, la dejó embarazada y después, *benévolamente,* consintió en casarse con ella...

-¡No sigas! -rogó Meredith-. Parker tiene razón. Y sabes muy bien que Matt no me sedujo. Te conté lo que ocurrió y la razón de que ocurriera. -Con gran dificultad, recuperó el control-. Todo esto no tiene nada que ver con el asunto al que nos enfrentamos. Hablaré con Matt cuando haya decidido la mejor manera de hacerlo.

-He aquí mi chica -dijo Parker. Miró a Philip e ignoró su gesto de rabia-. Lo que Meredith tiene que hacer, es encontrarse con él civilizadamente, explicarle el problema y sugerirle que se divorcien sin pretensiones económicas por una u otra parte. -Con una sonrisa irónica, estudió el rostro pálido de Meredith-. Te has enfrentado con problemas más difíciles que este y con tipos más duros que Farrell. ¿No es cierto, querida?

Meredith vio el orgullo reflejado en el rostro de Parker, vio su gesto de aliento y le lanzó una mirada de irremediable consternación.

-No -repuso.

-¡Claro que sí! -insistió Parker-. Mañana por la noche todo este lío será un recuerdo si consigues que te reciba enseguida...

-¡Que me reciba! -estalló Meredith-. ¿Por qué no puedo hablarle sencillamente por teléfono?

-¿Intentarás resolver por teléfono una situación difícil y de vital importancia para los intereses de Bancroft & Company?

-No, claro que no -contestó Meredith.

Parker se marchó minutos después y Meredith se quedó en la biblioteca con su padre. Ambos permanecieron en silencio durante largo rato, mirando al vacío.

Por fin, Philip dijo:

-Supongo que me echas la culpa...

Sacudiéndose la autocompasión que sentía, Meredith miro a su padre. Estaba pálido y su aspecto era el de un hombre derrotado.

-Claro que no -le contestó apaciblemente-. Solo querías protegerme, y por eso contrataste los servicios de un ahogado que no nos conocía.

-Yo mismo llamaré a Farrell mañana por la mañana.

-No, eso no -replicó Meredith, sin perder la compostura pero con firmeza-. En eso Parker tiene razón. La sola mención del nombre de Matt te pone furioso y a la defensiva. Si intentaras hablar con él perderías la paciencia en menos de diez segundos y terminarías por sufrir otro infarto. Será mejor que ahora te acuestes y trates de dormir un poco. -Meredith se puso de pie, dispuesta a marcharse-. Te veré mañana en el trabajo. Verás cómo de día todo este asunto nos parecerá... Bueno... menos amenazador. Además -añadió, logrando esbozar una sonrisa animosa-, ya no tengo dieciocho años ni me asusta la idea de enfrentarme a Matthew Farrell. En realidad -mintió-, me excita la idea de ganarle la partida.

Philip parecía estar pensando desesperadamente en una solución alternativa y, como no la encontraba, se ponía más nervioso.

Ella le dedicó un alegre gesto de despedida y bajó a toda prisa los escalones de la puerta de entrada. Tenía el coche aparcado en el camino. Subió al frío vehículo y cerró la portezuela. Después apoyó la cabeza en el volante y cerró los ojos.

-Dios mío -murmuró, aterrada ante la idea de enfrentarse con aquel demonio surgido de su pasado.

25

-Buenos días -dijo Phyllis alegremente, disponiéndose a seguir a Meredith a su despacho.

-Podría ponerle un montón de adjetivos a esta mañana -le replicó Meredith mientras colgaba el abrigo en el armario-, pero no el de buena. -Intentando aplazar el momento de su llamada a Matt, añadió-: ¿Hay mensajes telefónicos?

Phyllis respondió con un gesto de asentimiento.

-El señor Sanborn, de personal, ha llamado para pedir que le devolvieras el formulario de tu póliza de seguro puesto al día. Dice que lo necesita con urgencia. -Le tendió el documento y se quedó a la espera.

Suspirando, Meredith se sentó a su escritorio, cogió el bolígrafo y, después de escribir su nombre y dirección, se sintió confusa ante la siguiente cuestión del formulario: «Estado civil: soltera, casada, viuda (tache la casilla correspondiente)». Presa de histerismo, estuvo a punto de reír al fijar la mirada en la segunda opción. Estaba *casada.* Durante once años había estado casada con Matt Farrell.

-¿Te sientes bien? -le preguntó solícitamente Phyllis al observar que su joven jefa y amiga apoyaba la frente sobre una mano y miraba el formulario como hipnotizada.

Meredith miró a su secretaria.

-¿Qué pueden hacerle a uno por mentir en el formulario de una póliza de seguros?

-Supongo que, en caso de muerte, podrían negarse a pagarle a tu heredero legal.

-Está bien -dijo Meredith con sarcasmo, y tachó la casilla «soltera». Ignorando el gesto de preocupación de Phyllis, terminó de rellenar el formulario y se lo entregó.

-Por favor, cierra la puerta al salir y durante unos minutos no me pases llamadas.

Cuando la secretaria la dejó a solas, Meredith cogió la guía telefónica, y tras encontrar el número de Haskell Electronics, lo garabateó en su bloc de notas. Dejó la guía en su sitio y miró fijamente el teléfono. Sabía que el temido momento, el momento en que no había dejado de pensar durante toda la noche, había llegado. Cerró los ojos por un instante, para mentalizarse. En realidad, lo que hizo fue ensayar su plan una vez más. Si Matt estaba enojado por lo que ella le había dicho la noche del baile de la ópera -y seguramente lo estaría-, le pediría disculpas con sencilla dignidad. Enseguida le pediría que se vieran por un asunto importante y urgente. Ese era su plan. Lentamente tendió una mano temblorosa hacia el teléfono...

Por tercera vez en una hora sonó el intercomunicador del escritorio de Matt, interrumpiendo un debate acalorado entre sus ejecutivos. Contrariado por tantas interrupciones, Matt miró a sus hombres y, al apretar el botón del intercomunicador, explicó:

-La hermana de la señorita Stern está enferma y ella ha tenido que viajar a la costa. Sigan hablando. -Por el intercomunicador le gritó a la secretaria que sustituía a la señorita Stern-: ¡Le dije que no me pasara llamadas!

-Sí, señor. Lo sé... -se oyó decir a Joanna Simmons-, pero la señorita Bancroft dijo que se trataba de algo de suma importancia e insistió en que le interrumpiera.

-Reciba usted el mensaje -replicó Matt. Se disponía a seguir con la reunión cuando preguntó bruscamente-: ¿Quién ha dicho que me llama?

-Meredith Bancroft -contestó la secretaria, pronunciando el nombre con cierto énfasis. Por su tono, era evidente que también ella había leído en la columna de Sally Mansfield lo ocurrido entre Meredith y Matt. No era la única. En torno a Matt se produjo un silencio sepulcral que, no obstante, se vio interrumpido al cabo de un momento, cuando reiniciaron la discusión, ahora mas viva que antes.

-Estoy en mitad de una reunión -repuso Matt, tajante-. Dígale que vuelva a llamar dentro de quince minutos. -Era consciente de que las reglas de la cortesía exigían que fuera él quien llamara a Meredith, pero le importaba un bledo. No tenían nada que decirse. Esforzándose por concentrarse en el trabajo, lanzó una mirada a Tom Anderson y prosiguió la conversación interrumpida por la llamada de Meredith-. No habrá problema alguno en Southville. Tenemos un contacto en la comisión y nos ha asegurado que el condado y la ciudad están ansiosos por que instalemos una fábrica en el lugar anunciado. Tendremos la aprobación definitiva el miércoles, fecha en que se reúnen para votar...

Diez minutos después, Matt hizo salir a los hombres del despacho y volvió a sentarse ante su escritorio. Al cabo de media hora Meredith seguía sin llamar. Matt se reclinó en el sillón de piel y le lanzó una mirada furiosa al teléfono. Su hostilidad iba en aumento con cada instante que pasaba. Muy propio de Meredith, pensó; lo llamaba después de más de diez años de silencio, insistía en que su

secretaria lo interrumpiera en una reunión y, como él no la había atendido de inmediato, ahora lo hacía esperar. Aquella mujer había nacido con un sentido exagerado de su propia importancia y había sido educada en la creencia de que era mejor que cualquier otro ser humano...

Tamborileando con los dedos sobre la mesa, Meredith se acomodó en el sillón, observando con ira el reloj, esperando deliberadamente que transcurrieran cuarenta y cinco minutos antes de llamar de nuevo. ¡Muy propio de aquel cretino arrogante hacer que ella volviera a llamar!, pensó enojada. Era obvio que en el caso de Matt Farrell la riqueza no había ido acompañada de los buenos modales, porque de lo contrario él debería haber llamado, dado que ella había tomado la iniciativa. Naturalmente, los buenos modales nunca significarían nada para aquel hombre. Bastaría con rascar un poco en la personalidad de Matt para descubrir un tipo rudo y ambicioso... De pronto Meredith trató de reprimir su resentimiento, consciente de que no haría más que obstaculizar el entendimiento entre ambos. Además, se recordó de nuevo, era injusto echarle a él la culpa de todo lo sucedido años atrás. La noche en que se conocieron, ella no había sido, ni muchos menos, un espectador pasivo de su encuentro amoroso en la cama. Por otro lado, no había hecho nada para evitar la posibilidad del embarazo. Y cuando este se confirmó, Matt se ofreció decentemente a casarse con ella. Más tarde, ella se convenció de que la amaba, pero lo cierto era que Matt nunca se lo había dicho. En realidad, nunca la había engañado en el sentido literal de la palabra. Resultaba estúpido e infantil censurarlo por no haberse mostrado a la altura de lo que ella, en su ingenuidad, esperaba. Era tan absurdo e inútil como su ataque en el baile a beneficio de la ópera. Mucho más calmada, se tragó su orgullo y prometió mantener la compostura. El reloj marcaba las 10.45, y entonces Meredith cogió el teléfono.

Matt dio un respingo cuando oyó el intercomunicador.

-Lo llama la señorita Bancroft -informó Joanna.

El se apresuró a responder.

-¿Meredith? -dijo con voz impaciente y seca-. ¡Qué sorpresa tan inesperada!

Meredith advirtió que él no había dicho «inesperado placer». También notó que su voz era más profunda y grave de lo que ella recordaba.

-¿Meredith? -El tono irritado de Matt sacó a la joven de sus nerviosas cavilaciones-. Si me has llamado para soplarme en el oído, me siento halagado pero un tanto confuso. ¿Qué esperas que haga ahora?

-Veo que aún eres tan presumido y tienes tan malos modales como...

-¡Ah! Me has llamado para criticar mis modales -concluyó Matt.

Meredith se recordó con severidad que su objetivo era aplacarlo y no todo lo contrario. Conteniendo su genio, dijo con sinceridad:

-En realidad te llamo porque quisiera... enterrar el hacha.

-¿En qué parte de mi cuerpo?

El comentario se acercaba tanto a la verdad que Meredith no pudo contener la risa. Al oírla, Matt, recordó de pronto cuánto le gustaba en el pasado esa risa y aquel sentido del humor. Apretó los dientes y dijo con acritud:

-¿Qué quieres de mí, Meredith?

-Verás, necesito hablar contigo personalmente.

-La semana pasada me volviste la espalda ante quinientas personas -le recordó con voz gélida-. ¿Cómo es que de pronto has cambiado de idea?

-Ha ocurrido algo y tenemos que hablar con calma y como personas maduras -le contestó ella, tratando de no dar detalles por teléfono-. Se trata... de nosotros...

-No hay un «nosotros» -interrumpió Matt con tono implacable-. Y por lo sucedido en la fiesta deduzco que hablar con calma es algo que está más allá de tu alcance.

Meredith estuvo a punto de estropearlo todo con una respuesta airada, pero finalmente logró controlarse. No quería la guerra sino la paz. Era una mujer de negocios y había aprendido a tratar airosamente con hombres tercos. Matt se mostraba difícil y, por lo tanto, había que conducirlo por otro camino, instalarlo en otro marco de referencia. Eso no se conseguiría discutiendo con él.

-No tenía idea de que Sally Mansfield anduviera por allí cuando me comporté contigo como lo hice -le explicó con tacto-. Te pido disculpas por lo que dije y, sobre todo, por haberlo dicho delante de ella.

-Estoy impresionado -replicó Matt con tono de burla-. Es obvio que has estudiado diplomacia.

Meredith le hizo una mueca al auricular, pero se abstuvo de levantar la voz.

-Matt, intento establecer una tregua. ¿No puedes cooperar un poco conmigo?

Matt se sobresaltó al oír su nombre en boca de Meredith y vaciló unos segundos. Por fin contestó con brusquedad:

-Dentro de una hora tengo que salir hacia Nueva York. No regresaré hasta el lunes por la noche.

Meredith esbozó una sonrisa triunfal.

-El jueves es el día de Acción de Gracias. ¿Podríamos vernos antes, por ejemplo el martes? ¿O

acaso ese día es imposible para ti?

Matt consultó su agenda y vio que aquella semana estaba llena de citas y reuniones. Estaría horriblemente ocupado. No obstante, dijo:

-El martes está bien. ¿Por qué no pasas por mi oficina a las doce menos cuarto?

-Perfecto -aceptó Meredith enseguida, más aliviada que decepcionada por los cinco días de espera.

-Por cierto -añadió Matt-, ¿tu padre sabe que vamos a vernos?

El tono corrosivo de sus palabras dio a entender a Meredith que no había disminuido la hostilidad que Matt Farrell sentía hacia Philip.

-Lo sabe.

-Entonces me sorprende que no te haya encerrado bajo llave y te haya encadenado para impedir nuestra entrevista. Debe de estar ablandándose.

-No es que se haya ablandado, sino que ha envejecido y ha estado muy enfermo. -Sabía que la animosidad de Matt hacia su padre aumentaría en cuanto descubriera que Philip había contratado, aunque involuntariamente, los servicios de un falso abogado, y que por lo tanto la disolución del matrimonio no era legal. Meredith trató de amortiguar de antemano la ira de Matt-. Puede morir en cualquier momento -añadió.

-Cuando lo haga -le replicó Matt con sarcasmo-, espero por el amor de Dios que alguien tenga la presencia de ánimo necesaria para clavarle una estaca en el corazón.

Meredith sofocó una risita de horror ante la broma de Matt y se despidió cortésmente de él. Pero en cuanto colgó dejó de reír. Se reclinó en el sillón y meditó. Matt había insinuado que su padre era un vampiro, y hubo un tiempo en que ella sintió que realmente Philip le consumía la vida. En el mejor de los casos, su padre le había arrebatado gran parte del gozo de la juventud.

26

El martes de la semana siguiente, día de la cita, Meredith se las había arreglado para convencerse de que entre ella y Matt podía producirse un encuentro cortés e impersonal, en el que conseguiría persuadirlo de que un divorcio rápido y sin complicaciones era lo mejor para ambas partes.

Se miró al espejo del cuarto de baño privado adyacente a su despacho. Se retocó los labios y se soltó la larga cabellera, que le cubrió los hombros. Luego dio un paso atrás para estudiar el efecto del discretamente estampado suéter de lana negra con cuello alto y la falda del mismo color. Una reluciente gargantilla de oro destacaba sobre el conjunto negro. En la muñeca lucía una pulsera haciendo juego.

El orgullo y el sentido común le exigían la máxima elegancia. Matt salía con estrellas de cine y con atractivas y encantadoras modelos. Pensaba que podría manipularlo mejor si irradiaba confianza. Satisfecha de su aspecto, metió en la cartera los elementos de maquillaje, se puso el abrigo y los guantes y al salir decidió que tomaría un taxi para ir al despacho de Matt, con lo que se ahorraría la lucha contra el tráfico, además del problema del estacionamiento, sobre todo teniendo en cuenta que era un día lluvioso.

Una vez en el taxi, miró por la ventanilla y observó a los peatones cruzar presurosos la avenida Michigan, unos cubriéndose con paraguas, otros con periódicos. La lluvia martilleaba el techo del vehículo y ella se acurrucó entre los pliegues del lujoso abrigo de piel que su padre le había regalado cuando cumplió veinticinco años. Meredith había estado planeando su estrategia durante los últimos cinco días y ensayó numerosas veces lo que iba a decirle a Matt y cómo iba a hacerlo. Se mostraría tranquila y hablaría con tacto, profesionalmente. Así actuaría. No se rebajaría a criticarlo por sus actitudes pasadas. Por una parte, él carecía de conciencia; por otra, ella se negaba a darle la satisfacción de mostrar lo mal que se había sentido a causa de su traición. Se recordó que no le haría ninguna recriminación. Tranquila, con tacto, profesional... De esta forma marcaría la pauta y confiaba en que le ofrecería un ejemplo a seguir. Tampoco le plantearía de golpe el problema que la llevaba allí; se lo diría poco a poco.

Sintió que le temblaban las manos y las hundió en los bolsillos del abrigo.

La voz del taxista la sacó de sus pensamientos.

-Hemos llegado, señorita.

Meredith pagó, y bajo el aguacero se precipitó a la protección del alto edificio de vidrio y acero que era la sede social de la más reciente adquisición de Matt Farrell.

Cuando salió del ascensor, en la planta dieciséis, se encontró en una espaciosa zona de recepción, con alfombrado de color plata. Se dirigió a la recepcionista, una muchacha muy elegante sentada tras una mesa redonda. La joven observó a la recién llegada con mal disimulada fascinación.

-El señor Farrell la espera, señorita Bancroft -dijo, reconociendo a Meredith por las fotografías de prensa-. En este momento tiene una reunión, pero estará libre dentro de unos minutos. Por favor,

siéntese.

Enojada porque Matt la hacía esperar como si se tratara de un campesino que hubiese solicitado audiencia al rey, Meredith miró con sarcasmo el reloj que colgaba de la pared. Había llegado con diez minutos de antelación.

Se le pasó el enfado con la misma rapidez con que había aparecido y se sentó en una silla de piel. Cuando cogió una revista y la abrió, un hombre salía precipitadamente del despacho del rincón, dejando la puerta entreabierta. Por encima de la revista, Meredith vio con claridad al hombre que había sido su marido, y se quedó mirándolo con fascinación.

Matt estaba sentado a su escritorio con aire meditabundo. Se reclinó en su asiento, escuchando a los hombres sentados frente a él. A pesar de su postura relajada, su expresión reflejaba autoridad y confianza. Aun en mangas de camisa, desprendía un aura de poder que Meredith halló un tanto sorprendente y perturbador. La noche de la ópera ella había estado demasiado nerviosa para observarlo detenidamente. Pero ahora advirtió que sus facciones eran muy parecidas a las que ella recordaba... y, sin embargo, habían experimentado un cambio sutil. A los treinta y siete años había perdido la insolencia de la juventud, y en su lugar se apreciaba en aquel rostro una fuerza tenaz que lo hacía parecer incluso más atractivo que antes... y más inflexible. Su pelo era más negro de lo que ella recordaba, sus ojos parecían más claros, pero la boca conservaba la misma sensualidad. Uno de los hombres dijo algo divertido y la repentina sonrisa de Matt le añadió un encanto que sobresaltó a Meredith. Esforzándose por reprimir aquella reacción inexplicable, la joven concentró su atención en lo que se decía en el despacho. Al parecer Matt planeaba fusionar dos divisiones de Intercorp. El propósito de la reunión era encontrar el método para hacerlo de la forma más sencilla posible.

Con creciente interés profesional, Meredith se dio cuenta de que los métodos de Matt y su actitud hacia sus ejecutivos diferían de los de Philip. Su padre convocaba una reunión con el solo propósito de dar órdenes y se sentía ultrajado si alguien se atrevía a contradecirlo. En cambio, Matt prefería la libre expresión de diferentes puntos de vista y de sugerencias. Escuchaba, sopesando en silencio el valor de cada idea, de cada objeción. En lugar de someter y humillar a su equipo, como hacía su padre, Matt utilizaba las dotes de cada uno de los reunidos, beneficiándose de la experiencia de cada hombre en un campo determinado. A Meredith le pareció que el método de Matt era mucho más sensato y productivo que el de su padre.

Mientras espiaba, en su interior crecía una pequeña semilla de admiración. Dejó la revista en su sitio y, como si aquel movimiento hubiera llamado la atención de Matt, este volvió de pronto la cabeza y su mirada se encontró con la de ella.

Meredith se quedó rígida, sintiendo la mirada de aquellos ojos penetrantes. Él dejó de observarla y dijo a los hombres sentados en torno de su escritorio:

-Es más tarde de lo que pensaba. Después del almuerzo continuaremos con la reunión.

Cuando empezaron a salir del despacho, Meredith notó que se le secaba la garganta al ver que Matt se le acercaba. Tranquilidad, tacto, actitud profesional, se recordó recitando mentalmente la cantinela al tiempo que elevaba la vista para mirar a Matt. Sin recriminaciones. Aborda el problema paulatinamente, no se lo digas de repente.

Matt la observó levantarse, y cuando habló lo hizo de un modo tan impersonal como impersonales eran los sentimientos que la joven le inspiraba.

-Cuánto tiempo -comentó, prefiriendo olvidar su breve y tormentoso encuentro en la ópera. Ella se había disculpado por teléfono, por el solo hecho de presentarse allí demostraba que quería una tregua. Él estaba dispuesto a aceptar. Después de todo, hacía años que la había olvidado y era absurdo guardar rencor por alguien que ya había dejado de importarle.

Alentada por su falta de hostilidad, Meredith le extendió su mano enguantada de negro mientras luchaba por ocultar su nerviosismo y expresarse con la voz más natural del mundo:

-Hola, Matt-saludó sin reflejar su estado de ánimo.

Su apretón de manos fue rápido y breve, como en los negocios.

-Entra un momento en mi despacho. Tengo que hacer una llamada antes de salir.

-¿Salir? -preguntó ella, mientras lo acompañaba al espacioso recinto de alfombrado color plata desde el que se divisaba una vista panorámica del perfil de Chicago-. ¿A qué te refieres?

Matt cogió el teléfono.

-Acaba de llegar una remesa de obras de arte a mi despacho y van a colgar los cuadros dentro de unos minutos. Además, pensé que sería mejor hablar mientras almorzamos.

-¿Mientras almorzamos? -repitió Meredith, pensando frenéticamente en la manera de eludir ese trance.

-No me digas que ya has comido porque no voy a creerte -replicó Matt, mientras marcaba un número-. Solías pensar que no era civilizado almorzar antes de las dos.

Meredith se acordó de haber mencionado algo así durante los días que pasó con él y su familia. ¡Qué presuntuosa e idiota era a los dieciocho años!, pensó. Hoy en día almorzaba en la oficina, es

decir, si tenía tiempo y cuando lo tenía, que podía ser a cualquier hora. En realidad, almorzar en un restaurante no era una idea tan mala, porque allí él no podría maldecirla en voz alta ni gritarle cuando recibiera la noticia que tenía que darle.

Puesto que no le pareció apropiado quedarse junto al teléfono, Meredith se acercó a una pared de la que colgaban cuadros de arte moderno. En un extremo del despacho observó e identificó la única pintura que le gustaba, un gran Calder. En la pared de al lado había un cuadro enorme, con manchas de amarillo, azul y marrón. Meredith retrocedió para contemplarlo mejor, tratando de ver qué era lo que los demás veían cuando miraban esta presunta obra de arte. Al lado de este cuadro había otro, al parecer la representación de un paseo neoyorquino... Meredith ladeó la cabeza para estudiarlo con atención. No era un paseo, sino tal vez un monasterio. Tampoco. Quizá eran montañas del revés, una aldea y una corriente de agua que atravesaba el cuadro en diagonal. Y cubos de basura...

De pie tras la mesa, Matt la observaba mientras esperaba la llamada. La estudiaba con un interés imparcial de un *connaisseur.* Envuelta en su abrigo de visón, con una gargantilla de oro reluciente en el cuello, su aspecto era elegante y lujoso, una impresión que no casaba con la pureza virginal de su perfil, como Matt advirtió cuando ella alzó la vista hacia un cuadro. Bajo las luces del techo, el pelo de Meredith brillaba intensamente. A los casi treinta años, todavía irradiaba el mismo halo convincente de sofisticación y atractivo natural. Sin duda esta cualidad debió de tener un papel fundamental cuando me sedujo, pensó Matt sarcásticamente. Aquella belleza paralizante combinada con un superficial pero convincente distanciamiento y un toque de inexistente dulzura y bondad. Incluso ahora, una década más viejo y más sabio, la encontraría exquisitamente seductora si no supiera lo fría y egoísta que era en realidad.

Cuando colgó el auricular se dirigió hacia Meredith, que estaba estudiando el cuadro, y esperó sus comentarios.

-Creo... que es magnífico -mintió la joven.

-¿De veras? -repuso Matt-. ¿Qué es lo que te gusta de él?

-Oh, todo. Los colores... la excitación que produce, la originalidad...

-Originalidad -repitió él con tono incrédulo-, ¿Qué ves en concreto cuando miras el cuadro?

-Bueno, veo lo que podrían ser montañas, o agujas góticas del revés, o... -Su voz se apagó, presa de un súbito malestar-. ¿Qué ves tú? -preguntó a su vez la joven con forzado entusiasmo.

-Veo una inversión de un cuarto de millón de dólares que ahora se ha convertido en medio millón -le contestó él con acritud.

Meredith no pudo ocultar su asombro.

-¿Medio millón por *eso?*

-Por eso -respondió Matt, y ella creyó haber visto un destello de humor en sus ojos.

-No quise describirlo como pareció -se excusó Meredith, recordando su plan. Tranquilidad, tacto...-. En realidad, sé muy poco de arte moderno.

Matt se encogió de hombros con indiferencia y sugirió:

-¿Nos vamos?

Cuando se dirigió a sacar el abrigo del armario, Meredith advirtió que encima de la mesa había la fotografía enmarcada de una joven muy bonita, sentada sobre un tronco caído y con una pierna doblada de modo que la rodilla le llegaba hasta el pecho. Tenía el pelo revuelto por el viento y su sonrisa era deslumbrante. Meredith decidió que aquella muchacha era una modelo profesional o, a juzgar por su sonrisa, alguien que estaba enamorada del fotógrafo.

-¿Quién tomó la fotografía? -preguntó Meredith cuando Matt se volvió hacia ella.

-Yo. ¿Por qué?

-Por nada. -Aquella joven no era ninguna de las famosas estrellas o mujeres de la alta sociedad con las que Matt había sido fotografiado. En la muchacha se observaba una belleza fresca y virginal-. No la reconozco.

-Porque no se mueve en tus círculos -ironizó Matt, encogiéndose de hombros-. Es solo una muchacha que trabaja de investigadora en unos laboratorios de química, en Indiana.

-Y está enamorada de ti -concluyó Meredith, al advertir el velado sarcasmo de su voz.

Matt miró la fotografía de su hermana.

-Y está enamorada de mí.

Meredith se dijo que aquella chica era alguien importante para Matt Farrell. Si eso era verdad, si estaba considerando la posibilidad de casarse con la muchacha o lo tenía ya decidido... entonces se mostraría tan dispuesto como ella a obtener un divorcio rápido y sin complicaciones de ningún tipo, lo que sin duda facilitaría las cosas.

Al pasar por el despacho de la secretaria, Matt se detuvo para decirle algo a la mujer de pelo gris.

-Tom Anderson está en la audiencia de la comisión recalificadora de Southville -le informó-. Si vuelve antes que yo, dele el número del restaurante y dígale que me llame allí.

Librodot

27

Una flamante limusina los esperaba junto a la acera. Frente a la parte trasera del vehículo se hallaba un robusto chófer, con la nariz chata y un físico imponente. El hombre sostuvo la portezuela abierta para dar paso a Meredith. A ella le gustaba viajar en limusina, pero en cuanto arrancaron, la joven se agarró al brazo del asiento, sorprendida. Ocultó su alarma a pesar de que la limusina tomaba las esquinas con asombrosa temeridad. Sin embargo, cuando sorteó un autobús de la empresa municipal de transportes y pasó un semáforo en rojo, no tuvo más remedio que mirar a Matt, nerviosa.

Él se encogió de hombros y dijo:

-Joe no ha renunciado a su sueño de correr en Indianápolis.

-Pero esto no es Indianápolis -apuntó Meredith sin soltarse del asiento, pues en aquel momento Joe giró bruscamente.

-Tampoco él es chófer.

Decidida a imitar su aplomo, Meredith separó las manos del brazo acolchado del asiento.

-¿De veras? ¿Qué es, entonces?

-Mi guardaespaldas.

A Meredith se le revolvió el estómago ante la prueba de que Matt tenía motivos para temer que otros lo odiaran a muerte y quisieran lastimarlo físicamente. A ella nunca le había atraído el peligro. Le gustaba la paz y la seguridad. La idea de un guardaespaldas le resultaba un tanto salvaje.

No volvieron a hablar hasta que Joe detuvo el vehículo bajo la marquesina de Landry, uno de los restaurantes más elegantes y exclusivos de Chicago.

El maître, que también era copropietario del restaurante, se hallaba, como de costumbre, cerca de la puerta principal. Iba rigurosamente vestido de esmoquin. Meredith conocía a John desde hacía muchos años, en realidad desde sus días de internado, en que su padre solía llevarla allí y el maitre le servía alguna bebida suave aderezada como una exótica bebida alcohólica.

-Buenas tardes, señor Farrell -saludó John formalmente, pero al ver a Meredith añadió con una amplia sonrisa-: Señorita Bancroft, es siempre un placer verla.

Meredith dirigió una rápida mirada a Matt, cuyo rostro era impenetrable. Ella se preguntó cómo le habría sentado comprobar que la conocían más que a él en el restaurante. Pero lo olvidó enseguida, cuando al ser acompañados a su mesa distinguió varias caras conocidas. A juzgar por sus miradas de asombro, habían reconocido a Matt y sin duda se preguntaban por qué Meredith iba acompañada con un hombre al que había insultado en público. Sherry Withers, una de las mayores cotorras del círculo de conocidos de Meredith, miraba fijamente a Matt, arqueando las cejas. Estaba especulando, divirtiéndose con ello.

Un camarero los condujo entre hileras de ramos de flores recién cortadas, pasando junto a un hermoso enrejado blanco hasta una mesa situada lo bastante cerca del piano para oír la música y lo bastante lejos para que esta no impidiera la conversación. A menos que uno fuera cliente habitual de Landry, resultaba casi imposible reservar una mesa con menos de dos semanas de antelación y, desde luego, conseguir una buena mesa como esa ya era una hazaña. Meredith se preguntó cómo lo habría logrado Matt.

-¿Un aperitivo? -preguntó él cuando estuvieron sentados.

La mente de Meredith abandonó toda conjetura con respecto a la mesa para enfrentarse a la terrible situación que se avecinaba.

-No, gracias. Solo agua con hielo. -En cuanto lo dijo, pensó que un aperitivo le relajaría los nervios-. Sí -se corrigió-. Tomaré un aperitivo.

-¿Qué te gustaría?

-Estar en Brasil -murmuró ella con un suspiro.

-¿Perdón?

-Algo fuerte -respondió Meredith, tratando de decidir qué tomar-. Un manhattan. -Pero de inmediato hizo un gesto de negación. Una cosa era calmarse y otra muy distinta inducirse a decir o hacer algo que no debiera. Era un manojo de nervios y quería tomar algo que rebajara la tensión. Algo que pudiera beber lentamente y obrara el pequeño milagro. Algo que no le gustaba-. Un martini -decidió por fin, asintiendo con la cabeza.

-¿Todo eso? -le preguntó Matt con aparente seriedad-. ¿Un vaso de agua, un manhattan y un martini?

-No... solo el martini -aclaró ella con una sonrisa vacilante y una mirada de frustrada desolación.

Por un momento, Matt se sintió intrigado ante aquella combinación de llamativos contrastes que le presentaba Meredith. Luciendo un sofisticado vestido negro, tenía un aspecto elegante y encantador que, combinado con el ligero rubor de las mejillas, el inevitable atractivo de sus ojos embriagadores y su confusión de adolescente, hacía de ella un ser casi irresistible. Puesto que era ella quien había

fomentado el encuentro, Matt decidió de pronto comportarse como había decidido la noche del baile de la ópera. Pensó que lo pasado, pasado estaba.

-¿Te lanzaré a otro mar de confusión si te pregunto con qué quieres el martini?

-Ginebra -le contestó Meredith-. No, vodka -se corrigió, y añadió de nuevo-: No, ginebra. Un martini con ginebra.

Nerviosa, se ruborizó y no advirtió la mirada burlona de los ojos de Matt cuando este siguió preguntando con voz un tanto solemne:

-¿Dulce o seco?

-Seco.

-¿Beefeater, Tanqueray o Bombay?

-Beefeater.

-¿Aceituna o cebolla?

-Aceituna.

-¿Una o dos?

-Dos.

-¿Valium o aspirinas? -preguntó con el mismo tono de voz, esbozando una sonrisa. Meredith se dio cuenta de que había estado bromeando durante todo el tiempo. Se sintió agradecida y lo miró, devolviéndole la sonrisa.

-Lo siento. Estoy... un poco nerviosa.

Cuando el camarero se alejó con el pedido, Matt pensó en la confesión de Meredith con respecto a su estado nervioso. Miró alrededor. En aquel lujoso restaurante una comida costaba lo que él ganaba en una jornada de duro trabajo en Edmunton. Casi sin pretenderlo, hizo una confesión propia.

-Solía soñar con llevarte a comer a un lugar como este.

Distraída, pues estaba pensando en cómo abordar el asunto que la había traído allí, Meredith paseó la mirada y vio el hermoso despliegue de flores en enormes vasos de plata. Vio a los camareros que se inclinaban sobre las mesas con manteles de hilo y vajillas de porcelana y cristal.

-¿Un lugar como cuál?

Matt rió.

-No has cambiado nada, Meredith. El lujo más desbordante todavía es para ti la cosa más natural del mundo.

Dispuesta a mantener el buen clima creado cuando debatían qué iba a beber ella, Meredith dijo razonablemente:

-Tú no puedes saber si he cambiado o no. Solo pasamos seis días juntos.

-Con sus correspondientes noches -señaló Matt intencionadamente para que volviera a sonrojarse. Deseaba que su firmeza se tambaleara otra vez, deseaba recuperar a la muchacha insegura, incapaz de decidir qué aperitivo tomar.

Meredith ignoró la alusión de Matt, pero no se apartó por completo del tema.

-Es difícil creer que una vez estuvimos casados.

-No tiene nada de sorprendente, puesto que nunca utilizaste mi apellido.

-Estoy segura -comentó ella, intentando que su voz tuviera un tono de serena indiferencia. de que hay docenas de mujeres con más derechos del que yo tuve nunca a utilizar tu apellido.

-Hablas como si estuvieras celosa.

Meredith estuvo a punto de perder la paciencia, pero logró evitarlo. Se inclinó hacia él y musitó:

-Si te parezco celosa, entonces es que tienes problemas de oído.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Matt.

-Había olvidado ese tono recatado de internado que tienes cuando estás enojada.

-¿Qué pasa? -replicó la joven con voz aguda-. ¿Es que quieres que discutamos?

-En realidad -le respondió Matt secamente- mis últimas palabras eran un cumplido.

-Oh -masculló ella. Sorprendida y un tanto nerviosa, miró al camarero, que en aquel momento servía las bebidas. Le pidieron la comida y Meredith decidió esperar a que Matt hubiera tomado parte de su aperitivo con la esperanza de que el alcohol lo suavizara un poco. Entonces le daría la noticia de que su divorcio en realidad no existía. Dejó que él eligiera el siguiente tema de conversación.

Matt levantó su vaso, irritado consigo mismo por haber aguijoneado a Meredith. Empezó a hablar con sincero interés.

-Según las noticias de sociedad de la prensa, te ocupas de media docena de actividades caritativas, de la orquesta sinfónica, de la ópera y del ballet. ¿Qué más haces con tu tiempo?

-Trabajo cincuenta horas semanales en Bancroft -le respondió ella, vagamente decepcionada por el hecho de que al parecer Matt no hubiera oído hablar de sus logros como ejecutiva.

Por supuesto, Matt estaba al corriente de esos logros, pero sentía curiosidad por saber hasta qué punto ella era una buena profesional. Estaba seguro de que lo descubriría con solo oírla hablar de ello. Empezó a hacerle preguntas acerca de su trabajo.

Meredith las respondía todas. Al principio con tono vacilante, pero paulatinamente con mayor confianza, porque por una parte temía abordar el asunto del divorcio y, por la otra, el trabajo era su tema favorito de conversación. Las preguntas de Matt eran tan certeras y parecía realmente interesado en lo que oía que no pasó mucho tiempo antes de que Meredith le contara con pelos y señales sus logros, sus objetivos, sus éxitos y sus fracasos. Sí, Matt sabía escuchar, y con su actitud atenta estimulaba a su interlocutor, que acababa por hacerle toda clase de confidencias. Antes de que se diera cuenta, Meredith le había explicado incluso el problema al que se enfrentaba: acusación de nepotismo en los grandes almacenes. Le resultaba tan difícil enfrentarse a dicha acusación como al chauvinismo que su padre fomentaba entre los ejecutivos de la empresa con su propia actitud.

Cuando el camarero retiró los cubiertos, Meredith había contestado todas las preguntas de Matt y había bebido casi media botella de Bordeaux, pedida por él. Pensó que si se había mostrado tan locuaz era porque en el fondo deseaba eludir el temible asunto del divorcio. Sin embargo, incluso ahora, cuando había llegado el momento de abordar la cuestión, se sentía mucho más relajada que al principio de la comida.

Se miraron mutuamente, en amigable silencio.

-Tu padre es afortunado de tenerte en Bancroft -dijo Matt con sinceridad. No le cabía la menor duda de que Meredith era una ejecutiva excelente, muy bien dotada. Al hablar, su estilo profesional se había puesto de manifiesto, así como su dedicación, su inteligencia, su entusiasmo y, sobre todo, su coraje e ingenio.

-Yo soy la afortunada -repuso Meredith, sonriendo-. Bancroft lo es todo para mí. Es lo más importante de mi vida.

Matt se reclinó en el asiento, pensando en la dimensión de Meredith. Frunció el entrecejo y contempló el vaso de vino que tenía en la mano, preguntándose por qué diablos la joven hablaba de los grandes almacenes como si se tratase de personas queridas. ¿Por qué no había en su vida algo más importante que su carrera? ¿Por qué no lo era Parker Reynolds, o cualquier otro miembro destacado de la alta sociedad? De inmediato Matt halló las respuestas. La clave era su padre. Philip Bancroft había conseguido lo que quería: dominar a su hija de forma tan brutal y efectiva que al final a ella no le importaban los hombres. Cualquiera que fuera la razón que tenía para casarse con Reynolds, era obvio que no lo hacía por amor. Basándose en lo que Meredith había dicho y en la expresión de su rostro al hablar de Bancroft, estaba comprometida y enamorada de unos grandes almacenes.

Matt la miraba y sentía piedad y ternura. Eran las mismas emociones que había sentido la noche en que la conoció, junto al avasallador deseo de poseerla, un deseo que anuló su sentido común. Entró en aquel club de campo, vio la sonrisa vivaz de Meredith, sus ojos brillantes, y perdió el sentido. En ese momento su corazón se dulcificó al recordar que lo había presentado a los socios de Glenmoor como un magnate del acero, de Indiana. ¡Qué maravillosa! Tan llena de risa y de vida, tan inocentemente ardorosa en sus brazos. Él había intentado apartarla de su padre, acariciarla, mimarla y protegerla.

De haber seguido casados, él estaría increíblemente orgulloso de su mujer. En realidad, de un modo un tanto impersonal, estaba orgulloso de lo que Meredith había llegado a ser.

¿Mimarla y protegerla? Matt comprendió la implicación de sus pensamientos y apretó los dientes, disgustado consigo mismo. Meredith no necesitaba a nadie que la protegiera. En realidad, era tan mortífera como el veneno de una viuda negra. Solo le importaba un ser humano: su padre, y para aplacado había asesinado al hijo que llevaba en las entrañas. Era una mujer consentida, sin carácter y sin corazón; una muñeca, hermosa y vacía, para sentarla a un extremo de la mesa del comedor, vestida con las prendas más caras. Solo servía para eso. Y si de pronto él lo había olvidado se debía precisamente a su aspecto, a sus ojos cautivadores, a su boca dulce y generosa, el sonido musical de su voz, la sonrisa contagiosa y también su modo de ser. ¡Dios! Siempre me he comportado como un idiota con esta mujer, pensó Matt, y su hostilidad desapareció al pensar que no tenía sentido seguir odiándola. Al margen de lo que ella había hecho, no debía olvidar que por aquel entonces era muy joven y estaba asustada. Además, todo había ocurrido hacia ya mucho tiempo. Así pues, miró a Meredith y le hizo un cumplido con tono imparcial y un tanto indiferente:

-Oyéndote, es fácil comprobar que te has convertido en una gran ejecutiva. Si hubieras seguido casada conmigo, es probable que intentara atraerte a mi empresa.

Sin saberlo, acababa de darle pie a Meredith para abordar el tema que la había traído allí. La joven no dejó pasar la oportunidad. Intentando inyectarle una gota de humor al temible momento, dijo con una risa nerviosa y ahogada.

-Entonces empieza a atraerme.

Los ojos de Matt se entrecerraron.

-¿Qué significa eso?

Incapaz de mantener por más tiempo su vacilante sonrisa, Meredith se inclinó hacia delante, cruzó los brazos sobre la mesa y lanzó un hondo suspiro.

-Tengo algo que... decirte, Matt. Trata de no perder la calma.

Él se encogió de hombros con indiferencia y elevó el vaso de vino a los labios.

-No sentimos nada el uno por el otro, Meredith. Por lo tanto, nada de lo que puedas decirme me hará perder la calma...

-Aún estamos casados -anunció la joven.

Matt frunció el entrecejo y exclamó:

-¡Nada excepto eso!

-Nuestro divorcio no es legal -prosiguió ella, dando un respingo ante la ominosa mirada de su ex marido-. El... el abogado que se encargó de nuestro divorcio era un farsante que está siendo investigado por la justicia. Ningún juez firmó nuestra sentencia de divorcio. ¡Ningún juez la ha visto nunca!

Fuera de sí, Matt dejó el vaso en la mesa, se inclinó y dijo con voz iracunda:

-¡O mientes o eres una estúpida! Hace once años me invitaste a dormir contigo sin pensar en las consecuencias. Cuando quedaste embarazada viniste a mi corriendo y me endosaste el problema. Y ahora me dices que no tuviste la inteligencia necesaria para contratar los servicios de un abogado que tramitara el divorcio y que, por lo tanto, todavía estamos casados. ¿Cómo diablos puedes dirigir una sección de los grandes almacenes y ser a la vez tan estúpida?

Cada palabra de Matt le hería el orgullo como un latigazo, pero Meredith esperaba algo así y pensó que lo tenía merecido. El impacto de la revelación dejó mudo a Matt por un momento, y ella lo aprovechó para decir con voz queda:

-Matt, comprendo cómo te sientes...

Él quería creer que Meredith lo merecía y que aquello no era más que un loco intento de sacarle dinero. Quería creerlo, pero en el fondo pensaba que le estaba diciendo la verdad.

-Si yo estuviera en tu lugar -prosiguió ella-, sentiría lo mismo que tú.

-¿Cuándo lo supiste? -la interrumpió Matt.

-La noche anterior a mi llamada para arreglar este encuentro.

-Dando por sentado que me estás contando la verdad, es decir, que todavía estamos casados, ¿qué pretendes de mí exactamente?

-Un divorcio. Amable y tranquilo, sin complicaciones. E inmediato.

-¿Sin pensión alimenticia? -se mofó él, y observó cómo un furioso rubor cubría las mejillas de Meredith-. ¿Sin derechos de propiedad ni nada parecido?

-Exacto.

-Está bien, porque con toda seguridad no ibas a obtener nada de mí.

Enojada ante aquella manera de recordarle que ahora él era mucho más rico que ella, Meredith lo miró con desdén y comentó:

-Siempre has pensado en el dinero y solo en el dinero. Ninguna otra cosa te ha importado. Pues bien, nunca quise casarme contigo ni quiero tu dinero. Preferiría morirme de hambre a que alguien supiera que hemos estado casados.

El maître eligió aquel inoportuno momento para preguntarles si les había gustado la comida y si deseaban alguna otra cosa.

-Sí --contestó Matt con acritud-. Un whisky doble con hielo para mí y otro martini para mi *mujer.* -Enfatizó la palabra, regodeándose al hacerlo.

Meredith, que no solía mostrar sus sentimientos en público, se dirigió furiosa a su viejo amigo y exclamó:

-¡Te daré mil dólares si envenenas su bebida!

Inclinándose ligeramente, John sonrió y dijo con grave cortesía:

-Seguro, señora Farrell. -Volviéndose hacia Matt, inquirió divertido-: ¿Arsénico, o acaso prefiere algo más exótico, señor Farrell?

-¡No te atrevas a llamarme por ese nombre! -le advirtió Meredith a John-. No me llamo así.

El rostro del maître se tomó grave. Volvió a inclinarse y musitó:

-Mis más sinceras excusas por haberme tomado libertades que no me corresponden, señorita Bancroft. Su bebida corre a cargo de la casa.

Meredith se sintió como una bruja por haber descargado en John su ira. Se quedó mirándolo, mientras se retiraba, orgulloso. Luego miró a Matt. Esperó un momento a que se calmaran los ánimos, después suspiró y dijo:

-Matt, es contraproducente para los dos pelear. ¿No podríamos intentar tratarnos al menos con amabilidad? Así será más fácil afrontar la situación...

Él sabía que Meredith tenía razón. Tras un momento de vacilación, sugirió:

-Supongo que podemos intentarlo. ¿Cómo crees que deberíamos afrontar este asunto?

-¡En silencio! -respondió ella, sonriéndole aliviada-. Y con rapidez. La necesidad de discreción y rapidez es mucho mayor de lo que tal vez creas.

Matt asintió. Al parecer, volvía a pensar con calma.

-Háblame de tu novio -dijo-. Según la prensa, piensas casarte en febrero.

-Bueno, eso es parte del asunto -admitió Meredith-. Parker ya sabe lo que ocurrió entre nosotros. Él descubrió que el abogado que tramitó el divorcio no era más que un farsante. Pero hay otra cosa, algo que es de vital importancia para mí y que podría perjudicarme si la noticia de que estamos casados saliera a la luz.

-¿Y qué es?

-Necesito un divorcio discreto, preferiblemente en secreto, para evitar la publicidad y las habladurías. Verás, mi padre va a tomarse unas vacaciones por razones de salud, y yo ansío la oportunidad de sustituirlo como presidenta interina. Necesito la ocasión de demostrar al directorio que puedo hacerme cargo de la presidencia cuando él se retire definitivamente. El consejo vacila, porque lo integra gente conservadora que duda por mi doble condición de joven y mujer. A estos dos factores en contra se suma el hecho de que la prensa no me ha ayudado al dar de mí la imagen de una frívola de la alta sociedad, es decir, lo que al directorio le gustaría creer que soy. Si la prensa descubre lo nuestro, convertirán la situación en un carnaval. Yo he anunciado mi compromiso con un banquero muy serio e importante, mientras que por tu parte, se supone que vas a casarte con media docena de estrellas. Pero aquí estamos. Unidos en matrimonio. La bigamia no es un factor que contribuya a convertir a nadie en presidente de Bancroft. Te aseguro que si la cosa sale a la luz, significará el fin de mis aspiraciones.

-No dudo que lo creas así -comentó Matt-, pero no estoy seguro de que te haría tanto daño como dices.

-¿No? -masculló ella con amargura. Piensa cómo has reaccionado cuando te he dicho que el abogado que tramitó el divorcio era un falso abogado. De inmediato has llegado a la conclusión de que soy una imbécil inepta, incapaz de conducir mi vida, así que no digamos la de otro o la de unos grandes almacenes. Los miembros del directorio no me ven con buenos ojos y reaccionarían igual que tú.

-¿No podría tu padre dejar claro que quiere que seas tú quien ocupe su lugar durante su ausencia?

-Sí, pero de acuerdo con los estatutos de la empresa, el consejo de administración debe votar unánimemente en las elecciones para la presidencia. Aunque mi padre los controlara, no estoy segura de que intercediera en mi favor.

Matt no respondió porque en ese momento se aproximaba un camarero con las bebidas y otro arrastrando un carrito con un teléfono inalámbrico.

-Tiene una llamada, señor Farrell -anunció. Al parecer usted dio instrucciones para que lo llamaran aquí.

Consciente de que era Tom Anderson, Matt se excusó ante Meredith y atendió la llamada. De inmediato preguntó:

-¿Qué tal con la comisión recalificadora de Southville?

-«Mal asunto, Matt -le respondió Anderson. Nos han rechazado.»

-¿Cómo es posible que hayan denegado una petición de recalificación que va a beneficiar a la comunidad? -estalló Matt, más asombrado que furioso.

-«Según mi contacto en la comisión, alguien de gran influencia instruyó a los miembros para que votaran en contra de la recalificación.»

-¿Alguna idea de quién se trata?

-«Sí. Un tipo llamado Paulson encabeza la comisión. Les dijo a varios miembros de la misma, entre ellos a mi contacto, que el senador Davies consideraría un favor personal que nuestra petición fuera rechazada.»

-Qué extraño -respondió Matt, frunciendo el entrecejo y tratando de recordar si había aportado fondos a la campaña del senador Davies o a la de su oponente. Sin embargo, antes de hallar la respuesta oyó la voz de Tom, llena de sarcasmo.

-«¿Leíste una mención de una fiesta de cumpleaños en las notas de sociedad? ¿Una fiesta en honor del buen senador Davies?»

-No. ¿Por qué?

-«La fiesta fue ofrecida por el señor Philip A. Bancroft. ¿Existe alguna conexión entre él y la Meredith sobre la que estuvimos hablando hace una semana?»

La ira estalló en el pecho de Matt. Clavó la mirada en Meredith y observó que había palidecido, lo que solo podía atribuirse a la mención de Southville. Respondió a Anderson con voz suave y gélida:

-Claro que hay una conexión. ¿Estás en la oficina? -Anderson contestó afirmativamente-. Pues quédate ahí. Estaré de vuelta a las tres. Perfilaremos la estrategia a seguir.

Lentamente, Matt colgó el auricular y miró a Meredith, que, con creciente nerviosismo, estaba alisando unas arrugas inexistentes en el mantel. En su rostro se reflejaba la culpa, y en ese momento Matt la odió con una virulencia apenas contenible. Ella le había pedido aquel encuentro con el fin de

«enterrar el hacha». ¡Qué hipócrita! Lo único que quería era aprovecharse de él para poder casarse con su precioso banquero, llegar a la presidencia de Bancroft y conseguir un divorcio rápido y discreto. Muy bien. Matt se alegraba de que quisiera todas estas cosas porque no iba a concederle ninguna. En cambio, lo que ella y su padre iban a provocar era una guerra sin cuartel, una guerra que perderían... y con ella todo lo que poseían. Le hizo señas al camarero de que llevara la cuenta. Al advertirlo, Meredith sintió que el temblor que la había sacudido ante la mención de la comisión recalificadora se convertía ahora en pánico. Todavía no habían llegado a ningún acuerdo y él ya se disponía a dar por finalizada la reunión. El camarero acudió con la cuenta, metida en una funda de piel y Matt depositó un billete de cien dólares sin ni siquiera mirar el importe. Se puso de pie.

-Vamos -dijo, y sin esperar respuesta rodeó la mesa y retiró la silla de Meredith.

-Pero aún no hemos llegado a un acuerdo -objetó ella con desesperación. Matt la asió firmemente por el codo y la obligó a avanzar hacia la calle.

-Terminaremos la discusión en el coche.

La lluvia golpeaba el dosel rojo de la puerta del restaurante. Llovía a raudales. El portero uniformado, que aguardaba junto a la acera, abrió su paraguas y cubrió las cabezas de ambos clientes mientras subían a la limusina.

Matt ordenó a Joe que llevara primero a Meredith a los grandes almacenes Bancroft. Después se volvió hacia ella.

-Bien, ¿Qué quieres que hagamos?

Su tono de voz sugería que estaba dispuesto a cooperar, y Meredith sintió una mezcla de alivio y vergüenza. Vergüenza porque sabía que la comisión había rechazado a Matt y tampoco sería admitido en el club de campo Glenmoor. Jurando que forzaría la voluntad paterna -aunque aún no sabía cómo- para que reparara ambos daños, susurró:

-Quiero un divorcio rápido y discreto, preferiblemente fuera del estado o del país. Y quiero que no se sepa que hemos estado casados.

Matt asintió como quien considera la cuestión desde una óptica favorable. Sin embargo, dijo:

-Y si me negara, ¿cómo te vengarías? Supongo -especuló con sarcasmo- que seguirías humillándome en aburridas reuniones de sociedad y que tu padre vetaría mi ingreso en todos los clubes de campo de Chicago.

¡Ya sabía lo de Glenmoor!

-Siento lo de Glenmoor. Realmente lo siento.

Él se rió de su seriedad y luego replicó:

-Me importa un bledo tu precioso club. Alguien me propuso sin mi consentimiento.

A pesar de estas palabras, ella no podía creer que el asunto le resultara indiferente. No sería humano que no se sintiera avergonzado por la negativa. El sentimiento de culpa y la vergüenza que le causaban la mezquindad de su padre la obligaron a desviar la mirada. Había disfrutado de la compañía de Matt durante el almuerzo y él parecía haberse alegrado también con la suya. Ella se alegró de poder hablar como si no existiera un pasado desagradable entre ambos. No quería ser su enemiga; lo ocurrido años atrás no era del todo culpa de Matt. Y ahora los dos tenían nuevas vidas que vivir. Meredith se sentía orgullosa de sus propios logros, y pensaba que él tenía todo el derecho del mundo a estar igualmente orgulloso de los suyos. El antebrazo de Matt reposaba en el respaldo del asiento y Meredith vio el elegante reloj de oro en su muñeca. Después miró la mano de su ex marido, y pensó que sus manos eran maravillosas y muy masculinas. Mucho tiempo atrás, habían estado llenas de callos, y ahora las tenía inmaculadas...

Meredith tuvo el absurdo y repentino impulso de tomarle la mano y decirle: «Lo siento. Lamento todo lo que hemos hecho para herirnos mutuamente. Lamento que no estuviéramos hechos el uno para el otro».

-¿Qué pasa? ¿Quieres ver si aún tengo grasa en las uñas?

-¡No! -exclamó Meredith, mirándolo fijamente a los ojos. Con serena dignidad, añadió-: Estaba deseando que las cosas hubieran terminado de un modo distinto... de un modo que nos permitiera ser amigos, ya que no otra cosa.

-¿Amigos? -repitió él con ironía-. La última vez que fui tu amigo me costó el nombre y muchas cosas más...

Te ha costado más de lo que crees, pensó Meredith, sintiéndose culpable. Te ha costado la planta industrial que querías construir en Southville, aunque de algún modo arreglaré este lío. Obligaré a mi padre a que repare el daño que te ha causado y le haré prometer que nunca más volverá a meterse contigo.

-Matt, escúchame -rogó la joven, ansiosa por arreglar la situación entre ambos-. Estoy dispuesta a olvidar el pasado y...

-Muy generoso de tu parte -se mofó él. Meredith se puso rígida, sintiéndose tentada a decirle que ella era la parte ofendida, la esposa abandonada. No obstante, ahogó el impulso y agregó tercamente:

-Dije que estaba dispuesta a olvidar el pasado y lo estoy. Si accedes a un divorcio discreto y rápido, haré lo posible para que no tengas problemas aquí en Chicago.

-¿Y cómo vas a lograrlo, princesa? -preguntó Matt, con evidente sarcasmo.

-¡No me llames princesa! No trato de mostrarme condescendiente, sino justa.

Matt se reclinó en el asiento y la miró a los ojos.

-Pido perdón por mi rudeza, Meredith. ¿Qué intentas hacer en mi favor?

Aliviada por lo que interpretó como un cambio de actitud, la joven se apresuró a contestar:

-Para empezar, me aseguraré que no te traten como a un marginado. Sé que mi padre vetó tu entrada en Glenmoor, pero intentaré hacerle cambiar de idea...

-Olvidémonos de mí -sugirió él suavemente, detestando la hipocresía que creía ver en Meredith. Sin duda le gustaba más cuando se ponía en su sitio, como había sucedido en la ópera, y lo insultaba. En cambio, ahora necesitaba algo de él, algo de suma importancia. Eso alegraba a Matt, porque no iba a ceder ni un ápice-. Tú quieres un divorcio amistoso y rápido porque deseas casarte con tu adorable banquero y conseguir la presidencia de Bancroft. ¿No es así? -Ella asintió y Matt siguió hablando-: Y la presidencia de Bancroft es muy importante para ti, ¿verdad?

-La deseo como nunca he deseado nada en mi vida -respondió Meredith, anhelante-. Vas a ayudarme... ¿no es así? -añadió, estudiando el rostro inescrutable de Matt. En ese momento el coche se detuvo frente a los grandes almacenes.

-No -repuso él con tono cortés pero tan rotundo que, por un momento, la mente de Meredith quedó en blanco.

-¿No? -repitió ella con incredulidad-. Pero el divorcio es...

-¡Olvídalo! -replicó Matt.

-¿Olvidarlo? ¡Todo lo que quiero depende de ello!

-Es una maldita lástima.

-Entonces obtendré el divorcio sin tu consentimiento -amenazó Meredith.

-Inténtalo y armaré un escándalo que no podrás olvidar durante el resto de tu vida. Para empezar, denunciaré a tu estúpido banquero por alienación del cariño.

-Alienación de... -Demasiado perpleja para mostrarse cauta, Meredith lanzó una carcajada e inquirió-: ¿Has perdido el juicio? Si haces eso harás el ridículo, parecerás un marido cornudo y apaleado.

-Y tú una mujer adúltera -repuso Matt.

La rabia se apoderó de Meredith.

-¡Maldito seas! -exclamó-. Si te atreves a avergonzar públicamente a Parker, te mataré con mis propias manos. No le llegas ni a la suela de los zapatos. -Lejos de calmarse, añadió-: Él es diez veces más hombre que tú, un hombre que no necesita ni intenta acostarse con cada mujer que le sale al paso. Tiene principios, es un caballero, pero eso tú no puedes entenderlo, porque debajo de ese traje a medida que llevas puesto no eres más que un sucio fundidor de un sucio pueblo y con un sucio padre borracho.

-Y tú -replicó Matt salvajemente- sigues siendo una zorra malvada y presumida.

Meredith intentó abofetearlo, pero él detuvo el golpe agarrándole la muñeca. Luego la atrajo hacia él hasta que ambos rostros estuvieron casi juntos. Entonces Matt lanzó una advertencia con voz fría y suave.

-Si la comisión de recalificación de terrenos de Southville no anula su decisión con respecto a Intercorp, olvídate de hablar conmigo acerca del divorcio. Y si me decido a dártelo, yo pondré las condiciones y tú y tu padre tendréis que aceptarlas sin rechistar. -Aumentó la presión de su mano, obligando a Meredith a inclinarse todavía un poco más-. ¿Lo entiendes, Meredith? No tenéis poder sobre mí. Crúzate una vez más en mi camino y desearás no haber nacido.

Meredith se liberó de sus manos.

-¡Eres un monstruo! -profirió con voz aguda. Cogió la cartera y los guantes y salió del coche. Joe sostenía la portezuela abierta y ella le lanzó una mirada altiva. Pero el terrible guardaespaldas de Matt observaba el altercado con la entusiasta intensidad de un rabioso aficionado al tenis.

Ernest acudió en auxilio de la señorita Bancroft tan pronto como la vio salir del vehículo. Venía dispuesto a defenderla de cualquier enemigo que la asediara.

-¿Has visto al hombre del coche? -le preguntó Meredith.

-Sí, señorita Bancroft -respondió el portero.

-Está bien. Si alguna vez se acerca por aquí, llama a la policía.

28

Joe O'Hara detuvo el coche frente al edificio de Intercorp. Matt saltó del vehículo antes de que

este se hubiera parado del todo.

-Dígale a Tom Anderson que suba -ordenó a la señorita Stern al pasar junto a ella camino a su oficina-. Y encuéntreme un par de aspirinas.

Pasados dos minutos, la secretaria acudió con un vaso de agua fría y las aspirinas.

-El señor Anderson está en camino -informó, y clavó la mirada en el rostro del jefe mientras este se tragaba las aspirinas-. Tiene una agenda muy apretada. Espero que no sea gripe. El señor Hursch está en cama y también dos vicepresidentes, además de medio departamento de procesamiento de datos. La gripe empieza con un dolor de cabeza.

Como la señorita Stern nunca había mostrado abierto interés por el bienestar físico de su jefe, este dio por sentado que lo que preocupaba a su secretaria era la paralización del trabajo.

-No estoy enfermo -aseguró con cierta acritud-. Nunca me pongo enfermo. -Se pasó una mano por el cuello, masajeándose distraídamente los músculos doloridos. La jaqueca, que por la mañana había sido solo una pequeña molestia, estaba empezando a molestarlo de veras.

-Si es gripe puede durar semanas, e incluso derivar en una pulmonía. Eso le ocurrió a la señora Morris, del departamento de publicidad, y a la señora Lathrup, de personal. Ambas están internadas. Tal vez debería pensar en un descanso en lugar de irse a Indiana la semana que viene. De otro modo, su agenda...

-No tengo gripe -la interrumpió Matt, tenso-. Es solo un resfriado normal y corriente.

Al percibir el tono de su voz, la señorita Stern se puso rígida, giró sobre sus talones y al ponerse en marcha tropezó con Tom Anderson, que entraba en aquel momento.

-¿Algún problema con la señorita Stern? -le preguntó Tom a Matt, mirando hacia la secretaria, que ya había salido.

-Teme tener que reorganizarme la agenda -dijo Matt, impaciente-. Hablemos sobre la comisión de Southville.

-Está bien. Dime qué quieres que haga.

-Para empezar, pide el aplazamiento de cualquier disposición.

-Y después ¿qué?

Por toda respuesta, Matt tomó el teléfono y marcó el número de Vanderwild.

-¿A cuánto se venden las acciones de Bancroft? -preguntó a Peter-. Bien, empieza a comprar. Utiliza la misma técnica que empleamos para la adquisición de Haskell. Mantén en secreto el asunto. -Colgó el auricular y miró a Tom-. Quiero saber quiénes son los miembros del directorio de Bancroft. Uno de ellos podría estar dispuesto a venderse. Averigua quién es y cuál es su precio.

En los años que habían estado juntos, durante tantas batallas financieras que entablaron y ganaron, Matt nunca había recurrido a algo tan indefendible como el soborno.

-Matt, me estás hablando de soborno...

-Te estoy hablando de luchar contra Bancroft con sus mismas armas. Él está recurriendo a sus influencias para vetarnos en Southville. Nosotros recurriremos al dinero para comprar votos en su consejo. No hay más diferencia que la moneda de cambio. Cuando termine con ese viejo bastardo vengativo tendrá que obedecerme en mi propio feudo.

-Está bien -dijo Tom tras dudar un instante-. Pero este asunto tendrá que hacerse con la máxima discreción.

-Hay algo más -añadió Matt, encaminándose a la sala de conferencias anexa a su despacho. Apretó un botón en la pared y el panel espejado que cubría el bar se abrió sigilosamente. Matt cogió una botella de whisky, se sirvió un vaso y bebió un gran sorbo-. Quiero saber todo lo que haya que saber sobre el modo de operar de Bancroft. Trabaja con Vanderwild. Dentro de dos días quiero conocer el estado de sus finanzas y todos los datos sobre sus ejecutivos. Quiero saber cuál es el flanco más vulnerable de Bancroft.

-Supongo que quieres adquirir el control de la empresa.

Matt bebió otro gran trago.

-Eso lo decidiré más tarde. Lo que ahora necesito es un número de acciones que baste para controlarla.

-¿Y Southville? Hemos invertido una fortuna en ese pedazo de tierra.

Los labios de Matt se torcieron en una sonrisa vacía.

-Llamé a Pearson y Levinson desde el coche-dijo, refiriéndose a la firma de abogados de Chicago que tenía contratada-. Les di las instrucciones oportunas. Conseguirán para nosotros la recalificación y a la vez ganaremos un buen dinero con Bancroft.

-¿Cómo?

-Está el asuntito del terreno de Houston, que tanto desean.

-¿Y qué?

-Ahora es nuestro.

Anderson asintió, avanzó hacia la puerta, se detuvo y se volvió hacia Matt. Luego dijo:

-Voy a estar en primera línea de fuego contigo en esta batalla contra Bancroft. Creo que es justo que me informes un poco de los hechos. Al menos, saber como empezó todo.

Si cualquier otro de sus ejecutivos le hubiera preguntado algo así, Matt lo habría enviado al diablo. La confianza era un lujo que ningún hombre en su posición podía permitirse. Había aprendido -al igual que otros que habían alcanzado la cumbre- que era arriesgado, incluso muy peligroso, confiar demasiado en alguien. En la mayoría de los casos los subordinados utilizaban la información para obtener favores de terceros, aunque había algunos que solo la empleaban para presumir de ser los verdaderos confidentes del hombre famoso y encumbrado.

De todas las personas que conocía, Matt solo confiaba ciegamente en cuatro de ellas: su padre, su hermana, Tom Anderson y Joe O'Hara. Tom había estado con él desde el principio, cuando empezó a progresar a fuerza de audacia, levantando un imperio con poco dinero y mucha intuición y valor. Confiaba en Anderson y en O'Hara porque le habían *demostrado* su lealtad, pero también porque, al igual que él mismo, no procedían de un estrato social privilegiado ni habían asistido a pomposas escuelas de formación.

-Hace once años -explicó Matt, segundos después- hice algo que contrarió a Bancroft.

-¡Dios mío! Debió de haber sido algo gordo desde su punto de vista, puesto que no lo ha olvidado. ¿Qué hiciste?

-Osé elevarme demasiado y entrometerme en su mundo elitista.

-¿Cómo?

Matt bebió otro trago, como para borrar la amargura de las palabras, del recuerdo.

-Me casé con su hija.

-¿Te casaste con... Meredith Bancroft? ¿Su hija?

-Así es -respondió Matt sombríamente.

Perplejo, Anderson se quedó mirándolo.

-Hay algo más que quiero que sepas. Hoy Meredith me ha contado que el divorcio de hace once años no es legal. El abogado era un farsante y nunca presentó la documentación en el juzgado. Le he dicho a Levinson que lo compruebe, pero tengo el presentimiento de que es cierto.

Saliendo de su asombro, la mente ágil de Tom Anderson empezó a funcionar.

-Y ahora te pide una forma para saldar el asunto. ¿Es así?

-No, no es así. Quiere el divorcio. Claro que su padre y ella también querrían arruinarme, pero más allá de eso no tienen otras pretensiones.

Tom reaccionó con furiosa lealtad y con una risotada amarga y sarcástica.

-Cuando hayamos acabado con ellos desearán con toda su alma no haber iniciado esta guerra -prometió, y se encaminó a la puerta.

Cuando se hubo marchado, Matt se dirigió a las ventanas y miró al exterior, donde el día era tan sombrío y triste como su alma en aquellos momentos. Anderson quizá estaba en lo cierto en cuanto a su predicción, pero el sentimiento triunfal de Matt ya estaba desapareciendo. Se sentía... vacío. Contemplando la lluvia, resonaron en su mente las palabras de Meredith: «No le llegas ni a la suela de los zapatos a Parker. Bajo ese traje a medida que llevas puesto no eres más que un fundidor sucio de un pueblo sucio y con un sucio padre borracho». Trató de olvidarlo, pero era inútil. Sus palabras le echaban en cara su propia estupidez, recordándole que, en lo concerniente a Meredith, era un necio. Porque incluso años después de haber creído que estaban divorciados, no había sido capaz de dejar de pensar en ella. Había trabajado hasta el punto de poner en peligro su salud para construir un imperio... y lo hizo movido por la idea, por la estúpida idea de volver un día a impresionar a Meredith con sus logros y con todo lo que era.

Torció la boca en un gesto amargo de burla de sí mismo. Hoy había tenido la ocasión de impresionarla. Matt Farrell constituía un gran éxito financiero, vestía un traje más caro que la camioneta que tenía cuando conoció a Meredith. La había llevado a un restaurante hermoso y caro en una limusina con chófer... y a pesar de todo seguía siendo «un sucio fundidor». Por lo general se sentía orgulloso de sus orígenes, pero las palabras de la que aún era su esposa lo habían hecho sentir como un lagarto repugnante surgido del fondo de unas aguas estancadas; un animal asqueroso que había sustuido sus escamas por piel.

Se marchó de Haskell casi a las siete de la tarde. Joe abrió la portezuela del coche y subió. Estaba terriblemente cansado y le dolía la nuca, que apoyó en el respaldo del asiento. Trató de obviar el aroma del perfume de Meredith que aún perduraba en el interior del vehículo. Pensó en el almuerzo y en cómo ella le había sonreído mientras le hablaba de los grandes almacenes. Con la arrogancia típica de los Bancroft le sonrió y le pidió un favor -un divorcio discreto y amistoso-, al mismo tiempo que lo humillaba en público mientras en privado colaboraba con su padre en el intento de arruinarlo. Matt estaba dispuesto a concederle el divorcio pero todavía no.

El coche giró bruscamente y la calle se llenó de bocinazos. Matt abrió los ojos y notó que Joe lo miraba por el espejo retrovisor.

-¿Se te ha ocurrido alguna vez conducir mirando a la calle de vez en cuando? El viaje sería menos excitante, pero más relajado.

-No. Si miro mucho la calle, me hipnotiza el tráfico. -Al cabo de un momento, Joe sacó a relucir el asunto en que no había dejado de pensar después de oír la discusión entre Matt y Meredith-. Así que es tu mujer, ¿eh, Matt? -Dirigió la vista a la calle, luego de nuevo al espejo retrovisor-. Me refiero a que te mostraste contrario a un divorcio, así que debe de ser tu mujer, ¿no?

-Lo es.

-Menudo carácter -añadió Joe con una risita ahogada, ignorando la mirada desaprobadora de Matt-. Al parecer no le gustas mucho. ¿Me equivoco?

-No te equivocas.

-¿Qué tiene contra los fundidores?

Las últimas palabras de Meredith resonaron en la mente de Matt. «No eres más que un sucio fundidor...»

-La suciedad -respondió a Joe-. No le gusta la suciedad.

Puesto que advirtió que el jefe no iba a hablar más del asunto, Joe cambió de tema.

-¿Vas a necesitarme la semana que viene cuando te vayas a Indiana? Porque si no me necesitas, tu padre y yo nos entregaremos a una orgía de dos días de jugar a las damas.

-Quédate con él. -Aunque Patrick no se había emborrachado desde hacía más de diez años, la venta de la casa en la que vivió con su mujer y sus hijos le dolía. No obstante, era él quien había decidido desprenderse de aquel recuerdo del pasado. Por eso a Matt le preocupaba dejarlo solo.

-¿Y esta noche? ¿Sales esta noche?

Matt tenía una cita con Alicia.

-Utilizaré el Rolls -dijo-. Tómate la noche libre.

-Si te hago falta...

-¡Maldita sea! Ya te he dicho que utilizaré el Rolls.

-Matt.

-¿Qué?

-Tu mujer quita el hipo -comentó Joe, sonriendo maliciosamente-. Lástima que te vuelva tan gruñón.

Matt tendió una mano y cerró el cristal de comunicación.

Parker rodeaba los hombros de Meredith con un brazo, ofreciéndole un silencioso apoyo y consuelo, mientras ella miraba fijamente el fuego de la chimenea. No podía dejar de pensar en la fracasada reunión con Matt. A principio él se había mostrado tan amable, bromeando porque ella parecía incapaz de decidir qué aperitivo tomar. Luego la había escuchado atentamente, mientras ella le contaba los detalles de su trabajo.

La llamada telefónica que Matt recibió sobre la comisión recalificadora de Southville lo había echado todo a perder. Mcredith estaba segura de ello, sobre todo ahora que había tenido tiempo para pensar. Pero, aún había cosas que no entendía y que la incomodaban, pues no parecían tener sentido. Aun antes de recibir la llamada, ella creyó haber captado en Matt un velado resentimiento o incluso desprecio. Y a pesar de lo que había hecho once años atrás, él no se había puesto a la defensiva ni una sola vez durante el almuerzo. Todo lo contrario. En realidad, se había comportado como si fuera ella quien debería sentirse culpable. Matt deseaba el divorcio, ella era la parte ofendida y, no obstante, la había insultado.

Enojada, Meredith trató de desprenderse de aquellas ideas. No podía seguir así. Era repugnante buscar razones para justificar los actos de un ser como Matt Farrell. Desde el día en que se conocieron, Meredith no había hecho más que convertirlo en un caballero de flamante armadura. Él la tenía deslumbrada con su fuerza tenaz y sus facciones duras. Incluso ahora se daba cuenta de que hacía lo mismo, y todo porque durante su conversación Matt le había hipnotizado los sentidos, al igual que once años antes.

Parker miró la hora en su reloj.

-Las siete -dijo-. Supongo que será mejor que me marche.

Suspirando, Meredith se levantó y lo acompañó a la puerta. Philip había estado toda la tarde en el hospital, sometiéndose a pruebas médicas, e insistió en pasar después por casa de Meredith para que le contara con detalle su encuentro con Matt. Lo que ella tenía que decirle lo enojaría sin duda, y aunque estaba acostumbrada a su ira, no quería que Parker estuviera presente.

-De algún modo -comentó Meredith- tengo que conseguir que cambie de actitud en lo que se refiere a Southville. De lo contrario, no tengo la menor posibilidad de que Matt me conceda el divorcio.

-Lo conseguirás -aseguró Parker, rodeándole la cintura con los brazos y dándole un beso de

aliento-. Tu padre no tiene otra opción. Lo comprenderá.

Meredith se disponía a cerrar la puerta cuando oyó que Parker saludaba a Philip en el fondo del pasillo. La joven respiró hondo y se preparó para el enfrentamiento que la esperaba.

-¿Y bien? -inquirió de inmediato Philip al entrar en el apartamento-. ¿Qué pasó con Farrell?

Meredith ignoró momentáneamente la pregunta.

-¿Qué te han dicho en el hospital? ¿Qué opina tu médico del estado de tu corazón?

-Mi corazón está en su sitio -replicó el padre con tono sarcástico, mientras se quitaba el abrigo y lo arrojaba sobre una silla. Odiaba a los médicos en general y al suyo en particular. En efecto, el doctor Shaeffer no se dejaba intimidar ni sobornar. No había aceptado un cheque en blanco para que diagnosticara que tenía un corazón de toro y buena salud.

-Qué importa eso. Quiero saber con exactitud lo que te dijo Farrell. -Avanzó hacia la mesa y se sirvió una copa de jerez.

-¡Supongo que no irás a beber! -le advirtió su hija, atónita al ver que Philip sacaba un cigarro del bolsillo interior de la chaqueta-. ¿Qué pretendes? ¿Suicidarte? ¡Guarda ese cigarro!

-Meredith -replicó él con voz gélida-, si no contestas a mi pregunta le estás causando más estrés a mi corazón que esta gota de alcohol y este cigarro. Por favor, recuerda que el padre soy yo y tú la hija.

Después de un largo día de frustración, aquella andanada injusta provocó la ira de Meredith. Su padre tenía mejor aspecto que la semana anterior, lo que significaba que los análisis médicos habrían dado un resultado alentador, sobre todo teniendo en cuenta que el paciente estaba dispuesto a afrontar los riesgos del alcohol y el tabaco.

-¡Muy bien! -replicó Meredith, feliz de que su padre se encontrara mejor, porque de pronto se sentía incapaz de intentar suavizar su encuentro con Matt. Si quería saber lo sucedido con todo detalle, no le ahorraría ninguno. Sorprendentemente, cuando hubo concluido, Philip pareció casi aliviado.

-¿Eso es todo? ¿Farell no dijo nada más? ¿Nada que pudiera sonar...? -Miró el cigarro, como intentando dar con la palabra exacta-. ¿No dijo nada extraño?

-Te he contado todo lo que nos dijimos -insistió Meredith. Ahora quisiera algunas respuestas. -Lo miró fijamente a los ojos y dijo con voz enérgica-: ¿Por qué vetaste el ingreso de Matt en Glenmoor? ¿Por qué hiciste que se le negara la recalificación del terreno de Southville? ¿Por qué, después de tantos años, quieres seguir aferrándote a esta loca venganza? ¿Por qué?

A pesar de su enojo, Philip no parecía incómodo.

-Veté su ingreso en el club para protegerte de su presencia allí. En cuanto a lo de Southville... Quiero que Farrell se largue de Chicago para no verlo en ninguna parte. Además, eso no importa ahora. Lo hecho, hecho está.

-Lo hecho tendrá que ser deshecho -le espetó Meredith lisa y llanamente.

Philip fingió no haber oido.

-No quiero que vuelvas a hablar con él. Hoy accedí a que lo hicieras solo porque me dejé convencer por Parker. Tu novio debería haberte acompañado. Francamente, empiezo a creer que Parker es un hombre débil, y no me gustan los hombres débiles.

Meredith ahogó una carcajada..

-En primer lugar, Parker no tiene nada de débil, y fue lo bastante inteligente para comprender que su presencia no habría hecho más que complicar una situación ya de por sí difícil. En segundo lugar, si te toparas con alguien tan fuerte como tú, lo odiarías.

Philip estaba recogiendo ya su abrigo, y al oír las palabras de Meredith le lanzó una mirada furiosa e inquirió:

-¿Por qué dices eso?

-Porque -musitó Meredith- el único hombre que he conocido con la misma valentía y fuerza de voluntad que tú es Matthew Farrell. Es verdad y lo sabes. Sabes que, en cierto modo, él es como tú: astuto, invulnerable y capaz de todo con tal de obtener lo que desea. Al principio lo odiaste por ser un don nadie y porque se atrevió a acostarse conmigo. Pero luego lo odiaste todavía más porque no pudiste hacerlo retroceder; ni la primera noche en el club de campo, de donde ordenaste que lo expulsaran, ni más tarde, cuando nos casamos y lo llevé a casa. -Sonrió tristemente, sin ira, y concluyó-: Desprecias a Matt porque es el único hombre tan indomable como tú.

Como indiferente a su respuesta, Philip observó:

-No te gusto, ¿verdad, Meredith?

Meredith consideró las palabras de su padre con una mezcla de cariño y cautela. Philip le había dado la vida y luego había intentado controlarla hasta los más mínimos detalles. Nadie podría acusarlo de haberla abandonado, de descuidarla, pues su sombra siempre se había cernido sobre ella desde que era niña. De esta forma, había echado a perder muchas cosas. Eso sí, siempre guiado por un cariño mal concebido, por un amor posesivo y asfixiante.

-Yo te quiero -le contestó Meredith con una sonrisa cariñosa-. Pero no me gustan muchas de las cosas que haces. Por ejemplo, que puedas herir a la gente sin sentir remordimientos. Como Matt.

-Hago lo que creo que debe hacerse -replicó Philip mientras se ponía el abrigo.

-Pues lo que debes hacer ahora -le recordó Meredith, poniéndose de pie para acompañarlo hasta la puerta- es reparar de inmediato el daño que has causado: Glenmoor y la comisión recalificadora de Southville. Cuando lo hayas hecho, me pondré en contacto con Matt y arreglaré las cosas.

-¿Y crees que ese hombre se contentará con el divorcio que le ofreces? ¿Que aceptará las condiciones que quieres imponerle? -La voz de Philip estaba impregnada de sarcástica incredulidad.

-Sí. Lo creo. Verás, tengo una ventaja en este asunto. Matthew Farrell no quiere estar casado conmigo más de lo que yo quiero estarlo con él. En estos momentos desea vengarse, pero no está tan loco como para complicar su propia vida por tomar represalias contra nosotros. Así lo espero. Ahora quiero que me des tu palabra de que lograrás que la comisión recalificadora rectifique su decisión respecto al caso de Intercorp.

Philip clavó la mirada en su hija, sintiendo que su voluntad se estrellaba contra las necesidades de ella.

-Me ocuparé del asunto.

-No es suficiente.

-No iré más lejos...

Meredith supo que haría todo lo que fuera necesario. Aliviada, lo besó en la mejilla. Cuando su padre se marchó, ella se sentó en el sofá y contempló las llamas ya moribundas de la hoguera. De pronto, se acordó que Parker le había dicho que el consejo directivo de Bancroft se reunía al día siguiente para intentar llegar a una conclusión sobre la presidencia interina de la firma. Él no pensaba votar por ser el novio de la hija del presidente.

Sin embargo, Meredith se sentía tan exhausta que la idea de la inminente reunión no la excitó especialmente. Después de todo, tampoco era seguro que de esa sesión surgiera un presidente interino.

Cogió el mando a distancia de la televisión y se acordó de la entrevista televisiva de Matthew Farrell con la periodista Barbara Walters. Habían hablado de los éxitos financieros de Matt y de la otra vertiente de su vida: sus numerosas aventuras con mujeres famosas. Se preguntó cómo habría llegado a creer una vez que ella y Matt podían ser felices juntos. Con Parker se entendía a la perfección. Procedían de la misma clase social, una clase de gente que subvencionaba hospitales y donaba su tiempo a la caridad y a las obras de bienestar social. Personas que no hablaban de sus riquezas por televisión ni mencionaban sus pequeños devaneos.

Pensó con amargura que no importaba el dinero que Matt estuviera ganando o que se acostara con cientos de mujeres. Siempre sería lo que había sido, un ser arrogante, despiadado y malvado; un tipo codicioso, sin escrúpulos y... Frunció el entrecejo, confusa. Si, Matt era todo eso y sin embargo, ese mismo día, durante el almuerzo, ella tuvo la impresión de que su ex marido tenía de los Bancroft, incluyéndola a ella, la misma pobre opinión. Al recordar que lo había llamado «sucio fundidor», no se sintió orgullosa. Había sido un golpe bajo, cuando la verdad era que ella sentía admiración por la gente que tenía la suficiente fuerza para realizar un trabajo físico duro. Si ella había atacado los orígenes de Matt y su vida anterior, se debía a que era el único punto vulnerable de aquel hombre de acero.

El teléfono la sacó de su ensimismamiento y Meredith atendió la llamada. Oyó la voz de Lisa, un tanto nerviosa.

-Mer, ¿qué ha ocurrido hoy con Farrell? Me prometiste llamar después del encuentro.

-Y lo hice, desde la oficina. Pero no contestaste.

-Estuve fuera del edificio durante unos minutos. Bueno, ¿qué pasó?

Meredith había contado ya la historia dos veces y estaba demasiado cansada para volver a hacerlo.

-No fue un éxito. ¿Puedo contarte los detalles mañana?

-Lo entiendo. ¿Cenamos juntas?

-Vale. Pero me toca a mí cocinar.

-Ah, no -bromeó Lisa-. Todavía me dura la indigestión de la última vez. ¿Por qué no compro comida china por el camino?

-Bueno, pero pago yo.

-De acuerdo. ¿Llevo algo más?

-Si quieres oír los detalles de la historia trae una caja de *kleenex* -dijo Meredith con sarcasmo.

-¿Tan mal ha ido?

-Sí.

-En ese caso, tal vez lleve una pistola -bromeó su amiga-. Podemos salir a cazarlo después de comer.

-No me tientes -le replicó Meredith, y se echó a reír ante la ocurrencia de Lisa.

29

Librodot

A la una y media de la tarde del día siguiente Meredith salió del departamento de publicidad y se dirigió a su oficina. Durante todo el día, dondequiera que fuera, la gente se volvía para mirarla, y ella no tenía la menor duda del motivo. Apretó el botón del ascensor pensando en el indignante artículo de Sally Mansfield en el *Tribune.*

> Amigos de Meredith Bancroft, que tuvieron ocasión de asombrarse hace dos semanas en el baile a beneficio de la ópera, cuando ella hizo un desaire público al soltero más cotizado de Chicago, Matt Farrell, tienen un buen motivo para volver a asombrarse. La pareja almorzó en una dc las mesas más íntimas de la parte trasera dc Landry. Nuestro más reciente soltero es, ciertamente, un hombre ocupado. Por la noche acompañó a la encantadora Alicia Avery al estreno de *La fierecilla domada* en el Little Theater.

Ya en la oficina, Meredith abrió el cajón del escritorio de un furioso tirón, maravillándose una vez más del mezquino espíritu vengativo de la periodista, amiga íntima de la ex esposa de Parker. La mención del almuerzo con Matt no era mas que una estratagema para que Parker apareciera como un estúpido en peligro inminente de convertirse en víctima de la infidelidad.

-Meredith -dijo Phyllis con voz tensa-. Acaba de llamarte la secretaria del señor Bancroft. Parece que el presidente quiere verte con urgencia en su oficina.

Las convocatorias no programadas eran una excepción en el caso de Philip, que prefería supervisar las actividades de sus ejecutivos en el marco de reuniones semanales regularmente programadas. El resto lo hacía por teléfono.

Las dos mujeres se miraron un momento, pensando lo mismo: la llamada de Philip debía de estar relacionada con el asunto de la presidencia interina.

La sospecha quedó confirmada cuando Meredith llegó a la zona de recepción del despacho de su padre y vio allí reunidos al resto de los vicepresidentes, incluido Allen Stanley, que la semana anterior estaba de vacaciones.

-Señorita Bancroft -dijo la secretaria de Philip, haciéndole señas a Meredith de que se adelantase-, el señor Bancroft quiere verla de inmediato.

El corazón de Meredith latía con fuerza. Puesto que era la primera a quien se le comunicaba la decisión del consejo, lo lógico era pensar que había sido la elegida. Como su padre y su abuelo y los demás Bancroft que les precedieron, Meredith estaba a punto de obtener lo que le pertenecía por derecho propio. En realidad, iba a ser sometida a una dura prueba para ver si tenía la capacidad adecuada para ostentar el cargo.

Próxima al llanto, Meredith llamó suavemente a la puerta del despacho de su padre y luego entró. Nadie que no fuera un Bancroft había ocupado nunca ese despacho o se había sentado tras su escritorio. ¿Cómo iba a romper Philip una tradición así?

Philip estaba de pie junto a las ventanas, con las manos entrelazadas a la espalda.

-Buenos días -saludó ella al entrar.

-Buenos días, Meredith -dijo él, volviéndose. Su tono de voz y su expresión eran inusualmente amables. Se sentó en su sillón observando cómo ella avanzaba. Aunque en un extremo del despacho había un sofá y una mesa pequeña, Philip nunca se sentaba allí ni le ofrecía a nadie que lo hiciera. Tenía la costumbre de ocupar un sillón giratorio de respaldo alto tras el escritorio, que constituía una especie de barrera. De esta forma las conversaciones resultaban siempre más formales. Meredith no sabía si su padre obraba así inconscientemente o porque deseaba intimidar a su interlocutor. En cualquier caso, el ritual ponía nervioso a todo el mundo; en ocasiones, a la misma Meredith. Cruzar gran parte del suntuoso despacho para sentarse frente a aquel rey que desde su trono contemplaba cómo se acercaba el súbdito...

-Me gusta el vestido que llevas -comentó él, posando la mirada en el vestido de cachemir beige de Meredith.

-Gracias -respondió ella, sorprendida.

-Detesto verte con esos trajes de negocios que llevas todos los días. Las mujeres deberían usar vestidos.

Sin darle la oportunidad de replicar, señaló con la cabeza una de las sillas situadas frente al escritorio y Meredith se sentó, intentando ocultar su nerviosismo.

-He convocado a los directivos porque tengo que anunciar algo. Pero antes de hacerlo, quiero hablar contigo. El directorio ha decidido el nombre del presidente interino. -Hizo una pausa y Meredith se inclinó hacia delante, tensa-. Allen Stanley es el elegido.

-¿Qué? -masculló Meredith con una mezcla de asombro, ira e incredulidad.

-He dicho que han elegido a Allen Stanley. No voy a mentirte. Lo hicieron siguiendo mi recomendación.

-Allen Stanley -repitió Meredith, poniéndose de pie y hablando con una voz que reflejaba la

sorpresa y la ira- ha estado al borde del colapso nervioso desde que murió su mujer. Además, no tiene los conocimientos ni la experiencia necesarios para dirigir esta empresa.

-Hace más de veinte años que es el interventor de la compañía -replicó Philip, pero Meredith no se dejó intimidar.

Ultrajada por haberla privado de la oportunidad que merecía y lamentando la desafortunada elección del consejo, agregó con las manos firmemente apoyadas en la mesa:

-¡Allen Stanley no es más que un contable! No hay peor alternativa y tú lo sabes muy bien. Cualquier otro vicepresidente ejecutivo habría sido una opción mejor, cualquiera de ellos... -De pronto, Meredith comprendió y quedó perpleja-. ¡Ah, claro! ¡Por eso has recomendado a Stanley! Porque no será capaz de dirigir la empresa tan bien como tú. Pones en peligro esta compañía con tal de preservar tu ego...

-¡No tolero que me hables así!

-¡Y tú no intentes ejercer aquí y ahora tu autoridad paterna! -le advirtió furiosamente Meredith-. Me has dicho mil veces que en Bancroft nuestro vínculo familiar no existe. No soy una niña y no te estoy hablando como hija. Soy vicepresidente de esta compañía y uno de sus grandes accionistas.

-Si cualquier otro vicepresidente se atreviera a hablarme de ese modo, lo despediría de inmediato.

-¡Pues despídeme! -le espetó Meredith-. No, no voy a darte el placer -prosiguió la joven-. Seré yo quien se vaya. Renuncio. Dentro de un cuarto de hora tendrás mi carta sobre la mesa.

Antes de que se dirigiera hacia la salida, Philip se hundió en su sillón.

-¡Siéntate! -ordenó a su hija-. Puesto que así lo quieres, en el momento más inoportuno, pongamos las cartas sobre la mesa.

-Será un cambio muy beneficioso -le contestó Meredith, sentándose de nuevo.

-Ahora bien -empezó su padre con amargo sarcasmo-, tú no estás enojada porque haya elegido a Stanley, sino porque no te elegí a ti.

-¡Estoy furiosa por las dos cosas!

-De todos modos, tengo muy buenos motivos para no haberte elegido, Meredith. Por una parte, no tienes la edad ni la experiencia necesarias para tomar las riendas de los grandes almacenes.

-¿De veras? -le replicó Meredith-. ¿Cómo has llegado a esa conclusión? Tú apenas eras un año mayor que yo cuando el abuelo te entregó la presidencia.

-Era diferente.

-Por supuesto que lo era -recalcó Meredith con voz temblorosa-. ¡Menudo currículo el tuyo en Bancroft cuando te pusieron al mando de la firma! Por supuesto, muy inferior al mío. En realidad, lo único que habías hecho, tu único gran mérito, era llegar a la hora al trabajo. -Vio que Philip se llevaba una mano al pecho, como si le doliera. Con ello el padre no consiguió más que aumentar la ira de su hija-. No te atrevas a fingir un infarto porque no conseguirás que deje de decir lo que tendría que haber dicho hace años. -Philip apoyó la mano en otra parte. Con el rostro muy pálido, clavó la mirada en Meredith, que prosiguió-: Eres un fanático. Y la única razón de que no me quieras aquí es que soy mujer.

-No estás muy equivocada -admitió él, y apretó los dientes para reprimir un acceso de rabia casi tan intenso como el de la propia Meredith-. Ahí fuera, en recepción, hay cinco hombres con décadas de trabajo en este lugar. No unos años, como tú, sino *décadas.*

-¿De veras? -replicó ella sarcásticamente-. ¿Cuántos han invertido cuatro millones de su propio dinero en la empresa? Además, no solo estás fantaseando, sino que también mientes. Dos de esos hombres empezaron a trabajar cuando yo lo hice y, por cierto, con sueldos más altos que el mío.

Philip apretó los puños sobre la mesa.

-Esta discusión no tiene sentido.

-Por supuesto que no lo tiene -asintió ella, dispuesta a marcharse-. Mantengo la renuncia.

-¿Sí? ¿Y qué vas a hacer? ¿Cuál será tu paso siguiente?

Meredith comprendió el sentido de las palabras de su padre. Sin duda no encontraría un empleo comparable al que tenía.

-En cualquier cadena de grandes almacenes me darán trabajo enseguida -respondió Meredith, demasiado furiosa para detenerse a pensar en la angustia que le causaría dar un paso semejante. Bancroft era su historia, su vida-. Marshall Fleid me abrirá las puertas en el momento en que yo lo pida. Y May Company, y Neimans...

-Ahora eres tú la que fantasea -la interrumpió Philip.

-¡Sígueme la pista! -le advirtió Meredith, odiando la perspectiva de trabajar para la competencia y agotada por los sentimientos encontrados que bullían en su interior. Con voz cansada preguntó-: Por una vez en tu vida, ¿podrías ser completamente honesto conmigo?

Philip esperó la pregunta hundido en un silencio pétreo.

-Nunca pensaste otorgarme la presidencia de Bancroft. ¿Me equivoco? Ni ahora ni en el futuro, por duro y eficaz que fuera mi trabajo.

Librodot

-Tienes razón -confirmó Philip.

En el fondo de su corazón Meredith siempre había sabido la verdad, pero al oírla de boca de su padre se quedó perpleja.

-Porque soy una mujer -masculló.

-Es un motivo. Esos hombres de ahí fuera no trabajarían a las órdenes de una mujer.

-¡Eso es absurdo! -exclamó Meredith, aún sorprendida-. Directa o indirectamente, docenas de hombres responden ante mí en los departamentos que dirijo. Es tu propio fanatismo egoísta lo que te hace suponer que yo no debo dirigir esta empresa.

-En parte, quizá se trate de eso -respondió su padre-. Pero tal vez se trate también de que me niego a colaborar, a ser cómplice, de tu ciega decisión de hacer que tu vida entera gire en torno a estos grandes almacenes. De hecho, haré todo lo posible para impedir que tu vida gire alrededor de una profesión, una carrera. En este o en otro negocio, o donde sea. Esas son las razones que me impulsan a cerrarte el paso a la presidencia, Meredith. Y te gusten o no, por lo menos sabes cuáles son. En cambio, tú ni siquiera sabes a qué obedece tu férrea determinación de convertirte en presidenta de Bancroft.

-¿Qué? -exclamó ella, llena de ira-. Supongamos que me dices cuáles son las razones que me impulsan a ello.

-Bien, te las diré. Hace once años te casaste con un hijo de puta, un cazafortunas que te dejó embarazada. Perdiste al niño y te enteraste de que ya no podrías tener hijos. Y de pronto -concluyó Philip con voz triunfal-, te asaltó un fervoroso amor por Bancroft & Company, junto con la ambición de convertirte en la madre de la empresa.

Meredith clavó en él la mirada. Era consciente de lo capcioso que resultaba el razonamiento de su padre, lo que le produjo un nudo de emoción en la garganta. Se dispuso a refutarlo e hizo un esfuerzo para que no le temblara la voz.

-He amado este lugar desde que era una niña. Lo amaba antes de conocer a Matthew Farrell y lo seguí amando cuando él desapareció de mi vida. De hecho, puedo decirte con exactitud en qué momento decidí trabajar aquí y convertirme un día en la presidenta. Tenia seis años cuando me trajiste un día para que te esperara mientras te reunías con el directorio. Y me dijiste -añadió con voz un tanto discordante- que podía sentarme ahí, en tu sillón, durante tu ausencia. Lo hice. Toqué tus lápices, llamé a tu secretaria por el intercomunicador, vino y se prestó a que le dictara una carta. Estaba dirigida a ti. -Al ver palidecer a su padre, Meredith comprendió que recordaba esa carta-. En mi carta decía... -Hizo una pausa para respirar hondo y reprimir un amago de llanto. No quería que su padre la viera llorar-. Decía: «querido padre, voy a estudiar y a trabajar muy duro para que algún día estés tan orgulloso de mí que me dejes trabajar aquí como has trabajado tú y el abuelo. Y si lo hago, ¿me dejarás sentarme en tu sillón otra vez?». Leíste la carta y me contestaste: «Naturalmente». -Mirándolo con orgullo, agregó-: Yo cumplí mi palabra. Tú nunca tuviste intención de cumplir la tuya. Otras niñas jugaban a las muñecas, pero no yo. -Reprimió la risa-. ¡Yo jugué a los grandes almacenes! -Levantó la barbilla y siguió hablando-: Pensaba que me querías. Sabía que hubieras preferido tener un hijo varón, pero nunca me di cuenta de que yo no te importaba porque era simplemente una chica. Durante toda la vida me has llevado a despreciar a mi madre por habernos abandonado, pero ahora me pregunto si nos abandonó o si la obligaste a *huir,* como ahora haces conmigo. Mañana por la mañana tendrás sobre la mesa mi renuncia. -Advirtió la satisfacción que a Philip le producía el aplazamiento de su dimisión y levantó aún más la barbilla-. Tengo reuniones programadas, no podré escribir hoy la carta.

-Sí no estás aquí cuando yo dé la noticia a los otros -le advirtió Philip al ver que su hija se dirigía a la puerta lateral del despacho, que conducía a la sala de conferencias-, sospecharán que saliste de aquí llorando, incapaz de soportar no haber sido elegida.

Meredith se detuvo el tiempo necesario para lanzarle una mirada cargada de desprecio.

-No te engañes, papá. Aunque me tratas como a un estorbo, nadie cree realmente que eres tan despiadado conmigo, que te inspiro tanta indiferencia como parece y mucho más. Pensarán que hace días le contaste a tu hija quién era el candidato elegido.

-Cambiarán de opinión cuando renuncies -insistió él, y por un instante su voz pareció vacilar.

-Estarán demasiado ocupados ayudando a Stanley a salir del atolladero como para pensar en nada más.

-Yo gobernaré a Allen Stanley.

Meredith, con la mano en el picaporte, se detuvo, miro a su padre y lanzó una carcajada. Luego dijo:

-Lo sé. ¿Piensas que soy tan arrogante para creer que podría dirigir Bancroft por mí misma, sin tu guía? ¿O acaso tenías miedo de que lo intentara? -Sin esperar respuesta, abrió la puerta y salió al pasillo por la sala de conferencias.

Su decepción al verse privada de la oportunidad de demostrarse y demostrar a los demás que era capaz de dirigir el negocio, se vio eclipsada por el dolor que le produjo descubrir lo poco que ella significaba para su padre. Durante años se había dicho que él la quería, que no sabía demostrar sus sentimientos. Ahora, mientras esperaba el ascensor, Meredith se sentía como si una mano invisible hubiera trastrocado su mundo, poniéndolo patas arriba. Se abrieron las puertas, entró en el ascensor, observó el tablero y descubrió que no sabía adónde iba. Vaciló antes apretar un número y pensó que tampoco sabía quién era ella realmente. Durante toda su vida había sido la hija de Philip Bancroft. Ese era su pasado. Su futuro siempre había estado aquí, en los grandes almacenes. En cambio ahora... Su pasado era una mentira y su futuro un vacío. Oyó voces masculinas que se acercaban por el pasillo y se apresuré a apretar el número del entresuelo, rezando para que se cerraran las puertas antes de que alguien la viera.

El entresuelo era en realidad una especie de balconada desde la que se divisaba la planta baja de la tienda. Cuando Meredith se apoyó en la barandilla, se dio cuenta de que inconscientemente sus pasos la habían llevado a aquel lugar, su favorito. Con las manos agarradas a la fría y rutilante barandilla, contempló el ajetreo de la planta baja. Se sintió sola, aislada en un lugar atestado de compradores en vísperas de Navidad, mientras el sistema de megafonía desgranaba la entrañable *Navidades Blancas.* Meredith oía las voces, la música, el rumor de las cajas registradoras que producían notas de venta... Pero no sintió nada. Del techo surgió el sonido de llamada: dos campanadas breves, una pausa, otra campanada. Era su código. Meredith se quedó inmóvil.

Volvieron a llamarla y siguió sin moverse, ignorando si se estaba despidiendo de Bancroft, de sus sueños, o simplemente atormentándose a sí misma.

Cuando la llamaron por tercera vez, a regañadientes se dirigió al mostrador más cercano y marcó el número de la recepcionista principal del establecimiento.

-Meredith Bancroft. ¿Me ha llamado?

-Sí, señorita Bancroft. Dice su secretaria que llame a la oficina con urgencia.

Cuando colgó, Meredith comprobó la hora en su reloj. Tenía dos reuniones programadas para la tarde, eso siempre que fuera capaz de atenderlas como si nada hubiera ocurrido. Pero aun en el supuesto de que lo hiciera, ¿qué sentido tenía? Finalmente pidió comunicación con Phyllis.

-Soy yo -dijo-. ¿Me has llamado?

-Sí, Meredith. Siento molestarte -empezó Phyllis y su tono de voz, triste y apagado, le indicó a Meredith que su padre había dado por concluida la reunión con los vicepresidentes y ya se sabía quién iba a ser su sustituto-. Se trata del señor Reynolds -prosiguió su secretaria-. Ha llamado dos veces durante la última media hora. Dice que tiene que hablar contigo y parece muy nervioso.

Meredith comprendió que Parker ya estaba enterado de la noticia.

-Si vuelve a llamar, dile por favor que espere mi llamada. -No se sentía con ánimos de soportar la compasión de su novio. Sufriría un colapso nervioso. Y si él intentaba decirle que lo sucedido sería positivo a largo plazo o algo así... Bueno, eso sería aún más insoportable.

-Está bien -contestó Phyllis-. Tienes una reunión con el director de publicidad dentro de media hora. ¿Quieres que la cancele?

Meredith volvió a vacilar. Paseó la mirada por aquella actividad frenética. Una mirada casi amorosa. No podía soportar la idea de alejarse sin más, dejando en el aire el asunto de Houston y varios proyectos que todavía reclamaban su atención. Si trabajaba durante las dos semanas siguientes, podía completar gran parte de ese trabajo y dejar el resto preparado para pasarlo a manos de su sucesor. En cambio, marcharse con todo a medio hacer, descuidando algunos de sus proyectos, no redundaría en beneficio de la firma. Hacerle daño a Bancroft era como hacérselo a sí misma. Fuera adonde fuese, hiciera lo que hiciese, ese lugar siempre sería parte de su ser.

-No canceles nada. Subiré dentro de un rato.

-Meredith -dijo Phyllis, vacilante-. Si te sirve de consuelo, casi todos pensamos que tú deberías haber sido la elegida.

Meredith ahogó una risa mordaz.

-Gracias -repuso, y colgó. Las palabras de su secretaria y amiga eran dulces y amables, pero en estos momentos no servían para levantar su maltrecho ánimo.

30

Parker miró el teléfono, que sonaba una vez más en la habitación de Meredith. Después la miró a ella, de pie junto a la ventana, pálida y silenciosa.

-Probablemente sea tu padre de nuevo.

-Deja que el contestador registre el mensaje -replicó Meredith, encogiéndose de hombros. Había abandonado la oficina a las cinco de la tarde y ya había rechazado dos llamadas de Philip y varias de

la prensa. Los reporteros querían saber cómo se sentía después de haber sido postergada.

La voz de Philip sonó furiosa cuando concluyó el mensaje grabado de Meredith.

-¡Meredith, sé que estás ahí, maldita sea! ¡Contesta! Tengo que hablar contigo.

Parker le pasó una mano por la cintura y la atrajo hacia sí.

-Sé que no quieres hablar con él -dijo solidario-, pero es la cuarta vez que llama en la última hora. ¿Por qué no le contestas de una vez y terminas con el asunto?

Parker había insistido en verla para prestarle su apoyo moral, pero ella solo quería estar a solas.

-En este momento no quiero hablar con nadie, y menos con él. Por favor, trata de comprenderme. De veras, quisiera estar... sola.

-Lo sé -dijo Parker con un suspiro, pero se quedó allí, ofreciéndole su silenciosa simpatía mientras ella observaba el paisaje oscuro por la ventana-. Ven aquí al sofá -susurró Parker, y le besó la sien-. Te prepararé una copa.

Meredith negó con la cabeza, pero se sentó en el sofá, dejándose envolver por los brazos de su novio.

-¿Seguro que estarás bien si me marcho? -le preguntó él una hora más tarde-. Mañana viajo y todavía tengo cosas que preparar, pero me duele dejarte en ese estado de abatimiento. Mañana es el día de Acción de Gracias y no querrás pasarlo con tu padre, como había planeado. ¡Ya lo tengo! -exclamó de pronto, tomando una decisión-. Cancelaré mi vuelo a Ginebra. Alguien pronunciará por mí el discurso inaugural de la convención bancaria. Diablos, ni se darán cuenta...

-¡No! -lo interrumpió Meredith, tratando de mostrarse firme. Se puso de pie. Con todo lo sucedido, había olvidado por completo que Parker tenía que viajar a Europa, donde permanecería tres semanas con sus colegas europeos, y donde pronunciaría el discurso de apertura de la Conferencia Mundial de la Banca-. No voy a saltar por la ventana -prometió, esbozando una sonrisa levemente irónica y rodeando el cuello de su novio para darle un suave beso de despedida-. Mañana comeré con la familia de Lisa. Cuando vuelvas, tendré mi futuro organizado y la vida ordenada. Terminaré de preparar nuestra boda.

-¿Qué piensas hacer con Farrell?

Meredith cerró los ojos, pensando cómo era posible luchar contra tantas adversidades a la vez. Tantas complicaciones, tantas decepciones, tantos reveses. Por culpa de las devastadoras revelaciones de ese día había olvidado por completo que aún estaba casada con aquel despreciable...

-Mi padre tendrá que cambiar radicalmente de actitud en lo relativo a la recalificación del terreno de Matt. Me lo debe -declaró con amargura-. Cuando lo haga, mi abogado se pondrá en contacto con Farrell para presentarle el terreno como una ofrenda de paz de mi parte.

-¿Crees que podrás ocuparte de los preparativos del casamiento en medio de una situación como esta? -le preguntó Parker con dulzura.

-Puedo y lo haré -aseguró Meredith, dando a su voz un tono de fingido entusiasmo-. Nos casaremos en febrero. ¡En la fecha prevista!

-Otra cosa -añadió él-. Prométeme que no buscarás otro empleo durante mi ausencia.

-¿Por qué no?

Parker respiró hondo y por fin dijo con extrema cautela:

-Siempre he comprendido tus razones para querer trabajar en Bancroft, pero puesto que ya no puedes hacerlo, quisiera que al menos reflexionaras un poco sobre la posibilidad de hacer una profesión del hecho de ser mi esposa. Tendrías mucho trabajo. Aparte de dirigir nuestra casa y nuestra vida social, están las ocupaciones cívicas, las obras de caridad...

Abrumada por una desesperación como no había sentido desde hacía muchos años, Meredith se dispuso a protestar, pero enseguida desistió.

-Buen viaje -dijo, y le dio un beso en la mejilla.

Se encaminaban a la puerta cuando alguien pulsó decididamente el portero automático, con un ritmo vivaz que a Meredith le era familiar.

-Es Lisa -anunció sintiéndose culpable por haber olvidado la cita y también frustrada porque no podría quedarse a solas como deseaba.

Apretó el botón que abría la puerta de entrada y apenas transcurrió un minuto antes de que Lisa entrara en el apartamento con una alegre sonrisa. Traía unos envases de cartón con comida china.

-Me he enterado de lo ocurrido -le dijo a Meredith al tiempo que le daba un breve y fuerte abrazo-. Supuse que habrías olvidado nuestra cena y que de todos modos no podrías comer un bocado. -Mientras hablaba, colocó los envases sobre la mesa del comedor y se despojó del abrigo-. Pero no soportaba la idea de dejarte sola en casa toda la noche, así que aquí me tienes. Te guste o no. -Hizo una pausa, miró alrededor y vio a Parker-. Lo siento, Parker, no sabía que estabas aquí. Supongo que la comida alcanzará para los tres.

-Parker ya se marchaba -intervino Meredith, confiando en que ambos desistieran de sus habituales intercambios verbales-. Mañana tiene que tomar un avión para Europa, donde asistirá a la Conferencia

Mundial de la Banca.

-¡Qué divertido! -exclamó Lisa con tono afectado-. Podrás comparar las técnicas para hipotecar a las viudas con banqueros del mundo entero.

Meredith vio la expresión contrariada de Parker, los ojos llenos de furia. No dejó de sorprenderse del efecto que causaban en él las palabras de su amiga. No obstante, por el momento sus propios problemas no le permitían pensar en otra cosa.

-Por favor -les advirtió al ver que se disponían a discutir-. Hoy no. Por favor, no esta noche. Lisa, soy incapaz de tragar un solo bocado...

-Tienes que comer para mantener tus fuerzas.

-Además -prosiguió Meredith con decisión-, preferiría estar a solas... De veras.

-Imposible. Tu padre venía hacia aquí cuando yo entré.

Como confirmando sus palabras, volvió a sonar el timbre del portero automático.

-Por mí podéis pasar la noche entera llamando -dijo Meredith, abriendo la puerta a Parker.

Ya en el umbral, Parker se volvió a ella precipitadamente.

-¡Por el amor de Dios, no puedo dejarlo ahí abajo toda la noche! Esperará que le deje pasar.

-No lo hagas -repuso Meredith, luchando por controlar sus emociones.

-¿Qué diablos quieres que le diga?

-Permíteme una sugerencia, Parker -intervino Lisa con voz dulce, asiéndole del brazo y llevándolo hasta la puerta aún abierta-. ¿Por qué no lo tratas como a cualquier otro pobre diablo con una docena de hijos que alimentar que necesita un préstamo de tu banco? Es muy sencillo. Le dices «no».

-Lisa -profirió Parker entre dientes y desprendiéndose de ella-, creo que realmente podría odiarte. -Volviéndose hacia Meredith, sugirió-: Sé razonable, ese hombre es tu padre y también tu socio.

Lisa sonrió maliciosamente e inquirió:

-Parker, ¿dónde está tu genio, tu carácter, tu valor?

-¡Ocúpate de tus malditos asuntos y no te metas en los de los demás! Si tuvieras un atisbo de clase, te habrías dado cuenta de que esto no te incumbe y te irías a esperar a la cocina.

Por una vez, el ataque de Parker surtió un efecto sorprendente en Lisa. En general, soportaba con entereza sus desaires, pero en esta ocasión se ruborizó con un vivo sentimiento de humillación.

-¡Hijo de puta! -masculló, y girando sobre sus talones se dirigió a la cocina. Al pasar junto a Meredith le murmuró-: He venido a consolarte, no a perturbarte todavía más, Mer. Esperaré ahí dentro.

En la cocina Lisa se secó las lágrimas que le llenaban los ojos y luego puso la radio.

-¡Adelante, Parker, vocifera! -exclamó, al tiempo que aumentaba el volumen de la música-. No oiré una sola palabra. -La radio transmitía *Madame Butterfly.* Una soprano lloraba desconsoladamente mientras desgranaba su aria.

En el salón sonó de nuevo el timbre y el estrépito se unió al que armaba la soprano con sus quejumbrosos gemidos. Parker respiró hondo, dudando entre destrozar la radio o estrangular a Lisa Pontini. Miró a Meredith, de pie junto a él, pero la joven estaba tan enfrascada en sus problemas que apenas percibía aquel ruido infernal. El corazón de Parker se ablandó.

-Meredith -musitó con dulzura cuando dejó de sonar el portero automático-. ¿De veras quieres que no le deje subir?

Ella lo miró, tragó saliva y asintió con la cabeza.

-Entonces lo haré.

-Gracias -susurró Meredith.

Pero ambos se volvieron, sorprendidos, al oír la voz de Philip, que entraba en el apartamento.

-¡Maldita sea! -masculló, furioso-. Es el colmo que tenga que entrar aprovechando la llegada de otro. ¿Es que hay una fiesta? -prosiguió elevando la voz para hacerse oír por encima del estrépito de la radio-. Le he dejado dos mensajes a tu secretaria esta tarde Meredith. Y otros cuatro en tu contestador

La ira de esta nueva intromisión borró el cansancio en Meredith.

-No tenemos nada que decirnos.

Philip arrojó el sombrero al sofá y sacó un cigarro del bolsillo. Meredith observó cómo lo encendía y mantuvo una actitud estoica, sin hacer comentario alguno.

-Tenemos mucho que decirnos -replicó su padre con el cigarro ya entre los dientes y mirándola fijamente-. Stanley ha rechazado la presidencia. Dijo que no se consideraba capaz de desempeñar el cargo.

Demasiado dolida por lo ocurrido, Meredith oyó con indiferencia las palabras de Philip.

-¿Y has decidido dármelo a mí? -preguntó con voz gélida.

-No. Se la ofrecí a mi... al candidato que era la segunda opción del consejo, Gordon Mitchell.

La noticia habría sido dolorosa en otras circunstancias, pero ahora Meredith se limitó a encogerse de hombros.

-¿Qué haces aquí entonces?

-Mitchell también la declinó.

Parker reaccionó con la misma sorpresa que sentía Meredith.

-Mitchell es todo ambición. Habría jurado que sería capaz de cualquier cosa por obtener el cargo.

-También yo. Sin embargo, en su opinión puede contribuir más a la buena marcha de Bancroft desde su posición actual. Por lo visto, la empresa es más importante para él que la gloria personal -añadió dirigiendo una mirada mordaz a Meredith. Era obvio que estaba acusándola de querer engrandecerse sin pensar en Bancroft-. Tú eres la tercera opción y por eso estoy aquí -concluyó con brusquedad.

-Y esperas que salte de alegría -ironizó su hija, todavía angustiada y dolida por la discusión de la mañana.

-Lo que espero -objetó Philip con el rostro rojo de ira- es que te comportes como la ejecutiva que crees ser, lo que significa aparcar momentáneamente nuestras diferencias personales y aprovechar la oportunidad que se te ofrece.

-Hay oportunidades en otras partes.

-¡No seas estúpida! Nunca tendrás una como esta para demostrarnos lo que eres capaz de hacer.

-¿Eso es lo que me ofreces? ¿Una oportunidad para probarme a mí misma?

-Sí -le espetó Philip.

-Y si lo consigo, ¿qué?

-¿Quién sabe?

-En esas condiciones no me interesa tu oferta. Encuentra a otro.

-¡Maldita sea! Nadie está más cualificado que tú y lo sabes.

Sus palabras estaban llenas de resentimiento y frustración. Sin embargo, para Meredith aquella confesión fue más dulce que cualquier alabanza. Infinitamente más dulce. La excitación que antes se había negado a sentir empezó a materializarse en el fondo de su ser, pero trató de mostrarse indiferente.

-En ese caso, acepto.

-Bien, discutiremos las condiciones mañana, durante la cena. Tenemos dos días para examinar los proyectos pendientes. Después me largaré. -Hizo ademán de coger su sombrero, dispuesto a marcharse.

-No tan rápido -dijo Meredith, recuperando la calma-. En primer lugar, aunque no sea lo más importante, está el asunto de mi aumento salarial.

-Ciento cincuenta mil dólares anuales, efectivos un mes después de que te hagas cargo de la presidencia.

-Ciento setenta y cinco mil efectivos de inmediato -replicó ella.

-Bien, pero queda entendido -accedió Philip, enojado- que tu salario volverá a ser el de ahora cuando yo vuelva a ocupar la presidencia.

-De acuerdo.

-Entonces no hay más que hablar.

-Espera. Mi intención es sumergirme en el trabajo, pero hay un par de asuntos personales que también debo resolver.

-¿Cuáles?

-Un divorcio y un matrimonio. Sin el primero no hay segundo. -Philip se quedó expectante y ella prosiguió-: En mi opinión Matt accederá al divorcio si le ofrezco algo a cambio. Me refiero a la aprobación de la recalificación de su terreno de Southville. Aparte de la garantía de que por nuestra parte no tendrá que soportar interferencia alguna en su vida personal. De hecho, estoy casi segura de que si se cumplen estos requisitos, accederá al divorcio.

Su padre clavó en ella la mirada. En su boca se dibujó una sonrisa de tristeza e inquirió:

-¿De veras lo crees así?

-Sí. Pero al parecer tú no. ¿Por qué?

-¿Por qué no lo creo? -Parecía divertirse-. Yo te lo diré. Dijiste que Farrell se parecía a mí. Bueno, si yo estuviera en su lugar, no me contentaría con tan poco. No ahora... Ya no. Si yo fuera él, haría que mi oponente lamentara el día en que intentó humillarme, y luego llegaría a un acuerdo, pero poniendo yo las condiciones. Unas condiciones que estrangularían a mi rival.

Meredith se estremeció e insistió:

-A pesar de todo, antes de aceptar la presidencia quiero que me des tu palabra de que su petición sera aprobada tan pronto como la presente.

Philip vaciló y por fin asintió.

-Me ocuparé de ello.

-¿Prometes también que no te entrometerás en su vida si él me concede un divorcio rápido y discreto?

-Concedido. -Sé inclinó para recoger el sombrero-. Buen viaje, Parker.

Cuando se marchó, Meredith miró a Parker, que sonrió al oír las palabras de su prometida:

-Mi padre es incapaz de disculparse o de admitir que está equivocado, pero al aceptar mis condiciones implícitamente reconoce su error. ¿No estás de acuerdo?

-Tal vez -contestó Parker, sin mucha convicción.

Meredith no advirtió las dudas de su novio. En un acceso de exuberante alegría, le echó los brazos al cuello.

-Podré con todo. La presidencia, el divorcio, los preparativos de la boda. Ya lo verás.

-Estoy seguro de que así será -respondió Parker, y cogiéndole las manos por detrás de la espalda, la atrajo hacia sí.

Sentada a la mesa de la cocina, con los pies sobre una silla, Lisa había llegado a la conclusión de que la ópera de Puccini no solo era aburrida, sino intolerable. Fue entonces cuando, al levantar la mirada, vio a Meredith en el umbral de la puerta.

-¿Se han marchado? -preguntó mientras apagaba la radio-. ¡Cielos, qué nochecita! -añadió cuando Meredith asintió con la cabeza.

-Pues resulta que es una noche fantástica, maravillosa, espléndida -declaró Meredith con una sonrisa deslumbrante.

-¿Alguien te ha hablado de tus alarmantes cambios de humor? -le preguntó Lisa, que no salía de su asombro. Poco antes había oído la voz alterada de Philip.

-Por favor, háblame con más respeto.

-¿Qué? -replicó Lisa, estudiando el rostro de su amiga.

-¿Qué te parece señora presidenta?

-¡Bromeas! -exclamó Lisa, fascinada.

-Solo con respecto a tu manera de dirigirte a mí. Abramos una botella de champán. Tengo ganas de celebrarlo.

-Claro que sí -dijo Lisa, abrazándola-. Y después me contarás lo ocurrido ayer entre tú y Farrell.

-Fue terrible -declaró Meredith alegremente, y sacando la botella de la nevera empezó a descorcharla.

31

Durante la semana siguiente, Meredith se enfrascó en su papel de presidenta interina. Tomó decisiones con prudencia y conocimiento de causa; se reunió con el directorio, donde escuchó todas las opiniones y expuso sus propias ideas. Al poco tiempo todos empezaron a reaccionar con confianza y entusiasmo ante la dirección de Meredith.

Después de varios días en su doble función de presidenta y vicepresidenta, Meredith aprendió a racionalizar su tarea, a sacar el mayor partido posible a su tiempo, hasta el punto de que el agotamiento físico dio paso a la euforia. Se las arregló incluso para prestar cierta atención a los preparativos de su casamiento; pidió invitaciones del departamento de material de oficina de Bancroft, y cuando la sección de novias llamó para decirle que tenían algunos nuevos modelos, fue a verlos. Uno de ellos era un glorioso traje azul de seda, con incrustaciones de perlas y un largo y profundo corte en la espalda. Era exactamente lo que Meredith había estado buscando sin haberlo encontrado.

Con el boceto del vestido en una mano y una muestra de la invitación a la boda en la otra, se hallaba sentada en el escritorio que había pertenecido a su padre y a su abuelo. Las ventas batían sus propios récords en todas las sucursales de Bancroft; no había asunto que llegara a su despacho, por complicado que fuera, que supusiera un obstáculo insalvable; y por si no bastaba, iba a casarse con el más bueno y el mejor de los hombres; el mismo al que había amado desde que era niña.

A medida que transcurrían los días, Meredith seguía sintiéndose feliz y absorta en el desafío de su trabajo. El éxito le sonreía en todo, excepto en una cosa: Matt Farrell. Antes de su viaje, Philip había dado los pasos necesarios para que la comisión de Southville aprobara la petición de Matt, pero no había modo de comunicarse con él por teléfono para darle la buena nueva.

Meredith llamaba a la oficina de Matt, pero nunca daba con él. La secretaria le decía que no estaba en su despacho y a veces ni siquiera en la ciudad. El jueves por la tarde, y puesto que Matt ni siquiera le devolvía las llamadas, Meredith lo intentó otra vez. Esta vez la secretaria de su ex marido le transmitió un mensaje:

-El señor Farrell -anunció con voz fría y cortante- me ha ordenado que le diga que si quiere algo de él se ponga en contacto con la firma de abogados Pearson y Levinson. Señorita Bancroft, el señor Farrell no atenderá sus llamadas ahora ni en el futuro, y si insiste en llamarlo, iniciará una querella judicial contra usted por hostigamiento. -Luego la mujer colgó.

Meredith se quedó mirando fijamente el teléfono, incapaz de salir de su asombro. Pensó en la posibilidad de presentarse en el despacho de Matt e insistir en verle. Pero no. En su estado de ánimo

actual era posible que sus empleados de seguridad, debidamente aleccionados, la escoltaran por la fuerza hasta la calle. Comprendiendo que era absolutamente necesario mantener la calma, repasó las alternativas a su alcance, como si se tratara de una cuestión de negocios. Sin duda sería inútil llamar a los abogados de Matt, porque ellos tratarían de intimidarla aunque solo fuera por divertirse a su costa. Además, sabía desde el principio que un día u otro tendría que contratar los servicios de un abogado para que redactara los documentos del divorcio, en cuanto Matt hubiera accedido. Era obvio que iba a necesitar al abogado antes de lo previsto; un letrado que tendría que pasar por el trámite irritante de comunicar al bufete Pearson y Levinson su oferta de paz, para que ellos a su vez se la transmitieran a Matt.

Pero Meredith no podía elegir simplemente un buen abogado, puesto que Matt estaba representado por una firma tan poderosa y de tanto prestigio como Pearson y Levinson. El de Meredith debía tener la misma influencia política y la misma habilidad que los renombrados abogados de Matt porque de lo contrario estos acabarían con ella. Eran hábiles en los trucos y las estratagemas que a los abogados tanto les gustaban. Había que tener en cuenta otra cosa. Quienquiera que fuese el elegido de Meredith debía ser persona de suma confianza, que preservase la intimidad de su clienta tan bien como sus intereses jurídicos. Alguien, en definitiva, que no hablara del caso con los amigos en la barra del bar del club de los abogados. Una tumba.

Parker había sugerido uno de sus propios amigos, pero Meredith prefería que fuera alguien que ella misma conociera y que le gustara. Como por otro lado no quería mezclar los negocios con los asuntos personales, Sam Green quedaba descartado. Distraídamente, empezó a garabatear los nombres de abogados que había conocido en reuniones sociales, pero los tachó a todos. Eran, sin excepción, profesionales de éxito y también socios de Glenmoor. Juntos jugaban al golf, probablemente también intercambiaran chismes.

Solo había una persona que reunía las condiciones que Meredith buscaba, aunque a ella le desagradaba la idea de confiarle el asunto. Stuart, se dijo, suspirando con una mezcla de renuencia y afecto. Stuart Whitmore había sido el único chico a quien ella cayera bien en la adolescencia. El único que por propia voluntad la sacó a bailar durante la fiesta de la señorita Eppingham. En la actualidad, con sus treinta y tres años, Stuart seguía siendo un hombre de escaso atractivo, de hombros estrechos y ralo pelo castaño. Pero también era un brillante abogado descendiente de una estirpe de brillantes abogados, además de un conversador fascinante y, sobre todo, era un amigo. Dos años antes había llevado a cabo su último y más decidido intento de acostarse con ella, y lo hizo a su peculiar manera. Como si estuviera soltándole a un jurado un preparado razonamiento jurídico, le recitó a Meredith todas las razones por las cuales ella debería irse a la cama con él, siendo la última, pero no la menos importante, la posibilidad del matrimonio posterior.

Sorprendida, y conmovida por el hecho de que Stuart hubiera pensado en casarse con ella, Meredith lo rechazó con gentileza, intentado hacerle comprender que su amistad era muy importante.

Al verse rechazado, Stuart le preguntó:

-¿Considerarás al menos la posibilidad de que te represente en alguna acción jurídica? Así podría decirme que la ética, no la falta de reciprocidad de sentimientos, prohíbe que tú y yo nos acostemos. -Meredith aún estaba intentando descifrar aquella frase cuando advirtió tardíamente su humor irónico. Sonrió, llena de gratitud y cariño.

-¡Lo haré! Robaré una caja de aspirinas de una farmacia mañana por la mañana y tú me sacarás de la cárcel.

Stuart le sonrió y se levantó para alejarse, pero su despedida fue cálida y agradable. Entregándole a Meredith su tarjeta profesional, le dijo:

-Acógete a la quinta enmienda hasta mi llegada.

Meredith todavía sonreía pensando en ello cuando apretó el botón del intercomunicador.

-Phyllis, haz el favor de ponerme en contacto con Stuart Whitmore, de Whitmore y Northridge.

Mientras su secretaria le anunciaba la llamada, trató de estudiar algunos papeles, pero la tensión se había adueñado de ella. Le temblaban las manos. Durante el último año no había visto a Stuart más que un par de veces. ¿Y si no aceptaba? ¿Y si no quería verse envuelto en sus problemas personales? ¿Y si no estaba en la ciudad? El zumbido breve y agudo del intercomunicador la sobresaltó.

-El señor Whitmore está en la línea uno, Meredith.

Meredith respiró hondo y cogió el teléfono.

-Stuart, te agradezco que hayas contestado enseguida.

-Estaba a punto de salir hacia el juzgado cuando oí que mi secretaria atendía tu llamada -respondió él, con tono profesional pero cortés.

-Tengo un pequeño problema jurídico -declaró Meredith-. Bueno, no es pequeño, sino bastante grande. En realidad, es enorme.

-Te escucho -dijo Stuart al notar la vacilación de su amiga.

-¿Quieres que te lo cuente ahora? ¿Por teléfono y con prisas?

-No necesariamente. Pero dame una pista... para despertar mi apetito jurídico.

Meredith captó el agudo sentido del humor de Stuart y suspiró con alivio.

-Para ser breve, necesito tu consejo acerca de mi... divorcio.

-En ese caso -replicó Stuart de inmediato y con voz grave-, mi consejo es que te cases primero con Parker. Así alcanzaremos un mejor acuerdo.

-No es una broma, Stuart -le advirtió Meredith, pero algo en él inspiraba tanta confianza que la joven sonrió y añadió-: Estoy metida en el más asombroso embrollo legal que puedas imaginar. Necesito salir enseguida de este lío.

-En general, me gusta alargar las cosas porque así se hinchan mis honorarios -comentó él con ironía-. Sin embargo -continuó-, por una amiga como tú puedo hacer una excepción y sacrificar el dinero a la piedad. ¿Estás libre para cenar esta noche?

-¡Eres un ángel!

-¿De veras? Ayer el abogado de la otra parte me llamó manipulador hijo de puta.

-¡No lo eres! -protestó Meredith con lealtad. Stuart rió y dijo:

-Te aseguro que lo soy, mi amor.

32

Lejos de comportarse como un juez severo o de escandalizarse por su conducta a la edad de dieciocho años, Stuart escuchó la historia de Meredith sin el menor signo de emoción en el rostro. Ni siquiera pareció sorprendido cuando ella le dio a conocer el nombre del padre de la criatura. Tan desconcertante era la inocua expresión del rostro del abogado, tan persistente su silencio, que cuando Meredith llegó al final de su relato le preguntó, vacilante:

-Stuart, ¿está todo bien claro?

-Perfectamente claro -respondió él, y como para demostrarlo dio su versión de parte de los hechos-. Lo último que me has dicho es que tu padre ahora se muestra dispuesto a utilizar su influencia para que a Farrell se le conceda la recalificación de su terreno. Y lo hace con el mismo absoluto desprecio por la ley que mostré antes, cuando por medio del senador bloqueó la petición de Matt.

-Creo... que es así -confirmó Meredith, a quien la velada condena de Stuart sobre su padre había puesto un poco nerviosa.

-Pearson y Levinson representan a Farrell, ¿verdad?

-Sí.

-Bueno, pues ¡allá vamos! -declaró Stuart, haciendo señas al camarero-. Por la mañana llamaré a BiIl Pearson y le diré que su cliente está presionando al mío de manera injusta, causándole una angustia innecesaria.

-Y después, ¿qué?

-Después le pediré que su cliente firme unos papeles que yo redactaré y le enviaré.

Meredith sonrió con una mezcla de esperanza e incertidumbre.

-¿Eso es todo?

-Tal vez.

Al atardecer del día siguiente Stuart por fin llamó.

-¿Has hablado con Pearson? -le preguntó Meredith, sintiendo un nudo en el estómago.

-Hace un minuto que hemos colgado.

-¿Y bien? -inquirió Meredith anhelante, creyendo advertir en él cierta vacilación-. ¿Le has hablado de la oferta de mi padre? ¿Qué le pareció?

-Me ha dicho -respondió Stuart sardónicamente- que todo este asunto entre tú y Farrell es *muy personal,* que su cliente quiere considerarlo primero desde ese punto de vista y después, cuando él esté dispuesto, dictará las condiciones bajo las cuales te concederá el divorcio.

-¡Dios mío! -murmuró Meredith, respirando hondo-. ¿Qué significa eso? No lo entiendo.

-En tal caso te lo diré con franqueza y pasando por alto la jerga jurídica. Pearson quiso decirme que me fuera a la mierda.

Las palabrotas eran impropias del lenguaje corriente de Stuart, lo que indicó a Meredith que estaba mucho más enojado de lo que parecía. El estado de ánimo de su amigo y abogado alarmó a la joven casi tanto como la incomprensible actitud del ahogado de Matt.

-No lo comprendo -dijo Meredith, inclinándose en el sillón-. Matt se mostró muy conciliador el día que almorzamos juntos... es decir, hasta que recibió la llamada relativa a la recalificación de su

terreno. Pero ahora que le ofrezco la aprobación de su solicitud ni siquiera quiere escucharme.

-Meredith -dijo Stuart con firmeza-, cuando me hablaste de tu relación con Farrell, ¿me ocultaste algún detalle?

-No, nada. ¿Por qué lo preguntas?

-Porque -le contestó Stuart- por todo lo que he leído y oído acerca de él, parece un hombre razonable e inteligente; fría y casi inhumanamente racional, según algunas personas. Pero los hombres racionales y al mismo tiempo *ocupados* no se detienen a vengarse de pequeños y mezquinos agravios. Eso es una pérdida de tiempo, y en el caso de Farrell el tiempo es oro. Sin embargo, todo ser humano tiene una capacidad de absorción de afrentas presuntas o reales; pasado ese límite, todos reaccionamos. Bueno, si a Farrell se le ha empujado más allá de sus límites, estará deseando entablar una lucha. En mi opinión, eso es lo que parece haber sucedido. Lo cual me inquieta mucho.

A Meredith la inquietó aún más.

-¿Por qué tendría que querer luchar?

-Por el placer de la revancha.

-¿Revancha? -imploró Meredith con un grito de alarma-. ¿Por qué dices una cosa así?

-Por algo que dijo Pearson. Me advirtió que cualquier intento por tu parte de llevar e1 caso al tribunal sin antes obtener la aprobación completa de su cliente traería como consecuencia ciertas sorpresas desagradables...

-¿Más sorpresas desagradables? -repitió ella, pasmada-. ¿Por qué ahora? Cuando almorzamos juntos la semana pasada intenté mostrarse amable. De veras. Incluso bromeó conmigo, a pesar de que me desprecia...

-¿Por qué? -le interrumpió Stuart con voz firme-. ¿Por qué te desprecia? ¿Qué te hace pensar así?

-No lo sé. Es una intuición. -Sin revelar más detalles, prosiguió-: Está comprensiblemente furioso por lo de Southville; y después del almuerzo, en su coche, le dije cosas que sin duda lo ofendieron. ¿Será eso lo que lo empujó «más allá de sus límites»?

-Es posible -respondió Stuart sin convicción.

-¿Qué hacemos ahora?

-Lo pensaré durante el fin de semana. Dentro de una hora salgo hacia Palm Beach para reunirme en el yate con Teddy y Liz Jonkings. Cuando volvamos, planearemos nuestra estrategia. Intenta no preocuparte demasiado.

-Lo intentaré -le prometió Meredith.

A solas en su oficina, se esforzó por dejar de pensar en Matt Farrell. Para ello, se sumergió en el trabajo. Dos horas más tarde, se presentó Sam Green. De acuerdo con lo prometido, su equipo había trabajado con rapidez para completar el proyecto que lo retenía en Chicago. Hacía tres días que había llamado a Houston con la esperanza de concertar una entrevista, pero Ivan Thorp le dijo que no valía la pena que viajara y que esperara a la semana siguiente.

Meredith le sonrió mientras el abogado se acercaba a ella.

-¿Dispuesto para el viaje a Houston?

-Thorp acaba de llamar. Ha cancelado la reunión. -Sam se hundió en la silla, frente a Meredith. Parecía furioso y acorralado-. Al parecer, los hermanos han aceptado una oferta de veinte millones. El comprador exigía que la operación se mantuviera en secreto hasta ahora, y por eso Thorp me entretuvo. El terreno es propiedad de la división de bienes inmuebles de un gran conglomerado.

Decepcionada pero dispuesta a no aceptar la derrota, Meredith ordenó:

-Ponte en contacto con los nuevos propietarios y averigua si están dispuestos a vender.

-Ya lo he hecho y efectivamente están dispuestos a vender -respondió Sam con sarcasmo.

Sorprendida, Meredith añadió:

-En ese caso no perdamos más tiempo e iniciemos las negociaciones.

-Lo intenté. Piden treinta millones y esa cifra no es negociable.

-¿Treinta millones? ¡Es ridículo! -exclamó Meredith, levantándose de su asiento-. ¡Es una locura! Ese terreno no vale más de veintisiete millones. ¡Ellos lo han comprado por veinte!

-Así se lo hice notar al director de la división, pero me dijo que era innegociable.

Meredith se acercó a los ventanales. Se sentía muy intranquila. El terreno de Houston, cerca de The Galleria, estaba ubicado en una zona perfecta para un centro comercial Bancroft. Quería edificar allí y no iba a darse por vencida.

-¿Proyectan edificar ellos mismos? -le preguntó a Sam al tiempo que volvía a su escritorio y se apoyaba en el borde, con los brazos cruzados sobre el pecho.

-No.

-Has dicho que se trata de un conglomerado. ¿Cuál?

Sam Green, como casi todo el mundo en Bancroft, sabía muy bien que el nombre de Meredith había sido asociado con el de Matt Farrell en la sección de sociedad del *Tribune.* Vaciló unos segundos antes de contestar.

-Intercorp.

Perpleja y furiosa, Meredith se irguió como impulsada por un resorte. Clavó la mirada en Sam.

-¡Bromeas! -estalló.

Sam frunció irónicamente el entrecejo.

-¿Tengo el aspecto de alguien que bromea?

Consciente de que la vacilación de Sam antes de mencionar el nombre de la empresa era una señal evidente de que estaba al corriente, Meredith profirió sin reparo alguno:

-¡Mataré a Matthew Farrell por esto!

-Consideraré esa amenaza como información privilegiada entre abogado y cliente. Así no tendré que testificar contra ti si lo matas.

Meredith se debatía en un mar de emociones. Miró a Sam, rabiosa e incrédula, y pensó que la hipótesis de Stuart sobre la sed de venganza de Matt eliminaba toda duda de que la compra de la parcela de Houston por Intercorp fuera una coincidencia. Por supuesto, a esto se refería el abogado de Matt al hablar de «sucesos desagradables».

-¿Cuál será tu primer paso?

Sus atormentados ojos azules miraron a Sam.

-¿Después de matarlo? Bueno, echaré a los tiburones a ese malnacido... -Se interrumpió e intentó mantener la calma. Se situó ante su sillón y comentó-: Tengo que pensar en esto, Sam. Lo discutiremos el lunes.

Cuando el abogado se marchó, Meredith empezó a darle vueltas al asunto, mientras se paseaba de un extremo al otro del despacho. Por fin, logró serenarse. ¿Por qué lo hace?, se preguntó. Una cosa era que Matt convirtiera en un infierno la vida personal de su ex esposa -Meredith se enfrentaría a él a través de Stuart-, y otra muy distinta que también atacara a Bancroft & Company. A ella cualquier intromisión en su firma le producía más pánico que los ataques contra su propia persona. Debía detenerle. Solo Dios sabía qué más estaría tramando, o peor aún, qué intrigas había ya puesto en marcha.

Se rascó la nuca con nerviosismo y siguió caminando por la oficina. El interrogante que hubiera querido despejar antes que nada era el móvil. Por qué Matt Farrell la perseguía de aquella forma. Y sin embargo, tenía una respuesta: Matt se estaba vengando del juego sucio de Philip. Se había mostrado muy amable durante el almuerzo de la semana anterior, hasta que recibió la maldita llamada telefónica acerca de Southville. La causa de esta batalla estaba, pues, meridianamente clara: la interferencia de Philip Bancroft en la vida y los negocios de Matt Farrell.

Sin embargo... ¡era todo tan innecesario! De algún modo tendría que conseguir que él la recibiera y la escuchase. Debía hacerle comprender que él había ganado la batalla y que Philip había dado marcha atrás. ¡Todo lo que Matt tenía que hacer era volver a plantear su petición! Corno Stuart no estaba presente para convencerla de que mantuviera la calma, Meredith tomó el único camino que le quedaba: llamar a Matt a su despacho.

Cuando le contestó la secretaria, Meredith cambió el tono de voz para que no la reconociera.

-Soy... Phyllis Tisher -mintió, suplantando a su secretaria-. ¿Está el señor Farrell?

-El señor Farrell se ha ido a su casa y no volverá hasta el lunes por la tarde.

Meredith miró su reloj y se sorprendió al ver que ya eran las cinco.

-No me di cuenta de que era tan tarde. En este momento no dispongo de su número telefónico. ¿Le importaría dármelo, por favor?

-Tengo instrucciones del señor Farrell de no dar a nadie el número de teléfono de su casa. A nadie, sin excepción.

Meredith colgó. No podía esperar hasta el lunes para intentarlo de nuevo, y llamarlo a su oficina era de todos modos una pérdida de tiempo. Aunque diera un nombre falso, la secretaria insistiría en saber de qué asunto se trataba antes de comunicárselo a su jefe. Quedaba la alternativa de presentarse en el despacho de Matt el lunes, pero en el estado de ánimo en que este se hallaba lo más probable era no solo que rehusara verla, sino que ordenara sacarla del edificio custodiada. Bien, si él no quería verla en su oficina y ella no se atrevía a esperar hasta el lunes para comprobarlo, entonces solo quedaba una opción...

-¡En su casa! -dijo Meredith. Allí no habría una secretaria con instrucciones de impedirle el paso. Con la remota esperanza de que el número de Matt figurara en la guía, la joven llamó a información.

La operadora sentía comunicarle que el número de Matt Farrell no estaba a disposición de nadie.

Decepcionada, pero no derrotada, Meredith colgó. No estaba dispuesta a renunciar a su propósito. Cuando tenía un plan viable y veía la ocasión de ponerlo en práctica, se armaba de una fría resolución, en total contraste con su frágil apariencia y dulzura de voz. Cerró los ojos y se concentró en buscar a algún conocido que tuviera el teléfono de Matt Farrell. Matt había acompañado a Alicia Avery a la ópera y Stanton Avery había avalado su ingreso en Glenmoor. Sonriendo, Meredith buscó el número de Stanton en su propia agenda.

El mayordomo de los Avery le informó de que padre e hija habían ido a pasar unos días a su residencia de Saint Croix. En realidad, no esperaban que volvieran hasta dentro de una semana. Meredith estuvo tentada de preguntar al mayordomo el número de teléfono de Saint Croix, pero lo pensó mejor. De hecho, comprendió que Stanton no le daría fácilmente el número de Matt, sino más bien lo contrario. Ella era la mujer que había insultado en público a su amigo y cuyo padre le vetó el ingreso a Glenmoor. Decidió llamar a Glenmoor para hablar con el director. Este podría darle el número de Matt con solo mirar su solicitud de ingreso.

Pero Timmy Martin también se había marchado a casa. Y la oficina estaba cerrada.

Mordiéndose un labio, aceptó el hecho de que su única opción era acudir personalmente al apartamento de Matt. La perspectiva era escalofriante, sobre todo teniendo en cuenta que él estaba furioso. Apoyando la cabeza en el respaldo, cerró los ojos, mientras en su interior el arrepentimiento se mezclaba con el temor y la ira. Si su padre no se hubiera entrometido en el asunto de la recalificación del terreno de Southville, si no hubiera humillado a Matt vetando su aceptación como socio de Glenmoor... Si ella no se hubiera dejado llevar por la cólera en el coche... entonces el almuerzo habría concluido con la misma placidez con que empezó, y nada de todo aquello habría ocurrido.

No obstante, el arrepentimiento no iba a solucionar el problema en que estaba metida. Meredith abrió los ojos y se mentalizó para lo que tenía que hacer. No sabía el número de teléfono de Matt, pero sí dónde vivía, como cualquiera que leyera el *Chicago Tribune.* En el suplemento del mes anterior habían aparecido cuatro páginas a todo color del interior del lujoso ático comprado y amueblado por el más reciente y rico empresario de Chicago. Estaba situado en las torres Berkeley, en Lake Shore Drive.

33

En Lake Shore Drive el tráfico avanzaba lentamente. Nerviosa, Meredith deseó que el estado del tiempo, cada vez peor, no fuera un mal presagio. Al salir con su coche del aparcamiento empezaba a caer aguanieve mezclada con lluvia y las rachas de viento golpeaban el vehículo, aullando como un augurio de catástrofe inminente.

En el cálido interior del coche, Meredith trató de concentrarse en lo que le diría a Matt al verle; debía ser un comentario diplomático que apaciguara su ira y permitiera una conversación posterior. Tenía que parar el primer golpe de su formidable adversario, que sin duda consistiría en volverle la espalda y negarse a hablar con ella. Últimamente su sentido del humor estaba en baja forma, y sin embargo hizo acto de presencia. Meredith se vio llamando a la puerta de Matt y ondeando un pañuelo blanco ante sus ojos, pidiendo una tregua.

Era una imagen tan ridícula que la joven sonrió, hasta que de pronto pensó en algo que inexplicablemente no se le había ocurrido antes. La sonrisa se desvaneció de su rostro, ahora surcado por la preocupación. En efecto, para llegar a la puerta de Matt tendría que pasar ante el mostrador de seguridad y someterse al interrogatorio del guardia. Todos los edificios residenciales de lujo protegían de este modo a sus habitantes. Si su nombre no se hallaba en la lista de los visitantes esperados, no la dejarían llegar al ascensor.

Aferró el volante con fuerza, pensando frenéticamente; empezaba a sentirse abrumada por el pánico y la frustración, y se obligó a respirar hondo varias veces con la intención de calmarse. El tráfico se hizo más fluido y aceleró. Tenía que haber un modo, un método para sortear el obstáculo de entrada a las torres Berkeley, aunque si allí tenían un sistema de seguridad semejante al de otros edificios de esa categoría la cosa no resultaría nada fácil. Tal vez el portero le permitiría cruzar la puerta de entrada, donde un guardia de seguridad le preguntaría el nombre. Después comprobaría en su lista si figuraba entre los esperados aquel día por el dueño de la casa, a quien debía anunciar la visita. De no encontrar el nombre en la lista, el guardia le ofrecería el teléfono para llamar a Matt. Ese era el problema, porque estaba convencida de que él no la dejaría subir. ¿Qué podía hacer? No se le ocurría otra solución que engañar de algún modo a los guardias y plantarse ante la puerta de Matt sin que él lo supiera de antemano.

Veinte minutos más tarde, cuando detuvo el coche frente al edificio, aún no estaba segura de lo que iba a hacer, aunque había improvisado el principio de un plan.

Un portero salió a recibirla con un paraguas para protegerla de la lluvia, Meredith le dio las llaves del coche y después sacó de su maletín un gran sobre de papel que contenía correspondencia para su padre.

Desde el momento en que pisó el lujoso vestíbulo y se dirigió a la mesa de recepción, todo salió exactamente como había previsto y temido. El guardia de seguridad, uniformado, le pidió el nombre, repasó su lista y, al no encontrarlo, le señaló a Meredith el teléfono que había sobre la mesa.

-No parece que su nombre esté en la lista de esta noche, señorita Bancroft. Si quiere utilizar el teléfono, puede llamar al señor Farrell. Necesito su permiso para dejarla subir. Lamento la molestia.

Meredith observó que el guardia era un joven de poco más de veinte años de edad. Pensó que caería en la teatral trampa que había ideado con más facilidad que otro hombre mayor y más experimentado. Sonrió maliciosamente y dijo:

-No tiene por qué pedir disculpas. -Miró el nombre del muchacho, inscrito en una etiqueta cosida sobre el bolsillo del uniforme-. Lo comprendo perfectamente, Craig. Tengo el número en mi agenda.

Consciente de que el muchacho la miraba con mal disimulada admiración, Meredith revolvió su cartera de Hermès como si buscara la dichosa agenda. Al cabo de un momento, y tras volver a sonreír, se palpó los bolsillos del abrigo y finalmente se quedó mirando el sobre.

-¡0h, no! -exclamó, desolada-. ¡Mi agenda! No la llevo encima. Craig, el señor Farrell espera con urgencia estos documentos. -Le mostró el sobre-. Tiene que dejarme subir.

-Lo sé -murmuró Craig, contemplando su rostro hermoso y abatido. Pero se contuvo a tiempo-. Sin embargo, no puedo permitírselo. Va contra las normas.

-De veras tengo que subir -le imploró Meredith, y luego, impulsada por la desesperación, hizo algo insólito en ella, que siempre había preservado su intimidad y despreciaba a quienes presumían de ser famosos. Pero en esta ocasión miró al joven directamente a los ojos y le dijo, sonriendo una vez más-: ¿No lo he visto en alguna parte? Sí, claro que sí. ¡En el centro comercial!

-¿Qué... centro comercial?

-Bancroft & Company. Soy Meredith Bancroft -anunció, avergonzada del velado entusiasmo que confirió a su voz. Pedante; repulsivamente pedante, pensó.

Craig chasqueó los dedos y exclamó:

-¡Lo sabía! Sabía que la conocía de alguna parte. La he visto en los noticiarios de televisión y en los diarios. Soy un gran admirador suyo, señorita Bancroft.

Meredith sonrió ante la ingenua y exagerada reacción del muchacho, que lo impulsó a comportarse como si ella fuera una estrella de cine.

-Bueno, ahora que está seguro de que no soy una criminal, ¿haría usted una excepción conmigo?

-No. -Cuando la joven se disponía a discutir su decisión, Craig le explicó-: De todos modos no le serviría de nada. En la planta del apartamento las puertas del ascensor solo se abren si se dispone de una llave o a menos que uno haya llamado para anunciar su llegada.

-Ya veo -musitó Meredith, desalentada, y las siguientes palabras del muchacho casi la alarmaron aún más.

-Le diré qué voy a hacer -declaró Craig, cogiendo el teléfono y pulsando una serie de botones-. El señor Farrell nos ordenó que no lo llamáramos si se presentaba alguien de improviso, pero yo le avisaré de que usted está aquí.

-¡No! -exclamó ella, imaginando lo que con toda probabilidad le diría Matt al chico-. Quiero decir que las reglas son las reglas, y quizá no debería usted romperlas.

-Por usted sí -le respondió el muchacho con una sonrisa. Luego empezó a hablar por teléfono-. Soy el guardia de seguridad del vestíbulo, señor Farrell. La señorita Meredith Bancroft está aquí y desea verle. Sí, señor, la señorita Bancroft... No, no Banker, señor, Bancroft. De los grandes almacenes.

Incapaz de mirar al muchacho cuando Matt le diera órdenes de que la expulsara, Meredith cerró la cartera y se dispuso a batirse en ignominiosa retirada.

-Sí, señor -asentía Craig-. Sí, señor, lo haré. -Se volvió hacia Meredith-. Señorita Bancroft, dice el señor Farrell...

Meredith tragó saliva.

-Imagino lo que le ha dicho.

Craig sacaba ya de un bolsillo las llaves del ascensor.

-Dice el señor Farrell que puede subir.

Le abrió la puerta del apartamento un hombre al que ya conocía. Era el chófer y guardaespaldas de Matt. Joe vestía unos arrugados pantalones negros y una camisa blanca arremangada hasta el codo, dejando al descubierto sus poderosos antebrazos.

-Por aquí, señora -invitó con un acento del Bronx que parecía sacado de una película de gángsteres de los años treinta. Temblando a causa de la tensión, pero también por su firme determinación, Meredith siguió al hombre más allá del vestíbulo, a través de elegantes pilares blancos y luego bajó un par de peldaños hasta el centro de un enorme salón con el suelo de mármol. Se detuvieron ante un conjunto de sofás situados en torno a una gran mesa de cristal.

La mirada de Meredith se posó en un tablero de damas que había encima de la mesa, luego reparó en la figura de un hombre de cabello blanco sentado en uno de los sofás y finalmente volvió a observar a Joe, que al parecer era el otro jugador. Esta hipótesis se confirmó cuando el fornido guardaespaldas rodeó la mesa y fue a sentarse en el sofá que quedaba frente al hombre de pelo canoso.

Joe estiró perezosamente los brazos, se reclinó en el respaldo y se quedó mirando a Meredith con expresión divertida y fascinada. Confusa e intranquila, Meredith advirtió que el hombre de mayor edad la miraba fijamente, con frialdad.

-He venido a ver... al señor Farrell -masculló Meredith.

-Pues abre los ojos, muchacha -replicó el hombre al tiempo que se ponía de pie-. Aquí me tienes.

Meredith lo miró, confundida. Frente a sí tenía a un hombre delgado, al parecer en buen estado físico, de ondulado pelo blanco, bigote bien recortado y penetrantes ojos azules.

-Debe de haber un error, porque he venido a ver al señor Farrell...

-Está claro que tienes un problema con los nombres, muchacha -le interrumpió el padre de Matt con desprecio-. Mi nombre es Farrell y el tuyo no es Bancroft, sino que todavía es Farrell.

De pronto Meredith lo reconoció. La sorpresa, junto con el temor ante la hostilidad de su suegro, hicieron que su corazón latiera con fuerza.

-No lo había reconocido, señor Farrell -dijo por fin, tartamudeando- He venido a ver a Matt.

-¿Por qué? -quiso saber Patrick-. ¿Qué diablos quieres de él?

-Quiero... ver a Matt -insistió Meredith, casi incapaz de creer que aquel hombre alto y robusto fuese la misma ruina humana que había conocido años atrás en casa de Matt.

-No está aquí.

Meredith había sufrido más que suficiente ese día y no estaba dispuesta a dejarse apabullar por nadie más.

-En ese caso -replicó- esperaré a que vuelva.

-Será una larga espera -comentó Patrick con sarcasmo-. Está en la casa de Edmunton.

Meredith pensó que estaba mintiendo.

-Su secretaria me dijo que estaba en casa.

-¡Aquella es su casa! -replicó Patrick, acercándose a la joven-. La recuerdas, ¿no es verdad, muchacha? Paseaste por allí con tu aire despectivo.

Meredith se sintió intimidada al comprobar la furia que hervía bajo aquellas facciones rígidas. Retrocedió al ver que el padre de Matt daba otro paso adelante.

-He cambiado de opinión. Hablaré con él otro día.

Giró sobre sus talones para salir, pero Patrick le aferró un brazo y Meredith no tuvo más remedio que enfrentarse con él. Aquel rostro agresivo, a solo unos centímetros del suyo, le infundió temor.

-Aléjate de Matt, te lo advierto. Casi lo mataste ya una vez, no volverás a mezclarte en su vida y destrozarlo de nuevo. ¿Me oyes?

Meredith trató inútilmente de soltarse, y sintió que de pronto la ira se apoderaba de ella.

-¡No quiero a su hijo! -le espetó con desprecio-. Quiero un divorcio, eso es todo. Pero él no colabora.

-En primer lugar, no sé por qué querría casarse contigo, y tampoco sé por qué diablos tiene que desear seguir casado contigo -repuso Patrick Farrell y soltó a la joven-. Asesinaste a su bebé porque no querías llevar a un plebeyo Farrell en tu vientre.

El dolor y la rabia sacudieron a Meredith.

-¿Cómo se atreve a decir eso? ¡Tuve un aborto espontáneo!

-¡De eso nada! -gritó Patrick-. Abortaste de seis meses porque quisiste y luego le enviaste un telegrama a Matt, ¡Un maldito telegrama cuando ya habías consumado el crimen!

Meredith apretó los dientes, tratando de contener el dolor tantos años ahogado. Pero no lo logró, y estalló frente al padre del hombre causante de tanto sufrimiento.

-Claro que le envié un telegrama. Un telegrama en que le decía que había sufrido un aborto y su adorable Matt ni siquiera se molestó en contestarme. -Horrorizada, se dio cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas.

-Te lo advierto, muchacha. ¡A mí no me vengas con mentiras! -La voz de Patrick sonaba terrible-. Sé que Matt fue a verte y sé lo que decía el telegrama porque lo vi, igual que vi a mi hijo.

Meredith no reparó en las palabras de Patrick acerca del telegrama.

-Matt... ¿vino a verme? -Un sentimiento de extrañeza y dulzura floreció en su corazón, pero de inmediato desapareció-. Eso es mentira -repuso-. No sé por qué volvió, pero no fue para verme, porque no lo hizo.

-¡No, no te vio! -prorrumpió Patrick con sarcasmo-. Y sabes muy bien por qué. Estabas en el ala Bancroft del hospital y ordenaste que no le dejaran pasar. -Como si toda su cólera se hubiera disipado, hundió los hombros y miró a Meredith con desesperación y rabia-. Juro por Dios que no sé cómo pudiste hacer una cosa así. Cuando asesinaste a su bebé, Matt se volvió loco de dolor, pero cuando no permitiste que te viera casi le costó la vida. Volvió a la casa familiar y se quedó allí. Dijo que no quería regresar a Venezuela. Durante semanas contempló impotente cómo se hundía en el alcohol, cómo hacía lo mismo que hice yo durante años. Pero al final conseguí rescatarlo y lo envié de nuevo a Venezuela para que te olvidara.

Librodot

Meredith apenas oyó las últimas palabras. En su mente sonaban señales de alarma. El ala Bancroft del hospital llevaba el nombre de su padre porque este había donado el dinero para construirla. La enfermera que la asistió había sido empleada por su padre; el médico era un viejo amigo de Philip... En el hospital no había visto o hablado con persona alguna que no respondiera ante su padre, que despreciaba a Matt. Por eso Philip pudo... Una penetrante felicidad invadió su ser, rompiendo la fría corteza que había rodeado su corazón durante once años. Temerosa de creer al padre de Matt y también de no creerle, miró el rostro del anciano con los ojos llenos de lágrimas.

-Señor Farrell -murmuró con voz temblorosa-. ¿Es realmente cierto que Matt vino a verme?

-¡Sabes muy bien que sí! -respondió Patrick, y al ver el rostro dolorido de la joven no advirtió en él maldad, sino confusión. De pronto tuvo el presentimiento de que estaba equivocado y de que ella no sabía nada de aquel turbio asunto.

-¿Y usted vio... el telegrama que se supone que yo envié? ¿Qué decía?

-Decía... -Patrick vaciló, estudiando la mirada de Meredith, dividido entre la duda y la culpa-. Decía que habías abortado y que querías el divorcio.

Meredith palideció y la habitación empezó a dar vueltas en su cabeza. Tuvo que apoyarse en el sofá con mano firme para no caer al suelo. En su mente se desató un terrible sentimiento de ira contra su padre y su cuerpo tembló, traumatizado por las revelaciones que acababa de oír. Sintió un intenso pesar al recordar aquellos meses angustiosos y solitarios que siguieron a la pérdida de su hijo; pesar por el dolor reprimido durante años ante la presunta deserción de Matt. Pero sobre todo sentía tristeza. Una tristeza profunda y dolorosa, por su pequeña y por las víctimas de las manipulaciones de su padre. La pesadumbre y la tristeza desgarraban su corazón, obligándola a llorar desconsoladamente.

-Yo no aborté, ni envié ese telegrama... -Se le quebró la voz mientras miraba a Patrick a través de una nube de lágrimas-. ¡Juro que no lo hice!

-Entonces, ¿quién envió el telegrama?

-Mi padre -respondió ella en un sollozo. Inclinó la cabeza y sus hombros se sacudieron por el llanto-. Tuvo que ser mi padre.

Patrick clavó la mirada en aquella joven desconsolada a quien su hijo había amado con locura. El tormento, la tristeza y la ira se reflejaban en los rasgos de la pobre Meredith: Patrick vaciló, destrozado por lo que veía, y al cabo de unos segundos profirió una maldición y atrajo hacia sí a su hija política.

-Puede que sea un estúpido creyéndote, pero te creo -murmuró furioso.

En lugar de rechazar su abrazo, como Patrick supuso que haría, Meredith le rodeó el cuello con los brazos y se aferró a él, mientras los sollozos sacudían su cuerpo.

-Lo siento -sollozó-. Lo siento tanto...

-Eh, eh -susurró Patrick una y otra vez, estrechando el abrazo y palmeándole con cariño la espalda. A través de sus ojos húmedos, Patrick vio que Joe O'Hara se ponía de pie y se dirigía a la cocina. Estrechó con más firmeza a Meredith-. Llora, llora, pequeña -le murmuró, esforzándose por contener la ira que sentía hacia el padre de la muchacha-. Llora hasta desahogarte por completo. -Sin dejar de abrazarla, Patrick miró al vacío, intentando pensar con claridad. Cuando por fin Meredith se calmó, Patrick sabía lo que quería hacer, aunque no estaba seguro de cómo hacerlo-. ¿Te sientes mejor ahora? -le preguntó, alzándole la barbilla. Ella hizo un gesto de asentimiento y aceptó el pañuelo que le ofrecía su suegro-. Bien -dijo Patrick-. Sécate los ojos y te prepararé algo de beber. Después hablaremos de lo que vamos a hacer.

-Yo sé exactamente qué primer paso voy a dar -aseguró Meredith al tiempo que se secaba la nariz y los ojos-. Voy a asesinar a mi padre.

-No si yo llego antes -objetó Patrick con voz ronca. La llevó hasta el sofá, la hizo sentarse y fue a la cocina, de donde volvió minutos después con una humeante taza de chocolate.

A Meredith este gesto le pareció adorable. Se lo agradeció con una cálida sonrisa. El padre de Matt se sentó a su lado y esperó a que terminara de beberlo.

-Bien -dijo entonces-. Hablemos de lo que vas a contarle a Matt.

-Voy a contarle la verdad.

Patrick asintió enfáticamente, tratando de ocultar sin éxito su satisfacción.

-Es lo que deberías hacer. Después de todo, todavía eres su esposa y él tiene derecho a saber lo ocurrido. Y siendo como es tu marido, tiene la obligación de escucharte y creerte. Los dos tenéis también otra obligación: perdonar y olvidar, consolaros mutuamente... honrar las promesas matrimoniales.

Meredith comprendió a qué se refería y, alarmada, dejó en el aire la taza que se disponía a colocar sobre la mesa. Patrick Farrell era hijo de emigrantes irlandeses y, sin duda, fiel a la tradición de su pueblo, tenía profundas convicciones respecto a temas como la fidelidad y el amor eternos entre dos seres humanos. Ahora que sabía la verdad de lo ocurrido a su nieto, confiaba en que los padres se reconciliaran.

Librodot

-Señor Farrell, yo...

-Llámame papá. -Al verla vacilar, el afecto desapareció de su mirada-. No importa. No tendría que haber esperado que alguien como tu quisiera...

-¡No es eso! -lo interrumpió Meredith, ruborizándose de vergüenza al recordar el desprecio que él le había inspirado-. Sencillamente creo que no debería abrigar demasiadas esperanzas con respecto a Matt y a mí. -Debía hacerle comprender que era demasiado tarde para salvar el matrimonio, pero después del dolor que le había infligido no podía resistir la idea de herirlo aún más confesándole que no amaba a su hijo. Meredith solo quería una oportunidad para explicarle a Matt lo de su aborto y pedirle al mismo tiempo comprensión y perdón, sentimientos que serían recíprocos. Lo deseaba desesperadamente-. Señor Farrell... papá -se corrigió cuando vio que él fruncía el entrecejo-, entiendo lo que usted quiere conseguir, pero no será posible. Verá, Matt y yo apenas estuvimos juntos unos días, y eso no es tiempo suficiente para...

-¿Para saber si se ama a alguien? -concluyó Patrick al ver que ella era incapaz de terminar la frase. Arqueó las espesas cejas blancas en un gesto burlón-. Cuando vi por primera vez a mi esposa supe que ella era la mujer de mi vida.

-Pero yo no soy tan impulsiva -repuso Meredith, y sintió como si el suelo se hundiera a sus pies a causa de la expresión divertida que vio en los ojos de Patrick Farrell.

-Tengo la impresión de que lo fuiste hace once años -le recordó significativamente-. Matt estuvo en Chicago contigo una sola noche y quedaste embarazada. Y me dijo que no habías tenido relaciones íntimas con nadie más, que eras virgen. Creo que decidiste rápidamente que él era el hombre de tu vida.

-Por favor, no siga -susurró Meredith con voz temblorosa, levantando una mano como para defenderse de las palabras de Patrick-. Usted no entiende cómo me siento... como me he sentido todo este tiempo a causa de Matt. Últimamente entre él y yo han ocurrido algunas cosas. Es todo tan complicado...

-No hay nada de complicado. Es muy simple -corrigió Patrick-. Amaste a mi hijo y él te amó a ti. Concebisteis un hijo. Estáis casados. Solo necesitáis pasar un tiempo juntos para volver a encontrar los sentimientos que os unieron. Y lo haréis. Es así de simple.

Meredith estuvo a punto de reír ante tanta simplificación de los hechos. Al darse cuenta de que sus palabras habían surtido ese efecto en ella, Patrick añadió:

-Será mejor que decidas pronto lo que quieres hacer porque hay quien lo quiere mucho y el matrimonio no está descartado.

Meredith dio por sentado que Patrick se refería a la muchacha de la fotografía que había visto en el despacho de Matt. El corazón le dio un extraño vuelco. Al levantarse, dispuesta a salir, preguntó:

-¿La chica de Indiana?

Patrick asintió con la cabeza. Meredith recogió la cartera y logró esbozar una sonrisa.

-Matt ha rechazado mis llamadas. Necesito hablar con él lo antes posible -dijo con voz implorante, apelando a la intercesión de Patrick.

-Está en el lugar perfecto para hablarle -aseguré Patrick, sonriendo y poniéndose de pie-. Durante el viaje tendrás mucho tiempo para pensar en la mejor manera de contárselo todo. Te escuchará. Llegarás dentro de un par de horas.

-¿Qué? -inquirió Meredith-. No, de veras. De ningún modo. Vernos allí a solas no es una buena idea.

-¿Acaso necesitas alguien que cuide de ti? -preguntó Patrick, incrédulo.

-No -le contestó Meredith-. Creo que necesitaremos un mediador. Yo tenía la esperanza de que usted se prestara y de que los tres mantuviéramos aquí una reunión cuando Matt vuelva.

Patrick le colocó las manos sobre los hombros y le pidió:

-Meredith, ve a Edmunton. Allí puedes contarle todo lo que quieras. Nunca tendrás una oportunidad mejor que esta. -Al verla dudar, insistió-: Nunca tendrás una ocasión mejor. La casa está vendida. Matt ha ido a buscar nuestros objetos personales. El teléfono está desconectado, así que nadie os interrumpirá. Además, él ni siquiera puede tomar el coche y largarse, porque se le averió en el camino y está en el taller mecánico. Joe no irá a buscarlo hasta el lunes por la mañana. -Advirtió que Meredíth empezaba a flaquear y, feliz, agregó-: Once años de dolor y odio que podrían concluir esta misma noche. ¡Esta noche! ¿No es eso lo que quieres? Sé cómo debes de haberte sentido al creer que a Matt no le importabais ni tú ni el niño. ¡Pero piensa en lo que ha sentido él durante todos estos años! A las nueve de esta noche toda esa historia de angustia puede haber quedado atrás. Podríais ser amigos, como lo fuisteis antes. -Meredith parecía estar a punto de ceder, pero aún se resistía y Patrick supuso el motivo. Cuando terminéis de hablar, puedes irte al motel de Edmunton y pasar allí la noche.

Sonrió a Meredith con tal ternura que la joven se sintió emocionada.

-Haces que me sienta orgulloso de ti, Meredith -murmuró Patrick, y ella se dijo que enfrentarse a Matt no sería tan fácil como su padre creía.

-Supongo que lo mejor será que vaya -decidió al fin, y besó la áspera mejilla de su suegro. Entonces él la abrazó con cariño y Meredith incluso se sintió feliz. No recordaba la última vez que su propio padre le había dado un abrazo.

-Joe te llevará -sugirió Patrick con voz ronca por la emoción-. Ha empezado a nevar y las carreteras pronto estarán en mal estado.

Meredith dio un paso atrás e hizo un movimiento de negación con la cabeza.

-Prefiero ir con mi propio coche. Estoy acostumbrada a conducir en la nieve.

-Estaría más tranquilo si te llevara él -insistió Patrick.

-Todo irá bien -aseguró Meredith con firmeza.. Se volvió para marcharse y entonces recordó que había concertado una cena con Lisa para luego ir a la galería de arte donde se exponía la última obra del novio de su amiga.

-¿Puedo utilizar su teléfono? -le preguntó a Patrick.

Lisa se mostró decepcionada y le pidió una explicación. Cuando Meredith le dijo adónde iba y por qué, Lisa se enfureció... con Philip Bancroft.

-Dios mío, Mer, todos estos años tú y Matt os echabais la culpa uno al otro... Y todo por el cretino de tu padre... -Se le quebró la voz-. Buena suerte esta noche -concluyó con tono sombrío.

Cuando Meredith se marchó, Patrick permaneció largo rato pensativo, luego miró a Joe, que escuchaba desde la puerta de la cocina.

-Bien -dijo Patrick con una reluciente sonrisa-. ¿Qué piensas de mi hija política?

Joe se separó del umbral y se acercó al sofá.

-Creo que habría sido mejor que la llevara, Patrick. De ese modo no podría marcharse, porque tampoco ella tendría vehículo.

Patrick sonrió y comentó:

-Meredith ha pensado en eso. Por eso no quiso que la llevaras.

-Matt no se sentirá feliz al verla -advirtió Joe-. Está furioso con ella. No, peor que eso. Nunca lo he visto como ahora. Ayer mencioné el nombre de su mujer y me lanzó una mirada que me dejó perplejo. Por algunas llamadas que he oído en el coche, Matt tiene la intención de hacerse con el control de los grandes almacenes Bancroft. Es la primera vez que veo que alguien le importa tanto como esa chica.

-Ya lo sé -convino Patrick con voz queda, y volvió a sonreír. Y también sé que es la única mujer que ha existido en la vida de mi hijo.

Joe estudió la expresión placentera de Patrick y frunció el entrecejo.

-Confías en que cuando le cuente a Matt lo que hizo su padre y Matt se calme no la deje marcharse de la casa, ¿verdad?

-Por supuesto.

-Cinco dólares a que te equivocas.

A Patrick se le cambió la expresión e inquirió:

-¿Apuestas en contra?

-En otras circunstancias no lo haría. Apostaría no cinco, sino diez dólares a que Matt miraría esa hermosa cara, la vería llorar y luego se la llevaría a la cama para consolarla.

-¿Y por qué crees que no sucederá así?

-Porque Matt está enfermo.

Patrick pareció tranquilizarse con aquella respuesta y sonrió satisfecho.

-No está tan enfermo.

-¡Está enfermo como un perro! -insistió Joe con terquedad-. Ha tenido gripe durante toda la semana, aunque viajó a Nueva York. Cuando lo recogí ayer en el aeropuerto, tosió en el coche y me dieron escalofríos al oírlo.

-¿Subes la apuesta a diez dólares?

-Bueno.

Se sentaron para continuar su partida de damas, pero Joe vaciló.

-Patrick, retiro la apuesta. No es justo que te saque diez dólares. Apenas has visto a Matt durante toda la semana. Te aseguro que está demasiado enfermo y furioso para que ella se quede en la casa.

-Puede que esté muy furioso, pero no enfermo.

-¿Por qué estás tan seguro?

-Simplemente lo sé -replicó Patrick, fingiendo hallarse absorto en su próxima jugada-. Sé que Matt fue al médico antes de salir hacia Indiana y se llevé el medicamento. Me llamó desde el coche, camino de la casa, y me dijo que ya se sentía mejor.

-Me engañas. Tus ojos lo delatan.

-¿Subes la apuesta?

34

Cuando Meredith salió del apartamento con su equipaje de fin de semana, estaba nevando. Al llegar a la frontera de Indiana la tormenta se estaba convirtiendo en una ventisca. Las máquinas quitanieves y los camiones de arena se ocupaban de mantener abierta la autopista. Sus luces amarillas giraban como faros. Un camión de mudanzas adelantó al BMW de Meredith, salpicándole el parabrisas de nieve sucia; tres o cuatro kilómetros más adelante, Meredith vio el vehículo tirado en una zanja. El conductor estaba hablando con otro camionero que se había detenido para prestar ayuda a su colega.

Según la radio, la temperatura era de cuatro grados centígrados y seguía descendiendo, previéndose una acumulación de casi medio metro de nieve.

Meredith no era consciente de que viajar a Edmunton con aquel tiempo entrañaba sus peligros. La joven solo pensaba en el pasado y en la necesidad de encontrarse con Matt para explicarle lo que en realidad había ocurrido. Cuando Patrick insistió en que acudiera a la casa de Edmunton, ella todavía estaba atónita por lo que había descubierto. Pero pasada la sorpresa inicial, Meredith sentía la imperiosa necesidad de reparar en lo posible el daño causado, de darle explicaciones a Matt. De hecho, lo necesitaba incluso más que su mismo padre político.

Incluso ahora, pensando en cómo se habría sentido Matt cuando recibió aquel telegrama, se le hacía un nudo en el estómago. Y a pesar del telegrama, él había vuelto de Venezuela y acudió al hospital, solo para descubrir que le prohibían la entrada como si fuera un mendigo sin derecho alguno.

Matt nunca había abandonado a su hijo, ni tampoco a su mujer. Este hallazgo llenaba a Meredith de una dicha indescriptible y del deseo ardiente de que él supiera que once años atrás ella no lo había desterrado de su vida ni se había deshecho del hijo de ambos.

Los faros iluminaban el camino y Meredith pisó el acelerador. Poco después contuvo el aliento cuando el vehículo pisó una placa de hielo y se deslizó hacia delante, fuera de control. Por suerte, las ruedas se adhirieron de nuevo a la calzada cubierta de nieve. Volvió a pensar en Matt. Ahora comprendía la razón de su velada animosidad. Ahora comprendía incluso su furioso comentario cuando la dejó frente a Bancroft después del almuerzo: «Crúzate una vez mas en mi camino y desearás no haber nacido».

Dadas las increíbles injusticias de que había sido objeto, era comprensible que deseara vengarse. Teniendo en cuenta lo ocurrido, su actitud conciliadora en el baile a beneficio de la ópera, y luego durante el almuerzo, resultaba sorprendente. En su lugar, Meredith estaba segura de que no habría sido capaz de mostrar el menor civismo.

Se le ocurrió la posibilidad de que Matt se hubiera enviado el telegrama a sí mismo para justificar ante su padre el abandono de su mujer e hijo, pero desechó de inmediato la idea. Matthew Farrell hacía lo que le daba la gana, sin excusarse ante nadie. La había dejado embarazada, se casó con ella y afrontó, impávido, la posibilidad de la ira paterna. Había cimentado un imperio financiero basado en la audacia y la fuerza de voluntad. Ese hombre no se habría acobardado ante su padre ni se habría escudado enviándose un telegrama a sí mismo. En cuanto al telegrama que ella había recibido, instándola a que obtuviera el divorcio, había sido sin duda la amarga respuesta al que él recibió. E incluso así, antes de enviar ese telegrama Matt volvió de Venezuela para verla...

Tenía los ojos llenos de lágrimas, y aceleró inconscientemente. Tenía que hablar con él lo antes posible, hacerle comprender. Necesitaba su perdón tanto como Matt necesitaba el suyo, y no pensó que esa urgencia pusiera en peligro su futuro con Parker, a pesar de que sentía una dolorosa ternura hacia Matt. Por su mente desfilaron visiones de lo que podía ser el futuro después de la reconciliación. La próxima vez, cuando Matt le tendiera la mano, como lo hizo en la ópera, y cuando le sonriera diciéndole «hola, Meredith», ella le devolvería la sonrisa y estrecharía esa mano. Y esta amistad no tenía por qué limitarse a encuentros esporádicos en reuniones sociales. Podían ser también amigos en los negocios. Matt era un negociador y estratega de primer nivel; en el futuro, decidió Meredith animada, tal vez ella pudiera llamarlo en ocasiones para pedir consejo. Saldrían a comer juntos y sonreirían. Ella le contaría sus problemas y él le daría consejos. Así eran los viejos amigos.

Las carreteras rurales eran traicioneras, pero Meredith apenas se daba cuenta de ello. Sus agradables pensamientos habían dado paso a una terrible preocupación: no tenía la menor prueba de que lo que iba a contarle a Matt era verdad. Por su parte, él sabía muy bien lo mucho que deseaba ella un divorcio rápido y discreto. Si entraba en la casa y le contaba lo del aborto, Matt creería que estaba mintiendo para ablandarlo y conseguir el divorcio sin dificultades. Peor aun, Matt había comprado el terreno de Houston por veinte millones y había puesto a Bancroft en un aprieto al pedir treinta. Sin duda Matt pensaría que la historia del aborto no era más que un truco desesperado y ruin. Por lo tanto, lo mejor seria no hablar enseguida del pasado y empezar por decirle que la aprobación del proyecto de Southville era un hecho. Cuando él comprendiera que Philip no volvería a entrometerse en sus asuntos, se comportaría de la misma forma razonable que durante el almuerzo... antes de recibir la llamada telefónica. Entonces y solo entonces -cuando supiera que ella no tenía ya nada que ganar- le

explicaría lo que realmente había sucedido once años atrás. Por fin Matt le creería, porque no habría ya razón para dudar de sus palabras.

El puente de madera que cruzaba el arroyo de las tierras de Matt estaba cubierto por una espesa capa de nieve. Meredith pisó el acelerador para no quedar atrapada y contuvo el aliento. El BMW avanzó, patinando y ladeándose por la parte trasera, después siguió adelante hasta detenerse frente al patio de la casa de Matt. La luna se reflejaba en los campos cubiertos de nieve y en el patio; los árboles desnudos eran como caricaturas distorsionadas de lo que habían sido aquel lejano verano, arrojando sombras retorcidas contra la blanca fachada de la casa, como si le advirtieran de que se alejara de allí. La joven sintió un escalofrío mientras apagaba las luces y el motor del vehículo. En el primer piso una débil luz se filtraba por la cortina de una ventana. Matt estaba allí y todavía no se había acostado. Sin duda se pondría furioso al verla.

Apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos. Intentaba reunir el valor necesario para afrontar lo que se avecinaba. Y en aquel momento, sola en el coche, con una difícil tarea ante sí, con una tarea desesperadamente importante a la que debía hacer frente, Meredith pidió ayuda por primera vez en once años:

-Por favor -susurró, pensando en Dios-, haz que me crea.

Abrió los ojos, se incorporó, sacó las llaves y cogió su bolsa.

Once años atrás, sus plegarias para que Matt fuera a verla al hospital habían sido atendidas, aunque ella jamás lo supo. Desde entonces había dejado de rezar.

De pronto se encendió la luz del porche y Meredith se puso tensa. Su corazón latía con fuerza. Vio cómo se abría la puerta de la casa.

Preocupada y alarmada, perdió el equilibrio, se hundió en la nieve y se agarró al guardabarros para no caer. Al hacerlo soltó las llaves del coche, que fueron a parar junto a la rueda derecha. Se inclinó para recogerlas, pero entonces recordó que tenía otro juego en la cartera y pensó que era innecesario escarbar en la nieve, justo en el momento en que iba a enfrentarse al mayor reto de su vida.

La luz del porche inundó el patio, y allí estaba Matt, en el umbral, mirando incrédulo la desconcertante escena que se desplegaba ante sus ojos. Una mujer acababa de salir de un coche, una mujer absurdamente parecida a Meredith. De pronto se había inclinado y había desaparecido. Luego volvió a verla rodear el coche en mitad de la tormenta de nieve. Matt se aferró al marco de la puerta, intentando contener un fuerte mareo y la extrema debilidad que su enfermedad le causaba. Miró fijamente la extraña silueta, convencido de que la fiebre le estaba produciendo alucinaciones. Sin embargo, cuando la mujer se sacudió la nieve del pelo que le cubría la frente, el gesto le resultó tan dolorosamente familiar que su corazón se contrajo hasta provocarle una aguda punzada.

Ella subió los peldaños del porche y levantó el rostro, clavando la mirada en Matt.

-Hola, Matt.

Creyó delirar. O tal vez estaba soñando. Quizá era la muerte que se presentaba en su cama, en su propia habitación. En cualquier caso, los escalofríos que habían sacudido su cuerpo en el interior de la casa ahora eran más intensos. Ante él, la aparición esbozó una sonrisa indecisa, dulcemente indecisa.

-¿Puedo entrar? -preguntó Meredith.

Parece una versión angelical de Meredith, se dijo Matt.

Una ráfaga de viento polar se abatió sobre el rostro de Matt y lo sacó de su ensimismamiento. Aquello no era una aparición, era Meredith, lo que le hizo arder la sangre. Se sentía demasiado débil para escoltarla hasta el coche o para quedarse allí en el umbral, discutiendo y congelándose. Se incorporó, giró sobre sus talones y se metió en la casa, permitiendo que ella le siguiera. El salón estaba sumido en la penumbra.

-Debes de tener los instintos de un sabueso para haberme perseguido hasta aquí. -Su propia voz le sonó ronca, extraña. Encendió la luz.

Meredith se había preparado para un recibimiento mucho peor.

-Di más bien que he recibido ayuda -respondió la joven, observando la cara demacrada de Matt. Deseaba disculparse, pero por el momento tendría que resignarse. Se quitó el abrigo y se lo tendió a Matt.

-Es la noche libre del mayordomo -masculló él, ignorando el gesto de Meredith-. Cuélgalo tú misma. -Si esperaba una réplica de Meredith, se equivocó, ya que ella se limitó a arrojar la prenda sobre una silla. Matt entrecerró los ojos, con una mezcla de ira y confusión al comparar la insólita humildad de ahora con lo ocurrido en su último encuentro.

-Te escucho. ¿Qué quieres?

Para su sorpresa, Meredith se echó a reír.

-Creo que quiero tomar un trago. Sí, eso es lo que quiero.

-No nos queda Dom Pérignon -informó Matt-. Tendrá que ser whisky o vodka. Tómalo o déjalo.

Librodot

-Vodka-dijo la joven con sencillez.

Camino de la cocina, Matt sentía que se le doblaban las rodillas. Puso vodka en un vaso y volvió al salón con la misma sensación de debilidad en las piernas.

Meredith cogió el vaso y luego echó un vistazo alrededor.

-Parece... extraño verte aquí, en este lugar, después de tantos años... -empezó a decir con tono vacilante.

-¿Qué dices? Ya sabes que esta es mi casa, y el lugar que todavía crees que me corresponde. No soy más que un sucio fundidor, ¿recuerdas?

Para sorpresa de Matt, ella se sonrojó y empezó a disculparse.

-Siento mucho haber dicho eso. Quería herirte y sabía que esas palabras lo lograrían. Pero no reflejan lo que siento porque no es un crimen ser fundidor.

-¿Qué diablos quieres? -estalló Matt, pero en ese momento perdió el mundo de vista y tuvo que apoyarse contra la pared para no caer.

-¿Qué te pasa? -inquirió Meredith-. ¿Estás enfermo?

Matt tuvo el súbito presentimiento de que iba a derrumbarse de un momento a otro o a vomitar en presencia de Meredith.

-Vete, Meredith. -Le dolía la cabeza y le ardía el estomago. Giró sobre sus talones y se dirigió a la escalera-. Me voy a la cama.

-¡Estás enfermo! -exclamó ella, y echó a correr tras él cuando lo vio aferrarse a la barandilla y vacilar en cuanto puso un pie en el segundo peldaño. Quiso agarrarle del brazo y Matt la rechazó, pero ella ya había sentido el ardiente contacto-. ¡Dios mío, tienes mucha fiebre!

-¡Vete!

-¡Cállate y apóyate en mí! -le ordenó ella, obligándolo a pasarle el brazo por los hombros. Matt no tenía fuerzas para resistirse.

Meredith lo llevó al dormitorio y él se dejó caer pesadamente sobre la cama, con los ojos cerrados, inmóvil como... un muerto. Aterrada, ella le tomó un brazo y buscó el pulso sin encontrarlo, porque el pánico se lo impedía.

-¡Matt! -gritó asiéndolo de los hombros y sacudiéndolo-. ¡Matt, no te mueras! -suplicó-. He venido hasta aquí para contarte cosas que deberías saber, para pedirte perdón y...

Sus fuertes alaridos y las sacudidas por fin despertaron los adormecidos sentidos de Matt, que no se sentía capaz de iniciar discusión alguna. Todo lo que parecía importar era su presencia y el hecho de que é1 estaba terriblemente enfermo.

-¡Deja de moverme de este modo, maldita sea! -murmuró.

Meredith retiró las manos y casi lloró de alivio. Después intentó recuperar la calma y pensar qué podía hacer por él. La última vez que había visto derrumbarse a alguien de aquella forma, la víctima había sido su padre, que estuvo a punto de morir. Pero Matt era joven y fuerte. Tenía fiebre, pero su corazón estaba sano. Sin saber qué hacer, Meredith miró alrededor y vio dos frascos de pastillas sobre la mesita de noche. En ambas etiquetas rezaba: «una gragea cada tres horas».

-Matt -dijo ella con tono apremiante-. ¿Cuándo has tomado estas pastillas?

Matt la oyó e intentó abrir los ojos, pero antes de que pudiera hacerlo ella le cogió la mano y se inclinó susurrando:

-Matt, ¿puedes oírme?

-No estoy sordo -repuso él con voz ronca-. Y no me estoy muriendo. Tengo gripe y bronquitis, eso es todo. Acabo de tomar la medicina.

Matt notó que la cama se hundía cuando ella se sentó a su lado. Le pareció que Meredith le retiraba el pelo de la frente con cuidado. Se preguntó si seguía delirando.

-¿Estás seguro de que eso es todo? ¿Gripe y bronquitis? -inquirió ella.

La boca de Matt se torció en una sonrisa febril.

-¿Quieres que esté peor?

-Creo que voy a llamar a un médico.

-Lo que necesito es el tacto de una mujer.

-¿Te sirvo yo? -preguntó Meredith, sonriendo con nerviosismo.

-Muy gracioso.

La joven dio un respingo porque las palabras de Matt sonaron como si ella fuera más que suficiente.

-Te dejaré solo para que descanses.

-Gracias -murmuró Matt, medio dormido.

Meredith lo cubrió con las mantas y advirtió que estaba descalzo. Se había quedado dormido con la ropa que llevaba puesta cuando la dejó entrar y ella supuso que así estaría más abrigado que con el pijama. Antes de salir y apagar la luz, Meredith se volvió y miró al enfermo. Observó cómo su pecho se agitaba con el ritmo firme y constante del sueño. Tenía la respiración entrecortada, pero incluso

enfermo y dormido parecía un adversario formidable.

-¿Por qué será que cada vez que me acerco a ti nada sale como debería salir? -preguntó con tristeza.

Su sonrisa se desvaneció y apagó la luz.

Se detuvo a recoger el abrigo, salió y sacó su equipaje del coche. De nuevo en la casa, se disponía a subir al primer piso cuando se detuvo a contemplar la habitación con una mezcla de nostalgia y de vaga tristeza. Todo seguía igual. El viejo sofá y un par de sillones frente a la chimenea; los libros en la biblioteca, las lámparas... Todo igual, pero más pequeño y triste, con las cajas de embalaje abiertas en el suelo, algunas ya llenas de libros. Y envueltos en papel de diario, objetos de escaso valor material pero con todo el valor del recuerdo.

35

A la mañana siguiente aún nevaba cuando Meredith entró en el dormitorio de Matt para ver cómo estaba. Todavía tenía un poco de fiebre, pero ya no le ardía la frente.

A la luz grisácea del día, después de un sueño reparador y de una ducha caliente, el inesperado recibimiento que había tenido en la casa la noche anterior parecía más cómico que perturbador.

Se puso unos pantalones azules y un suéter del mismo color combinado con amarillo brillante. Ante el espejo se cepilló el pelo y sonrió. No podía evitarlo, cuanto más pensaba en la noche anterior, más divertidos le parecían los acontecimientos vividos. Después de tantos nervios, de un viaje atroz en medio de una tormenta de nieve, se habían dicho media docena de frases antes de que Matt prácticamente se derrumbara a sus pies. ¡Y luego ambos se durmieron en sus respectivas camas! La joven reprimió una risita.

En cierto modo, el hecho de que él hubiera estado demasiado enfermo (y tal vez siguiera estándolo) para echarla había sido una bendición. Aunque ella no pudo contarle todo lo que quería, confiaba en que por la tarde Matt ya se encontrara lo bastante bien para hablar de un modo racional, pero no que tuviera fuerzas para negarse a escucharla. Si se equivocaba y él insistía en que se marchase, ganaría tiempo diciéndole una verdad a medias: que había perdido las llaves del coche en la nieve y no podía irse.

Decidió hacer algo útil para Matt, como buscar un termómetro y aspirinas. Se dirigió al cuarto de baño.

Se preguntó qué hacer con un paciente que tenía gripe y bronquitis a la vez. La gripe estaba causando estragos entre los empleados de Bancroft, y Meredith trató de recordar la descripción que Phyllis le había hecho de sus propios síntomas (una terrible jaqueca, náuseas, músculos doloridos...). En cuanto a la bronquitis, era otra historia, pues por lo que sabía provocaba tos y congestión de las vías respiratorias.

Meredith encontró en un botiquín el termómetro y una caja de aspirinas, lo único que le resultaba familiar. Después estiró la mano hacia un frasco, al azar: mercromina. La vieja etiqueta de color naranja aseguraba que el líquido era apropiado para los cortes. Meredith dejó el frasco en su sitio.

Perpleja, siguió buscando en el interior del botiquín. El problema radicaba en que aquellos medicamentos eran tan antiguos que los nombres de las marcas no le sonaban.

Había una gran botella marrón, cuya etiqueta rezaba: «Aceite de castor Smith». Se estremeció de risa. Matt lo tendría bien merecido. Ignoraba qué propiedades curativas poseía el aceite de castor, pero por lo que había oído desprendía un olor horrible. Sumó la botella a su arsenal, pensando que le gastaría una broma y la pondría en la bandeja del desayuno.

De pronto se dio cuenta de que estaba demasiado alegre y con la moral muy alta para una mujer que, como ella, estaba «atrapada» en una casa de campo con un hombre enfermo que la odiaba. Atribuyó su estado de ánimo al hecho de que esperaba poner fin al odio de Matt. Además, deseaba ayudarlo a recuperar la salud. Se lo merecía, después de todo lo que había sufrido por su culpa. Otro factor también influía en el buen humor de Meredith: la nostalgia. Aquel lugar le recordaba su adolescencia, era como si de nuevo tuviera dieciocho años.

Vio un frasquito azul y reconoció la etiqueta. Se trataba de un producto para la bronquitis, y aunque no olía nada bien, podría ser útil para despejarle a Matt las vías respiratorias. Lo añadió a lo que ya tenía y miró el conjunto de su botín. Sabía que las aspirinas le aliviarían el dolor de cabeza, pero también podían producirle malestar al estómago. Necesitaba otra cosa. Hielo, se dijo. Una bolsa de hielo sería lo mejor para la jaqueca de Matt.

Bajó a la cocina con las medicinas, abrió la nevera y, aliviada, comprobó que había mucho hielo disponible. Pero después de revolver alacenas y cajones no encontró nada que sirviera de recipiente. Entonces se acordó de la bolsa roja de goma que había visto en el armario del cuarto de baño, debajo de la pila, mientras buscaba una toalla para secarse. Subió al lavabo y la encontró. Pero la bolsa no

tenía tapón. Meredith se arrodilló y lo buscó a tientas. Incluso metió la cabeza en el armario. Entonces, lo vio detrás de un tambor de detergente y tiró de él. Era inútil. El tapón estaba pegado a un tubo de goma de casi un metro de longitud. Llevaba una curiosa abrazadera de metal.

Incorporándose, Meredith examinó el curioso artilugio. Luego trató de separar el tapón del tubo, pero por alguna razón que no lograba imaginar el fabricante había unido las dos piezas en una sola. Meredith no vio otra alternativa. Comprobó la abrazadera, hizo un apretado nudo en el tubo y se llevó el artefacto a la cocina para llenarlo de agua y hielo.

Cuando acabó, solo le quedaba preparar el desayuno y no había mucho donde elegir. Tendría que ser algo ligero y fácil de digerir, lo que eliminaba casi todo el contenido de los armarios de la cocina, si bien sobre la mesa había un pan tierno. En la nevera encontró carne para el desayuno, tocino, manteca y huevos, además de dos bistecs. Evidentemente a Matt no le preocupaba el colesterol. Sacó la manteca y puso dos rebanadas de pan en la tostadora. Mientras se hacían las tostadas, buscó en los armarios algo adecuado para el almuerzo. Solo encontró unas latas de sopa, pues todo lo demás contenía especias o eran comidas demasiado pesadas para el estómago de un enfermo: guisos preparados, atún, tallarines y una lata de leche condensada. ¡Leche!

Aliviada, dio con un abrelatas y vertió un poco de leche en un vaso. Tenía un aspecto muy espeso. Leyó las instrucciones y descubrió que el producto podía ser consumido tal como se presentaba o diluido en agua. Puesto que no sabía cómo lo prefería Matt, lo probó y se estremeció de asco. Diluir aquella leche no mejoraría demasiado su sabor. Tras retirar el pan de la tostadora, Meredith se dirigió al salón y cogió la tapa de una mesita para el televisor. La utilizaría como bandeja y de este modo podría llevarlo todo: las medicinas, la bolsa con el hielo y el desayuno.

El dolor de cabeza arrancó a Matt de un sueño profundo. Todavía medio dormido pensó que ya era de día. Abrió con dificultad los ojos y se quedó momentáneamente confuso al ver un viejo despertador de plástico blanco, con agujas negras que señalaban las ocho y media. Aquello nada tenía que ver con el reloj digital conectado a la radio que lo despertaba todos los días en su dormitorio. En su mente empezó entonces a hacerse la luz. Se encontraba en Indiana y había estado enfermo. En realidad, a juzgar por el enorme esfuerzo que tuvo que hacer para deslizarse en la cama hasta alcanzar los frascos de medicina que veía al lado del despertador, todavía estaba enfermo. Meneó la cabeza para aclarar las ideas y pestañeó varias veces a causa de los martillazos que le golpearon las sienes. Sin embargo, la fiebre había bajado porque tenía la camisa empapada de sudor. Mientras cogía el vaso de agua de la mesita de noche y tragaba las pastillas, pensó en la posibilidad de levantarse, tomar una ducha y vestirse, pero se sentía tan exhausto que decidió dormir otra hora e intentarlo después. En uno de los frascos la etiqueta advertía: «Precaución. Este medicamento causa somnolencia». Se preguntó si sería esa la razón de que no pudiera sacudirse aquel estupor. Apoyó de nuevo la cabeza en la almohada y cerró los ojos, pero un recuerdo borroso apareció en su mente. Meredith. Había tenido un sueño absurdo, en el que ella aparecía en medio de una tormenta de nieve y lo ayudaba a meterse en la cama. Se preguntó cómo el subconsciente había hecho aflorar una imagen tan estrafalaria como aquella. Meredith podía ayudarlo a tirarse de un puente o un precipicio, podía empujarlo a la bancarrota si lo creía posible, pero era ridículo esperar que hiciera algo menos destructivo que eso.

Cuando empezaba a conciliar el sueño oyó pasos cautelosos en la crujiente escalera. Aquello lo despejó y, asombrado, se incorporó en la cama, y el brusco cambio de postura le provocó un fuerte mareo. Mientras se tapaba con las mantas, el intruso llamó a la puerta.

-¿Matt? -Era una voz suave, única, musical.

La voz de Meredith.

Se quedó rígido, observando la puerta. Por un momento se sintió perdido, totalmente desorientado.

-Matt, voy a entrar... -Vio girar el pomo y volvió a la realidad. No había sido una pesadilla. Meredith estaba allí.

Ella abrió la puerta empujando con un hombro y entró de espaldas, con la bandeja en las manos. Avanzó lentamente, para darle tiempo a cubrirse en caso de que estuviera levantado. Con un falso sentimiento de seguridad por el razonable recibimiento que él le había dispensado la noche anterior, casi dejó caer la bandeja cuando lo oyó rugir desde la cama:

-¿Qué estás haciendo aquí?

-Te he traído el desayuno -respondió ella, volviéndose y dirigiéndose hacia la cama, sorprendida. Cuando al cabo de un momento Matt posó la mirada en la bolsa de goma, en su rostro apareció una expresión amenazadora.

-¿Qué diablos pretendes hacer con eso? -estalló.

Dispuesta a no dejarse intimidar, Meredith levantó la barbilla y replicó con calma:

-Es para tu cabeza.

-¿Esa es la idea que tienes de una broma pesada? -le espetó Matt, lanzándole una mirada asesina.

Sumida en el más absoluto desconcierto, Meredith colocó la bandeja en la cama, junto a la cadera de Matt. Con voz serena dijo:

-He puesto hielo para tu...

-No me extraña -la interrumpió él mordazmente-. Te doy cinco segundos, ni uno más, para salir de esta habitación y un minuto para abandonar esta casa sin que yo te eche -añadió furioso. Se inclinó y Meredith se dio cuenta de que se disponía a sacudir las mantas para tirar la bandeja.

-¡No! -exclamó ella, pero más que una protesta era un ruego-. Es inútil que me amenaces porque no puedo marcharme. Perdí las llaves del coche en la nieve. Pero aunque no las hubiera perdido, no me iría hasta que oigas lo que he venido a decirte.

-No me interesa -replicó él, dispuesto a tirar la improvisada bandeja de la cama. Tuvo que detenerse acosado por un nuevo mareo, y se enfureció aún más.

-Anoche no te comportaste así -argumentó ella, casi cogiendo al vuelo la bandeja-. No creí que te molestara tanto que preparara una bolsa de hielo para tu jaqueca.

Al oír esto, Matt se detuvo y su rostro reflejó su indescriptible apabullamiento.

-¿Qué has hecho? -preguntó en un murmullo ahogado.

-Acabo de decírtelo. Una bolsa de hielo para tu dolor de cabeza.

Meredith se alarmó al ver que él se cubría el rostro con las manos y dejaba caer la cabeza sobre la almohada, mientras le temblaban los hombros. Su cuerpo empezó a sacudirse cada vez más. Se retorció con tal violencia que la cabeza se deslizó fuera de la almohada y el somier de la cama crujió. Meredith pensó que se trataba de un ataque de apoplejía o se había atragantado e iba a morir asfixiado.

-¿Qué te pasa? -inquirió horrorizada, pero su pregunta solo pareció exacerbar los síntomas del moribundo-. ¡Voy a llamar una ambulancia! -gritó Meredith, dejando la bandeja en el suelo y encaminándose hacia la puerta-. Hay un teléfono en mi coche...

Mientras bajaba por la escalera oyó la risa de Matt, al parecer incontrolable.

Meredith se detuvo, se volvió y escuchó atentamente. Comprobó que lo que había tomado por una apoplejía era en realidad un acceso incontenible de risa. Inquieta, pensó en las causas de esa risa. Quizá se debiera al largo tubo de goma... A ella le disgustó desde el principio, y si lo había usado fue como única alternativa.

Al llegar a la puerta de la habitación de Matt se detuvo, indecisa. Sentía una dolorosa timidez. Se le ocurrió pensar que su inquietud no dejaba de tener un lado positivo. Después de todo, gracias a su acceso de hilaridad, Matt todavía no la había echado de la casa. Incluso enfermo y en la cama, Matthew Farrell era el más formidable enemigo con el que jamás se había enfrentado. Y cuando estaba furioso, resultaba aterrador. Sin embargo, no importaba lo que dijera o hiciera, no importaba lo irracional que se mostrara, había llegado la hora de intentar firmar la paz.

Con decisión, Meredith se metió las manos en los bolsillos, entró en la habitación y avanzó adoptando una expresión confusa.

Cuando la vio, Matt tuvo que reprimir un nuevo acceso de risa. Pero de pronto Matt dejó de sonreír al pensar que Meredith debía de haberse enterado de que Intercorp había adquirido el terreno de Houston tan anhelado por ella. Sin duda también sabría que si lo quería iba a costarle diez millones de dólares más de lo esperado. Por eso estaba allí, para tratar de engatusarlo y hacer lo que fuera necesario para arrancarle la propiedad del terreno por el mismo precio que él había pagado. Estaba dispuesta a todo, hasta prepararle y servirle el desayuno. Asqueado por el torpe intento de manipulación, esperó a que ella hablara, pero como no lo hizo, le preguntó con tono imperioso:

-¿Cómo supiste que estaba aquí?

Meredith notó enseguida el alarmante cambio en el tono de voz de Matt.

-Anoche fui a tu apartamento -explicó-. En cuanto a la bandeja...

-Olvida eso -la interrumpió Matt, impaciente-. Te he preguntado cómo me encontraste.

-Tu padre estaba en el apartamento y tuvimos una conversación. Me dijo que estabas aquí.

-Debes de haberte mostrado muy convincente para engañar a mi padre y convencerle de que mereces su ayuda -replicó Matt con evidente desprecio-. Mi padre no te daría un minuto...

Meredith deseaba tanto que él la escuchara y la creyera que sin darse cuenta de lo que hacía se sentó a su lado en la cama y lo interrumpió.

-Tu padre y yo estuvimos hablando y le expliqué algunas cosas. Me creyó, Matt. Después de... entendernos, me dijo dónde estabas para que pudiera venir y explicártelo también a ti.

-Pues empieza -la instó Matt, apoyando la cabeza en la almohada-. Pero sé breve.

Matt estaba atónito por el hecho de que Meredith hubiera sido capaz de ganarse a un enemigo tan natural como el mayor de los Farrell. Sería curioso observarla representando tan magistralmente su papel.

Meredith contempló aquel rostro frío y temible respiró hondo, obligándose a mirarlo a los ojos, los mismos que momentos antes parecían cálidos.

-¿Hablarás? -insistió Matt-. ¿O vas a quedarte ahí sentada mirándome?

Ella se sintió intimidada, pero no apartó la mirada.

-Hablaré -dijo al fin-. La explicación es un poco complicada...

-Y también convincente, espero -le espetó él con tono de burla.

En lugar de responderle con la ira que había utilizado contra él en el pasado, ella asintió con la cabeza y musitó:

-Así lo espero yo también.

-Pues empieza. Pero no te vayas por las ramas ni entres en detalles. Solo los puntos más importantes, es decir, qué quieres que crea, qué me ofreces y qué pretendes a cambio. En realidad, esta última parte puedes ahorrártela, pues sé qué quieres de mí. Pero me interesa conocer cómo piensas obtenerlo.

Las palabras de Matt eran como latigazos en la lacerada conciencia de Meredith, pero siguió mirándolo y empezó a hablar con sinceridad.

-Quiero que creas lo que voy a contarte, porque es la verdad. Lo que te ofrezco es la paz, que es lo que quería hacer anoche cuando fui a tu casa. Y lo que pretendo a cambio -prosiguió obviando su intención inicial de ocultar aquella parte- es una tregua. Un entendimiento entre nosotros. Lo deseo de veras.

Al oír sus últimas palabras los labios de Matt se torcieron en una sonrisa irónica.

-¿Eso es lo que quieres? ¿Una tregua, un entendimiento? -La ironía de su voz sugirió a Meredith la inquietante idea de que él se estaba refiriendo al terreno de Houston-. Te escucho -añadió Matt al verla vacilar-. Ahora que comprendo tus razones puramente altruistas, oigamos lo que ofreces a cambio.

Sus palabras estaban llenas de desconfianza, dudando incluso de que ella pudiera ofrecer algo que no fuera sórdido e insignificante. En vista de ello, Meredith decidió presentarle su más importante concesión, una concesión que para él era de vital importancia.

-Te ofrezco la recalificación de tu terreno de Southville -dijo, y se dio cuenta de la momentánea sorpresa de Matt ante la franca admisión de que ella estaba al corriente de este asunto-. Sé que mi padre vetó tu petición y quiero que sepas que nunca he estado de acuerdo con eso. Discutí con él por ese motivo mucho antes de que tú y yo almorzáramos juntos.

-De pronto has adquirido un gran sentido de la justicia.

Meredith sonrió.

-Sabía que reaccionarias así. Lo entiendo. Yo en tu lugar haría lo mismo. Sin embargo, debes creerme porque puedo probar lo que te estoy diciendo. En cuanto vuelvas a presentar tu petición, será aprobada. Mi padre me ha dado su palabra de que no solo no se interpondrá, sino que intercederá en tu favor. En cuanto a mí, te doy mi palabra de que él mantendrá la suya.

Matt soltó una risa breve y desagradable.

-¿Qué te hace pensar que me fío de tu palabra o de la suya en este o en cualquier otro asunto? Te propongo un trato -añadió con un velado tono de amenaza-. Si de aquí a las cinco de la tarde del martes mi petición se aprueba sin volver a someterla, suspenderé las querellas criminales que, de lo contrario, mis ahogados presentarán el miércoles contra tu padre y contra el senador Davies. Una querella por intento de influir ilegalmente en la acción de funcionarios públicos y otra contra los mejores intereses de su comunidad.

A Menedith le tembló el estómago. Matt no solo había planeado lo que decía, sino que lo había hecho con una rapidez inusitada. Había puesto en práctica de manera fulminante la estrategia de su venganza. Recordó lo que la revista *Business Week* había dicho de él: «Un hombre que representa un regreso a los días en que el ojo por ojo era considerado como justicia y no como venganza cruel e inhumana».

Reprimiendo un escalofrío de temor, Meredith se recordó que a pesar de todo lo que se había escrito de Matt, a pesar de que tenía todas las razones del mundo para despreciarla, había intentado tratarla con cordialidad en el baile a beneficio de la ópera, y también el día en que almorzaron juntos. Solo al verse empujado más allá de todo límite dispuso su artillería pesada contra su padre y contra ella. Este hecho armó de valor a Meredith, que de pronto sintió una gran ternura por aquel hombre dinámico y furioso, que no obstante había demostrado ser tan comedido.

-¿Qué más? -preguntó Matt con impaciencia, y se sorprendió ante la dulzura que reflejaba el rostro de Meredith.

-No habrá más actos de venganza por parte de mi padre.

-¿Significa eso que puedo ser miembro de ese pequeño y elitista club de campo? -se mofó Matt.

Ruborizándose, la joven hizo un gesto de asentimiento.

-No me interesa. Nunca me ha interesado.¿Qué más tienes que ofrecerme? -Al verla vacilar y retorcerse los dedos Matt perdió la paciencia-. No me digas que eso es todo. ¿No me ofreces nada más? ¿Y ahora esperas que olvide, perdone y te dé lo que realmente deseas?

-¿Qué es lo que realmente deseo?

-¡Houston! -aclaró él con voz gélida-. Entre los generosos motivos de tu visita has olvidado el de los treinta millones que anoche te hizo correr hasta mi casa de Chicago. ¿O estoy juzgando injustamente la pureza de tus acciones, Meredíth?

Ella volvió a sorprenderlo al menear la cabeza y admitir serenamente:

-Ayer me enteré de que habías comprado ese terreno de Houston y estás en lo cierto, fue lo que me impulsó a ir a tu casa.

-Y después aquí, a toda velocidad -agregó él con sarcasmo-. Y ahora estás dispuesta a hacer o decir lo que sea con tal que yo acceda a venderte el terreno por el precio de compra. ¿Hasta dónde piensas llegar?

-No te entiendo.

-Tus pobres concesiones no serán lo mejor que puedas ofrecerme.

Ella se disponía a replicar, pero Matt estaba harto de esa farsa.

-Te ahorraré la respuesta -dijo con acritud-. Nada de lo que puedas decir o hacer, ahora o en el futuro, cambiará un ápice mi postura. Puedes merodear alrededor de mi cama, ofrecerte a meterte en ella, pero el terreno de Houston seguirá costándote treinta millones si quieres comprarlo. ¿Está claro?

La reacción de Meredith lo tenía atónito. La había martilleado con cada una de sus frases, amenazándola con querellas judiciales de dominio público y el consiguiente escándalo social, insultándola hasta rebajarla. La había sometido al mismo hostigamiento que hacía sudar o enfurecerse a sus adversarios del mundo de las finanzas, pero no había conseguido hacerle perder el control. De hecho, Meredith lo miraba de un modo que, de no haber sabido que era imposible en ella, le habría parecido casi tierno y contrito.

-Está muy claro -contestó la joven, incorporándose parsimoniosamente.

-Doy por sentado que te marchas.

Ella meneó la cabeza y sonrió con timidez.

-Voy a destapar el plato de tu desayuno y merodear alrededor de tu cama.

-¡Por el amor de Dios! -estalló Matt, temiendo perder el control de la situación-. ¿Es que no has entendido lo que acabo de decirte? Nada de lo que hagas me hará cambiar de opinión con respecto al terreno de Houston.

El rostro de Meredith recuperó su expresión habitual, aunque sus ojos no dejaron de reflejar dulzura al mirar a Matt.

-Te creo -musitó.

-¿Y bien? -exigió él. Su ira había dado paso a un desconcierto total, que atribuyó al efecto del medicamento. Con tanto sopor resultaba difícil concentrarse.

-Acepto tu decisión como una especie de... penitencia por desmanes pasados. -Hizo una pausa y añadió-: No podías haber encontrado un castigo más duro, Matt -admitió sin rencor-. Deseaba con toda mi alma esos terrenos y va a dolerme mucho verlos en manos de otros. No podemos permitirnos el lujo de pagar treinta millones. -Matt la miró invadido por un sentimiento de incredulidad y ella siguió hablando con una sonrisa sombría-: Me has quitado algo que deseaba con verdadera desesperación. Bueno, ahora que lo has hecho, ¿podemos decir que estamos en paz y concedernos una tregua indefinida?

El primer impulso de Matt fue mandarla al diablo, pero él no se dejaba llevar por los impulsos cuando había un trato de por medio. En realidad, hacía tiempo que había aprendido a postergar sus emociones en favor de la razón y la lógica. Esto le recordó que él mismo había deseado mantener con Meredith una especie de acuerdo civilizado y que, de hecho, lo había intentado en sus dos últimos encuentros. Ahora ella se lo ofrecía, admitiendo al mismo tiempo su derrota. Sí, Meredith le concedía la victoria y lo hacía con una elegancia asombrosa, casi irresistible. De pie frente a él, esperando sus palabras, con la hermosa cabellera cubriéndole los hombros y las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, Meredith Bancroft parecía más una colegiala azorada en el despacho del director que una alta ejecutiva. Al mismo tiempo, seguía presente en ella el aspecto de la joven orgullosa de alta sociedad que era.

Al mirarla, Matt comprendió la obsesión que había sentido por ella. Meredith Bancroft era la quinta esencia de lo femenino: inconstante e imprevisible, dulce y altiva, seria y graciosa, serena y voluble, increíblemente correcta... y provocativa.

Matt se preguntó qué sentido tenía continuar aquella guerra con ella. Si accedía a sellar la paz, ambos podrían seguir sus respectivos caminos sin nada de qué arrepentirse ni lamentarse. El pasado debía haber sido enterrado años atrás; por lo que, sin duda, había llegado la hora de enterrarlo en la actualidad. Él había consumado su venganza, diez millones de dólares, porque estaba seguro de que Bancroft compraría. Conseguirían los treinta millones. Mientras pensaba en ello, de pronto se acordó de la bandeja que le había traído Meredith y tuvo que ahogar el impulso de reír. Ella notó el cambio de expresión de Matt y lo interpretó como un signo de capitulación. La tensión de los hombros de la

joven se aflojó un poco y en sus ojos apareció una luz de alivio. El hecho de que ella pudiera adivinar lo que sentía molestó a Matt, que decidió prolongar el misterio.

Cruzó los brazos sobre el pecho.

-No hago tratos en la cama.

No la engañó.

-¿Quizá un desayuno puede hacerte cambiar de humor? -le preguntó con una sonrisa.

-Lo dudo -replicó Matt, pero la sonrisa de la joven era tan contagiosa que también sonrió.

-También yo -bromeó Meredith, tendiéndole la mano-. ¿Tregua?

Matt reaccionó instintivamente y le tendió la mano, pero antes de que las estrecharan, Meredith retiró la suya y con una sonrisa seductora dijo:

-Antes de que sellemos el pacto quiero advertirte algo.

-¿Qué?

-Estaba pensando en entablar una querella judicial contra ti con respecto al terreno de Houston -comentó medio en broma-. No quiero que lo que te dije antes te lleve a creer que acepto la pérdida del terreno como una penitencia voluntaria. Me refería a que si el tribunal no te obliga a vender al precio actual de mercado no solo aceptaré el veredicto, sino que no te guardaré ningún rencor. Espero que comprendas que sea cual sea el desenlace se trata de un asunto de negocios y no de algo personal.

Los ojos de Matt brillaron con una expresión divertida.

-Admiro tu honestidad y tenacidad -dijo con sinceridad-. No obstante, te sugiero que reconsideres tu decisión de llevarme a los tribunales. Te costará una fortuna entablar un juicio por fraude o lo que sea, y además perderás.

Meredith sabía que probablemente estaba en lo cierto, pero en ese momento la pérdida del terreno de Houston no le importaba demasiado. Se sentía feliz porque había ganado algo más importante que un pleito. De algún modo, había conseguido que la furia de aquel hombre orgulloso se transformara en risa, arrancándole una tregua.

Ambos sonrieron, y en aquel momento de calor y comprensión la muralla de odio que los había separado empezó a resquebrajarse. Lentamente Meredith levantó la mano y se la tendió a Matt en un gesto de amistad conciliadora. Abrumada por la intensidad del momento, observó cómo él también tendía la mano y luego sintió el contacto de sus dedos.

-Gracias -susurró ella, buscando la mirada de Matt.

-De nada-dijo él, prolongando el contacto. Luego las manos se separaron. Y desapareció el pasado.

-No sabía cómo te sentirías esta mañana. Supuse que no tendrías mucho apetito, pero de todos modos decidí prepararte un desayuno.

-Tiene muy buen aspecto -mintió Matt con la mirada fija en el contenido de la bandeja-. El aceite de castor es uno de mis manjares preferidos. Como aperitivo, claro. Y la nariz me indica que ese pegamento del frasco azul es el plato principal.

Meredith lanzó una carcajada y cogió un plato sobre el que había un bol.

-Te doy mi palabra de que lo del aceite de castor fue una broma.

Ahora que la batalla de los sentimientos hostiles había concluido, Matt advirtió que estaba a punto de perder otra batalla, la del sueño. Le invadían oleadas de somnolencia y le pesaban los párpados. Ya no se sentía enfermo, sino exhausto. Era obvio que, al menos en parte, las malditas pastillas eran responsables de este estado.

-Aprecio el gesto, pero no tengo hambre -se excusó.

-Lo suponía -contestó ella, mirándolo con la misma dulzura con que lo había hecho durante toda la mañana-. Pero a pesar de eso, tienes que comer.

-¿Por qué? -replicó él con cierto malhumor, y pensó que once años atrás, la misma Meredith que le había preparado el desayuno no sabía ni encender el horno y no tenía el menor interés en aprenderlo. Conmovido por su solicitud, se incorporó con dificultad, dispuesto a devorar cualquier cosa que ella hubiera preparado.

Meredith se sentó en la cama, a su lado.

-Tienes que comer para recuperar las fuerzas -comentó, y le entregó el vaso de la bandeja, que contenía un líquido blanco.

Matt cogió el vaso y lo miró con cautela.

-¿Qué es esto?

-Encontré una lata en la despensa. Es leche caliente.

Matt hizo un gesto, pero se llevó obedientemente el vaso a los labios y bebió un sorbo.

-Con crema -precisó Meredith al verlo atragantarse.

Matt le devolvió el vaso, se reclinó y cerró los ojos.

-¿Por qué con crema? -murmuró con voz ronca.

-No lo sé. Porque mi niñera me daba la leche así cuando yo estaba enferma.

Matt abrió los ojos y en su mirada gris apareció un destello de humor.

-Y pensar que de pequeño envidiaba a los niños ricos...

Meredith rió y empezó a quitar la cubierta del plato del desayuno.

-¿Qué hay ahí? -preguntó él, presa de pánico.

Meredith puso al descubierto dos tostadas frías, y Matt suspiró con una mezcla de alivio y cansancio. Pensó que no podría mantenerse despierto el tiempo necesario para masticarlas.

-Me lo comeré más tarde, te lo prometo -dijo tratando de mantener los ojos abiertos-. Ahora lo que quiero es dormir.

Parecía tan agotado que Meredith accedió.

-Está bien, pero al menos tómate un par de aspirinas. Si las tragas con leche, es menos probable que te perjudiquen el estómago. -Le dio las aspirinas y el vaso de la leche con crema. Matt hizo una mueca y obedeció.

Satisfecha, Meredith se puso de pie y preguntó:

-¿Necesitas alguna otra cosa?

Matt tembló convulsivamente.

-Un cura -jadeó.

Ella se echó a reír. El sonido musical de su risa quedó flotando en la habitación, mientras Matt, ya solo, se hundía en un sueño soporífero.

36

A mediodía los efectos del medicamento se habían disipado y Matt se sentía muchísimo mejor, si bien se sorprendió al encontrarse tan débil. Ducharse y ponerse unos vaqueros le supuso un esfuerzo agotador. La cama era una tentación que debía ignorar. Abajo, Meredith parecía entregada a la tarea de preparar el almuerzo, pues se la oía ir y venir por la cocina. Matt sacó de su maleta la maquinilla eléctrica que se había comprado en Alemania y la enchufó al transformador de corriente. Afeitándose ante el espejo, pensó en Meredith, pensó que estaba abajo.

Imposible. Y sin embargo, era verdad. Ahora que estaba despierto y alerta, las razones de Meredith para encontrarse allí y su aceptación de la pérdida del terreno de Houston eran cosas que, en el mejor de los casos, parecían improbables. Matt lo sabía, pero por el momento decidió que era mejor no obsesionarse demasiado, no pensar en los motivos de su ex esposa. Estaba nevando otra vez y hacía mucho frío. Pero allí dentro la temperatura era agradable y tenía una compañía inesperada. Además, no se sentía capaz de seguir embalando cosas y tampoco estaba tan mal como para tumbarse en la cama o en el sofá y quedarse todo el día mirando al techo. La presencia de Meredith, aunque no reconfortante, sería mejor que la soledad.

En la cocina Meredith lo oyó y sonrió al tiempo que colocaba en un bol la sopa enlatada que había preparado. Luego puso en un plato el sándwich de carne.

Desde el momento en que Matt le estrechó la mano para sellar la paz, un extraño sentimiento de calma inundaba su ser. Se dio cuenta de que nunca había conocido a Matt Farrell y se preguntó si alguien lo conocía a fondo. Según lo que había leído y oído, sus adversarios del mundo de los negocios lo odiaban y le temían; sus ejecutivos lo admiraban y estaban deslumbrados por él. Los banqueros lo halagaban y la Comisión Controladora de Acciones y Valores, que presidía la bolsa, lo consideraba un halcón.

Con escasas excepciones, incluso los admiradores de Matt parecían ver en él a un depredador al que había que tratar con cuidado, sin dar pie a que se sintiera ofendido. Meredith llegó a esta conclusión repasando en la memoria todo lo que sabía sobre Matt.

Y sin embargo, postrado en la cama, la escuchó y consintió en hacer las paces con ella, aun creyendo que años atrás lo había abandonado... al asesinar al hijo de ambos. Meredith sonrió al pensar en ello. Años atrás Matt se había sentido humillado, como si fuera un mendigo insignificante. Ahora estaba dispuesto a perdonarla. El recuerdo de aquel apretón de manos, de la dulzura del mismo, le resultaba profundamente conmovedor.

Concluyó que los que hablaban de Matt con temor no lo conocían en absoluto, porque de lo contrario comprenderían que era un ser comprensivo y lleno de piedad.

Tomó la bandeja y se dirigió al piso superior. Por la noche, tal vez al día siguiente por la mañana, le contaría lo que realmente había ocurrido años atrás. De esta forma, el divorcio sería uno más entre tantos actos amistosos.

Sin embargo, aunque Meredith. deseaba ardientemente confesárselo todo, temía hacerlo como nunca había temido ninguna otra cosa. Era verdad que Matt se había mostrado dispuesto a olvidar, pero ¿cuál sería su reacci6n al descubrir hasta qué punto Philip era hipócrita y traidor?

Por ahora, Meredith se contentaría con dejar a Matt en su bendita ignorancia. Así, ella se

concedería también un descanso, porque las últimas veinticuatro horas habían sido extenuantes. De repente Meredith cayó en la cuenta de que la idea de pasar una velada en paz con Matt le resultaba sumamente agradable. Se dijo que eso no tenía por qué alarmarla. No significaba nada. Después de todo, Matt y ella eran, en cierto modo, viejos amigos que merecían la oportunidad de recuperar su amistad.

Se detuvo ante la puerta de Matt y dio unos golpecitos.

-¿Estás visible?

Con divertido terror, Matt presintió que ella le traía otra bandeja.

-Sí. Pasa.

Meredith abrió la puerta y lo vio de pie frente al espejo, sin camisa, afeitándose. De inmediato la asaltó el recuerdo de su breve pero intensa relación de hacía once años. Su fornida espalda, aquellos músculos fuertes... Desvió la mirada y Matt se dio cuenta de ello por el espejo.

-Nada que no hayas visto antes -comentó con cierta sequedad.

Lamentando haberse comportado como una estúpida inexperta, Meredith intentó decir algo atrevido y soltó lo primero que le pasó por la cabeza.

-Es verdad, pero ahora estoy comprometida.

La mano de Matt se detuvo.

-Tienes un problema -dijo después de una brevísima pausa-. Un marido y un novio.

-De joven apenas salía de casa -bromeó Meredith al tiempo que depositaba la bandeja sobre la mesita de noche-. Ahora, para compensar, colecciono hombres. -Se volvió hacia él y, moderando el tono de voz, prosiguió-: Por lo que me dijo tu padre, parece ser que no soy la única que tiene ese problema. Creo que quieres casarte con la chica de la foto de tu oficina.

Matt fingió indiferencia y aplomo y, ladeando la cabeza, deslizó la máquina de afeitar desde el cuello a la mandíbula.

-¿Eso dijo mi padre?

-Sí. ¿Es cierto?

-¿Te importa?

Meredith vaciló, extrañamente infeliz por el giro que tomaba la conversación. Sin embargo, respondió con franqueza.

-No.

Matt desenchufó la máquina. Se sentía débil y en ese momento no tenía ganas de hablar del futuro.

-¿Puedo pedirte un favor?

-Claro.

-Estas dos últimas semanas han sido agotadoras. Me ilusionaba la idea de venir aquí y descansar un poco...

Meredith tuvo la impresión de que él la había abofeteado.

-Siento haber interrumpido tu paz.

En los labios de Matt apareció una sonrisa cálida y divertida.

-Siempre me has arrebatado la paz, Meredith. Cada vez que nos encontramos el cielo parece desplomarse. No he querido decir que lamente tu presencia, sino que me gustaría pasar una velada agradable y tranquila contigo, sin tener que hablar de nada serio.

-En realidad, eso es lo que yo también deseo.

De completo acuerdo, se miraron mutuamente durante un largo instante. Después Meredith cogió el grueso albornoz azul marino; etiqueta Neiman-Marcus, que él había dejado en el respaldo de una silla.

-Ahora podrías ponerte esto y empezar a comer.

Matt aceptó la sugerencia. Se anudó el albornoz y se sentó dispuesto a enfrentarse con la comida de Meredith. Esta se dio cuenta de la inquieta mirada que él lanzó a los platos.

-¿Qué hay en ese bol? -preguntó, receloso.

-Una ristra de ajos -mintió ella con fingida serenidad-. Para que te la cuelgues del cuello. -Matt todavía reía cuando Meredith destapó el recipiente-. Incluso yo puedo calentar una lata de sopa y meter carne entre dos rebanadas de pan -dijo sonriendo.

-Gracias -susurró Matt sinceramente- Eres muy amable.

Cuando terminó de comer, ambos se dirigieron a la planta baja y se sentaron frente al fuego que él se empeñó en prender. Durante un rato hablaron plácidamente de cosas triviales, como el tiempo, el libro que él había estado leyendo; y también de Julie. Era obvio que Matt poseía una enorme fortaleza física que le permitía recuperarse con rapidez, pensó Meredith, aunque desde luego debía de estar cansado.

-¿No quieres acostarte un rato? -le preguntó.

-No, prefiero estar aquí -contestó él, pero se tendió en el sofá y apoyó la cabeza en el almohadón.

Cuando despertó una hora después, pensó lo mismo que por la mañana. Había soñado que Meredith estaba allí. Pero al volver la cabeza vio a la joven sentada en la misma silla que ocupaba antes. No había sido un sueño. Meredith seguía allí y en estos momentos hacía anotaciones en un bloc amarillo que sostenía sobre la falda. Tenía las piernas dobladas sobre la silla. Matt se quedó observándola, pensando que parecía una colegiala haciendo los deberes en lugar de la presidenta interina de una gran cadena nacional de tiendas. En realidad, cuanto más la observaba, más imposible parecía.

-¿Qué haces? -preguntó.

En lugar de responder algo así como «álgebra» o «geometría», la mujer de la silla sonrió y se dispuso a dar explicaciones.

-Escribo un resumen de tendencias del mercado para presentarlo en la próxima reunión de nuestro consejo. Espero conseguir que me permitan aumentar la mercancía con nuestra propia marca. Los grandes almacenes -añadió al advertir que él la escuchaba con verdadero interés-, en particular los que son como Bancroft, logran beneficios comercializando sus propias marcas, pero no le estamos sacando todo el partido posible a esto, a diferencia de Neiman, Bloomingdale y algunos otros.

Como la semana anterior durante la comida, Matt se sintió intrigado por esta dimensión de la personalidad de Meredith, la de mujer de negocios. Era una faceta de la joven completamente opuesta a lo que sabía de ella.

-¿Por qué no ha explotado Bancroft esa posibilidad? -le preguntó Matt.

Al cabo de unas horas, Meredith se lo había explicado todo: desde el sistema de comercialización de Bancroft a sus operaciones financieras, los problemas derivados de la fiabilidad de los productos, sus planes de expansión... Matt no estaba solo intrigado, sino también impresionado por la capacidad de Meredith. En cierto modo, y aun sabiendo que era ridículo, se sentía muy orgulloso de ella.

Sentada frente a él, Meredith tenía la vaga conciencia de haber pasado el examen, pero se hallaba tan inmersa en la conversación, tan impresionada porque Matt captaba de inmediato los conceptos más complicados, que había perdido la conciencia del tiempo. La página de su bloc estaba llena de anotaciones aportadas por las sugerencias del brillante financiero. Tendría que meditar sobre ellas detenidamente, aunque la última estaba fuera de lugar.

-Nunca lo conseguiremos -le explicó a Matt cuando él la instó a adquirir sus propias plantas de producción en Taiwan o Corea.

-¿Por qué no? Si fuerais dueños de las fábricas, se acabarían vuestros problemas de control de calidad y pérdida de confianza de los consumidores.

-Cierto, pero no creo poder permitírmelo. Por lo menos ahora y en un futuro próximo.

Matt frunció el entrecejo ante lo que creyó una falta de percepción.

-¡No te estoy sugiriendo que utilices tu propio dinero! Pide un préstamo bancario. Para eso están. Los banqueros te prestan tu propio dinero cuando están seguros de que vas a emplearlo en un negocio rentable, después te cargan intereses por hacerlo y cuando les devuelves los préstamos, te felicitan por la suerte que has tenido de poder contar con ellos, que se arriesgaron al prestártelo. Bueno, supongo que todo eso ya lo sabes bien.

Meredith se echó a reir,

-Me recuerdas a mi amiga Lisa, a quien no le entusiasma la profesión de mi novio. Según ella, Parker debería darme el dinero siempre que lo necesito, sin pedir garantías subsidiarias.

La sonrisa de Matt se desvaneció al recordar que existía un novio de por medio. Poco después pareció sorprendido al oír lo que decía Meredith.

-Créeme, me estoy convirtiendo en una experta en préstamos comerciales. Bancroft lo debe todo, y también yo.

-¿Qué significa eso de «también yo»?

-Hemos crecido con mucha rapidez. Si nos metemos en un complejo comercial que otra firma está poniendo en marcha, los costos son más bajos, pero también los beneficios. Por eso solemos construir nosotros mismos el complejo y después alquilamos una parte a otros comerciantes. Cuesta una fortuna hacerlo y por eso hemos tenido que recurrir a los créditos bancarios.

-Lo comprendo. Lo que no entiendo es qué tiene que ver eso contigo personalmente.

-Para que te den el crédito se necesitan garantías subsidiarias -le recordó ella-. Bancroft & Company ya ha utilizado todas las disponibles, aparte de las tiendas mismas. Cuando construimos en Phoenix agotamos nuestra capacidad de ofrecer garantías subsidiarias. Y como yo estaba deseando meterme en Nueva Orleans y en Houston, he entregado como garantía mis propias acciones y mi herencia personal, de la que podré disponer muy pronto, al cumplir treinta años. -Meredith vio que Matt fruncía el entrecejo y se apresuró a añadir-: No hay razón para preocuparse. Los almacenes de Nueva Orleans han pagado a tiempo y fácilmente todos los plazos de su deuda, tal como yo tenía previsto. Por lo tanto, mientras una nueva sucursal pueda hacer frente a sus vencimientos bancarios, puedo vivir tranquila.

Matt estaba atónito.

-No me estarás diciendo que aparte de poner tus bienes como garantía subsidiaria has garantizado personalmente el crédito para los almacenes de Nueva Orleans.

-Tuve que hacerlo -confirmó ella con voz serena.

Matt intentó no hablar como un profesor que trata de inculcar algo a sus desdichados estudiantes.

-Nunca vuelvas a hacerlo -le advirtió-, Nunca, nunca comprometas tu propio dinero en un negocio. Ya te he dicho que para eso están los bancos. Y el banco solo tiene derecho a pedirte que garantices personalmente un préstamo o entregues una garantía subsidiaria cuando eres para ellos una incógnita, sin antecedentes de haber cumplido con los plazos. -Meredith abrió la boca para hacer una objeción, pero Matt levantó la mano y añadió-: Sé que intentarán que firmes personalmente. Si pudieran tener cincuenta codeudores para la simple hipoteca de una vivienda los tendrían, porque así eliminan todo riesgo. Si los bancos ganan dinero con los intereses de sus préstamos, que asuman los riesgos. Si algo marchara mal en Nueva Orleans y Bancroft no pudiera hacer frente a los plazos, tendrías que responder tú y te dejarían en la calle.

-No había otra solución.

-Nunca vuelvas a hacerte responsable de un préstamo de Bancroft. ¿Crees por un momento que a los ejecutivos de la General Motors les piden que firmen créditos corporativos en favor de la empresa?

-No, claro que no. Pero nuestro caso es diferente.

-Eso es lo que los bancos siempre tratan de decirte. Por cierto, ¿quién diablos es el banquero de Bancroft?

-Mi novio... Es decir, el Reynolds Mercantile Trust -le aclaró ella, y notó la impresión de disgusto que la noticia causó a Matt.

-¡Pues menuda manera de hacer negocios con su novia! -comentó con sarcasmo.

Meredith se preguntó si la observación tendría algo que ver con la rivalidad entre hombres.

-Debes ser más razonable -declaró Meredith sin alterarse-. Olvidas algo. Existen los auditores y ellos analizan los créditos bancarios. En este caso los analizan con lupa, porque son muchos los bancos en quiebra. Fruncen el entrecejo si uno de ellos concede grandes préstamos a una sola persona o empresa, y nosotros le debemos cientos de millones de dólares al Reynolds Mercantile. Parker no podría seguir prestándonos dinero sin que se le echaran encima, y menos ahora que él y yo estamos comprometidos. Es decir, a menos que nosotros pongamos suficiente garantía subsidiaria.

-Debe de existir otra clase de garantía que hubieras podido utilizar. ¿Qué hay de tu paquete de acciones en Bancroft?

Ella se rió y meneó la cabeza. Luego comentó:

-Ya he utilizado ese recurso. Y también mi padre. Solo hay una gran accionista en la familia que no ha comprometido su paquete.

-¿Quién es?

Meredíth deseaba llevar la conversación a otro terreno y aprovechó la oportunidad.

-Mi madre -respondió.

-¿Tu madre?

-Yo también tengo una, ¿sabes? -bromeó ella-. Mi madre recibió un gran paquete de acciones a cambio del divorcio.

-¿Por qué no contribuye ahora? No tendría nada de extraño, puesto que obtendrá beneficios. Las acciones de tu empresa suben como la espuma, y estáis creciendo y prosperando.

Meredith dejó a un lado su bloc de notas y miró a Matt a los ojos.

-No lo hizo porque no se le ha pedido que lo hiciera.

-¿Te resultaría incómodo decirme por qué? -preguntó Matt, confiando en que ella no lo considerara un entrometido.

-No se le pidió porque vive en algún lugar de Italia, y ni mi padre ni yo hemos tenido contacto alguno con ella desde que yo tenía un año de edad. -Al observar que Matt no mostraba reacción alguna, Meredith decidió contarle algo que, normalmente, prefería obviar. Al hablar, observaba su expresión-. Mi madre es... Caroline Edwards.

Él arqueó las cejas, confuso, y Meredith trató de ayudarle a recordar.

-Piensa en una vieja película de Cary Grant. Transcurre en la Riviera, y allí el héroe persigue a la princesa de un reino mítico...

Por la sonrisa de Matt, adivinó el momento en que él había recordado la película y a su protagonista femenina. Matt se reclinó en el sofá, sonriendo sorprendido.

-¿La princesa de la película es tu madre?

Meredith asintió.

En silencio, Matt comparó la elegante perfección de las facciones de Meredith con el recuerdo que tenía de la actriz. La madre de Meredith había sido una mujer muy hermosa, pero su hija lo era todavía más. Poseía una elegancia natural, no adquirida en ninguna escuela de actores. Su nariz delicada, sus pómulos exquisitos y una boca que invitaba al beso, parecían advertir a cualquier osado

que guardara las distancias...

Incluso si el osado era el propio marido...

Matt desechó de inmediato ese pensamiento. Estaban casados solo sobre el papel, debido a un tecnicismo; en realidad eran dos extraños. Aun así, tuvo que esforzarse para no mirar el escote de Meredith; De hecho, no necesitaba hacerlo. Una vez había explorado cada centímetro de aquellos pechos que ahora llenaban el suéter. Recordaba con exactitud los senos de Meredith en sus manos, la suavidad de la piel, la rigidez de los pezones, el aroma... Enojado por la lujuria de sus pensamientos, intentó convencerse de que solo se trataba de la reacción natural de cualquier hombre frente a una mujer seductora e inocente a la vez, pese a estar vestida con un par de pantalones vaqueros y un jersey. Al darse cuenta de que se había quedado mirándola extasiado y mudo, Matt comentó:

-Siempre me he preguntado de dónde habrías sacado ese hermoso rostro. Bien sabe Dios que no ha sido de tu padre.

Asombrada por el cumplido, tan inusual en él, y complacida de que la considerara hermosa incluso ahora que estaba a punto de cumplir los treinta, Meredith se lo agradeció con una sonrisa y un ligero encogimiento de hombros, porque en realidad no encontraba palabras.

-¿Cómo es que nunca hasta ahora he sabido quién era tu madre?

-No tuvimos mucho tiempo de hablar.

Porque estábamos demasiado ocupados haciendo el amor, pensó Matt, recordando aquellas noches interminables, con ella en sus brazos, intentando saciar su necesidad de satisfacerla y estar cerca de ella.

Confiando plenamente en él, Meredith le contó otra historia.

-¿Te suena el nombre de Industrias Consolidadas Seabord?

Matt repasó mentalmente una serie de nombres y hechos incoherentes que había acumulado en la memoria durante el transcurso de los años.

-En algún lugar del sudeste existen unas Industrias Consolidadas Seabord. En Florida, sí. Es una sociedad que al principio se componía de un par de grandes empresas químicas y que luego se diversificó abordando la minería, la industria aeroespacial, la manufacturación de componentes electrónicos y una cadena de farmacias.

-De supermercados -corrigió Meredith con aquella sonrisa que a él le despertaba el deseo de abrazarla y besarla-. Seabord fue fundada por mi abuelo.

-¿Y ahora es tuya? -le preguntó Matt, recordando de pronto que la presidenta de la firma era una mujer.

-No. Es de la mujer de mi abuelo y de sus dos hijos. Siete años antes de morir, mi abuelo se casó con su secretaria, y poco después adoptó a los hijos de esta. A su muerte, les dejó Seabord.

Matt se mostró impresionado.

-Debe de ser una gran mujer de negocios, puesto que ha convertido a Seabord en un conglomerado enorme y muy rentable.

La antipatía que Meredith sentía por aquella mujer la impulsó a negar sus supuestas dotes empresarias y financieras. Al hacerlo, dijo más de lo que pretendía en principio.

-Charlotte ha expandido la firma, pero cuando Seabord cayó en sus manos ya estaba diversificada. En realidad, poseía todo lo que la familia Bancroft había adquirido durante generaciones. Bancroft & Company, es decir, los grandes almacenes, constituía algo menos de la cuarta parte del valor total de nuestros bienes. Así que no es que ella haya levantado Seabord de la nada.

Meredith observó la expresión de sorpresa de Matt y comprendió que estaba pensando que el abuelo no había sido ecuánime en la redacción del testamento.

En otra ocasión, y bajo otras circunstancias, Meredith no habría desvelado tantas intimidades familiares, pero aquel era un día muy especial. En primer lugar, el placer de sentarse frente a Matt después de tantos años, y de hacerlo de una manera tan amistosa; luego, la satisfacción de estar reanudando una relación que nunca debió haber terminado mal. A todo eso había que añadir el hecho halagador de que Matt parecía sumamente interesado en escucharla. Sin olvidar el ambiente: fuera, la nieve se acumulaba en las ventanas, mientras allí dentro ellos estaban sentados frente al fuego de un hogar. Era una atmósfera propicia para las confidencias.

Como Matt se abstuvo cortésmente de hacer más preguntas, para no parecer demasiado curioso, Meredith siguió hablando:

-Charlotte y mi padre se detestaban, y cuando mi abuelo se casó con ella se produjo una ruptura tan profunda entre padre e hijo que nunca volvió a soldarse. Más tarde, y tal vez en represalia por la actitud airada de mi padre, el abuelo adoptó a los dos hijos de Charlotte. No supimos que lo había hecho hasta que se leyó el testamento. Mi abuelo dividió su fortuna en cuatro partes iguales, de las cuales una fue a parar a mi padre y las tres restantes a Charlotte y sus hijos. Ella controla las tres partes, claro.

-¿Hay cierto cinismo en tu voz cada vez que nombras a esa mujer?

-Es probable.

-Porque puso sus garras sobre tres cuartas partes de la fortuna de tu abuelo, y no sobre la mitad, que habría sido lo lógico -especuló Matt.

Meredith miró la hora, y al advertir que se hacía tarde para cenar se apresuró a añadir:

-La razón no es esa. Charlotte es la mujer más fría y dura que he conocido en mi vida. Creo que ensanchó a propósito el abismo que existía entre mi padre y mi abuelo, lo que en realidad no debió de costarle mucho. -Esbozó una sonrisa amarga-. Ambos, mi padre y mi abuelo, eran muy testarudos y de un genio imposible, es decir, que se parecían demasiado para que sus relaciones fueran pacíficas. Una vez los oí discutir por la forma en que mi padre dirigía Bancroft y mi abuelo le gritó que la única cosa inteligente que había hecho en su vida era casarse con Caroline, pero que incluso eso estaba echando a perder, al igual que estaba haciendo con el negocio. -Meredith miró el reloj como disculpándose-. Se ha hecho tarde y debes de estar hambriento. Prepararé algo para comer.

Matt cayó en la cuenta de que en efecto tenía hambre y también se levantó.

-¿Y estaba tu padre arruinando el negocio? -preguntó siguiéndola hasta la cocina.

Meredith rió y meneó la cabeza.

-No, estoy segura de que no. Mi abuelo tenía debilidad por las mujeres hermosas. Estaba loco por Caroline y se enfureció cuando Philip se divorció de ella. Fue él quien le dio a Caroline el paquete de acciones de Bancroft. Dijo que así su hijo recibía su merecido, porque sabría que por cada dólar de beneficio de los grandes almacenes una parte iría a parar a manos de mi madre.

-Parece un gran tipo -comentó Matt con sarcasmo.

La mente de Meredith estaba ya concentrada en la cena. Abrió el armario de la cocina buscando algo que pudiera sentarle bien a Matt. Este le resolvió el problema dirigiéndose a la nevera y sacando los bistecs.

-¿Qué te parece esto?

-¿Quieres comer algo tan pesado?

-Creo que sí. Hace días que no como como la gente normal. -A pesar de su interés por la cena, Matt se sentía extrañamente remiso a concluir aquella conversación, tal vez porque una charla tranquila entre ellos era una novedad. Una novedad, sí, aunque no tan increíble como tener allí a Meredith desempeñando el papel de la esposa devota y atenta a su marido convaleciente. Al quitarle el papel de aluminio a la carne, miró a Meredith de soslayo. Se estaba anudando una toalla a la cintura en lugar de un delantal. Con la esperanza de que siguiera hablándole, Matt bromeó acerca de una de las cosas que ella le había confiado.

-¿Te dice tu padre que estás arruinando los grandes almacenes?

Meredith puso el pan encima de la mesa y sonrió con gesto amargo.

-Solo cuando está de buen humor, que no es muy a menudo.

La joven se dio cuenta del sentimiento de compasión reflejado en los ojos de Matt, y de inmediato se propuso tranquilizarlo, convenciéndolo de que la cosa no era tan terrible.

-Resulta incómodo que me grite en las reuniones, pero los otros ejecutivos ya están acostumbrados a estas escenas. Además, todos pasan por lo mismo cuando les toca el turno, aunque no con la misma frecuencia. Mira, los ejecutivos se dan cuenta de que mi padre es la clase de hombre que detesta que alguien le demuestre su capacidad para hacer algo sin su consejo y sin sus intromisiones. Mi padre contrata a profesionales competentes y con buenas ideas, después los obliga a someterse a las suyas. Si una idea funciona, el mérito es suyo; si falla, tiene a un cabeza de turco. Los que lo desafían y no ceden obtienen ascensos y aumentos de sueldo, pero ninguna muestra de reconocimiento, ni siquiera las gracias. Y cuando de nuevo pretenden introducir una innovación, tienen que prepararse para la misma lucha de siempre.

-¿Y tú? -se interesó Matt, apoyándose contra la pared-. ¿Cómo llevas las cosas ahora que tienes las riendas en las manos?

Meredith se detuvo en su tarea de sacar cubiertos del cajón y clavó la mirada en Matt, recordando la reunión de este con sus ejecutivos, y de la que se había hecho una idea el día en que fue a visitarlo a su despacho. De repente distinguió el pecho desnudo de Matt entre las solapas del albornoz. Sus fuertes músculos, la piel bronceada, con abundante vello de pelo negro, le causó un efecto inesperado y perturbador. Exhaló una especie de suspiro y luego las miradas de ambos se encontraron.

-Llevo las cosas igual que tú -dijo, sin importarle que él hubiera advertido su sobresalto.

Matt arqueó las cejas.

-¿Cómo sabes cómo trato a mis ejecutivos?

-Te observé el día que fui a tu despacho. Siempre he sabido que hay un modo mejor de tratar a los ejecutivos que el que utiliza mi padre. Sin embargo, no estaba segura, temía parecer débil, femenina, si ensayaba un diálogo más abierto con el equipo el día que me hiciera cargo de la presidencia.

-¿Y qué? -la estimuló Matt, sonriendo.

-Y eso es lo que estabas haciendo con tu equipo el día que te vi. Sin embargo, nadie te acusaría

nunca de ser débil o afeminado. Así que -concluyó apresuradamente- decidí que sería igual que tú cuando creciera. En la cocina se produjo un silencio muy revelador. Meredith se sentía inquietamente tímida; Matt, mucho más complacido de lo que hubiera deseado admitir.

-Eso es muy halagador -dijo casi ceremoniosamente-. Gracias.

-De nada. Ahora siéntate mientras preparo la cena.

Cuando terminaron de comer, volvieron al salón y Meredith se dirigió a la librería y se puso a repasar libros y juegos. Había sido un día hermoso e inolvidable, y eso la hacía sentirse culpable ante Parker y vagamente inquieta por... algo que no sabía nombrar. En realidad se confesó con franqueza que sí sabía nombrarlo, aunque ignoraba por qué la afectaba tanto. En aquella casa se respiraba una masculinidad abrumadora que resultaba excesiva para su paz mental, un desmesurado encanto varonil y muchos recuerdos que despertaban de su letargo. No había previsto nada de eso cuando decidió acudir allí. No había esperado ver el pecho desnudo de Matt tan cerca de ella, o mejor dicho, no esperaba que esa visión le despertara recuerdos de otros tiempos. Tiempos en que Matt había estado encima de ella, dentro de ella...

Deslizó un dedo por los lomos de polvorientas novelas sin ni siquiera leer los títulos. Se preguntó ociosamente cuántas mujeres guardarían la memoria del cuerpo de Matt penetrándolas. Docenas, se dijo; no, centenares. Llena de curiosidad, dejó de condenarlo por sus hazañas sexuales y se percató de que no podía despreciar a esas mujeres que le habían ofrecido a Matt su cuerpo. Ya, como mujer adulta, reconocía lo que en su adolescencia solo entendía en parte, que Matt Farrell exudaba una audaz sexualidad y una poderosa masculinidad. Estas cualidades, por sí solas, constituían una atracción letal, pero si se les añadía que Matt poseía una gran fortuna y esgrimía un enorme poder, el cóctel resultante tenía que ser irresistible para la mayoría de las mujeres.

Sin embargo, para ella no. ¡En absoluto! Lo último que hubiera deseado era un imprevisible atleta sexual que llevaba tras él un ejército de mujeres jadeantes. Sin duda prefería un hombre seguro y de gran rectitud moral. Como Parker. No obstante, tuvo que admitir que gozaba con la compañía de Matt; quizá gozaba demasiado.

Sentado en el sofá, Matt la observaba con la esperanza de que no encontrara un libro para sumirse en la lectura durante el resto de la velada: Cuando vio que se quedaba contemplando los diversos juegos antiguos, pensó que tal vez se había fijado en el Monopoly... recordando aquella vez que jugaron con Julie.

-¿Te gustaría jugar? -preguntó Matt.

Ella volvió la cabeza y en su rostro había reflejada una inexplicable alarma.

-¿Jugar a qué?

-Creí que mirabas uno de los juegos... el que está encima de los otros.

Meredith reparó en el Monopoly y de su mente desaparecieron todas las preocupaciones Sería estupendo pasar las horas siguientes haciendo algo tan frívolo como jugar al Monopoly con Matt. Sonriéndole, estiró un brazo hacia el juego.

-¿Tú quieres?

De repente Matt tuvo tantas ganas de jugar como al parecer ella tenía.

-Supongo que sí -contestó, al tiempo que retiraba la manta del sofá para que los dos pudieran sentarse frente a frente con el tablero de por medio.

Al cabo de dos horas, Matt había arrasado con todo: las fichas verdes, las amarillas, las rojas, los cuatro ferrocarriles, las dos plantas industriales... El tablero estaba cubierto de casas y hoteles de su propiedad, y Meredith tenía que pagar alquiler cada vez que una de sus fichas aterrizaba en una de estas posesiones.

-Ese último movimiento te cuesta dos mil dólares -declaró Matt, encantado con la mujer que podía convertir una partida de Monopoly en uno de los mejores ratos de su vida-. ¡Suelta la pasta!

Meredith le lanzó una mirada límpida que hizo reír a Matt incluso antes de que ella abriera la boca.

-Solo me quedan quinientos. ¿Me concedes un préstamo?

-Ni hablar. He ganado. La pasta.

-Los grandes propietarios no tienen corazón -repuso al tiempo que depositaba el dinero en la mano abierta de Matt. Intentó fruncir el entrecejo y terminó sonriendo con él-. La primera vez que jugué contigo al Monopoly, cuando te adueñaste de todo lo mío y lo de Julie, debí haber comprendido que un día serías un famoso y rico tiburón de las finanzas.

En lugar de reír, Matt la miró un momento, antes de preguntar en voz baja:

-¿Habrían cambiado las cosas si lo hubieras sabido?

Meredith dio un respingo ante lo inesperado de una pregunta tan importante. Trató frenéticamente de encontrar una respuesta ingeniosa y evasiva. Optó por adoptar la actitud de una dama agraviada *y*

ofendida y, mientras recogía el juego, dijo:

-Señor Farrell, le agradeceré que no dé a entender que en mi adolescencia fui una mercenaria. Ya me ha humillado bastante esta noche adueñándose de mis propiedades.

-Es verdad --convino Matt, asombrado de haber exteriorizado sus sentimientos en un momento tan inoportuno. Además, se sentía furioso consigo mismo por preguntarse qué habría llevado a Meredith a desear casarse con él. Se levantó, se dirigió a la hoguera y apagó las brasas para evitar que el fuego se avivara durante la noche. Al terminar, se sentía de nuevo dueño de la situación.

-Hablando de dinero -musitó dejando el juego en su sitio-, si alguna vez vuelves a garantizar personalmente un crédito otorgado a tu compañía, insiste por lo menos en que el banco de tu novio te libere de la garantía dos o tres años más tarde. Es un período lo bastante largo para probarles que su préstamo es sólido..

Aliviada por el cambio de tema, Meredith se volvió hacia él e inquirió:

-¿Los bancos hacen eso?

-Pregúntaselo a tu novio. -De inmediato advirtió que su voz estaba impregnada de sarcasmo y se aborreció por la punzada de celos que sentía. Y aunque lamentaba lo que había dicho, sin quererlo añadió leña al fuego-: Si no está de acuerdo, te aconsejo que busques otro banquero.

Meredith se dio cuenta de que pisaba terreno resbaladizo, aunque no comprendía cómo se había metido en él.

-El Reynolds Mercantile -le explicó a Matt con paciencia- ha sido el banco de Bancroft durante casi un siglo. Estoy segura de que si conocieras el estado de nuestras finanzas estarías de acuerdo en que Parker se ha comportado de un modo más que razonable.

Irracionalmente enojado por la continua defensa de Parker, Matt dijo algo que había estado deseando preguntar durante toda la velada:

-¿Parker es responsable de esa cosa que llevas puesta en la mano izquierda?

Meredith asintió con la cabeza. Luego clavó en Matt una mirada cauta.

-Bueno, tiene un gusto horrible. Ese anillo es la prueba irrefutable.

Habló con tanto desdén acerca del anillo, que Meredith sintió que en su interior crecía la risa.

Matt arqueó las cejas con gesto desafiante, retándola a que negara lo que para él era evidente. Meredith tuvo que morderse un labio para no soltar una carcajada.

-Es una herencia de familia.

-Es horrible.

-Bueno, una joya familiar es...

-Es un objeto -concluyó Matt, interrumpiéndola-. Es un objeto que posee un profundo valor sentimental y es demasiado feo para poder ser vendido y a la vez demasiado valioso para arrojarlo al cubo de la basura.

Si Matt esperaba que Meredith se mostrara airada y ofendida, se llevó una decepción, porque la joven rió tanto que tuvo que apoyarse contra la pared.

-Tienes razón -dijo.

Observándola, Matt tuvo que repetirse que aquella mujer ya no significaba nada para él. Por fin consiguió apartar la mirada de su rostro encantador, y miró la hora en el reloj que había sobre la hoguera.

-Son las once -dijo-. Creo que será mejor que nos vayamos a la cama.

Sorprendida por su tono de voz, breve e imperativo, Meredith se apresuró a apagar la luz que había al lado del sofá.

-Lo siento. No debí haberte mantenido despierto hasta tan tarde. En realidad, no me había dado cuenta de la hora.

Como el carruaje mágico de Cenicienta que al final de la noche se convierte en una calabaza, el buen humor de ambos se desintegró en cuanto subían por la escalera camino de los dormitorios. Meredith presentía el cambio, pero no sabía a qué atribuirlo, mientras que Matt si sabía a qué se debía. Con frialdad la escoltó a la habitación de Julie y se despidió murmurando un cortés «buenas noches».

37

A medianoche Matt todavía estaba despierto, con los ojos cerrados y obsesionado con el hecho de que Meredith dormía al otro extremo del pasillo. A las doce y media se levantó de la cama, cogió el frasco de pastillas y se tragó una de las que causaban somnolencia como efecto secundario. A la una y cuarto de la madrugada volvió a tomar el frasco y engulló otro comprimido.

Las pastillas lo hicieron dormir, pero de inmediato empezó a soñar. Soñó con Metedith... desnuda. Le acariciaba ansiosamente el cuerpo, haciéndola gemir de placer. Él la penetraba y le provocaba un orgasmo tras otro, hasta que por fin ella se asustaba al ver que él no parecía capaz de detenerse.

-¡Matt, basta, me estás asustando!

Seguía penetrándola mientras ella le rogaba que se detuviera...

-¡Matt, por favor, basta!

Mientras le decía que estaba durmiendo...

-¡Basta, estás soñando!

Y lo amenazaba con llamar al médico...

-¡Si no te despiertas, voy a llamar a un médico!

Él no quería a un médico, quería a Meredith. Intentó ponerse encima de ella, pero la joven lo inmovilizó y colocó una mano sobre su frente... Le ofreció café...

-¡Por favor, despierta! Te he traído café...

-¿Café?

-¡Maldita sea, estás soñando! -le susurró al oído-. Y sonríes al soñar. Ya está bien, ¡despierta!

Fue la maldición lo que sacó a Matt de su sopor. Meredith nunca decía improperios, por lo que algo andaba mal en su sueño. Había un error...

Se obligó a abrir los ojos y su mirada tropezó con el hermoso rostro que tenía muy cerca. Se esforzó en volver a la realidad. Meredith se inclinaba sobre él y lo sostenía por los hombros. Parecía preocupada.

-¿Qué pasa? -le preguntó Matt.

Meredith lo soltó y se sentó a su lado en la cama, dejando escapar un suspiro de alivio.

-Te agitabas en la cama, y hablabas en voz tan alta que te oí desde mi habitación. No podía despertarte y me asusté, pero no tenías fiebre. Te he traído café -concluyó, y con un gesto señaló la mesita de noche. Matt se incorporó obedientemente. Se apoyó contra el respaldo de la cama y hundió una mano en el pelo, como intentando desprenderse de los últimos vestigios del sueño.

-Son esas pastillas -explicó-. En dos de ellas debe de haber la fuerza de una cabeza nuclear.

Meredith tomó el frasco y leyó la inscripción.

-Aquí dice que solo debes tomar una.

Matt no replicó. Tendió el brazo y cogió la taza de calé, que bebió con placer. Después reclinó la cabeza y cerró los ojos, y así permaneció durante unos minutos, permitiendo que el calor y la cafeína obraran el pequeño milagro.

Meredith recordaba los despertares de Matt. Sabía que durante los primeros minutos no pronunciaba palabra, así que se puso de pie y con aire distraído se dedicó a ordenar la mesita de noche, después puso el albornoz de Matt al pie de la cama. Cuando acabó, se topó con la mirada de Matt, ya más alerta; su rostro parecía relajado, casi juvenil, y muy apuesto.

-¿Te sientes mejor? -le preguntó Meredith, sonriendo.

-Mucho mejor. Preparas un gran café.

-Se supone que toda mujer posee una especialidad culinaria, para lucirla cuando se presenta la ocasión.

Matt reparó en el brillo divertido de los ojos de la joven y sonrió perezosamente.

-¿Quién dijo eso? -quiso saber.

-Lo leí en una revista en el consultorio del dentista -aseguró ella, reprimiendo la risa-. Mi gran especialidad es el café. Bien, ¿quieres desayunar?

-Depende. Si vas a servirlo en botellas y frascos como ayer, no -bromeó Matt.

-Yo en tu lugar lo pensaría mejor antes de insultar a la cocinera. Bajo la pileta hay un detergente que parecería azúcar si lo pusiera en el tazón de cereales.

Matt se echó a reír y luego apuró el resto del café.

-En serio -le dijo Meredith, sonriéndole desde el pie de la cama. Era una diosa dorada vestida con pantalones vaqueros; un ángel de pícara mirada-. ¿Qué quieres desayunar?

Te quiero a ti, pensó Matt mientras una oleada de deseo se adueñaba de su cuerpo. La quería a ella de desayuno. Anhelaba arrastrarla a la cama, hundir las manos en su sedosa cabellera y gozar de su cuerpo atormentado por el deseo. Quería sentir las manos de Meredith, quería poseerla y hacerla gemir, pidiendo más y más.

-Cualquier cosa que hagas -musitó Matt, tapándose con las mantas para que Meredith no viera que estaba excitado-, lo tomaré en la cocina, después de ducharme.

Cuando Meredith salió, Matt cerró los ojos y apretó los dientes, atrapado entre la rabia y la incredulidad. A pesar de todo lo ocurrido en el pasado, ella aún ejercía el mismo poder sobre él. ¡Y si solo se tratara de lujuria! Eso podría perdonárselo, pero en cambio, aquel repentino deseo de fundirse en ella una vez más, de ser... amado por ella.

En los últimos diez años se había acostado con docenas de mujeres, todas más experimentadas de lo que era Meredith cuando la dejó embarazada. Sin embargo, con todas ellas el acto sexual no había sido más que un simple placer físico compartido. En cambio, con Meredith fue un acto de profunda y mortificante belleza. Así lo había sentido él entonces, tal vez porque estaba tan loco por ella que no

fue capaz de establecer la diferencia entre la imaginación y la realidad. A los dieciocho años Meredith lo había cautivado, pero ahora, a los veintinueve, era una amenaza aún mayor para su equilibrio mental, porque los cambios que se habían producido en ella lo intrigaban y atraían. A la sofisticación juvenil de Meredith se añadía ahora un toque de elegancia, aunque en sus ojos aun brillaba la misma dulce vulnerabilidad. Su sonrisa pasaba de provocativa a luminosa, según su humor. En su adolescencia Meredith poseía un candor que a él le encantó y sorprendió; ahora era una brillante mujer de negocios que no obstante todavía parecía tan natural como siempre. Y lo más sorprendente era que no daba importancia a su belleza, o si lo hacía, nadie podría adivinarlo. Matt la había observado el día anterior y no la había visto mirarse al espejo del comedor ni siquiera un instante. La belleza de Meredith había madurado y su figura había adquirido un exuberante esplendor, que le permitía resultar tan atractiva vestida con vaqueros y jersey como con el abrigo de piel y el vestido negro que luciera el día del almuerzo.

A Matt le ardía la sangre, poseído por el deseo de explorar y acariciar las nuevas curvas que la joven había adquirido. De pronto, su mente traicionera le presentó una tentadora solución: si la poseía una vez más, solo una vez, tal vez se apagara aquella sed, aquel deseo ardiente que ella le inspiraba. Y por fin Meredith saldría para siempre de su vida. Maldiciendo en silencio, Matt saltó de la cama y se puso el albornoz. Era una locura pensar en acostarse con ella... aunque solo fuera una vez.

¿Acostarse con ella de nuevo? Se detuvo en seco. Por primera vez desde que Meredith llegara se sentía capaz de pensar con lucidez, sin la interferencia de las pastillas y de la enfermedad, ¿Para qué diablos había ido Meredith hasta allí?

La joven había respondido a esta pregunta: «Quiero una tregua...».

Bien, se la había concedido. Así pues, ¿por qué no se había marchado? Sin duda no había viajado hasta allí para jugar al ama de casa. De modo que debía de haber alguna otra razón para quedarse y traerle el café a la cama, cuidarlo y hacer todo lo posible para desarmarlo una vez mas.

De pronto, la respuesta cayó sobre él como un jarro de agua fría. Su propia estupidez por no haberse dado cuenta antes lo dejó perplejo. ¿Acaso no había dicho Meredith que deseaba el terreno de Houston y que Bancroft no podía permitirse el lujo de pagar treinta millones de dólares por él?

¡Ahí estaba! Esa mujer era una droga. Le había anestesiado la mente. Quería arrancarle el terreno de Houston por el precio de veinte millones, lo pagado por Intercorp. Y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por conseguir su propósito. Su abyecta disculpa, el presunto deseo de una tregua, su comportamiento de dulce esposa... Todo había sido urdido con el propósito de bajar sus defensas, de barrerlas y hacerle capitular. Asqueado por la hipocresía de la mujer, y también por su propia estupidez, Matt se dirigió a la ventana, descorrió la cortina y vio que la nieve cubría el camino de salida de la casa. Lo perseguía la imagen de Meredith sentada a su lado en la cama, mansamente. «Lo aceptaré como penitencia», creyó recordar que había dicho ella.

¿Penitencia?, pensó Matt, furioso. ¿Mansedumbre? Meredith no tenía en todo su ser el menor asomo de mansedumbre. Ella y su padre pisotearían sin remordimiento alguno a todo el que se interpusiera en su camino, y lo harían convencidos de que era su derecho divino. Meredith había aprendido a ser tenaz, ese era su único cambio. Sin duda se metería en la cama con él si con ello conseguía el terreno de Houston. Al pensarlo, Matt sintió repugnancia, no lujuria.

Volviéndose, cogió del suelo su maleta, la abrió y sacó el teléfono móvil que siempre llevaba consigo. Cuando en la casa vecina Sue O'Donell contestó la llamada, Matt la informó breve e impacientemente del estado de la familia y después añadió:

-Mi casa está bloqueada por la nieve. ¿Quieres pedirle a Dale que limpie el camino de entrada?

-Claro que sí -le respondió enseguida la mujer-. Regresará esta tarde y te lo enviaré de inmediato.

Furioso por este aplazamiento, pero sin otra alternativa, Matt colgó y luego se metió en el cuarto de baño. Antes de que su lujuria lo indujera a hacer algo que luego lamentaría, algo que le costaría el poco orgullo que le quedaba, era necesario sacar a Meredith de la casa. Ahora solo tenía que encontrar las llaves del BMW. Recordaba vagamente la noche en que ella llegó. Se había agachado cerca de la rueda delantera, la del asiento del conductor. Por allí debían de estar las dichosas llaves. La idea de tener que sumergirse y escarbar en la nieve le resultaba menos desagradable que tener a Meredith bajo su mismo techo durante otro día entero con su correspondiente noche. Si no encontraba las llaves, le haría un puente al coche. Cuando abrió el grifo de la ducha se preguntó si el coche tendría una alarma electrónica que lo desconectaría si le hacía el puente. En ese caso intentaría otra cosa, todo menos permitir que Meredith se quedara. En cuanto el camino estuviera despejado, le concedería cinco minutos para recoger sus cosas y largarse de allí.

38

Todavía abotonándose la camisa, Matt bajó con decisión por la escalera. Meredith se volvió al verlo

cruzar el umbral de la cocina mientras se ponía una chaqueta de cuero. Luego observó cómo se dirigía a la puerta de la casa.

-¿Adónde vas?

-A buscar tus llaves. ¿Recuerdas dónde te cayeron?

Sorprendida, Meredith se disponía a responder cuando vio la expresión crispada de la cara de Matt.

-Se me cayeron al pasar por delante del capó, pero no hay razón para que salgas a buscarlas ahora...

-Sí que la hay -repuso él con acritud-. Esta farsa ya ha durado bastante. Y no pongas esa cara de sorpresa, Meredith. Estás tan aburrida como yo de esta comedia de felicidad conyugal. -La joven se estremeció al oír estas palabras. Era como si la hubieran abofeteado. Pero Matt no había acabado-. Admiro tu tenacidad, Meredith. Quieres el terreno de Houston por veinte millones y además un divorcio rápido y amistoso, sin publicidad. Te has pasado dos días cuidándome y engatusándome para conseguir ambas cosas. Bueno, tu intento ha fracasado. Ahora vuelve a la ciudad y compórtate como la buena ejecutiva que eres. Llévarne a los tribunales por el asunto de Houston y pide el divorcio, pero déjate de farsas ridículas. El papel de esposa humilde y enamorada no te sienta bien, y debes de estar tan harta de él como lo estoy yo.

Giró sobre los talones y abriendo la puerta, salió. Meredith permaneció con la mirada fija, sintiendo una mezcla de pánico y decepción. ¡Matt había dicho que aquellos dos días habían sido una farsa aburrida! Secándose unas lágrimas de frustración, se mordió un labio e intentó concentrarse en el guiso que estaba preparando. Era obvio que había dejado pasar las mejores oportunidades para contarle a Matt que no había abortado voluntariamente, y por otra parte, no tenía la más remota idea de lo que lo había puesto de tan malhumor. ¡Cómo le disgustaba que Matt fuera tan voluble! Siempre había sido así. Una nunca sabía qué estaba pensando o qué iba a hacer. Antes de salir de su casa de Chicago, ella estaba decidida a contarle la verdad de lo ocurrido hacía once años, pero ahora dudaba de que a él le importara, aun en el caso de que la creyera. Cogió un huevo y lo rompió con tanta fuerza contra un lado de la sartén que la yema se derramó fuera del recipiente.

Matt estuvo buscando las llaves durante diez minutos, pero su esfuerzo resultó inútil. Cuando la humedad traspasó los guantes, renunció. Mirando por la ventanilla del vehículo, comprobó el sistema de alarma y le pareció que solo podía desconectarse con la propia llave del coche. Aunque forzara la portezuela con una ganzúa y entrara para hacerle el puente al maldito automóvil, su sistema de alarma lo dejaría paralizado.

-El desayuno está listo -anunció Meredith, inquieta, entrando en el salón después de haber oído el portazo que dio Matt al volver al interior de la casa-. ¿Has encontrado las llaves?

-No -dijo él, esforzándose por mantener la calma-. Hay un cerrajero en la ciudad, pero los domingos no está.

Meredith sirvió el desayuno, huevos revueltos, y se sentó frente a él. Intentando desesperadamente restaurar siquiera la sombra de la relación del día anterior, preguntó en voz baja.

-¿Te importaría decirme por qué de pronto has decidido que este fin de semana ha sido un aburrido complot que yo he urdido?

-Digamos que con la salud he recuperado también el buen juicio -se limitó a responder Matt.

Durante los diez minutos del desayuno ella trató de entablar conversación, pero Matt siempre le contestó con monosílabos. Apenas terminó de comer, se puso en pie y anunció que se iba al salón a embalar las cosas.

Meredith lo observó salir de la cocina. El corazón se le contrajo, pero empezó a limpiar cacerolas y a poner las cosas en su sitio corno un autómata. Cuando terminó, se dirigió al salón.

-Hay mucho que guardar -comentó, decidida a encontrar el modo de recuperar a Matt-. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

Matt percibió el ruego que encerraban esas palabras y una nueva oleada de lujuria volvió a poseerlo. Se irguió y se quedó mirándola. Podrías subir conmigo y ofrecerme tu cuerpo, pensó.

-Haz lo que quieras.

Meredith se preguntó por qué de pronto él la consideraba aburrida e irritante. Patrick había dicho que su hilo había enloquecido de dolor al descubrir lo del presunto aborto, y que casi le costó la vida su negativa de recibirlo en el hospital. Meredith pensó que su suegro exageraba, pero ahora estaba segura de que no era así, y esa certeza la hizo sentirse desesperada. Sin embargo, no la sorprendió. Matt siempre había sido un hombre capaz de asumir grandes responsabilidades, pero era imposible saber qué pensaba y qué sentía. Confiando contra toda esperanza que mejoraría su humor si lo dejaba solo, Meredith se pasó la mañana guardando ropa de cama y el contenido de los armarios. Matt le había dicho durante el desayuno que donarían la ropa a una organización de caridad. Los recuerdos familiares, en cambio, había que conservarlos.

A mediodía bajó a la planta baja. Almorzaron sándwiches; y aunque Matt no se mostró amistoso,

por lo menos contestó siempre que ella le hizo alguna pregunta. Meredith supuso que estaba de mejor humor.

Cuando terminó de limpiar la cocina, lanzó una mirada de satisfacción al resultado de su obra, se dirigió al salón, donde Matt estaba metiendo en cajas libros y una cantidad de objetos más o menos triviales pero sin duda de gran valor sentimental. Meredith se detuvo en el umbral de la puerta, viendo cómo la camisa que llevaba Matt se ajustaba a su cuerpo con el movimiento de sus músculos. Él se había cambiado los pantalones vaqueros después de buscar las llaves en la nieve, y en su lugar se había puesto unos grises que se ceñían a sus caderas y a lo largo de sus piernas musculosas.

Meredith tuvo la tentación de rodearle por detrás la cintura con los brazos y apoyar la mejilla contra su espalda. Se preguntó cómo reaccionaría él. Lo más probable era que se la sacara de encima con rudeza.

Mentalizada para el rechazo, avanzó hacia Matt, pero después de haber soportado durante horas su imprevisible temperamento, ella también estaba nerviosa y a punto de estallar. Observó cómo él ponía cinta adhesiva a la última caja de libros.

-¿Puedo hacer algo para ayudarte? -preguntó.

-No lo creo, porque he terminado -contestó él sin molestarse en volver la cabeza.

Meredith se puso rígida y sus mejillas enrojecieron de ira. Hizo un último esfuerzo para ser cortés.

-Voy al cuarto de Julie a empaquetar unas cosas que dejó. ¿Quieres que antes te prepare una taza de café?

-No -repuso Matt.

-¿Alguna otra cosa?

-¡Por el amor de Dios! -estalló él, volviéndose-. Deja de actuar como una esposa paciente y lárgate de aquí.

La ira asomó a los ojos de Meredith, que apretó los puños y luchó contra el deseo de llorar y abofetear a Matt.

-Está bien -replicó, tratando de mantener en lo posible la dignidad-. Puedes preparar tu maldita comida y comértela solo. -Se encaminó hacia la escalera.

-¿Qué diablos quieres decir con eso? -le exigió Matt.

Ella estaba ya en el rellano. Se volvió y lo miró como una diosa altiva y enfadada, la cabellera cubriéndole los hombros.

-Quiero decir que eres una compañía detestable.

Era mucho peor que eso, y Matt se habría mofado del insulto de no estar furioso consigo mismo por desearla. Allí mismo, de pie en el rellano, lanzándole una mirada furiosa, la deseaba. Observó cómo le volvía la espalda y se alejaba por el pasillo. Se acercó a la ventana, intranquilo. Colocando la mano en el alféizar, miró al exterior y vio que el camino de entrada estaba libre de nieve. Era obvio que Dale O'Donell se había presentado mientras él y Meredith almorzaban.

Permaneció unos minutos junto a la ventana, con las mandíbulas apretadas, luchando contra el impulso de subir al primer piso y averiguar si Meredith deseaba de veras el terreno de Houston hasta el punto de acostarse con él. Había modos peores de pasar un día invernal, pero no mejor venganza que dejar que Meredith trepara a su cama para luego dejarla marchar con las manos vacías. De pronto vaciló, quizá por culpa de un vago escrúpulo... o un sentimiento de supervivencia. Apartándose de la ventana, cogió la chaqueta del armario y volvió a salir, esta vez dispuesto a encontrar las llaves. Las vio a solo unos centímetros de donde antes había abandonado la búsqueda.

-El camino está despejado -anunció entrando en la habitación de Julie. Meredith estaba guardando álbumes de recortes en una caja-. Recoge tus cosas.

Ella se volvió, herida por su tono glacial, viendo morir sus esperanzas de una tregua, de un retorno al ambiente del día anterior. Reunió todo el valor de que fue capaz y, lentamente, terminó de envolver el último álbum. Ahora que habla llegado el momento de contarle la verdad de lo sucedido tantos años antes, esperaba una reacción al estilo de «con franqueza, querida, me importa un bledo». Pensar en esa posibilidad la desesperaba. Si él estaba furioso, ella también, después de haber tolerado tanto sarcasmo y tanta frialdad. Con cuidado, colocó el álbum en la caja, después se incorporó y clavó la mirada en Matt.

-Antes de marcharme, hay algo que quiero contarte.

-No me interesa -replicó él con voz cortante y dando un paso hacia delante-. ¡Vete!

-No me iré hasta que te haya dicho lo que he venido a decirte. -Matt la agarró del brazo y ella gritó, alarmada.

-¡Meredith! -exclamó él a su vez-. ¡Basta de charla y empieza a moverte!

-¡No puedo! -estalló la joven, liberándose de un tirón-. ¡No tengo las llaves!

Entonces Matt vio que había un maletín junto a la cama. No se acordaba muy bien de los detalles de la llegada de Meredith. No obstante, si ella hubiera tenido un maletín, creía que lo recordaría. Meredith entró en la casa sin nada en las manos. Así pues, había sacado el maletín del coche. Debía de

tener otro juego de llaves. Matt cogió de encima de la cómoda el bolso de Meredith y derramó su contenido sobre la cama. Entre los objetos desparramados estaba el juego de llaves de repuesto.

-Así que no podías marcharte -masculló con voz aguda.

Presa de la desesperación y del pánico, Meredith se le acercó y sin pensarlo, le colocó las manos en el pecho.

-Matt, por favor, escúchame... -Vio cómo él clavaba la mirada en sus manos audaces, para luego observar su rostro. Entonces advirtió que también en Matt se había producido un cambio, aunque no supo atribuirlo a su verdadera causa: el contacto de sus manos sobre el pecho. La crispación había desaparecido de las facciones de Matt, su cuerpo se había relajado y sus ojos, duros e indiferentes un momento antes, ahora la interrogaban con calma. Incluso su voz había sufrido una metamorfosis: era blanda y suave.

-Adelante, querida, habla. No me perderé una sola palabra que salga de tu boca.

Meredith se sintió alarmada al contemplar aquellos ojos grises, pero necesitaba seguir adelante. Ni siquiera notó que las manos de Matt se deslizaban con lentitud e insistencia por sus brazos desnudos. Respirando hondo para recuperar cierto equilibrio, inició el discurso que había estado ensayando durante toda la mañana.

-El viernes por la noche fui a tu casa porque quería hablarte...

-Eso ya lo sé -interrumpió Matt.

-Lo que no sabes es que tu padre y yo mantuvimos una furiosa conversación.

-Estoy seguro de que no te enfureciste, querida -puntualizó él con velado sarcasmo-. Una mujer tan refinada como tú nunca caería tan bajo.

-Pues caí-replicó Meredith, dispuesta a no detenerse-. Verás, tu padre me ordenó que me mantuviera alejada de ti. Me acusó de haber destruido a nuestro hijo y de haber estado a punto de hacer pedazos tu vida. Al principio yo no sabía... no sabía de qué estaba hablando.

-Estoy seguro de que la culpa la tuvo él por no saberse explicar...

-Deja de hablar con esa condescendencia -le advirtió Meredith con una mezcla de pánico y desesperación-. Estoy intentando que me comprendas.

-Lo siento, me he perdido. ¿Qué debo entender?

-Matt, yo no aborté voluntariamente. Fue un aborto espontáneo. ¿Lo entiendes? ¡Espontáneo! -repitió al tiempo que escrutaba las facciones impasibles de Matt.

-Ya veo -susurró él. Su mirada se desplazó a la boca de la joven, mientras deslizaba una mano hasta su cuello-. Tan hermosa... -susurró-. Siempre has sido tan condenadamente hermosa.

Perpleja, Meredith era incapaz de moverse. Lo miró fijamente, y tratando de adivinar sus pensamientos y dudando de que él hubiera aceptado su explicación de un modo tan fácil y sereno.

-Tan hermosa... -repitió Matt, aumentando la presión en el cuello-. ¡Y tan mentirosa!

Antes de que Meredith pudiera pensar en una respuesta, su boca se vio atrapada por la de Matt. La obligó a besarlo, pero aun así consiguió que los labios de la joven se separaran. Entonces él hundió los dedos en la cabellera y con suavidad hizo retroceder la cabeza de Meredith, para finalmente introducir la lengua en su boca.

Meredith comprendió que lo único que pretendía era castigarla y degradarla, pero en lugar de resistirse, como obviamente esperaba Matt, le rodeó el cuello con los brazos, se pegó a su cuerpo y le devolvió el beso con toda la ternura y la dolorosa contrición de su corazón. Trataba de convencerlo de que le estaba diciendo la verdad. Matt se quedó rígido, como dispuesto a separarla violentantente, luego lanzó un gemido casi inaudible, la atrajo aún más y la besó con tanta pasión que las defensas de la joven se derrumbaron. Él volvió a besarla, y Meredith notó la rigidez del miembro masculino.

Cuando por fin él levantó la cabeza, Meredith estaba demasiado aturdida para comprender de inmediato el significado de su cáustica pregunta.

-¿Utilizas algún método anticonceptivo? Antes de meternos en la cama para que me demuestres lo mucho que deseas el terreno de Houston quiero asegurarme de que no pasará lo mismo que la otra vez. No quiero otro aborto.

Meredith dio un paso atrás y en su rostro aparecieron el asombro y el ultraje.

-¿Aborto? -inquirió con voz queda-. ¿Es que no has oído lo que acabo de decir? ¡Yo no aborté!

-¡Maldita sea, no me mientas!

-Tienes que escucharme.

-No quiero seguir hablando -replicó Matt con rudeza, y volvió a besarla.

Esta vez Meredith luchó frenéticamente, pues quería que la escuchara antes de que fuera demasiado tarde. No sin dificultad, se liberó del abrazo de Matt.

-¡No! -vociferó colocando las manos en el pecho de Matt y apoyando la cabeza contra la pared. Él la tomó por el cuello, y Meredith se resistió con la fuerza del terror y el pánico, desprendiéndose de su abrazo-. ¡No aborté! ¡No aborté! -gritó de nuevo al tiempo que retrocedía, jadeante. Escupía las palabras con el dolor y la furia reprimidos durante tanto tiempo. El cuidadoso discurso que había

preparado desapareció de su mente y en su lugar produjo un torrente de palabras angustiadas-: Estuve a punto de morir a causa del aborto. Ningún médico te arrancaría un niño de seis meses en circunstancias normales...

Minutos antes, los ojos de Matt brillaban de deseo, ahora contemplaban el cuerpo de Meredith con salvaje desprecio.

-Al parecer lo hacen si papá ha donado un ala entera al hospital.

-No se trata solo de una cuestión jurídica. ¡Es algo muy peligroso para la madre!

-Ya lo creo, puesto que estuviste internada casi dos semanas.

Meredith se dijo que él había pensado en todo eso desde hacía tiempo y que había alcanzado sus propias conclusiones, lógicas pero erróneas. Nada de lo que dijera serviría. Esta evidencia la hizo sentirse tan desolada que, ladeando la cabeza, contuvo las lágrimas de frustración que le asomaban a los ojos. Sin embargo, no cesó de hablar.

-¡Por favor! -le imploró con voz rota y transida-. Escúchame. Tuve una hemorragia, perdí el niño, le pedí a mi padre que te enviara un telegrama para informarte de lo ocurrido y rogarte que vinieras. Nunca imaginé que te mentiría ni que te impidiera el acceso al hospital, pero según me contó tu padre, eso es lo que hizo. -Por fin no pudo evitar echarse a llorar-. ¡Creí que te amaba! Te esperé en el hospital. Te esperé, te esperé, te esperé. Pero no apareciste-añadió entre sollozos.

Inclinó la cabeza y sus hombros se estremecieron con su llanto desatado. Matt la veía, pero algo en su mente le impedía reaccionar y lo mantenía inmóvil. Meredith había mencionado a su padre, al mismo hombre que, en su estudio, pálido de ira, le dijera a él unas palabras que ahora adquirían sentido: «Tú te crees duro, Farrell, pero aún no sabes lo que es ser duro. No me detendré ante nada para librar a Meredith de tus garras». Estas habían sido más o menos sus palabras. Después, agotada su ira, le había pedido a Matt que se llevaran bien, por Meredith. Bancroft pareció entonces sincero. Había aceptado el matrimonio, aunque a disgusto. ¿Lo había aceptado?, se preguntaba de pronto Matt. «No me detendré ante nada para librar a Meredith...»

Entonces Meredith alzó la mirada, aquellos ojos heridos de un verde azulado. Paralizado por la incertidumbre, Matt la miró a la cara y lo que vio le estremeció. Sus ojos llorosos, implorantes; ojos llenos de verdad, de una verdad desnuda y desgarradora, insoportable.

-Matt -murmuró ella dolorosamente-. Tuvimos una niña...

-¡Oh, Dios mío! -gimió él al tiempo que la atraía hacia sus brazos-. ¡Oh, Dios!

Meredith se aferró a él, la mejilla húmeda contra su pecho, incapaz de contener el llanto, el terrible dolor, ahora que estaba en sus brazos.

-Le... le puse de nombre Elizabeth, pensando en tu madre.

Matt apenas la oyó, atormentado por la imagen de Meredith en el hospital, sola en un cuarto de hospital, esperándolo en vano.

-¡Por favor, no! -imploró al destino, estrechando a Meredith más fuerte entre sus brazos-. ¡Por favor, no!

-No pude ir al funeral -continuó ella con voz ronca- porque estaba demasiado enferma. Mi padre dijo que él sí fue... ¿Crees que en eso también mintió?

La agonía que sintió Matt al oír lo del funeral y lo de la enfermedad de Meredith fue indescriptible.

-¡Oh, cielos! -gimió acariciando la espalda y los hombros de Meredith, intentando inútilmente remediar el daño que contra su voluntad le había causado años atrás. Ella levantó el rostro bañado en lágrimas buscando apoyo.

-Le dije que se asegurara que Elizabeth tuviera docenas de flores en su funeral. Debían ser flores rojas. Tú... tú no crees que mintió cuando me dijo que lo había hecho...

-¡Las envió! -le aseguró Matt con firmeza-. Estoy seguro de que lo hizo.

-No podía soportar la idea de que Elizabeth no tuviera flores.

-¡Oh, por favor, querida! -suplicó Matt con voz rota-. No sigas. No más.

A través de la nube de su propio dolor y alivio, Meredith se dio cuenta de que la angustia estrangulaba la voz de Matt, vio que la pena le devastaba el rostro... y sintió una gran ternura brotando de su corazón.

-No llores -susurró, y sus propias lágrimas rodaban por sus mejillas cuando levantó la cabeza y deposito una mano en el rostro de Matt-. Ya ha pasado todo. Tu padre me contó la verdad y por eso estoy aquí. Tenía que explicarte lo que realmente había sucedido. Tenía que pedirte perdón...

Echando atrás la cabeza, Matt cerró los ojos y tragó saliva, tratando de deshacer el nudo que tenía en la garganta.

-¿Perdonarte? -farfulló por fin en un susurro entrecortado-. Perdonarte ¿qué?

-El odio que he sentido hacia ti durante todos estos años.

Matt abrió los ojos y contempló aquel hermoso rostro.

-No es posible que me hayas odiado tanto como yo me estoy odiando en estos momentos.

El corazón de Meredith se aceleró al percibir el remordimiento de Matt. Siempre había parecido tan invulnerable, que ella lo consideraba incapaz de albergar un sentimiento profundo. Quizá su propio juicio había estado nublado por la juventud y la inexperiencia. Fuera lo que fuese, ahora solo quería consolarlo.

-Ya ha pasado, no pienses más en ello -susurró con dulzura, pero era una exhortación inútil, pues en el largo silencio que siguió ambos no hicieron más que pensar en el pasado.

-¿Sufriste mucho dolor? -inquirió Matt finalmente, rompiendo el silencio.

Meredith insistió en que no pensara en eso, pero pronto comprendió que él quería participar, aunque fuera retrospectivamente, de la experiencia sufrida por ella y que ambos deberían haber compartido. Asimismo, Matt le ofrecía la oportunidad tardía de que buscara en él el consuelo que antaño había necesitado. Poco a poco, Meredith se dio cuenta de que también ella deseaba ese consuelo, incluso ahora. Entre los brazos de Matt, sentía la caricia de su mano en los hombros, en el cuello, como un bálsamo. Y de pronto no tenía veintinueve años, sino dieciocho, y él veintitrés, y ella lo amaba. Él era la fuerza, la seguridad y la esperanza.

-Estaba durmiendo cuando empezó -desveló Meredith-. Algo me despertó. Me sentía extraña y encendí la luz, Al mirar vi que las sábanas estaban empapadas de sangre. Grité... -Se interrumpió y luego se forzó a seguir-. La señora Ellis había vuelto de Florida justo aquel día. Me oyó, despertó a mi padre y alguien llamó una ambulancia. Empezaron los dolores y le pedí a mi padre que la llamara y llegaron los enfermeros. Recuerdo que me sacaron de casa en camilla y que corrían. También recuerdo el sonido de la sirena aullar en la noche. Traté de cubrirme los oídos, pero me estaban haciendo una transfusión y me sujetaban los brazos. -Meredith exhaló un tembloroso suspiro, insegura de poder continuar sin echarse de nuevo a llorar. Pero con el abrazo de Matt, Meredith reunió el valor necesario para seguir hablando-. Mi siguiente recuerdo es el latido de una máquina, una habitación de hospital y toda clase de tubos de plástico en mi cuerpo mientras otra máquina vigilaba el pulso de mi corazón. Era de día y había una enfermera a mi lado, pero cuando le pregunté por nuestro bebé, me dio unos golpecitos afectuosos en la mano y me dijo que no me preocupara. Le pregunté también si podía verte y me respondió que todavía no habías llegado. Cuando volví a abrir los ojos, era de noche y estaba rodeada de médicos y enfermeras. También a ellos les pregunté por el bebé y me contestaron que mi médico estaba en camino y que todo saldría bien. Sabía que me mentían. De modo que les pedí... bueno, les ordené -se corrigió sonriendo con tristeza- que te dejaran entrar porque sabía que a ti no se atreverían a mentirte.

Matt intentó sonreír, pero no fue más que un amago. Ella apoyó la cabeza en su pecho.

-Me dijeron que no estabas. Poco después entró un médico acompañado de mi padre y todos los demás salieron...

Meredith se detuvo, temerosa del siguiente recuerdo. Matt, adivinando lo que sentía, le acarició suavemente la mejilla. Ahora la cabeza de la joven descansaba sobre su pecho a la altura del corazón, cuyos rítmicos latidos parecieron insuflarle vida.

-Sigue -murmuró él, con voz entrecortada por el dolor y la ternura-. Ahora estoy aquí y no te dolerá tanto esta vez.

Meredith le creyó. Instintivamente, sus manos se deslizaron del pecho a los hombros de Matt, aferrándose con fuerza a ellos, como en busca de apoyo; pero a pesar de sus esfuerzos, sollozaba y apenas era capaz de hablar.

-El doctor Arledge me dijo que habíamos tenido una niña y que se había hecho todo lo humanamente posible por salvarle la vida, pero que había sido inútil porque era muy pequeña. -Tenía el rostro bañado en lágrimas-. ¡Muy pequeña! -repitió con un fuerte sollozo-. Yo creía que al nacer las niñas tenían que ser pequeñas. Pequeña es una palabra tan bonita, tan... femenina.

Sintió los dedos de Matt en la espalda y eso le dio fuerza. Tras un hondo suspiro, abordó la última parte de su relato.

-Al parecer, no respiraba bien. El doctor Arledge me preguntó qué deseaba hacer y cuando me di cuenta del alcance de su pregunta, es decir, si quería que la niña tuviera un nombre y un funeral, le supliqué que me dejara verte, Mi padre se enfureció con el médico por alterarme y a mí me dijo que te había enviado un telegrama, pero que no habías venido. El médico insistió en que tenía que decidirme pronto, pues la situación no podía prolongarse durante días. Así que me vi obligada a tomar una decisión. -Con un hilo de voz agregó-: La llamé Elizabeth porque creí que te gustaría, y le dije a mi padre que encargara docenas de flores rojas para el funeral. También le dije que todas las tarjetas debían ser de nosotros dos y contener las palabras «te quisimos».

-Gracias -susurró Matt, y Meredith se dio cuenta de que también él estaba llorando.

-Y entonces te esperé -dijo ella con un suspiro entrecortado-. Esperé tu llegada fervientemente porque pensé que si estabas conmigo me sentiría más reconfortada.

Cuando por fin terminó de hablar, Meredith se sintió liberada.

Se produjo un silencio que Matt rompió con voz mucho más serena.

-El telegrama de tu padre llegó tres días después de su envío. Decía que habías sufrido un aborto y que no querías saber nada de mí, excepto para el divorcio, que ya estabas gestionando. De todos modos tomé un avión y acudí a tu casa, donde una de las sirvientas me informó de dónde estabas. Pero cuando llegué al hospital, me dijeron que habías dado órdenes de no dejarme pasar. Volví al día siguiente con un plan para eludir la vigilancia en el ala Bancroft del hospital, pero ni siquiera pude llegar hasta el guardia de seguridad. A las puertas me esperaba un policía que esgrimía un mandato judicial, asegurando que cometería un delito si entraba en el edificio.

-Y durante todo ese tiempo -susurró Meredith-, yo estaba dentro esperando tu llegada.

-Te aseguro -dijo Matt con voz tensa- que de haber imaginado que existía una posibilidad, una sola posibilidad de que desearas verme, ningún mandato judicial, ninguna fuerza de este mundo me habría impedido el paso.

Ella trató de tranquilizarlo con una sencilla verdad.

-De todos modos, no podrías haberme ayudado.

Matt se puso rígido.

-¿No?

Meredith negó con la cabeza.

-Hicieron por mí todo lo posible desde el punto de vista médico, como antes lo habían hecho por Elizabeth. ¿Qué podías hacer tú? -Meredith se sentía tan aliviada por haberle contado la verdad que abandono su orgullo y dio otro paso adelante-. A pesar de lo que hice poner en las tarjetas, en el fondo de mi corazón conocía tus sentimientos hacia mí y hacia la niña.

-¿Cuáles eran mis sentimientos? -inquirió Matt con voz ronca.

Sorprendida por la repentina tensión de su voz, Meredith echó atrás la cabeza y sonrió dulcemente para demostrarle que en sus palabras no había el menor asomo de crítica.

-La respuesta es tan obvia ahora como lo era entonces. Tú estabas atrapado por nosotras dos. Una noche te acostaste con una adolescente virgen que hizo todo lo que sabía para seducirte y que era tan estúpida que no utilizó ningún anticonceptivo. Y mira lo que sucedió.

-¿Qué sucedió, Meredith?

-¿Qué sucedió? Ya sabes qué sucedió. Fui a buscarte para darte la noticia y tú hiciste lo más noble: casarte con una chiquilla a la que no deseabas.

-¿Que no deseaba? -estalló Matt con una voz dura que no encajaba con sus palabras-. Yo te he deseado todos los días de mi triste vida.

Meredith lo miró fijamente. La expresión de su rostro era de duda, pero también de gozo. Parecía hipnotizada.

-Tampoco estás en lo cierto con respecto a lo demás -añadió Matt, suavizando la expresión. Le cubrió la cara con las manos y con un dedo le secó las lágrimas-. De haber podido verte en el hospital te habría ayudado.

-¿Cómo? -preguntó Meredith con un susurro entrecortado.

-Así -replicó él, y sin dejar de acunarle el rostro besó sus labios. Fue un beso tan exquisitamente tierno que la joven volvió a echarse a llorar. La lengua de Matt recorrió el surco de sus lágrimas-. Te habría sacado del hospital y llevado a casa, te habría sostenido en mis brazos, así... -añadió abrazándola Meredith notó su aliento en el oído y se estremeció-. Una vez recuperada, habríamos hecho el amor y más tarde, cuando lo hubieras deseado, te habría dado otro bebé. -Al empujarla lentamente hacia la cama Meredith supo de inmediato lo que él deseaba. También sabía que no estaba bien que él le quitara el suéter y le desabotonara los vaqueros. Sin embargo, la dulzura de fingir, solo una vez, que aquello era realidad y que el pasado no había existido, que había sido solo una pesadilla susceptible de ser alterada, era superior a ella.

Su corazón lo deseaba desesperadamente, pero la razón le decía que iba a cometer un error.

-Es un error -susurró cuando Matt se le puso encima con el pecho y los brazos desnudos. Bronce.

-No lo es -replicó él con firmeza, y sus labios insistentes la obligaron a abrir la boca.

Meredith cerró los ojos y dejó que empezara el sueño. Solo que en este sueño ella no era simplemente un observador, sino parte activa, al principio dubitativa y tan tímida y torpe como lo había sido siempre que se había enfrentado a la audaz sexualidad de Matt y a su infalible experiencia. La boca de él jugueteaba con la suya, avivando el placer y el deseo; con la lengua le recorría los labios y se detenía en las comisuras, mientras que las manos se deslizaban incansablemente por su cuerpo con una languidez arrebatadora. Así, una mano se acercaba al pecho solo para detenerse poco antes de apoderarse de él. Se detenía, como al acecho, y solo un dedo la acariciaba. La joven gemía con una mezcla de creciente placer e inhibición. Con incertidumbre, deslizó las manos por el pecho musculoso de Matt. Entonces la boca de él se hizo más exigente y sus manos ya casi rozaban los pechos de Meredith, que se sentía morir de deseo. Por fin Matt introdujo la lengua en la boca de la joven y sus manos tomaron posesión de aquellos pechos. Al rozarle los pezones, Meredith profirió el grito que había estado reprimiendo. A partir de ese momento su inhibición desapareció. El cuerpo se arqueó y las

manos recorrieron frenéticamente los musculosos brazos de Matt, mientras la boca se abría más y su lengua buscaba la de él. De pronto Matt dejó de besarla y Meredith emitió un gemido de protesta, pero cuando de inmediato sintió la lengua de él deslizándose por su cuello hasta alcanzarle los pechos, para detenerse luego en los pezones, Meredith se sintió perdida en un mar de deseo. Sintió cómo las manos atrevidas de su amante exploraban la intimidad de su sexo, deleitándose en su húmeda excitación hasta que ella, retorciéndose, estrechó el ardiente abrazo que los unía.

Matt advirtió el momento exacto en que el cuerpo de Meredith se le rendía incondicionalmente; sintió que la tensión la abandonaba; que relajaba las piernas, que las abría. Al colocarse encima de ella el corazón le latía con una fuerza inusitada, su cuerpo temblaba, hasta las mismas piernas. Ya no pensaba en la esperanza de prolongar esa unión increíble, solo importaba poseer a Meredith una vez más. Se le hincharon las venas de los brazos, cerró instintivamente los ojos y se esforzó en que su miembro se abriera paso centímetro a centímetro, luchando con el deseo de embestirla en el acto.

Cuando Meredith arqueó las caderas y le acarició los hombros al tiempo que pronunciaba su nombre, el control de Matt empezó a flaquear. Abrió los ojos, la miró y se sintió perdido. Aquello no era un producto de su febril imaginación: la muchacha a la que amó era ahora la mujer que tenía en sus brazos; el hermoso rostro que había atormentado sus sueños estaba a unos centímetros del suyo, arrebolado de deseo, la larga cabellera desparramada sobre la almohada. Ella lo había esperado en el hospital y no había querido desembarazarse de él ni del niño. Se había presentado en la casa desafiando su más que probable desprecio... y además le había pedido perdón. Recordándolo, Matt se sintió intensamente conmovido, pero aún habría podido dominarse si la joven no hubiera elevado más las caderas implorando que la penetrara. El movimiento de su cuerpo y la dulzura de su voz le arrancaron un gemido y el no pudo contenerse por más tiempo. Ambos se entregaron al placer y estallaron en un estremecedor orgasmo. Entrelazados, Matt siguió moviéndose como si quisiera compensar los años perdidos. Meredith lo siguió y pronto su cuerpo empezó a convulsionarse de nuevo, dejando a Matt exhausto y vacío; vacío, excepto por un sentimiento abrumador de gozo y de paz.

Se derrumbó a su lado, la piel ardiente, la respiración entrecortada. La atrajo hacia sí, la abrazó, hundió los dedos en su pelo. Todavía unido a ella, permaneció en silencio, pasándole la mano por la espalda, deleitándose en la sensación de hallarse en el interior de Meredith, disfrutando del roce de sus labios...

Matt cerró los ojos, lleno de admiración por todo lo que ella era y por todo lo que le había hecho desear ser. Hacía once años que le habían robado el cielo y ahora lo encontraba de nuevo. Esta vez haría lo que fuera necesario para conservarlo. Antes no tenía nada que ofrecerle, excepto a sí mismo. Ahora podía darle el mundo... incluido él mismo.

Sintió que la respiración de Meredith se normalizaba y se hacía cada vez más débil. Se estaba durmiendo. Matt sonrió, un poco avergonzado por su falta de control, que a ambos los había dejado exhaustos tan pronto. Le permitiría dormir durante una hora, él mismo dormiría también un poco, y luego volvería a hacerle el amor de manera más adecuada y concienzuda. Después hablarían. Tendrían que hacer planes. Aunque sospechaba que Meredith se resistiría a romper su noviazgo solo a causa de lo que acababa de ocurrir, Matt sabía que podría convencerla de una sencilla verdad. Habían nacido para estar juntos. Estaban hechos el uno para el otro...

Arrancado de su sueño por un ruido en la casa, Matt abrió los ojos y miró algo confuso el espacio vacío a su lado. El cuarto estaba en penumbra y cambió de postura para mirar de reojo su reloj. Eran casi las seis. Se apoyó en un codo, sorprendido porque había dormido casi tres horas. Se quedó inmóvil un momento, escuchando, tratando de pensar dónde estaría Meredith. Pero el primer sonido que oyó fue el más inesperado de todos. Provenía de fuera y era el motor de un vehículo.

Durante un instante de bendita ignorancia decidió que Meredith, preocupada por quedarse sin batería en el frío, había salido. Matt saltó de la cama y se peinó con la mano al tiempo que se dirigía a la ventana. Descorrió la cortina e intentó abrir la ventana para gritarle que él se encargaría del coche. Pero entonces vio las luces del BMW, que se alejaba hacia la carretera principal.

Se quedó tan asombrado que su primera reacción fue de miedo, porque Meredith iba demasiado rápido. Y de pronto comprendió. ¡Se había marchado! Al principio su mente fue incapaz de asimilar el golpe. ¡Ella había saltado de la cama para desvanecerse en la noche! Maldiciendo en silencio, Matt encendió la luz, se puso los pantalones y se quedó de pie con las manos en las caderas, la mirada clavada en la cama vacía, como embobado. No podía creer que Meredith huyera como si hubieran hecho algo de lo que se avergonzara y a lo que no pudiera enfrentarse a la luz del día.

Entonces vio la nota sobre la mesita de noche. Meredith había escrito algo en una hoja de su libreta. Matt la cogió de un manotazo, con la loca esperanza de que hubiera escrito que se alejaba solo para ir de compras o algo así. Leyó febrilmente:

Matt: lo que ha sucedido esta tarde no debió haber ocurrido. Ha estado mal por parte de ambos. Supongo que es comprensible, pero de todos modos estuvo mal. Terriblemente mal. Tenemos nuestras propias vidas y planes de futuro, y a gente que nos ama y confía en nosotros. Haciendo lo que hemos hecho los hemos traicionado. Me avergüenzo de ello. E incluso así, siempre recordaré este fin de semana como algo hermoso y especial. Gracias.

Matt se quedó perplejo. Miró con ira el papel y se sintió como si lo hubieran... violado. No, en realidad había sido utilizado como un semental a quien se le paga, alguien a quien se recurre para pasar un rato «especial», y a quien después se arroja a la calle.

¡Meredith no había cambiado en todos esos años! Seguía siendo una mimada egocéntrica, tan convencida de su superioridad que ni siquiera se le ocurría pensar que tal vez alguien de cuna menos privilegiada pudiera valer algo. No, no había cambiado, todavía era un ser cobarde, todavía...

Asombrado, se reprochó que su ira pudiera borrar de un plumazo el recuerdo de todo lo que había descubierto esos dos días. Por unos minutos la había juzgado basándose en todo lo malo que creyó de ella en los últimos once años. Era una costumbre y no la realidad. La realidad era lo que había sabido de ella en esa habitación, verdades tan bellas y dolorosas que le habían llegado al alma. Meredith no era una cobarde, nunca había huido de él ni había querido librarse de su embarazo. Ni siquiera se amedrentaba ante un padre tiránico al que había estado enfrentándose diariamente durante años. Meredith fue una adolescente que creyó haberse enamorado de él y que después lo esperó en un hospital. Había pedido flores para el bebé, le había puesto de nombre Elizabeth, pensando en... Y cuando él no llegó, Meredith recogió los fragmentos de su vida, obtuvo un título universitario y se enfrentó a lo que la vida quisiera depararle. Incluso ahora, Matt se estremecía al pensar en las cosas que le había dicho durante las últimas semanas. ¡Cómo debió de odiarlo ella!

La había amenazado, humillado... y sin embargo, cuando ella supo la verdad por boca de Patrick, desafió una tormenta de nieve para ir hasta allí y deshacer el equívoco. Y lo hizo sabiendo que sería recibida con la más brutal hostilidad. Su mujer, decidió con creciente orgullo, no huía de cosas que harían salir corriendo a la mayoría de los seres humanos.

Pero hoy había huido de él.

¿Qué la habría hecho escapar como a un conejo asustado cuando por primera vez en todo el fin de semana podía haber surgido una armonía total entre ambos?

Repasó mentalmente lo sucedido durante los dos últimos días, en busca de respuestas. Recordó a Meredith en el momento de estrecharle la mano al sellar la tregua. Como si la ocasión hubiera tenido una gran trascendencia para ella, los dedos le temblaban al extender la mano. La había visto sonreír con sus límpidos y brillantes ojos azules. Y la había oído decirle que deseaba ser como él cuando fuera mayor. Pero naturalmente, lo que más y mejor recordaba era cómo había llorado en sus brazos mientras le contaba lo ocurrido con el bebé... cómo lo había abrazado, apretándose a él con la misma naturalidad con que lo hizo en la cama, y cómo había gemido bajo su cuerpo, casi arañándole la espalda con las uñas; cómo, en fin, su cuerpo recibió el suyo con el mismo exquisito y aplastante ardor con que lo hiciera cuando tenía dieciocho años.

Matt se irguió lentamente, como aturdido por el descubrimiento que acababa de hacer. ¡Era tan obvio! Estaba seguro de que si Meredith había huido era porque lo ocurrido entre los dos la noche anterior le había causado el mismo impacto que había sufrido él. En tal caso, sus planes de futuro con Parker y el resto de su vida peligraban.

Meredith no era cobarde, sino prudente. Así lo advirtió él cuando ella le habló de los grandes almacenes. Se arriesgaba, pero solo cuando la recompensa era grande y los riesgos más o menos insignificantes. Eso había dicho abajo, en el salón.

Teniendo en cuenta esa premisa, con toda seguridad Meredith no iba a poner en peligro su futuro apostando por un hombre como él. Y no iba a echársele en los brazos, a caer perdidamente enamorada de un sujeto tan imprevisible. Por lo menos, haría todo lo posible para evitarlo. Las consecuencias de haber hecho el amor con él eran demasiado abrumadoras para que Meredith se sintiera con fuerzas para enfrentarse a ellas. La última vez que lo hizo su vida se había convertido en un infierno. Matt comprendió que, en opinión de Meredith, un futuro con él estaba casi con certeza condenado al fracaso, mientras que por otra parte la recompensa...

Matt sonrió. La recompensa era mayor de lo que ella pudiera imaginar. Ahora solo tendría que convencerla, lo que sin duda llevaría cierto tiempo, porque Meredith no estaría dispuesta a ceder fácilmente. En realidad, y tal como se había marchado, a Matt no le sorprendería que estuviera a punto de tomar un avión hacia Reno o cualquier otro lugar donde pudiera cortar los lazos legales que la unían a él. Cuanto más lo pensaba, más seguro estaba de que eso era lo que Meredith haría.

No obstante, estaba completamente seguro de dos cosas: Meredith todavía sentía algo por él y, además, iba a ser su esposa con todas las de la ley. Para conseguir este último objetivo estaba

dispuesto a mover cielo y tierra. Incluso olvidaría el placer de enfrentarse al cretino de su padre y dejarla huérfana.

En mitad de sus reflexiones Matt pensó en algo que lo alarmó: las carreteras por las que iba a circular Meredith todavía tendrían tramos traicioneros a causa del temporal de nieve, y sin duda ella no estaría lo bastante centrada para conducir.

Salió de la habitación de Julie y se dirigió con rapidez a la suya.

Del maletín sacó el teléfono móvil e hizo tres llamadas. La primera, al nuevo jefe de policía de Edmunton. Matt deseaba que un agente estuviera al acecho de un BMW negro, en el paso superior, y que discretamente lo escoltara hasta Chicago para asegurarse de que la conductora no cometiera imprudencias. Era una petición insólita, pero el jefe de policía se mostró más que dispuesto a complacerlo: Matthew Farrell había contribuido a su campaña con una cuantiosa suma.

La segunda llamada fue al domicilio de David Levinson, el socio más antiguo de Pearson y Levinson. Matt le pidió que acudiera a su despacho, acompañado de su socio Pearson, a la mañana siguiente a las ocho en punto. Levinson accedió enseguida, porque no en vano Matthew Farrell le pagaba a la firma doscientos cincuenta mil dólares anuales a cambio de poner a prueba todas sus habilidades jurídicas donde y cuando el cliente lo requiriera.

La tercera y última llamada fue a Joe O'Hara. Matt le ordenó que fuera a buscarlo de inmediato. Joe se negó, aunque su jefe le pagaba un gran sueldo a cambio de estar siempre disponible. Pero el guardaespaldas de Matt se consideraba también su amigo y protector, y no quería proporcionarle un medio de escape si Meredith deseaba que se quedase.

-¿Está todo arreglado entre vosotros?

Matt frunció el entrecejo ante tal resistencia, que no tenía precedentes.

-No del todo -repuso con impaciencia.

-¿Tu mujer está ahí todavía?

-Se ha ido.

La voz de O'Hara sonó tan triste que el enojo de Matt desapareció al comprobar una vez más la lealtad de su chófer y guardaespaldas.

-¿La has dejado marchar, Matt?

La voz de Matt sonó alegre.

-Voy tras ella. Ahora muévete, O'Hara.

-Voy para allá.

Matt dejó el teléfono en su sitio, se asomó a la ventana y empezó a pensar en la estrategia a poner en práctica el día siguiente.

39

-Buenos días -la saludó Phyllis el lunes por la mañana. Pero cuando Meredith pasó junto a ella en silencio, dos horas más tarde que de costumbre, en la expresión de la secretaria apareció un reflejo de preocupación-. ¿Algo va mal? -preguntó al tiempo que se levantaba de su nuevo escritorio y seguía a Meredith al interior del despacho presidencial. La señorita Pauley, que durante veinte años había sido secretaria de Philip Bancroft, había decidido tomarse unas largas y bien merecidas vacaciones mientras el jefe estuviera ausente.

Meredith se sentó a su escritorio, se acodó sobre la mesa y se masajeó las sienes. Todo iba mal.

-Nada realmente -mintió-. Tengo un poco de dolor de cabeza. ¿Hay llamadas telefónicas?

-Un montón -contestó Phyllis-. Voy a buscar la lista y de paso te traeré café. Creo que te hace falta.

Meredith la siguió con la mirada y luego se reclinó en el sillón, con la sensación de haber envejecido cien años desde que el viernes saliera de esa oficina. Aparte de haber vivido el fin de semana más catastrófico, se las había arreglado para demoler su orgullo al acostarse con Matt; había traicionado a su prometido y, aun peor, había huido de Matt dejándole una nota. La culpa y la vergüenza la habían atormentado durante todo el viaje de vuelta, que hizo acompañada por un policía loco de Indiana que la siguió desde Edmunton a Chicago, aminorando la marcha cuando ella también lo hacía, acelerando cuando ella aceleraba y no alejándose hasta casi llegar al edificio en que ella vivía. Cuando por fin entró en su apartamento, se sentía avergonzada y llena de temor; y eso fue antes de poner en marcha el contestador automático y escuchar los mensajes de Parker.

Parker había llamado el viernes por la noche para decirle que la quería y necesitaba oír el sonido de su voz. El mensaje del sábado por la mañana delataba cierta incertidumbre debida al silencio de Meredith. Por la noche, Parker dejó un mensaje lleno de preocupación, preguntando si Philip había enfermado en el crucero. En el mensaje del domingo por la mañana aseguraba que estaba muy alarmado y que iba a llamar a Lisa. Por desgracia, Lisa le había explicado lo sucedido con Matt,

añadiendo que Meredith había ido a la casa de la familia de él, en Edmunton, con el fin de sacarlo de su error y aclararlo todo. Parker volvió a llamar el domingo por la noche y sus primeras palabras estaban llenas de ira.

«¡Llámame, maldita sea! Quiero creer que tienes una buena razón para pasar el fin de semana con Farrell, si eso es lo que has hecho, pero se me están agotando las excusas. -Meredith soportó esta andanada mejor que las palabras siguientes de Parker, llenas de confusión y ternura-. Cariño, ¿dónde estás realmente? Sé que no estás con Farrell. Lamento lo que dije, mi imaginación me está jugando malas pasadas. ¿Está de acuerdo con el divorcio? ¿Te ha asesinado? Estoy terriblemente preocupado por ti.»

Meredith cerró los ojos, intentando desterrar la sensación de catástrofe inminente para poder así seguir adelante con el trabajo. La nota que le dejó a Matt había sido cobarde e infantil, y no podía comprender por qué había sido incapaz de quedarse allí hasta que él despertara y entonces despedirse de una manera civilizada, como una persona adulta y madura. Cada vez que se acercaba a Matthew Farrell hacía y decía cosas insólitas bajo circunstancias normales. ¡Cosas estúpidas, erróneas, peligrosas! En menos de dos días a su lado había arrojado por la borda todos sus escrúpulos, olvidando lo que más le importaba: mantener los principios y la decencia. En lugar de eso se había acostado con un hombre al que no amaba y había traicionado a Parker. Su conciencia estaba en plena ebullición.

Pensó en cómo había reaccionado en la cama, con Matt. La sangre afluyó a sus mejillas. A los dieciocho años la impresionaba que Matt pareciera conocer todos los puntos sensibles de su cuerpo, las palabras justas para arrojarla a un deseo frenético e irreprimible. Descubrir ahora, a los veintinueve, que aquel hombre seguía ejerciendo el mismo poder sobre ella la llenaba de desesperada vergüenza. El día anterior le había implorado que la poseyera, cuando con su propio novio era tan pudorosa en la cama.

Meredith se detuvo en seco. Aquellos pensamientos no le hacían justicia a Matt ni a ella misma. Las cosas que contó el día anterior habían producido en él un profundo impacto. Se habían acostado juntos como un modo de... consolarse mutuamente. Matt no utilizó la historia como un pretexto para llevársela a la cama, o al menos, pensó Meredith con nerviosismo, no lo parecía.

Advirtió, alarmada y frustrada, que de nuevo estaba distorsionando el asunto y concentrándose en datos falsos. Sentarse allí, a punto de llorar de remordimiento y obsesionada con algo tan estúpido como la destreza sexual de Matt, era contraproducente. Necesitaba emprender una acción, hacer algo para desterrar ese extraño pánico sin nombre que crecía en su interior desde el momento en que abandonara la cama de Matt. A las cuatro de la madrugada había llegado a ciertas conclusiones y alcanzado una decisión. Tenía que dejar de pensar en los problemas y poner manos a la obra.

-He tenido que esperar a que se hiciera el café -comentó Phyllis mientras se acercaba al escritorio de Meredith. Llevaba una humeante taza en una mano y un puñado de tiras de papel rosado en la otra-. Aquí tienes los mensajes. No olvides que has cambiado el horario de la reunión de los ejecutivos para esta mañana a las once.

Meredith trató de no parecer tan acorralada y triste como en realidad se sentía.

-Está bien, gracias. ¿Quieres ponerme con Stuart Whitmore? Y trata de localizar a Parker en su hotel, en Ginebra. Si no está, deja un mensaje.

-¿Qué hago primero? -le preguntó Phyllis con su alegre eficiencia.

-Llamar a Whitmore. -En efecto, lo primero que se había propuesto hacer era comunicar su decisión a Stuart. Después hablaría con Parker y trataría de explicárselo todo. Explicar ¿qué?, se preguntó miserablemente.

Intentando pensar en algo menos desagradable empezó a revisar las llamadas telefónicas, sin conseguir concentrarse a fondo en lo que hacía. Pero cuando iba por la mitad el corazón le dio un vuelco. Según uno de los mensajes, el señor Farrell había llamado a las nueve y diez minutos.

El zumbido del intercomunicador arrancó a Meredith de la absorta contemplación del mensaje de Matt. Vio que ambos botones de sus líneas telefónicas estaban encendidos.

-Tengo al señor Whitmore en la línea uno -anunció Phyllis cuando Meredith contestó la llamada-, y al señor Farrell en la línea dos. Dice que es urgente.

A Meredith se le aceleró el pulso.

-Phyllis -repuso con voz temblorosa-, no quiero hablar con Matt Farrell. ¿Quieres decirle que en lo sucesivo nos comunicaremos por medio de nuestros respectivos abogados? Infórmale también de que estaré fuera de la ciudad durante un par de semanas. Sé cortés con él -concluyó-, pero también firme. -Se notaba el nerviosismo en su voz.

-Comprendo.

Cuando Meredith observó que la luz intermitente de la línea dos no se apagaba, empezaron a temblarle las manos. Phyllis le estaba dando el mensaje a Matt. Estuvo a punto de levantar el auricular, pensando que debía hablar con él para saber qué quería. Retiró la mano del teléfono. ¡Qué

Librodot

importaba! Tan pronto como Stuart le dijera dónde podía obtener un divorcio por la vía más rápida, se divorciaría y al demonio con Matt y sus pretensiones. Meredith había llegado a la conclusión de la necesidad de un divorcio fulminante a primeras horas de la madrugada, después de haberlo pensado mucho.

Ahora que entre ella y Matt ya no había enemistad, sabía que él no llevaría a la práctica las amenazas que profirió en el coche el día que salieron a comer. Todo eso era historia pasada.

Se apagó la luz en la línea dos y Meredith no pudo resistir la tensión. Llamó a Phyllis por el intercomunicador y le ordenó que fuera a su despacho.

-¿Qué te ha dicho?

Phyllis tuvo que reprimir una sonrisa de desconcierto ante el evidente nerviosismo de su jefa y amiga.

-Que lo comprende.

-¿Eso es todo?

-Después preguntó si tu viaje es repentino e imprevisto, y le contesté que sí. ¿Hice bien?

-No lo sé -contestó Meredith, desorientada-. ¿Hizo algún comentario cuando dijiste que mi viaje era repentino?

-No exactamente.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Se echó a reír, aunque con disimulo. Lo que llamanamos una risita ahogada. Después me dio las gracias y se despidió.

Por alguna razón que no acertaba a desentrañar, la reacción de Matt causó a Meredith una aguda inquietud.

-¿Nada, nada más? -insistió al ver que Phyllis no se movía del umbral.

-Me estaba preguntando -añadió la secretaria con voz queda-, quiero decir... ¿crees que ha salido de veras con Michelle Pfeiffer y Meg Ryan, o eso son inventos de las revistas de cine?

-Seguro que ha salido con ellas -respondió Meredith, luchando por mantener la expresión serena.

Phyllis señaló con la cabeza el teléfono.

-¿Has olvidado que Stuart Whitmore espera en la línea uno?

Horrorizada, Meredith tomó el teléfono al tiempo que le pedía a Phyllis que cerrara la puerta.

-Stuart, siento haberte hecho esperar -empezó disculpándose. Se pasó una mano nerviosa por la frente para arreglarse el pelo-. No he empezado el día con buen pie.

Stuart parecía divertido.

-No es mi caso. Una mañana fascinante, gracias a ti.

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que de pronto los abogados de Farrell quieren parlamentar. David Levinson me llamó esta mañana a las nueve y media, tan lleno de buena voluntad que uno creería que ese arrogante hijo de puta ha tenido una profunda experiencia religiosa durante el fin de semana.

-¿Qué te ha dicho exactamente? -inquirió Meredith con el corazón latiéndole con fuerza.

-Bueno, primero me dio una conferencia sobre la santidad del matrimonio, sobre todo entre católicos. Meredith, deberías haber oído el tono piadoso de su voz. -Stuart sofocó una risa-. Levinson, un judío ortodoxo, anda por su cuarto matrimonio y por la sexta amante. ¡Dios, no podía creer tanta hipocresía!

-¿Qué le dijiste?

-Le dije que era un caradura -contestó Stuart, y luego abandonó el intento de que Meredith viera el lado cómico de la situación, porque era evidente que no podía-. Está bien, olvidemos eso. Según Levinson, su cliente está dispuesto, así de repente, a concederte el divorcio de manera rápida, lo que me parece extraño. Lo extraño siempre me pone nervioso, ¿sabes?

-No es tan extraño -puntualizó Meredith, tratando de ignorar el pensamiento irracional pero doloroso de que Matt la dejaba tirada en la cuneta después de haberse acostado con ella. Se dijo que él estaba haciendo lo correcto al poner fin a las hostilidades de inmediato-. Estuve con Matt este fin de semana y hablamos.

-¿De qué? -Al verla vacilar, añadió-: A tu abogado debes decírselo todo. Levinson se muestra de pronto ansioso de un encuentro y eso me pone en guardia en todo sentido. Huelo una emboscada.

Meredith comprendió que no era justo ni inteligente ocultar a Stuart casi todo lo sucedido durante el fin de semana. Empezó a explicarle su descubrimiento de que Matt había comprado el terreno de Houston y de ahí pasó a la confrontación con Patrick Farrell.

-Matt estaba demasiado enfermo para escucharme cuando llegué a su casa de Edmunton, pero ayer le conté la verdad y me creyó. -No completó la historia, y evitó decirle que se había acostado con Matt. Nadie tenía derecho a saberlo, excepto quizá Parker.

Cuando terminó de hablar, Stuart permaneció en silencio durante tanto tiempo que Meredith temió que hubiera adivinado la verdad; pero cuando por fin oyó la voz de su abogado, se desvaneció su

sospecha.

-Al parecer Farrell controla mejor su temperamento de lo que yo controlo el mío. En su lugar, estaría buscando a tu padre para matarlo a tiros.

Meredith, que se reservaba el derecho de atacar a su padre para cuando regresase del crucero, pareció no oír la observación de Stuart.

-En mi opinión Matt se muestra conciliador por lo que acabo de contarte.

-Se muestra más que conciliador -replicó Stuart con cierta ironía-. Según Levinson, Farrell está muy preocupado por tu bienestar. Quiere llegar a un acuerdo económico contigo. También se muestra dispuesto a venderte el terreno de Houston en condiciones favorables para ti. Claro que cuando Levinson me lo dijo yo no sabía de qué me estaba hablando.

-Ni quiero ni tengo derecho a un acuerdo económico con Matt -repuso Meredith con firmeza-. Y si está dispuesto a venderme el terreno de Houston, mejor, pero no veo la necesidad de una reunión con sus abogados. He decidido ir a Reno o a cualquier otra parte para obtener el divorcio de inmediato. Por eso te llamaba, para que me dijeras adónde me conviene ir para que sea rápido y, por supuesto, legal.

-Ni hablar de eso -repuso Stuart lisa y llanamente-. Si intentas algo así, Farrell retirará su oferta.

-¿Qué te hace pensar eso? -exclamó Meredith. Empezaba a sentir que un cerco fatal se cerraba alrededor de ella.

-Levinson lo ha dejado bien claro. Parece que su cliente quiere que la cosa se haga de manera apropiada o que no se haga. Si te niegas a ver mañana a Farrell o intentas un divorcio rápido, su oferta con respecto al terreno de Houston se cancela definitivamente. Levinson me ha dado a entender que si no cumples con estas dos condiciones su cliente lo interpretará como prueba de mala voluntad de tu parte. -Stuart concluyó con voz irónica-: Me inquieta descubrir que la fama de fría crueldad de Farrell solo es una coraza para ocultar sus buenos sentimientos. ¿No crees?

Meredith se hundió en el sillón. Por un momento, la distrajo el paso de un grupo del comité ejecutivo que por su despacho se dirigían a la sala de conferencias anexa.

-No sé qué pensar -admitió-. He juzgado a Matt tan duramente tanto tiempo que no sé con certeza qué clase de persona es.

-Está bien -declaró Stuart con tono alegre-. Mañana a las cuatro lo sabremos. Farrell quiere que la reunión se celebre en su despacho. Estaréis vosotros dos, sus abogados y yo. Puedo cancelar una cita. ¿Nos vemos allí o quieres que pase a buscarte?

-¡No! No quiero ir. Puedes representarme.

-Ni hablar. Tienes que ir. Según Levinson, su cliente se muestra inflexible con respecto al lugar, la hora y los asistentes. La inflexibilidad -añadió Stuart, volviendo a su tono irónico- es un rasgo muy extraño para un hombre tan benévolo y generoso como los abogados de Farrell nos quieren hacer creer que es.

Acorralada, Meredith miró su reloj. Era la hora de la reunión. Se resistía a perder el terreno de Houston, sobre todo ahora que Matt estaba dispuesto a vendérselo. Pero también prefería evitar la tensión emocional que suponía tener que tratar con él cara a cara.

-Aunque obtengas el divorcio en Reno -prosiguió Stuart, puesto que Meredith permanecía en silencio-, después tendrás que solucionar el problema de los bienes. Aquí hay un enredo de once años que puede ser aclarado con facilidad si Farrell colabora, pero si no acabará inevitablemente en los tribunales.

-¡Cielos, qué lío! -masculló Meredith sin fuerzas-. Está bien, te veré en el vestíbulo de Intercorp a las cuatro. Prefiero no tener que subir sola.

-Lo entiendo -contestó Stuart amablemente-. Hasta mañana. Mientras tanto no pienses en el asunto.

Meredith intentó seguir su consejo al sentarse en la silla presidencial de la sala de conferencias.

-Buenos días -dijo con una sonrisa tan viva como artificial-. Mark, ¿quieres empezar tú? ¿Hay algún problema en el departamento de seguridad?

-Uno bien gordo -respondió Mark-. Hace solo cinco minutos se ha producido una amenaza de bomba en nuestra sucursal de Nueva Orleans. Están sacando a la gente y la brigada antiexplosivos se dirige hacia allí.

Todos los presentes prestaron gran atención.

-¿Por qué no se me notificó? -quiso saber Meredith.

-Tus dos líneas estaban ocupadas, así que el gerente siguió el procedimiento habitual y me llamó a mí.

-Pero tengo una línea directa.

-Lo sé, y también lo sabe Michaelson. Por desgracia se dejó llevar por el pánico y no encontró tu número.

A las cinco y media de la tarde, después de un día de fuerte tensión e impotente espera, Meredith

recibió por fin la ansiada noticia. La brigada antiexplosivos de Nueva Orleans no había encontrado rastros de explosivos en los grandes almacenes y se disponían a desmantelar la barrera erigida en torno al edificio. Esta era la buena noticia, pero había una mala: el establecimiento había perdido un día de ventas en el periodo más activo del año.

Relajada por el alivio y el cansancio, Meredith se lo notificó a Mark Braden y luego llenó el portafolios de documentos para seguir trabajando en su casa. Parker aún no había vuelto a llamar, pero ella sabía que lo haría en cuanto recibiera su mensaje.

Ya en su apartamento, arrojó en un sillón el abrigo, los guantes y el portafolios y se encaminó al contestador automático, porque Parker podría haber llamado. Pero la luz roja no estaba encendida. La señora Ellis había estado allí y había dejado una nota al lado del teléfono, en que la informaba de que había hecho la compra semanal en lugar del miércoles, pues ese día tenía que ir al médico.

El prolongado silencio de Parker inquietaba cada vez más a Meredith. En el dormitorio empezó a temer que su novio podía hallarse en esos momentos en un hospital suizo, o aun peor, calmando sus heridas amorosas con otra mujer, bailando en alguna sala de fiestas de Ginebra... Deja de pensar en eso, deja de pensar en eso, se repitió. La mera proximidad de Matt Farrell le hacía temer un desastre. Era una tontería y lo sabía, pero dadas sus experiencias del pasado con Matt, no del todo descabellada.

Ya se había duchado y se estaba remetiendo una camisa de seda en los pantalones, cuando oyó una fuerte llamada a la puerta. Se volvió en redondo, sorprendida. Quienquiera que fuese debía de tener una llave de la puerta de seguridad del vestíbulo del edificio. Como Parker estaba en Suiza, supuso que sería la señora Ellis.

-¿Ha olvidado algo, señora...? -empezó a decir al tiempo que abría la puerta, pero antes de terminar la pregunta vio a Parker y se quedó atónita.

-Me pregunto si has olvidado algo -dijo su novio con acritud. Tenía mala cara.

-¿Qué?

-Como por ejemplo que estás comprometida -la interrumpió Parker.

Abrumada por el remordimiento, Meredith se echó en sus brazos y observó que Parker vacilaba antes de abrazarla.

-No lo olvidé -aseguró ella, besándolo en la mejilla-. Lo siento mucho -se disculpó haciéndolo pasar. Esperaba que Parker se quitara el abrigo, pero él se quedó mirándola con expresión fría y vacilante.

-¿Qué es lo que sientes, Meredith? -preguntó por fin.

-Haberte preocupado tanto como para hacerte regresar de Suiza antes de lo previsto. ¿No recibiste el mensaje que te envíe esta mañana al hotel? Te lo mandé a las diez y media.

Parker pareció relajarse al oír su explicación, pero el cansancio y el abatimiento no desaparecieron de su rostro. Meredith nunca lo había visto así.

-No lo recibí. Sírveme algo, por favor. -Se quitó el abrigo-. Cualquier cosa, con tal que sea fuerte.

Meredith asintió, aunque vacilante. Preocupada, observó los surcos que el estrés y el agotamiento habían trazado en el rostro atractivo de su novio.

-No puedo creer que hayas vuelto antes por no haber podido hablar conmigo.

-Es una razón. Pero hay otra.

Meredith inclinó la cabeza e inquirió:

-¿Qué otra?

-Morton Simonson se presentará mañana en convocatoria de acreedores. Anoche recibí la noticia en Ginebra.

Meredith no parecía estar muy convencida de que Parker hubiera adelantado su regreso porque un fabricante de zapatos estuviese a punto de hacer suspensión de pagos, y así se lo dijo.

-A ese fabricante le hemos prestado más de cien millones de dólares -declaró Parker-. Si su negocio anda mal, vamos a perder la mayor parte de esa suma. Y como también parece que voy a perder a mi novia -añadió- decidí volver por si puedo salvar al menos una de las dos cosas. Si salvo las dos, tanto mejor.

A pesar del aplomo que Meredith quiso exhibir, ahora comprendía la gravedad de la situación y se sentía muy mal por haber aumentado las preocupaciones de Parker.

-Nunca has estado a punto de perderme -dijo apenada.

-¿Por qué diablos no contestaste mis llamadas? ¿Dónde estabas? ¿Qué ha pasado con Farrell? Lisa me contó lo ocurrido entre tú y el padre de Matt. También me dijo que el viernes por la noche te fuiste a Indiana en busca de Farrell, para contarle la verdad y conseguir que te diera el divorcio.

-Le conté la verdad -susurró Meredith al tiempo que le servía la bebida-, y accede al divorcio. Stuart Withmore y yo vamos a reunirnos con Matt y sus abogados mañana.

Parker hizo un gesto de asentimiento y observó a su novia en silencio y especulativamente. Su

siguiente pregunta fue la que ella temía... y esperaba.

-¿Pasaste con él todo el fin de semana?

-Sí. Matt estaba demasiado enfermo para escucharme el viernes por la noche. -Recordó que Parker no sabía que Matt había adquirido el terreno de Houston en represalia por la negativa de recalificación de Southville. Meredith se lo contó. Después le explicó por qué sintió la necesidad de que Matt accediera a una tregua antes de conocer el triste final de su embarazo.

Cuando terminó de hablar, se quedó con la mirada fija en sus manos, sintiéndose culpable por la parte de la historia que había ocultado a su novio. No sabía si confesar sería un modo egoísta de sacarse el peso de encima o si era lo que tenía que hacer desde el punto de vista moral. Si se trataba de una cuestión ética, y ella se inclinaba a creer que sí, ese no era el momento adecuado para confesar, porque Parker ya tenía bastante con el asunto Simonson.

Todavía dudaba cuando el banquero interrumpió sus cavilaciones.

-Farrell debe de haberse puesto furioso al enterarse de que el malo de la película es tu padre.

-No -contestó Meredith, recordando la pena desgarradora y el remordimiento que aparecieron en el rostro de Matt-. En estos momentos es probable que esté muy furioso con mi padre, pero no lo estuvo entonces. Me eché a llorar al contarle lo del funeral de Elizabeth, y creo que Matt también hacía lo posible por contener el llanto. No era momento para la ira, de algún modo no tenía cabida después de deshacer el equívoco.

-No, supongo que no. -Estaba sentado en posición ligeramente inclinada, con los antebrazos en las piernas y el vaso entre las rodillas, observándola. Desvió la mirada y empezó a girar el vaso entre las manos. Apretó los dientes. En aquel momento de prolongado silencio Meredith supo... que Parker daba por sentado que ella se había acostado con Matt. En el mejor de los casos, se lo estaba preguntando.

-Parker -dijo ella con voz temblorosa, a punto de confesar-, si te estás preguntando si Matt y yo...

-¡No me digas que te acostaste con él, Meredith! Miénteme si lo prefieres y luego hazme tragar la mentira, pero no me digas que te has acostado con él. No podría resistirlo.

La había juzgado y le había impuesto un castigo. Para Meredith, deseosa de decir la verdad y obtener su perdón algún día, aquello era una verdadera sentencia. Parker esperó un momento para cambiar de tema. Después dejó el vaso encima de la mesa, se acercó a Meredith, la abrazó y le levantó la barbilla al tiempo que esbozaba una sonrisa que alegrara los ensombrecidos ojos de la joven.

-Por lo que me has contado, parece que Farrell está dispuesto a comportarse de un modo razonablemente honesto. ¿No es eso lo que has sacado en limpio de tu conversación telefónica con Stuart?

-Parece que sí -confirmó Meredith, tratando también de sonreír.

Parker la besó en la frente.

-Entonces el asunto está casi superado. Mañana por la noche brindaremos por el éxito de tus negociaciones con Farrell y quizá incluso por la compra de ese terreno de Houston que tanto quieres.

-Sí...

Parker recuperó su aire taciturno y Meredith comprendió hasta qué punto estaba preocupado por la situación del banco.

-Quizá tenga que buscarte otro prestamista para ese terreno de Houston, incluso para el edificio. Morton Simonson es el tercer gran cliente que se ha presentado en convocatoria en los últimos seis meses. Si no nos pagan, no podemos prestar dinero, a menos que recurramos al banco central, con el que ya estamos endeudados hasta las cejas.

-No sabía que tenías otros dos grandes deudores fallidos.

-La situación de la economía me asusta mucho. No importa -añadió poniéndose de pie y levantándola también a ella. Volvió a sonreír para tranquilizarla-. El banco no caerá. En realidad, estamos en mejor situación que la mayoría de nuestros competidores. Sin embargo, ¿podrías hacerme un favor? -le preguntó a Meredith medio en broma.

-Lo que quieras -dijo ella sin dudarlo.

Él la rodeó con sus brazos para darle un beso de despedida e inquirió:

-¿Puedes hacer que Bancroft siga pagando puntualmente los préstamos que le ha hecho mi banco?

-Claro que sí -le respondió Meredith, sonriéndole tiernamente. Entonces Parker la besó. Fue un beso largo y suave, que Meredith devolvió con más fervor que nunca. Cuando Parker se marchó, ella se negó a comparar ese beso con los de Matt. Estos últimos eran apasionados; los de su novio, estaban llenos de amor.

40

En medio de la enorme sala de conferencias contigua a su despacho, Matt, con las manos en las

caderas, lo observaba todo con ojos críticos. Dentro de media hora llegaría Meredith, y él quería desesperadamente impresionarla con todos los oropeles de su éxito. Se sentía como un muchacho excitado y había cometido las mismas tonterías. Por ejemplo, a su lado estaban la recepcionista y una secretaria, convocadas por él. Dos chicas cuyos nombres hasta entonces ni siquiera se había dignado preguntar. Sin embargo, ahora Matt quería saber qué opinaban sobre el aspecto general del lugar. Había llamado también a la oficina de Vanderwild para que este acudiera tan pronto como recibiera el mensaje. Vanderwild y Meredith eran de la misma edad y el joven tenía buen gusto. No estaría de más escuchar su opinión.

-¿Qué cree usted, Joanna? -le preguntó a la secretaria. Tenía la mano puesta en el regulador de voltaje que controlaba los pequeños focos del techo-. ¿Demasiada luz o demasiado poca?

-Creo que... está bien así, señor Farrell -le contestó Joanna, intentando ocultar la sorpresa que le provocaba descubrir que su formidable jefe también estaba sujeto a debilidades tan humanas como la duda, y que además por fin se había tomado la molestia de aprender su nombre y el de la recepcionista. En cambio, su sonrisa devastadora no la sorprendió. Lo habían visto sonreír en reuniones con sus ejecutivos, en periódicos y revistas, pero hasta hoy, ninguna mujer empleada en Haskell Electronics había sido favorecida por una sonrisa de Matthew Farrell. Ambas, Joanna y Valerie, se esforzaban por no parecer tan nerviosas y halagadas como en realidad estaban.

Valerie dio un paso atrás, estudiando el efecto del conjunto de la sala.

-Creo que las flores de la mesa son un acierto, le dan un toque agradable. ¿Quiere que me encargue de que un florista cambie el ramo todos los martes?

-¿Para qué? -inquirió Matt, tan absorto en el problema de la iluminación que olvidó momentáneamente que había inducido a pensar a sus empleadas que su repentino interés en el aspecto del salón era estético, sin relación alguna con la visita prevista para ese día.

A pesar de haber tomado una decisión, Matt siguió deliberando. Con las cortinas cerradas el recinto parecía más exuberante y confortable. ¿O quizá recordaba un restaurante caro? Matt ya no sabía decirlo.

-¿Abiertas o cerradas? -preguntó a las dos jóvenes al tiempo que apretaba un botón y corría automáticamente metros y metros de cortinas. Al ver el espectáculo del perfil de Chicago, las dos mujeres no tuvieron más remedio que dar una opinión contraria a la de su jefe.

-Abiertas -dijo Joanna.

-Abiertas -convino Valerie.

Matt miró afuera. El día estaba nublado, triste. La reunión con Meredith se prolongaría al menos durante una hora y para entonces sería de noche y la vista resultaría espectacular.

-Cerradas -dijo, apretando de nuevo el botón y observando cómo se corrían de nuevo las cortinas-. Las abriré cuando haya anochecido -agregó pensando en voz alta.

Y enseguida pensó en la reunión. Sabía que su obsesión por esos pequeños detalles era absurda. Aun en el caso de que Meredith se dejara impresionar por los cuarenta mil dólares de cristalería y demás objetos de su pequeño reino, aunque se mostrara cordial, relajada y cortés al principio, con toda seguridad no iba a gustarle el entorno, y menos el anfitrión, cuando abordaran la cuestión.

Suspiró, anhelando y temiendo a la vez el inicio de las hostilidades. Por fin se acordó distraídamente de las dos chicas que esperaban instrucciones.

-Gracias a las dos. Me han sido de mucha ayuda -les dijo, pero su mente estaba en otra parte, en el aspecto de su cuartel general. Sonrió cálidamente a las chicas, que por una vez se sintieron valoradas y admiradas. Pero Matt les estropeó la fiesta al preguntar a Joanna-: Si usted fuera una mujer, ¿encontraría atractivo este lugar?

-Lo encuentro atractivo -le contestó Joanna rígidamente-, aunque no soy más que un pequeño robot, señor Farrell.

Matt tardó un momento en asimilar la fría respuesta, pero cuando miró a las dos empleadas ya estaban cerca de la puerta del despacho de la señorita Stern. Matt se acercó a Eleanor.

-¿Por qué está ofendida esa chica? -inquirió a su secretaria, cuyo único interés, al igual que el suyo, era cumplir con su trabajo y no hacer amistades ni flirtear en la oficina.

La señorita Stern se alisó el severo traje gris y se quitó el lápiz de la oreja.

-Supongo -dijo sin ocultar su desdén hacia Joanna- que tenía la esperanza de que usted se diera cuenta de que ella es una mujer. Ha estado alimentando esa esperanza desde el día que usted llegó.

-Pues está perdiendo el tiempo -declaró Matt-. Entre otras cosas, es una empleada. Solo un idiota se acuesta con sus propias empleadas.

-Tal vez usted debería casarse -sugirió la señorita Stern sin dejar de repasar las páginas de su bloc de dictado, en busca de unas cifras que quería discutir con el jefe-. En mis tiempos eso habría arruinado las aspiraciones de cualquier otra mujer.

En el rostro de Matt se dibujó lentamente una sonrisa. Apoyó una cadera en la mesa de conferencias, sintiendo la repentina necesidad de contarle a alguien su recién descubierta verdad.

Librodot

-Estoy casado -declaró, clavando la mirada en el rostro de la secretaria, a la espera de ver reflejado el asombro.

La señorita Stern pasó una página y dijo con indiferencia:

-Mis más sinceras felicitaciones a ambos.

-Lo digo en serio -insistió Matt, frunciendo el entrecejo.

-¿Debo pasarle esta información a la señorita Avery? -le preguntó Eleanor con ironía-. Hoy ya ha llamado dos veces.

-Señorita Stern -insistió Matt con firmeza, y por primera vez en tantos años de relación estéril desde el punto de vista humano lamentó no haber trabado amistad con su secretaria-, me casé con Meredith Bancroft hace once años. Va a venir aquí esta tarde.

Ella lo miró por encima de la montura de sus gafas.

-Tiene mesa reservada para dos esta noche en Renaldo. ¿Los acompañará la señorita Bancroft? ¿A usted y a la señorita Avery? De ser así, llamaré y pediré mesa para tres.

-He anulado la cita con... -empezó a decir Matt, pero se interrumpió y en su rostro apareció una expresión risueña-. ¿Me equivoco al detectar un matiz de censura en su voz?

-Se equivoca, señor Farrell. Usted dejó bien claro desde el principio que censurar sus actos no formaba parte de mi trabajo. Si recuerdo bien, declaró concretamente que no deseaba conocer mis opiniones personales ni que le trajera pastel el día de su cumpleaños. Solo pedía mis conocimientos y mi tiempo. Bueno. ¿Me necesita en la reunión para tomar notas?

Matt tuvo que reprimir una carcajada al comprender que a su secretaria todavía le dolía la observación que hizo el día que la contrató.

-Creo que es una buena idea que tome notas. Preste especial atención a cualquier cosa, importante o no, que la señorita Bancroft o su abogado aprueben. Mi intención es aferrarme a la menor concesión que hagan.

-Muy bien -musitó ella, y se volvió para marcharse.

La voz de Matt la detuvo antes de salir.

-¿Señorita Stern? -La mujer se volvió con gesto altivo. Tenía el lápiz y el bloc preparados-. ¿Tiene usted un nombre? -preguntó con tono burlón.

-¡Por supuesto! -replicó ella, mirándolo fijamente.

-¿Puedo usarlo?

-Claro. Pero dudo que Eleanor me siente mejor que Matthew.

Matt abrió mucho los ojos ante el rostro inexpresivo con que su secretaria fue capaz de pronunciar aquellas palabras. Luego volvió a reprimir la risa, pues no sabía si la mujer hablaba en serio o bromeaba.

-¿No cree que usted y yo... podríamos relacionarnos de un modo algo menos formal? -preguntó él.

-Doy por sentado que se refiere a una relación más relajada, como suele darse entre jefe y secretaria.

-A eso me refiero.

Eleanor arqueó pensativamente una ceja, pero esta vez Matt advirtió el brillo de una sonrisa en sus labios.

-¿Tendré que traerle pastel el día de su cumpleaños?

-Es probable -respondió Matt con una sonrisa mansa.

-Tomaré nota de ello -aseguró Eleanor, y cuando en efecto empezó a escribir, Matt rompió a reír-. ¿Alguna otra cosa? -le preguntó la mujer, y por primera vez en once años le sonreía. La sonrisa surtió un efecto electrizante en su rostro.

-Hay algo más -añadió Matt-. Es muy importante y me gustaría que le prestara toda la atención del mundo.

-La tiene.

-¿Qué opina de esta sala de conferencias? ¿Le parece impresionante o solo ostentosa?

-Tengo la casi total certeza -contestó Eleanor con rostro imperturbable, después de contemplar el enorme recinto- de que la señorita Bancroft se quedará atónita de admiración.

Matt se sorprendió al ver que sin añadir palabra la señorita Stern le volvía la espalda y casi huía de allí. No obstante, él habría jurado que a su secretaria le temblaban los hombros.

Peter Vanderwild se paseaba nerviosamente por el despacho de la secretaria del jefe, esperando que la vieja foca saliera de la oficina de este y le diera permiso para entrar. Al verla surgir con inusual premura, Peter se preparó para sentirse como el colegial que ha faltado a clase y es convocado por el director.

-El señor Farrell desea verme -le dijo el joven, esforzándose por ocultar la agitación que le causaba la llamada urgente de Matt-. Me aseguró que se trataba de algo *muy* importante, pero no dijo de qué se trataba y por eso no he traído ninguna carpeta.

La señorita Stern habló con una voz extraña en ella, como estrangulada.

-No creo que necesite documento alguno, señor Vanderwild. Puede pasar.

Peter la miró con curiosidad y luego entró en el despacho del jefe. No habían pasado más de dos minutos cuando volvió a salir y, sumamente alterado, tropezó con una esquina de la mesa de Eleanor. Ella levantó la mirada y le preguntó:

-¿Pudo contestar la pregunta del señor Farrell sin necesidad de sacar papeles?

Peter necesitaba urgentemente que alguien lo tranquilizara, por lo que se arriesgó a sufrir el sarcasmo de la señorita Stern.

-Sí, pero... no estoy seguro de haber respondido bien. Señorita Stern -imploró-, ¿a usted qué le parece la sala de conferencias? ¿Impresionante u ostentosa?

-Impresionante -obtuvo por respuesta, y los hombros de Peter se relajaron de alivio.

-Eso es lo que dije yo.

-Ha sido la respuesta adecuada.

Peter la miró asombrado al advertir que ella lo observaba con divertida simpatía. Traumatizado por el descubrimiento de que bajo aquella máscara glacial se ocultaba un componente humano, el joven se preguntó si habría sido su propia rigidez la culpable de la falta de aprecio con que la señorita Stern lo había tratado hasta entonces.

Decidió que le compraría a Eleanor una caja de bombones como regalo de Navidad.

Stuart esperaba en el vestíbulo, portando un maletín. Pronto se presentó Meredith.

-¡Estás maravillosa! -exclamó él al estrecharle la mano-. Perfecta, tranquila y sosegada.

Después de pensarlo durante una hora, Meredith se había decidido por un vestido de lana de color amarillo, que contrastaba con el abrigo azul marino. Había leído en alguna parte que a los hombres el color amarillo les parecía agresivo sin llegar a ser hostil. Con la esperanza de reforzar esta presunta impresión, se había recogido el pelo en lugar de llevarlo suelto.

-Cuando te vea, Farrell nos dará todo lo que le pidamos -profetizó galantemente Stuart cuando se dirigían a los ascensores-. ¿Cómo podría resistirse?

La última vez que Matt la había visto estaba desnuda y en la cama con él, cosa que en ese momento la avergonzaba.

-Todo esto no me gusta nada -dijo con voz temblorosa, mientras entraban en el ascensor.

Apenas vio las puertas de metal, pues solo pensaba en el recuerdo de la risa y la conversación tranquila que había compartido con Matt en Edmunton. No es justo considerarlo un adversario, se recordó. Habían llorado juntos la muerte de su bebé; él había hecho lo posible por consolarla. Eso era lo que tenía que repetirse para combatir los nervios. Matt no era su adversario.

La recepcionista de la planta dieciséis se puso de pie cuando Stuart dio sus nombres.

-Síganme, por favor. El señor Farrell los está esperando. Los demás ya están aquí.

La pose estudiada de Meredith sufrió un pequeño golpe cuando al entrar en el despacho de Matt no reconoció el lugar. La pared de un extremo había desaparecido, de modo que ahora el despacho daba abiertamente a una sala de conferencias del tamaño de una pista de tenis. A la mesa se hallaban sentados Matt y otros dos hombres, al parecer hablando de trivialidades. Él alzó la cabeza, la vio y, levantándose presuroso de la silla, se dirigió a ella con pasos largos y decididos. En su rostro se reflejaban la distensión y la simpatía. Vestía un espléndido traje azul oscuro que le sentaba a la perfección, camisa blanca y corbata de seda azul y marrón. De algún modo, aquel atuendo tan formal acentuó la inquietud de Meredith.

-Permíteme que te ayude con el abrigo -se ofreció Matt, enojando a Stuart, que se quitó el suyo sin pronunciar palabra.

Demasiado nerviosa y tímida para mirarlo de frente, Meredith le obedeció de forma instintiva, mientras se esforzaba por contener el temblor que le recorría el cuerpo, especialmente cuando al quitarle el abrigo los dedos de él le rozaron los hombros. Temiendo que Matt se hubiera dado cuenta, bajó la cabeza y miró sus guantes, que metió en su bolso azul. Entretanto, Stuart ya estaba en la mesa de conferencias y estrechaba las manos del bando contrario. Meredith lo siguió, pero cuando su abogado se disponía a hacer las presentaciones, Matt empezó a actuar de un modo incongruente, como si aquello fuera una reunión social y él su anfitrión; una fiesta en honor de Meredith.

-Meredith -dijo él con una sonrisa y clavándole la mirada-, quisiera presentarte a Bill Pearson y a David Levinson.

Consciente de que Matt estaba a su lado en una actitud sutilmente posesiva y protectora, ella miró a los dos letrados y les tendió la mano. Ambos eran altos, casi tanto como Matt, y vestían de manera impecable, con trajes a medida. Emanaban un aire de elegante confianza en sí mismos, de superioridad. Comparado con ellos, Stuart parecía pequeño e insignificante, con su más bien escaso pelo castaño y sus viejas gafas de montura metálica, más propias de un estudiante. En realidad, pensó Meredith nerviosamente cuando Stuart se presentó a Matt, su abogado parecía no solo superado en

número, sino también desbordado en clase.

Como si hubiera intuido sus pensamientos, Matt dijo:

-Bill y Dave están aquí para velar por tus intereses tanto como por los míos.

Al oír esto, Stuart, que ya había iniciado el movimiento de sentarse, le lanzó a Meredith una mirada burlona que era todo un poema. «No creas eso ni por un instante», parecían decir sus ojos, y Meredith se sintió mucho más tranquila. Stuart podía ser más joven y menudo, menos distinguido, pero no iba a ser engañado ni superado por nadie.

Matt también advirtió la mirada del abogado de Meredith, pero la ignoró. Volviéndose hacia ella, que se disponía a sentarse, le puso una mano bajo el codo para impedir que lo hiciera. Empezaba a poner en práctica la primera fase de su plan.

-Cuando llegasteis habíamos decidido tomar algo -mintió a Meredith, que lo observaba confusa. Miró mordazmente a sus abogados-. ¿Qué desean tomar, caballeros?

-Whisky con agua -contestó enseguida Levinson, comprendiendo que se trataba de una orden y que debía beber algo aunque no le apeteciera. Apartó la carpeta que había estado a punto de abrir.

-Lo mismo -dijo Pearson, y se reclinó en el sillón como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Matt se volvió hacia Stuart.

-¿Y usted?

-Perrier -respondió concisamente el abogado-. Con limón, si es posible.

-Naturalmente.

Matt miró a Meredith, que negó con la cabeza.

-No quiero nada.

-Entonces, ¿querrás ayudarme a traer las bebidas? -le pidió Matt, decidido a hablar a solas con ella durante unos instantes-. Tengo entendido que estos tres hombres se han visto ya las caras con frecuencia. Seguro que encontrarán algo de qué hablar mientras nosotros preparamos las copas.

Tras insinuar de este modo a sus abogados que debían mantener ocupado a Stuart, agarró a Meredith por el codo. Levinson se había lanzado ya a un animado diálogo en torno a un polémico proceso aparecido en la prensa. Pearson no dejaba de contribuir con sus observaciones, y ambos hombres hablaban en voz alta para darle a Matt la intimidad que este les había pedido con tanta astucia.

El bar era una superficie semicircular, hecha de listones verticales de cristal biselado. Como estaba situado en el hueco de una pared, Matt desapareció de la vista de los abogados cuando rodeó la barra. Meredith se quedó al otro extremo, mirando fijamente los cristales como hipnotizada por los reflejos multicolores de la luz cuando se estrellaba contra ellos. Matt puso hielo en cinco vasos, después añadió whisky a tres de ellos y vodka a uno. Mirando el frigorífico que había a su lado, debajo de la barra, dijo como sin darle importancia:

-¿Te importaría sacar el Perrier?

Meredith asintió en silencio y se dispuso a obedecer, aunque, como observó Matt, no sin recelo. La joven evitó mirarlo a la cara; sacó la botella de Perrier y un limón y depositó ambas cosas sobre la barra, después hizo ademán de volver a su sitio inicial.

-Meredith -dijo Matt, al tiempo que posaba una mano sobre su brazo-. ¿Por qué no quieres mirarme?

Ella se sobresaltó al notar el contacto de la mano de Matt y apartó el brazo; pero lo miró, y al hacerlo, la tensión casi se desvaneció de su rostro elegante. Incluso logró esbozar una tímida sonrisa.

-No sé por qué -admitió-. De todos modos, me siento incómoda aquí y todo esto me resulta muy violento.

-Te lo mereces -bromeó él, tratando de que la conversación fuera distendida-. ¿Nadie te ha dicho que no está bien dejar a un hombre en la cama con una nota por toda explicación? Tu conducta lleva a ese hombre a preguntarse si todavía sientes algún respeto por él.

Ella ahogó una risita ante el acertado comentario de Matt, que sonrió.

-Fue una tontería -admitió Meredith. Ninguno de los dos cayó en la cuenta de que era increíble que la conversación fluyese siempre con tanta facilidad entre ellos, aunque las circunstancias no lo aconsejaran y aunque no se hubieran visto en mucho tiempo-. No puedo explicarte por qué lo hice. La verdad es que no me entiendo ni a mí misma.

-Yo sí creo entenderlo. Toma, bebe esto. -Le tendió el vaso de vodka con hielo que le había preparado. Ella hizo un gesto de rechazo y Matt insistió-: Te ayudará a soportar esta reunión. -Esperó a que ella hubiera bebido un sorbo y luego empezó a contarle por qué la había citado allí.

-Ahora quisiera pedirte un favor.

Meredith percibió la repentina seriedad de su voz y clavó en él una mirada escrutadora.

-¿Qué clase de favor?

-¿Te acuerdas de que en mi casa me pediste una tregua?

Meredith asintió, recordando con punzante claridad cómo se había sentado a su lado en la cama y

entrelazado las manos en señal de paz.

-Ahora soy yo quien te pide una pequeña tregua, un alto el fuego. Solo desde el momento en que mis abogados empiecen a hablar hasta que salgas de esta sala.

Un sentimiento de alarma se apoderó de Meredith. Lentamente dejó el vaso sobre el mostrador y observó con cautela las inescrutables facciones de Matt.

-No te entiendo.

-Te pido que escuches los términos de mi oferta y que recuerdes que no importa que por... -Hizo una pausa, intentando encontrar la palabra exacta, aquella que describiera el estado anímico de Meredith cuando escuchara su oferta (¿enfurecedora, ultrajante, obscena?)--. No importa que por extrañas que puedan parecerte mis condiciones, hago lo que con toda honestidad creo que es mejor para los dos. Mis abogados te expondrán mis alternativas legales si rehúsas mi oferta, y al principio te sentirás acorralada, pero te pido que no te levantes y abandones la sala ni que nos mandes al diablo. Por furiosa que te sientas, no hagas ninguna de estas dos cosas. Finalmente, te ruego que me concedas cinco minutos, tiempo que utilizaré para intentar convencerte de que aceptes mis condiciones. Si no lo logro, eres libre de mandarme al diablo y marcharte de aquí. ¿Estás de acuerdo?

La alarma de Meredith se convirtió en pánico, aunque en realidad Matt solo le estaba pidiendo que se quedara allí durante una hora más o menos.

-Yo accedí a tus condiciones -le recordó él-. ¿Es pedir demasiado que tú accedas ahora a las mías?

Incapaz de resistirse a la fuerza de este argumento, Meredith meneó la cabeza con lentitud.

-Supongo que no. Está bien, acepto. Tregua.

Vio con sorpresa cómo Matt le tendía la mano del mismo modo que ella lo había hecho en su casa. Su corazón dio un brinco cuando depositó su mano en la de él y Matt cerró los dedos en un estrecho apretón.

-Gracias -susurró.

Meredith recordó que ella había pronunciado la misma palabra. Asombrada al comprender que aquel momento, en casa de Matt, había sido conmovedor también para él, intentó sonreírle mientras le devolvía la respuesta que recibiera en Edmunton.

-De nada.

Consciente de la estratagema urdida por Farrell para quedarse a solas con Meredith, Stuart permitió que los otros abogados siguieran hablando del polémico proceso de la prensa. Calculó el tiempo necesario para preparar cinco copas y cuando hubo pasado, hizo girar su sillón, situándose sin contemplaciones de espaldas a Bill y Levinson. Además, con todo descaro estiró el cuello para mirar a los ocupantes del bar. Esperaba ver a Farrell acosando a Meredith y se llevó un buen desengaño. Lo que vio fue a una pareja de perfil y en una postura tan desconcertante que se quedó momentáneamente desorientado. Lejos de intentar acosarla, Farrell le tendía la mano y la miraba con una sonrisa... que Stuart interpretó como... tierna. Por su parte, Meredith, que casi siempre guardaba la compostura, estrechó la mano de Matt mirándolo con una expresión desconocida en ella. Era una vulnerable expresión de cariño, se dijo el abogado.

Apartó la mirada y se volvió hacia sus colegas. Al cabo de un minuto, Farrell y Meredith trajeron las bebidas sin que Stuart aún tuviera una explicación verosímil para el comportamiento de ambos.

Después de que Farrell acompañara a Meredith a su sitio, Pearson rompió el fuego.

-¿Empezamos, Matt?

La ubicación de cada uno en la mesa llamó la atención de Stuart desde el principio. Pearson y no Farrell, como habría sido lo normal, ocupaba la cabecera. Inmediatamente a la izquierda de Pearson se sentaba Meredith y a su lado, Stuart. A la derecha, Levinson, que así tenía enfrente a Meredith. Matt, por su parte, se sentó al lado de Levinson. Siempre observador, siempre atento a los detalles más pequeños, Stuart se preguntó si Farrell había situado a Pearson a la cabecera de la mesa para que este pareciera responsable, a los ojos de Meredith, de lo que ella estaba a punto de oír. O bien, pensó también Stuart, quizá Matt, que en aquel momento se reclinaba en el sillón y cruzaba las piernas, deseaba observar atentamente las reacciones de Meredith durante la reunión, lo cual le habría resultado imposible de hacer con el mismo descaro de haber ocupado la cabecera de la mesa.

Instantes después Pearson empezó a hablar, y sus palabras fueron tan inesperadas o incongruentes que Stuart frunció el entrecejo en un gesto de cautelosa sorpresa.

-Aquí hay mucho que considerar -comenzó Pearson dirigiéndose a Stuart, que de inmediato adivinó que su colega pretendía causar un impacto emocional en Meredith-. Aquí tenemos a una pareja que hace once años hizo solemnes votos matrimoniales. Ambos sabían entonces que el matrimonio es un estado al que no se accede a la ligera o...

Stuart le interrumpió, entre divertido y enojado.

-Bill, no nos recites toda la ceremonia matrimonial. Ya pasaron por ahí hace once años, y por eso estamos ahora aquí. -Se volvió hacia Matt, que manoseaba distraídamente su pluma de oro-. Mi cliente no está interesada en la opinión de su abogado sobre el estado de cosas. ¿Qué quiere usted y

qué ofrece a cambio? Vayamos al grano.

En lugar de reaccionar con enojo ante la deliberada provocación de Stuart, Matt le hizo un breve gesto a Pearson de que obedeciera al abogado de Meredith.

-Muy bien -añadió Pearson, olvidando su papel de mediador amable-. La situación es la siguiente: tenemos muchas razones para entablar una querella criminal contra el padre de tu cliente, Stuart. Como resultado de la irresponsable interferencia de Philip Bancroft, nuestro cliente se vio privado del derecho de asistir al funeral de su hijo, privado de su derecho de consolar y ser consolado por su esposa después de la muerte del bebé de ambos. Más aún, fue inducido a creer, erróneamente, que su esposa deseaba divorciarse de él. En resumen, se vio privado de once años de matrimonio. El señor Bancroft, no contento con eso, interfirió en los negocios de nuestro cliente al tratar de influir de manera ilegal en las decisiones de la comisión recalificadora de Southville. Son asuntos que, naturalmente, podríamos dilucidar ante los tribunales...

Stuart observó a Farrell, que miraba a Meredith. Por su parte, esta tenía la vista clavada en Pearson, y estaba muy pálida, furioso por verla soportar ese trance inesperado, Stuart se dirigió con desdén a Pearson:

-Si todo casado que tiene un suegro entrometido le llevara a los tribunales, estos estarían colapsados. Te sacarían de la sala a carcajadas.

Pearson arqueó las celas y lo miró en actitud retadora.

-Lo dudo. La interferencia de Bancroft fue extremadamente malévola. Cualquier jurado dictaminaría contra Bancroft por lo que, en mi opinión, fueron actos indefendibles. Actos de una sorprendente maldad. Y eso antes de que empecemos a abordar la intervención de Bancroft en el caso de la comisión recalificadora de Southville -agregó, y levantó una mano para silenciar la protesta de Stuart-. Además, ganemos o no ante el tribunal de justicia, el mero hecho de presentar estas querellas levantaría tal tormenta pública... Creo que la salud del señor Bancroft no podría soportar tan desagradable publicidad de sus actos. Hasta es posible que la misma firma Bancroft & Company se resintiera.

Meredith sentía un nudo de pánico en el estómago, aunque otro sentimiento más fuerte lo eclipsaba: la traición. Había desafiado una tormenta para presentarse en la casa de Matt, en Edmunton, para contarle la verdad sobre el bebé y el telegrama de su padre; ahora Matt esgrimía eso como una amenaza contra ella. Sin embargo, las siguientes palabras de Pearson le levantaron el ánimo.

-He mencionado todo esto, señorita Bancroft, no para alarmarla ni alterarla, sino para recordarle los hechos y darle a conocer nuestro punto de vista. Pese a todo, el señor Farrell está dispuesto a olvidarlo todo, incluso por escrito. Y a cambio solo le pide una pequeña concesión. -Se dirigió a Stuart y le entregó un documento de dos páginas; luego le pasó a Meredith una copia-. La oferta verbal que voy a hacer está detallada en ese documento, y para despejar toda duda que pudiera existir acerca de las intenciones de mi cliente, este se ha ofrecido a firmar el documento en esta misma reunión. Sin embargo, hay una condición, a saber: la oferta deberá ser aceptada o rechazada antes de que nuestro cliente abandone hoy el edificio. Si es rechazada, el señor Farrell la considerará irreversible y procederemos a presentar la querella criminal contra Philip Bancroft a finales de esta semana. ¿Querrían echarle un vistazo antes de que yo les haga un resumen?

Stuart ni siquiera se dignó mirar el escrito, sino que lo apartó, se reclinó en el sillón y observó a su adversario con una sonrisa de desdén.

-Prefiero que me lo expliques tú, Bill. Hasta hoy nunca he apreciado del todo tus dotes teatrales. La única razón que me ha impedido enviarte al diablo y decirte que nos veremos las caras ante el juez es que no puedo arrancar mi cuerpo del asiento sin antes asistir al último acto de tu función. -A pesar de su aparente desenfado, se sentía furioso. A Stuart le parecía intolerable aquel intento de intimidar a Meredith.

Obedeciendo a una seña de Matt, Levinson tomó las riendas, hablando con tono conciliador.

-Tal vez sería mejor que yo resumiera el contenido del documento.

-No lo sé -arguyó Stuart con insolencia-. ¿Quién eres tú, el actor secundario o el protagonista?

-El protagonista -replicó el más viejo de los tres abogados, imperturbable-. Yo he preparado el documento. -Miró a Meredith con una amable sonrisa-. Señorita Bancroft, según le ha explicado mi socio, si usted acepta la petición de su marido, él está dispuesto a renunciar a toda acción jurídica contra su padre. Pero en realidad le ofrece mucho más de lo que dice ese documento. Le ofrece una generosa suma global de cinco millones de dólares en concepto de pensión alimenticia, si es que usted prefiere llamarlo así.

La alarma de Meredith se mezcló con una enorme sorpresa. Miró a Stuart e inquirió:

-¿Mostrarme de acuerdo en qué? ¿Se puede saber qué está pasando aquí?

-Solo es un juego -intervino Stuart, intentando tranquilizarla-. Primero te amenazan con una serie de consecuencias si te niegas a seguir el juego, después te dicen todo lo que te van a dar si accedes a seguirlo.

-¿Un juego? -exclamó ella-. ¿Qué clase de juego?

-Eso se lo reservan para el final.

Mirando fijamente a Stuart, Meredith asintió con la cabeza, reunió sus fuerzas y por fin miró a Levinson, evitando con cuidado los ojos de Matt.

-Prosiga, señor Levinson -pidió Meredith, alzando la barbilla en un gesto de dignidad y coraje.

-Además de los cinco millones de dólares -declaró Levinson-, su marido le venderá a Bancroft & Company un terreno en Houston por la suma de veinte millones de dólares.

Meredith sintió que la habitación daba vueltas alrededor, y entonces miró a Matt con una expresión que reflejaba confusión, gratitud y recelo. El ni siquiera pestañeó mientras Levinson proseguía:

-Por último, si usted aeepta, su marido firmará la renuncia a los dos años de separación requeridos por la ley del estado para obtener el divorcio por motivos de diferencias irreconciliables. Eso reducirá el período de espera a seis meses.

Stuart se encogió de hombros despectivamente.

-No necesitamos la renuncia expresa de Farrell para que la ley conceda la reducción del período de espera. La ley dice con claridad meridiana que si una pareja no ha cohabitado durante los dos últimos años y existen diferencias irreconciliables, la espera puede ser reducida a seis meses. ¡Esta pareja no ha cohabitado durante los últimos once años!

Levinson respiró hondo y Meredith supo lo que iba a decir antes de oír su voz serena:

-Pasaron juntos el fin de semana pasado.

-¿Y qué? -replicó Stuart. Ya no estaba enojado, sino asombrado ante la oferta de cinco millones de Farrell, y también preocupado por conocer las concesiones que Matt esperaba a cambio-. No cohabitaron en el sentido estricto de la palabra. En el sentido marital. Durmieron en la misma casa, eso es todo. Ningún juez vivo pensaría que este matrimonio puede ser preservado ni insistiría en un período de espera de dos años solo porque los cónyuges pasaron dos días bajo el mismo techo. Lo que hicieron no fue cohabitar, por supuesto que no.

Se produjo un silencio tenso.

Levinson arqueó una ceja y clavó la mirada en Stuart que, de nuevo enojado, miró a Farrell.

-Compartieron ustedes un techo, no una cama. -Matt guardó silencio. Tan solo desvió la mirada hacia Meredith. Fue suficiente.

Stuart se dio cuenta de todo, incluso antes de mirar a Meredith y ver en sus ojos brillantes el sentimiento de la traición; ver el rubor en sus mejillas cuando bajó la mirada hacia sus manos, muda. A pesar de los pensamientos inconexos que le bullían en la mente, Stuart se encogió de hombros y dijo con escasa convicción:

-Bueno, se acostaron juntos. ¿Y qué? Insisto, ¿por qué querría tu cliente negarse a firmar la renuncia a los dos años? ¿Por qué prolongar un divorcio inevitable?

-Porque -le respondió Levinson con calma- el señor Farrell no está convencido de que el divorcio sea inevitable.

Stuart lanzó una sincera carcajada.

-Eso es ridículo.

-El señor Farrell no lo cree así. De hecho, esta dispuesto a hacer todas las concesiones aquí enumeradas (los cinco millones, la venta del terreno de Houston, la renuncia a toda acción jurídica contra Philip Bancroft y a los dos años de período de espera) a cambio de una sola concesión.

-¿Que concesión?

-Quiere una semana por cada año de matrimonio que se le ha hurtado. Once semanas con su esposa, con el fin de llegar a conocerse mejor...

Meredith casi saltó de la silla y miró a Matt con expresión furibunda.

-¿Qué? -vociferó.

-Define cómo el señor Farrell desea entablar esta relación con su esposa. ¿Qué entiende por conocerla mejor? -Stuart estaba convencido de que la cláusula encerraba intenciones sexuales.

-Creo que será mejor que eso lo discutan entre ellos -empezó a decir Levinson, pero la voz airada de Meredith le interrumpió.

-¡De eso nada! No vamos a discutir nada entre nosotros. -Se puso de pie y sus ojos brillaban de ira al espetar a Matt-: ¡Me has sometido a todo en esta maldita reunión, desde el terrorismo a la humillación! Ahora no te detengas. Seamos específicos, de modo que podamos tomar nota de todo eso junto con el resto de tu oterta. Diles con exactitud cómo pretendes llegar a conocerme mejor. ¡Esto no es más que chantaje, así que procede a estipular tus condiciones, maldito hijo de puta!

Matt miró a sus abogados.

-Déjennos solos.

Pero a Meredith ya nada le importaba. ¡Que todo el mundo lo oyera y se enterara!

-¡Siéntense! -les ordenó a todos.

¿Qué más daba? Había caído en la trampa. Habia comprendido las condiciones. Solo que era incapaz de imaginar el grotesco pago que Matt quería de ella. O se acostaba con él durante las siguientes once semanas, o su padre se vería arrastrado de tribunal en tribunal, si es que no sucumbía antes al estrés.

Al levantar la mirada, Meredith vio a una secretaria de pelo gris que acababa de entrar en la sala y, sentada en un sofá, anotaba todo lo que se decía. Meredith se revolvió como un animal acorralado. Apoyó las manos sobre la mesa y clavó en Matt una mirada de desprecio y odio.

-¡Que todo el mundo se quede mientras tú haces la lista de tus obscenas condiciones! O matas a mi padre con tus querellas o te llevas tu libra de carne. A eso se reduce todo. ¿O no? ¡Diles con qué frecuencia y de qué modo, maldito seas! Pero me harás recibos, cretino, porque te obligaré a que los firmes. -Posó la mirada en la secretaria-. ¿Lo está escribiendo todo? Este monstruo para el que usted trabaja va a dictar cómo quiere sus placeres, con qué frecuencia...

De pronto todo el mundo se puso en movimiento. Matt se levantó de la silla y rodeó la mesa para aproximarse a Meredith; Levinson quiso agarrarla por la manga pero no acertó, mientras que Stuart empujaba su silla e intentaba atrapar a Meredith para que esta se situase a sus espaldas. La joven se deshizo de él.

-¡No te acerques! -le advirtió a su abogado, y se volvió para enfrentarse con Matt, los brazos en jarras-. ¡Bastardo! -profirió arrastrando las sílabas-, Empieza a dictar tus condiciones. ¿Con qué frecuencia quieres acostarte conmigo? ¿Cómo...?

Matt quiso agarrarla, pero antes de que pudiera hacerlo, la joven le asestó tal bofetada que el poderoso hombre de finanzas ladeó la cabeza.

-¡Basta! -ordenó él tomándole los brazos, aunque sin perder de vista a Stuart, que se acercaba con la intención de proteger a Meredith,

-¡Bastardo! -sollozó ella, mirando a Matt-. Yo confié en ti.

Matt la atrajo hacia sí al tiempo que repelía la agresión de Stuart.

-¡Escúchame! -dijo con voz tensa-. No te estoy pidiendo que te acuestes conmigo, ¿lo entiendes? Solo te pido una oportunidad, maldita sea. Una oportunidad durante once semanas.

Todos estaban de pie, inmóviles. La propia Meredith dejó de forcejear, aunque su cuerpo temblaba y se cubría la cara con las manos. Mirando a los demás, Matt ordenó:

-¡Todo el mundo fuera!

Levinson y Pearson recogieron presurosamente los papeles, mientras que Stuart no se movió, observando a Meredith, que si por una parte no correspondía al abrazo de Matt, tampoco oponía resistencia.

-No me iré mientras usted no le quite las manos de encima y ella no me diga que me vaya.

Matt sabía que Stuart hablaba en serio, y como Meredith no se resistía a su abrazo, la soltó, sacó un pañuelo del bolsillo y se lo ofreció.

-¿Meredith? -preguntó Stuart indeciso, a la espalda de su clienta y amiga-. ¿Te espero fuera o me quedo? Dime qué quieres que haga.

Sintiéndose humillada por haberse precipitado en sus conclusiones y a la vez furiosa consigo misma, le arrebató a Matt el pañuelo que él le ofrecía amablemente.

-Lo que ahora quiere -intervino Matt a Stuart, intentando suavizar la tensión- es darme otra bofetada.

-¡Puedo hablar por mí misma! -prorrumpió Meredith al tiempo que se limpiaba la nariz y dando un paso atrás-. ¡Quédate aquí, Stuart! -Miró a Matt con desconfianza-. Querías que todo esto fuera legal y formal. Dile a mi abogado qué entiendes por tener una oportunidad, porque te juro que yo no lo entiendo.

-Preferiría hacerlo en privado.

-Bien -le replicó ella con mirada altiva y los ojos llenos de lágrimas-. Lo siento por ti. Eres tú quien ha insistido en reunirnos hoy y en presencia de tus abogados. Al parecer no podías haberme ahorrado esta escena y discutir conmigo tus pretensiones en privado, en cualquier otra ocasión.

-Te llamé ayer para hacer exactamente eso, pero tú ordenaste a tu secretaria que me informara de que si tenía algo que decirte lo hiciera a través de tu abogado.

-¡Podrías haberlo intentado de nuevo!

-¿Cuándo? ¿Después de tu regreso de México o de Reno o adondequiera que fueras este fin de semana para obtener el divorcio?

-¡Tenía mis razones! -contestó ella con enojo, y Matt tuvo que reprimir una sonrisa de orgullo. Estaba espléndida, la compostura recobrada y la barbilla alta. Aún no se atrevía a mirar a la cara a los abogados de Matt, así que lo hizo de soslayo. Pearson y Levinson salían con sus abrigos y sus maletines, pero Stuart se mantenía en su sitio, con los brazos cruzados. Observaba a Matt con una mezcla de antagonismo y curiosidad.

-Meredith -dijo Matt-. ¿Querrías por lo menos pedirle a tu abogado que espere en mi despacho?

Desde allí puede vernos, pero no es necesario que escuche nada más.

-No tengo nada que ocultar -repuso Meredith, iracunda-. Terminemos. ¿Qué es exactamente lo que quieres de mí?

-Está bien -contestó Matt sin importarle ya la presencia de Whitmore. Se sentó en el borde de la mesa de conferencias y cruzó los brazos sobre el pecho. Luego agregó-: Quiero que me des la oportunidad de conocernos. El plazo que te pido es de once semanas.

-¿Y cómo piensas hacerlo?

-Del modo habitual. Cenaremos juntos, iremos al teatro...

-¿Con qué frecuencia? -le interrumpió ella, al parecer más furiosa que nunca.

-No lo he pensado.

-No. Estarías muy ocupado perfeccionando tu chantaje y pensando en cómo arruinarme la vida...

-Cuatro veces por semana -dijo Matt-. Y no es mi intención arruinarte la vida.

-¿Qué días?

La ira de Matt pareció remitir y esbozó una sonrisa.

-Viernes, sábado, domingo y... miércoles -contestó tras un momento de reflexión.

-¿Se te ha ocurrido pensar que tengo un trabajo y un novio?

-No voy a interferir en tu trabajo. En cuanto al novio, tendrá que desaparecer durante ese tiempo.

-Eso no es justo para él -dijo Meredith.

-¡Qué lástima!

El desdén, su tono frío, sus facciones implacables, le recordaron a Meredith que se hallaba ante un ser despótico. Nada de lo que ella dijera o hiciera impediría que Matt ejecutara su plan. La joven comprendió que era el objetivo de la más reciente conquista de su tremendo adversario.

-Todas esas cosas que se cuentan de ti son ciertas. ¿O acaso me equivoco?

-No demasiado -confirmó él como si Meredith le hubiera dado otra bofetada.

-No importa a quién hieras, no importan los medios. Caiga quien caiga, tú siempre te sales con la tuya, ¿no?

El rostro de Matt se endureció.

-En este caso concreto te equivocas.

La actitud altiva de Meredith fue cediendo paulatinamente.

-¿Por qué me haces esto? ¿Crees que he sido consciente del daño que te he hecho para que quieras destrozarme la vida?

Matt fue incapaz de pensar en una respuesta que ella aceptara sin enfurecerse o sin echarse a reír.

-Digamos que existe entre nosotros algo especial, una especie de atracción... y quiero saber hasta dónde llega.

-¡Dios mío, no puedo creerlo! -exclamó Meredith, llevándose las manos al estómago-. ¡No hay nada entre nosotros! Nada, excepto un horrible pasado.

-Y el último fin de semana -agregó él con brutal franqueza.

Meredith disfrazó de ira su tristeza.

-¡Eso fue... sexo!

-Tú lo sabrás mejor -replicó ella, recordando de pronto un detalle que había olvidado-. Si la mitad de lo que se cuenta de ti es cierto, bates la marca mundial de aventuras vulgares y flirteos insignificantes. Dios mío, ¿cómo pudiste acostarte con esa estrella del rock de cabello rosado?

-¿Marianna Tighbell?

-Sí. No te molestes en negarlo. Ocupaba la primera página del *National Tattler.*

Matt reprimió un acceso de risa y observó cómo Meredith se paseaba nerviosa por la sala. Admiraba su manera de moverse, de acentuar las palabras cuando estaba furiosa, amaba la forma en que le abrazaba cuando estaba a punto de tener un orgasmo, como si no estuviera segura de que fuera a producirse. Pensó que quizá con sus otros amantes no siempre era igual... Meredith era encantadora y apasionada por naturaleza. Sin duda se habría acostado con docenas de hombres y Matt se consoló con la esperanza de que hubieran sido todos egoístas, ineptos o aburridos. Preferiblemente, todas estas cosas juntas, además de impotentes.

-¿Y bien? -insistió ella-. ¿Cómo fuiste capaz de... acostarte con esa mujer?

-Asistí a una fiesta en su casa. Nunca me acosté con ella.

-¿Tengo que creerte?

-Al parecer, no.

-No importa -masculló Meredith, sacudiéndose la idea de la cabeza-. Matt, por favor -imploró, tratando por un momento de hacerle abandonar aquel plan de locura-. Amo a otra persona.

-No la amabas el domingo, cuando estábamos en la cama.

-¡Deja de hablar así! Te juro que estoy enamorada de Parker Reynolds. He estado enamorada de él desde que era una chiquilla. ¡Le amaba antes de conocerte!

Matt consideraba esta declaración como algo muy improbable, por la misma razón que resultaba

improbable ahora. Pero Meredith añadió:

-Solo que él se comprometió con otra y yo renuncié a mis esperanzas.

Matt se sintió tan herido que se levantó bruscamente y dijo con acritud:

-Ya conoces mi oferta, Meredith. Tómala o déjala.

Meredith clavó en él la mirada, consciente de que de pronto él se mostraba duro y distante. Hablaba en serio, la discusión había llegado a su fin. También lo supo Stuart, porque ya se ponía el abrigo y se dirigía al despacho de Matt. Se detuvo en el umbral de la puerta a esperar a Meredith. Ella volvió deliberadamente la espalda a Matt y dio unos pasos para recoger su bolso, satisfecha de hacerle creer que se burlaba de su oferta, aunque al mismo tiempo sacudida por el pánico. Con el bolso en la mano se encamino al sofá en busca del abrigo. Caminaba con paso firme, sintiendo en todo momento la penetrante mirada de Matt.

La voz de él, fría y ominosa, la detuvo en seco.

-¿Es esa tu respuesta, Meredith?

La joven hizo un esfuerzo para no contestar. Pensó por última vez en la posibilidad de llegar al corazón de aquel hombre, de conmoverlo. Pero Matt Farrell no tenía corazón, solo pasión. Pasión, egoísmo, venganza, de esos materiales estaba hecho. Meredith se colocó el abrigo sobre el brazo y salió de la sala sin ni siquiera mirarle.

-Vamos -le dijo a Stuart, deseando que Matt creyera, al menos durante unos minutos, que su ultimátum había sido arrojado a la basura... esperando contra toda esperanza que él la llamara y le dijera que solo estaba fanfarroneando, que no actuaría contra ella ni contra su padre.

Pero Matt permaneció en silencio.

La secretaria de Matt ya se había marchado, y cuando Stuart cerró la puerta que conectaba los dos despachos, Meredith se detuvo y preguntó:

-¿Puede hacer lo que dice?

Enojado por varias razones, entre las que figuraba la intolerable presión a la que Meredith había sido sometida, Stuart suspiró y dijo:

-No podemos impedirle que entable pleitos criminales y que tu padre termine ante el juez. No creo que personalmente obtuviera otro beneficio que la venganza. Que gane o pierda es lo de menos. Lo malo es que el nombre de tu padre saldrá en los titulares. ¿Cómo va su salud?

-Mal. En el mejor de los casos, no lo bastante bien para obligarlo a sufrir la tensión de esa clase de publicidad. -Miró los documentos que Stuart tenía en la mano. Después le lanzó una mirada implorante y preguntó-: ¿Algún error de redacción? ¿Algo de dónde agarrarse?

-Nada. Tampoco hay trampas, si eso te sirve de consuelo. Es bastante sencillo y directo, y apenas dice más de lo que declararon Pearson y Levinson. -Dejó los pliegos en la mesa de la secretaria para que Meredith los leyera, pero ella negó con la cabeza. No quería ni ver las palabras. Tomó un bolígrafo y firmó al pie del documento.

-Dáselo y que lo firme -dijo, arrojando el bolígrafo como si fuera un objeto sucio o maldito-. Y haz que ese... maníaco agregue los días de la semana que mencioné y lo rubrique. Y que quede constancia de que si pierde un día, es irrecuperable.

Stuart casi sonrió al oír aquel comentario, pero meneó la cabeza cuando Meredith le devolvió los papeles.

-A menos que quieras los cinco millones y el terreno de Houston más de lo que has dado a entender no creo necesario que pases por esto. Matt solo fanfarronea.

El rostro de Meredith se iluminó.

-¿Por qué crees eso?

-Un presentimiento. Un presentimiento muy fuerte.

-¿Basado en qué?

Stuart pensó en la solemne ternura del rostro de Farrell cuando estrechaba la mano de Meredith; en la mirada de sus ojos cuando ella lo abofeteó, y en la serenidad con que luego la contuvo. Y aunque al principio se dijo que Matt solo buscaba aprovecharse de ella, había demostrado verdadera sorpresa ante la acusación. Sin embargo, no eran más que divagaciones, por lo que el abogado le ofreció a Meredith un argumento mas concreto:

-Si es cruel hasta el punto de hacerle eso a tu padre, ¿por qué se muestra tan generoso contigo? ¿Por qué no amenazarte simplemente con denunciar a Philip para arrancarte esa concesión?

-Supongo que piensa que será tanto más divertido cuanto más indefensa me vea. Además, el hecho de desprenderse de esos millones como quien da una propina es algo que debe de causarle una enorme satisfacción. Mi padre lo humilló de un modo terrible hace once años y aún sigue humillándolo. Puedo imaginarme los sentimientos de Matt hacia Philip Bancroft. Supongo que mejor que tú.

-Aun así apostaría a que Matthew Farrell no moverá un dedo contra tu padre, firmes o no firmes este documento.

-Quisiera creerte -contestó Meredith, ya más tranquila-. Si me ofreces una razón sólida, arrojamos estos papeles a la basura y nos largamos de aquí.

-Te parecerá extraño, dado lo que he visto hoy de Farrell y la reputación que tiene, pero la verdad es que no creo que hiciera nada que te perjudicara.

Meredith lanzó una risa breve y amarga.

-¿Cómo explicas esta intimidación, esta humillación y este chantaje? ¿Cómo llamarías tú la experiencia por la que me ha hecho pasar ahí dentro?

Stuart se encogió desvalidamente de hombros.

-Chantaje, no. Te ofrece dinero, no al revés. Yo lo llamaría poner toda la carne en el asador, utilizar todos los medios a su alcance para conseguir lo que quiere, lo que quiere con toda su alma. También creo que la situación se fue de las manos gracias a la táctica de mano dura de Pearson y a su histrionismo. Estuve observando a Farrell la mayor parte del tiempo y cada vez que Pearson te apretaba las tuercas, Matt parecía enojado. Creo que eligió mal sus abogados para lo que, por su parte, solo pretendía ser un acercamiento amable. Levinson y Pearson únicamente saben actuar de un modo, atrapando a la presa por el cuello. Van a ganar, caiga quien caiga.

Las esperanzas de Meredith se hundieron ante el tenue razonamiento de Stuart.

-No puedo arriesgar la vida de mi padre basándome en una hipótesis tan frágil. Te diré algo más -añadió con tristeza-. Matt ha elegido unos abogados que piensan lo mismo que él. Es posible que estés en lo cierto al suponer que no quiere herirme personalmente, pero eso se debe a que no soy el objetivo de este asunto. Lo vi claro cuando salimos de ahí. -Respiró hondo-. No, a Matt yo no le intereso. En realidad, ni siquiera me conoce. Lo que quiere es vengarse de mi padre y ha ideado dos modos para lograrlo: o lo lleva ante los tribunales o emprende un camino mejor, más dulce, para la venganza. Es decir, me utiliza. Soy la más dulce de las venganzas. Obligar a mi padre a vernos juntos después de tantos años, hacerle pensar que existe la posibilidad de que permanezcamos unidos... Para Matt, esa es la venganza. -Puso una mano en la manga de Stuart-. ¿Me harás un favor cuando le entregues esto?

Stuart asintió, al tiempo que cubría con su mano la de Meredith.

-Intenta arrancarle el compromiso de que todo este asunto no se divulgue. Es probable que no acceda, porque eso le robará parte del placer que busca, pero inténtalo.

-Lo intentaré.

Meredith se marchó y Stuart escribió en la segunda página las condiciones que ella establecía, con la esperanza de que Matt no se negara a aceptarlas. Se dirigió al despacho de Matt y no se molestó en llamar a la puerta, sino que entró directamente. Su hombre no estaba allí. Salió a la sala de conferencias con cierto sigilo. Si lo sorprendía, tal vez detectara en su rostro... una expresión que reflejara los verdaderos sentimientos de aquel tipo enigmático.

Matt había descorrido las cortinas y estaba de pie junto a los ventanales, con un vaso en la mano. Tenía la mirada perdida en el paisaie urbano. Con cierta satisfacción, Stuart pensó que tenía el aspecto de alguien que acaba de sufrir un tremendo revés y trata de adaptarse a la nueva situación. De hecho, aquel hombre, de pie allí en el amplio recinto, rodeado de todos los objetos de su exito, de su riquéza y su poder, parecía solo, desvalido, a juzgar por su manera de inclinar la cabeza y de mirar el vaso que tenía en la mano. En aquel momento se lo llevó a los labios y bebió el contenido de un sorbo, como si intentara quitarse un sabor amargo.

-¿Debí haber llamado? -preguntó Stuart.

Matt volvió la cabeza bruscamente, pero incluso sorprendido Stuart no supo con seguridad si lo que vio en sus ojos fue un alivio inmenso o una gran satisfacción, puesto que se puso en guardia de inmediato. Durante la reunión, ante la presencia de Meredith, Stuart había estudiado el rostro de Farrell, pero ahora estaban los dos solos. El abogado vio una expresión distante e inescrutable mientras Matt lanzaba una fugaz mirada a los documentos que él llevaba en la mano. Luego Matt se encaminó hacia el bar.

-Iba a prepararme otra copa -comentó sin mostrar ninguna urgencia por revisar los papeles-. ¿Quiere tomar algo o prefiere que vayamos directamente al grano?

Parecía no importarle la decisión de Stuart, pero este se aferró a la oportunidad de intentar descubrir una clave que descifrara los sentimientos reales del financiero hacia Meredith.

-No hay mucho que discutir -aclaró Stuart, siguiéndole-. Pero sí me gustaría tomar algo.

-¿Perrier otra vez? -le ofreció Matt.

-Whisky -contestó Stuart-. Solo.

Matt le dirigió una mirada de duda.

-¿De veras?

-¿Le mentiría a un astuto tiburón sin conciencia como usted? -replicó Stuart.

Farrell lo miró con sarcasmo y tomó la botella.

-Por un cliente usted le mentiría al mismo diablo.

Sorprendido y enojado ante la verdad, parcial al menos, que Farrell le había dicho a la cara, Stuart

dejé el portafolios y colocó el documento sobre la barra.

-En eso tiene razón -admitió-. Meredith y yo somos amigos. En realidad -prosiguió-, hubo un tiempo en que ella me gustaba mucho.

-Lo sé.

Sorprendido de nuevo y medio convencido de que Farrell mentía, Stuart replicó:

-Considerando que no creo que Meredith lo haya sabido, debo decir que está usted muy bien informado. ¿Qué más sabe?

-¿De usted? -preguntó Farrell con tono indiferente.

Stuart hizo un gesto de asentimiento. Entonces Matt empezó a preparar su propia copa. Mientras ponía cubitos de hielo en el vaso, comenzó a recitar una serie de datos referentes al abogado. Habló con frialdad, como si estuviera refiriéndose a un ser abstracto. Stuart estaba atónito y un poco asustado.

-Es usted el hermano mayor de una familia de cinco hijos. Su abuelo fundó, junto con dos hermanos, el bufete del que ahora usted es el socio más antiguo. De este modo perpetúa la tradición familiar, que es la práctica del derecho. A los veintitrés años fue número uno de su promoción en la facultad de derecho de Harvard, lo que también es una tradición familiar. En la universidad se había distinguido por ostentar la presidencia de su clase y por ser el editor de la revista *Late Revíew.* Ya licenciado, quiso trabajar para el fiscal del distrito, especializándose en casos de abuso de los propietarios de casas alquiladas, pero tuvo que rendirse a la presión familiar y se unió a la firma. Se ocupa de clientes ricos del mundo de la empresa y de las finanzas, la mayor parte de los cuales proceden de su mismo círculo social.

»Odia las leyes corporativas y sin embargo posee un gran talento para las mismas. Es un negociador duro, un estratega brillante y un buen diplomático. Es decir, a menos que sus sentimientos personales estén en juego, como hoy. Es concienzudo y minucioso, pero con los jurados no tiene nada que hacer, porque trata de abrumarlos con hechos desnudos en lugar de apelar a la retórica emotiva. Por eso, en general usted prepara el caso, pero si hay jurado entonces es otro socio de la firma quien lo defiende, bajo su supervisión... -Farrell hizo una pausa, miró a Stuart y le tendió el vaso-. ¿Quiere que siga?

-Adelante, si es que todavía no ha terminado -le respondió Stuart con voz un poco tensa.

Matt cogió su vaso, bebió un sorbo y esperó a que el abogado hiciera lo mismo.

-Tiene treinta y tres años y es heterosexual. Le gusta la velocidad y los coches deportivos, pero se contiene. Le gusta también el deporte de la vela y a esta inclinación no le pone freno. A los veintidós años creyó estar enamorado de una chica de Melrose Park, a la que conoció en la playa. Pero ella pertenecía a una familia italiana de trabajadores, de modo que la brecha cultural fue un abismo insalvable. Lo dejaron. Siete años después se enamoró de Meredith, pero los sentimientos no eran recíprocos y la cosa terminó en amistad. Hace un par de años su familia quiso casarlo con Georgina Gibbons, cuyo padre es también abogado de la alta sociedad. Se comprometieron, pero usted rompió el noviazgo. En estos momentos posee dieciocho millones de dólares, invertidos, en su mayor parte, en acciones muy seguras y de buenos rendimientos. Cuando muera su abuelo, heredará otros quince millones... a menos que el viejo no pierda hasta la camisa en Montecarlo, donde casi siempre pierde.

Se detuvo e indicó con un gesto los sofás próximos a los ventanales. Stuart tomó los documentos y el bolígrafo y lo siguió, con una mezcla de asombro y furia. Sentados frente a frente, Farrell inquirió, ecuánime:

-¿Se me ha escapado algún dato importante?

-Sí -respondió Stuart con una sonrisa irónica, al tiempo que levantaba el vaso en un brindis fingido-. ¿Cuál es mi color favorito?

Farrell lo miró a los ojos y respondió impertérrito:

-El rojo.

Stuart lanzó una risa ahogada.

-Está usted en lo cierto en todo, excepto que no soy tan concienzudo como cree. Es evidente que se ha preparado mejor que yo, porque todavía no he recibido el informe que pedí sobre su vida y milagros. Estoy seguro, por otra parte, de que no será ni por asomo tan completo como el que usted acaba de exponer. Debo admitir que me ha dejado impresionado.

Farrell se encogió de hombros. Luego comentó:

-No debería estarlo. Intercorp posee una oficina de información crediticia y una gran agencia de detectives especializada en las grandes multinacionales.

A Stuart le llamó la atención que Farrell dijera «Intercorp posee» y no «yo poseo», como si no tuviera el menor deseo de verse asociado con el imperio financiero que había creado. Según la experiencia del abogado, los nuevos ricos eran en su mayoría fanfarrones y orgullosos de sus logros, siempre dispuestos a mostrarlos al mundo de una manera descarada. Stuart esperaba algo así de Farrell, sobre todo porque los medios de comunicación lo presentaban como un ostentoso

conquistador internacional, además de tiburón de las finanzas. Un hombre que llevaba la vida de un sultán de los tiempos modernos.

No obstante, Stuart intuía que la verdad de Matthew Farrell era muy distinta. Que en el mejor de los casos se trataba de un hombre retraído y solitario a quien era difícil llegar a conocer; y en el peor, un tipo frío y calculador, impasible, con una veta de crueldad y control férreo que ponía la carne de gallina. Esto era sin duda lo que sus adversarios del mundo de los negocios pensaban de él.

-¿Cómo sabe lo de mi color favorito? -preguntó por fin Stuart, siempre atento a aprender algo nuevo sobre el financiero-. Ese dato no se lo dieron sus agencias de investigación.

-Fue una hipótesis -admitió Matt con tono burlón-. Su maletín es marrón, y también su corbata. Además, a casi todos los hombres les gusta el rojo; a las mujeres, el azul. -Por primera vez Farrell aludió al documento que Stuart había dejado encima de la mesa-: Hablando de mujeres -añadió como por casualidad-, supongo que Meredith ha firmado.

-Pero también ha añadido algunos detalles -replicó Stuart sin dejar de observar a Matt y adviniendo que tensaba ligeramente la mandíbula-. Quiere que los días que usted mencionó se estipulen en el documento, y también dejar aclarado que si usted pierde una cita, ese día no es recuperable.

Al oír su respuesta, Matt se relajó; incluso a la tenue luz de la estancia Stuart reparó en que la mirada de aquellos ojos grises reflejaba regocijo y... ¿orgullo? No tuvo tiempo de resolver el misterio porque Farrell se levantó, se dirigió a la mesa de conferencias y regresó con un bolígrafo de oro. Cuando ya se disponía a firmar, Stuart añadió:

-Meredith también desea que acceda a no dar publicidad al matrimonio entre ustedes ni a todo este asunto de las once semanas.

Farrell lo miró fijamente, pero cuando Stuart se disponía a defender la cláusula, aquel se inclinó sobre el documento y rubricó con rapidez las tres estipulaciones, estampando su firma al pie. Tendió los papeles al abogado de Meredith.

-Esa obligación de secreto -preguntó Matt- ¿es fruto de su consejo o iniciativa propia de Meredith?

-Iniciativa de Meredith -respondió, y como solo estaba pendiente de las reacciones de Farrell, añadió con ecuanimidad.-: Si por mí fuera, mi clienta habría arrojado ese documento a la papelera.

Farrell se reclinó en el asiento y clavó una viva mirada en Stuart.

-En ese caso, Meredith habría arriesgado la salud y el buen nombre de su padre.

Stuart le salió al paso.

-No habría arriesgado nada. Usted estaba fanfarroneando. -Como Farrell no dijo nada, el abogado prosiguió-: Lo que usted hace no es ético. Usted es ui hijo de puta de primerísima clase, o está loco o... simplemente enamorado de Meredith. ¿Cuál de las tres cosas?

-Sin duda la primera -contestó Farrell enseguida-. Tal vez la segunda. Quizá las tres. Decida usted.

-Ya lo he decidido -respondió Stuart.

-¿Y bien?

-La primera y la tercera -respondió Stuart, satisfecho al comprobar que Matt esbozaba una sonrisita ante sus poco halagadoras conclusiones-. ¿Qué sabe usted de Meredith? -preguntó Stuart después de beber otro sorbo de su vaso. Pretendía reforzar su opinión de que, en efecto, Matthew Farrell estaba enamorado de la joven.

-Solo lo que he leído en revistas y periódicos en los últimos once años. El resto preferiría averiguarlo por mis propios medios.

Para ser un hombre que conocía hasta la forma del ombligo del abogado de Meredith resultaba significativo que Farrell, al parecer interesado únicamente en la venganza, no hubiera investigado del mismo modo a la joven.

-Entonces ignora los «detalles» de su vida -comentó Stuart sin dejar de mirar a su interlocutor por encima del marco de sus gafas-. Por ejemplo, que durante el verano posterior a su primer curso universitario corrió el rumor de que había tenido un amor trágico y que por eso no quería salir con ningún hombre. Naturalmente, fue usted, sin pretenderlo, la causa de todo. -Hizo una pausa, al observar el repentino interés que asomó en el rostro de Matt y que trató de ocultar levantando el vaso y bebiendo un sorbo-. Y por supuesto -prosiguió Stuart- no sabrá usted que en su tercer año universitario un chico del club de estudiantes, rechazado por Meredith, dijo que ella era lesbiana o frígida. Si algo evitó que la etiqueta de lesbiana quedara prendida para siempre de la solapa de Meredith fue la intervención de su amiga Lisa Pontini. Lisa era entonces amiga del presidente del club de estudiantes, y estaba tan lejos de ser lesbiana y era tan leal a Meredith, que se ensañó con el joven, y con la ayuda de su amigo lo convirtió en el hazmerreír de toda la universidad. Pero la fama de frígida sí acompañó a Meredith. En la Noroeste la apodaron la reina del hielo. Cuando se graduó y regresó aquí, el apodo la siguió; pero ella era tan hermosa que aquello no hizo más que aumentar la atracción que ejercía sobre los hombres. Constituía un reto. Además, aparecer con Meredith Bancroft

Librodot

colgada del brazo, estar sentado frente a ella en un restaurante, suponía, y supone, tal estímulo para el ego que a nadie le importaba demasiado que luego no hubiera sexo.

Stuart esperó, por si Farrell mordía el anzuelo y se lanzaba a hacer preguntas, lo que habría delatado, al menos en parte, sus verdaderos sentimientos. Sin embargo, o bien el financiero no sentía nada por ella o era demasiado hábil para dejar entrever algo que indujera al abogado a contarle a Meredith que su marido estaba enamorado de ella y que, por lo tanto, podía tirar el documento a la basura, sin arriesgarse a su ira. Convencido de que realmente era así, Stuart inquirió hablando parsimoniosamente:

-¿Me contestará una pregunta?

-Inténtelo.

-¿Por qué la enfrentó hoy con dos abogados, sobre todo sabiendo que tienen fama de mano dura?

Por un instante, Stuart pensó que Farrell no iba contestarle, pero entonces Matt sonrió con ironía y confesó:

-Fue un error táctico por mi parte. Con las prisas por preparar el documento para la reunión, me olvidé de advertirles a Pearson y a Levinson que lo que quería era la firma de Meredith, no que la atacaran. -Matt dejó el vaso sobre la mesa, sugiriendo así que conversación había terminado.

Así pues, Stuart hizo lo mismo, pero al inclinarse para recoger el documento, dijo algo que no deseaba callar:

-Fue más que un error táctico, fue el beso de la muerte. Además de coaccionarla y acorralarla, la traicionó y la humilló al permitir que Levinson nos contara a todos que ella se había acostado con usted el fin de semana pasado. Meredith lo odiará durante mucho mas tiempo que las once semanas. Si la conociera mejor de lo que la conoce, lo sabría.

-Meredith es incapaz de odiar durante mucho tiempo -objetó Farrell con un tono de voz implacable y teñido de orgullo. Stuart trató de ocultar el impacto que le producían las palabras de Matt, que al salir en defensa de ella confirmaba sus sospechas-. De lo contrario, si pudiera odiar, odiaría a su padre por haberle arruinado la niñez y por desmerecer su éxito profesional. Lo odiaría ahora por haber descubierto lo que nos hizo a ambos once años atrás. Sin embargo, en lugar de eso, intenta protegerlo de mi furia. Más que odiar, Meredith busca siempre el modo de justificar a las personas que quiere, de excusar lo inexcusable. Mire qué hizo conmigo. Con tal de no condenarme se convenció de que yo tuve razón al abandonarla, puesto que ella creyó que realmente la había abandonado, porque para empezar me había visto obligado a casarme con ella. -Ignorando la mirada de fascinación que Stuart ya era incapaz de ocultar, Farrell siguió hablando-: Meredith no soporta que la gente sufra. Envía flores a bebés muertos con notas que dicen «te quisimos»; llora en brazos de un anciano porque durante once años este ha vivido creyendo que ella abortó a su nieto, y después desafía una tormenta de nieve y conduce durante cuatro horas porque siente la imperiosa necesidad de sacarme del error enseguida. Tiene un corazón de oro, pero también es demasiado precavida, además de inteligente, astuta e intuitiva, cualidades que la han llevado a convertirse en una alta ejecutiva sin ser devorada en el camino por colegas que son más bien tiburones, y sin convertirse ella misma en otro tiburón. -Se inclinó, cogió el bolígrafo y retó a Stuart con la mirada-. ¿Qué más quiere que sepa de ella?

Stuart también le miró, pero con expresión triunfal.

-Que me ahorquen si no estaba en lo cierto -dijo Stuart, y profirió una sonora carcajada. Usted está enamorado de ella. Y como lo está no haría nada que la perjudicara, lo que significa que dejaría en paz a su padre.

Matt metió las manos en los bolsillos de la chaqueta, como si no le importara la conclusión a que había llegado el abogado, lo que en parte estropeó la satisfacción de Stuart.

-Usted cree en lo que ha dicho, pero no está lo bastante seguro como para aconsejar a Meredith que me ponga a prueba. Ni siquiera está seguro de sentirse capaz devolver a abordar el asunto con ella, y si lo estuviera, vacilaría a pesar de todo.

-¿De veras? -replicó Stuart con aire burlón, y mientras se encaminaba al bar para recoger su maletín estaba ya pensando en lo que le diría a la joven y en cómo hacerlo. ¿Por qué cree eso?

-Porque -le respondió Farrell, tranquilo- desde el momento en que descubrió que nos acostamos juntos el fin de semana pasado ha perdido toda seguridad. Además, también duda de lo que Meredith siente por mí. -Matt acompañó cortésmente a Stuart hasta la salida.

Stuart recordó de pronto la indescriptible mirada de Meredith cuando estrechaba la mano de Matt en el bar. Ocultando su creciente incertidumbre tras un convincente encogimiento de hombros, comentó:

-Mi trabajo consiste, entre otras cosas, en contarle lo que pienso, aunque sea una corazonada. Soy su abogado.

-También es su amigo y estuvo enamorado de ella. Está implicado personalmente y por eso vacilará, y al final dejará que las cosas sigan su curso. Después de todo, si todo queda en agua de

borrajas, ella no pierde nada por hacer lo que se le pide. En realidad, gana cinco millones de dólares.

Ya en el despacho, Matt se situó tras su escritorio, pero se quedó gentilmente de pie. Furioso por la probable veracidad del análisis psicológico de Farrell, Stuart miró alrededor, en busca de algo que pudiera darle pie para sacudir la seguridad del financiero. Su mirada tropezó con la fotografía enmarcada de una joven, encima de la mesa.

-¿Va a mantener esa foto donde está mientras intenta seducir a su mujer?

-Por supuesto.

Algo en el tono de Matt obligó al abogado a dudar de su primera impresión, que la joven era su amiga o su amante.

-¿Quién es? -preguntó sin rodeos.

-Mi hermana.

Farrell lo observaba con una tranquilidad insultante, por lo que Stuart, con la deliberada intención de resultar ofensivo, comentó:

-Bonita sonrisa. Y bonito cuerpo.

-Fingiré no haber oído la segunda observación y le sugeriré amablemente que los cuatro comamos juntos cuando Julie venga a Chicago. Dígale a Meredith que pasaré a buscarla mañana a las siete y media. Puede llamar a mi secretaria por la mañana y darle la dirección.

Terminada la conversación, el abogado se marchó, cerrando la puerta al salir. Fuera del despacho, empezó a preguntarse si le hacía un favor a Meredith al no advertirle que saliera corriendo, que anulara el acuerdo amara o no a su marido. Aquel hombre era un ser inflexible y distante, incapaz de hacer concesiones. Completamente desprovisto de debilidades humanas. Ni siquiera una observación obscena dirigida a su propia hermana podía sacarle de quicio.

Al otro lado de la puerta, Matt Farrell se dejó caer pesadamente en su sillón, reclinó la cabeza y cerró los ojos.

-Dios -murmuró exhalando un profundo suspiro de alivio-. Gracias.

Era lo más parecido a una oración en boca de Matt Farrell desde hacía once años, que, por primera vez en las dos últimas horas, respiró tranquilo.

41

-¿Cómo te fue con Farrell? -preguntó Parker en cuanto entró en el apartamento de Meredith. Venía dispuesto a salir con ella para celebrar lo que suponía era el inminente divorcio, pero su sonrisa se desvaneció al ver que Meredith meneaba la cabeza con pesimismo-. Meredith, ¿qué ha ocurrido? -preguntó Parker, asiéndola de los brazos.

-Creo que será mejor que te sientes -le advirtió ella.

-Estoy bien -replicó él, turbado.

Diez minutos después, cuando Meredith terminó de contarle toda la historia, Parker ya no parecía turbado, sino furioso... con ella.

-¿Y has cedido?

-¡Qué remedio! -exclamó Meredith-. Tenía todas las cartas en la mano, yo ninguna. Y me lanzó un ultimátum. Bueno, la cosa no es tan trágica -añadió esforzándose por sonreír para tranquilizarlo-. He tenido un par de horas para pensarlo y he llegado a la conclusión de que más que un inconveniente, es un gran enojo. Sobretodo, si miramos las cosas con objetividad.

-Yo soy completamente objetivo y no estoy de acuerdo -repuso Parker con dureza.

Por desgracia, Meredith se sentía demasiado fatigada y dominada por la culpa, lo que le impidió advertir que a Parker lo ayudaría que ella se sintiera peor ante la perspectiva de salir con Matt durante once semanas.

-Mira -le dijo lanzándole otra sonrisa de aliento-, incluso si yo hubiera podido ir a cualquier parte para divorciarme, todavía quedaría el problema de los acuerdos económicos, porque hay que tratar ambas cosas por separado. En cambio, ahora todo quedará resuelto en un plazo de seis meses.

-Así es -replicó Parker con rabia-. ¡Y tres de esos seis meses los pasarás con Farrell!

-Ya te he dicho que, según él mismo aclaró, el contrato no incluye relaciones íntimas. Lo que significa que nos quedará la mitad de la semana para nosotros.

-Muy generoso por parte de ese hijo de puta.

-Pierdes la perspectiva -le advirtió Meredith, asombrándose de que cada cosa que decía irritaba aún mas a su prometido-. Matt hace todo esto para vengarse de mi padre, no porque me desee.

-¡Una mierda, Meredith! Farrell no es homosexual ni está ciego, y está decidido a tenerte, cómo y cuando pueda. Como tú misma me has dicho al contarme lo ocurrido en la reunión, los abogados de ese bastardo afirmaron una y otra vez que Farrell se considera tu marido. ¿Y sabes lo que más me

enfurece de todo esto?

-No -respondió Meredith con lágrimas de frustración-. Supongamos que me lo dices tú, si es que eres capaz de hacerlo sin resultar vulgar y autoritario...

-¿Qué? -masculló Parker, furioso-, Así que soy vulgar y autoritario. Farrell te hace una proposición obscena, pero el vulgar y el autoritario soy yo. Bueno, te diré lo que me resulta más doloroso y repulsivo de todo este asunto ¿Sabes qué es? Pues que a ti no parece molestarte demasiado. Míralo bien. Farrell te ofrece cinco millones de dólares por revolcarte con él cuatro veces a la semana. Pero el vulgar soy yo. ¿A cuánto sale la transacción? ¿A unos cien mil dólares más o menos cada vez?

-Si quieres que te hable con toda claridad, si quieres cálculos y datos, Matt es técnicamente mi marido. -El cansancio y la frustración de Meredith habían dado paso a la ira.

-¿Y qué diablos soy yo técnicamente? ¿Una verruga?

-No, tú eres mi novio.

-¿Cuánto me harás pagar?

-Vete, Parker -ordenó con voz serena, hablando totalmente en serio.

-Está bien. -Parker se dispuso a obedecer. Cogió el abrigo, que había colocado en el respaldo del sillón, mientras Meredith se quitaba el anillo de compromiso, luchando por contener las lágrimas.

-Toma esto -dijo tendiéndole el anillo a Parker, y añadió-: Llévatelo contigo.

Parker clavó la mirada en el anillo que su novia le devolvía y sintió que se disipaba parte de su ira.

-Por el momento puedes guardarlo -susurró. Se produjo un momento de silencio-. Estamos demasiado enojados para ver las cosas con claridad -prosiguió finalmente Parker-. Pero este asunto no me gusta, y eso es lo que me molesta. Yo estoy furioso y tú... ¿qué haces? Intentar que parezca una anécdota, una broma sin importancia.

-¡Maldita sea! Lo que he intentado hacer es suavizar las cosas para calmarte.

Parker vaciló inseguro, después tendió una mano y apretó la de Meredith, con el anillo dentro.

-¿Eso es lo que hacías, Meredith, o eso es lo que creías estar haciendo? Yo me siento como si el mundo se derrumbara y tú, que eres la que tiene que soportar a ese tipo durante tres meses, lo tomas mejor que yo. Creo que lo más conveniente sería que yo desapareciera de la escena hasta que sepas hasta qué punto soy importante para ti.

Meredith replicó con voz tensa:

-Pues yo creo que deberías pasar parte de ese tiempo preguntándote por qué no has podido ofrecerme un poco de comprensión y simpatía en lugar de ver en todo este asunto un reto sexual a tu propiedad privada.

Parker salió dando un portazo y Meredith se hundió en el sofá. Hacía solo unos días el mundo le había parecido brillante y prometedor. Ahora la tierra cedía bajo sus pies.

Como sucedía siempre que Matt Farrell merodeaba cerca de ella.

42

-Lo siento, señor, no puede aparcar aquí -le advirtió el portero cuando Matt bajó de su coche frente a la entrada principal del edificio de Meredith.

Matt, con la mente puesta en su primera cita con ella, le puso al portero un billete de cien dólares en la mano enguantada y sin detenerse se dirigió a la entrada.

-Cuidaré de su coche, señor-le aseguró el portero.

La desmesurada propina era un adelanto para posibles favores futuros. Matt no se molestó en explicárselo, a sabiendas de que tampoco era necesario. Todos los porteros del mundo son maestros en diplomacia y saben lo que significa una propina del calibre de cien dólares. En aquel momento Matt no estaba seguro de qué servicios podría prestarle aquel hombre, pero lo lógico era tener de su lado al portero de Meredith.

En la mesa del vestíbulo el guardia de seguridad repasó la lista, vio el nombre de Matt y le hizo una seña cortés.

-Señorita Bancroft. Apartamento 505. La llamaré por el intercomunicador para decirle que va hacia allí. -Luego indicó a Matt dónde estaban los ascensores.

Meredith estaba tan tensa que las manos le temblaban mientras se arreglaba el pelo con los dedos, ahuecándolo. Le caía sobre los hombros como si estuviese alborotado por el viento. Ante el espejo, dio un paso atrás para mirarse mejor. Llevaba puesta una camisa de seda de un verde vivo, y se ajustó el fino cinturón dorado. La falda, de lana, hacía juego con la camisa. Se puso unos grandes pendientes y una pulsera, todo de oro. Como estaba pálida, añadió un poco más de colorete a sus mejillas, y se disponía a darse otro toque de pintura en los labios cuando sonó el portero automático y del sobresalto se le cayó el pintalabios. Lo recogió, pero cambió de opinión, le puso la tapa y lo guardó en el bolso. Era innecesario presentar un buen aspecto ante Matthew Farrell, que ni siquiera había tenido la

cortesía de notificarle adónde iban para que ella pudiera vestirse adecuadamente. Además, si él pensaba seducirla, cuanto menos seductora se presentase, mejor.

Se encaminó a la puerta ignorando sus piernas temblorosas. Abrió y evitó mirar a Matt a la cara.

-Tenía la esperanza de que llegaras tarde -le dijo con sinceridad.

Matt no esperaba otro recibimiento. Además, Meredith estaba tan hermosa vestida de verde esmeralda, con su brillante cabellera descuidadamente suelta sobre los hombros, que tuvo que reprimir el impulso de reír y abrazarla.

-¿Muy tarde?

-En realidad, tres meses.

Por fin Matt se echó a reír y ella elevó un poco la cabeza, aún incapaz de mirarlo a los ojos.

-¿Ya te estás divirtiendo? -preguntó la joven, observando sus anchos hombros enfundados en una chaqueta de *sport.* La camisa clara, con el cuello abierto, parecía brillar en contraste con la piel bronceada.

-Estás maravillosa -musitó él, como si no hubiera oído el comentario de Meredith.

Todavía sin mirarlo, ella se volvió y se dirigió al armario para buscar el abrigo.

-Como no has tenido la gentileza de decirme adónde vamos -dijo mientras descolgaba la prenda-, no sabía cómo vestirme.

Matt no respondió, consciente de que ella se resistiría cuando supiera adónde iban.

-Estás perfectamente vestida -aseguró.

-Gracias, ahora ya estoy más tranquila -ironizó Meredith. Con el abrigo en la mano se volvió y tropezo con el pecho de Matt-. ¿Te importaría moverte?

-Te ayudaré a ponerte el abrigo.

-¡No me ayudes! -le espetó ella, haciéndose a un lado-. ¡No me ayudes con nada! ¡No vuelvas a ayudarme!

Él la tomó de un brazo con suavidad, pero la obligó a volverse.

-¿Va a ser así toda la noche? -susurró.

-No -le respondió Meredith con rencor-. Esto es lo mejor de la velada.

-Sé lo enojada que estas...

Meredith perdió el miedo a mirarlo.

-¡No, no lo sabes! -lo interrumpió con voz airada-. Crees que lo sabes y ni siquiera te lo imaginas. -Había planeado matarlo de aburrimiento, pero solo con verlo arrojó el plan por la borda. No se mostraría distante y silenciosa-. En tu despacho me pediste que confiara en ti, y luego utilizaste en mi contra todo lo que te había contado de lo ocurrido hace once años. ¿Crees de veras que puedes arruinarme la vida un martes y luego presentarte aquí el miércoles con la esperanza de que todo sea de color de rosa? ¡Hipócrita, desalmado!

Matt clavó la mirada en aquellos ojos atormentados y por un momento pensó seriamente en confesarle que estaba enamorado de ella. Desistió por dos razones: una que ella no le creería después de lo sucedido el día anterior; otra que, aunque lo creyera, no iba a servir de nada, sino al contrario, ya que le daría un pretexto para romper el acuerdo firmado. Ese era un lujo que Matt no podía permitirse. La joven había dicho que entre ambos no había más que el recuerdo de un pasado horrible; él quería demostrarle lo contrario, demostrarle que el futuro, juntos, podía depararles algo muy positivo y novedoso, no una repetición del pasado. Pero Matt necesitaba tiempo, el tiempo acordado. En ese punto no podía ceder, pues de lo contrario sería imposible romper la barrera defensiva de Meredith. De modo que en lugar de dialogar o discutir, se embarcó en la primera fase de la campaña psicológica que tenía planeada para derribar sus defensas, cuyo objetivo era hacerle comprender que no todo lo ocurrido en el pasado era culpa suya.

Tomó el abrigo de manos de Meredith y le ayudó a ponérselo.

-Sé que ahora te parezco un hipócrita desalmado, y no te culpo. Pero por lo menos hazme el favor de recordar que hace once años no fui yo el villano.

Ignorándolo, Meredith echó a andar sin decir palabra, pero tuvo que detenerse cuando él le puso las manos sobre los hombros. Matt la obligó a volverse gentilmente, y luego esperó a que ella levantara la mirada.

-Ódiame por lo que hago ahora -dijo él con firmeza-, puedo aceptarlo, pero no me odies por el pasado. Fui víctima de las maquinaciones de tu padre tanto como lo fuiste tú.

-¡Entonces tú ya eras un desalmado! -exclamó Meredith al tiempo que se libraba de él y cogía el bolso-. Apenas te molestaste en escribir desde Venezuela.

-Te escribí docenas de cartas -le aseguró Matt, abriendo la puerta y cediéndole el paso-. Incluso eché la mitad de ellas al buzón -añadió con una sonrisa irónica-. Y tú no eres quién para censurarme por eso. ¡Solo me escribiste seis cartas en todos esos meses!

Frente a los ascensores, Meredith lo observó pulsar el botón de llamada. Pensó que Matt decía lo de las cartas para descargarse de culpa, porque ya no había manera de probar nada. Sin embargo, de

pronto la asaltó el recuerdo de una frase... Sí, fue durante una conversación telefónica con Matt. En aquel momento ella había interpretado sus palabras como una crítica a su estilo literario. «No eres una gran corresponsal...» Tal vez Matt se refería a que ella no escribía muy a menudo.

Hasta que el médico restringió su actividad física, Meredith tuvo por costumbre salir al camino de entrada y depositar las cartas en el buzón de la familia. ¡Qué fácil para un sirviente, qué fácil para su... padre sacar las cartas del buzón! De hecho, las únicas cinco cartas que había recibido de Matt fueron las que el cartero le había entregado en mano, cuando ella lo esperaba en la puerta. Y quizá las únicas cartas recibidas por Matt fueron las que ella le dio en mano al cartero.

En su interior tomaba cuerpo la horrible sospecha. Sin querer, miró a Matt, pero luego reprimió el impulso de preguntarle sobre las cartas. Tras abandonar el vestíbulo, él la condujo a su lujoso Rolls-Royce, estacionado frente a la puerta de entrada. A la luz de un farol el vehículo resplandecía como una joya pulida.

Meredith se deslizó en el interior, lujosamente tapizado de cuero. La joven se quedó mirando fijamente el parabrisas, mientras Matt arrancaba y se internaban en el tráfico. El automóvil era hermoso, pero ella pensó que antes se dejaría matar que admitir que todavía estaba pensando en el asunto de las cartas.

Al parecer, también Matt pensaba en lo mismo, porque al detenerse en un semáforo preguntó:

-¿Cuántas cartas mías recibiste?

Meredith trató de no contestar, se esforzó honestamente por ignorar su existencia, pero era incapaz de sumirse en un sombrío silencio durante horas. En un enfrentamiento abierto se sentía más a sus anchas.

-Cinco -contestó con tono categórico.

-¿Y cuántas escribiste?

La joven vaciló, después se encogió de hombros y dijo:

-Al principio te escribía dos veces por semana como mínimo. Más tarde, en vista de que no contestabas, me limité a escribir una carta semanal.

-Te escribí docenas de cartas -repitió Matt, ahora, con más énfasis-. Estoy seguro de que tu padre interceptaba nuestras cartas, aunque se le escaparon las cinco que recibiste.

-Ahora ya no importa.

-¿No? -exclamó Matt con ironía-. Dios mío, cuando pienso con qué ansiedad esperaba el correo y cómo me sentía al comprobar día tras día que no llegaba...

La intensidad de su voz asombró a Meredith casi tanto como las palabras mismas. Miró a Matt pensando que en realidad él nunca había mostrado el menor indicio de que ella significase nada, excepto como compañera de cama. Como persona, había sido un cero a la izquierda para ese hombre.

Al cabo de unos minutos, Meredith rompió el silencio en que se habían sumido.

-¿Es pedir mucho que me digas adónde vamos?

Lo vio sonreír porque había sido ella quien había hablado.

-Aquí mismo -contestó, justo cuando el coche enfilaba la rampa del aparcamiento subterráneo situado junto al edificio en que vivía.

-¡Debería haberme figurado que intentarías una cosa así! -estalló Meredith, dispuesta a salir del vehículo y escapar tan pronto como se detuviera.

-Mi padre quiere verte -dijo Matt con voz queda mientras aparcaba frente al ascensor, entre una limusina con matrícula de California y un Jaguar azul oscuro descapotable, tan nuevo que su matrícula era todavía provisional.

Dispuesta a subir si el padre de Matt estaba en la casa y deseoso de verla, Meredith bajó del coche.

Joe, el fornido chófer de Matt, abrió la puerta. Tras él, Patrick Farrell subía ya los peldaños del vestíbulo con el rostro radiante.

-Aquí la tienes -dijo Matt con humor negro-. Te la traigo como te prometí que lo haría, sana y salva. Y terriblemente enojada conmigo.

Patrick extendió los brazos, sonriente, y Meredith se refugió en ellos, apartando el rostro para que no la viera Matt.

Con un brazo todavía sobre los hombros de la joven, Patrick se volvió hacia el chófer.

-Meredith -dijo-, este es Joe O'Hara. Creo que no os han presentado oficialmente.

Meredith logró sonreír, aunque se sentía avergonzada, pues tenía presente que el chófer había presenciado las dos escenas que había montado.

-¿Cómo está usted, señor O'Hara?

-Es un placer conocerla, señora Farrell.

-Mi nombre es Bancroft -corrigió ella con firmeza.

-Claro -dijo él al tiempo que sonreía a Matt irónicamente-. Pat -prosiguió encaminándose a la puerta-, te recogeré más tarde abajo.

La última vez que estuvo allí Meredith no había tenido el ánimo suficiente para observar el lugar. Ahora tampoco, pero se sentía demasiado tensa para mirar a nadie, de modo que paseó la mirada alrededor y quedó impresionada, aunque le costaba admitirlo. El apartamento de Matt ocupaba el último piso del edificio, las paredes exteriores eran de cristal, ofreciendo así una vista espectacular de las luces de la ciudad. Tres suaves peldaños frente al vestíbulo de mármol conducían a las distintas secciones del apartamento, que no estaba dividido por paredes, sino por parejas de columnas de mármol, ofreciendo así una impresionante perspectiva. Primero se descendía a un salón tan espacioso que había varios sofás y numerosos sillones y mesas. A la derecha había un comedor, elevado como el vestíbulo, y más arriba, otro cuarto de estar más pequeño, cómodo, con un bar delicadamente labrado. En general el lugar estaba diseñado y amueblado para celebrar fiestas y reuniones; llamativo, impresionante y opulento, con sus distintos niveles y suelos de mármol. Sin duda era el polo opuesto del apartamento de Meredith, a la que no obstante le gustó muchísimo.

-Bien -dijo Patrick, risueño-, ¿te gusta?

-Es muy bonito -admitió la joven, y se dio cuenta de que la presencia de Patrick podía ser la respuesta a su oración. Ni por un momento se le ocurrió pensar que el padre podría estar al corriente de las infames tácticas de su hijo. Se prometió hablarle, de ser posible en privado, para rogarle que interviniera en su favor.

-A Matt le gusta el mármol, pero a mí me resulta incómodo -bromeó Patrick sin dejar de sonreír-. Hace que me sienta como si estuviera muerto y enterrado.

-Pues no quiero ni pensar cómo se sentirá usted en esos baños de mármol negro -comentó Meredith, dedicándole una ligera sonrisa.

-Sepultado -confirmó Patrick de inmediato, y ambos cruzaron el salón y el comedor y se dirigieron al cuarto de estar más pequeño.

Meredith se sentó y Patrick se quedó de pie. Matt, por su parte, se situó detrás del bar.

-¿Qué queréis beber?

-Para mí un ginger ale -contestó Patrick.

-Lo mismo -musitó Meredith.

-Para ti un jerez -contradijo Matt arbitrariamente.

-Tiene razón -terció Patrick-. No me molesta ver a otra persona beber alcohol. -Cambiando de tema, preguntó a Meredith-: ¿De modo que ya sabes lo de los cuartos de baño de Matt?

La joven deseó no haberlo comentado.

-Vi... vi unas fotografías del apartamento en el suplemento dominical.

-¡Lo sabia! -declaró Patrick, guiñándole un ojo a Meredith-. Todos estos años, cuando la foto de Matt salía en una revista o en alguna otra parte, yo me decía: espero que Meredith Bancroft la vea. Le seguías la pista. ¿No es cierto?

-Claro que no -repuso Meredith, poniéndose a la defensiva.

Curiosamente fue Matt quien la rescató de aquella embarazosa conversación. Desde el bar, habló dirigiéndose a ella:

-Bien, ahora que hablamos de notoriedad podrías decirme cómo esperas que nuestros encuentros se mantengan en secreto, como tu abogado me ha dicho que deseas.

-¿En secreto? -intervino Patrick-. ¿Por qué quieres mantenerlo en secreto? -le preguntó a la joven.

Meredith tenía al menos media docena de iracundas y muy descriptivas razones, pero no podía decirlas delante del padre de Matt sin herirlo. De todos modos, Matt se adelantó.

-Porque Meredith todavía está comprometida con otro -le explicó a su padre, y después la miró-. Hace años que eres noticia en esta ciudad y la gente te reconocerá dondequiera que estemos.

-Voy a ver cómo va la comida -intervino Patrick. Meredith tuvo la impresión de que quería dejarlos solos.

La joven esperó hasta que Patrick no pudiera oírla. Después, con una mezcla de enojo y satisfacción, se dirigió a Matt:

-A mí no me reconocerán, pero a ti sí. Tú eres el *sex symbol* del mundo financiero americano. Tú eres el que tiene por lema «si se mueve, a la cama». Te acuestas con estrellas del rock y luego seduces a sus criadas. ¿Qué pasa? ¿Te estás riendo de mí? -inquirió al ver que a Matt le temblaban los hombros.

El destapó la botella de ginger ale al tiempo que le dedicaba a Meredith una sonrisa.

-¿De dónde sacas toda esa basura de mis enredos con las criadas?

-Entre las secretarias de Bancroft tienes muchas admiradoras -replicó Meredith con desdén-. Leen todo lo que se dice de ti en el *Tattler.*

-¿El *Tattler?* -profirió Matt, intentando reprimir la risa y en fingir preocupación-. ¿Te refieres al periódico sensacionalista que publicó una vez que los extraterrestres me habían metido en un platillo volante para revelarme cuáles iban a ser los negocios más rentables?

-No, no. Eso fue en el *The World Star* -puntualizó Meredith, cada vez más frustrada por la

divertida indiferencia con que él tomaba el asunto-. Lo vi en el supermercado.

El regocijo desapareció de la voz de Matt, que añadió con cierta ironía:

-Creo haber leído en alguna parte que tenías una aventura con un autor teatral.

-Eso fue en el *Chicago Tribune,* Pero no se mencionaba ninguna aventura con Joshua Hamilton. Decía que nos veíamos con frecuencia.

Matt cogió los vasos y se dirigió hacia Meredith.

-¿Estabas ligada a él? -insistió.

-Difícilmente. Verás, Joshua Hamilton está enamorado de mi hermanastro, Joel.

Comprobó satisfecha que Matt parecía atónito.

-¿Está enamorado de tu qué?

-Joel es hijo de mi abuela política, pero como somos más o menos de la misma edad, acordamos considerarnos medio hermanos. El nombre del otro hilo es Jason.

Matt apretó los labios.

-Supongo -dijo con voz burlona- que Joel es homosexual.

A Meredith no le gustó el tono de Matt, y su cara lo delató.

-Sí, lo es. ¡Pero no te atrevas a criticarlo! Es el hombre más gentil y amable que he conocido en mi vida. Jason, su hermano, no es homosexual, pero si un auténtico cerdo.

Matt dulcificó la expresión ante aquella encendida defensa del hermanastro homosexual. Luego levantó la mano, incapaz de reprimir el deseo de tocar a Meredith.

-Quién hubiera dicho -comentó con la mirada fija en los iracundos ojos de la joven mientras le rozaba el brazo con los nudillos- que la orgullosa y correcta debutante que conocí hace años tenía también sus manchas familiares.

Olvidando a Patrick Farrell, que se había detenido en el primer peldaño y desde allí escuchaba fascinado la discusión, Meredith apartó el brazo que Matt le acariciaba.

-Por lo menos yo no me he pasado la vida revolcándome por ahí. Y por supuesto no me acostaría con nadie con el pelo teñido de rosa -concluyó acaloradamente.

-¿Quién tiene el pelo teñido de rosa? -preguntó Patrick con voz ahogada y risueña, mientras subía los peldaños.

Matt miró distraídamente alrededor y vio que en aquel momento la cocinera colocaba una bandeja sobre la mesa del comedor.

-Es demasiado pronto para cenar -objetó frunciendo el entrecejo.

-Culpa mía -aclaró Patrick-. Pensé que el avión salía a medianoche, pero cuando fuiste a buscar a Meredith me acordé de que el vuelo es a las once. Entonces le pedí a la señora Wilson que adelantara la cena una hora.

Meredith se alegró del equívoco. La velada sería más corta y podría pedirle a Patrick que la dejara en su casa. Animada, se sentó a la mesa y comió con relativa comodidad. Patrick también la ayudó al introducir uno tras otro temas de conversación impersonales; ella participaba cuando no lo hacía Matt. En realidad, aunque Matt se sentaba a la cabecera de la mesa y ella a su derecha, se las arregló para no mirarlo a la cara, por lo menos hasta concluida la comida. El final de la comida fue también el principio de un nuevo rumbo en la velada.

Meredith creía que Patrick no tenía idea de hasta qué extremos de inmoralidad había llegado su hijo, pero al levantarse de la mesa descubrió que su presunta ignorancia y neutralidad no eran más que una quimera.

-Meredith -le censuró el padre de Matt-, no le has dirigido la palabra a Matt desde que nos sentamos a la mesa. El silencio no te llevará a ninguna parte. Lo que vosotros dos necesitáis es una buena pelea para que todo salga a la superficie y se despeje la atmósfera. -Miró a su hijo, sonriéndole significativamente-. Podéis empezar tan pronto como le dé a Meredith un beso de despedida. Joe me espera en la puerta.

Meredith se apresuró a intervenir:

-No va a haber ninguna pelea. De hecho, tengo que marcharme. ¿Puede dejarme en casa camino al aeropuerto?

La voz de Patrick sonó tan implacable como paternal y cariñosa:

-No seas tonta, Meredith. Te quedarás aquí con Matt y él te llevará a casa más tarde.

-¡No soy tonta! Señor Farrell...

-Papá...

-Lo siento... papá -se corrigió, y comprendiendo que era su única ocasión para ganarse el apoyo de Patrick, puso manos a la obra-. Creo que usted no sabe por qué estoy aquí. Estoy aquí porque su hijo me ha chantajeado y coaccionado para que salga con él durante un período de once semanas.

Esperaba sorprenderlo y que se enfrentara con su hijo, pero en lugar de eso, Patrick la miró fijamente, sin el menor signo de vacilación. Cuando habló, lo hizo para apoyar a Matt.

-Matt hizo lo que era necesario para impedir que obres de un modo que luego ambos lamentaríais

durante el resto de vuestras vidas.

Meredith dio un paso atrás, como si la hubieran abofeteado. Tras unos segundos de asombrado silencio, pasó decididamente al ataque.

-No debería haberles contado a ninguno de los dos lo que sucedió entonces. Esta noche he pensado que usted no sabía por qué estoy aquí... -Desalentada por su propia ingenuidad, negó con la cabeza y añadió-: Tenía la intención de contárselo y pedirle que intercediera.

Patrick Farrell alzó la mano en un gesto desvalido. Quería que Meredith lo comprendiera. Miró a Matt, que contemplaba impasible la escena.

-Tengo que marcharme -anunció Patrick, y después agregó con voz serena-: Meredith, ¿quieres que le diga algo a Julie de tu parte?

-Puede ofrecerle mis condolencias -replicó ella en voz baja, volviéndose en busca de su bolso y su abrigo- por haber sido criada en una familia de desalmados. -No se dio cuenta de que Matt apretaba los dientes, pero sintió la mano de Patrick sobre su hombro. Se detuvo, pero sin volverse. Entonces él la soltó.

Cuando la puerta se cerró tras Patrick, en el ambiente se produjo un denso silencio... Meredith dio un paso adelante para recoger sus cosas, pero Matt la tomó de un brazo y la obligó a volverse.

-Quiero recoger mi bolso y mi abrigo y marcharme.

-Tenemos que hablar, Meredith -le respondió Matt con el tono frío y autoritario que ella tanto odiaba.

-Tendrás que retenerme por la fuerza -le espetó ella-. Y si lo haces, mañana serás arrestado con una orden judicial. Te lo juro. Después ya veremos qué pasa.

Entre frustrado y divertido, Matt le recordó:

-Dijiste que querías que nuestros encuentros fueran privados.

-¡Dije secretos!

Matt advirtió que aquello no conducía a nada y que la animosidad de Meredith crecía por momentos. Entonces tomó un camino que hubiera deseado evitar: la amenaza.

-¡Llegamos a un acuerdo! ¿O es que ya no te importa lo que le ocurra a tu padre? -Por respuesta, Meredith le lanzó una mirada de tal desprecio que Matt se preguntó si estaría equivocado al afirmar que la joven era incapaz de odiar-. Vamos a hablar esta noche -dijo él, suavizando el tono-, aquí o en tu casa, si lo prefieres. Decide.

-En mi casa -afirmó ella con resentimiento.

El cuarto de hora de viaje lo hicieron en completo silencio. Cuando ella abrió la puerta de su apartamento, la tensión entre ambos era evidente.

Meredith encendió una lámpara y se dirigió al hogar, pues era el lugar más alejado de donde él estaba.

-Has dicho que querías hablar -le recordó con acritud. Cruzó los brazos sobre el pecho y esperó a que Matt iniciara su nuevo intento de coaccionarla, que sin duda era lo que iba a hacer. Apoyada en la repisa de la chimenea esperó un comentario, pero como no se produjo la ira fue dando paso al desconcierto. Matt se limitó a meter las manos en los bolsillos y, de pie en el centro del salón, paseó la mirada alrededor, deteniéndose como fascinado en todos los detalles, en el mobiliario, en los objetos más triviales.

Sumida en el desconcierto, Meredith vio cómo él cogía una fotografía de Parker, colocada en un mareo antiguo y labrado. Miró un momento la fotografía, después la dejó en su sitio. Observó atentamente el secreter -una pieza de anticuario-, que Meredith utilizaba como escritorio; luego contempló la mesa del comedor, con sus candelabros de plata, y después los sillones tapizados de algodón que había frente al hogar.

-¿Qué haces? -le preguntó por fin Meredith, recelosa.

Matt se volvió y el regocijo de su mirada fue casi tan asombroso como sus palabras.

-Estoy satisfaciendo años de curiosidad.

-¿Qué curiosidad?

-La que tú me inspiras -respondió, y de no haber sabido que era imposible, ella habría jurado que en el rostro de Matt había una enorme ternura-. La que me inspiran los objetos que te rodean.

Deseando haber permanecido en campo abierto en lugar de buscar el refugio del hogar, Meredith lo vio acercarse y detenerse frente a ella. Se había vuelto a meter las manos en los bolsillos.

-Te gusta el algodón -comentó Matt con una cálida sonrisa-. No sé, nunca lo hubiera imaginado. Aunque va contigo... las antigüedades, las flores vivas. Cálido y acogedor. Me gusta mucho.

-Bien, ya puedo morirme feliz -replicó Meredith, recelando del calor de su sonrisa y su mirada-. Ahora dime lo que tengas que decir.

-Por una parte me gustaría saber por qué estás más enojada hoy que ayer.

-Te lo diré -aseguró ella con voz temblorosa por el esfuerzo que hacía para no dar rienda suelta al resentimiento-. Ayer me rendí a tu chantaje y accedí a que nos viéramos durante once semanas, pero

no participaré, no participaré -recalcó repitiendo las palabras- en esta farsa que tu quieres poner en escena.

-¿Qué farsa?

-Pretender que deseas una reconciliación, como hiciste ante tus abogados el martes y ante tu padre esta noche. Lo que buscas es la venganza, y la has encontrado de una manera más sutil y barata que llevando a mi padre ante los tribunales.

-En primer lugar -apuntó Matt-, podría haber originado un desastre público ante un juez con el dinero que voy a darte si todo esto no sale bien. Lo que pretendo no tiene nada que ver con la venganza, Meredith -prosiguió con voz enérgica-. En la reunión te dije cuál era mi propósito. Existe algo entre nosotros, siempre ha existido y ni siquiera once años de separación han podido destruirlo. Quiero darnos una oportunidad.

Meredith se quedó perpleja y con los ojos abiertos desorbitadamente. Estaba dividida entre la ira por tan ultrajante embuste y el regocijo que le causaba pensar que él pudiera creerla tan estúpida como para morder el anzuelo.

-¿Tengo que pensar que durante todos estos años has estado más o menos enamorado de mí o algo así...? -Se interrumpió, reprimiendo una carcajada histérica e iracunda.

-¿Me creerías si te contesto que sí?

-Tendría que ser muy imbécil para creerte. Ya te he dicho que, como cualquier lector de periódicos y revistas, sé que te has acostado con cientos de mujeres.

-Es una exageración ultrajante y tú lo sabes. -Meredith arqueó las cejas, pero no rompió su escéptico silencio-. ¡Maldita sea! -exclamó Matt, mesándose con enojo el cabello-. No esperaba esto. No, no esto. -Se separó de ella, se volvió y habló con amarga ironía-. ¿Resultará más creíble si te convenzo de que durante años después de nuestro divorcio tu imagen me persiguió a todas partes y en todo momento? ¡Pues es cierto! ¿Te gustaría saber por qué trabajé como un imbécil y me arriesgué como un loco con el fin de doblar y triplicar cada centavo que ganaba? ¿Quieres que te diga qué hice cuando amasé el primer millón de dólares?

Turbada e incrédula, Meredith hizo un ligero e inconsciente gesto de asentimiento.

-Ese dinero lo gané llevado por mi obsesión de demostrarte que era capaz de hacerlo. Y aquella noche brindé por ti con champán. No fue un brindis amistoso, pero sí elocuente a su manera. Dije: «por ti, esposa mercenaria, que lamentes durante mucho tiempo el día en que me volviste la espalda»... -Matt hizo una pausa y luego prosiguió su amargo discurso-: ¿Quieres que te cuente cómo me sentía al descubrir que todas las mujeres que arrastraba a la cama eran rubias como tú, tenían ojos azules como tú... y que por eso me acostaba con ellas? Inconscientemente, era a ti a quien hacía el amor.

-Eso es repugnante -susurró Meredith con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

-¡Lo mismo sentí yo! -Se situó frente a ella y dulcificó el tono de voz-. Y puesto que es la hora de confesar, te toca a ti.

-¿Qué quieres decir? -inquirió Meredith, incapaz de creerlo que él le había contado, aunque convencida de que de algún modo Matt pensaba que estaba diciendo la verdad...

-Empecemos con tu escéptica reacción a mis palabras cuando afirmé que siempre ha existido algo entre nosotros.

-¡No hay nada entre nosotros!

-¿No te parece extraño que los dos hayamos permanecido solteros durante todos estos años?

-No.

-Y en la casa de Edmunton, cuando me pediste una tregua, ¿no sentías nada por mí en aquel momento?

-¡No! -afirmó Meredith, mintiendo conscientemente.

-O en mi despacho... cuando fui yo quien te pidió la tregua. -Lanzaba las preguntas como un inquisidor.

-Nunca sentí nada, excepto tal vez... qué sé yo, una especie de amistad -declaró Meredith con cierta desesperación.

-¿Y amas a Reynolds?

-Sí.

-Entonces, ¿qué diablos hacías en la cama conmigo el pasado fin de semana?

Meredith respiró temblorosamente.

-Fue algo que... sucedió. No tenía significado alguno. Tratábamos de consolarnos mutuamente, eso es todo. Fue... agradable, no lo niego, pero nada más.

-¡No me mientas! Gozamos el uno del otro hasta un punto increíble. ¡Lo sabes! -Meredith guardó silencio y él siguió presionándola. Y como es natural, no sientes deseo alguno de volver a hacer el amor conmigo...

-Así es.

-¿Me concedes cinco minutos para demostrarte que estás completamente equivocada?

-¡Por supuesto que no!

-¿Crees de veras que soy tan ingenuo como para no saber que aquel día en la cama me deseabas tanto como yo a ti? -preguntó Matt, recuperando la calma.

-Estoy segura de que tienes la experiencia necesaria para adivinar los sentimientos de una mujer -replicó ella, demasiado enojada para percatarse de lo que admitía-. Pero a riesgo de herir tu censurable confianza, te diré con exactitud cómo me sentí aquel día en la cama contigo. Me sentí ingenua, torpe y desmañada.

-¿Qué?

-Ya me has oído -respondió ella, sintiéndose decepcionada al comprobar que, en lugar de enojarse, Matt se apoyó en la repisa de la chimenea y soltó una carcajada. Rió hasta que Meredith se puso tan furiosa que deseé huir de allí. Entonces él recuperó la compostura.

-Lo siento -se disculpó con mirada amable. Levantó la mano y rozó la suave mejilla de Meredith, asombrado y feliz al descubrir que a pesar de su belleza, ella no se había pasado la vida de cama en cama. De haberlo hecho, en lugar de sentirse torpe haciendo el amor con él habría sabido con certeza que con una sencilla caricia encendía la llama de su pasión-. ¡Dios mío, eres adorable! -susurró Matt-. Por dentro y por fuera. -Se inclinó para besarla, pero ella apartó la cara y la besó en la oreja-. Si me besas -susurró Matt con voz ronca, al tiempo que le rozaba con los labios la mandíbula-, subiré la cifra a seis millones. Si te acuestas conmigo esta noche -prosiguió, perdiéndose en la esencia de su perfume y en la dulzura de su piel-, te daré el mundo. Pero si accedes a vivir conmigo -musitó rozándole la mejilla y la comisura de los labios con la boca-, te daré mucho más que eso.

Meredith no podía escapar, pues el cuerpo de Matt le cerraba el paso. Intentó hablar con desdén, tratando de ignorar la excitación que le producían los roces de la boca de su enemigo.

-¡Seis millones de dólares y el mundo entero! -exclamó con voz ligeramente temblorosa-. ¿Qué más podrías darme si me voy a vivir contigo?

-El paraíso. -Levantando la cabeza, Matt le tomó la barbilla entre los dedos y la obligó a mirarlo. Su voz sonó solemne-. Te entregaré el paraíso en bandeja de plata. Cualquier cosa que quieras, todo lo que quieras. Pero yo voy con ello. Es un lote completo. -Meredith trago saliva, intimidada por la mirada de sus ojos grises y su voz profunda-. Formaremos una familia -continuó Matt, describiendo el paraíso que le ofrecía, mientras se inclinaba de nuevo hacia ella-. Tendremos hijos... Yo quisiera seis -bromeó rozándole las sienes con los labios-, pero me contentaré con uno. No tienes que decidirlo enseguida. -La joven respiró hondo y él decidió que ya había llegado bastante lejos aquella noche. Se irguió con brusquedad y le dio a Meredith un golpecito bajo el mentón-, Piénsalo -sugirió con una sonrisa.

Meredith se quedó estupefacta al ver que Matt se volvía y se dirigía a la puerta en silencio. Cuando salió, Meredith no pudo apartar la vista de allí, sin moverse. Su mente intentaba digerir todo cuanto Matt había dicho. Por fin, se aferró al respaldo de un sillón y, rodeándolo, se hundió en él. No sabía si reír o llorar. Él mentía, tenía que estar mintiendo. O estaba loco. Esta última posibilidad explicaría su firme determinación de perseguir un objetivo inalcanzable, un objetivo que se había propuesto hacia once años: demostrar que era lo bastante bueno para casarse con ella, con una Bancroft. Meredith había leído artículos que describían los enfrentamientos de Matt en el mundo de los negocios. Luchas encarnizadas con la competencia o con las víctimas de una fusión de compañías. En tales artículos se daba a entender que era un hombre casi inhumanamente obsesivo. Si se fijaba una meta, no se detenía hasta llegar a ella.

Meredith lanzó una risa histérica, de pánico, al darse cuenta de que ella era la siguiente adquisición de Matt Farrell, su más reciente compra hostil. No estaba dispuesta a creer que él había pasado años colgado de su recuerdo después del divorcio. Si ni siquiera le había dicho nunca que la amaba. No se lo había dicho durante una noche de pasión, ni después de saciado su apetito.

Sin embargo, sí creía algunas de las cosas que él le acababa de decir. Era probable que Matt se hubiera pasado los primeros años, después de la separación, trabajando duro para demostrarle a ella, y sin duda a su padre, que era capaz de amasar una fortuna. Él era así, pensó Meredith, esbozando una sonrisa irónica. También coincidía con su personalidad aquel brindis con el que festejó su primer millón de dólares. Vengativo hasta el final, siguió pensando la joven, divertida. No tenía nada de extraño que se hubiera convertido en una fuerza con la que había que contar en el mundo de los negocios. Se le ocurrió que sus pensamientos eran demasiado blandos, dadas las circunstancias, y a regañadientes reconoció el motivo. Matt había dicho otra verdad: siempre hubo algo entre ellos. Desde el primer encuentro, tan lejano. En cuanto se conocieron, surgió de inmediato una atracción mutua, inexplicable. Y aquel lazo se fue estrechando durante los días que ella pasó en su casa de Edmunton. Sí, lo había sentido, y ahora que Matt admitía sentir lo mismo, ella estaba impresionada. Y esta atracción había pugnado por aflorar a la superficie el día del almuerzo, de tan triste final. Finalmente, en su casa de Edmunton floreció cuando ella le estrechó la mano sellando la paz. Después se hizo más

Librodot

fuerte, más vibrante, cuando sentados en el comedor, aquella misma noche, hablaron de negocios. En cierto modo, era como si ambos hubieran nacido siendo amigos. A ella le resultaba imposible odiar de veras a Matt, hiciera lo que hiciese.

Con un suspiro de desconcierto se levantó de la silla, apagó la luz y se dirigió a su dormitorio. Se estaba desabrochando la blusa, de pie al lado de la cama, cuando el resto de las palabras de Matt, las que ella se resistía inflexiblemente a recordar, le golpearon la mente: «Si te acuestas conmigo esta noche te daré el mundo. Pero si accedes a vivir conmigo... te entregaré el paraíso en bandeja de plata. Cualquier cosa que quieras, todo lo que quieras. Pero yo voy con ello. Es un lote completo».

Agitada por el recuerdo, Meredith se quedó quieta durante largos instantes, luego sacudió con energía la cabeza como queriendo desprenderse de aquel acoso. Terminó de desabrocharse la blusa. Aquel hombre era letal. No tenía nada de extraño que las mujeres se le rindieran sin condiciones. ¡El mero recuerdo de su voz susurrándole esas cosas al oído la hacía temblar! Meredith sonrió pensando en ello, pero de pronto su sonrisa desapareció al ocurrírsele que Matt le habría ofrecido el mismo paraíso a docenas de mujeres. Sin embargo, la prensa sensacionalista nunca dio a entender que el temido financiero viviera con alguien. Meredith se sintió mucho mejor al recordar este detalle, pero estaba tan exhausta que no se preguntó el motivo.

Ya en la cama, se acordé de Parker y se le cayó el alma a los pies. A pesar de la manera en que se habían separado, la joven sabía que, en el fondo de sus corazones, ninguno de los dos deseaba la ruptura. Pero no la había llamado en todo día. ¿Tal vez esperaba que fuera ella quien tomara la iniciativa? Le llamaría... por la mañana, y le haría comprender.

Esta noche, no. Por la mañana.

43

-Buenos días, Matt -saludó Joe cuando el jefe se deslizó en el interior de la limusina. Eran las ocho y cuarto de la mañana. Joe le echó una mirada recelosa al ejemplar del *Chicago Tribune* que Matt llevaba doblado en una mano-. ¿Todo va bien? Quiero decir entre tú y tu mujer...

-No exactamente -le contestó Matt con ironía. Dejó a un lado el periódico, rompiendo su costumbre de leerlo a esa hora, en el coche, y se repantigó en el asiento. Cuando el vehículo se internó en el tráfico, en los labios del financiero se dibujaba una ligera sonrisa. Pensaba en Meredith. Al llegar aún pensaba en ella, y se esforzó en sacársela de la cabeza y concentrarse en la agenda del día.

-Buenos días, Eleanor -dijo sonriente al pasar por el despacho de su secretaria, y antes de llegar al suyo, añadió con amabilidad-: Tiene muy buen aspecto esta mañana.

-Buenos días -consiguió decir la señorita Stern con voz extraña, ahogada. Como de costumbre, siguió a su jefe y esperó de pie, con el cuaderno de notas en una mano y un puñado de mensajes telefónicos en la otra, dispuesta a tomar nota de las instrucciones del día.

Matt notó que Eleanor miraba el diario cuando él lo lanzó sobre la mesa, pero su atención estaba puesta en los mensajes telefónicos, mucho más numerosos que de costumbre.

-¿De dónde vienen tantas llamadas? -preguntó.

-De los medios de comunicación -respondió ella con disgusto, al tiempo que repasaba los mensajes-. El *Tribune* ha llamado cuatro veces y el *Sun-Times,* tres. La agencia UPI espera turno, y en el vestíbulo está la *Associated Press* y una nube de reporteros de la televisión y la radio de la ciudad. Han llamado las cuatro grandes cadenas de televisión, y también la CNN. La revista *People* quiere hablar con usted, pero el *National Tattler* quiere hacerlo conmigo. Dicen que quieren «conocer la basura desde el punto de vista de una secretaria». Les colgué. También ha tenido dos llamadas anónimas de chiflados, según los cuales usted debe de ser homosexual; y una de la señorita Avery, quien me dijo que le notificara de su parte que es un cretino embaucador. Tom Anderson llamó para ofrecer su ayuda, si la necesita, y el guardia del vestíbulo ha pedido refuerzos para contener a los de la prensa; que de otro modo se presentarían aquí mismo. -Hizo una pausa y miró al jefe-. Ya me he encargado de eso.

Arqueando las cejas, Matt repasó mentalmente las actividades de las empresas de la sociedad Intercorp, intentando hallar la causa de aquel furor público.

-¿Qué ha ocurrido que yo no sepa?

Eleanor señaló con un gesto al periódico que Matt había dejado encima de su mesa.

-¿No lo leyó?

-No -contestó Matt, cogiendo el *Tríbune y* abriéndolo con indiferencia. Pero si anoche ocurrió algo que haya provocado este alboroto, Tom Anderson debió haberme llamado a... -Vio horrorizado la fotografía de Meredith, la de Parker Reynolds, y la suya propia, en primera página. El titular rezaba: «Falso abogado confiesa haber engañado a famosos clientes».

Matt se lanzó apresuradamente a la lectura del texto, y a medida que leía se crispaban más y más

sus facciones..

> Anoche la policía de Belleville, Illinois, arrestó a Stanislaus Spyzhalski de 45 años, acusado de fraude y de ejercer la abogacía sin título. Según el departamento de policía de Belleville, el falso abogado ha confesado haber estafado a cientos de clientes en los últimos quince años. Su método consistía en falsificar la firma del juez en documentos que nunca entregaba al juzgado. Entre dichos documentos figura una sentencia de divorcio que, según él, le fue solicitada hace una década, para la heredera de los grandes almacenes Bancroft, Meredith Bancroft, quien deseaba separarse de su supuesto marido, el industrial Matthew Farrell. Meredith Bancroft, cuya boda inminente con el banquero Parker Reynolds fue anunciada este mes...

Matt lanzó una salvaje maldición y levantó la cabeza, calculando rápidamente las consecuencias que podrían derivarse de esta historia. Miró a Eleanor y empezó a dictarle instrucciones con rapidez.

-Comuníqueme con Pearson y Levinson. Encuentre a mi piloto. Llame a Joe O'Hara al coche y dígale que espere instrucciones. Comuníqueme también con mi esposa.

Eleanor asintió, salió del despacho, y Matt prosiguió la lectura del artículo.

> La policía fue alertada, según propia versión, por un hombre de Belleville que quiso obtener una fotocopia de la anulación de su matrimonio en el juzgado de St. Clair County. La policía ha recuperado ya algunos de los archivos de Spyzhalski, pero el sospechoso se ha negado a entregar el resto antes de la audiencia de mañana, en la que él mismo actuará de defensor. Ni Farrell ni Bancroft ni Reynolds pudieron ser localizados anoche... Los detalles del divorcio no han sido divulgados, pero un portavoz del departamento de policía de Belleville ha dicho que confían en que el falso ahogado, a quien describen como a un tipo extravagante e impertinente, se los dará...

Matt se sintió horrorizado al pensar que los detalles del divorcio podrían ser pronto del dominio público. Meredith se había divorciado alegando crueldad mental y abandono, lo que la presentaba ante todos como un ser desvalido y lastimoso. Ambos adjetivos serían sumamente negativos para la presidenta interina de una empresa de proyección nacional, que esperaba el nombramiento de presidenta permanente cuando su padre renunciara al cargo.

El artículo seguía en la página tercera, y cuando Matt vio lo que decía, apretó los dientes. Bajo la audaz leyenda *«Ménage à trois»,* figuraba una foto de Meredith sonriendo a Parker, bailando con ocasión de una fiesta de caridad en Chicago; al lado, una fotografta similar de Matt bailando con una rubia en una fiesta da caridad de Nueva York. El texto hablaba del desaire de Meredith a Matt durante la fiesta a beneficio de la ópera semanas antes; incluía detalles sobre los hábitos individuales de ambos en lo referente a sus citas. Matt pulsaba el botón del intercomunicador en el momento en que entró Eleanor.

-¿Qué diablos ocurre con esas llamadas? -inquirió Matt.

-Pearson y Levinson no estarán en su despacho antes de las nueve. El piloto está realizando un vuelo de pruebas para comprobar el nuevo motor del aparato. Le he dejado un mensaje para que llame tan pronto como aterrice, que será dentro de unos veinte minutos, Joe O'Hara viene hacia aquí con el coche, y aparcará, siguiendo mis instrucciones, en el garaje del sótano. para eludir a la prensa...

-¿Y mi esposa...? -interrumpió Matt, sin darse cuenta de que era la segunda vez que instintivamente la llamaba así; la segunda vez en cinco minutos.

Incluso Eleanor parecía tensa.

-Dice su secretaria que no ha llegado todavía, pero que de todos modos si usted quiere hablar con ella, en el futuro tendrá que hacerlo a través de sus abogados.

-Eso ha cambiado -replicó Matt concisamente. Se pasó una mano por la nuca, frotándose distraído los músculos tensos. Tenía que ponerse en contacto con Meredith antes de que ella intentara enfrentarse con la prensa por sí sola-. ¿Parecía tranquila su secretaria... como si todo fuera normal por allí?

-No. Hablaba como alguien que está bajo asedio.

-Eso significa que está recibiendo las mismas llamadas que ha recibido usted. -Se puso de pie, cogió el abrigo y se dirigió a la puerta-. Que los abogados y el piloto me llamen al número de Meredith. Usted póngase en contacto con nuestro departamento de relaciones públicas y dígale a la persona a cargo que entretenga a los periodistas y que no se enemiste con ellos. En realidad, deben ser muy bien tratados. Ordene que se les prometa una declaración para esta tarde, a la una. Llamaré desde el despacho de Meredith y notificaré a relaciones públicas dónde se los reunirá. Entretanto, ofrézcales un almuerzo ligero o algo así mientras esperan.

-¿Lo de la comida va en serio? -le preguntó la señorita Stern, a sabiendas de cómo solía tratar a la prensa cuando esta se metía en su vida privada: o bien la evitaba o simplemente la enviaba al diablo.

-Va muy en serio -respondió Matt con voz tensa. Hizo una pausa, echó a andar y antes de salir añadió-: Localice a Parker Reynolds, que también debe de estar rodeado de periodistas. Que me llame al despacho de Meredith, y mientras tanto que le diga a la prensa *exactamente* lo mismo que nosotros le estamos diciendo aquí.

A las ocho y treinta y cinco minutos Meredith salió del ascensor y se encaminó a su despacho. Estaba deseosa de ponerse a trabajar para olvidarse de Matt, cuyo recuerdo la había mantenido despierta la mayor parte de la noche, por lo que no había madrugado tanto como de costumbre. Por lo menos allí podría aparcar sus problemas personales y concentrarse en el negocio.

-Buenos días, Kathy -saludó a la recepcionista, y observó que la zona estaba casi desierta. Los ejecutivos trabajaban hasta muy tarde y no solían volver antes de las nueve de la mañana, pero los oficinistas iniciaban la jornada puntualmente a las ocho y media.

-¿Dónde está la gente? ¿Qué ocurre? -preguntó.

Kathy la miró con los ojos muy abiertos y tragó saliva, nerviosa.

-Phyllis ha bajado a hablar con los de seguridad. Tiene sus llamadas retenidas en la centralita. Creo que casi todos los demás están en la cafetería.

Meredith arqueó las cejas, extrañada. Se oían sonar los teléfonos a lo largo del pasillo, a derecha e izquierda, y nadie contestaba.

-¿Es el cumpleaños de alguien? -Era un rito. En las dos plantas destinadas a la administración, cuando era el cumpleaños de un empleado, los demás se tomaban un pequeño descanso para beber café y comer pastel en la cafetería. Pero lo hacían de uno en uno o por parejas, y durante la pausa su puesto era cubierto por los demás empleados. Así pues, lo que estaba ocurriendo era insólito e inaceptable, puesto que no había suficiente personal en su sitio para atender todas las llamadas. A Meredith se le ocurrió de pronto que tal vez estaban preparándole una fiesta sorpresa, ya que su cumpleaños era el próximo sábado.

-No creo que sea una fiesta -repuso Kathy, incómoda.

Perpleja ante esta negligencia sin precedentes de un cuadro de subordinados de buen nivel profesional, se dirigió a su despacho. Después decidió ir a la cafetería a ver qué ocurría.

Cuando entró, dos docenas de personas clavaron la mirada en ella.

-¿Qué es esto, señores? ¿Un simulacro de incendio? -Sin dejar de mirarla, todos dejaron de hablar-. ¿Sería mucho pedir que contestasen algunas de esas llamadas telefónicas? -De inmediato todo el mundo se apresuró a levantarse, murmurando incómodas disculpas y saludos. Meredith pensó que todos parecían haberse puesto de acuerdo en comprar el *Tribune.*

Volvió a su despacho y acababa de beber el primer sorbo de café cuando Lisa entró atropelladamente con un montón de ejemplares del periódico.

-Mer, lo siento muchísimo -susurró-. He comprado todos los ejemplares del quiosco de enfrente para retirarlos de circulación. No se me ha ocurrido pensar en otro modo de serte útil.

-No te entiendo. ¿Quieres ayudarme? -le preguntó Meredith con una sonrisa de desconcierto.

Lisa se quedó perpleja e instintivamente apretó contra su pecho los periódicos, como para ocultárselos a su amiga.

-¿No has leído los diarios de la mañana?

Meredith sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo.

-No. Me levanté tarde y no he tenido tiempo. ¿Por qué? ¿Ocurre algo?

Con visible angustia, Lisa depositó el montón de periódicos sobre la mesa de Meredith. Esta tomó un ejemplar, lo desplegó... y casi se levantó de la silla de un salto.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó cuando su mirada afligida recorría el texto. Dejó a un lado el café, se levantó de la silla e hizo un esfuerzo para leer con menos precipitación. Volvió la página y en la tercera se topó con el texto más personal y sensacionalista. Cuando terminó de leerlo, se quedó mirando a Lisa con expresión horrorizada-. ¡Oh, Dios mío! -murmuró otra vez.

Ambas se sobresaltaron cuando Phyllis entró dando un portazo y corrió hacia ellas.

-He estado en seguridad -dijo. Tenía el pelo alborotado-. Los reporteros esperaban en tropel a que se abrieran las puertas, y algunos empezaron a colarse por la entrada de personal. Entonces Mark Braden los ha dejado pasar a todos y los ha dirigido al auditorio. El teléfono no ha cesado de sonar. Casi todas las llamadas son de la prensa, pero también han telefoneado dos miembros del consejo que quieren hablar enseguida contigo. El señor Reynolds ha llamado tres veces y el señor Farrell, una. Mark pide instrucciones, y yo también.

Meredith intentó concentrarse, pero temblaba de miedo. Tarde o temprano un reportero desenterraría la razón de su matrimonio con Matt. Si alguien hablaba -un sirviente, un ordenanza del hospital-, todo el mundo se enteraría de que había sido una estúpida adolescente, una niñata embarazada, con un novio obligado a casarse con ella. Su orgullo y su intimidad quedarían hechos

pedazos. Otras personas cometían errores, vulneraban normas y nada les ocurría. Pero ella tenía que pagar siempre, una y otra vez. Esos fueron sus primeros y amargos pensamientos.

De pronto comprendió lo que todo el mundo pensaría cuando aquel falso abogado revelara los detalles del divorcio. La habitación empezó a dar vueltas en su cabeza. Puesto que su padre no se había contentado con algo tan pacifico como «irreconciliables diferencias», no solo iba a dar la imagen de la adolescente promiscua que además no tiene el sentido común de utilizar un anticonceptivo, sino que a los ojos del mundo sería una víctima patética de la crueldad mental y el abandono.

¡Parker! Parker era un respetable banquero, que ahora se vería arrastrado al epicentro de la tormenta.

Pero cuando pensó en Matt, Meredith se sintió enferma. El mundo pensaría que él había torturado a su triste y joven esposa, estando además embarazada. Aquel despiadado tiburón de las finanzas era también despiadado en su vida privada. Un monstruo más allá de toda imaginación...

-Por favor, Meredith, dime qué quieres que haga -le imploró Phyllis, pero su voz parecía venir de otro mundo-. Ahora mismo está sonando mi teléfono.

Lisa levantó la mano y sugirió:

-Dale tiempo para pensar. Acaba de enterarse de lo sucedido.

Meredith se hundió en el sillón, moviendo la cabeza para aclararse las ideas, consciente de que tenía que actuar de algún modo. Como por el momento no se le ocurría nada, dijo:

-Seguiremos el mismo procedimiento que utilizamos cada vez que en los almacenes ocurre algo que es noticia. Comunica a la centralita que seleccione las llamadas y que las de la prensa sean transferidas a relaciones públicas. -Tragó saliva dolorosamente-. Dile a Mark Braden que siga enviando a los periodistas al auditorio.

-Está bien. Pero ¿qué les dice relaciones públicas a los reporteros?

Meredith elevó la mirada a Phyllis, lanzó un suspiro entrecortado y confesó:

-Todavía no lo sé. Que esperen... -Se interrumpió al oír unos golpecitos en la puerta y las tres mujeres se volvieron al unísono.

La recepcionista asomaba la cabeza y dijo discretamente:

-Siento molestarla, señorita Bancroft, pero el señor Farrell está aquí e insiste en verla. Creo que no aceptara una respuesta negativa. ¿Quiere que utilice su teléfono y llame a seguridad?

-¡No! -exclamó Meredith, preparándose para afrontar la justificada cólera de Matt-. Phyllis, tráelo aquí, por favor.

Matt había observado en qué despacho se había metido la recepcionista y esperaba con impaciencia su regreso, haciendo caso omiso de la expectación que provocaba entre secretarias, oficinistas y ejecutivos que salían o entraban en los ascensores. Vio salir del despacho de Meredith a la recepcionista, acompañada de otra joven, y se dispuso a entrar por la fuerza si Meredith había sido tan tonta como para negarle la entrada.

-Señor Farrell -le dijo la atractiva chica de pelo castaño-, tenga la bondad de seguirme. Soy Phyllis Tilsher, la secretaria de la señorita Bancroft. -Se esforzaba por mostrarse profesional, a pesar de su vacilante sonrisa-. Siento que haya tenido que esperar.

Matt tuvo que reprimirse para no adelantársele, mientras ella lo acompañaba al despacho de Meredith. Al llegar, abrió la puerta y se apartó, cediéndole el paso.

En otras circunstancias, Matt se habría sentido orgulloso ante lo que vio. Meredith Bancroft estaba sentada tras un escritorio imponente, al otro extremo de un despacho con las paredes forradas de paneles. La estancia era un modelo de discreta riqueza y sencilla dignidad. Y ella, con el cabello recogido en un moño, parecía una joven reina que debería ocupar un trono, en lugar de un sillón de piel de respaldo alto; una reina muy pálida y de aspecto abatido en aquellos momentos.

Matt dirigió la mirada a la secretaria e inconscientemente tomó el mando.

-Espero dos llamadas -comentó enseguida-. Páselas en cuanto lleguen. Intercepte cualquier otra llamada con la excusa de que estamos en una reunión de trabajo presupuestario y no podemos ser molestados. ¡Y que nadie asome la cara por esta puerta!

Phyllis asintió y salió precipitadamente. Matt se adelantó hacia Meredith, que se levantó para ir a su encuentro. Ladeando la cabeza hacia la pelirroja que, de pie junto a las ventanas, lo miraba con evidente fascinación, Matt inquirió:

-¿Quién es?

-Lisa Pontini -le contestó Meredith, como ausente-. Una vieja amiga. Deja que se quede. ¿Por qué estamos en una reunión y por qué sobre presupuestos?

Matt recordaba el nombre de Lisa Pontini. Reprimió el impulso de abrazar a Meredith y consolarla, pues estaba seguro de que ella lo rechazaría. En lugar de eso, sonrió tranquilizadoramente y respondió con aire divertido:

-Así alejaremos a los empleados, si creen que aquí arriba las cosas marchan como de costumbre.

¿Puedes imaginar algo más aburrido que los presupuestos? -La joven intentó devolverle la sonrisa, pero no lo logró, y la voz de Matt se hizo más enérgica-. Ahora bien, ¿vas a confiar en mí y hacer lo que te diga?

Meredith comprendió que, en lugar de atacarlos a ella y a su padre por el desastre que se abatía sobre él, deseaba intervenir en su ayuda. Se irguió lentamente, sintiendo que recuperaba la fuerza y la lucidez mental, y asintió con la cabeza.

-Sí. ¿Qué quieres que haga? -preguntó.

Matt sonrió, agradeciendo la rapidez con que ella había recuperado la compostura.

-Muy bien -dijo con voz queda-. Los altos ejecutivos nunca se acobardan.

-Fingen valor -le corrigió Meredith, sonriendo al fin.

-Eso es. -Se disponía a seguir hablando cuando sonó el teléfono interno. Meredith levantó el auricular y se lo pasó a él.

-Dice mi secretaria que David Levinson está en la línea uno y un tal Steve Salinger en la otra.

Antes de coger el auricular, Matt preguntó:

-¿Tienes altavoz? -puesto que deseaba que los tres oyeran la conversación, Meredith apretó un botón y Matt empezó a hablar por la línea dos-. Steve -dijo-. ¿Está el Lear dispuesto para despegar?

-Puedes estar seguro de ello, Matt. Acabo de realizar un vuelo de prueba y funciona a la perfección, suave y firme.

-Bien. No cuelgues. -Atendió la otra llamada y sin ningún preámbulo le espetó a Levinson-: ¿Has visto la prensa?

-La he visto yo y la ha visto Bill Pearson. Es un lío, Matt, y lo malo es que va a empeorar. ¿Quieres que hagamos algo?

-Sí. íd a Belleville y presentaos a vuestro nuevo *cliente.* Soltad a ese cretino en libertad bajo fianza.

-¿Qué?

-Ya me has oído. Ponedlo en libertad bajo fianza y convencedlo de que debe entregaros sus archivos, como sus abogados que sois. Cuando lo haya hecho, haz todo lo que sea necesario para impedir que la sentencia de divorcio acabe en manos de la prensa. Me refiero en caso de que el hijo de puta conserve una copia del documento. De lo contrario, convéncelo de que olvide todo los detalles.

-¿Cuáles eran los detalles? ¿Qué motivos alegó en la petición de divorcio?

-Cuando recibí una copia del maldito documento ya no estaba en disposición de fijarme en los detalles pero sí recuerdo que incluían abandono y crueldad mental. Meredith está aquí, se lo preguntaré. -Miró la joven y suavizó la voz al dirigirse a ella-. ¿Recuerdas algo más? ¿Algún detalle que podría ser incómodo para ti o para mí?

-El cheque de diez mil dólares que mi padre te pagó para silenciarte.

-¿Qué cheque? No sé nada de cheques, y en mis papeles no se menciona dinero alguno.

-En mi copia sí se habla de eso. Al parecer, incluso diste un recibo por esa suma.

Levinson oyó el diálogo e intervino con la voz llena de ironía.

-¡Maravilloso! Sencillamente maravilloso. La prensa tendrá mucho trabajo especulando sobre qué diablos tendría de malo tu esposa para que tú, que no tenías un centavo en esa época, no pudieras aguantarla ni siquiera por el dinero.

-¡No seas idiota! -lo interrumpió Matt furioso, antes de que Levinson dijera algo que turbara aún más a Meredith-. Apareceré como un cazador de fortunas que abandoné a su mujer. Pero todas esas conjeturas estarán fuera de lugar si sois capaces de poner a Spyzkalski bajo control antes de que empiece a sacarlo todo a la luz mañana.

-Puede que no sea nada fácil. Según las noticias, ese hombre está decidido a representarse a sí mismo. Está claro que se trata de un loco decidido a inmortalizarse con su oratoria ante el tribunal y los medios de comunicación.

-¡Hazle cambiar de idea! -replicó Matt-. Consigue un aplazamiento de su audiencia y sácalo de la ciudad, llévalo a un lugar donde la prensa no pueda encontrarlo. Ya me ocuparé yo después de ese hijo de puta.

-Si tiene archivos, tarde o temprano deberá entregárselos a la justicia como prueba. Y el resto de sus víctimas tendrían que ser notificadas.

-Negocia eso más tarde con el fiscal del distrito -ordenó Matt, concluyente-. Mi avión te espera en Midway. Llámame cuando lo hayas solucionado todo.

-De acuerdo.

Sin molestarse en despedirse, Matt volvió a hablar con su piloto.

-Prepárate para volar a BellevIle, Illinois, dentro de una hora más o menos. Tendrás dos pasajeros. En el viaje de vuelta serán tres. Aterrizarás en alguna parte para dejar a uno de ellos. Ya te dirán dónde.

-Está bien.

Cuando colgó, se topó con la mirada de Meredith, un tanto deslumbrada por sus métodos y su dinamismo.

-¿Cómo esperas ocuparte de Spyzhalski? -le preguntó la ioven, sofocando la risa.

-Eso déjamelo a mí. Ahora localiza a Parker Reynolds. Todavía no hemos salido del atolladero.

Meredith obedeció de inmediato y llamó a Parker, quien mostró su profunda preocupación.

-Meredith, he estado intentando hablar contigo durante toda la mañana, pero retienen tus llamadas.

-Siento mucho lo que está ocurriendo -se disculpó Meredith, demasiado inquieta para tener en cuenta que estaba hablando por un teléfono con altavoces-. ¡No sabes cuánto lo siento!

-No es culpa tuya -respondió Parker, y se oyó su fatigado suspiro-. Ahora tenemos que decidir un curso de acción. Me están bombardeando con advertencias y consejos. Ese arrogante hijo de puta con el que te casaste ha hecho que su secretaria me llamara esta mañana para darme instrucciones respecto a cómo llevar el asunto. ¡Su secretaria! Además, mi consejo de administración me pide que haga una declaración pública alegando que no sé nada y que soy ajeno a todo este asunto...

-¡No! -le interrumpió Matt furiosamente.

-¿Quién diablos ha dicho eso? -exigió Parker.

-Ha sido el hijo de puta con el que se casó Meredith -replicó Matt, mientras veía con sorpresa cómo Lisa Pontini se apoyaba contra la pared y se tapaba la boca con una mano para sofocar la carcajada-. Si haces una declaración así, todo el mundo creerá que estás arrojando a Meredith a los lobos.

-No tengo intención de hacer nada parecido -replicó Parker con enojo-. Meredith y yo estamos comprometidos.

Al oír estas palabras, Meredith se sintió complacida. Había supuesto que Parker quería romper el noviazgo, y ahora que las cosas se ponían peor que nunca él se mantenía a su lado. Inconscientemente, la joven sonrió con dulzura al teléfono.

Matt se dio cuenta y tensó la mandíbula, pero no permitió que este detalle lo desconcentrara.

-Esta tarde a la una -le informó a Parker y también a Meredith---, tú, Meredith y yo vamos a ofrecer una conferencia de prensa conjunta. Cuando los detalles de nuestro divorcio se hagan públicos, si es que llegan a hacerse públicos, Meredith parecerá haber sido víctima de abandono y crueldad mental.

-Soy consciente de eso -afirmó Parker malintencionadamente.

-Estupendo -ironizó Matt-. Entonces serás capaz de seguir el resto. Durante la conferencia de prensa vamos a ofrecer un espectáculo de solidaridad. Procederemos dando por supuesto que los detalles del divorcio serán divulgados. Los neutralizaremos por adelantado.

-¿Cómo?

-Nos comportaremos ante todos como una pequeña familia, muy unida, solidaria; en especial, solidaria con Meredith. Quiero que todo periodista presente salga con la impresión de que aquí no pasa nada y que lo mejor es dejarnos en paz. Quiero que abandonen el salón llenos de simpatía y convencidos de que entre nosotros no hay el menor asomo de mala voluntad. -Rizo una pausa, miró a Meredith y preguntó-: ¿Dónde podríamos citar a la prensa? La sala de accionistas de Intercorp no es muy grande...

-En nuestro auditorio -respondió Meredith-. Ya está decorado para la fiesta de Navidad, limpio y preparado.

-¿Lo has oído? -inquirió Matt a Parker.

-Entonces ven cuanto antes para que entre los tres preparemos la declaración -le ordenó Matt y, sin añadir palabra, colgó. Volvió a mirar a Meredith y lo que leyó en sus ojos disipó el acceso de celos que había sentido ante la sonrisa de la joven a Parker. Sus ojos denotaban admiración, gratitud, asombro. Y mucha aprensión.

Se disponía a tranquilizarla cuando se acercó Lisa Pontini. Todavía con el semblante risueño.

-Antes me preguntaba cómo te las arreglaste para que Meredith arrojara toda precaución por la borda, se acostara contigo, quedara embarazada y por poco te acompañara a Venezuela. Todo eso en el transcurso de unos días. Ahora lo comprendo. Tú no eres un magnate, eres un tifón. ¿Por casualidad has votado a un demócrata alguna vez?

-Sí -admitió Matt-. ¿Por qué?

-Por nada -mintió Lisa al observar que Meredith fruncía el entrecejo. Recuperando la sobriedad, le tendió la mano a Matt y susurró-: Me siento muy feliz de conocer por fin al marido de Meredith.

Matt sonrió y le estrechó la mano. Decidió que Lisa Pontini era una mujer extraordinaria.

44

A sugerencia de Matt, Meredith invitó a todos los ejecutivos de los almacenes a asistir a la conferencia

de prensa. De este modo, los jefes proporcionarían luego a los empleados los datos para que estos no anduvieran con especulaciones, por más que los hechos ofrecidos fueran de segunda mano.

Para ablandar a la prensa, la sección de comestibles de Bancroft había sido tomada al asalto y los periodistas, que en número de ciento cincuenta se sentaban en el auditorio, lo estaban pasando de fábula degustando manjares y bebiendo vinos importados.

Entre bastidores, con los dos hombres que habían acudido en su auxilio, Meredith no solo se sentía agradecida, sino también inundada por una extraña ola de bienestar. Había olvidado el contrato que Matt le había impuesto y su discusión con Parker. Todo lo que importaba en esos momentos era que ambos se habían precipitado en su ayuda cuando ella los necesitaba.

Sin embargo, para combatir los nervios miró a Matt, que, muy cerca de Parker, estaba leyendo en silencio una declaración pública en la que los tres habían colaborado, pero que él había redactado casi por entero. Por su parte, Reynolds hacía lo mismo y Meredith sabía la razón. Los dos hombres evitaban así hablarse e incluso mirarse. En el despacho de Meredith se habían tratado con fría cordialidad mientras debatían la redacción del documento, que el jefe de relaciones públicas de Bancroft leería a la prensa. No obstante, su antipatía mutua no podía ser más obvia. Ambos habían llegado al acuerdo de interpretar la comedia de la unidad en el escenario, y sin embargo Meredith no estaba segura de que lo consiguieran de modo convincente, porque no se soportaban.

Observándolos, a Meredith le pareció que la animosidad instintiva entre ambos era casi cómica, pues en algunos rasgos al menos eran muy parecidos. Los dos más altos de lo corriente e innegablemente apuestos. Parker iba vestido con un impecable traje azul hecho a medida, con su insignia de antiguo alumno sobresaliente prendida del bolsillo de la chaqueta. Por su parte, Matt llevaba puesto un bonito traje oscuro de finísimas rayas grises, que le hacía parecer aún más fuerte de lo que era. Parker, con su pelo rubio y sus ojos azules, siempre le había recordado a Robert Redford, y hoy más que nunca. Miró a Matt para establecer una comparación: contempló los pronunciados ángulos de su rostro, los labios firmemente moldeados y el abundante cabello castaño cortado a la perfección. Pensándolo mejor, Meredith decidió que aquellos dos hombres no se parecían en nada. Uno de ellos, Parker, era la imagen de la civilización y la cultura, mientras que el otro, Matt... Bueno, simplemente no lo era. Incluso en ese momento, y tras once años de refinamiento social, Matt no podía, ni seguramente quería, ocultar la energía insolente y algo descarada que desprendía su rostro. En conjunto era una cara demasiado áspera y dura para ser considerada apuesta en el sentido convencional de la palabra... a excepción de las pestañas, muy largas. Meredith sonrió interiormente al mirarlas una vez más.

De pronto se produjo un silencio casi total en la sala, subieron la intensidad de las luces, chirrió un micrófono... y el pulso de Meredith empezó a latir con fuerza. La joven dejó de pensar en nada que no fueran los próximos minutos.

-Señoras y señores -empezó el jefe de relaciones públicas de Bancroft-, nuestro más cordial saludo. Antes de que vengan el señor Farrell, la señorita Bancroft y el señor Reynolds, que contestarán a sus preguntas, a petición de ellos leeré una declaración que contiene los detalles, tal y como ellos los conocen, del incidente que provoca la presencia de ustedes aquí en esta sala. Leo textualmente: «Hace tres semanas, el señor Reynolds observó por primera vez las irregularidades de la sentencia de divorcio presuntamente obtenida por cierto Stanislaus Spyzhalski. Enseguida se reunieron la señorita Bancroft y el señor Farrell para discutir el asunto...».

Cuando la lectura de la declaración casi había concluido, Parker y Matt levantaron la mirada de sus respectivas copias y se colocaron cada uno a un lado de Meredith.

-¿Preparada? -musitó Parker, y ella asintió con nerviosismo al tiempo que se alisaba su vestido de color rosa-. Estás muy atractiva -añadió para tranquilizarla. Matt, en cambio, arqueó las cejas, preocupado.

-Relájate -la instó Matt-. Los tres somos víctimas, no verdugos, así que no salgas al escenario rígida y reservada, o de lo contrario aumentarás la curiosidad de los reporteros, que creerán que ocultas algo y te acribillarán a preguntas. Debes mostrarte natural y sonriente. Meredith -concluyó al ver que ella se esforzaba por respirar con fluidez-, no puedo hacerlo solo. Necesito tu ayuda.

Esta última observación, viniendo de un hombre que había sorteado todos los obstáculos que ella le había puesto, arrancó una carcajada a Meredith, cuando momentos antes había estado horrorizada ante la perspectiva de ventilar su vida privada en público.

-Esa es mi chica -dijo Matt, sonriendo complacido.

-¡Una mierda! -le espetó Parker.

Poco después el jefe de relaciones públicas los nombró y los tres salieron a escena para situarse juntos tras una hilera de micrófonos.

Su aparición fue saludada por docenas de cámaras fotográficas.

Según lo convenido, Matt abrió la sesión. No obstante, Meredith se quedó pasmada por el modo en que lo hizo. Aquel supuesto demonio recurrió al humor.

-¡Qué amables han sido al asistir a nuestra pequeña fiesta improvisada, señoras y señores! De haber sabido ayer temprano que hoy gozaríamos de su presencia, habríamos traído algunos elefantes del circo, para hacer justicia a la ocasión. -Esperó a que cesaran las risas y luego prosiguió-. No disponemos de mucho tiempo, de modo que, por favor, espero que las preguntas sean breves y concretas. Yo tengo todo el tiempo en mis manos -bromeó, y tuvo que interrumpirse de nuevo ante un segundo estallido de risas-, pero Meredith debe administrar un centro comercial y Parker tiene varias reuniones esta tarde.

Se produjo un momento de silencio, provocado por el uso fraternal de los nombres de Parker y Meredith. A los reporteros, que esperaban que los mencionara por los apellidos, les desconcertó la visible familiaridad y amistad con que Matt mencionaba a sus supuestos antagonistas. Pero el silencio duró poco, y se vio interrumpido por un creciente aluvión de preguntas que venían de todas partes. Se impuso la voz de un reportero de la CBS que estaba en primera fila.

-Señor Farrell, ¿por qué se mantuvo en secreto su matrimonio con Meredith Bancroft?

-Si lo que me pregunta es por qué usted no se enteró a su debido tiempo, le diré que en aquella época ni Meredith ni yo ofrecíamos interés público alguno.

-Señor Reynolds -gritó un gacetillero del *Chicago Sun-Times-.* ¿Será aplazado su matrimonio con la señorita Bancroft?

Parker sonrió fría y brevemente.

-Como ha oído en la declaración que se acaba de leer, Meredith y Fa... Matt -se corrigió, al tiempo que intentaba sonreír amistosamente a su rival- tendrán que pasar por el proceso legal del divorcio. Es obvio que nuestro matrimonio no será realidad hasta que todo esté en orden desde el punto de vista jurídico, de lo contrario, Meredith sería culpable de bigamia.

La palabra bigamia fue un error, y Meredith notó que Parker estaba furioso consigo mismo por el desliz. También advirtió que el estado de ánimo de la asamblea había cambiado. Si Matt había creado una atmósfera distendida, ahora se palpaba la tensión. Incluso las preguntas cambiaron de tono.

-Señor Farrell, ¿usted y su esposa han pedido ya el divorcio? De ser así, ¿por qué motivos? ¿Y dónde?

-No -respondió Matt con calma-. Todavía no.

-¿Por qué no? -quiso saber una mujer de la WBBM.

Matt le lanzó una mirada de cómico pesar.

-En estos momentos, mi confianza en los abogados no es muy alta. ¿Me recomienda usted alguno?

Meredith percibía sus esfuerzos por mantener el tono distendido y contagiar a la sala con su buen humor. La siguiente pregunta iba dirigida a ella, y se prometió colaborar con Matt.

-Señorita Bancroft -inquirió un hombre de *USA Today-.* ¿Cómo se siente con todo esto?

La joven vio que Matt se inclinaba ligeramente y abría la boca para tratar de desviar la pregunta, pero ella se le adelantó con decisión.

-La verdad es -contestó sonriendo inconscientemente- que no me he sentido tan conspicua desde el día en que, estando en sexto grado, se representó una obrita sobre la nutrición y a mí me tocó salir al escenario vestida de ciruela.

Nadie esperaba una respuesta así y todos se echaron a reír. Matt, tan desprevenido como los demás, le dirigió una mirada exultante y una sonrisa de admirado asombro. Una multitud de cámaras captaron este momento.

La siguiente pregunta era la que Meredíth más temía.

-Señor Farrell, ¿qué motivos alegó para divorciarse hace once años?

La pregunta la hizo una mujer, y Matt se dispuso a contestarla armado de su mejor sonrisa, que era un arma mortal.

-No estamos seguros -bromeó Matt-. Hemos descubierto que los documentos, el de Meredith y el mío, no concuerdan.

-Para la señorita Bancroft -anunció un reportero del *Tribune-.* ¿Podría decirnos por qué fracasó su matrimonio?

Meredith sabía que Matt no podía responder por ella a esta pregunta, pero sacó fuerzas de flaqueza y contestó, esforzándose por añadir dinamismo a su voz:

-Parece que en aquella época yo pensaba que la vida al lado del señor Farrell podría resultar... aburrida. -Aún reía la audiencia cuando la joven prosiguió, ya mas seria-: Yo era una jovencita de ciudad, y Matt se marchó a los bosques de América del Sur unas semanas después de nuestro matrimonio. Nuestras vidas eran muy distintas.

-¿Existe alguna posibilidad de reconciliación? -preguntó un reportero de la NBC.

-Claro que no -replicó Meredith de inmediato.

-Después de tantos años, eso es ridículo -intervino Parker.

-Señor Farrell -insistió el mismo periodista-. ¿Querría usted contestar a esa pregunta?

-No -contestó Matt implacablemente.

Librodot

-¿Es una respuesta o declina usted responder?

-Tómelo como quiera -replicó Matt con una sonrisa, y sin más, señaló a otro reportero que tenía la mano alzada.

Las preguntas se sucedieron, rápidas y furiosas, pero lo peor había pasado. Meredith permitió que el ruido en la sala la envolviera sin afectada. Se sentía extrañamente tranquila. Minutos más tarde, Matt dirigió una mirada a la audiencia y se excuso:

-Hemos agotado el tiempo y esperamos que su curiosidad haya quedado satisfecha. Parker -dijo, fingiendo de modo admirable una familiaridad que no existía-, ¿tienes algo que añadir?

Parker imitó la sonrisa de Matt.

-Me parece, Matt, que ya han oído todo lo que teníamos que decir. Ahora permitamos que Meredith vuelva a su trabajo.

-Antes de que se vayan -añadió una mujer, haciendo caso omiso del intento de dar por concluida la sesión-, me gustaría decir que ustedes tres soportan esta situación con extraordinaria elegancia. En particular, usted, señor Reynolds, puesto que se encuentra atrapado en algo sobre lo que no ejerce ningún control, ni lo ejercía cuando empezó todo. Uno pensaría que usted siente cierto antagonismo hacia el señor Farrell, quien, al menos en parte, es causante del aplazamiento de su matrimonio.

-No hay razón alguna para la hostilidad -contestó Parker con una sonrisa mordaz-. Matt Farrell y yo somos hombres civilizados que nos enfrentamos a esta situación del modo más amistoso. Nosotros, los tres, estamos atrapados en unas circunstancias poco corrientes que, sin embargo, pueden ser y serán remediadas con facilidad. De hecho, este problema no difiere mucho de un contrato de negocios que no fue bien planteado desde el principio y que ahora debe ser corregido.

Lisa esperaba entre bastidores, ansiosa de abrazar a Meredith.

-Sube con nosotros -le pidió Meredith con la esperanza de que su presencia sirviera para suavizar las cosas, haciendo que Parker y Matt se trataran civilizadamente.

Subían en un ascensor repleto de clientes y una mujer le dio un codazo a su compañera.

-Esa es Meredith Bancroft, con su marido y su prometido -le susurró a la amiga, con voz lo bastante alta para que todos la oyeran-. Tiene ambas cosas. ¿No te parece increíble? Y ese tal Matthew Farrell, el marido, sale con estrellas de cine.

Meredith se ruborizó al oír la primera frase, pero nadie dijo nada hasta que estuvieron en la intimidad del despacho de ella. Lisa volvió a abrazar a su amiga y exclamó, rompiendo el silencio:

-¡Has estado maravillosa, Mer! ¡Brillante!

-Yo no diría tanto -puntualizó Meredith.

-Hablo en serio. Cuando dijiste lo del vestido de ciruela en la escuela, no podía creerlo. Porque no eres la misma, has cambiado. -Se volvió hacia Matt y le espetó-. ¡Tienes una excelente influencia sobre ella!

-¿No tienes nada que hacer, puesto que para eso te pagan? -terció Parker.

Lisa trabajaba duramente y a menudo hacía horas extras, quedándose después de que hubieran cerrado los grandes almacenes.

-Trabajo más horas de las que me pagan -le replicó, encogiéndose de hombros.

Meredith intervino para cortar la discusión.

-En este momento soy yo la que tiene cosas que hacer.

Parker se adelantó y le dio un beso en la mejilla.

-Te veré el sábado -le dijo sonriendo. Matt esperó un par de segundos y vio que Meredith, vacilaba. Entonces intervino.

-Me temo que no la verás el sábado -declaró con firmeza.

-Escucha, Farrell, el sábado puede ser tuyo durante las once semanas siguientes, pero este es mío. Ese día Meredith cumple treinta años y hace semanas que hemos hecho planes para festejarlo. Vamos a Antonio’s.

Matt se volvió hacia Lisa y le preguntó:

-¿Tienes planes para el sábado?

-En realidad, nada que no pueda cambiar -le contestó Lisa, un tanto sobresaltada.

-Bueno. Así seremos cuatro -comentó Matt-. Pero no iremos a Antonio’s. Allí siempre hay demasiada gente y demasiada luz. Nos reconocerían enseguida. Pensaré en un lugar más adecuado.

Estaba irracionalmente enojado, porque Meredith no se había negado a salir con Parker el día de su cumpleaños. Luego se limitó a hacer un breve gesto con la cabeza y salió.

Segundos después, también Parker abandonaba el despacho de Meredith para reincorporarse a su trabajo.

Y a solas, Lisa se quedó con ella porque quería decir algo. Estaba deslumbrada, y su expresión así lo delataba.

-Dios mío, Mer -declaró al tiempo que se sentaba en el brazo de un sillón y sonreía-, no me extraña que firmaras ese contrato. Matt es el hombre más asombroso con que me he topado en todos los días de mi vida...

-Todo esto no tiene nada de divertido -la interrumpió Meredith, que no deseaba comentar las cualidades personales de Matt Farrell-. Mi padre no debe enterarse de nada, absolutamente de nada. Mientras esté en el crucero no es de esperar que lea los diarios ni mire la televisión. Pero si a pesar de todo decide romper las reglas y escuchar las noticias, tendré suerte si no resulta necesario enviar un avión de la Cruz Roja o algo así para evacuado.

-Si yo estuviera en tu lugar-le dijo Lisa, con visible disgusto-, me ocuparía de él. Le enviaría una escuadrilla de cazas de combate para que lo barrieran. ¡Menudo desastre desencadenó hace once años!

-No me hagas pensar en eso ahora, porque me desespero. Cuando regrese, ya le diré lo que pienso. Lo he meditado mucho durante estos días, pero quiero que sepas que, en descargo de mi padre, hay un factor que no podemos olvidar. Es posible que al obrar como lo hizo creyera estar protegiéndome de un cazafortunas que me habría roto el corazón.

-Así fue él quien te lo rompió.

Meredith vaciló, luego se rindió mansamente a la evidencia.

-Algo así -admitió. Después hizo un esfuerzo por librarse de sus problemas personales, pues ya no podía más-. Nos veremos el sábado -le dijo a Lisa.

45

El día siguiente, a las cuatro y media de la tarde, Matt se hallaba sentado a la mesa de la sala de conferencias con tres de sus ejecutivos cuando sonó el teléfono.

-Si no se trata de una emergencia -ordenó a Eleanor antes de que ella contestara-, no quiero saber nada hasta haber terminado esta reunión.

-Es la señorita Bancroft. ¿Constituye eso una emergencia?

-Sí, así es.

Al empezar a hablar con Meredith no se sentía especialmente complacido. La había llamado el día anterior, a última hora de la tarde, para decirle que Spyzhalski estaba bajo control y a buen recaudo, en un lugar donde los periodistas no podrían encontrarlo. Como la secretaria de Meredith le respondió que su jefa tenía varias reuniones seguidas, Matt había dictado a la chica un mensaje cuidadosamente redactado, que debía pasarle cuanto antes. Todo con el fin de quitarle una preocupación de encima. Pero Meredith no se molestó en llamarlo por la noche y él se preguntó si estaría demasiado ocupada celebrando la noticia en la cama, con Parker. En realidad, durante toda la semana a Matt le había asediado la idea de que ella estuviera todavía acostándose con su novio. La noche anterior, incluso se había mantenido despierto hasta el alba.

Arrojó una breve mirada de acusa a los tres ejecutivos y concentró su atención en lo que había empezado a decir Meredith:

-Matt, sé que es tu noche, pero tengo una reunión a las cinco y estoy agotada. -Era la voz de una persona acorralada.

-Aun a riesgo de parecer inflexible -le replicó Matt con voz fría e implacable-, un trato es un trato.

-Lo sé -le contestó ella con un suspiro de exasperación-. Pero aparte de tener que quedarme aquí hasta tarde, tendré que llevarme trabajo a casa y volver mañana por la mañana, que es sábado. No estaré en condiciones para salir de noche y menos para soportar un duro enfrentamiento contigo. -Pronunció las últimas palabras con una sombra de humor.

En un tono que delataba su resistencia a cooperar, Matt preguntó:

-¿Qué estás sugiriendo?

-Tenía la esperanza de que pasaras a buscarme por aquí para ir a cenar temprano a algún sitio cercano e informal.

El enojo de Matt se disipó al instante, pero para evitar que ella intentara manipularlo en el futuro con el precedente de rápidas citas públicas, le dijo cortés pero firmemente:

-Está bien. Yo también tengo un montón de trabajo. Me lo llevaré y después de la cena trabajaremos larga y afanosamente... ¿En tu casa o en la mía?

Meredith vaciló.

-Me prometes que trabajaremos? Me refiero a que no quiero tener que... tener que...

Matt sonrió. Era obvio que Meredith tenía trabajo muy urgente, que no admitía dilación. Y también en evidente que temía que él intentara seducirla.

-Trabajaremos -prometió.

Meredith rió, aliviada.

-Bueno. ¿Por qué no pasas a buscarme a las seis? Hay un buen restaurante justo enfrente, al cruzar la acera. De allí iremos a mi apartamento.

-De acuerdo, -aceptó Matt, dispuesto a adaptar su horario al de ella con tal que la joven no tratara de evitarle-. ¿Te han dejado en paz los reporteros?

-He recibido unas cuantas llamadas, pero después del espectáculo que les ofrecimos ayer creo que este asunto morirá de muerte natural. Anoche hablé por teléfono con Parker y también esta mañana. Lo han delado en paz.

A Matt le importaba un bledo que la prensa devorara vivo a Parker; y no le entusiasmó descubrir que Meredith hubiera hablado dos veces con él, mientras q no se había molestado en llamar a... quien debería haber llamado primero. Por otra parte, se alegró al comprobar que Meredtth no había pasado la noche con su novio.

-Me alegro. Son buenas noticias. Iré a buscarte a las seis.

Después de abrirse paso entre la multitud de compradores, propia de aquellos días de ambiente navideño, el relativo silencio del piso donde Meredith tenía su despacho supuso un alivio para Matt. A su derecha, dos secretarias hacían horas extra, pero la recepcionista y resto del personal ya se habían marchado. Al otro extremo del alfombrado pasillo la puerta del despacho Meredith estaba abierta y Matt vio a varios hombres y mujeres reunidos. La mesa de la secretaria de la presidenta estaba limpia y el ordenador apagado. Matt decidió esperar allí y no en la zona de recepción. Se quitó el abrigo y se apoyó en la mesa de Phyllis, contento por la inesperada oportunidad de ver trabajar a Meredith. Como siempre, todo lo concerniente a ella le intrigaba.

Inconsciente de la proximidad de Matt, Meredith miró la factura que le había entregado Gordon Mitchell, director general comercial y a la vez jefe de la sección de ropa y accesorios femeninos.

-¿Has comprado trescientos dólares de botones dorados? -le preguntó Meredith, un tanto sorprendida-. ¿Por qué me enseñas esto? Una cantidad así está dentro de tu presupuesto y no hay razón para que lo consultes.

-Es que esos botones -aclaró Gordon- son la explicación del incremento de ventas en vestidos de mujeres y ropas de confección que hemos tenido a lo largo de la semana. Pensé que te gustaría saberlo.

-Los compraste e hiciste que los cosieran aquí, en talleres locales. ¿No es eso?

-Sí -confirmó el hombre al tiempo que, complacido, se repantigaba en el asiento-, Si un vestido o un traje tiene botones dorados, se lo llevan. Es la nueva moda.

Meredith lo observó acusadoramente, al tiempo que evitaba mirar a Therese Bishop, la vicepresidenta de comercialización, cuyo trabajo consistía en predecir las tendencias de la moda con antelación.

-No puedo compartir del todo tu satisfacción -le dijo con voz serena a Gordon-. Therese nos advirtió hace mucho tiempo, después de un viaje a Nueva York, que una de las tendencias de la moda iba a ser precisamente la ropa decorada con botones dorados. Tú no le hiciste caso. El hecho de que hayas reconocido tardíamente tu error y le hayas puesto un remedio no del todo satisfactorio no compensa las ventas perdidas antes y durante el proceso de coser los botones. ¿De qué más tienes que informarnos?

-Muy poco -replicó él.

Sin hacer caso de su actitud, Meredith apretó un botón de la pantalla de los ordenadores y aparecieron los datos de las ventas de todos los departamentos bajo la jurisdicción de Gordon, no solo en Chicago sino también en las distintas ciudades donde tenían establecimientos.

-Tus ventas de accesorios muestran un aumento del cincuenta y cuatro por ciento en relación con el año pasado. Ahí lo estás haciendo bien.

-Gracias, señora presidenta -comentó Gordon con malicioso sarcasmo.

-Creo recordar que contrataste a un nuevo jefe para la sección de accesorios, así como a un encargado de compras que él trajo consigo. ¿Me falla la memoria?

-No. Perfectamente correcta, como siempre.

-¿Qué ocurre con la línea DKNY, dc Donna Karan, de la que tanto compraste? -prosiguió Meredith, ajena al tono de Gordon.

-Marcha fantásticamente, como profeticé que pasaría.

-Bien. ¿Y qué piensas hacer con todas esas faldas y blusas mediocres que compraste?

-Las sacaré rebajadas.

-Bueno -concedió ella, remisa-. Pero ponles la etiqueta de «compra especial» y no la nuestra. Es decir quitasela a las muestras exhibidas. Va en serio. Esta mañana estuve en la tercera planta y he visto blusas con etiquetas Bancroft y precios de ochenta y cinco dólares, cuando la verdad es que nadie debería venderlas por más de cuarenta y cinco.

-Si llevan la etiqueta Bancroft valen lo que el precio indica -replicó Gordon-. Esa etiqueta significa algo para los clientes. No debería ser necesario que te lo recordara.

-¡Dejará de significar algo si sigues poniéndosela a productos mediocres! Saca esas blusas de la tercera planta y ponlas en las ventas de saldo, arrancándoles las etiquetas. Ya sabes a las que me refiero. ¿Y qué ocurre con las baratijas que en tan alto concepto tenías?

-Las compré. He visto la mercadería. En su mayor parte es bisutería, pero muy fina.

Haciendo caso omiso de su malhumorada réplica, Meredith ordenó:

-Todo ese material lo pones en los mostradores en que debe estar. No quiero verlo mezclado con bisutería cara.

-He dicho -masculló Gordon- que es mercadería fina.

Meredith se reclinó en el asiento y clavó la mirada en Gordon, mientras los otros jefes de sección contemplaban la escena.

-Gordon, ¿por qué será que de pronto tú y yo tenemos opiniones opuestas respecto a la mercancía que Bancroft debe o no vender? Antes te mostrabas inflexible en tu postura de ofrecer solo artículos de alta calidad. De pronto compras cosas que son adecuadas para tiendas baratas.

Como Gordon guardó silencio, Meredith se inclinó y se volvió hacia otro ejecutivo, como si el jefe de compras hubiera dejado repentinamente de existir. El hombre al que se dirigía era el único con el que aún no había hablado. Se trataba de Paul Norman, jefe de comercialización general de productos del hogar.

-Como de costumbre, tus departamentos presentan un buen aspecto, Paul -dijo sonriéndole-. Electrodomésticos y muebles han experimentado un incremento de ventas del veintiséis por ciento con respecto al año pasado en esta época.

-Veintisiete por ciento -corrigió él con una sonrisa-. Justo antes de esta reunión los ordenadores han arrojado esta última cifra.

-Buen trabajo -dijo Meredith con toda sinceridad; después lanzó una risita ahogada, recordando la clase de anuncio que habían conseguido colocar en los diarios, ofreciendo equipos estereofónicos a precios muy bajos-. Los productos electrónicos se están vendiendo como agua. ¿Es que quieres arruinar a los almacenes Highland?

-Me encantaría.

-Y a mí también -admitió Meredith. Dicho esto recuperó la seriedad y lanzó una mirada a todo el grupo-. Nuestros resultados a escala nacional son buenos, excepto en Nueva Orleans. Perdimos ventas el día de la amenaza de bomba y los días siguientes se recuperaron en parte, pero no del todo. -Se dirigió al vicepresidente de publicidad-. ¿Existe la posibilidad de conseguir más tiempo en las emisoras de radio de Nueva Orleans?

-A horas en que valga la pena, ninguna -le contestó Pete-. Hemos incrementado los anuncios en la prensa diaria y eso debería contribuir a recuperar parte de las pérdidas ocasionadas por la amenaza de bomba.

Satisfecha de haber cubierto la agenda del día, Meredith miró a su grupo de colaboradores y sonrió cálidamente.

-Eso es todo. Vamos a comprar el terreno de Houston e iniciaremos los trabajos de construcción en junio. Buen fin de semana a todos.

Cuando vio que se levantaban, Matt se trasladó a la zona de recepción y se sentó en el sofá, no sin antes coger una revista de la mesita y fingir que leía. Se sentía tan orgulloso de Meredith que no podía dejar de sonreír. Solo una cosa no le había gustado de ella, y era el modo de tratar a Gordon, el ejecutivo que la había incomodado. En opinión de Matt, la ocasión requería medidas más enérgicas, para poner a ese hombre en su sitio.

Los ejecutivos fueron saliendo, y al pasar por su lado ni siquiera lo miraron, pues se hallaban enfrascados en asuntos relativos al negocio. Matt devolvió la revista a su lugar y se dirigió a la puerta del despacho de Meredith, pero se detuvo en el umbral al ver a dos hombres que aún permanecían allí. Meredith sonreía ante lo que le estaban diciendo.

Dividido entre la curiosidad y la culpa, Matt volvió a la oficina de la secretaria de Meredith, solo que ahora resultaba visible. Llevaba el abrigo plegado sobre el brazo.

Al parecer inconsciente de la hora, Meredith estudió el documento que Sam Green acababa de entregarle y en el que se leía un espectacular aumento en la compra de acciones de Bancroft en bolsa.

-¿Qué conclusión sacas? -preguntó al abogado de la empresa, arqueando las cejas.

-Me duele decírtelo -le contestó Sam-, pero hoy he hecho algunas averiguaciones y en Wall Street se rumorea que alguien quiere comprarnos.

Meredith trató de parecer tranquila y ecuánime, pero de pronto se sintió horrorizada ante la posibilidad de una compra mayoritaria de acciones por parte de un desconocido.

-Pero no puede ser, Sam. No ahora. No tendría sentido. ¿Por qué iba a querer otra cadena de grandes almacenes o cualquier otra entidad adquirirnos en un momento en que estamos endeudados

Librodot

hasta las cejas a causa de los costos de expansión?

-Te lo diré. Por un lado, no estamos en situación de presentar batalla, porque nos falta liquidez. Saldríamos derrotados sin oponer demasiada resistencia.

Meredith lo sabía, pero aun así meneó la cabeza y dijo:

-No tendría sentido cazarnos ahora. No adquirirían más que deudas apremiantes. -Sin embargo, ella comprendía tan bien como Sam que, a largo plazo, Bancroft constituía una inversión muy atractiva-: ¿Cuánto tiempo necesitarás para descubrir la identidad de los perseguidores?

-Unas semanas. Antes no recibiremos notificación alguna de los agentes de bolsa que manejan las transacciones individuales; pero de todos modos, se nos informará solo en el caso de que el nuevo accionista tome posesión de los certificados de los títulos. Si los certificados permanecen bajo custodia del agente, no conoceremos la identidad del accionista.

-¿Podrías hacer una lista actualizada de los nuevos accionistas cuyo nombre nos resulte conocido?

-Sí, claro -respondió levantándose y dejando sola a Meredith con Mark Braden. Como lo que tenía que discutir con el jefe de seguridad era confidencial, Meredith se dirigió a la puerta de su despacho para cerrarla, mirando de paso la hora para ver cuánto faltaba para la llegada de Matt. Eran las seis y veinte, y al levantar la mirada, vio la alta figura de su marido en el umbral y su corazón dio un brinco.

-¿Cuánto tiempo hace que esperas? -le preguntó acercándose.

-No mucho. -No quería impacientarla, porque era obvio que todavía le quedaba algo que hacer-. Te esperaré aquí. Termina sin prisas.

Meredith pensó por un momento si existía razón alguna para que Matt no oyera su conversación con Mark. Decidiendo que no, sonrió y dijo:

-Puedes entrar, pero por favor cierra la puerta. -Matt obedeció y ella le presentó al otro hombre, Después se dirigió a este-: Ya has oído las explicaciones de Gordon y has sido testigo de su actitud. Es completamente distinta a su manera de obrar en el pasado. ¿Qué opinas?

-Creo que está aceptando comisiones -contestó Mark sin rodeos.

-Siempre lo dices, pero no puedes presentar la menor prueba.

La expresión de Braden reflejaba una evidente frustración.

-Es cierto -admitió-. Por lo que he averiguado Gordon no se ha comprado juguetitos tales como yates o aviones, ni tampoco ha invertido en bienes inmuebles. Tiene una amante, pero eso es historia antigua. Él y su familia viven como siempre han vivido. En fin, que no existe evidencia alguna de que haya elevado su tren de vida, y tampoco hay un motivo... No tiene vicios caros, como el juego o las drogas.

-Quizá sea inocente -sugirió Meredith, dubitativa.

-No es inocente. Es cauto y listo -arguyó Mark-. Ha estado en el negocio de compraventa al por menor el tiempo suficiente para saber qué vendedores y compradores están estrictamente vigilados. Gordon cubre sus huellas, pero yo seguiré excavando.

Mark Braden había dirigido una especulativa mirada a Matt antes de hablar, pero Meredith le indicó con un gesto que no había peligro. Al terminar la conversación, el jefe de seguridad se despidió y se marchó.

-Lo siento -se disculpó Meredith con Matt mientras metía en una carpeta los documentos con los que trabajaría por la noche-. No me di cuenta de lo tarde que era.

-He disfrutado escuchando -aseguró él, provocando una mirada de perplejidad en la joven.

-¿Oíste mucho?

-Los últimos veinte minutos.

-¿Alguna pregunta? -bromeó ella, pero el calor de la sonrisa de Matt y la perezosa audacia de sus ojos la sobresaltaron, así que enseguida desvió la mirada.

-Tres preguntas -dijo él, que había observado el movimiento de Meredith-. En realidad, cuatro -añadió.

-Veamos cuáles son -dijo la joven, y fingió estar absorta en una mota que pretendía quitarse del abrigo.

-¿Qué entendéis por rebajas? ¿Qué son las baratijas y por qué evitas mirarme?

Ella trató de mirarlo con expresión serena, pero la pícara sonrisa de Matt casi fue su perdición.

-No me he dado cuenta de que estaba evitando mirarte -mintió con descaro. Luego prosiguió-: Rebajamos ciertos productos vendiéndolos solo por el doble de lo que han costado. Las baratijas son aquellos artículos, como bisutería cara y accesorios, que a veces compramos en grandes cantidades sin verlos antes, a un dólar la pieza. Es un acuerdo que tenemos con nuestros abastecedores habituales, cuando estos poseen en depósito demasiadas existencias de un determinado producto. ¿Cuál era la cuarta pregunta? -Estaba ya frente a los ascensores.

¿Cuándo empezarás a confiar en mí?, pensó Matt. ¿Cuándo te acostarás conmigo? ¿Cuándo dejarás de evitarme?

Por curiosidad y por ser la menos dolorosa de las cuestiones, Matt se decidió a preguntar:

-¿Cuánto tiempo vas a seguir apartándote de mí?

Ella se sorprendió ante su franqueza, luego le dirigió una mirada divertida y cómicamente altanera, que a Matt le provocó un intenso deseo de besarla.

-Mientras quieras llevar las riendas.

-Creo que empieza a gustarte -murmuró Matt, contrariado y mirándola de soslayo.

Meredith miraba fijamente los botones de llamada de los ascensores, pero sonrió y dijo con más sinceridad de lo que hubiera querido:

-Siempre he disfrutado en tu compañía, Matt. Pero esta vez no me gustan los motivos.

-Ya te dije la otra noche cuáles eran mis motivos -le contestó Matt con firmeza. Tras ellos, el suelo enmoquetado amortiguó el sonido de unos pasos.

-No me gustan los motivos que hay detrás de tus motivos.

-¡No hay motivos detrás de mis motivos! -replicó Matt en un enérgico susurro.

De pronto se oyó una risueña voz masculina.

-Tal vez no, pero lo que tienes es gente detrás y esta conversación se está haciendo demasiado profunda para poder seguirla sin ayuda de una guía.

Matt y Meredith volvieron las cabezas al unísono. Mark Braden arqueó las cejas y les sonrió, dándoles a entender que aún había algunos empleados y que se les oía.

-¡Buen fin de semana a todos! -exclamó Meredith con una vivaz sonrisa. Las tres secretarias que estaban haciendo horas extra correspondieron al saludo.

En la primera planta tuvieron que abrirse paso catre la multitud, camino del restaurante. Pero la salida no fue tan fácil.

Con Matt delante, ya casi habían llegado a la salida cuando se les cruzó una señora que empezó a llamar la atención de todos en voz alta.

-¡Es él! -decía excitada. Meredith estaba situada justo detrás de Matt, ocultándola con su cuerpo-. ¡Es Matthew Farrell, el marido de Meredith Bancroft, el que salía con Meg Ryan y con Michelle Pfeiffer!

A la derecha de Matt, una mujer le puso la bolsa de la compra delante de las narices.

-¿Me firma un autógrafo? -imploró, al tiempo que buscaba una pluma en su bolso para que Matt firmara. En lugar de eso, él se volvió, tomó a Meredith del brazo y echó a andar. Tras él, la voz de la mujer, ofendida, se oyó por encima del barullo del recinto-: ¡No necesito su autógrafo! Acabo de recordar que también salía con una reina del porno.

Matt notaba la tensión de Meredith incluso cuando pasadas las puertas giratorias, los azotó el frío de la calle.

-A pesar de lo que estás pensando -dijo a la defensiva, sabiendo lo mucho que ella odiaba la publicidad- la gente no me pide autógrafos. Ocurre ahora porque nuestras caras aparecen con frecuencia en la televisión local.

Ella le miró dubitativa y no abrió la boca.

En el restaurante de enfrente la situación no era mejor que en los grandes almacenes. En realidad, era mucho peor. El lugar estaba lleno de compradores navideños que se agolpaban allí para una cena temprana. En el vestíbulo había una doble fila de presuntos comensales, a la espera de una mesa.

-¿Crees que deberíamos esperar? -preguntó Meredith.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando empezó todo de nuevo. Frente a ellos, una mujer que estaba en la cola se inclinó para interpelarlos.

-Disculpe -dijo dirigiéndose a Meredith pero con la mirada puesta en Matt-. ¿No es usted Meredith Bancroft? -Sin esperar la respuesta de la joven, añadió-: Y eso significa que usted es Matthew Farrell.

-Se equivoca -mintió Matt, y no fue necesario que aumentara la presión en el brazo de Meredith, pues ambos estaban pensando en lo mismo: huir.

-Vamos a mi apartamento y pidamos una pizza -sugirió la joven cuando llegaron a su coche.

Furioso con el destino, Matt esperó a que ella entrara en el coche, pero luego le impidió cerrar la portezuela.

-Meredith -dijo con firmeza-. Nunca he salido con una reina del porno.

-¡Menudo peso me quitas de encima! -respondió ella, sonriendo. Satisfecho, Matt comprendió que Meredith había recobrado su buen humor-. También admitiré -agregó ella al tiempo que giraba la llave de contacto- que Meg Ryan y Michelle Pfeiffer son rubias.

-A la segunda la conozco superficialmente -contestó Matt, lamentando no poder defenderse-. A la primera ni siquiera me la han presentado.

-¿De veras? -inquirió Meredith, dubitativa.

Comieron pizza y bebieron vino en casa de Meredith sentados frente al fuego, la hoguera encendida como si estuvieran de excursión.

Terminada la pizza, bebieron los últimos sorbos de vino antes de enfrascarse cada uno en su trabajo. Matt se inclinó para coger el vaso y, al hacerlo, miró con disimulo a Meredith, que tenía la mirada perdida en el fuego y los brazos cruzados sobre las rodillas dobladas.

Meredith es un cautivador manojo de contradicciones, pensó Matt. Semanas atrás la había visto descender la gran escalinata de la ópera con el aspecto de un miembro de la alta sociedad. Hoy, en su despacho, vestida con traje de alta ejecutiva y rodeada de su equipo, parecía la imagen viva del profesional de los negocios. Y en ese momento, sentada en el suelo frente al hogar, enfundada en unos vaqueros y en un voluminoso jersey que le llegaba hasta las rodillas, era... la muchacha que conoció hacía ya tantos años. Tal vez en esos cambios bruscos, como el de alta ejecutiva a chica espontánea y natural, se hallaba el motivo de que él no pudiera llegar a conocerla ni a adivinar sus pensamientos. Poco antes él pensó que estaría alterada por la mención de los nombres de algunas de sus presuntas conquistas. Sin embargo, la cena entre ambos había discurrido con la mayor placidez, siendo realmente deliciosa.

Ahora, mientras veía sonreír a Meredith con la mirada fija en las llamas, Matt recordó que había esbozado esa sonrisa varias veces durante la cena, y se preguntó qué la motivaría.

-Supongo que tendremos que trabajar -musitó por fin Meredith-. Ya son las nueve menos cuarto.

Matt se levantó a regañadientes, ayudó a limpiar los pocos restos de la comida y después se encaminó al sofá, donde abrió su portafolios y sacó un contrato de treinta páginas para revisarlo.

Meredith se sentó frente a él en un sillón y se dispuso a sumergirse en su trabajo. Debía admitir que durante la cena se había sentido turbada por la proximidad de Matt. Estar junto a aquel hombre, que se comportaba de un modo tan pacífico, no tenía nada de divertido ni contribuía a calmar sus nervios. Era un depredador muy peligroso. Pero aun sabiéndolo, Meredith se sentía cada vez más atraída.

Lo miró discretamente. Estaba sentado en mangas de camisa y arremangado, con las piernas cruzadas una sobre la otra. De pronto sacó unas gafas con montura de oro y se las puso. Le quedaban increíblemente bien. Abrió la carpeta que tenía sobre las rodillas y se puso a leer el documento del contrato.

Matt sintió la mirada de Meredith, levantó la vista y al advertir que ella lo miraba sorprendida, le explicó:

-Vista cansada. -Luego inclinó la cabeza y se enfrascó de nuevo en la lectura del documento.

Meredith admiraba esta capacidad para concentrarse intensamente. Ella no era capaz de semejante proeza. Con la vista clavada en el fuego, empezó a pensar en lo que le había dicho Sam Green y poco después por su cabeza desfilaron todos sus problemas. La bomba, por fortuna inexistente, de Nueva Orleans, el caso Gordo Mitchell, la llamada de Parker el día anterior para decirle que encontrara otra fuente de financiación para el terreno de Houston... y así iba pasando el tiempo: quince, veinte, treinta minutos...

La voz de Matt la sacó de su confuso ensimasmamiento.

-¿Quieres hablar del asunto?

Meredith volvió la cabeza y vio que él la observaba. Había dejado caer el contrato que estaba leyendo.

-No -replicó la joven instintivamente-. Es probable que no sea nada. Por lo menos, no creo que te interese.

-¿Por qué no lo intentas? -se ofreció él con voz serena.

Sentado frente a ella, Matt parecía tan competente, tan invencible, que Meredith decidió aprovechar su oferta. Apoyó la cabeza en el asiento del sillón, cerró por un momento los ojos y dijo con un hilo de voz:

-Tengo el más extraño e incómodo de los presentimientos. -Dirigió a Matt una mirada sincera-. Creo que algo está ocurriendo o a punto de ocurrir. Algo terrible, sea lo que sea.

-¿Puedes localizar el origen de esa inquietud?

-Pensé que te reirías de lo que acabo de decir -confesó ella.

-Un presentimiento es algo de lo que eres consciente de forma solo instintiva, y no es cuestión de risa. Todos tenemos que prestarle atención a las advertencias del subconsciente. Ahora bien, por otro lado, tu presentimiento podría estar inducido por el estrés; incluso por el hecho de que yo haya entrado de nuevo en tu vida. La última vez que lo hice la tierra se hundió bajo tus pies. Podría ser que, supersticiosamente, temas que la historia se repita.

A Meredith le impresionó aquel exacto resumen de sus sentimientos, pero negó con la cabeza que él fuera la causa de su inquietud.

-No creo que el estrés ni tú seáis los culpables. Pero no llego a descubrir de qué se trata...

-Empieza por recordar cuándo comenzó todo. El momento exacto, si es posible. No me refiero a cuándo pensaste en ello, sino antes de eso. Piensa en un repentino asalto de inquietud o de pequeña confusión o...

Ella le lanzó una mirada a la vez cansada y divertida.

-Últimamente me siento casi siempre así.

Matt sonrió y comentó:

-Espero que sea culpa mía.

La joven exhaló un hondo suspiro como para recordarle que le había prometido que esa noche no hablarían de asuntos personales. Matt dio marcha atrás y volvió sobre la misma conversación.

-Estaba pensando más bien en un sentimiento de que algo es extraño... aunque en su día pareciera muy positivo y afortunado.

Aquellas palabras trajeron a la mente de Meredith el recuerdo de cómo se sintió cuando su padre le dijo que la presidencia sería suya, pero solo porque Gordon Mitchell la había rechazado. Le contó el incidente a Matt y este se quedó pensativo unos momentos. Por fin dijo:

-Está bien. Tu instinto indicaba que Mitchell no actuaba de un modo sensato y predecible. No te engañabas, porque mira qué ha ocurrido después: ese hombre se ha convertido en un ejecutivo en el que no puedes confiar y del que sospechas que acepta sobornos. Además, viola los niveles de calidad de los almacenes y se te opone abiertamente en las reuniones.

-Tú confías mucho en tus instintos, por lo que veo -replicó Meredith, sorprendida.

-No tienes idea -dijo- hasta qué punto creo en mi instinto.

Meredith pensó en ello y por fin reveló:

-El origen de este presentimiento que anuncia una catástrofe es, en definitiva, más fácil de localizar de lo que parece. Por una parte, tuvimos una amenaza de bomba en Nueva Orleans hace unos días. No hemos recuperado las pérdidas ocasionadas por él descenso de las ventas. Se trata de nuestra sucursal más reciente y los resultados apenas empiezan a rozar los números negros. Estoy personalmente comprometida con los préstamos a que tuvimos que recurrir para la construcción y puesta en marcha de ese establecimiento. Claro que si se pierde dinero en Nueva Orleans otros almacenes Bancroft equilibrarán ese déficit.

-¿Qué te preocupa entonces?

-Me preocupa -continuó ella, suspirando-. que nuestra expansión ha sido muy rápida y en consecuencia nuestro endeudamiento muy alto. No obramos de manera irresponsable, porque no teníamos otra alternativa. O Bancroft emprendía un agresivo programa de expansión o la competencia nos devoraba. Nos vimos arrastrados por el actual tumulto. En estos momentos el problema más importante que debemos afrontar es no poder cubrir gastos si, por cualquier razón, varias de nuestras sucursales empiezan a perder dinero.

-Si eso ocurriera, ¿no puedes obtener préstamos?

-No es fácil. Los costos de expansión han sido tales que estamos endeudados hasta las orejas. Pero me preocupa algo aparte de eso. -Al ver que Matt seguía con la mirada clavada en ella en espera de que siguiera hablando, prosiguió-: Nuestras acciones están siendo adquiridas en bolsa de forma desproporcionada. Ya lo había observado durante los últimos meses, leyendo la sección económica de la prensa; pero di por sentado que los inversores estaban al corriente de nuestros planes de renovación y expansión y los veían con buenos ojos. Éramos para ellos una buena inversión a largo plazo. Sin embargo -continuó tratando de serenarse-, nuestro abogado, Sam Green, cree que toda esta exagerada compra de acciones de Bancroft puede obedecer a otro motivo, en concreto a un intento de fusión hostil. Sam tiene contactos en Wall Street y ha oído rumores en este sentido. En octubre pasado Parker oyó el mismo rumor, pero hicimos caso omiso. Sin embargo, tras el rumor puede esconderse una verdad. Pasarán semanas antes de que sepamos quién o quiénes están comprando nuestras acciones, pero incluso cuando lo sepamos es posible que el dato no nos ponga sobre una pista clara. Si una compañía quiere mantener en secreto su intención de comprarnos, no estará adquiriendo nuestras acciones en su nombre. Tendrán testaferros que las adquieran por ellos. Incluso pueden estar depositándolas ilegalmente en cuentas con nombres falsos. -Miró maliciosamente a Matt e ironizó-: Ya sabes a qué me refiero.

-Sin comentarios -contestó Matt, arqueando una ceja.

-Hace unos meses iniciaste el asalto de una compañía y esta te pagó cincuenta millones para que la dejaras en paz. Nosotros no podríamos permitirnos ese lujo ni tampoco el de intentar oponer resistencia si hay por medio una fusión hostil. ¡Dios mío! -concluyó con voz cansina-, si Bancroft se convierte en una mera división de un gran conglomerado, no podré resistirlo.

-Puedes emprender acciones para detener la invasión.

-Lo sé, y también el consejo de administración, que hace dos años que discute esta posibilidad, pero sin que hasta el momento haya diseñado estrategia eficaz alguna. -Nerviosa, se levantó, se detuvo ante el hogar y contempló las llamas.

Librodot

Tras ella sonó la voz de Matt.

-¿Son esos todos tus problemas, o hay más?

-¿Más? -exclamó ella, incorporándose y ahogando una risa-. Sí, hay más, pero todo se resume en que cosas que no sucedían están sucediendo, lo que me produce un sentimiento general de catástrofe inminente. El temor de ser objeto de una fusión hostil, la amenaza de bomba... Y por si fuera poco, Parker no nos presta el dinero para el terreno de Houston, de modo que tendremos que encontrar alguien que lo haga.

-¿Por qué no Parker?

-Porque Reynolds Mercantile está buscando dinero y no prestando grandes sumas a clientes que, como nosotros, tenemos importantes deudas pendientes con ellos. No me sorprendería que el pobre Parker esté preocupado pensando que quizá no podamos hacer frente a los pagos parciales de los créditos.

-Parker no es un niño -replicó Matt mientras empezaba a meter papeles en su portafolios-. Soportará la presión. Si te prestó más dinero de lo que debía es culpa suya, y ya encontrará el modo de reducir las pérdidas. -Cada vez que Meredith mencionaba el nombre de su novio, los celos se apoderaban de Matt, alterando de inmediato su humor-. Necesitas una buena noche de descanso -le dijo con cierta mordacidad. Era obvio que había decidido marcharse. Sorprendida por esta brusca retirada, lo acompañó a la puerta, censurándose por haberlo abrumado con todas sus preocupaciones.

En el umbral, Matt se volvió hacia ella y preguntó:

-¿A qué hora nos encontramos mañana para tu cumpleaños?

-¿A las siete y media? -sugirió Meredith.

-Está bien.

Salió al pasillo y Meredith dijo desde la puerta:

-En cuanto a mañana, quisiera pedirte un favor, en honor a mi cumpleaños.

-¿Qué favor? -inquirió Matt, y colocando el portafolios en el suelo empezó a ponerse el abrigo.

-Que tú y Parker no montéis una escena. Hablad. Nada de silencios sepulcrales entre vosotros, como antes de la conferencia de prensa. ¿De acuerdo?

Una vez más, la mención de Parker enojó a Matt. Asintió, empezó a decir algo, pero de pronto dio un paso adelante y declaró con engañosa calma:

-Hablando de Parker. ¿Todavía te acuestas con él?

Meredith se quedó perpleja.

-¿Qué significa eso? -exigió

-Significa que doy por sentado que te acostabas con él, puesto que estáis comprometidos. Y te pregunto si aún te acuestas con él.

-¿Quién diablos crees que eres?

-Tu marido.

Por alguna razón, el tono solemne de sus palabras hizo que Meredith se sobresaltara. Apretó con más fuerza el pomo de la puerta para mantener el equilibrio. Matt adivinó la causa de su reacción y sonrió.

-Una vez que te acostumbras, suena bien -comentó.

-No, no suena bien -negó Meredith, pensando que él tenía razón.

La sonrisa desapareció del rostro de Matt.

-Entonces te diré algo que suena peor. Si todavía te estás acostando con Reynolds, la palabra es «adulterio».

Meredith empujó la puerta para cerrarla de golpe, pero Matt lo impidió con el pie, tomándola al mismo tiempo por los hombros y sacándola al pasillo. Luego le dio un beso áspero y tierno a la vez. Sin soltarla, sus labios rozaron los de la joven, en una caricia ligera y exquisita, aún más difícil de resistir que la primera.

-Sé que también quieres besarme. ¿Por qué no cedes al impulso...? -musitó él con voz ronca-. Estoy más que dispuesto y completamente disponible.

Meredith sintió horrorizada que su ira se disipaba y daba paso a la tentación de reír y de hacer exactamente lo que Matt le sugería.

-Si muero en accidente de regreso a casa esta noche -le susurró dulcemente al oído-, piensa en lo culpable que te sentirás si no me devuelves el beso.

A punto de echarse a reír, Meredith abrió la boca para decir algo, peto Matt aprovechó la ocasión para besarla de nuevo. Con mano firme la tomó del cuello mientras deslizaba la otra por la espalda, apretándola contra él. Estaba perdida, ignominiosamente derrotada, poseída por aquellas manos, aquellos labios y aquella lengua. Envuelta entre sus brazos, Meredith deslizó las manos debajo del abrigo y treparon por encima de la camisa, palpando el pecho musculoso. Por fin ella se entregó al incontenible impulso de la lengua de Matt, que se abrió paso entre sus labios. Desesperada y confusa, ella le devolvía las caricias, hasta que sintió que un frenético deseo le circulaba por la sangre.

Entonces se impuso el pánico. Meredith se soltó de un tirón y, jadeante, retrocedió al otro lado del umbral, los brazos en jarras.

-¿Cómo has podido *pensar* siquiera en acostarte con Reynolds cuando me besas como lo haces? -susurró él con tono acusador.

Meredith consiguió mirarlo con una expresión de sarcasmo.

-¿Cómo has podido romper tu promesa de comportarte de un modo impersonal esta noche?

-No estamos en tu apartamento -le replicó Matt.

Su capacidad para retorcerlo todo según conviniera a sus propios intereses fue la gota que colmó la paciencia de Meredith. Retrocedió, reprimió el impulso de darle con la puerta en las narices y por fin la cerró educadamente, aunque sin explicaciones. Ya en la protección de su apartamento, se derrumbó contra la puerta e inclinó la cabeza, angustiada por su derrota. El mero hecho de que aquel hombre la hubiera coaccionado y chantajeado para aceptar este contrato habría sido suficiente para que una mujer con un mínimo de coraje y dignidad resistiera el asedio durante los tres cortos meses del plazo. ¡Pero yo no!, pensó Meredith, al tiempo que se apartaba de la puerta. Yo no, se repetía con furia, ante la evidencia de su fracaso cuando aún no habían transcurrido ni tres semanas. En lo que a Matt Farrell se refería, ella, Meredith Bancroft, era frágil como el cristal, moldeable como el barro. Asqueada de sí misma, se arrastró hasta el sofá y al pasar junto a la mesa cogió la fotografía de Parker y la contempló durante unos momentos. Él le devolvía una mirada sonriente, hermosa, llena de integridad. ¡Además, la amaba! Se lo había dicho docenas de veces. Matt, en cambio, nunca se lo dijo, ni una sola vez. Pero estas consideraciones, ¿serían suficientes para brindarle protección contra la fulgurante amenaza que era Matthew Farrell? ¿No rendiría ante él la fortaleza de su orgullo y su autoestima? Quizá sí, pensó Meredith con amargura. A este paso la batalla sería para él un camino de rosas.

Stuart había asegurado que Matt no quería hacerle daño. Pensando en lo que había hecho por ella el día anterior al acudir en su ayuda, se inclinaba a creer que el abogado estaba en lo cierto. Atormentada, sitiada por emociones que ni quería ni podía controlar, Meredith estaba casi segura de que Matt no quería venganza. Lo que quería, por una serie de razones oscuras y retorcidas que ella no alcanzaba a comprender, era simplemente tenerla a su lado, lo que constituía el mayor de los peligros para la integridad de sus sentimientos. Él tenía una legendaria reputación de donjuán y era un hombre impredecible, que no merecía confianza. Con tales antecedentes, se dijo Meredith, si se entregaba a acabaría con el corazón destrozado.

Se hundió en el sofá y puso la cara entre las manos. Él no quería herirla... Por un momento, Meredith consideró la posibilidad de apelar a los instintos protectores de Matt, los mismos que lo habían inducido a sacarla de un grave atolladero el día anterior. Podría decirle con toda franqueza y honradez: «Matt, sé que en realidad no quieres hacerme daño, así que por favor, apártate de mí. Mi vida ya está planificada y de un modo muy agradable. No me la estropees. No significo nada para ti. No realmente. No soy más que otra conquista, una fijación pasajera que tienes...».

Sería una pérdida de tiempo. Ya lo había intentado y no había servido de nada. Matt pensaba continuar esa lucha hasta el final y salir victorioso, aunque sus razones fueran para él tan oscuras como para ella misma.

Levantó la cabeza, clavó la mirada en el fuego y recordó las palabras de Matt: «Te entregaré el paraíso en bandeja de plata. Seremos una familia, tendremos niños... Yo quisiera seis, pero me contentaría con uno».

Tal vez si le decía que no podía darle hijos cejaría en su empeño. Quizá Matt renunciaría entonces a todas sus pretensiones. En cuanto Meredith se percató del alcance de este pensamiento su corazón se aceleró. Se sentía furiosa con Matt y consigo misma.

-¡Maldito seas! -farfulló-. ¡Maldito seas por hacer que me sienta una vez más tan vulnerable!

Él no quería constituir una familia. Solo quería la novedad y vivir con ella durante una temporada. Sexualmente, a los pocos días se cansaría de ella, ya que era una mujer reprimida e inexperta. Así se había sentido con él once años atrás. Después del divorcio, pasaron dos largos años antes de que recuperara cierta estima y la capacidad de experimentar deseos sexuales si bien de manera apagada. Lisa insistió en que la única manera de solucionar el problema consistía en acostarse con otro. Lo intentó. El elegido fue una estrella del atletismo universitario, que hacía meses que la perseguía. Recordó con disgusto aquella desastrosa experiencia. Los jadeos y los manoseos de aquel individuo la habían llenado de repugnancia, mientras que a él su reticencia e ineptitud lo habían enojado y frustrado. Incluso ahora recordaba las provocaciones del atleta y temblaba de asco: «Vamos, nena, no te quedes tendida sin hacer nada, haz algo por mí... ¿Qué diablos ocurre contigo...? ¿Cómo es posible que una mujer que parece tan caliente sea tan fría?». Cuando intentó consumar el acto, algo en el interior de Meredith se rebeló. Entonces le propinó un empujón al atleta y, tras recoger rápidamente su ropa, salió corriendo.

En aquella ocasión decidió que nunca gozaría del sexo. Parker había sido su único amante. Era

Librodot

distinto: tierno, dulce, nada exigente. Sin embargo, también él estaba decepcionado, y aunque nunca se refirió abiertamente al comportamiento sexual de su novia, ella adivinaba su insatisfacción.

Meredith se reclinó y apoyó la cabeza en un brazo del sofá. Miraba al techo luchando por contener las lágrimas que sentía en la garganta. Parker nunca podría hacer que se sintiera tan desgraciada como se sentía en ese momento. Nunca. Solo Matt era capaz de infligirle un dolor tan profundo. Y a pesar de todo, lo deseaba.

Este hecho irrefutable le resultaba aterrador, pues también era inaceptable.

En el transcurso de unos días, Matt la había arrastrado por el camino de la humillación. No necesitaba decir siquiera «te quiero» para que ella deseara arrojar por la borda todos sus planes de futuro.

Al otro lado de la estancia, el reloj de pared del abuelo empezó a desgranar las horas. Eran las diez.

Para Meredith, aquellos tañidos anunciaban el fin de su paz y su serenidad.

Matt condujo el Rolls con destreza para adelantar a dos camiones que le cerraban el paso en su carril. Ya despejado el camino, cogió el teléfono móvil para llamar a Peter Vanderwild. El reloj del tablero marcaba las diez, pero a pesar de la hora no vaciló. Peter contestó a la segunda llamada y al reconocer la voz del jefe pareció sobresaltado y halagado a la vez. Aquella llamada, sin precedentes a tal hora, era un buen augurio.

-Mi viaje a Filadelfia fue un éxito total, señor -informó a Matt, pensando erróneamente que lo había llamado por ese motivo.

-Olvida eso por ahora -le interrumpió Matt con impaciencia-. Lo que quiero saber es si existe la menor posibilidad de que se filtre la noticia de que estamos comprando acciones de Bancroft. No quiero que en Wall Street corran rumores de una fusión hostil.

-No existe posibilidad alguna. He tomado todas las precauciones para mantener en secreto nuestra identidad hasta que llegue la hora de llenar los documentos SEC. Las acciones de Bancroft están subiendo sin cesar, lo que explica que cada día nos resulte más caro adquirirlas.

-Creo que en esta partida hay otro jugador -comentó Matt-. Entérate de quién diablos es.

-¿Alguien que intenta en serio comprar Bancroft? -inquirió Vanderwild-. Había pensado en ello, pero deseché la idea porque no vi una explicación plausible. En estos momentos la cadena de almacenes Bancroft es una inversión muy mala. Es decir, a menos que uno tenga un interés personal en el asunto, como es su caso.

-Peter -le advirtió Matt con frialdad-, no metas las narices en mis asuntos personales o terminarás buscando otro empleo.

-No quise decir... Bueno, yo... leo la prensa. Díscúlpeme...

-Está bien -le interrumpió Matt, muy molesto-. Ponte a trabajar. Comprueba los rumores, averigua si hay alguien de por medio, y, en ese caso, descubre quién demonios es.

El lujoso trasatlántico se mecía elegantemente sobre las olas de un océano Atlántico embravecido.

A Philip Bancroft aquel movimiento interminable le parecía la cosa más enojosa, aburrida y estúpida que se había visto obligado a sufrir en su vida.

En ese momento se hallaba sentado a la mesa del capitán, entre la esposa de un senador y un petrolero tejano. La mujer no hacía más que hablarle y él fingía interés en sus tediosas palabras.

-Pasado mañana por la tarde llegaremos a puerto. ¿Ha gozado usted del viaje?

-Inmensamente -mintió Philip, mirando de reojo su reloj. Eran las diez... en Chicago. Hora de estar sentado ante el televisor, siguiendo las noticias. O jugar a las cartas en el club de campo. Sin embargo, en lugar de eso, allí estaba, prisionero en aquel hotel flotante.

-¿Se quedará en casa de unos amigos cuando llegue a Italia?

-No tengo amigos en Italia -replicó Philip. A pesar del exasperante tedio se sentía mejor, más fuerte cada día. Su médico había acertado al recomendarle que se olvidara de todo, y especialmente de su trabajo, durante una temporada.

-¿No tiene ningún amigo en Italia? -insistió la mujer, intentando valerosamente continuar aquel absurdo diálogo.

-No. Solo una esposa. Bueno, ex esposa, puesto que estamos divorciados.

-Oh. ¿Irá a visitarla?

-Lo dudo -replicó Philip, y de pronto se quedo atónito. ¡Había mencionado la existencia de la mujer la que echó de su casa hacía tantos años! Pensó que sin duda ese descanso obligado le estaba entumeciendo la mente.

47

Desde el momento en que Matt sugirió que la fiesta de su cumpleaños fuera cosa de cuatro, Meredith había albergado serias dudas en cuanto al resultado de la velada. Sin embargo, Lisa y Parker llegaron con unos minutos de diferencia y Meredith pensó que, después de todo, la celebración no acabaría en desastre. Ambos estaban de un humor alegre y festivo.

-Feliz cumpleaños, Mer -le dijo Lisa al tiempo que le daba un abrazo. Después le tendió su regalo, metido en una caja de colores.

-Feliz cumpleaños -la imitó Parker, y le entregó una cajita pesada, de forma rectangular-. ¿Aún no ha llegado Farrell? -preguntó, mirando alrededor.

-No, pero en la cocina hay vino y aperitivos. Estaba preparando una bandeja.

-Yo terminaré de prepararla -se ofreció Lisa-. Tengo hambre. Y se dirigió a la cocina, agitando al caminar los flecos de seda de su vestido.

Parker arqueó las cejas y luego preguntó a Meredith:

-¿Por qué se viste así? ¿Por qué no puede vestirse como la gente normal?

-Porque ella es especial -le respondió Meredith con una sonrisa-. ¿Sabes? -añadió con una mirada de desconcierto-. Los hombres, por lo menos la mayoría de ellos, piensan que Lisa es una mujer asombrosa.

-A mí me gusta cómo te vistes tú -aseguró él, mirándola con orgullo. Meredith lucía una chaqueta de vivo terciopelo rojo, con adornos dorados, y una corbata de seda, detalles que le conferían un engañoso aspecto de inocencia. La chaqueta, abierta, revelaba un vestido rojo sin tirantes, muy ceñido. Haciendo caso omiso de las palabras de Meredith relativas a Lisa, Parker cambió de tema-: ¿Por qué no abres mi regalo antes de que llegue Farrell?

Bajo la cubierta de papel de plata descubrió un estuche de terciopelo azul, y dentro, anidado en satén, un maravilloso brazalete de zafiros y diamantes. Meredith lo sacó con cuidado de la caja.

-¡Es magnífico! -murmuró sintiendo un nudo en el estómago. Los ojos se le llenaron de lágrimas y en aquel momento Meredith comprendió que ni el brazalete ni Parker le pertenecían. No, después de traicionar a su novio por culpa de la atracción irresistible que sentía por otro hombre, Matt Farrell. Levantó la mirada y buscó la de Parker, que estaba expectante. Entonces le tendió la joya.

-Lo siento -dijo con voz sofocada-. Es un regalo lo magnífico, pero no puedo aceptarlo, Parker.

-¿Por qué no? -empezó a protestar él, pero de algún modo ya sabía la respuesta. Se produjo un largo silencio-. Así que es eso -dijo por fin, con voz ronca- Farrell ha ganado.

-No del todo -puntualizó ella en voz baja- Pero pase lo que pase entre Matt y yo, no podría casarme contigo. Ya no. Mereces algo más que una esposa que no es capaz de controlar sus sentimientos hacia otro hombre.

Tras un momento de tenso silencio, Parker inquirió:

-¿Sabe Farrell que ibas a romper nuestro compromiso?

-¡No! -exclamó ella, espantada-. Y cuanto menos sepa, mejor. De lo contrario se hará más insistente.

Parker volvió a vacilar, luego tomó el brazalete y lo puso a Meredith en la muñeca.

-No renuncio -declaró, y en su rostro se dibujó una triste sonrisa-. Considero que este es un revés menor. De veras que odio a ese bastardo.

Sonó el timbre, Parker levantó la mirada y vio Lisa, que estaba de pie en el umbral de la puerta de cocina, con una bandeja en la mano.

-¿Cuánto hace que estás ahí escuchando? -le preguntó imperativamente a la joven mientras Meredith iba a abrirle la puerta a Matt.

-No mucho -respondió Lisa con voz desacostumbradamente amable-. ¿Quieres un vaso de vino?

-No. Quiero toda la botella -repuso él con frustración.

En lugar de reír, Lisa llenó un vaso y se lo entregó. Tenía la mirada dulce y extrañamente luminosa.

En cuanto Matt entró, a Meredith le pareció que el salón se llenaba de su abrumadora presencia.

-¡Feliz cumpleaños! -le deseó sonriente-. Tienes un aspecto fantástico -añadió mirándola de arriba abajo.

Meredith le dio las gracias y trató de no pensar en lo atractivo que estaba, vestido con traje y chaleco gris, camisa blanca y corbata a rayas de estilo clásico.

Lisa tomó la iniciativa para rebajar la tensión.

-Hola, Matt -saludó con una deslumbrante sonrisa-, Esta noche tienes más aspecto de banquero que Parker.

-Bueno, me falta la insignia de la asociación de antiguos alumnos distinguidos -bromeó Matt, y le tendió remisamente la mano a Parker, que se la estrechó con idéntica desgana.

Librodot

-Lisa odia a los banqueros -comentó Parker, cogiendo la botella de vino. Luego llenó su vaso y bebió el contenido de un solo trago-. Bien, Farrell -continuó con acritud, algo insólito en él-, es el cumpleaños de Meredith. Lisa y yo nos hemos acordado. ¿Dónde está tu regalo?

-No lo he traído.

-Querrás decir que has olvidado comprarle un regalo. ¿No es eso?

-Quiero decir que no lo he traído.

-¿Por qué no empezamos a movernos? -intervino Lisa, deseosa, al igual que su amiga, de llevarse a dos rivales a un lugar público donde no les fuera posible discutir-. Meredith abrirá mi regalo más tarde.

La limusina de Matt esperaba en la calle. Primero subió Lisa, seguida de Meredith, que se sentó al lado de su amiga a propósito, eliminando así la posibilidad de que ambos hombres entablaran una discusión acerca de quien se sentaba al lado de ella. La única persona que no parecía nerviosa era Joe O'Hara, que de hecho incluso aumentó la tensión al decir a Meredith con una sonrisa:

-Buenas noches, señora Farrell.

En unos baldes de plata con hielo había dispuestas dos botellas de Dom Pérignon.

-¿Os apetece un poco de champán? A mi sí... -Las palabras de Lisa fueron interrumpidas por el violento arranque de la limusina, que pareció internarse en el tráfico de un salto. Lisa se vio proyectada hacia atrás y Parker, que se sentaba enfrente, hacia delante.

-¡Dios mío! -exclamó el banquero al tiempo que intentaba recuperar el equilibrio-. El idiota de tu chófer -añadió dirigiéndose a Matt- acaba de saltarse cuatro carriles y un semáforo.

-Está perfectamente capacitado -replicó Matt, levantando la voz por encima de los bocinazos de furiosos conductores. Nadie advirtió que un viejo Chevrolet avanzaba a toda velocidad hacia la limusina, cambiando de carril cuando lo hacía esta. Mientras la limusina se dirigía hacia la autopista, dispersando vehículos en su acometida, Matt descorchó una botella de champán.

-Feliz cumpleaños -dijo tendiéndole a Meredith la primera copa de champán.

Parker se volvió hacia Meredith e inquirió:

-¿Recuerdas lo que te pasó por beber champán en la fiesta de aniversario de los Remington?

-Solo me mareé -aclaró Meredith, desconcertada por su tono y por el tema de la conversación.

-Estabas muy mareada -insistió él-. Y un poquito borracha. Me hiciste salir al balcón contigo. Recuerda que te puse mi abrigo. Luego se nos unieron Stan y Milly Mayfield e hicimos una especie de tienda con los abrigos y nos quedamos a la intemperie. -Miró a Matt y, con voz fríamente superior, le espetó-: ¿Tú conoces a los Mayfield?

-No -replicó Matt, tendiendo una copa a Lisa.

-Claro, cómo vas a conocerlos -afirmó Parker con desprecio-. Son antiguos amigos míos y de Meredith. -Lo dijo con la intención de humillar a Matt. Meredith se apresuró a cambiar tema y Lisa la ayudó. Por su parte, Parker se bebió otras cuatro copas y pudo insertar dos historias más en las que él y Meredith eran protagonistas, rodeados de actores secundarios que, por supuesto, Matt no conocía.

Matt había elegido un restaurante al que Meredith nunca había ido. Sin embargo, le gustó apenas atravesó el vestíbulo. El lugar imitaba el modelo de un pub inglés, con las vidrieras y las paredes recubiertas de paneles de madera oscura. El Manchester House, que así se llamaba, disponía de un gran local con una barra que ocupaba la parte trasera. Los comedores, situados a ambos lados del vestíbulo, eran pequeños y cómodos, y estaban separados del bar por enrejados cubiertos de hiedra.

El local del bar, donde se sentaron mientras esperaban que la mesa que les habían asignado estuviera lista, estaba lleno de gente con ganas de divertirse. En unas mesas unidas había un grupo de unas veinte personas, y a juzgar por las risas y el griterío de varios de los ocupantes de la barra, la bebida corría en abundancia.

-Desde luego este no es el sitio al que yo habría traído a Meredith para celebrar su cumpleaños -dijo Parker con sarcasmo, mientras se sentaban.

Matt aguantaba las impertinencias de Parker solo por no disgustar a Meredith.

-No es que sea mi restaurante favorito, pero si queríamos comer en paz, tenía que ser en un sitio relativamente oscuro y apartado.

-Será divertido, Parker -comentó Meredith, sintiéndose a gusto en aquel ambiente inglés, que incluía una pequeña orquesta encargada de amenizar el local.

-Tocan bien -intervino Lisa, inclinándose par observar mejor a los músicos. Segundos después quedó asombrada al ver que el chófer de Matt entraba tranquilamente en el bar y se sentaba al otro extremo de la barra-. Matt -dijo con hilarante incredulidad-, tu chófer parece haber decidido abandonar el frío de la calle para tomarse una cerveza aquí dentro.

Matt ni siquiera miró hacia donde le indicaba Lisa.

-Joe no toma alcohol cuando está de servicio. Beberá gaseosa.

Acudió un camarero y le pidieron bebidas. Meredith no creyó necesario aclararle a Lisa que el chófer de Matt era también su guardaespaldas, y más teniendo en cuenta que a ella misma no le

resultaba agradable recordarlo.

-¿Eso es todo, amigos? -preguntó el camarero, se dirigió a un extremo de la barra para pasar el pedido. Al llegar un hombre que llevaba una gabardina exageradamente holgada se puso a su lado y le dijo:

-¿Te gustaría ganarte un billete de cien, amigo? El camarero se volvió.

-¿Cómo?

-Déjame estar un rato detrás de aquel enrejado.

-¿Por qué?

El hombrecillo abrió la mano y le mostró al camarero un carnet de periodista de un diario sensacionalista de Chicago, junto con un billete de cien dólares.

-En una de esas mesas hay gente importante y llevo una cámara bajo la gabardina.

-Quédese, pero que no lo vean -le advirtió el camarero apoderándose del billete.

En el vestíbulo, de pie tras la mesa del maître, el dueño del restaurante cogió el teléfono y marcó el número de la casa de Noel Jaffe, crítico gastronómico de un importante periódico.

-Noel -dijo inclinándose un poco a un lado para evitar ser oído por un grupo de nuevos clientes-, soy Alex, del Manchester House. ¿Recuerdas que te prometí que algún día te pagaría el favor que me hiciste hablando bien de mi restaurante en tu columna? Bueno, pues adivina quién acaba de llegar en este momento.

Cuando Jaffe oyó los nombres, lanzó una carcajada.

-No me digas. Tal vez formen la pequeña familia feliz que declararon ser en la conferencia de prensa.

-Esta noche no -le contestó Alex, elevando un poco el tono de voz-. El novio tiene cara de muy pocos amigos y ha bebido mucho.

Se produjo una pausa breve y luego Jaffe dijo, ahogando una risita:

-Voy enseguida con un fotógrafo. Encuéntrame una mesa desde donde pueda mirar sin ser visto.

-Eso no es problema. Recuerda solo poner bien el nombre de mi restaurante y la dirección cuando escribas sobre esto.

Alex colgó, eufórico por la publicidad gratis que suponía hacer saber al mundo que gente rica y famosa comía en su restaurante. De inmediato llamó a varias emisoras de radio y televisión.

Cuando el camarero trajo la segunda ronda (la tercera para Parker), Meredith era consciente de que el banquero había bebido demasiado, lo cual no habría sido tan terrible si él hubiera evitado sacar a colación continuas anécdotas de su pasado con ella.

Meredith no siempre las recordaba, pero lo único que la preocupaba era que el enojo de Matt iba en aumento.

De hecho, Matt estaba furioso. Durante tres cuartos de hora se había visto obligado a escuchar las bonitas historias vividas por Parker y Meredith, relatadas con la intención de demostrarle que él era socialmente inferior a ellos, a pesar de su inmensa riqueza. Que si Meredith rompió su raqueta de tenis en un torneo de dobles que ambos jugaron en el club de campo cuando ella era todavía una adolescente; que si en un maldito baile organizado por una lujosa escuela privada a ella se le cayó el collar; que si un partido de polo al que el banquero la había llevado hacía poco tiempo...

Cuando Parker empezó a referirse a una subasta con fines benéficos en la que él y Meredith habían trabajado juntos, Meredith se puso bruscamente de pie.

-Voy al tocador de señoras -anunció, interrumpiendo a propósito a Parker. Lisa siguió su ejemplo.

-Voy contigo -dijo.

Tan pronto como entraron en el tocador, Meredith se apoyó en el lavamanos. Parecía muy desgraciada.

-No podré soportarlo mucho más -susurró a su amiga-. Nunca imaginé que la cosa saliera tan mal.

-¿Quieres que finja que estoy enferma para que nos lleven a casa? -le preguntó Lisa, al tiempo que se inclinaba hacia el espejo y empezaba a retocarse la pintura de los labios-. ¿Recuerdas que lo hiciste por mi cuando salimos con dos chicos en Bensonhurst?

-A Parker le importaría un bledo que nos cayéramos las dos desmayadas a sus pies -repuso Meredith irritada-. Está demasiado ocupado tratando de provocar a Matt.

Lisa miró a Meredith de soslayo y comentó:

-Es Matt quien está provocándolo.

-¿Cómo? ¡Si no ha dicho una sola palabra!

-Precisamente por eso. Matt se sienta en la silla y observa a Parker como quien observa a un payaso en plena actuación. Y Parker no está acostumbrado a perder, pero te ha perdido a ti. Mientras tanto, Matt se regocija en silencio, porque sabe que, al fin y al cabo, él es el ganador.

-¡No puedo creer lo que estoy oyendo! -prorrumpió Meredith, intentando no levantar la voz-. Durante años has criticado a Parker cuando tenía razón. Ahora que no la tiene y está borracho sales en su defensa. Además, Matt no ha ganado nada. Y no se está regodeando. Trata de parecer entre

Librodot

aburrido y divertido ante las bufonadas de Parker, nada más. Créeme, está enojado, realmente enojado porque Parker intenta hacerlo parecer... un marginado social.

-Así es como lo ves tú -puntualizó Lisa con tanta determinación que Meredith dio un paso atrás, atónita. Pero el asombro se convirtió en un sentimiento de culpa cuando su amiga continuó-: No sé cómo querías casarte con un hombre por el que no sientes la menor compasión.

El camarero acababa de comunicar a Matt que la mesa estaba lista y, por encima del hombro, este vio que Meredith y Lisa se acercaban sorteando mesas y clientes.

Parker había dejado de hablar de su pasado para dedicarse a provocar a Matt preguntándole detalles del suyo, burlándose de las respuestas.

-Dime, Farrell -interpeló a su rival en voz alta, hasta el punto de que algunos clientes sentados en mesas vecinas volvieron la cabeza-. ¿A qué universidad fuiste? Lo he olvidado.

-A la estatal de Indiana -replicó Matt, viendo venir a Lisa y Meredith.

-Yo fui a Princeton.

-¿Y qué?

-Simple curiosidad. ¿Y qué me dices de los deportes? ¿Practicaste alguno?

-No -le respondió Matt categóricamente, y se levantó para pasar al comedor en cuanto llegasen las mujeres.

-¿Qué hacías en tu tiempo libre? -se interesó Parker, levantándose también, un poco tambaleante.

-Trabajar.

-¿Dónde?

-En la fundición y como mecánico.

-Yo jugaba al polo, boxeaba un poco. Y... -añadió mirando a Matt de arriba abajo desdeñosamente-. le di a Meredith el primer beso.

-Y yo la desvirgué -le espetó Matt, incapaz de contenerse por más tiempo, pero sin dejar de observar las dos jóvenes, que ya estaban muy cerca.

-¡Hijo de puta! -silbó Parker, y lanzó un puñetazo a Matt.

Matt lo vio justo a tiempo para levantar un brazo detener el golpe. Luego con el brazo libre golpeó a Parker de tal modo que este cayó pesadamente al suelo. Se armó un alboroto. Las mujeres gritaban, los hombres saltaban de las sillas... y las cámaras entraron en acción. Lisa increpó a Matt, y cuando volvió el rostro hacia ella el puño de la joven impactó en su ojo izquierdo. Mal aturdido, ni siquiera pareció darse cuenta de que era Lisa quien lo había golpeado. Se disponía a devolverlo, con tan mala fortuna que al iniciar el movimiento su codo tropezó con algo y se oyó gritar a Meredith, que en aquel momento se inclinaba sobre Parker para ayudarlo.

Joe avanzaba abriéndose paso a codazos y empujones. Cuando llegó hasta ellos, Matt sujetaba a Lisa por las muñecas, consciente de que era ella la agresora.

-¡Llévatela! -ordenó a Joe, señalando a Meredith, interponiéndose entre ella y las cámaras-. ¡Llévala a su casa!

De pronto Meredith sintió que la levantaban y se la llevaban entre la ruidosa multitud, en dirección a puertas giratorias de la cocina.

-Hay una puerta trasera -dijo Joe, jadeando. Arrastró a Meredith entre cocineros asombrados, que levantaban la vista de sus cacerolas, y mozos boquiabiertos, a uno de los cuales casi se le cayó la bandeja de la comida. Joe le propinó tal empujón a la puerta trasera que casi la arrancó de sus goznes. Ya en el aire frío de la noche, siguió arrastrando a Meredith hasta alcanzar el aparcamiento del restaurante.

Joe abrió la portezuela trasera de la limusina y poco menos que lanzó a Meredith al interior.

-¡No se mueva del suelo! -exclamó, y dando un portazo se encaramó al asiento y puso el vehículo en marcha.

Meredith creía hallarse en una nube irreal, tumbada en el fondo del vehículo, preguntándose si aquello le estaría sucediendo realmente a ella. Por fin, se sintió capaz de incorporarse y abandonar su refugio, pero la limusina arrancó violentamente con las ruedas chirriando sobre el pavimento. Meredith volvió a caer, y desde el suelo vio cómo las luces pasaban ante las ventanillas con increíble velocidad. Notó que la limusina subía por una calle en pendiente y luego otra, alejándose a toda prisa del restaurante. Así que no iban a llevarse a Lisa.

Cautamente trepó a un asiento, esta vez con la intención de ordenarle a aquel maníaco del volante que aminorara la velocidad y volviera al restaurante.

-Perdón, Joe -dijo sin obtener respuesta. O bien Joe estaba demasiado ocupado en violar el límite de velocidad y el resto de las normas de tráfico, o bien no la oía a causa de los bocinazos y los gritos airados de los otros conductores. Con un suspiro de enojo, Meredith se arrodilló en el asiento, reclinó el pecho en el respaldo y, asomando la cabeza por la ventanilla de comunicación, interpeló a Joe.

-Joe -dijo con voz insegura, y dio un respingo al ver que el vehículo torcía bruscamente a la derecha adelantando a un camión al que no rozó por centímetros-. ¡Por favor, tengo miedo!

-No se preocupe, señora Farrell -dijo él con su peculiar estilo, mirándola por el espejo retrovisor-. Nadie nos detendrá, pero si nos alcanzan, no se preocupe, que voy bien provisto.

-¿Que va provisto? -le preguntó Meredith medio atontada. Echó un vistazo al asiento de al lado de Joe, esperando ver una maleta abierta-. ¿Provisto de qué?

-De una pipa.

-¿Qué?

-Llevo una pipa -repitió Joe.

-¿Qué tiene eso que ver?

Joe lanzó una risotada, meneó la cabeza y se abrió la chaqueta del traje negro que llevaba puesto.

-Llevo una pipa -repitió una vez más y, horrorizada, Meredith vio que Joe llevaba una pistolera de cuya funda sobresalía la culata de un arma.

-¡Oh, Dios mío! -murmuró, y se fue escurriendo hasta quedar sentada.

Momentos después empezó a preocuparse por Lisa. A Parker y a Matt que se los llevara el diablo, tendrían bien merecida una noche en la cárcel, pero la pobre Lisa... Cierto que ella había visto que Parker fue el primero que quiso agredir a Matt, pero este, que estaba sobrio, había intentado devolver el golpe a un hombre en estado de embriaguez, iniciando así una reyerta de taberna.

Meredith recordaba que Lisa estaba ocupada tratando de cerrar su bolso cuando Parker le lanzó el puñetazo a Matt, y que solo levantó la vista cuando una mujer gritó. Entonces vio a Parker derrumbarse ante el impacto de Matt. Por eso Lisa se lanzó al ataque con el incomprensible deseo de defender a Parker, es decir, a alguien a quien siempre había odiado. La escena desfiló por la mente de Meredith, y de no haber estado tan furiosa con todos, se habría reído de buena gana al recordar la reacción de Lisa. Meredith decidió, con cierta nostalgia, que tener un montón de hermanos servía para algo, y muy concretamente en casos como ese. No estaba del todo segura de que el puño de su amiga hubiera alcanzado el ojo de Matt, porque en aquel momento ella se había inclinado para socorrer a Parker, y al levantar la mirada, el codo de Matt la golpeó. Al recordarlo, Meredith se pasó el dedo por la zona afectada y, notó que en efecto, le dolía un poco.

Minutos más tarde Meredith dio un brinco al oír el teléfono. La sorprendió oír aquel sonido en ese momento, en el interior de una limusina que escapaba a toda velocidad conducida por un loco que probablemente hubiera sido un gángster en otros tiempos.

-Es para usted -dijo Joe-. Es Matt. Han salido todos del restaurante sin mayores incidentes y se encuentran bien. Quiere hablar con usted.

La noticia de que Matt la llamaba después de haberla hecho pasar por todo aquello despertó la indignación de Meredith. Levantó el auricular, incrustado en un panel lateral, y se lo llevó a la oreja.

-Joe asegura que estás bien -empezó a decir Matt con voz lastimera-. Tengo tu abrigo y...

Meredith no oyó el resto. Lenta y deliberadamente, con gran satisfacción, le colgó.

Diez minutos más tarde Meredith vio que el vehículo avanzaba por la calle de su casa. Tras frenar bruscamente, con la delicadeza de un piloto que aterrizara con un 727, se detuvo en seco. Aún muerta de miedo, Meredith vio que Joe salió de la limusina, abrió la portezuela trasera y con una sonrisa satisfecha y una inclinación de cabeza, dijo:

-Aquí estamos, señora Farrell, sanos y salvos.

Meredith apretó el puño.

Sin embargo, treinta años de buena educación y de comportamiento civilizado servían para algo, así que aflojó los dedos, salió de la limusina con las pierna temblorosas y le deseó buenas noches a Joe. Este insistió en escoltarla hasta el interior, pues era su deber. Y lo hizo tomándola de un brazo.

En el vestíbulo se sucedieron las miradas de asombro. El portero, el guardia de seguridad, varios propietarios que regresaban temprano, todos parecían perplejos.

-Bu-buenas noches, señorita Bancroft -tartamudeó el guardia, atónito.

Meredith dio por sentado que su aspecto era todo un espectáculo. Levantó el mentón y afrontó la situación.

-Buenas noches, Terry -contestó con una elegante sonrisa al tiempo que se libraba de la tenaza protectora de Joe.

Sin embargo, cuando ya en su apartamento se miró al espejo, no dio crédito a lo que vio, y una risa histérica salió a borbotones de su garganta. Tenía el pelo alborotado, la chaqueta le colgaba como deforme y la corbata se le había subido a un hombro.

-Muy bonito -musitó a su imagen en el espejo.

-Debería irme a casa, de veras -comentó Parker precavidamente, frotándose la dolorida mandíbula- Son las once.

-En tu casa te estará esperando una nube de periodistas -aseguró Lisa con firmeza-. Será mejor que pases aquí la noche.

-¿Y Meredith qué? -preguntó él minutos más tarde, cuando la joven salió de la cocina trayéndole otra taza de té.

Lisa sintió una extraña opresión en el pecho, frustrada por la obsesión de Parker por una mujer que no amaba y que, en realidad, era la última mujer del mundo de la que él debería haberse enamorado.

-Parker -susurró-. Eso ha terminado.

Parker levantó la cabeza y buscó la mirada de Lisa, a la luz tenue de la lámpara. Comprendió que se refería a él y a Meredith.

-Lo sé --contestó sombríamente.

-No es el fin del mundo -añadió Lisa, y se sentó a su lado. Parker observó una vez más que la luz de la lámpara arrancaba destellos del pelo de Lisa-. Era una relación cómoda para los dos, pero ¿sabes qué sucede con lo cómodo a los pocos años?

-No. ¿Qué?

-Degenera en aburrimiento.

Sin contestar, Parker bebió el té, dejó la taza en la mesita y luego paseó la mirada por el salón, pues se sentía extrañamente remiso a mirar a Lisa.

La estancia era una combinación ecléctica de modernidad y tradición. Esparcidas por lugares estratégicos había varias piezas de arte poco corrientes. El lugar era como su dueña: audaz, deslumbrante, perturbador. Una máscara azteca estaba colocada sobre un espejado pedestal moderno, al lado de un sillón tapizado en piel de color melocotón, con una maceta de hiedra junto a él. El espejo de encima de la chimenea también era moderno, contrastando con las estatuillas de porcelana Chelsea de la repisa de la chimenea, de estilo inglés.

Inquieto por algo que le rondaba con insistencia la mente, Parker se levantó y se acercó a la chimenea para observar las estatuillas de porcelana.

-Son hermosas -comentó con sinceridad-. Siglo diecisiete. ¿Me equivoco?

-No te equivocas -confirmó Lisa en un susurro.

Parker volvió sobre sus pasos y se detuvo frente a ella, mirándola fijamente pero obviando el escote que dejaba al descubierto la comisura de los senos. Tras un momento de silencio, se decidió a preguntar lo que le preocupaba.

-¿Qué te impulsó a pegar a Farrell?

Lisa vaciló, se puso de pie y cogió su taza.

-No lo sé -mintió, enojada porque la proximidad de Parker, la intimidad por la que tanto había suspirado, le infundía temor,

-No me soportas y sin embargo te lanzaste en mi defensa como un ángel vengador. ¿Por qué? -insistió Parker.

Tragando saliva, Lisa se debatió en la duda. O bien despachaba la cuestión con una broma sobre la necesidad que él tenía de un defensor o bien se arriesgaba a todo y admitía lo que sentía por él. Parker estaba desconcertado y pedía una explicación, pero Lisa sabía instintivamente que él no deseaba ni esperaba una confesión amorosa.

-¿Qué te hace pensar que no te soporto?

-¿Bromeas? -replicó Parker con sarcasmo-. Nunca has dejado de decir lo que piensas de mi profesión.

-Oh, es eso -musitó ella-. Era... broma. -Apartó la mirada de los penetrantes ojos azules de Parker y, volviéndose, se dirigió a la cocina. Consternada, se dio cuenta de que él la seguía.

-¿Por qué? -insistió una vez más.

-¿Quieres decir por qué me meto contigo?

-No, pero puedes empezar por ahí.

Lisa se encogió de hombros y empezó a limpiar las tazas de té en la cocina. Su mente trabajaba a un ritmo frenético. Parker era un banquero. Sin duda amaba 1a exactitud y el rigor, le gustaban las cosas claras, y desde luego ella no encajaba en tales esquemas. Podía intenta engañarlo, pero comprendía con desaliento que por ese camino no llegaría a ninguna parte. No con Parker. También podía jugarse el todo por el todo y decirle la verdad. Se decidió por esta última alternativa. Él le había robado el corazón hacía tiempo y ya no podía perder nada más que su orgullo.

-¿Recuerdas cuando eras un niño de nueve o diez años? -preguntó vacilante, mientras seguía limpiando la mesa de la cocina.

-Me siento capaz de eso, sí -le contestó Parker con sorna.

-¿Y alguna vez en aquella época te gustó una chiquilla e intentaste atraer su atención?

-Sí.

Lisa respiró hondo y siguió hablando, pues era demasiado tarde para retroceder.

-Yo no sé cómo lo harían los chicos de tus escuelas preparatorias, pero si sé cómo se hacía y se sigue haciendo en el barrio en que me crié. Un chico te molestaba y, sin embargo, no había hostilidad

en ello, sino más bien cariño. ¿Sabes, Parker? -concluyó Lisa con voz sincera-. Aquellos chicos no conocían otro modo de llamar la atención.

Aferrada a la mesa con ambas manos, Lisa esperó un comentario de Parker a sus espaldas, pero no se produjo y ella sintió que se le formaba un nudo en el estómago. ¿Lo habría echado todo a perder? Con la mirada perdida en el vacío siguió hablando de sus más íntimos sentimientos.

-¿Sabes acaso cómo me siento con respecto a Meredith? Todo lo que soy y todo lo que tengo, y me refiero a todo lo bueno, se lo debo a ella. Meredith es la persona mejor y más buena que he conocido en mi vida. La quiero más que a mis propias hermanas. -Con voz quebrada concluyó-: Parker, escucha. ¿Te imaginas... como se siente una, lo horrible que es estar enamorada de un hombre... y ver que él se declara a otra mujer? ¿A una mujer que también es un ser muy querido?

-En alguna parte me he perdido un poco, y ahora creo que tengo alucinaciones -declaró atónito-. Por la mañana, cuando vuelva a la realidad, algún psicoanalista querrá conocer todos los detalles de mi sueño. A ver, a ver... Si voy a hablarle con total exactitud al psicólogo, antes tengo que estar seguro de no haber interpretado y oído mal. ¿Estás intentando decir que estás enamorada de mí?

A Lisa le temblaron los hombros de la risa,

-Fuiste un idiota al no darte cuenta, Parker.

Él le colocó las manos sobre los hombros.

-Lisa, por el amor de Dios. No sé qué decir. Lo sien...

Lisa le interrumpió en un grito.

-¡No digas nada! Sobre todo, no me digas que lo sientes.

Parker estaba confuso.

-Entonces -murmuró-, ¿qué debo hacer?

Ella inclinó la cabeza hacia atrás y se echó a llorar. Levantó la vista al cielo y, con frustrada angustia, se dirigió a lo alto.

-¿Cómo he podido enamorarme de un hombre con tan poca imaginación? -Notó que él aumentaba la presión de las manos sobre sus hombros-. Parker -añadió-, en una noche como esta, cuando dos personas necesitan consuelo y esas dos personas son un hombre y una mujer, ¿no te parece que la respuesta es obvia?

El corazón le latió con fuerza cuando vio que Parker se quedaba quieto. Luego el banquero le levantó el mentón con suavidad y susurró:

-Yo creo que es una mala idea, muy mala. -Se quedó con la vista fija en las húmedas pestañas de Lisa, sorprendido y conmovido por lo que ella había dicho y por lo que le ofrecía.

-La vida es una gran apuesta -comentó Lisa, y Parker advirtió que la joven reía y lloraba al mismo tiempo. Después se olvidó de todo y la abrazó. Lisa se apretó contra él y lo besó, retándolo a seguir adelante, a dar otro paso, y Parker supo que no había marcha atrás.

48

Envuelta en un albornoz, Meredith se hallaba sentada en el salón, con el mando a distancia al alcance de la mano. Los domingos por la mañana casi todos los canales emitían dibujos animados. Buscó uno que repitiera las noticias de la noche anterior, para torturarse con las imágenes y los comentarios sobre la debacle de Manchester House, que sin duda habría sido recogida por las cámaras. A su lado, en el sofá, tenía el *Tribune* de la mañana, que ella había arrojado allí minutos antes. El dominical del periódico presentaba en primera página, a toda cubierta, fotografías y comentarios irónicos de la pelea. No faltaban las palabras pronunciadas por Parker el dia de la conferencia de prensa, que figuraban sobre las fotos: «Matt Farrell y yo somos hombres civilizados y llevamos este asunto del modo más amigable. El problema no difiere mucho de un contrato que no fue debidamente redactado y ahora tiene que ser corregido».

Debajo, el titular rezaba:

FARRELL Y REYNOLDS CORRIGEN EL CONTRATO.

Había tres fotografías. En una de ellas, Parker le lanzaba un puñetazo a Matt; en otra, el puño de este impactaba de lleno en la mandíbula del banquero, y en la tercera Parker yacía en el suelo y Meredith, inclinada sobre él, parecía prestarle ayuda.

Meredith bebió un sorbo de café y miró la pantalla.

El locutor de las noticias internacionales había concluido y cedía la palabra a la locutora del noticiario local.

-Janet -le dijo el locutor a su colega- tengo entendido que esta noche tenemos algo nuevo con respecto al *menaje à trois* Bancroft-Farrell-Reynolds.

»-Es cierto, Ted -confirmó Janet, devolviéndole la sonrisa y mirando a la cámara-. La mayor parte de ustedes recordará que en una reciente conferencia de prensa Parker Reynolds, Matthew Farrell y Meredith Bancroft ofrecieron la imagen de una pequeña familia unida. Pues bien, esta noche los tres cenaron en el Manchester House y parece que se ha producido una pequeña riña familiar. Bueno, amigos, en realidad una riña que ha llegado a las manos. En una esquina del cuadrilátero se hallaba Parker Reynolds y en la otra Matthew Farrell. El marido contra el novio. Princeton contra In diana, el dinero antiguo contra el dinero nuevo... -Janet hizo una pausa para reírse de su propio ingenio después añadió con ironía-: ¿Qué quién ganó? Bueno hagan sus apuestas, amigos, porque tenemos testimonios gráficos de la pelea.»

En la pantalla apareció primero Parker lanzando un puñetazo a Matt y errando el blanco; a renglón seguido Matt tumbaba a Parker.

«Si apostaron por Matt Farrell han ganado -concluyó Janet, riendo-. El subcampeón de la contiend es en realidad una subcampeona, la señorita Lisa Pontini, amiga de la señorita Bancroft, quien, según nuestras noticias, le asestó un derechazo a Matt Farrell. La señorita Bancroft no esperó para felicitar al vencedor o consolar al vencido, sino que, según fuentes fidedignas, abandonó con rapidez el lugar en la limusina de Matt Farrell. Los tres combatientes se marcharon juntos en un taxi y...»

-¡Maldita sea! -exclamó Meredith, apagando televisor. Se puso de pie y se dirigió al dormitorio. Al pasar junto al tocador encendió la radio, por inercia. El locutor decía en aquel momento: «Y ahora las noticias locales de las nueve. Anoche, en el restaurante Manchester House, en la zona norte, estallaron abiertamente las hostilidades nada menos que entre el industrial Matthew Farrell y el financiero Parker Reynolds. Farrell, que está casado con Meredith Bancroft, y Reynolds, que es el novio de la misma, estaban cenando con ella, según nuestras noticias, cuando...».

Meredith apagó la radio dando un puñetazo al botón.

-¡Increíble! -masculló. Desde el momento en que Matt se cruzó en su camino el día del baile a beneficio de la ópera, ya nada había sido igual. Todo su mundo se había desplomado, se había vuelto del revés. Dejándose caer sobre la cama, marcó de nuevo el teléfono de Lisa. La noche anterior intentó varias veces ponerse en contacto con su amiga, pero esta no estaba en casa o no quería contestar. Parker tampoco atendía sus llamadas.

Finalmente le contestó una voz masculina. ¡Era Parker! Por un momento, Meredith no supo qué pensar.

-¿Parker? -consiguió decir.

-¿Estás... bien?

-Sí, muy bien -murmuró él. La voz sonaba como si acabara de dormirse y lo hubieran sacado bruscamente de su letargo-. Resaca.

-Oh, lo siento. ¿Está Lisa por ahí?

-Hummm... -farfulló Parker, y enseguida se oyó el susurro ronco y adormilado de Lisa.

-¿Quién es?

-Meredith.

De inmediato se dio cuenta de que ambos estaban durmiendo tan juntos que Parker podía tenderle el auricular a Lisa. Ahora bien, su amiga tenía dos teléfonos en el apartamento, uno en la cocina y otro junto a la cama. En la cocina no estaban durmiendo, luego... Meredith se escandalizó.

-¿Estás... en la cama? -inquirió.

Lisa contestó con un sonido inconexo.

¿Con Parker?, pensó Meredith, pero no lo dijo. Sabía la respuesta y tuvo que agarrarse al cabezal para perder el equilibrio.

-Siento mucho haberos despertado -se disculpó y colgó.

Todo en su vida andaba patas arriba. Su mejor amiga estaba en la cama con Parker y por increíble que pareciera ella no se sentía traicionada, solo aturdida. Lanzó una mirada alrededor para comprobar que todo seguía en su sitio. Necesitaba un punto de referencia, por humilde que fuera, para no perder el sentido. Pero allí estaban la alfombra, la ropa y las almohadas de la cama, que no habían salido volando por arte de magia. Pero cuando por fin se levantó y se miró en el espejo, advirtió que también su rostro había sufrido un cambio.

Una hora más tarde, Meredith salió del apartamento oculta tras unas gafas de sol, grandes y oscuras. Iría al despacho y pasaría el día trabajando. Por lo menos, su trabajo le resultaba comprensible y controlable. Matt no se había molestado en llamarla, lo que la habría sorprendido si todavía hubiera lugar para la sorpresa en su mente. Las puertas del ascensor se abrieron y poco después Meredith se encontró en el aparcamiento del edificio. Al torcer por una esquina, con las llaves del coche en la mano, su corazón dio un brinco.

El BMW no estaba en su sitio, sino que lo ocupaba un flamante Jaguar deportivo.

¡Le habían robado el coche, igual que querían hacerse con su empresa!

Fue la gota que colmó el vaso. Contempló el brillante Jaguar azul oscuro y de pronto le acometió

el impulso de echarse a reír, de hacerle una mueca al destino y burlarse de él. Ya no quedaba nada, absolutamente nada que el destino pudiera reservarle todavía. Sin embargo, estaba dispuesta a devolverle los golpes, uno por uno.

Giró sobre sus talones y se metió de nuevo en el ascensor. En el vestíbulo del edificio se encaró con el guardia de seguridad.

-Robert, en mi plaza hay estacionado un Jaguar azul. En la L12. Que se lleven ese vehículo. ¡Enseguida!

-Pero quizá se trata de un nuevo inquilino que no sabe...

Meredith descolgó el teléfono de la mesa y le tendió el auricular a Robert.

-He dicho enseguidá -profirió con voz amenazadoramente tensa-. Llame al taller de la calle de Lyle y deles un cuarto de hora para retirar ese coche de mi sitio.

-Está bien, señorita Bancroft. Está bien. No hay problema.

Satisfecha en parte, Meredith se dirigió a la puerta. Tomaría un taxi para ir a su despacho y desde allí denunciaría el robo del automóvil. En aquel momento un taxi se detenía ante el edificio y la joven apretó el paso, pero de pronto se detuvo al ver una nube de reporteros.

-Señorita Bancroft, con respecto a lo de anoche... -gritó uno, y a través del cristal dos fotógrafos dispararon sus cámaras. Sin darse cuenta de que el pasajero que bajaba del taxi era Matt, que llevaba puestas un par de gafas oscuras, Meredith se volvió y se encaminó hacia los ascensores. Ahora estaba prisionera en su propio edificio. Bueno, ¿y qué? Llamaría a un taxi para que la recogiera en la puerta de servicio, en la parte trasera. Se deslizaría hasta allí, se agazaparía tras los cubos de la basura y cuando viera detenerse el taxi se subiría a él de un salto. No había problema. Podía hacerlo. Claro que podía.

Acababa de descolgar el auricular cuando alguien llamó a la puerta. Abrumada por las pruebas a que la vida la sometía últimamente, abrió la puerta sin observar por la mirilla ni preguntar quién era. La silueta de Matt llenó el umbral y ella lo miró con aire distraído. Veía su imagen reflejada en las gafas de sol de su *marido.*

-Buenos días -dijo él con una sonrisa vacilante.

-¿De veras? -le contestó ella, dejándolo entrar.

-¿Qué significa eso? -preguntó Matt, intentando verle los ojos para adivinar de qué humor estaba.

-Significa -le replicó ella con voz airada- que si hoy es un buen día voy a encerrarme en el armario para no ver como sera mañana.

-Estás alterada -comentó Matt.

Meredith hundió la punta del dedo índice contra su pecho.

-¿Quién, yo? -profirió sarcásticamente-. ¿Yo alterada? ¿Por qué? ¿Porque estoy prisionera en mi propia casa y no puedo abrir un diario, mirar la televisión o poner la radio sin tropezarme con nuestros nombres y nuestras fotos? ¿Por qué diablos tendría que alterarme eso?

A Matt le divertía la situación, y tuvo que esforzarse para reprimir una sonrisa, pero aun así ella lo notó.

-¡No te atrevas a reír! -le advirtió con voz indignada-. Todo es culpa tuya. Cada vez que me acerco a ti se desencadena una tormenta.

-¿Qué tormenta amenaza ahora? -preguntó él, con evidente buen humor. Nada hubiera deseado más que estrechar a Meredith en sus brazos.

La joven levantó las manos.

-¡Todo está patas arriba! En el trabajo ocurren cosas que no habían ocurrido nunca. Amenazas de bombas, altibajos en la bolsa... Esta mañana me robaron el coche y alguien está utilizando mi plaza de aparcamiento. Por cierto, lo olvidaba. Mi mejor amiga y mi novio han pasado la noche en la misma cama.

Matt rió ahogadamente.

-¿Y crees que todo eso es culpa mía?

-¿No? Pues ¿cómo lo explicas?

-¿Coincidencia cósmica?

-¡Querrás decir catástrofe cósmica! -lo corrigió ella. Se llevó las manos a las caderas y prosiguió-: Hasta hace un mes mi vida era buena. Una vida tranquila, digna. Iba a bailes de caridad y bailaba. ¡Ahora voy a bares y me veo metida en peleas de tabernas, después me llevan por las calles dando rumbos en una limusina conducida por un demente que asegura que «va provisto de una pipa»! Estamos hablando de una pistola, sabes? Un arma asesina con la que podría matar a alguien.

Enojada, estaba tan hermosa que Matt se regocijó.

-¿Eso es todo?

-No. Hay una cosa que aún no he mencionado...

-¿Qué?

-¡Esta! -anuncié Meredith triunfalmente, al tiempo que se quitaba las gafas-. Tengo un moratón,

un hematoma, un...

Matt, debatiéndose entre la hilaridad y el arrepentiento, rozó con un dedo la manchita que se distinguía junto a un párpado de la joven.

-Eso -declaró con una sonrisa de solidaridad- no llega a moratón ni hematoma. Tienes el párpado un poco hinchado.

-Ah, bueno.

-Apenas se nota. ¿Con qué lo disimulas?

Ella se quedó desconcertada por la pregunta.

-Maquillaje. ¿Por qué?

Casi ahogándose de risa, Matt se quitó las gafas.

-¿Puedo pedírtelo prestado?

Meredith vio con incredulidad que Matt tenía una marca idéntica a la suya y en el mismo sitio. Pasados unos segundos, su desaliento dio paso a una risa desenfrenada. Trató de disimular llevándose la mano a la boca, pero fue inútil, las carcajadas se sucedían. Rió hasta saltársele las lágrimas y Matt empezó a acompañarla en su euforia. Cuando la atrajo hacía sí, Meredit se apretó contra él y sus risas se hicieron aún más sonoras.

Rodeándola con los brazos, Matt hundió el rostro en su cabellera. A pesar de que minutos antes había exhibido mucho aplomo, se sentía culpable de varias las acusaciones de Meredith. Por ejemplo, al leer prensa, pues era cierto que estaba alterando la vida de su mujer y tenía motivos para indignarse. No obstante el hecho de que Meredith fuera capaz de ver el lado cómico de la situación llenaba a Matt de una profunda gratitud.

Cuando se calmaron, Meredith ladeó la cabeza, todavía entre sus brazos.

-¿Es obra de Parker? -preguntó, y le sobrevino un nuevo acceso de risa.

-Me sentiría mejor si fuera así -declaró Matt con aire divertido-. La verdad es que tu amiga Lisa me asesté un derechazo. ¿Y quién te pegó a ti?

-Tú.

Matt dejó de sonreír.

-No. Yo, no.

-Sí. Tú, sí -reafirmó ella, asintiendo vigorosamente con la cabeza-. Me pegaste un codazo cuando me incliné para ayudar a Parker. Aunque si volviera a ocurrir, es probable que en lugar de auxiliarlo le diese un buen puntapié.

Matt, encantado, sonrió de nuevo.

-¿De veras? ¿Por qué?

-Ya te lo he dicho -respondió Meredith, aún temblando de risa-. Esta mañana llamé a Lisa para ver cómo estaba y me encontré con que Parker ha pasado la noche con ella.

-¡Menuda sorpresa! --declaró Matt-. Creí que Lisa tenía mejor gusto.

Meredith se mordió un labio para no reír.

-Es realmente terrible, ¿sabes? Mi mejor amiga en la cama con mi novio.

-¡Es un ultraje! -exclamó Matt, fingiendo indignación.

-Claro que lo es -convino Meredith, sonriendo ante la mirada alegre del hombre que le había hipotecado la vida.

-Tienes que vengarte.

-No puedo -repuso ella.

-¿Por qué no?

-Bueno, porque... ¡Lisa no tiene novio! -Lo absurdo del comentario desencadenó una nueva ola de carcajadas. Pero ahora Meredith reía hundiendo la cabeza en el pecho de Matt, deslizando las manos en torno a su cuello. Como lo había hecho años atrás... cuando se aferraba a él instintivamente en sus largas noches de pasión. Entonces Matt se dio cuenta de que el cuerpo de la joven le pertenecía... todavía. Estrechó el abrazo y con voz sugerente le susurró:

-Aún puedes vengarte.

-¿Cómo?

-Puedes acostarte conmigo.

Meredith se puso rígida y dio un paso atrás. Su sonrisa era más bien producto de la timidez que del regocijo.

-Tengo que llamar a la policía, por lo del coche -se excusó, intentando desviar la conversación al tiempo que se dirigía a su escritorio. Miró a la calle y comentó mientras levantaba el auricular para llamar a la policía-: Oh, qué bien, ahora la grúa está abajo. Le he pedido al guardia de seguridad que saque de mi sitio ese automóvil.

Matt adoptó una expresión extraña, pero Meredith estaba demasiado preocupada por lo que él había dicho y porque volvía a estar junto a ella. Pero la preocupación se transformó en alarma cuando Matt apretó el botón del teléfono, impidiéndole llamar. Meredith era consciente de la atracción que

ejercía sobre él y por otra parte, a ella apenas le quedaban fuerzas para resistirse. Era tan atractivo, se había sentido tan bien riendo con él... Pero Matt solo le preguntó con voz suave:

-¿Cuál es el número de seguridad?

Ella se lo dijo y, confusa, observó cómo lo marcaba.

-Soy Matt Farrell -informó al guardia de seguridad-. Por favor, vaya al aparcamiento y dígale al de la grúa que deje donde está el coche de mi mujer.

El hombre le comunicó que el coche de la señorita Bancroft era un BMW del ochenta y cuatro, mientras que el que estaba estacionado en su plaza era un Jaguar azul.

-Ya lo sé -replicó Matt-. El Jaguar es su regalo de cumpleaños.

-¿Mi qué? -jadeó Meredith.

Matt colgó y se volvió hacia ella, con una sonrisa.

Meredith no sonreía. Estaba perpleja por la abrumadora generosidad de ese regalo y por la emoción que sintió cuando él, con voz profunda, dijo «mi mujer». Pensó que Matt estaba urdiendo una red en torno ella de la que no habría forma de desembarazarse.

Sin saber qué decir, empezó a hablar del coche. No estaba preparada para abordar temas más íntimos.

-¿Dónde está mi BMW?

-En la plaza reservada para el empleado de la noche, en la planta inferior a la tuya.

-Pero... ¿cómo lo has puesto en marcha? En casa de Edmunton me dijiste que aunque pudiera arrancar el motor sin las llaves, la alarma lo impediría.

-Eso no fue problema para Joe O'Hara.

-Cuando vi su arma pensé que podría ser un... pistolero.

-No, no lo es -repuso Matt, satisfecho-. Es un experto mecánico.

-Pero no puedo aceptar el coche...

-Sí que puedes. Sí, querida.

Meredith sintió de nuevo la atracción magnética que Matt ejercía sobre ella. Retrocedió un paso y dijo con voz temblorosa:

-Me voy a... a la oficina.

-No lo creo -repuso Matt dulcemente.

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que tenemos algo más importante que hacer.

-¿Qué?

-Ya lo verás... en la cama-insistió él con voz ronca.

-Matt, no me hagas esto -suplicó ella, levantando una mano como para eliminar aquella poderosa presencia. Siguió caminando hacia atrás.

-Nos deseamos. Siempre nos hemos deseado -aseguró él, acorralándola.

-De veras que tengo que ir a la oficina. Tengo toneladas de trabajo.

Meredith sabía que no podía escapar. Era demasiado tarde para evitarlo...

-Vamos, ríndete con elegancia, querida. Tu baile ha terminado. El siguiente es de los dos.

-¡No me llames querida! -exigió ella, y Matt comprendió que, por algún motivo, estaba realmente asustada.

-¿Qué temes? -le preguntó, sin dejar de acecharla, ahora por detrás del respaldo del sofá. Quería conducirla al dormitorio por medio de una maniobra envolvente.

¿Que por qué estoy asustada?, pensó Meredith, desesperada. Cómo explicarle que no quería amar a un hombre que no compartía sus sentimientos con ella... que no quería ser tan vulnerable como once años atrás, pues se jugaba la piel en el asunto... que no creía que él permaneciera a su lado durante mucho tiempo, pues se hartaría de su cuerpo, y que ella no podría resistir perderlo de nuevo por una razón así.

-Matt, escúchame. Quédate ahí. Escúchame, por favor.

Matt la obedeció, sorprendido por el tono desesperado de su voz.

-Dijiste que querías niños -le espetó ella-. No puedo tener hijos. Sería muy arriesgado...

-Adoptaremos -sugirió Matt sin alterarse.

-¿Y si te digo que no quiero tener hijos? -le desafió Meredith.

-No adoptaremos.

-No tengo intención de abandonar mi carrera...

-No espero que lo hagas.

-¡Dios, qué difícil me lo pones! ¿No puedes dejarme una brizna de orgullo? Lo que intento decirte es que no podría soportar vivir contigo... no como marido y mujer, que es lo que tú quieres, según has dicho.

Matt palideció al oír las palabras sinceras de Meredith.

-¿Te importa que te pregunte por qué diablos no quieres vivir conmigo?

-Sí que me importa.

-Pues oigámoslo de todos modos -repuso él tercamente.

-Es demasiado tarde para nosotros -arguyó- Hemos cambiado. Tú has cambiado. No puedo negar que siento algo por ti, ya lo sabes. Siempre lo he sentido -admitió con la mirada fija en aquellos ojos entornados en los que buscaba comprensión, pero en los que solo halló frialdad. Era obvio que Matt quería oír el resto-. Tal vez si hubiéramos seguido juntos la cosa habría funcionado, pero ahora es demasiado tarde. A ti te atraen las estrellas del cine, las seductoras princesas europeas... Yo no puedo ser nada de eso.

-No te pido que seas otra cosa que lo que eres, Meredith.

-¡No sería suficiente! -replicó ella, desolada-. Y no podría soportar la vida contigo sabiendo que no soy bastante... sabiendo que algún día empezarías a desear cosas que no puedo darte.

Él abrió los ojos desorbitadamente e inquirió:

-Pero ¿qué dices?

-Intenté explicártelo una vez. Intenté explicarte como me siento cuando hacemos el amor. Matt -añadió, la voz casi en suspenso-, la gente, quiero decir, los hombres piensan que soy... frígida. Empezaron a decirlo en la universidad. Yo no creo serlo, bueno... no exactamente. Pero es cierto que tampoco soy... como la mayor parte de las mujeres.

-Sigue -insistió Matt con dulzura. Cuando ella parecía haberse quedado estancada, vio en los ojos de su marido una extraña luz.

-En la universidad, dos años después de que te marcharas, intenté acostarme con un muchacho y fue espantoso. Para él también. En el campus las otras chicas, bueno, al menos muchas de ellas, disfrutaban del sexo, pero yo no. No podía.

-Si esas mujeres hubieran pasado por lo que tú pasaste -dijo Matt con tanta ternura que apenas podía mantener firme la voz-, tampoco habrían tenido demasiado interés en repetir la experiencia.

-Yo también lo pensé, pero no, no es eso. Parker no es un universitario inexperto y sé que cree que yo no... reacciono bien. A él no le importaba demasiado, pero a ti sí que te importaría.

-¡Estás loca, mi amor!

-¡Aún no me conoces bastante! No has comprobado lo torpe e inepta que soy.

Matt reprimió una sonrisa y preguntó con gravedad:

-¿También inepta?

-Sí.

-¿Y son esas las razones por las que te niegas a reanudar lo que dejamos hace once años?

Diablos, no me quieres, pensó Meredith.

-Esas son las razones importantes -mintió.

Sintiéndose aliviado, Matt argumentó:

-Creo que podemos vencer todos esos obstáculos ahora mismo. Lo que dije sobre los niños, lo mantengo; lo de tu carrera, también. Esos son dos obstáculos barridos por el viento. En cuanto a las otras mujeres -prosiguió-, el asunto es solo un poco más complejo. De haber sabido que iba a llegar este día te aseguro que habría vivido de una manera muy distinta, mientras te esperaba. Por desgracia, no puedo cambiar el pasado. Sin embargo, sí puedo asegurarte que no es tan brillante como te han hecho creer. Y te prometo -continuó, mirándola a la cara- que tú eres suficiente para mí, en todos los sentidos.

Emocionada por el tono firme de su voz, por la cálida mirada de sus ojos y por sus palabras conmovedoras, Meredith lo vio sacarse la chaqueta y arrojarla al sofá, pero no le dio importancia al detalle porque estaba absorta en sus palabras.

-En cuanto a tu frigidez, lo que dices es absurdo. El recuerdo de nuestra experiencia en la cama me persiguió durante años. Y si piensas que eres la única que se ha sentido insegura con respecto a esa época, tengo que decirte algo, querida. A veces yo me sentía... inadecuado. Me decía a menudo que debía ir más despacio, contenerme y no tener un orgasmo hasta horas después de empezar a hacerte el amor. Pero no podía, porque la proximidad de tu cuerpo me volvía loco de deseo.

Meredith tenía los ojos llenos de lágrimas, lágrimas de alivio, de gozo. Matt había querido hacerle un espléndido regalo y le había comprado un Jaguar, pero aquellas palabras significaban mil veces más que todos los objetos materiales. Subyugada, lo oyó decir:

-Cuando recibí el telegrama de tu padre empezó para mí una tortura que duró años, pensando que quizá habrías seguido casada conmigo si yo hubiera sido un mejor amante en nuestros encuentros. -Esbozó una sonrisa fugaz y añadió con seriedad-: Creo que eso acaba con el mito de tu frigidez.

Matt vio que su mujer se ruborizaba. Sin duda sus palabras no la dejaban indiferente.

-Nos queda solo una pequeña objeción tuya en cuanto a seguir casada conmigo.

-¿Y cuál es?

-Tu ineptitud y...

-Torpeza -añadió ella, viéndolo despojarse lentamente de la corbata-. E... inferioridad.

-Entiendo lo perturbador que eso es para ti -adrnitió él con fingida gravedad-. Supongo que ahora debemos ocuparnos del asunto. Se desabotonó el botón del cuello de la camisa.

-¿Qué estás haciendo? -inquirió Meredith con los ojos muy abiertos.

-Desnudándome.

-No te desabroches más botones. Lo digo en serio, Matt -insistió Meredith, presa del pánico.

-Tienes razón. Tú deberías estar haciéndolo por mí. Nada le da un mayor sentimiento de poder y superioridad que obligar a otra persona a quedarse completamente quieta mientras se la desnuda.

-Tú lo sabrás muy bien. Habrás desnudado a docenas de mujeres.

-A centenares. Ven aquí, mi amor.

-¿Centenares?

-Bromeaba.

-No tiene gracia.

-No puedo remediarlo. Cuando estoy nervioso, bromeo.

Ella le clavó la mirada e inquirió:

-¿Estás nervioso?

-Aterrado -puntualizó con tono jocoso-. Es la mayor apuesta de mi vida. Quiero decir que si este pequeño experimento no sale a la perfección entonces tendré que enfrentar que, después de todo, no hemos sido creados el uno para el otro.

Mirándolo, el último vestigio de resistencia de Meredith se vino abajo. Lo amaba; siempre lo había amado. Y lo deseaba... casi tanto como deseaba que él sintiera lo mismo.

-Eso no es cierto -repuso.

Matt abrió los brazos y al hablar lo hizo emocionado por las últimas palabras de su esposa.

-Ven a la cama conmigo, querida. Te prometo que después ya nunca tendrás dudas acerca de nosotros.

Meredith vaciló un momento y luego se precipitó en brazos del hombre a quien amaba.

En la cama, Matt hizo cuatro cosas para asegurarse de que todo iría bien y de que así cumpliría su promesa. Primero hizo beber a Meredith una copa de champán, para que se relajara; le dijo que cualquier beso o caricia que a ella le gustara le resultaría a él igualmente excitante. Convirtió su propio cuerpo en un instrumento de aprendizaje y, finalmente, no hizo esfuerzo alguno para ocultar o controlar sus reacciones ante cualquier caricia que ella le hacía. Así, Matt consiguió que las dos horas siguientes se convirtieran en una agonía de placer, hasta el punto de que por momentos creía que no iba a soportarlo. Un placentero tormento que su mujer, después de haber vencido su timidez, elevó a límites insospechados.

-No estoy segura de que esto te guste -musitaba deslizando los labios junto al miembro erecto.

-Por favor, no lo hagas -jadeó Matt.

-¿No te gusta?

-Claro que sí.

-¿Entonces por qué quieres que no lo haga?

-Sigue y lo sabrás antes de un minuto.

-¿Te gusta? -Meredith le acariciaba los pezones con la lengua y él tuvo que contener la respiración para no gritar.

-Sí -contestó por fin con voz estrangulada. Se agarró a la cabecera apretando los dientes, mientras Meredith se ponía encima y empezaba a moverse, dispuesto a dejar que ella lo hiciera todo-. Eso es lo que me pasa por enamorarme de una gran estrella en lugar de hacerlo de una chica del coro, amable y estúpida... -Estaba tan turbado por el placer que no sabía lo que decía-. Tendría que haber sabido que una estrella quería ponerse encima...

Pasó un largo momento antes de que se percatara de que Meredith se había quedado inmóvil.

-Si te paras ahora sin darme el orgasmo te aseguro que me moriré aquí mismo, querida.

-¿Qué? -susurró ella.

-Por favor, no pares o tendré que romper mi promesa y tomar la iniciativa -dijo jadeando mientras elevaba las caderas para penetrarla más profundamente.

-¿Has dicho que me amas?

Él cerró los ojos y masculló:

-¿Qué diablos crees, si no? -Abrió los ojos y, a pesar de la oscuridad, pudo ver que en los ojos de Meredith brillaban las lágrimas. -No me mires así -le imploró él, y rodeó con los brazos el cuerpo de su mujer y la atrajo hacia sí-. Por favor, no llores. Lo siento, lo siento mucho -le susurró besándola desesperadamente. Creía que con su declaración lo había estropeado todo-. No quise decirlo tan pronto.

-¿Pronto? -le espetó Meredith con fiereza- ¿Pronto? -repitió con voz quebrada por el llanto- Me he pasado casi la mitad de mi vida esperando a que me dijeras que me amas. -Con las mejillas bañadas en llanto apretó la cara contra el pecho de Matt-. Te quiero, Matt -le susurró.

Gimiendo de placer, Matt se aferró a ella con avidez, hundiéndole la yema de los dedos en la espalda con el rostro empapado en sudor. Se sentía desvalido a la vez omnipotente, porque su mujer había pronunciado las palabras mágicas.

Ella se apretó aún más, abrazándolo con fuerza.

-Siempre te he querido -musitó-. Siempre te querré.

El clímax estalló de nuevo con fuerza y el cuerpo de Matt se retorció espasmódicamente, mientras él no dejaba de gemir. Había alcanzado el momento más intenso de su vida sin necesitar más que las palabras de su mujer.

Meredith se acurrucó en el abrazo de Matt y se arrimó a él, saciada, feliz.

En Nueva Orleans un hombre bien vestido entró en uno de los probadores de los grandes almacenes Bancroft & Company, atestados de gente a aquella hora. En una mano llevaba una bolsa de la compra de Saks Fifth Avenue, que contenía un pequeño explosivo plástico en la otra, un traje que había cogido del perchero. Cuando salió del vestuario, solo llevaba el traje, que colocó en su sitio.

En Dallas una mujer entró en el lavabo de señoras, de los grandes almacenes Bancroft. Llevaba consigo una cartera Louis Vuitton y una bolsa de Bloomingdale. Al marcharse solo llevaba el bolso.

En Chicago un hombre subió por la escalera mecánica a la sección de juguetería de Bancroft, el establecimiento situado en el centro de la ciudad, y en los brazos llevaba varios paquetes de Marshall Field. Dejó uno de ellos bajo una repisa de la casa de Santa Claus. Los niños hacían cola para ser fotografiados en las rodillas del personaje navideño.

En el apartamento de Meredith, varias horas después y a algunos kilómetros de allí, Matt miró su reloj, se puso de pie y ayudó a su esposa a limpiar los restos de la comida que habían devorado después de hacer el amor una vez más, en esta ocasión frente a la chimenea. Habían salido para probar el Jaguar y se detuvieron en un pequeño restaurante italiano donde servían comida para llevar. Querían comer en casa, solos, juntos.

Meredith colocaba el último plato en el lavavajillas cuando él se situó silenciosamente a su espalda. Ella sintió su presencia antes de que la tocara. Cuando le rodeó la cintura, la joven echó la espalda atrás para notar su contacto.

-¿Feliz? -preguntó Matt con voz ronca, y luego le rozó una sien con los labios.

-Muy feliz -murmuró Meredith, sonriente.

-Son las diez.

-Lo sé. -Vaciló porque se preparaba para lo que veía venir. Y estaba en lo cierto.

-Mi cama es más grande que la tuya, y también lo es mi apartamento. Por la mañana puedo enviar el camión de la mudanza.

Ella suspiró, se volvió sin salirse del abrazo de su marido y le tocó la cara como para suavizar lo que iba a decir.

-No puedo ir a vivir contigo. Todavía no.

Bajo sus dedos, Meredith notó que la mandíbula de Matt se tensaba.

-¿No puedes o no quieres?

-No puedo.

Si hizo un gesto como de asentimiento y dejó caer los brazos.

-Oigamos por qué crees que no puedes.

Meredith metió las manos en los bolsillos del albornoz, retrocedió un paso y explicó:

-Para empezar, hace apenas una semana que le permití a Parker leer una declaración ante la prensa, en la que se decía que nos casaríamos tan pronto corno yo estuviera divorciada. Si ahora me voy a vivir contigo, Parker quedará como un idiota a ojos del mundo... y yo como una infeliz incapaz de decidirse por una cosa o la otra, una mujer tan estúpida y superficial que se va con el vencedor de una pelea de taberna.

Esperó a que Matt se pronunciara en favor o en contra de este argumento, pero él no hizo más que apoyarse en la mesa, y mirándola impasiblemente, quedarse callado. Meredith se dio cuenta de que la indiferencia que él sentía por la opinión pública le hacía pensar que el argumento era pura trivialidad. Así pues, la joven expuso un obstáculo más serio.

-Mart, no he querido pensar en las consecuencias de la reyerta de anoche, pero ahora empiezo a hacerlo y creo que hay un noventa por ciento de probabilidades de que el directorio me convoque para pedirme explicaciones. ¿Te das cuenta del compromiso? Bancroft & Company es una firma antigua y muy seria; los del consejo son gente estricta que, para empezar, no querían verme sentada en el sillón de la presidencia. Hace unos días, en el transcurso de una conferencia de prensa dada en Bancroft, dije a los cuatro vientos que tú y yo apenas nos conocíamos y que no había posibilidad alguna de reconciliación. Si ahora me voy a vivir contigo, mi credibilidad profesional sufrirá tanto como mi honradez personal. Y eso no es todo. Anoche fui parte y causa de una reyerta pública, un fiasco que no

acabó con nuestros huesos en la cárcel porque nadie llamó a la policía. Tendré suerte si el directorio no invoca la cláusula moral de mi contrato para obligarme a renunciar.

-¡No se atreverían a invocar esa cláusula por algo como lo de anoche! -exclamó Matt, con evidente desprecio.

-Claro que pueden atreverse.

-Yo nombraría a otro directorio -sugirió él.

-Me gustaría poder hacerlo -replicó ella con una sonrisa irónica-. Doy por sentado que tu directorio hace lo que a ti te da la gana. -Como Matt hizo un breve gesto de asentimiento, la joven lanzó un suspiro y añadió-: Por desgracia, ni mi padre ni yo controlamos al nuestro. El caso es que soy mujer y joven, y los ejecutivos no estaban locamente entusiasmados ante la perspectiva de tenerme a mí de presidenta interina. ¿Comprendes ahora que me preocupe lo que piensen de todo esto?

-¡Eres una ejecutiva competente y eso es lo único que debe preocuparles, maldita sea! Si convocan una reunión y te piden explicaciones, si te amenazan con la dichosa cláusula si no presentas la dimisión, pasa a la ofensiva, no te refugies en una postura defensiva. No estabas traficando con drogas ni eres la cabecilla de una red de prostitución. Estabas presente cuando se produjo una pelea, eso es todo.

-¿Eso es lo que tú les dirías? ¿Que no has estado metido en el negocio del narcotráfico ni cosas semejantes? -le preguntó ella, fascinada por sus métodos profesionales.

-No -repuso él con brusquedad-. Yo los mandaría al demonio.

Meredith reprimió la risa ante la loca idea de plantarse ante el consejo y mandarlos al diablo.

-¿No estarás sugiriendo en serio que les diga una cosa así? -inquirió al ver que él no compartía su humor.

-¡Por supuesto que te lo sugiero! Puedes cambiar las palabras si lo crees oportuno, pero no el significado. Meredith, no puedes hacer de tu vida un instrumento en manos ajenas. De lo contrario, cuanto más intentes complacerles, más te apretarán las tuercas, solo por darse el gusto de oprimirte.

Meredith sabía que su marido tenía razón, pero no en este caso ni en sus circunstancias específicas. Por una parte, ella no tenía ningún interés en provocar las iras del directorio; por otra, utilizaba su situación como pretexto para ganar tiempo antes de comprometerse en firme, como quería hacer él de inmediato. Lo amaba, pero había demasiadas cosas de él que todavía no conocía, era para ella un completo extraño. No estaba preparada para atarse a él para siempre, todavía no. Tenía que asegurarse de que una parte del paraíso que él le había prometido, la doméstica, realmente existía. Y por la expresión del rostro de Matt, Meredith tuvo el horrible presentimiento de que él adivinaba sus vacilaciones. Cuando su marido habló, su intuición se confirmó.

Matt adivinaba lo que sentía... y no le gustaba.

-Tarde o temprano, Meredith, tendrás que arriesgarte y confiar en mí. Hasta entonces, me engañas y te engañas a ti misma. No puedes burlar el destino quedándote en la platea para ver pasar la vida. O cruzas el río y lo arriesgas todo, o lo ves pasar desde la orilla. Si eso es lo que quieres hacer, bueno, no te ahogarás, pero tampoco obtendrás una victoria. No vivirás.

Era una hermosa filosofía, pensó Meredith, pero no dejaba de ser también aterradora. Sin duda se adaptaba más a la personalidad de Matt que a la suya.

-¿Y un compromiso...? -sugirió ella, sonriendo de un modo que Matt encontró irresistible-. ¿Por qué no permites que me detenga en aguas poco profundas durante un tiempo hasta acostumbrarme?

Tras un tenso momento Matt asintió.

-¿Cuánto tiempo?

-Una temporadita.

-Y mientras te debates preguntándote hasta dónde te atreves a llegar ¿qué hago yo? ¿Pasearme arriba y abajo preguntándome si tu padre podrá convencerte de que desistas de vivir conmigo y que te divorcies?

-Me sobra valor para enfrentarme a mi padre sea cual sea su postura con respecto a nosotros -aseguró Meredith con tal firmeza que Matt tuvo que esbozar una sonrisa-. De lo que no estoy tan segura es de si tú estarás dispuesto a dialogar si él iniciara el acercamiento... ¿Lo harías, por mí?

En realidad, Meredith apenas dudaba de que él aceptaría hacer las paces con Philip por ella, pero había juzgado mal la intensidad del odio de Matt.

-Primero tu padre y yo tenemos un asunto que saldar, y lo haremos a mi manera.

-Está enfermo, Matt -le advirtió ella, sacudida por un sombrío presentimiento-. No podrá resistir mucha más tensión.

-Intentaré recordarlo -concedió Matt, sin comprometerse. Su expresión se dulcificó un poco y cambió de tema-. Bueno, ¿dónde dormimos esta noche?

-Crees que alguno de los reporteros que has visto esta mañana al subir estarán todavía ahí abajo?

-Tal vez solo los más tenaces.

Ella se mordió un labio. No le gustaba que él se marchara, pero sabía que no debía quedarse.

Librodot

-Entonces no puedes quedarte toda la noche. ¿Cierto?

-Es obvio que no -convino Matt con un tono que a ella le hizo sentirse cobarde.

Él vio que los ojos de su mujer se oscurecían porque estaba consternada.

-Está bien, me iré a casa y dormiré solo -cedió al fin-. Es lo que merezco por haber participado anoche en esa pelea propia de adolescentes. Por cierto -añadió con tono más amable-, quiero que sepas que aunque me confieso culpable de haber dicho algo que provocó al borracho de tu novio, no me di cuenta de lo que estaba ocurriendo hasta que todo hubo concluido. Fue cuestión de segundos. Yo te estaba mirando y, de pronto, por el rabillo del ojo vi que alguien me lanzaba un puñetazo y pensé que se trataba de algún borracho pendenciero que buscaba pelea. Mi reacción fue instintiva.

Meredith se estremeció al recordar la fácil brutalidad con que Matt había abatido a Parker. Por su mente cruzó la salvaje mirada de su marido en el instante en que se vio atacado. La joven se sacudió este pensamiento. Matt no era ni sería nunca la clase de hombre educado y refinado que ella solía frecuentar. Había crecido en un medio duro, se había adaptado a él para sobrevivir, y era el más duro entre los duros. Pero no con ella, pensó sonriendo con ternura.

-Si crees -comentó él con cierta ironía- que puedes sonreírme así y conseguir que esté de acuerdo con casi todo lo que me pidas, no te equivocas. Sin embargo, aunque estoy dispuesto a comportarme con extrema discreción en nuestras relaciones, es decir, a obrar furtivamente, también estoy decidido a que pases conmigo todo el tiempo que sea posible, lo que incluye algunas noches juntos. Obtendré un pase para que aparques el coche en mi edificio. Si es necesario, me plantaré en la puerta y me encararé a los periodistas, para distraerlos cada vez que vengas.

Parecía tan molesto por tener que complacer a la opinión pública que Meredith le dijo con exagerado tono de gratitud:

-¿Harías eso? ¿Por mí?

En lugar de reír, Matt se tomó la pregunta en serio y, atrayéndola hacia sí, le contestó con fiereza:

-No tienes idea de lo que haría por ti. -Le dio un beso tan ardiente que, por un momento, Meredith perdió la capacidad de pensar. Se aferró a él-. Ahora que te sientes casi tan infeliz como yo con nuestro acuerdo sobre esta noche -le dijo con triste humor-, me iré antes de que los reporteros que están en la calle decidan alejarse y luego escriban que hemos pasado la noche juntos.

Meredith lo acompañó a la puerta, exasperada, pues él tenía razón y ella deseaba pasar la noche en sus brazos. Lo vio ponerse la chaqueta y la corbata. Y a a punto de salir, Matt la miró y se dio cuenta de que algo le rondaba la mente. Arqueó una ceja y preguntó:

-¿En qué piensas?

En realidad, más que pensar sentía... deseos de volver a ser besada. La inundó el recuerdo de las horas pasadas en la cama con él. Y entonces, con una sonrisa provocativa, Meredith Bancroft tendió una mano y apresó la corbata de su marido. Tiró de ella con lentitud, sonriendo mientras miraba aquellos ojos grises. Sonreía maliciosamente y cuando lo tuvo bastante cerca se puso de puntillas, le echó los brazos al cuello y le dio un beso que lo dejó jadeante.

A sesenta kilómetros de Belleville, Illinois, dirección nordeste, un coche policial se detuvo con un rechinar de ruedas tras otros vehículos estacionados frente a un pinar que flanqueaba una solitaria carretera vecinal. Sus luces giratorias, rojas y azules, ponían una nota de misterio a la noche. Desde el cielo, la luz cegadora del proyector de un helicóptero de la policía se deslizaba de un lado a otro por el bosque, alumbrando a los rastreadores que, ayudados de perros, peinaban la zona en busca de pistas. Al lado de la carretera, en una zanja poco profunda, el juez de primera instancia se agazapaba junto al cadáver de un hombre de mediana edad. Elevando la voz para ser oído por encima del rugido del helicóptero, llamó al sheriff local.

-Estás perdiendo el tiempo, Emmett. Incluso a la luz del día no encontrarás nada en esa arboleda. Este individuo fue arrojado de una furgoneta en marcha y llegó rodando hasta aquí.

-¡Te equivocas! -replicó el sheriff con voz triunfal. Dirigió la luz de su reflector a un objeto que había en la zanja y luego se inclinó para recogerlo.

-¡No me equivoco! Te aseguro que alguien le dio una paliza a este hombre y después lo arrojó de un vehículo en marcha.

-No, no -insistió el sheriff, avanzando hacia el juez-. He encontrado algo. Una cartera.

El juez señaló el cuerpo con un gesto.

-¿La suya?

-Veámoslo. -Sacó de la cartera el permiso de conducir y comparó la foto con el rostro de la víctima-. Es él. Es su cartera -sentenció. Acercándose el carnet a los ojos, añadió-: Tiene uno de esos nombres extranjeros que son casi impronunciables. Stanislaus... Spyzhalski.

-Stanis... -dijo el juez-. ¿No es ese el falso abogado que apresaron en Belleville?

-¡Dios, tienes razón!

49

Con el maletín en la mano y el abrigo sobre un brazo, Matt se detuvo ante la mesa de la secretaria que le había ayudado a preparar la sala de conferencias el día de la reunión con Meredith.

-Buenos días, señor Farrell -saludó la joven.

Contrariado por la hostilidad de su tono y la expresión de su rostro, Matt tomó nota de que la chica debía ser destinada a otra planta. En lugar de preguntarle si había pasado un buen fin de semana, le dijo con frialdad y sin preámbulos:

-Eleanor Stern me ha llamado esta mañana a casa para decirme que no se encuentra bien. ¿Quiere usted sustituirla?

Era una orden, y ambos lo sabían.

-Claro, claro -se apresuró a contestar Joanna Simons al tiempo que le dedicaba una sonrisa tan sincera y alegre que él dudó de su anterior impresión. Quizá había juzgado mal a la muchacha.

Joanna esperó a que el nuevo presidente de Haskell entrara en su despacho para precipitarse a la mesa de la recepcionista. Había tenido la esperanza de holgazanear en la oficina mientras Farrell estuviera ausente de la ciudad, pero la ocasión de trabajar directamente para él le ofrecía una oportunidad inesperada y excitante.

-Vale -murmuró a la recepcionista-, ¿retuviste el nombre y el teléfono de aquel reportero del *Tattler* que te llamó para obtener información sobre Farrell?

-Sí, ¿por qué?

-Porque -dijo Joanna con tono triunfal- Farrell acaba de comunicarme que Cara de Palo está enferma y tengo que sustituirla. Eso significa que tendré las llaves de su escritorio. -Miró por encima del hombro para asegurarse de que las demás secretarias estaban ocupadas y absortas en su trabajo. La mayoría no compartía la animosidad de Joanna hacia Matthew Farrell, porque eran menos veteranas en la empresa y su lealtad al antiguo equipo era lo bastante débil como para ser transferida con facilidad al nuevo-. Dime qué quería saber el reportero.

-Me preguntó cuáles eran nuestros sentimientos hacia Matthew Farrell, y le contesté que algunas de nosotras no lo soportamos. También preguntó si yo le pongo en contacto telefónico con Meredith Bancroft o si esta viene por aquí. Le interesaba sobre todo enterarse de si las relaciones entre ambos son tan amistosas como dieron a entender durante la conferencia de prensa. Yo le contesté que no atiendo las llamadas personales de Farrell y que Meredith Bancroft solo ha venido por aquí una vez, para entrevistarse con él y con sus abogados. Me preguntó si alguien más había estado presente en esa reunión y le dije que Cara de Palo, puesto que tuve que retenerle las llamadas. ¿Opinaba yo que Cara de Palo había estado presente en la reunión con el fin de tomar notas? Le contesté que sí, que ella toma notas prácticamente en todas las reuniones de Farrell. Entonces me preguntó si podría yo husmear en las notas de aquel día. Naturalmente, cualquier informacion al respecto nos sería pagada, aunque no se especificaron cifras.

-No importa. ¡Lo haría gratis! -repuso Joanna con resentimiento-. Tendrá que abrir el escritorio de la bruja para que yo pueda sustituirla. Quizá también abra los archivos. Las notas de esa reunión estarán en uno de esos dos sitios.

-Si puedo ayudarte, no dejes de decírmelo -se ofreció Valerie.

Cuando Joanna entró en la oficina de Eleanor Stern vio que el jefe ya había abierto el escritorio de su secretaria, pero no los archivos. La joven buscó superficialmente en los cajones y no halló nada de interés. En uno de ellos había muchas fichas referentes a la administración de Haskell, pero se trataba de información no confidencial. De Bancroft, nada, pensó Joanna, y volviéndose en el sillón giratorio clavó la mirada en la puerta que comunicaba esa oficina con la del jefe. Farrell estaba de pie frente a los ordenadores, sin duda repasando la información que sobre la marcha de las diversas fábricas Haskell le había llegado durante el fin de semana. O tal vez se recreara con los beneficios de sus montañas de acciones... Pensando en ello, crecía el odio deJoanna hacia el hombre que ni siquiera se había molestado en aprender su nombre; el hombre que había echado a la calle a los antiguos jefes y había establecido nuevas condiciones de trabajo y de sueldos.

Reclinándose más en el sillón, Joanna divisaba la parte delantera de la mesa de Farrell. De la cegradura del cajón del centro colgaban las llaves, y entre ellas estaría la de los archivos de Cara de Palo. Y si no estaban allí, en alguno de los cajones del jefe...

-Buenos días -dijo Phyllis, siguiendo a Meredith al interior del despacho de esta-. ¿Cómo has pasado el fin de semana? -preguntó, y enseguida se mordió un labio, mortificada por su propia pregunta. Meredith se dio cuenta de que Phyllis estaba al corriente de lo sucedido el sábado en el

restaurante, pero en aquel momento no le importaba lo mas mínimo. Se sentía tan feliz que su aspecto era impactante.

-¿Cómo crees que lo he pasado? -preguntó a su vez a Phyllis.

-¿Excitante sería la palabra exacta?

Meredith pensó en el fin de semana con Matt, en las cosas que él le había dicho y hecho... y de pronto su duerpose vio invadido por una oleada de delicioso calor.

-Sería una palabra muy apropiada, sí -contestó, con la esperanza de que su voz no sonara tan soñadora como sus sentimientos. Haciendo un esfuerzo, se sacudió el recuerdo de los dos últimos días y se obligó a concentrarse en el trabajo que tenía que hacer antes de reunirse de nuevo con Matt al caer la noche-. ¿Ha habido alguna llamada telefónica?

-Solo una, de Nolan Wilder. Pidió que lo llamaras en cuanto llegaras.

Meredith se quedó atónita. Nolan Wilder era el presidente de la junta de administración de Bancroft, y no le cabía duda de que llamaba para pedir explicaciones sobre la turbulenta noche en el Manchester House. Sin embargo, lejos de enojarse, la llamada fue como un gesto de monumental frescura, pues el divorcio de Wilder había constituido un episodio tan amargo y desagradable que se había arrastrado durante dos años por los tribunales.

-Ponme en contacto con él, por favor.

Al cabo de un minuto, sonó el intercomunicador.

-Wilder -dijo Phyllis.

Meredith se entretuvo un momento para reunir fuerzas, y luego su voz sonó viva y firme.

-Buenos días, Nolan. ¿Qué hay de nuevo?

-Eso mismo iba a preguntarte -respondió él con idéntica frialdad e ironía que solía mostrar en las reuniones del directorio y que a Meredith le disgustaba-. Algunos ejecutivos me han llamado durante el fin de semana para pedirme explicaciones por lo sucedido el sábado. No tendría que recordarte, Meredith, que la clave del éxito de Bancroft es su imagen, la dignidad de su nombre.

-No creo necesario que lo hagas -replicó Meredith, esforzándose por disimular su enojo-. Es... -se interrumpió ante la apresurada llegada de Phyllis, con el rostro visiblemente alterado.

-En la línea dos tienes una llamada de emergencia de MacIntire, de Nueva Orleans.

-Espera, Nolan -dijo Meredith-. Me llaman urgentemente de Nueva Orleans. -Cuando se ocupó de la línea dos, su cuerpo estaba sacudido por la alarma. La voz de MacIntire sonaba tensa.

-Otra amenaza de bomba, Meredith. Hace unos minutos llamaron a la policía adviniendo que el artefacto estallará pasadas seis horas. He ordenado el desalojo de los almacenes, y mientras tanto el equipo de desactivación de la ciudad está en camino. Seguimos la pauta habitual de evacuación, como lo hicimos la vez pasada. En mi opinión, la hizo el mismo loco de la vez pasada.

-Es muy posible -convino Meredith, esforzándose en mantener la voz firme y las ideas claras-. En cuanto puedas quiero una lista de todos los que pueden tener una razón para desearnos algo así. Que tu jefe de seguridad elabore una lista de los detenidos por hurto en Bancroft y que el jefe de la oficina de crédito haga lo mismo con todos a los que se les haya denegado un crédito en los seis últimos meses. Mark Braden, jefe de nuestra división, viajará hacia allá mañana para trabajar con tu gente. Y ahora sal de ahí por si acaso no se trata de un loco.

-Bueno -contestó él con renuencia.

-Llámame desde donde estés y dame tu número en ese lugar para mantenernos en contacto.

-Entendido -dijo MacIntire, y añadió-: Meredith, lo siento de veras. No tengo idea de por qué los almacenes Bancroft de esta ciudad se han convertido de pronto en un objetivo. Te aseguro que nos matamos por atender bien a los clientes, según la política de la empresa y...

-Adam -lo interrumpió-. Abandona de inmediato el edificio.

Meredith volvió entonces a Nolan.

-Nolan -dijo-, no tengo tiempo para hablar ahora con el consejo, porque acaban de comunicarme que en Nueva Orleans se ha producido otra amenaza de bomba.

-Será una catástrofe para las ventas navideñas -profetizó furiosamente Wilder-. Tenme al corriente, Meredith, ya sabes dónde encontrarme.

Meredith murmuró una distraída promesa y luego se lanzó a la acción. Al ver a Phyllis todavía en el umbral, ansiosa, le ordenó:

-Dile a la operadora de localización de personal que emita el código de emergencia. Retén mis llamada a menos que sean importantes, y si lo son, me las pasas a la sala de conferencias.

Cuando su secretaria salió, Meredith se puso de pie y empezó a deambular por la oficina, diciéndose que solo se trataba de una falsa alarma. Oyó la llamada de emergencia -tres campanadas breves seguidas de tres largas- por la que se notificaba a todos los jefes de departamento que se dirigieran a la sala de conferencias contigua al despacho de Meredith, lugar designado para las reuniones de emergencia. La última vez que hubo que apelar a ese recurso fue dos años antes, cuando un cliente murió de infarto en las tiendas. Entonces, como ahora, el propósito de reunir a los jefes de

departamento no era otro que informarles de la situación, para impedir un ataque generalizado de histeria entre los empleados; y también planear la información que se daría a la prensa. Como la mayoría de las grandes empresas, Bancroft había establecido una serie de normas a seguir en todos los casos de emergencia posible: accidente personales, incendios... y también amenazas de bomba.

La posibilidad de que estallase una bomba en Nueva Orleans e hiriese o matase gente era más de lo que Meredith podía imaginar. Si el artefacto hacía explosión una vez desalojado el edificio la cosa sería menos grave, pero grave de todos modos. Como todas las sucursales de Bancroft, la de Nueva Orleans era hermosa, distinguida... flamante. En su mente apareció aquella espléndida fachada brillando a la luz del sol, y de pronto se producía un estallido y todo se venia abajo. Tembló. Intentó convencerse de que no había tal bomba, que solo era otra falsa alarma; una alarma que, eso sí, le costaría mucho dinero a la sucursal, puesto que las ventas descenderían espectacularmente... y en pleno período navideño.

Los ejecutivos desfilaban presurosos ante el umbral de su despacho y tomaban asiento en la sala de conferencias. No obstante, Mark Braden, de acuerdo con las normas, entró en el despacho presidencial.

-¿Qué ocurre, Meredith?

Meredith lo puso al corriente. Mark masculló una maldición y la miró con rabiosa consternación. Cuando ella terminó de contarle las instrucciones que le había dado a MacIntire, Braden asintió.

-Tomaré un avión dentro de unas horas. En esa sucursal tenemos un buen jefe de seguridad y entre nosotros y la policía es posible que demos con algo.

En la atestada sala de conferencias la atmósfera era tensa. Había también mucha curiosidad. En lugar de sentarse a la mesa, Meredith se encaminó al centro de la sala, desde donde podía ser mejor vista y oída.

-Hemos tenido otra amenaza de bomba en Nueva Orleans -empezó-. El equipo de desactivación está en camino. Como se trata de la segunda amenaza, la prensa no cesará de llamarnos. Nadie, absolutamente nadie, dirá una sola palabra. Todas las preguntas han de ser transferidas a nuestra sección de relaciones públicas. -Miró al director de ese departamento-. Bien, tú y yo redactaremos una declaración después de esta reunión, y... -Se interrumpió al sonar el teléfono de la mesa de conferencias.

El director de la sucursal de Dallas parecía presa de pánico.

-¡Tenemos amenaza de bomba, Meredith! Una voz le dijo a la policía que la bomba estallará dentro de seis horas. El equipo de desactivación está de camino y entretanto nosotros vamos evacuando el edificio. -Meredith le dio las mismas instrucciones que a MacIntire y colgó. Actuaba de forma instintiva y por un momento pareció perder el control. Poco a poco recuperó la compostura-. Hay una nueva amenaza de bomba, esta vez en Dallas. Están evacuando. Como en Nueva Orleans, la policía recibió el aviso por teléfono.

En la sala se armó un pequeño revuelo. Improperios, maldiciones, exclamaciones. Pero cuando el teléfono volvió a sonar se produjo un silencio sepulcral. Meredith sintió que el corazón se le aceleraba. Levantó el auricular.

-Señorita Bancroft -le dijo el policía con tono apremiante, soy el capitán Mathison, del primer distrito. Acabamos de recibir la llamada anónima de un hombre que asegura haber colocado una bomba en la tienda y afirma que estallará dentro de seis horas.

-Espere -contestó Meredith, a! tiempo que le pasaba el auricular a Mark Braden, siguiendo el procedimiento establecido. Es Mathison -susurró visiblemente consternada.

Mark hizo varias preguntas al capitán, de quien era buen amigo. Cuando colgó, se volvió hacia los demás y con voz tensa empezó a hablar:

-Señoras y señores, tenemos una amenaza de bomba aquí, en este edificio. Utilizaremos el mismo procedimiento establecido para caso de incendio. Ustedes saben qué hacer y qué decirle al personal a sus órdenes. Manos a la obra y a evacuar. -Se dirigió a Gordon, que frenéticamente murmuraba algo ininteligible. Si sientes pánico -le dijo al problemático vicepresidente-, disimula hasta que tu personal esté fuera del edificio. -Arrojó una rápida mirada al resto de los ejecutivos y vio que estaban tensos pero enteros. Asintió brevemente y se volvió para marcharse y dar instrucciones a su propio personal, que seria el encargado de supervisar la evacuación-. En caso de que no lo hagan como norma -advirtió en voz alta encaminándose a la puerta-, no olviden llevar consigo sus localizadores personales.

Diez minutos más tarde, Meredith era el único ejecutivo todavía presente en la planta. Junto a una ventana oía el aullido de las sirenas y veía llegar coches de bomberos y de la policía. Desde la planta catorce observó como la policía acordonaba la zona y los clientes salían en tromba del edificio. Sintió una opresión en el pecho que le impedía respirar con comodidad. A los jefes de las sucursales les había ordenado abandonar los respectivos edificios, pero ella no pensaba hacer lo mismo. No hasta que fuera absolutamente necesario. Sus almacenes suponían demasiado para ella. Aquí estaban su herencia y su futuro. No abandonaría su puesto hasta que la brigada de investigación le dijera que

tenía que hacerlo. Por otra parte, ni por un solo momento creyó en la existencia de las bombas, pero la alarma bastaba para causar grandes perjuicios económicos a la compañía. Navidad era, de lejos, la época más rentable del año. Hasta un cuarenta por ciento de las ventas anuales se realizaban durante la misma.

Todo saldrá bien, se dijo. Se apartó de la ventana y centro su atención en los dos ordenadores, en cuyas pantallas aparecían, actualizadas, las cifras de ventas de las sucursales de Phoenix y Palm Beach. Meredith tecleó la combinación y las pantallas mostraron las cantidades relativas al mismo día del año anterior. Ambas sucursales estaban superando ampliamente esos resultados. Meredith trató de consolarse con eso.

Pensó en Matt. Si estaba cerca de una radio tendría noticias de lo que ocurría. Lo llamó para tranquilizarlo. Curiosamente, la idea de que pudiera estar preocupado fue un sedante para sus nervios.

Cuando le conté lo ocurrido, Matt no se mostró preocupado, sino frenético.

-¡Sal de ahí, Meredith! -ordenó-. Lo digo en serio, querida. ¡Cuelga y sal del edificio a toda prisa!

-No -se negó élla con voz suave. Su tono autoritario y el miedo la hicieron sonreír. Él la amaba y ella adoraba su voz, sublime al llamarla «querida» y dándole órdenes- Se trata de una falsa alarma, Matt, como la de hace unas semanas.

-Si no sales del edificio -le advirtió él-, yo mismo te sacaré a la fuerza en cuanto llegue.

-No puedo -replicó ella con voz firme-. Soy como el capitán de un barco. No me iré hasta que todos estén seguros, en la calle. -Hizo una pausa durante la cual Matt expresó su opinión con una prolongada y elocuente maldición-. No me des órdenes que tú mismo no seguirías -añadió ella sin rencor-. En menos de media hora habrán evacuado el edificio. Entonces me marcharé.

Matt exhaló un hondo suspiro, pero no intentó seguir persuadiéndola, pues sabía que era inútil. Además media hora era tiempo insuficiente para presentarse en Bancroft y sacarla él mismo de allí.

-Está bien -dijo, y poniéndose de pie miró furioso alrededor- Pero llámame cuando estés fuera porque hasta entonces me estaré volviendo loco.

-Lo haré -le prometió Meredith y bromeando, agregó-. Mi padre dejó su teléfono móvil en el despacho. ¿Quieres el número por si deseas llamarme si tus nervios no te permiten esperar?

-¡Claro que quiero el número!

Meredith sacó una libretita de un cajón y le dio el número.

Cuando colgó, Matt empezó a dar vueltas por su despacho como un león enjaulado. Estaba demasiado nervioso para sentarse y esperar, sin saber qué le estaba sucediendo a su mujer. Se mesó el pelo, se acercó a una ventana y, sin éxito, trató de divisar la azotea del edificio en el que Meredith estaba voluntariamente prisionera. La masa de rascacielos se interponía.

Ella era tan cauta por naturaleza que Matt apenas podía creer en su terca insistencia en permanecer en el interior de aquel maldito edificio. No esperaba tal cosa de Meredith.

Se le ocurrió que si tuviera una radio podría saber lo que estaba ocurriendo doce manzanas más arriba, en el edificio de Meredith y en las sucursales. Recordó que Tom Anderson sí tenía una radio en su despacho...

Casi corrió hacia la oficina de la secretaria.

-Estaré con Tom Anderson -informó a Joanna-. Extensión 4114. Si llama Meredith Bancroft, páseme ahí la llamada, ¿Está claro? Se trata de una emergencia. -le advirtió, deseando de todo corazón que Eleanor Stern estuviera allí.

-Perfectamente claro, señor -le contestó la joven, y Matt no se percató de la hostilidad con que lo dijo. Estaba demasiado preocupado por Meredith para notar la existencia de una secretaria; demasiado preocupado para recordar que las llaves colgaban de un cajón de su escritorio.

Joanna esperó a que las puertas del ascensor se cerraran tras él, después se volvió y clavó la mirada en las llaves. Probó con dos sin éxito, pero la tercera abrió el archivo de Cara de Palo. El dossier de Meredith Bancroft, tan pulcro como los otros, estaba en el sitio adecuado, bajo la letra «B». Joanna abrió la carpeta con manos húmedas a causa de los nervios. Había algunas notas en taquigrafía pero Joanna carecía de tiempo para descifrarlas. También encontró un contrato de dos páginas firmado por Meredith Bancroft. A medida que lo leía, sus ojos se agrandaban y su boca se curvaba en una maliciosa y alegre sonrisa. El hombre al que la revista *Cosmopolitan* elegía como a uno de los diez solteros de oro del país, el mismo que salía con estrellas de cine y con modelos famosas y por quien las mujeres enloquecian... ese hombre tenía que pagarle a su mujer cinco millones de dólares solo por verla cuatro noches a la semana durante un período de once semanas. También tenía que venderle un terreno que evidentemente ella quería, en Houston...

-Necesito una radio -dijo Matt en cuanto entró en el despacho de Tom Anderson. Miró alrededor, atolondrado, y vio la radio de Tom en el alféizar de la ventana. Se apresuró a encenderla-. El equipo de desactivación está escudriñando todos los rincones de los almacenes Bancroft en Chicago, que ya

han sido evacuados, así como las sucursales de Nueva Orleans y Dallas -informó a Tom, con voz ahogada.

El martes posterior a su tumultuosa reunión con Meredith y los abogados, Matt había cenado con Anderson y le había puesto al corriente de la situación entre él y su mujer. Ahora miró distraídamente a su hombre de confianza y amigo y le dijo:

-¡Meredith se niega a abandonar el lugar!

Tom casi saltó de la silla al oír estas palabras.

-¡Dios mío! ¿Por qué?

Poco después sonó el teléfono; era Meredith, que deseaba tranquilizar a Matt. Estaba sana y salva, fuera del edificio, y su marido, inmensamente aliviado, hablaba todavía con ella cuando el locutor de la radio anunció que en la sucursal de Bancroft en Nueva Orleans había sido localizada una bomba que los especialistas estaban desactivando. Matt se lo comunicó a Meredith. En el transcurso de la siguiente hora descubrieron otra bomba en Dallas, y una tercera en la sección de juguetes de la central de Bancroft en Chicago.

50

Con una mano en la puerta de hierro, Philip miraba la pequeña y pintoresca villa en la que Caroline Edwards Bancroft había vivido durante los últimos treinta años. La casa estaba situada sobre una colina escarpada, desde la que se divisaba el rutilante puerto en el que el transatlántico había fondeado aquella mañana temprano.

Las flores crecían anárquicamente en macetas muy cuidadas, bañadas por el sol del atardecer. El lugar estaba impregnado de belleza y tranquilidad; a Philip le resultaba muy difícil creer que la frívola estrella de la pantalla que había sido su esposa viviera recluida allí.

Aquella casita había sido un regalo de Dominico Arturo, el italiano que había tenido una aventura con Caroline antes del matrimonio de esta. Philip se dijo que su ex esposa debía de haber malgastado hasta el último céntimo del dinero que obtuvo por el divorcio, porque de lo contrario no viviría en aquel lugar. El gran paquete de acciones de Bancroft en manos de Caroline rendía dividendos, pero ella tenía prohibido por ley la venta o transferencia de una sola acción a nadie que no fuera su ex marido. Más allá de eso, Caroline no tenía más derecho que votar por sus participaciones, y siempre lo hizo según las instrucciones del directorio de la empresa. Philip estaba seguro de ello, pues nunca había dejado de vigilar el voto de Caroline en todos aquellos años.

Contemplando la modesta casa, dio por sentado que Caroline estaría intentando subsistir con los dividendos, pues solo la pobreza induciría a vivir así a una mujer amante de las fiestas.

Retiró la mano de la puerta. No tenía intención de ir allí, pero la estúpida mujer sentada a la mesa del capitán le había preguntado si visitaría a su ex esposa. Esta idea empezó a rondarle por la cabeza hasta que le resultó imposible librarse de ella. Se daba cuenta de que ya no era joven y de que no sabía cuánto iba a durar. El corazón podía traicionarlo en cualquier momento. Así pues, hacer las paces con la mujer a la que había amado... quizá no era tan mala idea. Había sido una esposa adúltera y él la castigó alejándola de su mundo y de su propia hija, obligándola a prometer que nunca se acercaría a ninguno de los dos. En aquella época él creía haber procedido bien. Ahora que se enfrentaba a una muerte sin aviso, le parecía un poco... duro.

Sin embargo, al comprobar cómo vivía Caroline desechó la idea de cruzar el patio y llamar a su puerta. Curiosamente, ahora era la piedad el sentimiento que le inducía a no hablar con ella. Sabía que era una mujer orgullosa y que se sentiría terriblemente humillada si él la veía viviendo en la pobreza. Durante los últimos treinta años, siempre que había pensado en Caroline la imaginó viviendo a todo tren, tan hermosa como siempre y en el centro del remolino social que tanto había amado antes del matrimonio. La mujer que habitaba aquella modesta casa sería, seguramente, un viejo adefesio y una eremita, sin nada que hacer más que observar el movimiento del puerto o ir de compras a la aldea.

Con los hombros hundidos por un sentimiento extraño de desesperación -sueños olvidados, vidas destrozadas-, Philip se volvió e inició el regreso por el tortuoso sendero que lo había conducido allí. Pero apenas había dado un paso cuando se detuvo en seco al oír la voz inconfundible de Caroline.

-Has andado mucho, Philip, para volverte así.

Volvió la cabeza y la vio, inmóvil, bajo un árbol en la ladera de la colina a su izquierda; llevaba una canasta de flores bajo el brazo.

Caroline echó a andar hacia él. Philip advirtió que sus pasos eran largos y elegantes, y que su pelo rubio, oculto balo una tela rústica de campesina, de algún modo la favorecía. Cuando estuvo muy cerca, se dio cuenta de que no llevaba maquillaje, de que en efecto parecía mucho más vieja, pero en algunos aspectos más atractiva que antes. De su rostro había desaparecido la inquietud, dando paso a una tranquila serenidad que nunca tuvo en su juventud. Curiosamente a Philip le recordó a Meredith,

mucho más que cuando tenía la edad de su hija. Y aún conservaba unas hermosas piernas.

Clavó en ella su mirada y su corazón enfermo latió más deprisa. Quiso hablar, pero no supo qué decir, lo que le hizo sentirse torpe y, por lo tanto, furioso consigo mismo.

-Has envejecido -comentó por fin, sin rodeos.

Caroline sonrió sin rencor y le respondió:

-¡Qué amable de tu parte!

-Andaba por aquí... -Con la cabeza señaló el barco, pero enseguida arqueó las cejas, porque creyó que ella se reía de su desconcierto.

-¿Qué te aleja de Bancroft? --preguntó ella con la mano en la puerta, pero sin abrirla.

-Estoy de vacaciones. Problemas cardíacos.

-Sé que has estado enfermo. Todavía leo la prensa de Chicago.

-¿Puedo entrar? -inquirió él instintivamente, pero se acordó de que Caroline siempre estaba rodeaba de hombres- ¿O acaso esperas compañía? -añadió sin ocultar el tono sarcástico de sus palabras.

Ella replicó con ironía:

-Es bueno saber que mientras todos y todo parecen haber cambiado en el mundo, tú y solo tú sigues siendo el mismo. Tan receloso y celoso como siempre. -Abrió la puerta y él la siguió, lamentando de pronto haber ido.

El suelo de la casa era de piedra, cubierta con vivos retazos de alfombra y grandes jarrones de flores cortadas del jardín. Caroline señaló una silla en la habitación que hacía las veces de comedor y sala de estar.

-¿Quieres beber algo?

Philip respondió con un gesto de asentimiento, pero en lugar de sentarse se acercó a la ventana y miró el mar. Así permaneció hasta que se volvió para tomar el vaso de vino que Caroline le ofrecía.

-¿Estás...bien?-le preguntó Philip con voz queda.

-Muy bien, gracias.

-Me sorprende que Arturo no pudiera darte algo mejor que esto. El lugar es poco más que una cabaña. -En vista de que ella no hizo comentario alguno, Phihp sacó a colación el nombre del último amante de su ex esposa, el que había sido la causa de su divorcio-. Spearson nunca llegó a ser nada. ¿Lo sabías, Caroline? Aún intenta ganarse la vida dando clases de equitación.

Increíblemente, ella sonrió al oír estas palabras. Luego se sirvió un vaso de vino. Bebió un sorbo y se quedó mirándolo con sus ojos azules. Tomado por sorpresa y sintiéndose estúpido y grosero, Philip sostuvo con valor la mirada de su ex esposa.

-¿Seguro que has terminado? -inquirió ella en un susurro al cabo de un momento-. Debes de tener en la memoria docenas de mis presuntas indiscreciones e infidelidades que arrojarme a la cara. Es obvio que treinta años después aún te molestan.

Philip respiró hondo, inclinó hacia atrás la cabeza y por fin dijo con sinceridad:

-Lo siento. No sé por qué te he dicho eso. Lo que hagas no es asunto mío.

Caroline esbozó la sonrisa serena que tanto alteraba el ánimo de Philip.

-Lo has dicho porque todavía no sabes la verdad.

-¿Qué verdad? -le preguntó él con sarcasmo.

-Ni Dennis Spearson ni Dominic fueron la causa de nuestra ruptura, Philip. Fuiste tú. -Al notar el enojo de su mirada, meneó la cabeza y prosiguió con voz dulce-: No podías evitarlo. Eras como un chiquillo asustado ante la posibilidad de que alguien o algo te quitara lo que te pertenecía, y no soportabas el temor o la incertidumbre de que eso ocurriera. Así eras y me temo que sigues siendo. Así que antes que sentarte y esperar que ocurra la catástrofe, tomas el asunto en tus manos y la provocas, para sufrir y olvidar cuanto antes. Empiezas por poner restricciones tan severas a los que amas que no pueden resistirlas, y cuando vulneran una sola de ellas, te sientes traicionado y furioso. Después te vengas de ellos por la transgresión que tú mismo has provocado; y como no eres un niño, sino un hombre rico y poderoso, tu venganza es terrible. En realidad, haces a los demás lo mismo que tu padre hizo contigo.

-¿De dónde has sacado toda esa basura.psicológica? ¿De algún psiquiatra loco con el que has tenido un devaneo? -preguntó evasivo.

-La he sacado de muchos libros que he leído para intentar comprenderte -replicó ella sin desviar la mirada.

-¿Y eso es lo que quieres que crea que pasó con nuestro matrimonio? ¿Que eras inocente y yo un tipo celoso y posesivo hasta la irracionalidad? -le preguntó Philip, y apuró el vaso de vino.

-Me gustaría contarte toda la verdad si crees que estás lo suficiente bien para soportarla.

Philip arqueó las cejas, vencido por la calma inalterable y la belleza de aquella sonrisa.

En su juventud, Caroline había sido hermosa y encantadora; ahora, a los cincuenta, tenía unas ligeras arrugas en la frente y alrededor de los ojos; su rostro había adquirido personalidad, siendo

incluso más atractivo que antes... e irresistible.

-Hay que darle una oportunidad a la verdad -aseguró él con tono burlón.

-Está bien -aceptó ella, acercándosele-. Veamos si eres lo bastante maduro y lo bastante sensible para creerme. Tengo el presentimiento de que sí.

Philip había llegado a la conclusión opuesta.

-¿Por qué?

-Porque -respondió Caroline apoyándose en la ventana- comprenderás que sincerándome no tengo nada que ganar ni nada que perder. ¿No es cierto?

Esperó hasta que él lo admitiera.

-Así es. No tienes nada que ganar ni nada que perder.

-Entonces, aquí tienes la verdad -empezó ella con calma-. Cuando nos conocimos, me deslumbraste. No eras uno de esos monigotes vacíos de Hollywood, no eras como ninguno de los hombres que había conocido antes. Tenías educación, clase y estilo. Me enamoré de ti la segunda vez que salimos, Philip. -Vio que por el rostro de Philip cruzaba una expresión de sorpresa primero, luego de incredulidad, pero no se interrumpió-. Te quería tanto y era tan grande mi inseguridad, mi sentimiento de inferioridad, que cuando estábamos juntos apenas podía respirar por miedo a equivocarme. En lugar de contarte la verdad de mi pasado, incluidos los hombres con los que me había acostado, te conté la misma ficción de mi vida invertida por los agentes de publicidad de mi estudio. Te dije que había crecido en un orfanato y que solo había tenido un pequeño y estúpido desliz en mi adolescencia.

Philip siguió callado y ella suspiró entrecortadamente. Luego agregó:

-La verdad es que mi madre fue una puta que no tenía la más ligera idea de quién era mi padre, y que me escapé de casa a la edad de dieciséis años. Tomé un autobús con destino a Los Ángeles y conseguí un empleo de camarera en un restaurante barato. Allí me descubrió un tipo que trabajaba de mensajero en una compañía cinematográfica. Aquella misma noche me hizo una prueba en el sofá del despacho de su jefe. Dos semanas después conocí al jefe y de nuevo tuve que hacer lo mismo, en el sofá. No era actriz, pero sí fotogénica, de modo que el jefe me concertó una cita con una agencia de modelos y empecé a ganar dinero haciendo anuncios para revistas. Fui a una escuela de interpretación y con el tiempo me dieron papelitos en algunas películas, naturalmente después de pasar el examen de alguien... en la cama. Después interpreté papeles más importantes y un día te conocí.

Caroline esperó a ver el efecto de sus palabras, pero Philip replicó con frialdad:

-Todo eso ya lo sé, Caroline. Mandé que te investigaran un año antes de pedir el divorcio. No me cuentas nada que no sepa o que en su momento no diera por sentado.

-Es cierto, pero estoy a punto de decirte algo que no sabes. Cuando te conocí ya había adquirido cierto orgullo y cierta confianza en mí misma, ya no me acostaba con hombres por desesperación o por falta de carácter para decir que no.

-Entonces lo hacías porque te gustaba -le escupió Philip-. Y no con unos sino con cientos.

-No exageres -le corrigió ella con una sonrisa triste-. Pero hubo muchos. Era algo que una hacía. Formaba parte del ritual, así como para los hombres de negocios lo son los apretones de manos. -Percibía el desprecio de Philip, pero siguió hablando-. Entonces te conocí, me enamoré y por primera vez en la vida sentí vergüenza y asco de mí misma; de todo lo que había sido, de todo lo que había hecho. Por eso intenté cambiar mi pasado reinventándolo, para hacerlo encajar con tus patrones. Lo que, naturalmente, era un empeño inútil.

-Inútil -confirmó él, sintiendo, no obstante, la blanda mirada de Caroline y el tono sincero de su voz.

-Sí, así es -continuó ella-. Pero podía cambiar el presente y lo cambié. Philip, desde el día que te conocí no me ha tocado ningún hombre.

-No te creo -repuso él enseguida.

Caroline sonrió y negó con la cabeza.

-Debes creerme porque ya hemos acordado que no gano nada con mentir. ¿Por qué tendría que humillarme como lo estoy haciendo? La triste verdad -prosiguió- es que pensé que podría lavar mi pasado haciendo que mi presente fuera intachable. Meredith es tu hija, Philip. Sé que solías pensar que era hija de Dominic o de Spearson, pero Spearson no me dio más que lecciones de equitación. Yo quería encajar en tu medio, y en él todas las mujeres saben montar a caballo, así que iba a la escuela de Pearson para que me enseñara.

-Es la misma mentira que contaste entonces.

-No, mi amor -susurró ella sin darse cuenta-. Era la verdad. No negaré que tuve una aventura con Dominic Arturo antes de conocerte. Me dio esta casa como compensación por su estúpido intento de volver a acostarse conmigo.

-No fue un intento -negó Philip con voz sibilante-. El tipo estaba en nuestra cama cuando volví a casa de un viaje de negocios un día antes de lo proyectado.

-¡Pero no estábamos juntos! -replicó Caroline-. Además, él estaba borracho.

-No, claro que no estabas con él -concedió Phihp sarcásticamente-. Te habías largado a casa de Spearson, dejando la tuya llena de huéspedes que murmuraban sobre tu ausencia.

Para sorpresa de Philip, ella se echó a reír, y su risa era triste y extraña.

-¿No es irónico que nunca me descubrieran cuando mentía sobre mi pasado? Quiero decir que todo el mundo se tragó el cuento chino de mi orfandad, y los líos que tuve con hombres antes de conocerte nunca salieron a la luz. Salí ilesa cuando fui culpable, pero luego, cuando era inocente, me condenaste basándote solo en rumores. Supongo que eso se llama justicia poética. ¿No crees?

Philip no encontraba palabras y se debatía en la incertidumbre. No sabía si creerla o no. No era tanto lo que le decía cuanto la forma de hablar que lo impulsaba a considerarla inocente. Era su actitud hacía toda esta historia, la serena aceptación de su destino, la ausencia de rencor, la franqueza y la honradez de su mirada. La siguiente pregunta de Caroline le hizo levantar vivamente el rostro, sorprendido.

-¿Sabes por qué me casé contigo, Philip?

-Querías la seguridad económica y el prestigio social que yo podía ofrecerte.

Ella lanzó una risita ahogada y negó con la cabeza.

-Te infravaloras, Philip. Ya te he dicho que me deslumbró tu físico y tu educación, tu clase. Te quería, pero no me habría casado contigo de no haber existido otra razón.

-¿Qué razón? -le preguntó él, aunque no deseaba oírlo.

-Creí -admitió ella con aire sombrío-, creí honestamente que también podía ofrecerte algo. Sí, Philip. Algo que necesitabas. ¿Sabes a qué me refiero?

-En absoluto.

-Creí que podía enseñarte a reír y a gozar de la vida.

Ambos guardaron silencio durante un momento. Por fin, Caroline lo miró y con voz ahogada por la emoción le lanzó una pregunta:

-¿Has aprendido a reír, querido?

-¡No me llames así! -exclamó él, reprimiendo sentimientos que no deseaba que volvieran a la vida, que habían yacido sepultados en lo más hondo de su conciencia durante décadas. Apoyó con fuerza el vaso sobre la mesa.

-Debo irme -anunció.

Caroline hizo un gesto de asentimiento.

-El arrepentimiento es una carga terrible. Cuanto antes te marches, antes conseguirás convencerte de que tuviste razón hace treinta años. En cambio, si te quedas, ¿quién sabe lo que puede ocurrir?

-No ocurriría nada -replicó él, sorprendido de la insinuación de ella.

-Adiós -musitó ella-. Te pediría que le dieras a Meredith un abrazo cariñoso de mi parte, pero no lo harías.

-No lo haría.

-Tampoco lo necesita -respondió Caroline con una encantadora sonrisa-. Por lo que he leído, Meredith es una persona muy capaz y un ser maravilloso. Y escucha -añadió con orgullo-, te guste o no, hay en ella una parte de mí. Ella sabe reír.

Philip la miró, confundido.

-¿Por lo que has leído? ¿Qué quieres decir con eso? ¿De qué me estás hablando?

Caroline señaló con la cabeza un montón de penodicos, al tiempo que reía ahogadamente.

-Me refiero al modo con que está llevando la situación de estar comprometida con Parker Reynolds y casada con Matthew Farrell...

-¿Cómo diablos sabes todo eso? -estalló Phihip, sintiendo un frío húmedo en el rostro.

-Aparece en todos los diarios -respondió Caroline, dubitativa, y observó cómo él se lanzaba sobre los periódicos y empezaba a pasar páginas con avidez. Leyó la historia del falso abogado, se enteró de la conferencia de prensa ofrecida por Matt, Meredith y Parker, de la amenaza de bomba en Nueva Orleans. Vio las fotos...

-Me advirtió que lo haría... Me lo advirtió hace once años. Y lo está haciendo -Hablaba más para sí que para Caroline. La miró con los ojos llenos de furia e inquirió-: ¿Dónde está el teléfono?

51

Matt iba de un lado a otro del vestíbulo de su apartamento, hasta que por fin, a las siete, llegó Meredith con un retraso de media hora. La abrazó y empezó a liberar su furia.

-¡Maldita sea, si vas a llegar tarde y hay bombas por todas partes, llámame para decirme que estás bien! -La apartó y de inmediato lamentó su acceso de ira. Meredith parecía extenuada.

-Lo siento -se disculpó ella-. No pensé que imaginarías una cosa así.

-Por lo visto mi imaginación tiende a la locura en lo que a ti respecta -contestó Matt medio en broma, sonriendo.

-He estado en la comisaria casi toda la tarde -explicó Meredith, dejándose caer en el sofá de piel-. Les he dado toda la información que pueda ser útil en la búsqueda del culpable. Cuando por fin fui a casa a cambiarme para venir a verte, me llamó Parker y estuvimos hablando casi una hora.

La voz de la joven se quebró al recordar la conversación con Parker. Ninguno de los dos mencionó que él hubiera pasado la noche de la pelea con Lisa. Parker no era un embustero y al evitar hablar deliberadamente de su relación con Lisa, Meredith dio por sentado que no era platónica. Le resultaba extraño imaginar que hubiera algo más entre ellos. Extraño y de algún modo casi tranquilizador, porque los quería a ambos.

Antes de colgar, Parker le había deseado que fuera feliz, pero sonaba escéptico y preocupado. Era evidente que no estaba seguro de que con Matt lo consiguiera. Con respecto a él dijo poco, salvo que lamentaba haber iniciado la pelea. «Solo lamento una cosa -confesó-: no haberle acertado.»

El resto de la conversación estuvo dedicada a los negocios. Lo que Parker le contó no fue nada tranquilizador ni agradable.

Saliendo de su ensimismamiento, Meredith dijo:

-Siento parecer preocupada. Ha sido un día increíble de principio a fin.

-¿Quieres hablar de ello?

Meredith lo miró, impresionada una vez más por la serena autoridad y la absoluta competencia que emanaba de la persona de su marido. Vestido informalmente, con pantalones negros y blanca camisa con el cuello abierto y las mangas recogidas hasta el codo, Matthew Farrell desprendía un poder indomable, una fortaleza única.

Y sin embargo, pensó ella sonriendo sin darse cuenta, en la cama era capaz de convertir a aquel hombre audaz y poderoso en un manso cordero que gemía entre sus brazos. A Meredith le gustaba saberlo. Lo amaba.

Su pregunta la devolvió a la realidad.

-¿Prefieres olvidar este día?

-Me sentiré culpable si te cargo con mis problemas -le contestó Meredith, aunque nada deseaba más que su consejo y sus palabras de aliento.

-Puedes descargar todo tu peso en mí. No he podido dormir hasta la madrugada pensando en eso. Cuéntamelo.

-En realidad, es fácil de resumir -dijo-. El último detalle, pero no el menos importante, es que esta tarde nuestras acciones han bajado tres puntos.

-Subirán cuando pase el susto de las bombas.

Meredith asintió y siguió informando a Matt.

-Esta mañana me ha llamado el presidente de la junta de administración. Me piden una explicación acerca del incidente del restaurante. Mientras hablaba con Wilder se produjo la primera llamada de aviso de bomba, así que no pude terminar la conversación con él.

-El asunto de las bombas los mantendrá ocupados durante un tiempo.

Meredith intentó sin mucho éxito tomarlo en broma.

-Supongo que todo lo malo tiene su lado bueno -comentó sin mirar a Matt.

-¿Qué más te molesta?

Por el tono de su voz era obvio que Matt sabía que había algo más, y que no estaba dispuesto a aceptar evasivas. Con timidez, ella levantó la cabeza y fijó en él la mirada.

-¿Podrias concederme un nuevo plazo para la financiación de la compra de Houston? Parker ha conseguido que otro nos preste el dinero necesario porque su banco no puede. Pero el nuevo prestamista ha retirado su oferta al oír lo de las bombas y dice que reconsiderará el asunto cuando pase todo esto, más o menos dentro de dos meses.

-Muy amable por parte de Parker cargarte con ese peso precisamente hoy -comentó Matt con sarcasmo.

-Llamó para saber si estaba bien y para disculparse por lo sucedido el sábado. La cuestión del dinero salió a relucir porque hoy teníamos que reunirnos con el nuevo prestamista para acordar los detalles; así que Parker tuvo que decirme que no habría tal reunión, ya que la otra parte se había echado atrás... -Se oyó un sonido alto y prolongado y Meredith dejó de hablar y se inclinó para coger el bolso, que había dejado debajo del sofá. Sacó el localizador de personas, miró el mensaje y exhaló un suspiro de frustración. Desalentada, apoyó la cabeza en el sofá y cerró los ojos-. Lo que faltaba -dijo por fin.

-¿Qué ocurre?

-Es mi padre. -Volvió a suspirar y miró a Matt, cuya expresión se había endurecido-. Quiere que lo llame. Son las dos o las tres en Italia. O desea saludarme en mitad de la noche o ha visto por fin un diario. ¿Puedo utilizar tu teléfono?

Philip estaba en el aeropuerto de Roma, esperando su vuelo, y cuando sonó violentamente su voz, Matt arqueó las celas y Meredith se acobardó:

-¿Qué diablos estás haciendo? -profirió el padre a modo de saludo.

-Cálmate, por favor -empezó a decir Meredith, consciente de que era inútil.

-¿Es que te has vuelto loca? -bramó él-. Te dejo sola un par de semanas y tu cara aparece en todos los periódicos al lado de la de ese bastardo. Después están las amenazas de bomba...

Obviando por el momento el tema de Matt, Meredith trató de suavizar el asunto de las amenazas de bomba, pensando que él estaba al corriente del asunto.

-No permitas que te dé otro infarto -le imploró, tratando de calmarlo-. Las tres bombas han sido halladas *y* desactivadas y nadie ha sufrido daño alguno.

-¿Tres?-rugió Philip-. ¿Tres bombas? ¿Se puede saber de qué me hablas?

-¿De qué hablabas tú? -le preguntó ella, aunque demasiado tarde.

-Yo me refería a la falsa alarma de Nueva Orleáns -dijo, y Meredith notó que luchaba por no perder completamente el control-. ¿Así que han encontrado tres bombas? ¿Dónde? ¿Cuándo?

-Hoy. En Nueva Orleans, en Dallas y aquí.

-¿En cuanto a las ventas?

-Era inevitable... -Intentaba mostrarse pragmática y alentadora-. Hemos tenido que cerrar hoy, pero recuperaremos las pérdidas. Estoy trabajando en una especie de liquidación. Los de publicidad quieren llamarla «liquidación explosiva» -trató de bromear.

-¿Y nuestras acciones?

-Al cierre habían bajado tres puntos.

-¿Y Farrell? -preguntó él con furia renovada-. ¿Qué pasa con él? ¡No te acerques a ese hombre! Nada de conferencias de prensa. ¡Nada de nada! ¿Me oyes?

De hecho, hablaba tan alto que también Matt lo oía, y Meredith lo miró consternada. Además, lejos de hacer un gesto de simpatía, su marido parecía esperar que ella rechazara de inmediato las órdenes paternas, y al ver que no lo hacía, Matt se volvió y se encaminó a la ventana, dándole la espalda.

-Ahora escúchame -suplicó Meredith a su padre con voz tranquilizadora pero temblorosa-. No hay razón para que te excites por esto y sufras otro infarto.

-¡No me hables como a un idiota inválido! -le advirtió Philip, cada vez más nervioso, y su hija pensó que había hecho una pausa para meterse una pastilla en la boca-. Contéstame a lo de Farrell.

-No creo que sea un asunto para discutirlo por teléfono.

-¡No sigas tratando de ganar tiempo! ¡Maldita sea! -vociferó. Meredith se dijo que sería mejor hablar ahora del problema en lugar de aplazarlo, puesto que sus evasivas parecían alterarlo más que cualquier otra cosa.

-Está bien -susurró-. Si es lo que quieres, hablaremos ahora de eso. -Hizo una pausa, pensando frenéticamente en la mejor manera de abordar el asunto. Decidió que lo primero sería descargarlo de la tensión que sin duda le producía la sospecha de que su hija había descubierto su engaño-. Me doy cuenta de que me quieres y que hace once años hiciste lo que creíste más apropiado... -se produjo un silencio tenso, por lo que Meredith prosiguió con cautela-. Me refiero al telegrama que le enviaste a Matt para informarle de que yo había tenido un aborto. Lo sé todo...

-¿Dónde diablos estás ahora? -quiso saber Phihp, receloso.

-En casa de Matt.

En la voz de Philip se adivinaba no solo el furor, sino algo que a Meredith le pareció miedo. No, pánico.

-Vuelvo a casa. Mi avión sale dentro de tres horas, ¡Apártate de él! ¡No te fíes! Te aseguro que no conoces a ese hombre. -Concluyó con una observación sarcástica-: A ver si te las arreglas para que Bancroft no vaya a la quiebra antes de mi llegada.

Colgó bruscamente. Meredith miró a Matt y lo vio todavía de espaldas, como acusándola de no haberse enfrentado a su padre de un modo más enérgico.

-¡Qué día! -dijo ella con amargura-. Supongo que estás enojado porque no se lo he contado todo acerca de nosotros.

Sin volverse, Matt levantó una mano y se frotó los músculos tensos del cuello.

-No estoy enojado, Meredith -declaró con voz desprovista de emoción-. Trato de convencerme de que no te doblegarás cuando vuelva, de que no empezarás a dudar de mí y de ti misma, o peor aún, de que no empezarás a sopesar las ventajas y los inconvenientes de vivir conmigo.

-Pero ¿qué dices? -le respondió Meredith, avanzando hacia él.

Matt la miró sombríamente.

-Durante días he tratado de imaginar lo que hará tu padre cuando regrese y se encuentre con que quieres vivir conmigo. Ahora ya sé lo que hará.

-¿De qué estás hablando? -inquirió ella con dulzura.

-Tu padre jugará su as. Te hará elegir entre él o yo, entre él y Bancroft y la presidencia... o nada, si me eliges a mí. Y no sé -concluyó con un suspiro entrecortado- hacia qué lado te inclinarás.

Meredith estaba demasiado cansada y tensa para detenerse a pensar en un problema que aún no se había presentado.

-La cosa no llegará tan lejos -aseguró, convencida de que con el tiempo conseguiría convencer a su padre de que debía aceptar a Matt-. Soy todo lo que tiene y a su modo me quiere -añadió con ojos implorantes. Le estaba rogando que no complicara las cosas, pues ya lo estaban bastante en este momento. Y porque me quiere, gritará y pataleará, me amenazará como tú dices, pero terminará por ceder. He pensado mucho en lo que nos hizo. Matt, por favor, ponte en su lugar. Supón que tienes una hija de dieciocho años a la que has protegido de todo lo malo de la vida. Y supón que esa hija conoce a un hombre mayor que ella y del que tú piensas que es un cazafortunas. Y supón que ese hombre deja a tu hija embarazada. ¿Cuáles serían tus sentimientos hacia él?

Al cabo de unos segundos Matt respondió con voz serena.

-Evidentemente lo odiaría. -Meredith creyó haberse anotado un tanto, pero Matt prosiguió-: No obstante, encontraría el modo de aceptarlo, por ella. Y puedes estar segura de que no aplastaría a mi hija haciéndole creer que ha sido abandonada, burlada, en unas circunstancias tan críticas. Ni tampoco intentaria sobornar al tipo para que hiciera exactamente eso.

Meredith tragó saliva.

-¿Eso intentó hacer?

-Sí. El día que te llevé a mi casa.

-¿Y tú qué le dijiste?

Matt clavó la mirada en los hermosos ojos azules de su esposa. Luego esbozó una cálida sonrisa y le rodeó la cintura con un brazo.

-Le dije -susurró disponiéndose a besarla- que no creía que estuviese bien que se metiera en nuestras vidas. Aunque -murmuró rozándole la oreja con los labios- no exactamente con esas palabras.

Era medianoche cuando la acompañó hasta el coche. Agotada por las duras pruebas de aquel día pero deliciosamente relajada después de hacer el amor, Meredith se derrumbó en el asiento del conductor del Jaguar.

-¿Seguro que estás bastante despierta para conducir? -le preguntó Matt, con una mano sobre la portezuela abierta.

-Claro que no -brornéo ella con una sonrisa lánguida mientras ponía el coche en marcha. Cuando el motor cobró vida, soné la radio y la calefacción se encendió.

-Voy a dar una fiesta para el elenco de *El fantasma de la Ópera,* el viernes por la noche. Vendrá mucha gente que conoces. Asistirá también mi hermana y pensé que podrías invitar a tu abogado. Creo que ambos harán buenas migas.

Matt vaciló, como temeroso de preguntar algo, y Meredith, dándose cuenta de ello, le dijo:

-Si se trata de una invitación, la respuesta es sí.

-No iba a pedirte que vinieras como invitada.

Avergonzada y confusa, Meredith clavó la mirada en el volante.

-Me gustaría que fueras mi anfitriona, Meredith.

Ella comprendió entonces el motivo de su vacilación. Matt le estaba pidiendo algo que constituía una declaración semipública de que eran una pareja. Miró aquellos irresistibles ojos grises y sonrió sin remedio.

-¿De etiqueta?

-Sí. ¿Por qué?

-Porque -respondió ella con desenvoltura- una anfitriona debe llevar la ropa adecuada para la ocasión.

Matt la hizo bajar del coche al tiempo que emitía un silbido de alegría. Empezó a besarla inundado de alivio y gratitud. De pronto la radio dio la noticia de que había sido hallado en una zanja el cuerpo sin vida del falso abogado Stanislaus Spyzhalski, asesinado.

Meredith se aparté de Matt, conmocionada.

-¿Has oído eso?

-Oh, sí. Hace ya horas.

A Meredith le pareció un poco extraña su indiferencia, así como el hecho de que no le hubiera mencionado la noticia. Pero estaba demasiado agotada para pensar, y además, Matt volvía a besarla.

52

Librodot

Inquest, la oficina de investigación de Intercorp, tenía su cuartel general en Filadelfia y estaba dirigida por Richard Olsen, un ex miembro de la CIA. Olsen esperaba a Matt en la zona de recepción de Intercorp, a la mañana siguiente.

-Me alegro de verte, Matt -dijo Olsen, y ambos hombres se estrecharon la mano.

-Espera cinco minutos. Antes de empezar tengo que hacer una llamada telefónica.

Cerró tras él la puerta de su despacho y llamó a un número privado. La llamada sonó en el despacho del presidente de un gran banco de Chicago, que respondió de inmediato.

-Soy Matt -se anunció, y añadió enseguida-: Reynolds Mercantile se echa atrás y no le concede el préstamo a Bancroft, tal como pensábamos que sucedería. El otro prestamista que encontró Reynolds también ha anunciado su retirada.

-La economía se tambalea y los bancos se muestran reticentes a conceder préstamos. Reynolds Mercantile ha tenido dos grandes quiebras este trimestre, así que durante algún tiempo intentarán obtener fondos.

-Todo eso ya lo sé-le espetó Matt, impaciente-. Lo que no sé es si las amenazas de bomba serán suficientes para que consideren a Bancroft un riesgo, y en consecuencia quieran desprenderse de algunos de los préstamos concedidos a esa empresa.

-¿Lo intentamos?

-Hoy -ordenó Matt.

-¿Por el mismo procedimiento que la vez pasada? Nosotros compramos los préstamos para Collier Trust y tú te comprometes a quitárnoslos de las manos en un plazo no superior a sesenta días. ¿Es así?

-Exacto.

-¿Podemos mencionar a Reynolds el nombre? ¿Quiero decir, Collier Trust? ¿No verá la conexión?

-Era el nombre de soltera de mi madre -le respondió Matt-. Nadie lo asociará conmigo.

-Si este asunto de las bombas se resuelve sin daño serio para el valor total de Bancroft -añadió el banquero-, a mi banco podría interesarle retener los créditos cuando se alcance una estabilidad.

-En un caso así, discutiremos las condiciones -accedió Matt, para quien eso no era motivo actual de preocupación-. Una vez que tengas los préstamos en tus. manos, asegúrate de decirle a Reynolds que Collier quiere financiar también el proyecto de Bancroft en Houston. Que llame enseguida a Meredith Bancroft y se lo haga saber. Me interesa que ella se entere cuanto antes de que los fondos para Houston están disponibles.

-Todo se hará como tú dices.

Después de colgar, Matt llamó a Eleanor para que hiciera pasar a Olsen. Sin mostrar impaciencia vio cómo el detective se quitaba el abrigo, pero aún no se había sentado cuando Matt le preguntó:

-¿Qué sabe la policía de las bombas?

-No demasiado -contestó Olsen, abriendo su maletín y sacando una carpeta que colocó sobre sus rodillas-. Sin embargo, han llegado a algunas conclusiones interesantes. Y yo también.

-Oigámoslas.

-Para empezar, la policía cree que las bombas fueron colocadas de modo que pudieran ser descubiertas antes de estallar. En efecto, aparte de que los autores de los presuntos atentados telefonearon con mucha antelación, los artefactos fueron hallados en lugares bastante obvios. Por otra parte, los explosivos eran obra de un profesional. Tengo el presentimiento de que no estamos ante un demente estúpido que toma represalias contra Bancroft por alguna presunta ofensa que la compañía le haya hecho. Si la policía está en lo cierto, y creo que lo está, quien puso las bombas no tenía intención de causar daño alguno a las instalaciones ni tampoco a las personas. De ser así, el único motivo lógico de estas acciones es provocar el pánico entre la clientela para espantarla y producir una caída en las ventas. Por lo que sé, las ventas se derrumbaron ayer en todas las sucursales de la compañía, y el valor de sus acciones ha sufrido también una considerable caída. La pregunta es: quién puede desear un hecho así y por qué.

-No lo sé -dijo Matt, esforzándose por no mostrar su frustración-. Ayer te dije por teléfono que se rumorea que hay una firma, aparte de la mía, que intenta lograr el control de Bancroft. Quienquiera que sea, ha ido acumulando acciones de la empresa de un modo lento, discreto e inflexible. Cuando yo empecé a hacer lo mismo, el precio de las acciones subió. Así pues, debemos aceptar la existencia de una entidad depredadora que anda metida en este asunto. Supongo que decidieron asustarme con el asunto de las bombas, aun a sabiendas de que Bancroft iba a sufrir grandes pérdidas. La otra posibilidad es que estén intentando hacer bajar el precio de las acciones de Bancroft para comprar la firma a un precio más económico.

-¿Se te ocurre quién puede ser?

-No. Pero es obvio que quiere apoderarse de Bancroft a toda costa. Esa empresa está endeudada y a corto plazo es claramente una mala inversión.

-Está claro que eso no va contigo.

-En este caso yo no busco beneficios.

Sin rodeos, como era habitual en él, Olsen le lanzó la pregunta.

-Entonces, ¿por qué estás comprando sus acciones? -Como no obtuvo respuesta, el detective levantó las manos y añadió-: Busco motivos que no sean económicos, Matt. Si conozco los tuyos, quizá descubra algunas claves que otros podrían compartir.

-Al principio buscaba la venganza contra Philip Bancroft -reveló Matt, aparcando la discreción para entregarse a otro deseo más fuerte, el de resolver el acertijo.

-¿Hay alguien más, con mucho dinero, que quiera vengarse de Philip Bancroft?

-¿Cómo diablos quieres que lo sepa? -le espetó Matt, levantándose y empezando a deambular por el despacho-. Ese hombre es un arrogante hijo de puta, por lo que supongo que no seré su único enemigo.

-Está bien. Empezaremos por ahí. Averiguamos que enemigos pueda tener que vean la posibilidad de vengarse y de obtener un beneficio económico a largo plazo. Claro está que tendremos que seleccionar a los que pueden permitirse el lujo de una venganza así, que no serán muchos.

-Pero eso suena absolutamente ridículo.

-No lo creo, si tenemos en cuenta que ninguna empresa legítima, cuya motivación sea puramente el beneficio económico, recurriría a las bombas como medio para debilitar a su presa.

-Sigue siendo ridículo -arguyó Matt-. Tarde o temprano conoceremos sus intenciones, y en el momento en que eso suceda serán sospechosos de los atentados.

Olsen replicó bruscamente:

-Ser sospechoso no significa nada a menos que se posean pruebas.

53

A mediodía las ventas no se habían recuperado en ninguna de las sucursales de Bancroft, y Meredith intentaba mantenerse lejos de los ordenadores. Mark Braden regresaría en cualquier momento de Nueva Orleans y en cuanto a Philip... era extraño que todavía no hubiera aparecido. Cuando Phyllis anunció que tenía una llamada de Parker, Meredith se sintió aliviada, porque le permitiría olvidar momentáneamente sus preocupaciones.

-Hola, hermosa -oyó decir a Parker con voz alegre-. ¿Puedes soportar una buena noticia?

-No estoy segura, pero inténtalo -respondió Meredith, sonriendo.

-He encontrado a alguien dispuesto a financiar el terreno de Houston y, lo que es mejor, todo el proyecto de edificación posterior. Vinieron a mi oficina como ángeles caídos del cielo, pidiéndome que les vendiera créditos.

-Es una noticia maravillosa -dijo Meredith con velado entusiasmo. No obstante, quedaba el problema del pago de los tres créditos suscritos para los tres planes de expansión. Los primeros plazos vencerían en un período de seis meses. Si las ventas no experimentaban un rápido incremento...

-No pareces muy contenta -observó Parker.

-Me preocupa el bajo nivel de negocios en nuestras tiendas -admitió Meredith-. No debería decirle una cosa así a nuestro banquero, pero nuestro banquero es también mi amigo.

-A partir de mañana -comentó Parker, vacilante- seré solo tu amigo.

Meredith se puso rígida.

-¿Qué quieres decir? -inquirió.

-Necesitamos dinero contante y sonante -replicó él tras exhalar un suspiro dc resignación-. Vamos a venderle tus créditos al mismo inversor que te prestará el dinero para el proyecto de Houston. En lo sucesivo, los pagos se los harás a Collier Trust.

Meredith arrugó la nariz, pensativa.

-¿A quién?

-Es una sociedad llamada Collier Trust. Trabajan con el Criterion Bank, que está en la esquina de Bancroft, y esa entidad responde por ellos. En realidad los de Criterion fueron los que me propusieron la transacción en nombre de Collier. Collier Trust es una sociedad privada con grandes excedentes de capital que se queda con buenos créditos cuando están en venta. Para asegurarme, utilicé mis contactos y el informe que me han dado no puede ser mejor. Collier es una empresa sólida y muy seria.

Meredith se sintió vagamente inquieta. Unos meses antes el mundo parecía un lugar estable y predecible. Su vida personal, su mundo profesional, las relaciones de negocios entre Bancroft y Reynolds Mercantile eran inquebrantables. De pronto, toda estaba en estado de cambio, no había nada permanente.

Le dio las gracias a Parker por todo, pero cuando colgó el nombre de Collier Trust seguía causándole un indefinible malestar. Decidió que quizá fuera miedo a lo desconocido y nada más. Sin embargo, jamás había oído ese nombre, pero aun así le resultaba familiar.

Librodot

Llegó Mark Braden, sin afeitar, con aire sombrío. Meredith abandonó aquellos pensamientos, dispuesta a afrontar el problema más urgente, el de las bombas.

-Vengo directamente del aeropuerto, como me pediste -dijo en primer lugar, acusándose así por su aspecto. Acababa de arrojar el abrigo en un sillón cuando fuera sonaron voces sorprendidas. Las secretarias saludaban efusivamente a Philip Bancroft. Meredith se puso de pie, dispuesta a presentar batalla. Aquel iba a ser un hueso duro de roer.

Su padre entró en el despacho dando un portazo al cerrar.

-Está bien, escuchemos la historia. El maldito avión tuvo una avería y se ha retrasado horas. -Tomando el mando con su inimitable estilo, avanzó, arrojó el abrigo sobre un sillón y se encaró con Mark Braden-. ¿Y bien? ¿Qué has averiguado con respecto a ese asunto de las bombas? ¿Quién está tras ello? ¿Por qué no estás en Nueva Orleans, puesto que ese parece ser el objetivo principal?

-Acabo de volver de allí y hasta ahora solo tenemos teorías -empezó a decir Mark Braden, paciente; pero se interrumpió al observar que Philip se dirigía a los ordenadores, apretaba una serie de botones y maldecía al ver los resultados en las pantallas. Hasta el momento, en todas las sucursales las ventas del día eran mucho más bajas que las del mismo día del año anterior. Philip terminó por palidecer, hasta el punto de que el bronceado adquirido en el crucero pareció esfumarse de su rostro.

-¡Dios mío! -susurró-. Es peor de lo que esperaba.

-Pronto mejorará -intervino Meredith, tratando de tranquilizarlo. Por fin su padre le dio un beso en la mejilla. En otras circunstancias Meredith se habría reído de su aspecto, con el traje arrugado por el largo vuelo, la barba sin afeitar y el pelo alborotado-. Los clientes nos han dado la espalda momentáneamente -añadió la joven-, pero será cuestión de un par de días, cuando el escándalo de las bombas se haya desvanecido. -Empezó a levantarse para que Philip se sentara en el sillón presidencial, pero se quedó sorprendida cuando le indicó con un gesto que se quedara donde estaba, mientras él se sentaba en uno de los sillones de las visitas. Meredith se dio cuenta de que su padre estaba más exhausto y tenso de lo que parecía.

-Empieza por el principio, desde el día que me marché -le dijo Philip a su hija-. Y tú siéntate, Mark. Antes de escuchar tus teorías quiero conocer los hechos por boca de Meredith. ¿Ya habéis comprado el terreno de Houston?

Meredith se quedó rígida ante la mención de este asunto y miró a Mark.

-¿Te importaría esperar fuera unos minutos, Mark? Quiero discutir este...

-¡No seas ridícula! -interrumpió su padre-. En Braden se pucde confiar y tú tendrías que saberlo.

-Y lo sé -aseguró la joven con gran convicción e irritada por el tono de voz de Philip, pero aun asi insistió-. Mark, es cuestión de cinco minutos.

Cuando Braden se hubo marchado, Meredith se puso de pie y, rodeando el escritorio, se sentó en el borde, frente a su padre.

-Si vamos a hablar del proyecto de Houston quiere decir que tendremos que hablar de Matt. ¿Tendrás la suficiente calma para escuchar sin ponerte furioso?

-Tienes razón con respecto a Farrell. Ya lo creo que vamos a hablar de él. Pero primero quiero salvar mi negocio.

El instinto le dijo a Meredith que era el momento adecuado para abordarlo todo, incluida su relación con Matt. Philip estaba distraído con los asuntos del negocio y Mark Braden esperaba fuera para darles cuenta de lo que sabía, de modo que su padre no tendría mucho tiempo para enfurecerse y maldecir ante cada cosa que ella le contara.

-Has dicho que deseas saberlo todo. Te lo contaré de forma resumida y en orden cronológico, así terminaremos pronto, pero debes entender que, en parte, Matt está implicado en lo que tengo que contarte.

-Habla -ordenó Philip, frunciendo el entrecejo.

-Muy bien -contestó ella, sacando el diario que llevaba desde el momento en que se hizo cargo de la presidencia interina-. Quisimos comprar el terreno de Houston, pero alguien se nos adelantó. -Miró fijamente a su padre y añadió-: Intercorp fue el comprador.

Philip dio un respingo y casi se levantó del asiento.

-Siéntate y cálmate -le dijo Meredith, suave pero firmemente. lntercorp invirtió veinte millones y luego tasó el terreno en treinta. Fue obra de Matt en represalia contra ti, porque descubrió que habías bloqueado su propuesta de recalificación en Southville. Matt estuvo también a punto de entablar un pleito contra ti, contra el senador Davies y contra la comisión recalificadora. -Philip palideció al oír esto y Meredith agregó con rapidez-: Todo está arreglado. No habrá juicio y Matt nos vende el terreno por el precio de compra, veinte millones.

Observó detenidamente a su padre, deseosa de ver en su rostro cierta calma, en reconocimiento a la noble conducta de Matt; pero Philip apenas lograba contener su rabia y su odio. Meredith volvió a consultar su diario. Se alegró de que el siguiente asunto no tuviera nada que ver con Matt.

-Sam Green me informó de que nuestras acciones eran objeto de un interés desmesurado en el

mercado de valores. Subieron hasta que se produjo la primera amenaza de bomba la semana pasada, fecha en que empezaron a bajar. Uno de estos días sabremos quien o quienes son los nuevos accionistas y el volumen del paquete adquirido...

-¿Utilizó acaso Sam la palabra fusión hostil? -quiso saber Philip con voz tensa.

-Sí -admitió Meredith con renuencia. Pasó una página-. Pero convinimos en que era una preocupación imaginaria porque en este momento no somos una buena inversión. Como sabes, sufrimos una amenaza de bomba en Nueva Orleans, pero no hubo tal bomba. Las ventas bajaron en los días stguientes, pero luego se recuperaron hasta el nivel anterior.

Y así fue exponiendo todos los detalles, incluida la llamada de Parker de aquella misma mañana para informar de que en adelante obtendrían los préstamos de otra fuente. Al terminar, escrutó con preocupación el rostro de su padre, pues temía que no pudiera resistir tanto dado su precario estado de salud. Philip permanecía inmóvil, pero no estaba tan pálido.

-Y ahora vayamos a los asuntos personales, es decir, Matthew Farrell en particular. -Como un desafío, le lanzó la pregunta-: ¿Estás en condiciones de discutir este asunto?

-Sí -respondió Philip.

Ella suavizó el tono.

-Cuando descubrí que había comprado el terreno de Houston fui a su apartamento para hablar con él, pero Matt no estaba. El que sí estaba era su padre, que me acusó de tratar de arruinar la vida de su hijo y de haber abortado voluntariamente hace once años. Me advirtió que dejara en paz a Matt y no me interpusiera en su camino. -Philip apretó los dientes, pero Meredith prosiguió con voz tranquila-: Ese fin de semana fui a ver a Matt a su casa de Edmunton, y juntos lo aclaramos todo. Comprendimos lo que habías hecho, sin olvidar tu prohibición de que entrara a verme en el hospital. -Sonrió con tristeza-. Cuando tuve tiempo de pensar me di cuenta de que creíste actuar en beneficio mío, protegiéndome contra un cazafortunas, que es como lo llamaste entonces. No deberías haberte entrometido -añadio con aire sombrío-. Yo lo amaba y nunca superé del todo el dolor de que me hubiera abandonado a mí y a mi niño, cosa que me indujiste a creer y que no era cierta. En resumen, me hiciste más daño del que Matt me habría causado de ser verdad lo que tú pensabas de él. Sin embargo, sé que no era eso lo que pretendías. -Se quedó mirando la rígida expresión de su padre. Esperaba un comentario que no se produjo, por lo que Meredith siguió hablando-: La semana siguiente a mi visita a la casa de Matt arrestaron al falso abogado cuyos servicios contrataste. El hombre empezó a dar nombres de clientes, entre los que figuraba el mío y el de Matt. Se armó un escándalo público en torno a nosotros dos y a Parker. Matt actuó con rapidez, obteniendo la libertad bajo fianza del farsante y poniéndolo a buen recaudo. Luego él, Parker y yo, a iniciativa de Matt, dimos una conferencia de prensa conjunta, presentándonos como un grupo bien unido. Conseguimos así un respiro, pero por desgracia, la semana pasada salimos a cenar para celebrar mi cumpleaños y Parker bebió demasiado, y la fiesta terminó a puñetazos. Los medios de comunicación volvieron a cebarse en nosotros. -Intentó inyectar una nota de humor al desenlace de aquel estropicio-. Lo que puedo decir es que a partir de la conferencia de prensa, y durante varios días, nuestras ventas experimentaron un notable incremento, debido a toda la publicidad en torno a nosotros.

Philip no sonrió. Cuando por fin habló la voz le temblaba de rabiosa incredulidad.

-No habrás roto tu compromiso con Parker...

-Sí.

-Por Farrell.

-Sí. Le quiero -dijo tranquilamente y con absoluta convicción.

-Entonces eres una idiota.

-Y él me quiere a mi.

Philip se puso de pie. Tenía los labios torcidos en un gesto de desprecio.

-Ese monstruo no te quiere ni te desea. Lo único que busca es vengarse de mí.

Su tono era tan agresivo como las palabras mismas, pero Meredith no se amedrentó ni vaciló.

-Matt entiende que hasta que pasen unas semanas no podré ir a vivir con él, ya que en la conferencia de prensa aseguró que apenas nos conocíamos y que no existía posibilidad alguna de reconciliación. -Hizo una pausa y concluyó con tono resuelto-: Vosotros dos tendréis que aprender a toleraros. No quiero negar que Matt todavía está furioso por lo que hiciste, pero me ama y por eso tarde o temprano te perdonará, e incluso tratará de ser tu amigo...

-Te ha dicho él eso, Meredith? -preguntó Philip con mordaz sarcasmo.

-No -admitió ella-. Pero...

-Entonces déjame que te cuente lo que me dijo hace once años -masculló Philip con los puños sobre la mesa-. Ese hijo de puta me advirtió, me amenazó en mi propia casa, con que si me interponía entre vosotros me compraría y luego me enterraría. En aquella época no tenía ni mil dólares, de modo que sus palabras eran una amenaza sin fundamento, pero ahora... ¡Dios, ahora su amenaza es muy real!

Librodot

-¿Qué hiciste entonces para obligarlo a decir una cosa así? -quiso saber Meredith, tratando de adivinar la respuesta.

-No te lo ocultaré. Intenté comprarlo para que desapareciera de tu vida y cuando rechazó el dinero, le di un puñetazo.

-¿Te lo devolvió? -le preguntó Meredith, consciente de que Mart no lo habría hecho.

-¡No fue tan estúpido! Estábamos en mi propia casa y yo habría llamado a la policía. Además, no quería enemistarse contigo, cosa que podía ocurrir si me golpeaba. Farrell sabía que ibas a heredar millones de tu abuelo y quería apoderarse de ese capital. Me advirtió de lo que ocurriría si me interponía en su camino y ahora intenta llevar a cabo su venganza.

-No fue una advertencia, fue una amenaza infundada -dijo Meredith, repitiendo las palabras de su padre e intentando ponerse en e! lugar de Matt-. ¿Qué esperabas que hiciera, que se quedara allí como un imbécil escuchando tus insultos? ¿Que se dejara humillar sin replicar? Tiene el mismo orgullo que tú y su voluntad es tan fuerte como la tuya. Por eso os detestáis.

Philip abrió la boca ante lo que creía una gran ingenuidad. Se quedó mirando a su hija en silencio y asombrado, mientras su ira se disipaba. Por fin habló con tono casi amable.

-Meredih, eres una joven muy inteligente, sin embargo, en lo que concierne a ese hombre te tragas todo lo que te dice. Me has dado información relativa a una serie de terribles acontecimientos sucedidos en mi ausencia y que suponen una gran amenaza para nuestro negocio. Y al parecer no se te ha ocurrido pensar que todo ha sucedido, incluyendo las bombas, desde que Farell ha vuelto a aparecer en nuestras vidas.

-¡Oh, no seas ridículo! -repuso ella, y se echó a reír.

-Ya veremos quién es aquí el ridículo -le advirtió él. Inclinándose, tomó el intercomunicador y dio órdenes-. Que entre Braden. Y digale a Sam Green y a Allen Stanley que los quiero aquí enseguida.

En cuanto el abogado de la empresa y el interventor acudieron, Philip se lanzó a la acción.

-En esta reunión me propongo poner todas las cartas sobre la mesa, pero no debe trascender ni una palabra de lo que aquí se diga. ¿Está claro?

Los presentes asintieron con un gesto y Philip se volvió hacia Braden.

-Oigamos tus teorías con respecto a las amenazas de bomba.

-La policía cree, y yo también, que no se intentó causar daño alguno a los almacenes. Al contrario, pues las bombas fueron colocadas cuidadosamente en lugares donde podían ser localizadas sin dificultad antes de que estallaran. Y en caso de que por desgracia no se llegara a tiempo de descubrirlas, dadas sus ubicaciones habrían causado daños menores. Además, aquí en Chicago, donde más se tardó en localizar al artefacto, la policía recibió una llamada en la que se daba una pista. En resumen, todo apunta a que los que se hallan detrás de esto, tuvieron sumo cuidado en no dañar las instalaciones. Muy extraño -admitió Mark con sinceridad.

-No creo que tenga nada de extraño -intervino Philip con cierta ironía-. En realidad, a mi me parece que está lleno de sentido.

-¿Qué sentido? -preguntó Braden, mirando fijamente a Philip.

-Muy sencillo. Si uno se está preparando para lanzar una fusión hostil contra una cadena de grandes almacenes y es lo bastante ruin para colocar bombas en los establecimientos con tal de hacer bajar el precio de las acciones y comprar así la empresa más barata, entonces se cuidará mucho de que los artefactos no dañen aquello que va a ser de su propiedad.

Se produjo un tenso silencio y Philip se volvió hacia Sam Green.

-Quiero una lista de los nombres de toda persona, de toda compañía y toda institución que en los dos últimos meses haya adquirido más de nuestras acciones de una sola vez.

-La tendrás mañana, puesto que está ya casi concluida a petición de Meredith -afirmó Sam.

-¡Es la primera cosa que quiero ver en mi mesa mañana por la mañana! -ordenó Philip, y luego se encaró con Braden.

-Quiero que realices una minuciosa investigación sobre Matthew Farrell. No pases por alto ningún detalle, por insignificante que sea.

-Sería de utilidad saber específicamente qué datos buscas -apuntó Mark.

-Para empezar, los nombres de las compañías en las que posea un paquete mayoritario, así como todo nombre bajo el que haga negocios. Deseo conocer el estado de sus finanzas personales, dónde guarda su dinero y bajo qué nombre. Quiero nombres. Habrá fundado sociedades, habrá buscado refugios para el dinero... ¡Quiero nombres!

Meredith sabía lo que su padre se proponía: comparar aquellos nombres con la lista que estaba preparando Sam Green.

-Allen -Philip se dirigió al interventor-, colabora con Sam y con Mark. Pero insisto en que nadie más debe saber lo que estamos haciendo, no quiero que hasta el último empleado de Bancroft se entere de que estamos dando caza al bastardo con quien está casada mi hija...

-¡Es la última vez que dices una cosa así sin pruebas! -le espetó Meredith, furiosa.

-De acuerdo -concedió el padre sin dificultad, seguro de que pronto podría aportar tales pruebas.

Cuando la puerta se cerró tras los tres hombres, Meredith observó irritada cómo su padre cogía un pisapapeles y lo manoseaba, como si de pronto la timidez le impidiera mirarla a la cara. Por fin, Philip rompió el silencio y sus palabras conmocionaron a la joven.

-Hemos tenido nuestras diferencias -empezó él, vacilante-. Con excesiva frecuencia nuestros objetivos han sido opuestos y en gran parte fue por culpa mía. Mientras estaba atrapado en aquel barco pensé mucho en lo que me dijiste cuando te comenté que no deseaba verte sentada en el sillón presidencial de Bancroft. Me acusaste entonces de no... -se aclaró la garganta- quererte, pero en eso te equivocaste. -La miró con inquietud, furtivamente, después dirigió la vista al pisapapeles y añadió: En Italia pasé unas horas con tu madre.

-¿Mi madre? -repitió Meredith con la mente en blanco, como si tal persona fuera para ella algo más místico que real.

-No fue una reconciliación ni nada parecido -se apresuró a aclarar Philip, a la defensiva-. En realidad, discutimos. Me acusó de haberla culpado de infidelidades que nunca había cometido... -Se le quebró la voz por un momento y en su rostro apareció una expresion de preocupación, y Meredith supuso que su padre temía haber cometido un tremendo error y una gran injusticia con Caroline. Antes de que la joven reaccionara, Philip prosiguió-: Tu madre también me dijo algo que me hizo reflexionar. En realidad no pensé en otra cosa durante todo el viaje de regreso. -Respiró hondo para recobrar fuerzas y miró a Meredith-. Me acusó de ser celoso y de querer controlar a aquellos a quienes quiero. Me dijo que les impongo restricciones injustas porque tengo miedo de perderlos. Tal vez en tu caso eso haya sido cierto en el pasado.

Meredith sentía un nudo de emoción en la garganta, pero las siguientes palabras de su padre fueron frías y directas.

-Sin embargo, en este momento mis sentimientos hacia Farrell no tienen nada que ver con los celos. Ese hombre intenta destruir todo lo que yo he construido, todo lo que tengo y que algún día será tuyo. No le permitiré que lo logre. Haré cualquier cosa, cualquier cosa para detenerlo. Lo digo en serio.

Meredith abrió la boca para salir en defensa de Matt, pero él la silenció con un movimiento de la mano.

-Cuando te des cuenta de que tengo razón tendrás que elegir, Meredith. Farrell o yo. Apuesto a que elegirás bien, a pesar de la atracción que ejerce sobre ti ese hombre.

-No llegará el momento de una elección tan drástica, porque Matt es inocente.

-Siempre has estado ciega con respecto a él. Pero esta vez no voy a permitir que cierres los ojos y pretendas que nada de lo que está ocurriendo ocurre. Mientras lo investigamos, seguirás siendo presidente de la empresa. Bancroft es tu derecho de nacimiento y yo cometí el error de no querer que accedieras a la presidencia. Por lo que me cuentan Sam y Allen, has actuado con rapidez y sabiduría. Tu única equivocación es comprensible: obviaste la posibilidad de una compra hostil porque no te pareció lógico que nadie quisiera comprarnos en nuestra presente situación financiera. Meredith, el motivo para apoderarse de Bancroft no tiene nada que ver con el dinero, sino con la venganza. Cuando tengamos todos los hechos -le advirtió-, deberás adoptar una postura oficial. Tendrás que decidir si quieres alinearte con nuestro enemigo o luchar por tu derecho de nacimiento como presidente de Bancroft. Y tendrás que decirle al directorio cuál es tu decisión.

-¡Dios, qué equivocado estás con respecto a Matt!

-Espero no estarlo con respecto a ti -la interrumpió Philip-, porque confío en que no lo alertes para que pueda borrar sus huellas. -Cogió su abrigo; de pronto parecía viejo y cansado-. Estoy exhausto. Me voy a descansar. Volveré mañana, pero por el momento me instalaré en la sala de conferencias. Llámame si Braden se entera de algo.

-Lo haré -le respondió su hija-. Pero no te vayas sin sellar un compromiso verbal conmigo.

Con la mano en el pomo, Philip se volvió e inquirió:

-¿Qué compromiso?

-Quiero que me prometas que cuando compruebes que es inocente no solo le pedirás perdón por lo que le has hecho, sino que además intentarás, sincera y honestamente, ser su amigo. Además quiero que llegado ese momento te desdigas ante Sam, Stanley, Mark y cualquier otro que te haya oído de las calumnias que has dicho sobre Matt. -Philip intentó echar por tierra esta exigencia encogiéndose de hombros, pero Mcredith estaba demasiado decidida a cerrar el trato-. ¿Sí o no?

-Sí -masculló Philip.

Cuando la puerta se cerró tras él, Meredith se hundió en su sillón. Ni por un instante se le ocurrió pensar que debía advertir a Matt de algo y, sin embargo, por el hecho de haber prometido no decirle nada, se sentía vagamente manipulada para que se alineara contra su marido. Al mismo tiempo estaba conmovida por las palabras de su padre: había dicho que la quería y que aprobaba su gestión al frente de Bancroft.

Pero, sobre todo, se sentía esperanzada ante la idea de que cuando todo aquel embrollo se solucionara y la inocencia de Matt quedara demostrada, Phihip le pediría disculpas a Matt y él las aceptaría. ¡Qué maravilloso sería que ellos dos dejaran de ser enemigos! Si incluso llegaban a convertirse en amigos todas las aspiraciones de Meredith se verían colmadas.

Pese a su optimismo y confianza, no dejaba de pensar en algo que le había dicho su padre. Aquella noche, cenó con Matt en un restaurante del vecindario. Se sentaron en un rincón sumido en la penumbra. Cuando Matt se interesó por los detalles de la conversación entre padre e hija, ella se lo contó todo... excepto las sospechas que recaían sobre él. Meredith lo ocultó a cambio de la promesa paterna de excusarse ante Matt cuando se demostrara su inocencia. Tampoco mencionó otra cuestión referente a un comentario de Philip. Solo cuando regresaron a casa y después de haber hecho el amor, abordó el problema con la esperanza de que sus palabras no sonaran como una acusación o una sospecha.

A su lado, en la cama, apoyado en un codo, Matt deslizaba un dedo por la mejilla de su mujer.

-Ven a casa conmigo -le pidió-. Te prometí un paraíso y no puedo dártelo mientras vivamos cada uno en una casa y finjamos estar casados solo a medias.

Meredith esbozó una sonrisa en la que él leyó... ¿confusión? Su mujer estaba pensando en algo. Le tomó la barbilla con dos dedos y, amablemente, la obligó a mirarlo.

-¿Qué ocurre? -le preguntó en un susurro.

Meredith respondió con tono indiferente.

-Se trata de algo que dijo mi padre.

-¿Qué dijo tu padre?

-Que hace once años lo amenazaste con comprarlo y acabar con él si se interponía entre nosotros. No le dirías eso, ¿verdad?

-En cierto modo -le respondió Matt bruscamente, y agregó con más calma-: Cuando se lo dije, él estaba intentando sobornarme. Así que lancé mis propias amenazas.

-Pero ¿no pensarías llevarlas a cabo? -inquirió ella.

-En aquel momento hablaba en serio. Yo nunca digo lo que no siento -susurró él, y selló la boca de su mujer con un beso-, Pero -murmuró luego rozándole la mejilla con los labios- a veces cambio de opinión.

-¿Y en cuanto a enterrarlo? -insistió Meredith-. ¿Te referías a matarlo?

-No fue más que una metáfora, aunque debo admitir que en aquella época hubiera disfrutado rompiéndole algún hueso.

Aliviada pero no del todo satisfecha, Meredith le colocó un dedo en los labios para que no la distrajera con otro beso.

-¿Por qué le dijiste que tenías la intención de comprarlo?

Matt levantó la cabeza, arqueando las cejas ante la duda de su esposa.

-Acababa de oír su oferta de soborno y su acusación de que andaba tras tu dinero. Le dije que no necesitaba tu dinero y que algún día ganaría tanto que con mi fortuna podría comprado y venderlo. Si no recuerdo mal, esas fueron más o menos mis palabras textuales. Y supongo que por enterrarlo quise decir lo mismo... ser capaz de comprarlo y venderlo.

El rostro de Meredith se aclaró, y tomando a Matt por la cabeza, lo atrajo hacia así. Le acarició la cara y le dijo sonriente:

-Puedes darme ese beso ahora?

54

A la mañana siguiente aún tenía el corazón alegre cuando recogió el periódico que el repartidor había dejado junto a su puerta. En primera página y en grandes titulares leyó algo que casi la hizo trastabillar: «Matthew Farrell interrogado por el asesinato de Stanislaus Spyzhalski».

Leyó el artículo ávidamente, sintiendo los intensos latidos de su corazón. Empezaba mencionando el falso divorcio procurado por el presunto abogado y terminaba con el siniestro anuncio de que Matt había sido llamado a declarar la tarde anterior.

Meredith no podía apartar la vista de la última frase. Estaba traumatizada. ¡Matt había sido interrogado el día anterior! ¡El día anterior! Y no solo no le había dicho nada, sino que había actuado como de costumbre: comieron juntos, hicieron el amor... Atónita ante la extraordinaria capacidad de Matt para ocultar sus emociones (para ocultárselas incluso a ella), Meredith entró en su apartamento y empezó a vestirse. Lo llamaría desde la oficina.

Cuando llegó a Bancroft, Lisa la esperaba con evidente nerviosismo.

-Meredith, tengo que hablar contigo -dijo al tiempo que cerraba la puerta.

Meredith miró a su vieja amiga y esbozó una sonrisa vacilante, que expresaba la duda acerca de la lealtad de Lisa.

-Me preguntaba cuándo ibas a decidirte a hablar del asunto.

-¿Qué quieres decir?

Meredith la miró con firmeza.

-Me refiero a Parker.

Esas palabras conmocionaron a Lisa.

-¿Parker? ¡Oh, Dios mío! Quería hablarte de él, pero hasta ahora no he tenido el valor suficiente. Meredith -imploró levantando las manos y luego dejándolas caer con gesto desvalido-, sé que pensarás que soy la embustera más grande del mundo, porque siempre me burlaba de él. Pero te juro que no lo hacía para romper vuestra relación. Lo hacía para tratar de ahogar mis propios sentimientos, para convencerme de que Parker no era más que un banquero pomposo. Maldita sea, tú no estabas enamorada de él, y si no piensa con que rapidez caíste en brazos de Matt en cuanto él apareció. -Abatida, suplicó-: ¡Oh, por favor, no me odies! ¡No me odies, Meredith! -Se le quebró la voz-. Te quiero más que a mis propias hermanas y me he despreciado por amar al hombre con el que estabas comprometida.

De pronto volvían a ser dos niñas de la escuela elemental que habían reñido en el patio de Saint Stephen, pero los años no habían pasado en balde, y habían aprendido a valorar su amistad. Lisa miró a Meredith con lágrimas en los ojos, desolada.

-Por favor -susurró-, no dejes de quererme.

Meredith exhaló un largo y entrecortado suspiro.

-No podría dejar de quererte -dijo con una sonrisa temblorosa-. Te quiero y además no tengo otras hermanas. -Lisa se lanzó a los brazos de su amiga riendo y se abrazaron, tratando de no llorar.

-Pero ¿no te parece un poco... incestuoso? -preguntó Lisa con voz queda al cabo de unos segundos-. Me refiero a mi relación con Parker.

-Me lo pareció... la mañana que te llamé y estabas en la cama con él.

Lisa rompió a reír, pero se detuvo bruscamente.

-En realidad, no he venido a hablarte de Parker. He venido a preguntarte por el interrogatorio de la policía. Lo leí en el diario y... -Su mirada se paseó por la estancia-. Bueno, supongo que he venido para que me tranquilices. ¿La policía cree que Matt mató a ese hombre?

Reprimiendo un acceso de rabiosa lealtad, Meredith preguntó con voz serena:

-¿Por qué van a creer eso? Y lo que es más importante, ¿por qué lo crees tú?

-Yo no lo creo -protestó Lisa, abatida-. Lo que pasa es que no puedo olvidar una escena que se produjo en este despacho, el día de la conferencia de prensa. Matt hablaba con su abogado por el teléfono con altavoces. Estaba furioso con Spyzhalski, y desesperadamente decidido a protegerte del escándalo. Y dijo algo que sonó... extraño... y amenazador, incluso entonces.

-¿De qué hablas? -inquirió Meredith, más impaciente que alterada.

-De lo que contestó Matt cuando su abogado le habló de Spyzhalski diciéndole que era un loco que pretendía montar un espectáculo ante el juez. Entonces Matt ordenó a su abogado que hiciera cambiar de idea a ese hombre y que lo sacara de la ciudad. Y añadió que más tarde «se encargaría de él». -Lisa miró con aprensión el rostro de Meredith-. No crees que la manera «encargarse de él» pueda haber sido ordenar que le dieran una paliza de muerte y tirarlo a una zanja, ¿verdad?

-¡Eso es lo más absurdo y ultrajante que he oído en mi vida! -replicó Meredith en un susurro sibilante.

Entonces, las palabras de Philip hicieron volverse a ambas mujeres.

-No creo que la policía piense que sea absurdo -anunció desde la puerta de la sala de conferencias- Y es tu deber comunicárselo.

-¡No! -exclamó su hija, presa de pánico al pensar en la interpretación que darían a las palabras de Matt. Pero enseguida se le ocurrió algo que le causó tanto alivio que la hizo sonreír-. Soy la esposa de Matt y no tengo la obligación de repetir eso, ni siquiera ante los tribunales.

Philip miró a Lisa.

-Tú lo oíste, y no estás casada con ese hijo de puta.

Lisa miró a Meredith y vio dos ojos implorantes. Sin vacilar un solo momento, se puso de su parte.

-En realidad, señor Bancroft -mintió con una sonrisa evasiva-, pensándolo bien no creo que esas fueran las palabras de Matt. No, estoy segura de que no lo fueron. Ya sabe que tengo una gran imaginación -añadió dirigiéndose a la puerta-. Por eso soy una gran diseñadora... Tengo una imaginación muy vívida. -Abandonó el despacho.

Cuando Philip fijó su furiosa mirada en Meredith, a esta se le había ocurrido un poderoso razonamiento.

-¿Sabes una cosa? En tu desesperación por culpar de todo a Matt tropiezas con tus sofismas. Por una parte lo acusas de no quererme, de utilizarme únicamente como instrumento de su venganza contra ti. Pero si eso es verdad, ¿cómo explicas que haya hecho asesinar a Spyzhalski con el fin de protegerme de un escándalo? -Se dio cuenta de que había dado en el blanco, pues su padre maldijo entre dientes y se marchó. Sin embargo, al cabo de un momento, se sobresaltó al recordar algo que Matt le había dicho la noche en que encontraron el cuerpo del falso abogado. Ella había bromeado acerca de la molestia que suponían los periodistas: «¿Harías eso por mí?», le había pedido en respuesta a su ofrecimiento de salir y enfrentarse con la prensa mientras ella subía al apartamento desde el aparcamiento. Matt le contestó: «No tienes idea de lo que haría por ti».

Meredith dio unos pasos hacia la mesa y meneó la cabeza como tratando de desprenderse de sus fantasmas.

-Un momento -se advirtió a sí misma en voz alta-. Estás permitiendo que te afecten las sospechas de los otros.

Sin embargo, a las seis de esa misma tarde, le fue casi imposible sustraerse a las sospechas ajenas.

-Aquí están los primeros datos, Meredith -le anunció su padre entrando en compañía de Mark Braden, y arrojó dos informes sobre el escritorio.

Con un repentino presentimiento, Meredith apartó el presupuesto de publicidad que estaba estudiando, miró los rostros sombríos de ambos hombres y luego empezó a repasar los informes que supuestamente implicaban a su marido en actos criminales.

El primer informe era una larga lista de las actividades de Matt, obra de Braden. Este había puesto círculos rojos junto a cada compañía propiedad de Matt, de cada empresa en la que tenía intereses. Eran docenas y docenas. Ocho de los nombres, sin embargo, se distinguían del resto por llevar una equis mayúscula a un lado. Meredith repasó el otro informe, referido a los particulares, las instituciones y compañías que habían adquirido recientemente más de mil acciones de Bancroft. Empezó a acelerársele el pulso cuando comprobó que los nombres marcados en la otra lista figuraban entre los nuevos compradores de Bancroft. Meredith sumó mentalmente y se dio cuenta de que su marido poseía un enorme paquete de acciones, siempre bajo nombres distintos al de Intercorp.

-Es solo el principio -dijo Philip-. La lista no está actualizada y la investigación sobre Farrell aún no ha terminado. Dios sabe cuántas acciones habrá comprado o bajo qué nombres. Cuando los precios subieron, Farrell decidió poner unas bombas en nuestros almacenes para hacerlos bajar. Bien -concluyó apoyando las manos en el escritorio-. ¿Admites ahora que ese hombre está detrás de lo que nos está ocurriendo?

-¡No! -replicó Meredith con voz pétrea, aunque no sabía si negaba los hechos o su propia capacidad para asumirlos-. Todo lo que prueba eso es que Matt decidió comprar acciones de nuestra compañía. Puede haber vanas razones que lo expliquen. Tal vez considere que somos una buena inversión a largo plazo y, además, le divirtió la idea de ganar dinero con nosotros. -Se levantó con las piernas temblorosas y miró a ambos hombres-. Eso no tiene nada que ver con las bombas y el asesinato.

-¿Por qué habré llegado a creer que tenías sentido común? -profirió Philip con frustración-. Ese hijo de puta posee ya el terreno de Houston que tanto deseamos y Dios sabe qué otros bienes. En sus manos tiene un paquete de acciones suficiente para otorgarle un asiento en nuestro directorio...

-Es tarde -le interrumpió Meredith con voz tensa, y empezó a meter papeles en su portafolios-. Me voy a casa e intentaré trabajar allí. Tú y Mark podéis continuar esta caza de brujas sin mí.

-¡Apártate de él, Meredith! -le advirtió su padre cuando ella ya se acercaba a la puerta-. Si no lo haces, terminarás por parecer su cómplice. El viernes a más tardar tendremos pruebas suficientes para poner el asunto en manos de las autoridades...

Meredith se volvió e hizo un esfuerzo tar con sarcasmo.

-¿Qué autoridades?

-Para empezar, la Comisión Controladora de Acciones y Valores. Si Farrell ha adquirido el cinco por ciento de nuestras acciones, y tengo la absoluta certeza de que lo ha hecho, está violando las normas de ese organismo, porque no ha enviado la notificación correspondiente. Y si ha violado esa ley, la policía lo considerará más sucio que la nieve pisoteada en lo referente a las amenazas de bomba y la muerte de ese abogado.

Meredith salió dando un portazo. Como pudo, las arregló para sonreír y dar las buenas noches a ejecutivos que le salían al paso, pero cuando estuvo sentada en el Jaguar, apoyó la cabeza en el volante, desolada y descompuesta. El cuerpo le temblaba de un modo incontrolable. Se dijo que no existía razón alguna para aquel pánico, que Matt podría explicarlo todo de manera lógica y convincente. Ella no iba a condenarlo basándose en unos datos poco concluyentes. Se lo repitió una y otra vez, como una letanía. O como una oración. Poco a poco se calmó y logró poner en marcha el vehículo. Matt era inocente, tenía que serlo. No lo deshonraría con la duda. Ni un solo momento más.

Sin embargo, contra esta noble resolución se estrellaban sus temores y sus recelos. Ya en su casa,

se sentía tan turbada que no podía pensar en otra cosa que no fuera Matt y la evidencia acusadora. Abrió el portafolios y sacó el presupuesto para publicidad, consciente de que sería incapaz de concentrarse en nada salvo el problema que amenazaba con destruir su vida. Si pudiera ver a Matt, si solo pudiera mirar aquel rostro amado, aquellos ojos, oír su voz, se tranquilizaría, asumiría la certeza de que era inocente de las acusaciones de Philip.

Enfrascada en tales pensamientos llamó a la puerta de Matt. Este le había conseguido un pase en portería que le daba libre acceso al edificio, por lo que no estaba al corriente de su imprevista llegada.

Le abrió Joe O'Hara, un rostro ya familiar que ahora exhibía una amplia sonrisa ante la agradable visión.

-Eh, señora Farrell. Matt estará muy contento de verla. Nada lo haría más feliz -profetizó, y al ver que no llevaba equipaje, añadió en voz más baja-: Salvo que viniera con sus maletas.

-Me temo que no las traigo -repuso Meredith, incapaz de evitar sonreír ante la frescura de Joe. En aquella casa de soltero de Matt, Joe se encargaba de todo cuando no estaba ejerciendo de chófer y de guardaespaldas. Contestaba el teléfono, abría la puerta, incluso se metía de vez en cuando en la cocina. Ahora que Meredith estaba acostumbrada a su imponente presencia, coronada por una cara siniestra, Joe le recordaba a un oso de peluche, aunque eso sí, letal.

-Matt está en la biblioteca -informó Joe al tiempo que cerraba la puerta-. Ha traído mucho trabajo de la oficina, pero no le importará esta interrupción. ¿Quiere que la acompañe?

-No, gracias -respondió ella, sonriéndole-. Conozco el camino.

-Voy a salir un par de horas -comentó Joe, y Meredith reprimió un absurdo sentimiento de vergüenza al imaginar lo que pensaba aquel apéndice de Matt: que ella había venido para acostarse con su marido.

Se detuvo en el umbral de la biblioteca, sintiéndose fortalecida y alegre ante la visión que le ofrecían sus ojos: Matt. Sentado en un sofá de cuero, con las piernas cruzadas, leía un documento y hacía anotaciones en los márgenes. La mesita que tenía enfrente estaba cubierta de papeles de trabajo. En un momento dado, Matt levantó la vista, vio a su mujer y en su rostro se dibujó una lenta y cálida sonrisa.

-Debe de ser mi día de suerte -dijo él, poniéndose de pie saliendo al encuentro de su mujer-. Creí que no podrías venir esta noche porque estarías cansada después de tanto trabájo. Supongo que es esperar demasiado -añadió ampliando la sonrisa- que hayas venido con maletas.

Meredith rió, pero incluso a ella la risa sonaba vacía.

-Joe me comentó lo mismo.

-Debería despedirlo por impertinente -bromeó Matt, y la atrajo hacia sí para besarla. Ella le respondió sin el entusiasmo de siempre y su marido lo notó casi instantáneamente. Se quedó mirándola desconcertado-. ¿Por qué presiento que tu mente está en otra parte? -le preguntó.

-Obviamente, tu intuición es más profunda que la mía.

Matt se separó un paso de ella, las cejas arqueadas.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Que yo soy incapaz de adivinar lo que pasa por tu mente tan bien como tú adivinas lo que pasa por la mía -le respondió Meredith con más vigor del necesario, y sobresaltada, recordó que no había ido para que la presencia de Matt la tranquilizase, sino para buscar respuestas.

-¿Por qué no vamos al salón? Allí estaremos más comodos. Vamos, quiero que me expliques eso.

Meredith asintió y lo siguió,pero una vez allí se sintió demasiado inquieta para sentarse y desafiarlo con sus tácitas acusaciones. Nerviosa ante el escrutinio a que ahora la sometía Matt, dejó vagar la mirada... Vio la colección de viejas fotografías de Julie, de Patrick, de la madre muerta, todas enmarcadas y expuestas en una mesa espléndidamente tallada, el álbum encuadernado en piel...

Matt presintió que su mujer estaba tensa, y cuando habló lo hizo con una mezcla de confusión y brusquedad.

-¿Qué pasa por tu cabeza?

Sorprendida, lo miró y le dijo lo que estaba pensando en aquel momento.

-Anoche no me informaste de que la policta te interrogó acerca de la muerte de Spyzhalski. ¿Por qué? ¿Cómo pudiste pasar casi toda la noche conmigo sin decirme que eres... un sospechoso?

-No te dije nada porque ya tenías bastantes problemas. Además, la policía está interrogando a muchos de los *clientes* de ese farsante. Yo no soy un *sospechoso*. -Advirtió que Meredith trataba de ocultar el alivio y la duda que la embargaba y apretó los dientes y luego inquirió-: ¿O lo soy?

-¿Qué?

-¿Me consideras sospechoso de asesinato?

-¡Por supuesto que no! -Retirándose el pelo de la frente en un gesto de nerviosa confusión, miró a otro lado, incapaz de no seguir odiándose por el sentimiento de desconfianza que la inducía a insistir en el asunto-. Lo siento, Matt. Ha sido un día horroroso. -Observó su reacción mientras pronunciaba las siguientes palabras-. Mi padre está convencido de que alguien está a punto de lanzar una compra

hostil contra nosotros.

-El rostro de Matt no se alteró en lo más mínimo. Inescrutable. ¿Tal vez en guardia?-. Cree que quien ha puesto las bombas en nuestras instalaciones es la misma persona o grupo que intenta controlamos.

-Es posible que tenga razón -convino Matt. Por el tono frío y cortante de su voz, Meredith supo que Matt estaba empezando a pensar que no solo su padre, sino también ella sospechaba de él. La despreciaría por ello. Profundamente afligida, desvió la mirada y contempló la foto de los padres de Matt el día de su boda. Había visto una fotografía igual en uno de los álbumes de la casa de Edmunton. Las fotos, los nombres al pie... ¡Los nombres! El nombre de soltera de la madre de Matt era Collier. Y Collier Trust había comprado los créditos de Bancroft. De no haber estado asediada por tantos problemas, habría establecido la conexión cuando Parker se refirió por primera vez al Collier Trust.

Miró a Matt acusadoramente, mientras que el sentimiento de la traición crecía en su interior.

-El apellido de tu madre era Collier, ¿verdad? -preguntó con voz devastada por la angustia-. Tú eres Collier Trust, ¿no es así?

-Sí -admitió él, observándola como si no entendiera por qué Meredith reaccionaba así.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó la joven dando un paso atrás-. Estás adquiriendo nuestras acciones y has comprado nuestros créditos. ¿Qué intentas hacer, hipotecar y lanzar una compra hostil sinos retrasamos en un pago?

-Eso es ridículo! -replicó Matt, con voz llena de ansiedad. Avanzó hacia ella-. Meredith, intentaba ayudarte.

-¿Cómo? -gritó cruzando los brazos sobre el pecho y apartándose de su marido-. ¿Comprando nuestros créditos o nuestras acciones?

-De las dos maneras...

-¡Mientes! -le espetó ella, comprendiendo que por fin las piezas del rompecabezas encajaban. Su ciega obsesión dio paso a la agónica y lamentable realidad. Matt era su enemigo-. Empezaste a adquirir nuestras acciones al día siguiente de que almorzáramos juntos, es decir, cuando te enteraste de que mi padre había bloqueado tu demanda de recalificación. He visto las fechas. ¡No me estabas ayudando!

-No, entonces no te estaba ayudando -puntualizó Matt con desesperada sinceridad-. Compré las acciones con la intención de acumularlas hasta tener el número suficiente para hacerme acreedor a una silla en tu consejo directivo. Es más, si podía quería controlar la firma.

-Y desde entonces has seguido comprándolas -replicó Meredith-. Solo que ahora te cuestan menos, porque las amenazas de bomba hacen bajar los precios. Matt -prosiguió con voz temblorosa-, por una vez, dime la verdad. ¿Ordenaste la muerte de Spyzhalski? ¿Tienes algo que ver con las bombas?

-¡Maldita sea! ¡No!

Temblando de angustia e ira, Meredith ignoró las protestas airadas de su marido.

-La primera amenaza de bomba se produjo la misma semana en que almorzamos juntos y tú te enteraste de las maniobras de mi padre para echar por tierra tu proyecto de Southville. ¿No te parece demasiada coincidencia?

-No soy culpable de nada de eso -repuso Matt precipitadamente-. Escúchame. Si quieres saber toda la verdad, te la contaré. -Su voz se suavizó-. ¿Me escucharás, querida?

Sus amables palabras y su rostro estaban llenos de ternura, sin duda tratando desesperadamente de lograr que Meredith se ablandara. Asintió, consciente de que nunca podría creerlo del todo, pues ya le había ocultado demasiadas cosas en el pasado.

-Ya he admitido que empecé a comprar las acciones en represalia contra tu padre. Pero después, cuando viniste a mi casa de Edmunton, me di cuenta de lo mucho que Bancroft significa para ti. Pero también sabía que cuando tu padre regresara de su crucero y nos encontrara juntos de nuevo, haría cualquier cosa con tal de separarte de mí. Supuse que tarde o temprano te pondría en la disyuntiva: o él o yo; Bancroft y la presidencia, o nada, si te quedabas conmigo. Por eso decidí seguir comprando acciones, para que tu padre no pudiera hacer eso. Estaba dispuesto a adquirir el número necesario para eliminar la amenaza de despojarte de la presidencia, puesto que yo sería quien controlara la empresa.

Meredith lo miró fijamente. El secretismo con que Matt había llevado este y otros asuntos no era la mejor forma de cultivar la confianza.

-¿Y no podrías haber compartido conmigo esas nobles motivaciones? -inquirió con rencor.

-No sabía cómo reaccionarias.

-Y ayer permitiste que me comportara como una idiota contándote lo de los créditos, diciéndote que nuestro prestamista es ahora Collier Trust, cuando en realidad tú estás detrás de esa sociedad.

-Temía que lo interpretaras como... una obra de caridad.

-¡No soy tan estúpida! -le espetó Meredith, pero su voz temblaba, y las lágrimas pugnaban por

llenarle los ojos-. No fue caridad, sino un brillante movimiento táctico. Le prometiste a mi padre que un día serías su dueño y ahora lo eres... con la ayuda de unas bombas y de mi colaboración inconsciente.

-Sé que parece así...

-¡Porque es así! -lo interrumpió-. Desde que fui a verte a Edmunton para contarte lo ocurrido hace once años has estado utilizando cruelmente todo lo que te he dicho para manipular el rumbo de los acontecimientos según tu conveniencia. Me has mentido...

-¡No! ¡No te he mentido!

-Con toda deliberación me has inducido al error y eso equivale a mentir. Tus métodos son deshonestos, pero pretendes que crea que tus motivos son nobles. Bueno, pues no puedo.

-No nos hagas esto -le advirtió él desolado, consciente de que estaba perdiendo a Meredith-. Permites que once años de desconfianza afecten todo lo que has descubierto, desvirtuando así mis razones.

En un rincón de su ser Meredith no estaba segura de sus propias conclusiones. Sin embargo, sabía que un falso abogado que se había interpuesto en el camino de Matt había muerto; y que su padre, otro molesto intruso, pronto se convertiría en una marioneta que tendría que bailar al son que le tocaran los hilos financieros de Matt. ¿Y qué sería ella? Otra marioneta.

-¡Demuéstramelo! -exigió la joven al borde de la histeria-. ¡Quiero pruebas!

Las facciones de Matt se endurecieron.

-Alguien tiene que demostrarte que no soy un incendiario ni un asesino, ¿no? Necesitas la prueba de que soy inocente, y si no puedo dártela, creerás lo peor.

Golpeada por la veracidad de sus palabras, Meredith lo miró, sintiendo que el corazón se le hacía pedazos. Cuando Matt volvió a hablar, su voz estaba impregnada de emoción.

-Solo tienes que confiar en mí durante unas semanas, hasta que las autoridades despejen todas las incógnitas. -Le tendió la mano-. Confía en mí, querida.

Sintiendo el zarpazo de la más cruel incertidumbre, Meredith observó la mano extendida de su marido, pero fue incapaz de aceptarla. Las amenazas de bomba eran tan oportunas... Además, la policía no estaba interrogando a todos los clientes de Spyzhalski, puesto que ella no había sido llamada.

-O me estrechas la mano -agregó Matt- o terminamos ahora mismo y nos libramos de tanta angustia.

Meredith se esforzó por tenderle la mano y confiar en él, pero fue inútil.

-No puedo -murmuró con voz quebrada-. ¡Quiero, pero no puedo! -Matt retiró la mano y su rostro se volvió inexpresivo. Incapaz de sostenerle la mirada, ella se volvió para marcharse. Cuando al meter la mano en un bolsillo sus dedos tocaron las llaves del Jaguar, las sacó y se las tendió-. Lo siento -musitó con un gran esfuerzo para que su voz no temblara-, pero no me está permitido aceptar regalos de un valor superior a veinticinco dólares de alguien con quien mi empresa hace negocios.

Matt no se movió ni siquiera cogió las llaves. Solo el temblor de un músculo de su rostro delataba su emoción. Meredith se sintió morir por dentro. Dejó las llaves sobre la mesa y huyó. Ya en la calle llamó un taxi.

Al día siguiente las ventas experimentaron un inesperado aumento en las sucursales de Dallas y Nueva Orleans, así como en la central de Chicago. En su despacho, Meredith observó en las pantallas el baile de cifras y se sentía aliviada, pero no feliz. Lo que sintió once años atrás no podía compararse con sus sentimientos actuales. Entonces ella no había podido hacer nada para cambiar el curso de los acontecimientos. En cambio, ahora la elección había sido suya; y no podía quitarse de encima la agónica incertidumbre que la asediaba. ¿No habría cometido un terrible error? Cuando Sam Green le presentó una nueva lista que demostraba que Matt había adquirido un paquete de Bancroft mayor del que suponían, la posibilidad de haberse equivocado siguió atormentándola.

Durante el día, Mark tuvo que llamar dos veces a la policía de las tres ciudades afectadas por las amenazas de bomba contra Bancroft. A instancias de Meredith, Mark llamó varias veces más, pero la policía no tenía pistas. Nada que justificara una llamada a Matt para disculparse.

Pasó el día sin hacer nada útil, como ausente. Le dolía la cabeza porque en toda la noche no había podido pegar ojo.

En el umbral de la puerta de su apartamento encontró el diario de la tarde, y Meredith, sin quitarse el abrigo, lo recogió y lo repasó ávidamente, con la esperanza de leer la noticia de la detención del autor de la muerte de Spyzhalski. Nada. No tenían al asesino ni a un sospechoso. Encendió la televisión para escuchar las noticias de las seis. No hablaron del caso.

En un intento inútil dc evadirse de su infortunio, Meredith decidió decorar el árbol de Navidad. Cuando terminó y mientras estaba arreglando la escena del nacimiento al pie, empezaron a dar las

noticias de las diez. Sintiendo los esperanzados latidos de su corazón, se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas, la mirada fija en la pantalla.

Hablaron de la muerte de Spyzhalski y de las amenazas de bomba, pero no dijeron nada que exculpara a Matt.

Desesperada, apagó la televisión y se quedó allí sentada, contemplando embobada las luces centelleantes del árbol de Navidad. En su mente oía la voz de Matt, dolorosamente familiar, serena y profunda. «Tarde o temprano, Meredith, tendrás que arriesgarte y confiar en mí ciegamente. Hasta entonces me engañas y te engañas a ti misma. No puedes burlar el destino quedándote en la platea viendo pasar la vida. O cruzas el río y lo arriesgas todo, o no lo haces y lo ves pasar desde la orilla. Si eso es lo que prefieres, bueno, no te ahogarás, pero tampoco obtendrás una victoria.» El que no arriesga no gana. Cuando llegó el momento de tomar una decisión, no fue capaz de arriesgarse.

Pensó en muchas otras cosas que Matt le había dicho. Cosas hermosas, dichas con solemnidad e impregnadas de ternura. «Si vienes a vivir conmigo, te entregaré el paraíso en bandeja de plata. Cualquier cosa que quieras, todo lo que quieras...» Con solo una condición: él estaba incluido en la oferta.

Palabras punzantes cuyo recuerdo atenazaba el pecho de Meredith. Se preguntó qué estaría haciendo él en ese momento; si aguardaba esperanzado su llamada. Pero la respuesta a este interrogante estaba implícita en las palabras de despedida de Matt. De pronto, el significado completo de esas palabras se abrió paso en su mente: había sido un ultimátum. Él no esperaba su llamada, ni ahora ni nunca. La noche anterior la había obligado a tomar una decisión irreversible. «O me estrechas la mano o terminamos y nos libramos así de tanta angustia.»

Cuando lo dejó allí de pie, comprendió que su decisión era para él definitiva, que no tenía intención de concederle otra oportunidad cuando llegara el momento (si llegaba) en que se comprobara su inocencia. Ahora lo entendía. Debería haberlo comprendido la noche anterior. Pero aun así, no era capaz de confiar en él y tenderle la mano. Todo estaba contra Matt. Los hechos eran apabullantes.

Las figuritas de la escena del nacimiento oscilaban, borrosas, porque tenía los ojos llenos de lágrimas. Hundió la cabeza entre los brazos.

-Oh, Dios -sollozó-, no permitas que me ocurra esto. Por favor, no lo permitas.

55

Al día siguiente, a las cinco de la tarde, Meredith fue convocada por el consejo, que llevaba horas deliberando. Se trataba de una reunión de emergencia.

Al entrar en la sala Meredith quedó sorprendida al darse cuenta de que se le había reservado la presidencia de la mesa. Una mirada rápida a los rostros, entre los que estaba el de su padre, le bastó para comprobar que la atmosfera era tensa y lúgubre. Trató de no sentirse demasiado alarmada y de mostrarse a la altura de las circunstancias.

-Buenas tardes, señores.

Respondieron el saludo con frialdad, salvo el anciano Cyrus Fortell, al parecer estaba dispuesto a apoyarla y no hacía el menor esfuerzo por ocultarlo.

-Buenas tardes, Meredith -le dijo el anciano-. Déjame decirte que estás más bonita que nunca.

Meredith tenía mal aspecto y lo sabía, pero aun asi esbozó una encantadora sonrisa a Cyrus. Ella daba por sentado que al menos una parte de la reunión estaría dedicada al «tema Farrell» y que sin duda tendría que dar explicaciones. No obstante, se sorprendió cuando comprobó que su marido era el objeto exclusivo de tan prolongada reunión.

El ejecutivo sentado a su derecha le señaló unos documentos y dijo con voz fría:

-Están preparados para tu firma, Meredith. Al terminar esta reunión los presentaremos a las autoridades competentes. Tómate un momento para leerlos. Nosotros no lo haremos, porque casi todos hemos participado en su redacción.

-Yo no los he visto -objeté Cyrus, empezando a leer su copia.

Al principio, Meredith no dio crédito a sus oídos, pero luego empezó a leer con rapidez. A medida que lo hacía notaba una sensación amarga, sofocante, subiéndole por la garganta.El primer documento era una denuncia oficial ante la Comisión Controladora de Acciones y Valores en la que se declaraba que ella tenía conocimiento de que Matthew Farrell estaba manipulando las acciones de Bancroft & Company y de que este utilizaba la información que le había sonsacado para conseguir sus propósitos. Finalmente, se pedía que Farrell fuera investigado y que sus actividades delictivas fueran detenidas.

El segundo documento iba dirigido al FBI y a los jefes de policía de Dallas, Nueva Orleans y Chicago, y en él se declaraba que Meredith tenía razones fundadas para creer que Matthew Farrell era responsable de los atentados contra Bancroft. La tercera denuncia iba dirigida también al

departamento de policía. Meredith declaraba haber oído decir a Matthew Farrell, durante una llamada a su abogado, que eliminaría a Stanislaus Spyzhalski; por ese motivo, y renunciando a su derecho de esposa, hacía una declaración pública según la cual consideraba culpable a su marido de la muerte del falso abogado.

Meredith estaba atónita ante tan grotesca infamia. Aquellas perversas acusaciones no eran más que medias verdades cuidadosamente elaboradas. ¿Y ella? Había sido una estúpida, una traidora por haber creído un solo instante que había algo de verdad en todo aquel montón de basura contra su marido. Durante dos días vivió como eclipsada por la sospecha y la impotencia. De pronto se disipaba el velo y veía con claridád meridiana los propios errores, los motivos del directorio y la mano de su padre.

-Firma, Meredith -le ordenó Nolan Wilder, pasándole una pluma.

Entonces tomó una decisión irrevocable y quizá tardía. Lentamente se levantó de la silla.

-¿Firmar? -le espetó a Wilder con desprecio-. ¡Ni pensarlo!

-Teníamos la esperanza de que apreciaras en lo que vale esta oportunidad para salir ilesa del escándalo y a la vez ver cómo se aclara la verdad y se hace justicia -dijo Wilder con voz gélida.

-¿Eso es lo que les interesa? ¿La verdad y la justicia? -Meredith se inclinó y apoyó las manos en la mesa, mirando a los consejeros con desprecio. Varios de ellos desviaron la mirada, mostrando su desacuerdo con los documentos que se habían visto poco menos que obligados afirmar-. ¡Pues les diré la verdad! -prosiguió Meredith con absoluta convicción-. Matthew Farrell no tiene nada que ver con los atentados ni con la muerte de ese falso abogado y tampoco es culpable de violar las normas de la Comisión Controladora. La verdad es -añadió con desdén- que todos ustedes sienten terror ante la sola mención de Matt. En comparación con sus éxitos, los de ustedes son insignificantes y el hecho de que se haya convertido en un accionista importante en esta empresa y de que pueda reclamar un asiento en este consejo les hace sentirse muy pequeños. Ustedes están aterrados, y si creen que voy a firmar esta basura porque así me lo ordenan, además son unos perfectos idiotas.

-Sugiero que reconsideres tu actitud muy cuidadosamente y ahora mismo, Meredith -intervino uno de los miembros con expresión ofendida-. O actúas en beneficio de Bancroft y por tanto firmas esos documentos, como es tu deber como presidenta interina de la corporación, o de lo contrario daremos por sentado que te has aliado con el enemigo.

-Me hablas de mi deber para con Bancroft y al mismo tiempo me pides que firme esos papeles. -De repente, sintió grandes deseos de reír. Por fin se había definido, había adoptado una postura irrevocable (vadeando el río de aguas profundas) y además estaba segura de que su postura era la justa y correcta-. Eres peligrosamente inepto si no se te ha ocurrido pensar lo que Matthew Farrell le hará a esta compañía en represalia por haberlo calumniado y difamado con esta basura. Cuando termine su acción ante los tribunales será dueño de Bancroft y de todos ustedes -concluyó casi con orgullo.

-Corremos el riesgo. Firma.

Sin reparar en que había eiecutivos en cuyos rostros se reflejaba la duda, el temor a un futuro enfrentamiento con Matthew Farrell, Nolan Wilder la miró y añadió con acritud:

-Por lo visto tu lealtad está en otra parte y consecuentemente no estás capacitada para actuar en el mejor interés de esta empresa y como presidenta de la misma.

Meredith lo desafió mirándolo a la cara y exclamó:

-¡Vete al diablo!

-¡Bravo, muchacha! -la vitoreó Cyrus rompiendo el tenso silencio que se había producido en la sala-. Ya sabía yo que tenías algo más que un par de magníficas piernas.

Meredith apenas lo oyó mientras se dirigía con decision hacia la puerta, que cerró tras de sí dando un portazo. Cerraba una vida de sueños, de mimadas esperanzas.

Recordó las palabras de Matt, alentadoras, enérgicas. Cuando ella le preguntó qué haría si el consejo le presionaba, su marido le había contestado: «Los mandaría a la mierda». Casi se echó a reír. Bueno, ella no había pronunciado las mismas palabras -no solía expresarse en tales términos-, pero aun así se sentía orgullosa. Esa noche era la fiesta de Matt y tenía prisa por volver a casa y cambiarse de ropa. Cuando entró en su despacho sonaba el teléfono, y como Phytlis ya se había ido, contestó ella.

-Seflorita Bancroft -dijo una voz fría y arrogante-, soy William Pearson, el abogado del señor Farrell. He intentado ponerme en contacto con Stuart Whitmore, pero no he dado con él, así que me he tomado la libertad de llamarla a usted.

-Está bien -respondió Meredith, y utilizando el hombro a modo de horquilla se colocó el auricular y empezó a guardar sus cosas personales en el maletín-. ¿Qué quería?

-El señor Farrell ya no está interesado en el pacto de las once semanas -informó Pearson con tono amenazador-. Nos pidió que la avisáramos que tiene usted un plazo de seis días para pedir el divorcio, de lo contrario, él lo hará al séptimo día.

Meredith ya había tenido demasiado por ese día. La voz autoritaria y ominosa de Pearson fue la

gota que colmó el vaso. Se acercó el auricular a la boca, le lanzó unos improperios a Pearson y colgó sin más.

Pero el impacto de la llamada de Pearson se hizo sentir cuando, sentada, garabateaba su renuncia. Le entró el pánico. ¡Matt quería el divorcio! Había agotado la paciencia de su marido. No puede ser cierto, se dijo con desesperación. Firmó, se levantó y leyó lo que había escrito. Sintió una vez más el peso terrible de la realidad. En ese momento apareció Philip y Meredith comprendió que había roto con todo, incluso con su padre.

-No lo hagas -le advirtió él con voz ronca, cuando ella le tendió la carta.

-Tú me has obligado. Los convenciste de que redactaran esos documentos y luego me hiciste entrar en la sala como un cordero que va al matadero. Me has obligado a elegir.

-Lo has elegido a él, no a mí ni a tu herencia.

Meredith colocó las manos sobre la mesa y habló con voz angustiada.

-No debió haber existido la necesidad de una eleccion, papá. ¿Por qué me has hecho esto? ¿Por qué tuviste que destrozar así mi vida? ¿Por qué no pude quereros a los dos, a ti y a él?

-No se trata de amor -le respondió Philip-. Farrell es culpable, pero no quieres verlo. Prefieres culparme a mí de celos, de manipulaciones, de espíritu de venganza...

-Porque es así-le interrumpió su hija, incapaz de soportarlo-. No me quieres, no lo suficiente para desear mi felicidad. Y eso no es amor, es la posesión egoísta de otro ser humano. -Cerró el maletín, cogió el bolso y el abrigo y se encaminó a la puerta.

-¡Meredith, no lo hagas!

Se detuvo, giró sobre sus talones y a través de una nube de lágrimas observó el cansado rostro de su padre.

-Adiós -dijo en voz alta-. Papá -añadió en un susurro.

Cruzaba la zona de recepción cuando Mark Braden le salió al encuentro. Se la llevó a un lado, mientras en su rostro se dibujaba una sonrisa triunfal.

-Tienes que venir a mi despacho inmediatamente, Gordon Mitchell está allí, derramando lágrimas de cocodrilo. ¡Lo he sorprendido con las manos en la masa! Estábamos en lo cierto, el tipo aceptaba sobornos.

-Eso es un asunto confidencial de la empresa, Mark. Yo he presentado mi renuncia.

La expresión de Mark cambió al instante. Su tristeza era tan auténtica y conmovedora que Meredith tuvo que esforzarse para mantener la compostura. Mark solo añadió, con intensa amargura, dos palabras:

-Te comprendo.

La joven intentó sonreír.

-Estoy segura de que es así. -Se volvió para marcharse, pero Mark la tomó por un brazo. Por primera vez en quince años de rígida lealtad a los intereses de Bancroft rompió sus propias reglas: dio información de la compañía a una persona que no era la apropiada, y lo hizo porque creía que Meredith tenía derecho a saberlo.

-Mitchell ha estado aceptando dinero de muchos proveedores, y uno de ellos lo chantajeó para que rechazara la presidencia.

-¿Y la secretaria se enteró y lo ha denunciado?

-No exactamente -replicó Mark con tono sarcastico-. Ella hace tiempo que estaba en el asunto. Tenían una relación y Mitchell se echó atrás en su promesa de casarse con ella.

-Y por eso la chica lo ha denunciado.

-No por eso, sino porque Gordon, en su informe anual, entregado esta mañana, le puso una calificacion de suficiente. ¿Puedes creerlo? -resopló Mark-. El muy estúpido ie pone un suficiente y se desdice de su promesa de darle un ascenso. Por eso lo denunció. Ella ya sabía que no se casarían, pero al menos quería ser adjunta de compras.

-Gracias por informarme -dijo Meredith, y le dio un beso cariñoso en la mejilla-. Siempre me habría quedado con el malestar de no saberlo.

-Meredith, quiero que sepas cuánto siento...

-¡No lo digas! -le interrumpió ella, temerosa de que unas palabras amables derrumbaran sus frágiles defensas. Comprobó la hora, llamó el ascensor y mirando a Mark con una sonrisa encantadora, agregó-: Tengo que asistir a una fiesta de suma importancia y temo llegar tarde. En realidad, seré un huésped mal recibido y sin invitación. -Se abrieron las puertas del ascensor y entró mientras le pedía a Mark-: Deséame suerte.

-Suerte -le respondió él con voz sombría.

56

Frente al espejo, Matt se hizo el nudo de la corbata del esmoquin con la misma fría indiferencia con que lo había hecho todo en los dos últimos días. Poco tiempo antes abrigaba la ilusión de tener a Meredith esa noche a su lado, desempeñando el papel de anfitriona. Pero ya no. Ahora no. No se permitiría pensar en ella, no se permitiría recordarla ni sentir nada. La había arrancado de su mente y su corazón, y esta vez era para siempre. Lo más doloroso había sido instruir a Pearson para que tramitara el divorcio. ¡Qué paso tan cruel! Pero una vez dado, el resto era mucho más fácil.

-Matt -dijo su padre entrando en el dormitorio con expresión de evidente inquietud-, alguien quiere verte. He permitido que el guardia de seguridad la deje pasar. Afirma llamarse Caroline Bancroft y ser la madre de Meredith. Al parecer necesita hablar contigo.

-Líbrate de ella. No tengo nada que ver con nadie cuyo nombre sea Bancroft.

Patrick desafió la actitud de su hijo, y añadió:

-La he hecho subir porque quiere hablarte de las amenazas de bomba en los grandes almacenes. Dice que sabe quién es el responsable.

Matt se quedó perplejo, pero solo fue un momento, porque enseguida sc encogió de hombros y empezó a ponerse la chaqueta.

-Dile que informe a la policía.

-Demasiado tarde. Está aquí.

Maldiciendo algo ininteligible, Matt se volvió y descubrió que su padre había llevado a la mujer hasta la misma puerta de su dormitorio. Por un instante sintió una punzada de dolor, porque la madre le recordaba a la hija. Era una mujer rubia y esbelta que ocultaba su inseguridad tras una apariencia de fría determinación. Tenía los ojos y el pelo de Meredith pero no alcanzaba la misma elegante perfección de rasgos y silueta. No obstante, madre e hija se parecían lo bastante para que Matt deseara arrojar a aquella mujer a la calle, empujándola con sus propias manos.

-Sé que tiene que atender a sus huéspedes y que soy una intrusa -dijo Caroline con cautela, pasando junto a Patrick, que permanecía en silencio-. Verá, mi avión ha llegado tarde y no tenía otra opción que venir aquí. Tomé el vuelo en Roma y ya estábamos en el aire cuando comprendí que Philip tal vez no querría verme, y mucho menos creerme; y en cuanto a Meredith, no puedo imaginar cuál habría sido su reacción, pero de qué sirve especular si ni siquiera sé dónde vive.

-¿Cómo diablos supo dónde vivo yo?

-¿Acaso no es usted el marido de Meredith?

-Pronto dejaré de serlo -afirmó él implacable.

-Entiendo -dijo Caroline, escrutando sin disimulo las facciones de aquel hombre inabordable con el que se había casado su hija-. Creo que lamento esta noticia. Sin embargo, contestando a su pregunta, le diré que leo los periódicos de Chicago, allá en Italia, y no hace mucho publicaron fotos de este apartamento a todo color y a doble página. Y la dirección...

-Bien -dijo Matt con impaciencia-. Ahora que me ha encontrado y ha conseguido llegar hasta mí, diga lo que tenga que decir.

Su tono la intimidó un poco, pero se repuso y esbozó una amplia sonrisa.

-Supongo que ha tenido encontronazos con Philip. Mucha gente que lo ha conocido suele reaccionar mal ante la sola mención del nombre Bancroft.

Estas palabras arrancaron a Matt una breve y triste sonrisa.

-¿Qué ha venido a contarme? -le preguntó a Caroline, esforzándose por ser cortés.

-Philip estuvo en Italia la semana pasada -comentó ella, y empezo a desabrocharse el abrigo de lana y a aflojarse la bufanda-. Por lo que me dijo, sé que sospecha que usted es el autor de los atentados contra los almacenes. Y además cree que tiene la intención de hacerse con el control de la empresa a través de una compra hostil. Pero está equivocado.

-Es agradable saber que alguien piensa que eso es posible -ironizó Matt.

-Yo no lo pienso, lo sé. -Nerviosa por la desalentadora actitud de aquel hombre pero dispuesta a hacerse oír, Caroline se apresuró a añadir-: Señor Farrell, poseo un gran paquete de acciones de Bancroft y hace seis meses Charlotte Bancroft, la segunda mujer del padre de Philip, me llamó a Italia. Me preguntó si me gustaría tener la oportunidad de vengarme de Philip por haberme sacado de su vida y separado de mi hija. Esa mujer es la presidenta de Industrias Seabord, en Florida.

Matt recordó que Meredith había mencionado a su abuelo y a su segunda mujer.

-Heredó la empresa de su marido -comentó Matt, interesándose muy a su pesar.

-Sí. Y ha sabido convertirla en un poderoso holding que agrupa a numerosas compañías.

-¿Y qué? -preguntó él al verla vacilar.

Caroline lo miró tratando de descifrar sus emociones, pero aquel hombre no parecía tenerlas.

-Pues que ahora -declaró- se está preparando para incorporar Bancroft a Seabord. Me preguntó si cuando poseyera el número suficiente de acciones para adquirir parte del control uniría las mías a las suyas para entre ambas... Ella también odia a Philip, aunque no sabe que yo conozco sus motivos.

-Estoy seguro de que él se los dio -declaró Matt irónicamente, volviéndose hacia el espejo para

arreglarse la chaqueta. Fuera se oían incesantes llamadas a la puerta y el rumor de conversaciones.

-Odia a Philip -insistió Caroline- porque era a él a quien quería, no a su padre; e hizo todo lo que estuvo en su mano para seducirlo, incluso cuando ya estaba comprometida con el padre. Él la rechazó una y otra vez, pero puesto que Charlotte no cejaba en su empeño le contó la historia al viejo Cyril, añadiendo que esa mujer era una zorra mercenaria que solo quería su dinero y acostarse... con su propio hijo. Era verdad -añadió Caroline sombríamente-, pero Cyril estaba enamorado y se lo tomó a mal. Creyó a Philip, pero le guardó rencor. Rompió con Charlotte y la dejó en su puesto de secretaria particular. Al cabo de unos años se reconcilió con ella. Después se casaron. En fin, hace unos meses le dije a Charlotte que consideraría su propuesta, pero con el tiempo fui cambiando de idea. Phihp es un idiota capaz de desquiciar a cualquiera, pero Charlotte es mala, realmente mala. No tiene corazón. Me llamó hace unas semanas para decirme que otro comprador andaba a la caza de las acciones de Bancroft, por lo que estas estaban subiendo de precio.

Matt se sabía responsable de eso, pero no dijo nada y la dejó seguir.

-Charlotte estaba aterrada. Me confesó que iba a hacer algo para bajar la cotización y cuando lo consiguiera lanzaría de inmediato su ofensiva. Poco después supe lo de las bombas y sus efectos sobre has ventas y sobre el precio de las acciones.

Le había dado a Matt las piezas que le faltaban al rompecabezas: por qué con las bombas pretendían provocar un descenso del negocio pero dejando las instalaciones intactas, y por qué alguien quería lanzar una compra hostil sobre una empresa que a corto plazo suponía una mala inversión. Charlotte Bancroft tenía motivos y era dueña de una enorme fortuna que le permitía apropiarse de una firma endeudada y esperar el tiempo necesario para que se recuperara.

-Tiene que llamar a la policía -le dijo a Caroline, volviéndose hacia ella.

Caroline hizo un gesto de asentimiento.

-Lo sé. -Al ver que Matt tomaba el teléfono, preguntó-: ¿Va a llamar a la policía?

-No. Llamo a un hombre llamado Olsen que tiene contactos con la policía local. Irá con usted mañana, para asegurarse de que la atienden bien y no ha convierten en la última sospechosa de esta historia.

Caroline permaneció inmóvil, con el asombro reflejado en el rostro, mientras Matt hacía una llamada de larga distancia y ordenaba a un hombre llamado Olsen que tomara el primer avión hacia Chicago... para facilitarle a ella la salida de una difícil situación. Caroline rectificó su impresión inicial acerca de Matt y pensó que simplemente no deseaba tener nada que ver con los Bancroft, incluyendo a Meredith, a juzgar por la frialdad con que había anunciado que iba a divorciarse de ella.

Matt colgó y escribió dos números de teléfono en la libreta que había sobre la mesita. Arrancó la hoja y se la entregó a Caroline.

-Aquí está el número de Olsen. Llámelo y dígale dónde van a encontrarse. El segundo número es el mío por si surge algún problema. -Alzó la mirada y Caroline no vio en su expresión el menor rastro de la hostilidad anterior. Todavía se mostraba distante, como si no quisiera un mayor acercamiento, pero agregó con tono afable-: Meredith me dijo que usted fue actriz de cine. Esta noche vendrán los actores de *El fantasma de la ópera* junto con otras ciento cincuenta personas. Es probable que conozca a algunas. Si quiere quedarse, mi padre le presentará a los invitados.

La fiesta empezaba a cobrar animación cuando entraron en el espacioso salón.

-Preferiría que no hubiera presentaciones -repuso Caroline-. No deseo reanudar relaciones con la gente de la alta sociedad. -Vaciló al ver a los camareros llevando bandejas entre aquella multitud de hombres de etiqueta y mujeres lujosamente ataviadas. Sonaban las notas de un piano y la música alegre se mezclaba con el sonido de voces cultivadas y de carcajadas-. Quisiera... quedarme un rato -dijo la madre de Meredith, esbozando una sonrisa desenvuelta que la hizo parecer mucho más joven de los cincuenta y cinco que tenía-. Yo vivía para fiestas como esta, ¿sabe? Sería divertido observar y preguntarme por qué las consideraba maravillosas.

-Si encuentra la respuesta, dígamelo -pidió Matt, cuya indiferencia hacia las fiestas era incluso mayor que la de ella.

-¿Por qué da la fiesta si no le gusta? -le preguntó Caroline, de nuevo desconcertada por el hombre extraño y enigmático con el que se había casado su hija.

-La recaudación de mañana por la noche se destina a fines benéficos -respondió Matt, encogiéndose de hombros.

Sin mezclarse entre el gentío, la llevó junto a Stuart Whitmore y Julia, que estaban hablando animadamente. Les presentó a la madre de Meredith como Caroline Edwards. Era obvio que ambos jóvenes habían hecho buenas migas y a Matt le desagradaba la idea de que su hermana saliera con el abogado de su mujer, porque él siempre le traería el recuerdo de aquella tarde en la sala de conferencias, cuando Meredith le dio la mano como muestra de confianza, ¡Qué confianza tan frágil la suya! No ha sostuvo aquel día ni tampoco ahora, cuando más la necesitaba. Porque en definitiva para ella Matt Farrell seguía siendo un don nadie. Meredith nunca habría sospechado que alguien de su

propia clase social -Parker o cualquier otro- pudiera ser un incendiario o un asesino. Se mostró dispuesta a acostarse con él, pero eso era todo. No había cesado de darle largas al asunto de vivir juntos. Acostarse de vez en cuando, sí, vivir como marido y mujer, comprometerse con él, formar una familia... eso no.

Se disponía a desempeñar su papel de anfitrión cuando Caroline lo agarró del brazo.

-No me quedaré mucho rato -le dijo-. Supongo que esto es un adiós.

Matt asintió, vaciló, y finalmente, por Caroline, sacó a colación el nombre de Meredith.

-Stuart Whitmore es un viejo amigo de su hija y es también su abogado. Si encuentra la manera de que la conversación derive hacia Meredith, Stuart querrá hablar de ella. Se lo sugiero por si le interesa.

-Gracias -le respondió Caroline con voz velada por la emoción-. Me interesa muchísimo.

Cuando Meredith llegó al edificio de Matt se preguntaba si seria inteligente o estúpido presentarse ante él en medio de una fiesta, sobre todo teniendo en cuenta que estaba tan furioso que insistía en el divorcio inmediato. ¿La echaría a la calle a la vista de todo el mundo? Tal vez sí, y tal vez ella se lo mereciera.

Se había puesto su vestido más provocativo, con la esperanza de minar así la resistencia de su esposo. Era de tela negra, con la espalda semidesnuda y un pronunciado escote; sobre los pechos, un intrincado dibujo de flores y hojas, incrustado de pequeñas perlas negras, que se extendían por debajo de los brazos y confluían en la espalda. Obsesionada con la idea de impresionar a Matt, se había pasado casi una hora probando diferentes peinados. Al fin se decidió por dejarse el pelo suelto, sobre los hombros. La sofisticación del vestido requería un peinado elaborado, pero por otra parte el cabello suelto otorgaba una expresión ingenua y juvenil a su rostro, lo que contribuiría a dulcificar a Matt. Para lograrlo, Meredith hubiera estado dispuesta a acudir allí luciendo trenzas.

El guardia la dejó pasar porque Matt no la había borrado de la lista de sus invitados. ¡Qué alivio! Con las piernas temblorosas y el corazón palpitante, llamó a la puerta de su marido y se encontró con el obstáculo más inesperado del mundo: Joe O'Hara. El gigante abrió la puerta, la vio y se adelantó, cerrándole el paso.

-No ha debido venir, señorita Bancroft -dijo fríamente. Era la primera vez que no la llamaba Farrell y a ella se le oprimió un poco el corazón-. Matt no quiere saber nada de usted, se lo he oído decir. Quiere el divorcio.

-Pero yo no --negó ella enérgicamente-. Por favor, Joe, déjame entrar para poder convencerlo de que tampoco él quiere divorciarse.

El hombre vaciló, dividido entre la lealtad a Matt y la implorante sinceridad de los ojos de Meredith. Se oían los rumores procedentes del interior.

-No creo que lo logre, y tampoco creo que sea bueno intentarlo aquí. Hay mucha gente y periodistas.

-Mejor -replicó ella con falsa firmeza-. Podrán contarle al mundo que esta noche el señor y la señora Farrell han estado juntos.

-Quizá le contarán al mundo que usted salió a empujones y yo fui despedido con una patada en el trasero -murmuró Joe, pero se apartó. Meredith no reprimió el impulso de echarle los brazos al cuello.

-Gracias, Joe. -Dio un paso atrás, demasiado nerviosa para ver que él se había ruborizado ante su abrazo-. ¿Cómo estoy? -le preguntó ella, alisándose el vestido como quien se dispone a hacer una reverencia.

-Está usted muy hermosa -contestó Joe con cierta brusquedad-. Pero a Matt le importará un bledo.

Meredith entró en el gran apartamento con la profecía de Joe a cuestas. Apenas hubo bajado los escalones del vestíbulo las cabezas se volvieron y cesaron momentáneamente las conversaciones, enseguida reanudadas con mayor entusiasmo. Oyó mencionar su nombre varias veces, pero hizo caso omiso y, avanzando, buscó a Matt entre los distintos grupos. El cuarto de estar, el comedor, la zona del bar cerrada por cristales para la conversación tranquila... Estaba en el rincón más lejano del espacioso apartamento. Vio a Matt rodeado de varias personas, entre las que destacaba por su estatura. Meredith avanzó sacando fuerzas de flaqueza, aunque no estaba segura de que las piernas fueran a obedecerla. Podía distinguir ya los rostros con detalle. La estrella del musical, una joven muy bonita, le hablaba a Matt y él la escuchaba o lo fingía porque Meredith leyó la indiferencia en el rostro de su marido. Ya estaba cerca del grupo cuando Stanton Avery, a la derecha de Matt, la vio y le susurró algo a este. Matt se volvió bruscamente, sosteniendo una copa en la mano. Su mirada era fría como el hielo, el rostro tan inquietante que Meredith se detuvo temerosa. Vaciló... dio un paso adelante y luego otro, hasta situarse frente a él.

El grupo se dispersó, ya por cortesía o por comprender que estaban de más. Matt y Meredith se quedaron solos. Ella esperó a que su marido dijera o hiciera algo. Al cabo de unos segundos interminables, Matt hizo una breve inclinación de la cabeza y musitó:

-Meredith.

Él mismo le había dicho una semana antes que siguiera siempre sus instintos; Meredith se dispuso a seguir su conseio.

-¡Hola! -lo saludó con ojos implorantes, pero su marido no parecía dispuesto a ayudarla-. Supongo que te preguntas qué hago aquí.

-La verdad es que no.

Su frialdad le dolió, pero al menos era una indicación de que esperaba que ella dijera algo más. Meredith esbozó un amago de sonrisa, deseando rendirse ante él, pero sin saber cómo hacerlo.

-He venido a contarte cómo me ha ido hoy. -Le temblaba la voz, y sabía que él se daba cuenta aunque no diera señales de ello. Haciendo un gran esfuerzo, la joven añadió-: Esta tarde he asistido a una reunión del directorio. Estaban muy alterados, furiosos. Me acusaron de un conflicto de intereses en lo que a ti respecta.

-¡Qué idiotas! -exclamó Matt con desprecio-. ¿No les has dicho que tu único interés es Bancroft?

-No exactamente -respondió ella con una sonrisa de inquietud-. También querían que firmara declaraciones juradas y acusaciones oficiales contra ti, por utilizarme ilegalmente para controlarnos. Y por poner las bombas y por haber asesinado a Spyzhalski.

-¿Eso es todo? -preguntó Matt con sarcasmo.

-No, todo no; pero es lo principal. -Observó el rostro de Matt en busca de un signo, un poco de calor, algo que le diera a entender que a su marido aún le importaba. No vio nada, solo reparó en que la concurrencia los miraba-. Les dije.. -Se le quebró la voz, temerosa de que él no quisiera seguir escuchando su historia.

-¿Qué les has dicho? -inquirió él, impasible, y Meredith interpretó la pregunta como si la instara a seguir hablando.

-Les he dicho... -declaró ella levantando con orgullo la barbilla- ¡lo que tú me dijiste!

Matt seguía mostrándose impasible.

-¿Los mandaste a la mierda?

-Bueno, no exactamente -contestó ella-. Verás, los mandé al demonio.

Matt no hizo comentario alguno y Meredith se sintió desolada cuando de pronto vio un brillo en los ojos de su marido, que luego sonrió.

-Y después -continuó Meredith, esperanzada-, me llamó tu abogado para decirme que si no pido el divorcio en un plazo de seis días, lo pediría él en tu nombre al día siguiente. Le contesté...

Volvió a interrumpirse por la emoción y Matt acudió en su auxilio.

-¿También lo has enviado al demonio?

-No. A la mierda.

-¿Sí?

-Sí.

Matt esperó que siguiera hablando, mientras la miraba fijamente a los ojos.

-¿Y qué?

-Que estoy pensando en hacer un viaje. Ahora... tendré mucho tiempo en mis manos.

-¿Has pedido un permiso?

-No, he presentado mi renuncia.

-Comprendo -musitó él con inmenso cariño. Luego preguntó-: ¿En qué viaje has pensado, Meredith?

-Si aún quieres llevarme -respondió ella, tragando saliva casi con dolor-, me gustaría conocer tu paraíso.

Matt no dijo nada, y por un terrible momento Meredith pensó que se había equivocado, que solo deseaba olvidarla.

Y de pronto vio que Matt le tendía la mano.

Meredith tenía los ojos llenos de lágrimas cuando la mano fuerte y cálida de su marido apresó la suya. Luego la atrajo hacia sí y la estrechó entre sus brazos.

Matt le levantó el mentón y la miró a los ojos:

-¡Te quiero! -susurró y selló su boca con un beso sofocante.

Luces, destellos de flases, un aplauso cerrado seguido de risas... mientras seguían besándose.

Ajena a todo, Meredith solo sentía los latidos de su corazón. Había iniciado su viaje al paraíso de Matt.

57

Con los ojos cerrados y una sonrisa en los labios, Meredith se despertó lentamente en la cama de Matt y permitió que los recuerdos de la noche anterior la embargaran como música suave. Juntos se habían mezclado con los invitados, habían aguantado las bromas suscitadas por su explosivo beso y su

reconciliación. Ella disfrutó de su papel de anfitriona. Más tarde, en la cama con su marido, gozó de su cuerpo. Decidió, soñolienta, que la confianza y los lazos de compromiso tenían un profundo efecto sobre las caricias de los amantes. Sabía por otras veces lo que era hacer el amor con Matt, pero nunca como la noche anterior.

Por las cortinas se filtró la luz del sol y Meredith se volvió en la cama y abrió los ojos. Un rato antes Matt la había besado susurrándole que se iba a comprar unos bollos para el desayuno. Meredith se incorporó y cogió la taza de café que él le había dejado en la mesita de noche.

Apenas había bebido un sorbo cuando entró Matt llevando una bolsa de papel de la panadería y un diario bajo el brazo. Su expresión era un tanto extraña, tensa.

-Buenos días -le dijo ella, sonriente, cuando se inclinó para besarla-. ¿Qué es eso? -preguntó, dirigiendo la vista al diario.

Matt le había prometido la noche anterior que nunca le ocultaría nada, pero en ese momento habría preferido una tanda de azotes en público a mostrar el periódico a su mujer.

-Es el *Tattler* -dijo-. Lo he visto cuando estaba pagando los bollos. De algún modo -continuó tendiéndole remisamente el periódico- han descubierto las condiciones de nuestro contrato de once semanas y lo han interpretado a su inimitable manera.

Observó cómo Meredith tomaba el diario. Estaba nervioso, porque sabía lo que su mujer sentía acerca de la clase de publicidad que él había recibido de los medios de comunicación a lo largo de los años. Meredith iba a pensar que en el futuro ella misma sería víctima de ese sensacionalismo que tanto la molestaba. Estaba casada con él y, además, el asunto de su abortado divorcio fascinaba a los lectores. Preparándose para una condena o un reto furioso, Matt la vio desplegar el periódico y leer el titular: «JOVEN HEREDERA COBRA DE SU MARIDO CIENTO TRECE MiL DÓLARES POR CADA NOCHE DE AMOR».

-Al principio no pude imaginar cómo han calculado esa cifra, pero después me he dado cuenta. Han multiplicado cuatro citas semanales por once semanas, luego han dividido el resultado por los cinco millones que te prometí. Lo siento. Si pudiera cambiarlo...

Se interrumpió al oír la carcajada de Meredith, que se cubría la cara con el diario. Reía tanto que se dejó caer sobre las almohadas mientras la habitación se llenaba de su musical hilaridad.

-Ciento trece mil do... dólares... -repetía saltando en la cama.

Matt le sonrió con una profunda gratitud que fue convirtiéndose en ternura. Comprendía lo que su mujer pretendía: enfrentarse a algo para ella odioso y encontrar el modo de parar el golpe sin que ninguno de los dos sufriera los efectos.

-¿Te he dicho alguna vez que estoy muy orgulloso de ti? -le preguntó él con voz ronca, asiéndola por los hombros.

Ella meneó la cabeza como una niña, aún riendo, y su marido le apartó el diario de la cara, le besó las mejillas y luego los labios.

-¿Estás seguro de que pu... puedes hacerlo otra vez? -susurró ella de nuevo entre risas. Le había echado los brazos al cuello, y consciente de que él quería hacer otra vez el amor.

-Creo que está al alcance de mi presupuesto-bromeó Matt.

-Sí, pero ahora esto se ha convertido en un trabajo fijo. ¿Me darás aumentos periódicos de sueldo? -Le acunaba el rostro con las manos y lo miraba con ojos húmedos y brillantes-. ¿Y qué hay de los beneficios adicionales tales como seguro de enfermedad, horas extra...?

-Todo garantizado -le prometió Matt, y tomándole una mano le besó la palma.

-¡Oh, no! -gimió ella-. Me harás pagar impuestos más altos.

Él ahogó una carcajada, los labios rozando el cuello de su mujer, que lo envolvió en sus brazos.

58

El lunes por la noche la noticia más importante del telediario de las seis fue el arresto de Ellis Ray Sampson, acusado del asesinato de Stanislaus Spyzhalski. Según la policía del condado de Saint Clair, el falso abogado no fue asesinado por un cliente estafado, sino por un marido a quien Stanislaus había estado engañando con su mujer. El señor Sampson se entregó a las autoridades y aseguró haber arrojado a Spyzhalski con vida a la zanja, después de haberle propinado una paliza. Como en el informe del juez de primera instancia constaba que el difunto había sufrido un ataque cardíaco aquella misma noche, existía la posibilidad de que el marido ultrajado saliera del atolladero con el único cargo de homicidio involuntario.

Matt y Meredith estaban escuchando las noticias. Él comentó con sarcasmo que a Sampson deberían darle una medalla por haber librado al mundo de un parásito. Meredith, que sabía lo que era ser víctima de gentuza como Stanislaus, expresó su confianza en que a Sampson le redujeran al mínimo la pena.

Su marido descolgó el auricular y envió a Pearson y a Levinson a Belleville, para que consiguieran lo que Meredith había sugerido.

El martes de la semana siguiente fueron llamados a declarar Charlotte Bancroft y su hijo Jason. Sucedió en Palm Beach, Florida. El interrogatorio estaba relacionado con las amenazas de bomba contra los grandes almacenes Bancroft y la manipulación de las acciones de esa empresa. Ambos negaron acaloradamente los hechos. Sin embargo, el miércoles Caroline Bancroft se presentó de forma voluntaria ante un gran jurado de Florida y declaró que, en efecto, Charlotte había planeado la adquisición de Bancroft, para lo cual estaba dispuesta a llevar a cabo un tipo de acción que provocara la caída del precio de las acciones de la compañía.

En las islas Caimán, Joel Bancroft, antiguo tesorero de Industrias Seabord, pasaba unas vacaciones con su amigo. Allí leyó la noticia de la acusación que se cernía sobre su madre y su hermano. Joel había renunciado hacía seis meses, cuando ellos lo presionaron para que abriera cuentas ficticias bajo nombre falsos con cierto agente de bolsa dispuesto a colaborar, para luego comprar paquetes de acciones de Bancroft a nombre de las falsas cuentas.

Tumbado en la playa, mirando el mar, Joel pensó en su madre, en la mortificante obsesión que fueron para ella los treinta años de espera para vengarse de Philip, y en su hermano, que al igual que su madre lo despreciaba por ser homosexual.

El día siguiente, Charlotte y Jason fueron arrestados y acusados de varias actividades ilícitas, descubiertas gracias a los informes proporcionados por una llamada anónima. La voz enumeró los nombres de las cuentas fraudulentas. Charlotte negó estar enterada de nada. Jason, que fue quien abrió las cuentas y quien siguiendo las instrucciones de su madre pagó al fabricante de las bombas, pronto empezó a temer que sería el chivo expiatorio de su propia madre, así que a cambio de inmunidad declaró contra ella.

El consejo directivo de Seabord asumió la necesidad inmediata de poner a salvo la imagen de la sociedad, y actuando según las instrucciones de Charlotte, nombró a Joel presidente y jefe de operaciones.

En Chicago Meredith siguió por televisión todos estos acontecimientos, junto con su marido. El dolor que sentía cada vez que se mencionaba el nombre de Bancroft era casi tan intenso como el impacto que suponía descubrir quiénes eran los autores de los hechos que durante dos días terribles había creído obra de Matt.

Sentado a su lado, Matt comprendía la tristeza de su mujer cada vez que se mencionaba a Bancroft. Entrelazando sus dedos con los de ella, le pregunto:

-¿Has pensado en lo que quieres hacer ahora que tienes tanto tiempo libre?

Meredith sabía que se refería a su futuro profesional, pero tenía el presentimiento de que su respuesta alarmaría a Matt. Fingió no entender la pregunta y, mirando las manos entrelazadas de ambos, sonrió al ver el diamante esmeralda de catorce quilates y la alianza de platino que él le había puesto en el dedo.

-Podría haber considerado la posibilidad de ir de compras todos los días, pero ya me has regalado joyas y un coche de lujo. ¿Qué queda que no sea insignificante en comparación?

-Un pequeño avión privado -respondió él al tiempo que le daba un beso en la nariz-. O un gran yate.

-¡No te atrevas! -le advirtió Meredith, y Matt se rió de su mirada escandalizada.

-Debe de haber algo que desees -insistió él.

Meredith se puso seria y decidió decirle la verdad.

-Claro que sí. Algo que deseo mucho, Matt.

-Suéltalo. Es tuyo.

Meredith vaciló, tocó la alianza matrimonial de su marido y por fin lo miró a los ojos.

-Quiero intentar... tener otro bebé.

Matt reaccionó inmediatamente de forma airada.

-No. Rotundamente no. No te hubieras arriesgado de haberte casado con Parker y no te arriesgarás por mí.

-Parker no quería niños. Y tú has dicho que me darías cualquier cosa que te pida. Cualquier cosa, ¿recuerdas?

En otras circunstancias, la sola mirada de su mujer habría bastado para vencer sus defensas, pero ella le había explicado una noche, en la cama, que las posibilidades de otro aborto eran muy altas. Puesto que la primera vez casi le había costado la vida a Meredith, la idea de que algo semejante volviera a ocurrir descartaba totalmente el embarazo.

-No me hagas eso -le advirtió Matt con voz suave e implorante.

-Hay ginecólogos especializados en mujeres con problemas de embarazo. Ayer fui a la biblioteca

y leí mucho acerca de eso. Existen también nuevas medicinas y nuevas técnicas en período experimental...

-¡No! -interrumpió Matt, tenso-. Descartado. Pídeme cualquier otra cosa, pero no eso. No podría soportar la preocupación. Te lo digo en serio.

-Hablaremos de ello más tarde -dijo Meredith con una sonrisa terca pero serena.

-Mi respuesta será la misma.

Habría seguido hablando, pero la televisión anunciaba entonces otro acontecimiento referido a Bancroft y la mirada de Meredith se había quedado clavada en la pantalla.

«Philip A. Bancroft -dijo el locutor- ha convocado una conferencia de prensa esta tarde para comentar los rumores acerca de que su hija haya sido despedida de la presidencia a causa de su relación con el industrial Matthew Farrell.»

Meredith, temerosa al ver en la pantalla el rostro sombrío de su padre, apretó la mano de su marido. Philip aparecía de pie, rígido, en el podio del auditorio de Bancroft. Empezó a dar lectura a una declaración:

«Como respuesta a rumores de que el matrimonio de mi hija con Matthew Farrell ha sido la causa de su renuncia a la presidencia interina de esta empresa, el directorio que presido lo niega categóricamente. Mi hija goza de una breve y bien merecida luna de miel con su marido, al término de la cual se hará cargo nuevamente de la presidencia de Bancroft. -Hizo una pausa, miró directamente a la cámara y solo Meredith supo que su padre no estaba haciendo una declaración, sino dando una orden. Una orden dirigida a ella. Medio desvanecida por la impresión, las siguientes palabras de su padre la llenaron de asombro-. En respuesta a rumores aparecidos estos días en la prensa según los cuales existe un antiguo antagonismo entre Matthew Farrell y yo, quiero declarar que hasta fecha muy reciente no he conocido a mi... -Hizo una pausa para aclararse la garganta-. A mi hijo político.»

Meredith comprendió lo que estaba haciendo su padre.

-Matt -dijo, apretándole el brazo con hilarante incredulidad-, ¡te está pidiendo perdón!

Dubitativo, Matt miró a su esposa y luego de nuevo a la pantalla al oír la voz de Philip.

«Como ya sabe todo el mundo, Matthew Farrell y mi hija estuvieron casados durante unos meses hace muchos años, matrimonio que creíamos acabado por un divorcio prematuro e infortunado. Sin embargo, ahora que se han vuelto a unir, afirmo que tener como hijo político a un hombre del calibre de Matt Farrell... -Se aclaró de nuevo la garganta, luego miró con furia a la pantalla y concluyó enérgicamente-. Tener como yerno a un hombre como Matt Farrell es, para cualquier padre... un honor.»

Desapareció la imagen de Philip y la risa de Meredith también al mirar a su marido.

-Le hice prometer que cuando tu inocencia estuviese demostrada se disculparía ante el mundo por lo que te ha hecho. -Le colocó los dedos en la mejilla, en un gesto inconscientemente implorante, y susurró-: ¿Puedes encontrar la generosidad necesaria en tu corazón para dejar atrás el pasado y hacerte amigo de Philip?

Matt pensaba que nada que hiciera Philip bastaría para borrar, ni remotamente, el daño que les había causado. Sin embargo, al mirar a su esposa, al ver aquellos ojos verdes, húmedos y brillantes, no se atrevió a declarar sus sentimientos.

-Podría intentarlo -dijo al fin. A pesar de la aversión que le producía la idea de hacer las paces y convertirse en amigo de su suegro, añadió-: Ha sido un buen discurso. -Con estas palabras poco sinceras y enérgicas quiso tranquilizar a su esposa.

Caroline Edwards Bancroft también pensaba que había sido una buena alocución. Sentada frente a Philip en el salón de la casa que antaño compartiera con él, esperó a que desapareciera la imagen y luego apagó el vídeo.

-Philip -susurró-, ha sido una excelente declaración.

Con expresión escéptica, él le tendió un vaso de vino.

-¿Qué te hace pensar que Meredith opinará lo mismo?

-Que, en su lugar, yo lo pensaría.

-Claro, ¡tú escribiste el texto!

Caroline bebió un sorbo de vino y, serenamente, lo observó deambular por la estancia.

-¿Crees que me habrá visto? -preguntó Philip, volviéndose de pronto hacia ella.

-Por si acaso, puedes llevarle la cinta. Mejor aún, podrías pedirles permiso para quedarte con ellos y verla juntos. -Hizo un gesto de satisfacción ante su propia idea-. Me parece mejor, seria más personal.

Philip se acobardó.

-No, no podría hacerlo. Es probable que Meredith me odie y que Farrell me eche a patadas. No es ningún idiota y sabe que unas palabras no compensan todos mis errores. No aceptará mis excusas.

-Las aceptará -insistió Caroline en voz baja-, porque ama a Meredith. -Al verlo vacilar, Caroline le tendió la cinta y agregó con firmeza-: Cuanto más esperes, más difícil será para todos. Ve a su casa

ahora mismo, Philip.

Él se metió las manos en los bolsillos y suspiró.

-Caroline -dijo con cierta brusquedad-. ¿Me acompañas?

-¡No! -exclamó ella, asustada por la idea de presentarse ante su hija por primera vez-. Además, mi avión sale dentro de tres horas.

La voz de Philip se suavizó y por un momento ella recordó el irresistible poder de persuasión del hombre al que había amado hacía treinta años.

-Ven conmigo -insistía él, convincente- y te presentaré a nuestra hija.

El desgraciado corazón de Caroline dio un vuelco al oír las palabras de su ex marido, pero aun así meneó la cabeza, sonriendo.

-Sigues siendo el más manipulador de los hombres.

-También soy el único con el que te has casado -le recordó él con una sonrisa-. Debía de tener algunas buenas cualidades.

-No insistas, Philip.

-Podríamos ir a visitar a Meredith y a Farrell...

-Empieza a llamarlo Matt.

-Está bien. Matt. Y luego podríamos volver aquí. Podrías quedarte una temporadita y así volveríamos a conocernos. ¿Qué te parece?

-Yo te conozco muy bien-respondió Caroline-. Y si tú quieres conocerme a mí tendrá que ser en Italia.

-Caroline -insistió él, respirando hondo-. Por favor. -La vio dudar y añadió-: Por lo menos ven conmigo esta noche. Puede ser tu última oportunidad de conocer a nuestra hija. Te gustará. Es como tú en algunos aspectos... Tiene mucho valor.

Cerrando los ojos, Caroline intentó evadirse de las palabras de Philip y de los impulsos de su propio corazón, pues ambos factores, sumados, daban el mismo resultado.

-Llámala primero -indicó por fin a Philip con voz temblorosa-. Después de treinta años no voy a presentarme ante ella sin aviso. No te sorprenda si no quiere verme. -Sacó de la cartera el número de teléfono que Matt le había dado.

-Es posible que no quiera vernos a ninguno de los dos -comentó él-. Y no podría reprochárselo.

Entró en la habitación contigua para hacer la llamada y salió tan pronto que Caroline dio por sentado que Meredith le había colgado. Se sintió abatida.

-¿Qué ha dicho? -preguntó a Philip con el alma en vilo.

Él se aclaró la garganta y luego respondió con voz muy ronca.

-Ha dicho que nos espera...

59

Meredith abandonó la clínica con el absurdo deseo de levantar los brazos y ponerse a bailar en la acera. Miré al cielo, gozando de la fresca brisa otoñal acariciándole el rostro, sonrió a las nubes.

-Gracias -susurró.

Después de casi un año y tras dos largos exámenes con ginecólogos especializados en partos difíciles, logro convencer a Matt de que su vida apenas corría más peligro que la de cualquier otra mujer, con tal que no se desviara un ápice del tratamiento y pasara una parte del embarazo en cama.

Después transcurrieron casi otros nueve meses antes de que escuchara las palabras mágicas que acababan de decirle: «Felicitaciones, señora Farrell. Está embarazada».

Impulsivamente cruzó la calle y compró un ramo de rosas en una floristería, luego se encaminó hacia donde Joe la esperaba con el coche, sorprendiéndolo al verla venir en la dirección opuesta, Abrió ella misma la portezuela y se sentó en el asiento trasero.

Joe colocó un brazo en el respaldo y la miró.

-¿Qué ha dicho el médico?

Meredith lo miró con rostro resplandeciente de ilusión. En sus labios se dibujó una amplia sonrisa, y Joe también sonrió.

-¡Matt será feliz! -profetizó-. ¡Cuando deje de estar asustado! -Volviendo la vista al volante puso en marcha la limusina.

Meredith se preparó para la habitual brusquedad de la arrancada. Sin embargo, atónita comprobó que Joe dejaba pasar tres oportunidades de internarse en el tráfico y luego otras dos, perfectamente razonables, para finalmente arrancar con suavidad. Hasta que vio que tras él toda una manzana estaba despejada no salió a la calle, y entonces lo hizo como si estuviera arrastrando el cochecito de un bebé. En su asiento Meredith lanzó una carcajada.

Matt la esperaba, recorriendo el salón de un lado a otro, mirando por la ventana, maldiciéndose

por haber sucumbido y haberla dejado embarazada. Sabía que Meredith creía estarlo y esperaba que estuviera equivocada. No tenía fuerzas para soportar el temor de verla en peligro.

Corrió hacia la puerta cuando oyó que la abrían y vio a Meredith, escondiendo un brazo detrás de la espalda.

-¿Qué ha dicho el médico? -le preguntó con impaciencia.

Ella le mostró un ramo de doce rosas de largo tallo y se lo tendió. Su sonrisa irrumpía como la luz del sol.

-Felicitaciones, señor Farrell. Estamos embarazados.

Él la atrajo hacia sí, aplastando las flores.

-¡Dios me ayude! -masculló.

-Te ayudará, querido.

EPÍLOGO

-Te dije que llegaríamos a tiempo -comentó Joe O'Hara cuando la limusina se detuvo frente a Bancroft con un chirriar de neumáticos. Por una vez, Matt apreció su audacia y pericia, pues Meredith llegaba tarde a una reunión muy importante del consejo. El avión que los había traído de Italia, donde después de esquiar en Suiza se habían detenido para visitar a los padres de Meredith, había sufrido un retraso.

-Toma -dijo Matt, tendiéndole a O'Hara el maletín de Meredith-. Tú te encargas de eso y yo me encargo de ella.

-¿Tú qué? -preguntó su mujer por encima del hombro mientras sacaba del coche la muleta en la que se apoyaba para andar. Se había torcido un tobillo esquiando.

-No tienes tiempo para ir cojeando hasta los ascensores -señaló Matt al tiempo que la alzaba.

-Esto es indigno -protestó ella, sonriendo-. ¡No puedes llevarme así!

-Ya lo verás -aseguró su marido.

Y así fue. Los clientes se volvían ante el insólito espectáculo. Al pasar frente al departamento de cosmética, una mujer le preguntó a su amiga:

-¿No es Meredith Bancroft? ¿Y él Matthew Farrell?

-No pueden ser ellos -negó otra clienta. Avergonzada, Meredith hundió la cara en el pecho de Matt, cuando oyó decir a la misma mujer-: ¡He leído en el *Tattler* que van a divorciarse! El está en Grecia con una estrella de cine y ella se casa con Kevin Costner.

Al llegar a los ascensores, Meredith levantó la mirada hasta encontrarse con la de su marido.

-¡Qué vergüenza! -bromeó-. ¿Otra estrella de cine?

-¿Kevin Costner? -replicó él, arqueando las cejas-. Ni siquiera sabía que te gustara Kevin Costner.

En el despacho de Meredith, Matt se desprendió de su carga y la dejó marchar cojeando a la sala de conferencias.

-Lisa y Parker se reunirán aquí con nosotros y nos traerán a la pequeña para después almorzar todos juntos -comentó Meredith, mirando con inquietud la desierta zona de recepción.

-Yo los hospedaré -prometió Matt.

Al cabo de unos minutos apareció Lisa en el umbral, con un bebé en brazos.

-Parker me ha dejado en la puerta -explicó-. Llegará dentro de un momento.

Matt sonrió.

-Parece usted muy embarazada, señora Reynolds -bromeó mirando a la niña de seis meses que Lisa llevaba en brazos y que le ofrecía para que la cogiera.

-Voy a buscar a Parker -dijo Lisa. Cuando se alejó, Matt se quedó mirando a la pequeña que Meredith le había dado aun a riesgo de su propia vida.

De pronto, Marissa abrió los ojos y se echó a llorar. Con una tierna sonrisa, Matt le acarició la mejilla con un dedo.

-Chiss, querida -susurró-. La futura presidenta de una gran empresa no llora. Es una mala imagen corporativa. Pregúntaselo a tu madre -sugirió.

Marissa se calló y poco después sonrió y barboteó algo que parecía tener sentido.

-Lo sabía -dijo su padre, devolviéndole la sonrisa-. La tía Lisa y el tío Parker te han estado enseñando italiano.

Puesto que tenía tiempo, Matt se llevó a su hija a la planta once, para mostrarle su sección favorita. Era un departamento nuevo creado por Meredith para la central y las sucursales de Bancroft; en él había mercancías de todo el mundo, desde joyas a vestidos y juguetes de fabricación artesanal. Tenían una cosa en común: a petición de Meredith, todo artículo debía ser exclusivo para poder llevar

el famoso logotipo ideado por ella como símbolo de perfección.

Con Marissa en brazos, Matt miró el logotipo que coronaba la pared y sintió un nudo en la garganta, como siempre que subía allí. Dos manos, una de hombre y otra de mujer, se extendían y se rozaban con la punta dc los dedos.

Meredith le había puesto un nombre muy especial a aquel departamento: Paraíso.